



ROBERT LUDLUM

LE ROBARON SU IDENTIDAD
AHORA QUIERE RECUPERARLA.

EL **MITO DE BOURNE**

 **DEBOLSILLO**

David Webb trabaja como profesor de estudios orientales en una universidad norteamericana, pero tras esta apariencia inofensiva se oculta un turbulento pasado: su intervención en la guerra de Vietnam, en la que murió su primera esposa, y haber formado parte, con el falso nombre de Jason Bourne, de un grupo guerrillero financiado por la CIA. El amor de su segunda esposa le ha permitido recuperar una vida plácida y normal. Sin embargo, la situación se complica cuando en Extremo Oriente un misterioso asesino adopta el nombre de Bourne. David Webb vuelve a verse inmerso en una peligrosa aventura en la que el terrorismo internacional y el juego sucio de la alta política le empujan a acciones cada vez más arriesgadas.

Robert Ludlum

El mito de Bourne

Jason Bourne - 2

ePub r2.2

GONZALEZ 12.05.16

Título original: *The Bourne Supremacy*

Robert Ludlum, 1986

Traducción: César Armando Gómez

Retoque de cubierta: orhi

Editor digital: GONZALEZ

Corrección de erratas: k1977

ePub base r1.2



*Para Shannon Paige Ludlum.
Bienvenida, cariño,
que seas muy feliz*

Capítulo 1

Kowloon. Un rebotante apéndice de China que no forma parte del norte salvo en espíritu, pero es el espíritu quien manda en lo profundo de las almas, mal que le pese a ese duro pero irrelevante detalle que son las fronteras políticas. Tierra y agua se mezclan, y es la voluntad del espíritu la que determina cómo utilizará el hombre una y otra, también aquí sin consideración para abstracciones tales como una libertad más bien inútil o un confinamiento evitable. Lo único que preocupa son los estómagos vacíos, los estómagos de las mujeres, de los niños. La supervivencia. No hay más. El resto es estiércol para esparcir por los campos yermos.

Anocheía, y tanto en Kowloon como al otro lado de Victoria Harbor, o Puerto Victoria, en la isla de Hong Kong, un manto invisible iba descendiendo gradualmente sobre el caos diurno del territorio. Los chillones *Aiyas!* de los vendedores callejeros eran acallados por las sombras, y, en lo alto de las frías y majestuosas estructuras de cristal y acero que dibujaban sus perfiles sobre el cielo de la colonia, concluían discretas negociaciones entre inclinaciones de cabeza, encogimientos de hombros y breves sonrisas de acuerdo silencioso. Llegaba la noche, proclamada por un sol cegador y anaranjado que traspasaba al oeste una inmensa y accidentada muralla de nubes, y, ya a punto de hundirse en el horizonte, enviaba rayos nítidos y cargados de energía, resistiéndose a permitir que esa parte del mundo olvidase la luz.

La oscuridad no tardaría en invadir el cielo, pero no lo que había bajo él. Allí, las luces cegadoras de la invención humana iban a iluminar llamativamente la tierra, esta parte de ella donde suelo y agua son ansiosas avenidas de acceso y conflicto. Y, con el interminable y estridente carnaval nocturno, empezarían otros juegos, unos juegos que la raza humana debería haber abandonado con las primeras luces de la creación. Pero entonces no había vida humana, de modo que ¿quién iba a consignarlo? ¿Quién lo sabía? ¿A quién le importaba? La muerte no era aún una mercancía.

Una pequeña lancha, cuyo poderoso motor no correspondía a su aspecto lamentable, surcaba a gran velocidad el canal de Lamma, dirigiéndose a lo largo de la costa hacia el puerto. Para un observador desinteresado, era tan sólo un *xiao wanju* más, el regalo hecho al primogénito por un pescador antes pobre que había conseguido una pequeña riqueza: una noche loca al mah-jong, hachís del Triángulo, joyas sacadas clandestinamente de Macao... ¿Qué más daba? El hijo podría echar mejor sus redes o mover más eficazmente su mercancía si disponía de una rápida hélice en vez de la lenta vela de un junco o el perezoso motor de un sampán. Los guardias fronterizos chinos y las patrullas navales que vigilaban las orillas del

Shenzhen Wan se abstenían de disparar sobre tan insignificantes transgresores; no tenían importancia y quién sabe a qué familias de más allá de los Nuevos Territorios, del Continente, podían beneficiar. Tal vez a su propia gente. Las dulces hierbas de las colinas seguían llenando los estómagos, tal vez el de alguien de los suyos. ¿Qué importa? Que vayan y vengan tranquilos.

La pequeña embarcación, con su toldo cubriendo ambos lados de la caseta del timón, disminuyó la velocidad y zigzagueó cautelosamente por entre la dispersa flotilla de juncos y sampanes que regresaban a sus atestados atracaderos de Aberdeen. A su paso, la gente de las embarcaciones-viviendas lanzaba furiosas maldiciones al intruso, a su impúdico motor y su aún más impúdica estela. Pero todos iban volviéndose extrañamente silenciosos a medida que pasaba aquel intruso descortés; algo bajo la lona acallaba sus súbitos arrebatos de furia.

La embarcación penetró en el pasillo de acceso al puerto, una senda oscura ahora bordeada por las cegadoras luces de la isla de Hong Kong a la derecha y las de Kowloon a la izquierda. Tres minutos más tarde, el motor del fueraborda pasaba audiblemente a su registro más bajo mientras el casco viraba más allá de las barcas mugrientas atracadas frente al almacén y se deslizaba en un espacio vacío que había en el lado oeste del Tsim Sha Tsui, el muelle de Kowloon, atestado y atento siempre a la ganancia. Las estridentes hordas de vendedores que armaban allí sus trampas nocturnas para turistas no le prestaron atención; era sólo uno de tantos *jigi* que volvía de la pesca. ¿A quién le importaba?

Después, como los inquilinos de los barcos del canal, la gente de los puestos del muelle más cercanos al insignificante intruso empezó a guardar silencio. Hubo órdenes y contraórdenes que los hicieron callar, mientras todos los ojos convergían en la figura que subía por la negra escalera empapada de aceite hasta el muelle.

Era un hombre santo. Se envolvía en un caftán blanco que acentuaba su esbeltez y estatura, mucha para un *Zhongguo ren*, casi seis pies. Pero su rostro era apenas visible, porque la tela aplastaba el blanco tejido contra sus rasgos oscuros, haciendo destacar el blanco de sus ojos, decididos, celosos. Saltaba a la vista que no era un sacerdote ordinario. Se trataba de un *heshang*, de un elegido, seleccionado por sabios ancianos capaces de percibir la riqueza espiritual de un joven monje llamado a destinos más altos. Y no era mala cosa que ese monje fuese alto, esbelto y con ojos de fuego. Esos hombres santos llamaban la atención hacia sí mismos y hacia sus personajes —hacia sus ojos— y provocaban generosos donativos, producto tanto del temor como del respeto; sobre todo del temor. Tal vez este *heshang* procediese de una de las sectas místicas que vagaban por las colinas y bosques del Guangze, o de una de

las hermandades religiosas de las montañas del lejano Quing Gaoyuan, descendientes, se decía, de un pueblo de los remotos Himalayas; solían ser muy ostentosos y los más temidos, porque pocos comprendían sus oscuras doctrinas, envueltas en amabilidad pero llenas de sutiles amenazas de tormentos indescriptibles para quienes no siguiesen sus enseñanzas. Había ya demasiados sufrimientos en la tierra y en el agua; ¿quién quería más? Era preferible dar a esos espíritus, a esos ojos de fuego; tal vez alguien, en alguna parte, lo tuviese en cuenta.

La blanca silueta caminó despacio por entre el gentío del muelle, que se abría ante ella, pasó frente al congestionado embarcadero del Star Ferry y desapareció en el creciente pandemónium del Tsim Sha Tsui. El momento había pasado, y volvió la histeria en torno a los puestos.

El sacerdote se encaminó al este por la calle Salisbury, hasta llegar al hotel Península, cuya discreta elegancia iba perdiendo la batalla con lo que lo rodeaba. Después tomó hacia el norte por la calle Nathan, hasta el comienzo de la reluciente Milla de Oro, ese tramo increíble en el que multitudes opuestas se desgañitaban por llamar la atención. Nativos y turistas se volvían a mirar al majestuoso personaje, que cruzaba frente a escaparates abarrotados y callejones rebosantes de mercancías, discotecas de tres pisos y cafés *topless* en los que enormes carteles, obra de aficionados, pregonaban encantos orientales por encima de los puestos que ofrecían los exquisitos manjares cocidos al vapor del *dim sum* de mediodía. Caminó durante casi diez minutos por entre aquella especie de carnaval, correspondiendo de vez en cuando a las miradas de respeto con una leve inclinación de cabeza, y en ocasiones con una sacudida más violenta que subrayaba sus órdenes al bajo y musculoso *Zhongguo ren*, que iba tan pronto detrás como delante de él, cuando se adelantaba con rápidos pasos de baile para volverse y escrutar sus ojos esperando una señal.

La señal llegó —dos brascas cabezadas— mientras el sacerdote giraba a su derecha y cruzaba la entrada, adornada de abalorios, de un estridente cabaret. El *Zhongguo ren* se quedó fuera, con la mano descansando discretamente bajo su amplia túnica y los ojos escudriñando sin cesar la calle, aquel mundo de locos que no podía comprender. ¡Qué escándalo! Pero él era el *tudi*, y protegería al hombre santo con su vida por mucho que tuviese que padecer su sensibilidad.

Dentro del cabaret, las espesas capas de humo eran azotadas sin descanso por una orgía de luces de colores, que en su mayoría describían círculos e iban a caer sobre un escenario donde un grupo de rock aullaba, con frenesí ensordecedor, una mixtura de punk y Extremo Oriente. Relucientes pantalones negros y ajustados, o medio caídos, se estremecían sobre piernas larguiruchas y debajo de negras cazadoras de cuero que

cubrían sucias camisas de seda blancas abiertas hasta la cintura. Llevaban la cabeza afeitada todo alrededor a la altura de las sienes y la cara grotescamente maquillada para acentuar su carácter oriental, esencialmente pasivo. Y, como para subrayar el conflicto entre Oriente y Occidente, aquella música discordante paraba a veces de golpe y surgían de un único instrumento los compases quejumbrosos de una sencilla melodía china, mientras los rockeros permanecían rígidos bajo el bombardeo implacable de los focos.

El sacerdote se quedó un momento inmóvil observando la enorme sala atestada. Algunos clientes, en diversos estadios de la borrachera, lo miraron desde las mesas. Otros hicieron rodar monedas hacia él antes de volverle la espalda, mientras unos pocos se levantaron, dejaron unos dólares de Hong Kong junto a su consumición y fueron hacia la puerta. El *heshang* estaba causando efecto, aunque no el deseado por el tipo obeso y con esmoquin que se le acercó.

—¿Puedo servirle en algo, santidad? —preguntó el encargado en medio del estruendo.

El sacerdote se agachó para hablarle al oído.

El encargado abrió mucho los ojos y después señaló con un gesto una mesita que había junto a la pared. El sacerdote se lo agradeció con una leve inclinación y le siguió hasta su asiento mientras los clientes más cercanos advertían, incómodos, su presencia.

El encargado se inclinó y le habló con un respeto que no sentía.

—¿Quiere tomar algo, santidad?

—Leche de cabra, si es posible. Si no, un poco de agua será más que suficiente. Y gracias.

—Es un honor para nosotros —dijo el hombre del esmoquin, que se alejó tras una reverencia, mientras trataba de identificar, sin conseguirlo, el dialecto de aquel personaje.

Qué más daba. Aquel sacerdote de blanca túnica tenía negocios con el *laoban*, y eso era lo único importante. Había utilizado su nombre, un nombre que rara vez se pronunciaba en la Milla de Oro, y precisamente esa noche el poderoso taipán estaba en su establecimiento, en una habitación que se guardaría mucho de decir a nadie. Pero no era cosa suya avisar al *laoban* de que había llegado un sacerdote. El hombre de la túnica lo había dejado bien claro. Debía ser todo muy confidencial. Cuando el augusto taipán quisiera verlo, mandaría a un hombre a su encuentro. Amén. Era el estilo del muy reservado *laoban*, uno de los más ricos e ilustres taipanes de Hong Kong.

—Manda a un pinche a la calle a buscar un poco de leche de cabra —dijo bruscamente el encargado a uno de los camareros—. Y dile que se dé prisa. Le va en ello la vida de su apestosa descendencia.

El hombre santo seguía sentado pasivamente a su mesa. Su mirada se había dulcificado, y observaba el barullo en apariencia sin condenarlo ni aceptarlo, simplemente con la compasión del padre que contempla el extravío de sus preciosos hijos.

De repente, hubo una intrusión en el torbellino de luces. A pocas mesas de allí alguien encendió una brillante cerilla de campista y la apagó rápidamente. Siguió otra, y finalmente una tercera, que se mantuvo bajo un largo cigarrillo negro. La breve serie de relámpagos atrajo la atención del sacerdote. Se volvió despacio hacia la llama y hacia el chino solo, sin afeitar y mal vestido, que aspiraba el humo. Sus ojos se encontraron. El movimiento de cabeza del hombre santo fue casi imperceptible, apenas existió, y fue respondido por otro igualmente vago mientras dejaba de verse la llama de la cerilla.

Segundos más tarde la mesa del fumador estalló en llamas. El fuego brotó de la superficie, y se extendió rápidamente a todos los artículos de papel que la cubrían, servilletas, menús, cestillos del *dim sum*, en forma de erupciones aisladas que podían ser el inicio de un desastre. El chino desaliñado dio un grito y volcó la mesa con estrépito mientras los camareros se lanzaban chillando hacia las llamas. Por todas partes, los clientes saltaron de sus asientos mientras en el suelo el fuego —estrechas tiras de llama azul— se extendía inexplicablemente formando riachuelos en torno a su excitado pataleo. Crecía el pandemónium mientras la gente trataba de sofocar los pequeños fuegos golpeándolos con manteles y delantales. El encargado y los camareros manoteaban, gritando que todo estaba bajo control, que el peligro había pasado, y el conjunto de rock tocaba todavía más fuerte, intentando volver a atraer a la muchedumbre a su órbita frenética, lejos de la zona donde el pánico empezaba a calmarse.

De repente se produjo un revuelo mayor. Dos camareros se habían enzarzado con el *Zhongguo ren* mal vestido que con su descuido y sus descomunales cerillas había provocado el desastre. El chino respondió con rápidos golpes de *Wing Chun* —las manos rígidas contra escápulas y gargantas—, mientras sus pies martilleaban los abdómenes, y envió a los dos *shi-ji* tambaleantes contra los clientes de alrededor. La violencia física incrementó el pánico, el caos. Intervino el gordo encargado, ahora rugiente, y también él fue al suelo, aturdido por una bien colocada patada en las costillas. Después, el *Zhongguo ren* mal afeitado cogió una silla y la lanzó contra los

que gritaban junto al hombre caído, mientras otros tres camareros se incorporaban a la refriega en defensa de su *Zongguan*. Hombres y mujeres que sólo unos segundos antes se limitaban a gritar empezaron ahora a dar empujones a cuantos se les ponían por delante, mientras el grupo de rock parecía decidido a superar todas sus marcas envolviendo la escena en una frenética disonancia. El alboroto había prendido, y el fornido campesino miró hacia la mesa cercana a la pared. El sacerdote ya no estaba.

El *Zhongguo ren* mal afeitado cogió una segunda silla, la estrelló contra una mesa cercana, le arrancó una pata y la esgrimió frente al tumulto. Faltaba ya poco, pero eran momentos cruciales.

El sacerdote cruzó la puerta que había en la pared, no lejos de la entrada del cabaret. Se apresuró a cerrarla y ajustó su visión a la penumbra del largo y estrecho pasillo. Llevaba el brazo derecho rígido bajo los pliegues del caftán, y el izquierdo en diagonal a la cintura, también bajo el blanco tejido. Pasillo adelante, a los pocos metros, un hombre sobresaltado pareció salir de la pared mientras metía la mano derecha bajo la cazadora para sacar un revólver de gran calibre de una invisible sobaquera. El hombre santo se limitó a hacer lentos movimientos de cabeza repetidos e impasibles, mientras avanzaba con el paso solemne de una procesión.

—*Amita-fo, Amita-fo* —decía suavemente, una y otra vez, mientras se acercaba al hombre—. Todo está en paz, todo está en paz; los espíritus lo quieren.

—Jou matyah?

El hombre guardaba una puerta, y esgrimió su impresionante arma mientras continuaba en un cantonés gutural, hijo de las tierras del norte:

—¿Se ha perdido? ¿Qué hace aquí? ¡Salga! ¡Éste no es sitio para usted!

—*Amita-fo, Amita-fo*...

—¡Salga ahora mismo!

El vigilante no tuvo la menor oportunidad. El sacerdote extrajo rápidamente de los pliegues de su cintura un cuchillo de doble hoja, afilada como una navaja barbera, y le lanzó un tajo a la muñeca que medio seccionó la mano junto con el arma. Después, con precisión de cirujano, hizo describir a la hoja un círculo en torno a su cuello. Brotaron aire y sangre mientras la cabeza caía hacia atrás entre una masa de un rojo reluciente, y el tipo cayó al suelo, ya cadáver.

Sin una vacilación, el sacerdote asesino deslizó el cuchillo entre los pliegues de su caftán, donde quedó sujeto, y extrajo del lado derecho de su vestimenta una metralleta Uzi, cuyo curvado depósito contenía más munición de la que podía necesitar. Levantó el pie y lo estrelló contra la puerta, tras de lo cual se precipitó dentro, al encuentro de lo que sabía iba a encontrar.

Cinco hombres —*Zhongguo ren*— estaban sentados en torno a una mesa con tazas de té y vasos rechonchos llenos de whisky fuerte. No había a la vista papeles escritos, ni notas o memorándums; sólo oídos y ojos bien atentos. Y mientras cada par de ojos se alzaba sorprendido, las caras aparecían ya contorsionadas por el pánico. Dos de los elegantes negociadores metieron sus manos bajo las bien cortadas chaquetas mientras saltaban de las sillas; otro se refugió debajo de la mesa, y los dos restantes se levantaron como por un resorte gritando y se precipitaron inútilmente a las paredes forradas de seda y allí dieron vueltas, desesperados, pidiendo indulgencia pero sabiendo que no iba a haberla. Una rociada de balas cayó sobre los *Zhongguo ren*, y brotó la sangre de heridas mortales, de cráneos taladrados, ojos perforados y bocas desgarradas, mientras un rojo brillante subrayaba los gritos de muerte enmudecidos. Las paredes, el suelo y la mesa relucían ya con la sangrienta prueba de la muerte. Aquello había terminado.

El asesino contempló su obra. Satisfecho, se arrodilló junto a un gran charco de sangre que empezaba a coagularse y paseó por él su índice. Después se arrancó un cuadrado de tela oscura de la manga izquierda y lo extendió sobre su trabajo manual. Se incorporó y se precipitó fuera de la habitación, desabotonándose el caftán mientras corría por el sombrío pasillo. Cuando llegó a la puerta que daba al cabaret lo llevaba ya abierto. Sacó el cuchillo y se lo puso al cinto en una funda. Después, manteniendo juntos los pliegues de la tela, con la capucha en su sitio y el arma letal asegurada a su costado, abrió la puerta y penetró en el caos, que no daba muestras de apaciguarse.

¿Por qué iba a hacerlo? Hacía apenas treinta segundos que lo había abandonado y su hombre estaba bien entrenado.

—*Faai di!* —El grito procedía del campesino cantonés forzado y sin afeitar. Estaba a pocos metros de allí, y volcó otra mesa y encendió un fósforo, que dejó caer al suelo—. ¡La policía va a llegar de un momento a otro! ¡El del bar acaba de llamar por teléfono, lo he visto!

El sacerdote asesino se arrancó el caftán. Bajo el salvaje girar de las luces, su rostro parecía tan macabro como cualquiera de los del frenético grupo de rock. Llevaba los ojos fuertemente maquillados, subrayados por líneas blancas, y la cara de un moreno artificial.

—¡Sal delante de mí! —ordenó al campesino.

Tiró la ropa y la Uzi en el suelo junto a la puerta mientras se quitaba un par de finos guantes de cirujano, que guardó en sus pantalones de franela.

Para un cabaret de la Milla de Oro, llamar a la policía no era una decisión fácil de tomar. Había multas cuantiosas para quienes incumplían las ordenanzas, castigos

inflexibles por hacer peligrar el turismo. La policía conocía bien dónde estaba ese peligro y actuaba rápidamente cuando alguien incurría en él. El asesino corrió detrás del campesino de Cantón, que se unió a los que gritaban junto a la puerta queriendo salir. Era como un toro, y los cuerpos que tenía enfrente cayeron uno tras otro bajo sus golpes. Guardaespaldas y asesino no tardaron en verse en la calle, donde se había reunido otra pequeña multitud preguntando a gritos, lanzando epítetos y clamando por la mala suerte, por la desgracia que se había abatido sobre el establecimiento. Se abrieron paso por entre los excitados mirones y se les unió el chino bajo y musculoso que esperaba fuera. Éste agarró el brazo de su protegido, que de tan expeditiva manera acababa de colgar los hábitos, y lo arrastró hacia el más estrecho de los callejones próximos, donde sacó dos toallas de debajo de su túnica. Una estaba suave y seca; la otra, envuelta en plástico, caliente, húmeda y perfumada.

El asesino cogió la toalla húmeda y empezó a frotarse con ella la cara y el cuello, insistiendo particularmente en los ojos. Le dio la vuelta y repitió la operación con más fuerza, frotándose las sienes y el nacimiento del pelo, hasta que apareció la piel blanca. Después se secó con la segunda toalla, se alisó el pelo oscuro y se enderezó la corbata con las insignias de un regimiento, que colgaba sobre una camisa color crema bajo la chaqueta de sport azul oscuro.

—*Jau!* —ordenó a sus dos compañeros.

Echaron a correr y se perdieron entre la gente.

Fue un occidental solo y bien vestido el que salió a la calle de los placeres orientales.

En el cabaret, el encargado regañaba al barman que había llamado a la *jilg cha*. ¡Le iba a cargar a él con la multa! Porque el alboroto se había calmado inexplicablemente, dejando pasmados a los clientes. Los camareros trataban de congraciarse con ellos, palmeando espaldas mientras retiraban los destrozos, enderezaban mesas, sacaban sillas nuevas y repartían whisky gratis. El conjunto de rock se concentraba en los éxitos del momento, y el orden de la velada fue restaurado con la misma rapidez con que se había visto alterado. Con un poco de suerte, pensaba el del esmoquin, la explicación de que un barman impetuoso había tomado a un borracho peleón por algo mucho más serio resultaría aceptable para la policía.

De repente, cuanto pensaba sobre las multas y el acoso oficial quedó barrido cuando su mirada fue a dar sobre un rebujo de tela blanca que había en el suelo al otro lado del salón, frente a la puerta de los reservados. Tela blanca, de un blanco purísimo... ¿El sacerdote? ¡La puerta! ¡El *laoban!* ¡La reunión! Con el aliento entrecortado y la cara cubierta de sudor, el obeso encargado se precipitó por entre las

mesas hasta el caftán abandonado. Se arrodilló, con los ojos muy abiertos y la respiración en suspenso, mientras veía cómo de debajo de los pliegues sobresalía el oscuro cañón de un arma extraña. Y lo que hizo que un terror incipiente le atenazase la garganta fue el ver las diminutas salpicaduras y los finos hilillos de sangre brillante y todavía húmeda que manchaban la tela.

—Go hai matyeh?

El que preguntaba era un segundo hombre de esmoquin, pero sin la categoría que confería la faja; hermano del encargado y su primer ayudante.

—¡Maldito sea el Jesús cristiano! —juró para sí.

Mientras, su hermano envolvía el arma de extraño aspecto en el caftán.

—¡Vamos! —ordenó, incorporándose y dirigiéndose a la puerta.

—¡La policía! Uno de nosotros debería hablarles, calmarlos, hacer lo que podamos.

—¡A lo mejor lo único que podemos hacer es entregarles nuestras cabezas! ¡Date prisa!

En la penumbra del pasillo las pruebas eran ya patentes. El guardián muerto yacía en un río de su propia sangre, con el arma empuñada por una mano apenas sujeta a la muñeca. Pero era dentro del reservado donde se hacían abrumadoras. Cinco cadáveres ensangrentados aparecían en un desorden espasmódico, pero fue uno en especial el que atrajo el interés del encargado. Se acercó al cuerpo, examinó el cráneo perforado, enjugó con su pañuelo la sangre y contempló con atención la cara.

—Somos hombres muertos —susurró—. Kowloon muerto, Hong Kong muerto, todos muertos.

—¿Qué?

—Este hombre es el vicepresidente del gobierno de la República Popular, el sucesor del mismísimo presidente.

—¡Mira esto!

El hermano y primer ayudante se precipitó hacia el cuerpo del *laoban* muerto. Al lado del cadáver arrugado y sangrante había un pañuelo negro. Estaba extendido, y con manchas rojas en las orlas blancas. Lo levantó y se quedó mirando lo escrito debajo, en el círculo de sangre: *Jason Bourne*.

El encargado cruzó la habitación de un salto.

—¡Gran Jesús cristiano! —exclamó, temblando de pies a cabeza—. Ha vuelto. ¡El asesino ha vuelto a Asia! ¡*Jason Bourne* ha vuelto!

Capítulo 2

El sol se hundía tras los montes Sangre de Cristo, en el Colorado central, cuando el helicóptero Cobra destacó a contraluz su gigantesca silueta revoloteante y descendió tartamudeando cerca del límite de la vegetación arbórea. La pista de aterrizaje hormigonada estaba a un centenar de metros de una gran casa rectangular de madera y grueso cristal biselado. Aparte los generadores y las antenas de disco camuflados, no había a la vista nada más. Los árboles formaban una densa pared que ocultaba la casa a los ojos de los extraños. Los pilotos de aquel aparato supermanejable eran reclutados entre los oficiales superiores del complejo de Cheyenne, en Colorado Springs. Ninguno tenía grado inferior a coronel y todos habían sido minuciosamente investigados por el Consejo de Seguridad Nacional de Washington. Jamás hablaban de sus viajes a aquel retiro en la montaña, y su destino era siempre disimulado en los planes de vuelo. El rumbo se les daba por radio cuando los helicópteros estaban ya en el aire. El emplazamiento no figuraba en ningún mapa público y sus comunicaciones estaban fuera del alcance de aliados y enemigos. La seguridad era total; tenía que serlo. Aquél era un lugar para estrategias cuyo trabajo era tan secreto y tenía con frecuencia implicaciones mundiales tan delicadas que los planificadores no podían ser vistos juntos fuera de los edificios oficiales ni siquiera en ellos, y desde luego nunca en despachos contiguos que se supiese estaban comunicados. Había por todas partes ojos hostiles e inquisitivos —aliados o enemigos— que sabían el trabajo que hacían, y si se les veía juntos seguramente cundiría la alarma. El enemigo estaba siempre alerta, y los aliados guardaban celosamente sus propios feudos informativos.

Se abrieron las puertas del Cobra y una hilera de escalones de acero descendió hasta el suelo mientras un hombre obviamente perplejo empezaba a bajar por ellos envuelto en la luz de los focos. Iba escoltado por un general de división de uniforme. El hombre vestido de paisano era esbelto, de mediana edad y estatura también media, e iba vestido con traje a rayas, camisa blanca y corbata de cachemira. Incluso bajo el fuerte impacto del viento que impulsaban las paletas del rotor, continuó igual de acicalado, como si eso fuera importante para él y no algo con lo que se podía jugar. Siguió al militar y juntos recorrieron una senda de cemento hasta una puerta que había al costado de la casa. La puerta se abrió al acercarse ellos, pero sólo el paisano entró. El general inclinó la cabeza, en uno de esos saludos informales que los soldados veteranos reservan para los no militares y para los oficiales de su mismo rango.

—Encantado de haberlo conocido, mister McAllister —dijo—. Otra persona lo acompañará a la vuelta.

—¿No va a entrar?

—Nunca he estado dentro. Me limito a asegurarme de que es usted y a llevarlo del Punto B al Punto C.

—Parece un despilfarro de grado, general.

—Probablemente no lo es —dijo el militar sin mayor comentario—. Pero tengo también otras obligaciones. Adiós.

McAllister caminó por un largo pasillo revestido con paneles de madera, ahora escoltado por un tipo fornido, bien vestido y de rostro agradable, con todas las trazas de pertenecer a Seguridad Interna: rápido y capaz en lo físico e inadvertido entre la gente.

—¿Ha tenido un vuelo agradable? —preguntó.

—¿Es que alguien lo tiene en uno de esos cacharros?

El hombre se echó a reír.

—Por aquí, señor.

Siguieron por el pasillo, pasando ante varias puertas a lo largo de ambas paredes, hasta llegar al final, donde había una doble puerta de mayor tamaño con luces rojas en las esquinas superiores izquierda y derecha. Eran cámaras con circuitos independientes. Edward McAllister no había visto chismes como aquellos desde que salió de Hong Kong hacía dos años, y entonces sólo porque había estado por poco tiempo asignado como consultor al MI-Seis, Rama Especial, de la Inteligencia británica. Los británicos le habían parecido gente paranoica en materia de seguridad. Nunca los había entendido, sobre todo desde que le concedieron una mención honorífica por trabajos sin importancia en asuntos que ellos deberían ser los primeros en dominar. El acompañante dio unos golpecitos en la puerta. Hubo un clic ahogado y se abrió la hoja derecha.

—Su otro invitado, señor.

—Cuánto se lo agradezco.

El asombrado McAllister reconoció al instante aquella voz, de un sinfín de noticiarios de radio y televisión a lo largo de los años. Tenía unas inconfundibles inflexiones aprendidas en una carísima escuela preparatoria y en varias universidades de prestigio, más una carrera de posgraduado en las islas Británicas. No hubo, sin embargo, tiempo para acomodarse a ello. El hombre sentado detrás de la gran mesa, canoso, impecablemente vestido y con la cara alargada surcada de arrugas que indicaban sus setenta y pico de años, se levantó y vino hacia él con la mano extendida.

—Señor subsecretario, ha sido muy amable al venir. Permítame que me presente. Soy Raymond Havilland.

—Sé muy bien quién es, señor embajador, y es para mí un privilegio.

—Embajador sin cartera, McAllister, lo que quiere decir que de privilegio muy poco. Pero todavía hay trabajo.

—Creo que ningún presidente de los Estados Unidos en los últimos veinte años hubiera podido sobrevivir sin usted.

—Algunos salieron del paso, señor subsecretario; pero, con su experiencia en Estado, sospecho que sabe eso mejor que yo. —El diplomático volvió la cabeza—. Permítame presentarle a John Reilly. Jack es uno de esos colaboradores bien informados con los que oficialmente no tenemos nada que ver en el Consejo de Seguridad Nacional. No resulta tan aterrador, ¿no le parece?

—Espero que no —dijo McAllister, yendo a estrechar la mano de Reilly, quien se había levantado de uno de los dos butacones de cuero que había frente a la mesa—. Encantado de conocerlo, mister Reilly.

—Señor subsecretario... —dijo el hombre algo obeso y con pelo rojo, que hacía juego con su frente pecosa. Los ojos que había detrás de las gafas de montura de acero no tenían nada de afables; eran agudos y fríos.

—Mister Reilly está aquí —continuó Havilland, yendo a sentarse detrás de la mesa e indicando la butaca vacía que había a la derecha de McAllister— para asegurarse de que no me paso de la raya. Según yo lo entiendo, eso significa que hay cosas que puedo decir, otras que no, y algunas que sólo puede decir él. —El embajador se sentó—. Quizá le parezca enigmático, señor subsecretario, pero me temo que es cuanto puedo ofrecerle en esta coyuntura.

—Todo lo ocurrido durante las últimas cinco horas, desde que se me ordenó presentarme en la base de las fuerzas aéreas en Andrews, ha sido un enigma, embajador Havilland. No tengo la menor idea de por qué me han traído aquí.

—Entonces permítame explicárselo de un modo general —dijo el diplomático, mirando a Reilly e inclinándose sobre la mesa—. Está usted en situación de prestar un servicio extraordinario a su país, y a intereses que exceden con mucho a los de este país; algo superior a cuanto pueda haber hecho o pensado durante su larga y muy distinguida carrera.

McAllister estudió el rostro austero del embajador, sin saber bien qué responder.

—Mi carrera en el Departamento de Estado ha sido muy satisfactoria y, confío, muy profesional, pero difícilmente puede ser calificada de distinguida en un sentido lato. Para decirlo con franqueza, las oportunidades no llegaron a presentarse.

—Ahora se le presenta una —le interrumpió Havilland— y tiene usted condiciones únicas para llevarla a cabo.

—¿De qué modo? ¿Por qué?

—Extremo Oriente —dijo el diplomático con una extraña inflexión en la voz, como si la respuesta pudiera ser una pregunta—. Ha estado usted más de veinte años en el Departamento de Estado, desde que se doctoró en estudios de Extremo Oriente en Harvard. Ha servido a su gobierno de un modo digno de elogio, con muchos años de destacados servicios en Asia, y desde que regresó de su último destino sus juicios han resultado extremadamente valiosos para formular la política en aquella agitada parte del mundo. Se le considera un brillante analista.

—Se lo agradezco, pero en Asia hubo otros muchos que alcanzaron calificaciones iguales y superiores a las mías.

—Azares de los acontecimientos y los destinos, señor subsecretario. Seamos francos: usted lo hizo muy bien.

—Pero ¿qué me distingue de los otros? ¿Por qué estoy más capacitado que ellos para esta oportunidad?

—Porque nadie puede compararse con usted como especialista en los asuntos internos de la República Popular china; creo que desempeñó usted un papel esencial en las negociaciones comerciales entre Washington y Pekín. Además, ninguno de los otros pasó siete años en Hong Kong. —Aquí Raymond Havilland hizo una pausa, para añadir—: Por último, ningún otro de los destinados en Asia estuvo asignado al MI-Seis británico, Rama Especial, en ese territorio.

—Comprendo —dijo McAllister, dándose cuenta de que este último requisito, que a él le parecía el menos importante, tenía cierta entidad para el diplomático—. Mi trabajo en Inteligencia fue mínimo, señor embajador. El que me aceptase la Rama Especial tuvo más que ver con su... desinformación, creo que es la palabra, que con mis dotes. Simplemente, esa gente aceptaba una serie de datos equivocados y las sumas no cuadraban. No fue difícil encontrar los «números exactos», como recuerdo que decían.

—Confíaron en usted, McAllister, y aún confían.

—Me parece entender que esa confianza es esencial para esta oportunidad, sea la que sea.

—Efectivamente. Es vital.

—Entonces ¿puedo saber de qué se trata?

—Puede. —Havilland miró al tercer interlocutor, el hombre del Consejo de Seguridad Nacional—. Si a usted le parece —añadió.

—Es mi turno —dijo Reilly, en un tono no desagradable. Removió su pesado torso en el asiento y miró a McAllister, con ojos todavía rígidos pero sin la frialdad de

antes; más bien como pidiendo comprensión—. En este momento nuestras voces están siendo grabadas. Constitucionalmente tiene derecho a saberlo, pero es un derecho con dos vertientes. Debe jurar guardar absoluto silencio sobre la información que le sea suministrada aquí, no sólo en interés de la seguridad nacional sino en el más amplio y trascendente de una determinada situación del mundo. Sé que esto parece un modo de despertar su apetito, pero no pretende serlo. Hablamos absolutamente en serio. ¿Está de acuerdo con esa condición? Puede ser procesado y juzgado a puerta cerrada con arreglo a las leyes que prohíben revelar secretos que afecten a la seguridad nacional si viola el juramento.

—¿Cómo puedo acceder a una condición como ésa sin tener la menor idea de cuál es la información?

—Porque puedo darle una rápida idea de conjunto, suficiente para que diga sí o no. Si es que no, lo acompañarán fuera de aquí y lo devolverán en avión a Washington. Nadie perderá nada.

—Adelante.

—Está bien. —Reilly habló con calma—. Se trata de acontecimientos que tuvieron lugar en el pasado; no es historia antigua, pero tampoco actual. Todo el mundo se desentendió de aquello; lo enterraron, para ser más exactos. ¿No le suena familiar, señor subsecretario?

—Yo pertenezco al Departamento de Estado. Enterramos el pasado cuando no sirve de nada revelarlo. Las circunstancias cambian; juicios hechos ayer de buena fe son a menudo un problema mañana. No podemos controlar esos cambios, como tampoco pueden los soviéticos o los chinos.

—¡Bien dicho! —apostilló Havilland.

—No, todavía no —objetó Reilly, levantando la palma de la mano hacia el embajador—. El subsecretario es sin duda un experto diplomático. No ha dicho ni que sí ni que no. —El hombre del CSN clavó otra vez la mirada en McAllister, y detrás de las gafas con montura de acero sus ojos volvieron a ser penetrantes y fríos—. ¿Qué pasa, señor subsecretario? ¿Sigue queriendo firmar o prefiere marcharse?

—Una parte de mí quiere levantarse y marcharse tan deprisa como pueda —dijo McAllister, mirando alternativamente a ambos hombres—; la otra dice «quédate». —Hizo una pausa, sin quitar los ojos de Reilly, y añadió—: Lo pretendiese usted o no, se me ha despertado el apetito.

—Es un hambre muy cara —replicó el irlandés.

—Hay algo más. —El subsecretario de Estado habló sucesivamente—. Soy un profesional, y, si soy el hombre que necesitan, no tengo realmente opción. ¿No es así?

—Me temo que vamos a tener que oír las palabras —dijo Reilly—. ¿Quiere que las repita?

—No será necesario. —McAllister frunció la frente, pensando, y al fin dijo—: Yo, Edward Newington McAllister, soy plenamente consciente de que cuanto se diga en esta reunión... —Se detuvo y miró a Reilly—. Supongo que llenarán ustedes los detalles, tales como la hora, el lugar y los presentes.

—Fecha, lugar, hora y minuto de llegada e identificaciones. Todo está listo y anotado.

—Gracias. Quiero una copia antes de irme.

—Desde luego. —Sin alzar la voz, Reilly miró al frente y musitó una orden—. Tome nota, por favor. Tenga una copia de esta grabación a disposición del sujeto antes de su marcha. También el equipo para que pueda comprobar su contenido en el momento. Yo rubricaré la copia... Adelante, mister McAllister.

—Se lo agradezco. Con respecto a cuanto se diga en esta reunión, acepto la condición del secreto. No hablaré a nadie sobre ningún aspecto de lo tratado a menos que me dé personalmente instrucciones de hacerlo el embajador Havilland. Me doy también por enterado de que puedo ser juzgado a puerta cerrada si violase este acuerdo. No obstante, si alguna vez tuviese lugar ese juicio, me reservo el derecho de enfrentarme a mis acusadores, no a sus declaraciones, juradas o no. Añado esto porque no puedo concebir circunstancia alguna en que yo quisiera o pudiese violar el juramento que acabo de prestar.

—Las hay, usted lo sabe —dijo suavemente Reilly.

—En mi opinión, no.

—Violencia física, drogas, o ser engañado por hombres o mujeres mucho más experimentados que usted. Hay maneras, señor subsecretario.

—Repito. Si alguna vez soy acusado (y cosas así ya han ocurrido a otros), me reservo el derecho de enfrentarme a todos y cada uno de mis acusadores.

—Eso es suficiente para nosotros. —Reilly volvió a mirar al frente y dijo—: Dé por terminada esta grabación y desconecte. Confirme.

—*Confirmado* —dijo una voz fantasmal desde un altavoz situado en algún lugar por encima de sus cabezas—. En este momento... desconecto.

—Proceda, señor embajador —dijo el hombre del pelo rojo—. Sólo le interrumpiré cuando lo crea necesario.

—Estoy seguro de que lo hará, Jack. —Havilland se volvió a McAllister—. Retiro lo que dije antes; es realmente aterrador. Al cabo de cuarenta y tantos años de servicio, viene un mequetrefe pelirrojo a decirme cuándo debo callarme.

Los tres sonrieron; el maduro diplomático sabía cuándo y cómo disminuir la tensión. Reilly sacudió la cabeza y extendió las manos, oponiéndose.

—Yo nunca haría eso, o al menos, espero que no de un modo tan descarado.

—¿Qué le parece, McAllister? Podemos desertar, largarnos a Moscú y decir que fue él quien nos reclutó. Probablemente los rusos nos darían una dacha a cada uno mientras él se pudría en Leavenworth.

—A usted le darían la dacha, señor embajador. Yo compartiría un piso con doce siberianos. No, gracias. No es a mí a quien interrumpe.

—Muy bueno. Me sorprende que ninguno de esos entrometidos bienintencionados del Despacho Oval lo reclamase o al menos lo mandase a la ONU.

—No sabían que existía.

—Eso cambiará —dijo Havilland, de pronto serio. Hizo una pausa, mirando fijamente al subsecretario, y bajó la voz—. ¿Ha oído hablar de Jason Bourne?

—¿Cómo podría no haberlo oído alguien destinado en Asia? —dijo McAllister, perplejo—. De treinta y cinco a cuarenta crímenes; el asesino a sueldo que escapó a cuantas trampas se le tendieron. Un matarife patológico sin más moralidad que el precio. Dicen que era norteamericano... que es; no lo sé, se perdió de vista... y que era un cura que colgó los hábitos, un importador que había robado millones, un desertor de la Legión Extranjera francesa y Dios sabe cuántas cosas más. Lo único que sé es que nunca fue capturado, y que nuestro fracaso en conseguirlo supuso una carga para nuestra diplomacia en todo Extremo Oriente.

—¿Respondían a algún patrón sus víctimas?

—A ninguno. Dos banqueros aquí, tres agregados allá... quiero decir hombres de la CIA; un ministro de Estado de Delhi, un industrial de Singapur y numerosos políticos, demasiados, generalmente hombres honrados. Una granada contra el coche en la calle, un piso volado... Hubo también maridos y esposas infieles y amantes de diversa condición que fueron otros tantos escándalos; ofrecía soluciones definitivas para el amor propio herido. No había nadie a quien no estuviese dispuesto a matar, ni método demasiado brutal o despreciable para él. No, no había un patrón; sólo el dinero, el mejor postor. Era un monstruo... lo es aún, si sigue vivo.

Una vez más, Havilland se echó hacia adelante, con los ojos clavados en el subsecretario de Estado.

—Dijo usted que se perdió de vista. ¿Así por las buenas? ¿Nunca oyó usted nada, ningún rumor, ningún cotilleo en nuestras embajadas o consulados de Asia?

—Se dijeron cosas, sí, pero sin confirmación. La historia que oí más a menudo procedía de la policía de Macao, último lugar donde se vio a Bourne. Decían que no

estaba muerto, ni retirado, sino que se había ido a Europa en busca de clientes más ricos. De ser cierto, puede ser sólo la mitad de la historia. La policía aseguraba también que sus confidentes le habían dicho que a Bourne le había ido mal con varios contratos, que en un caso mató al hombre que no era, una figura prominente del hampa de Malasia, y en otro violó a la mujer de un cliente. Puede que fuese cerrándose el círculo en torno a él... y puede que no.

—¿Qué quiere decir?

—La mayoría de nosotros aceptamos sólo la primera parte de la historia. Bourne no habría matado al hombre equivocado, y mucho menos a alguien así; no cometía esa clase de errores. Y si violó a la mujer de un cliente, lo que dudo mucho, lo haría por odio o por venganza. Habría obligado al marido atado a presenciarlo y después los mataría a los dos. No; la mayoría de nosotros suscribimos la primera historia. Se fue a Europa porque allí había peces más gordos que freír... y que asesinar.

—Ésa es la versión que alguien hizo creer a todos —dijo Havilland, recostándose en el sillón.

—¿Perdón?

—Al único hombre que Jason Bourne mató en Asia después de Vietnam fue a un enlace furioso que trató de matarlo a él.

McAllister, perplejo, miró al diplomático.

—No comprendo.

—El Jason Bourne que acaba usted de descubrir nunca existió. Era un mito.

—No puede hablar en serio.

—Totalmente. Aquéllos eran tiempos turbulentos en Extremo Oriente. Las redes de la droga que operaban desde el Triángulo de Oro estaban librando una guerra desorganizada y sin publicidad. Todos, cónsules, vicecónsules, la policía, los políticos, las bandas criminales y las patrullas de frontera, lo más alto y lo más bajo de la sociedad, se veían afectados. El dinero, en cantidades inimaginables, alimentaba la corrupción. Cada vez que trascendía un asesinato escandaloso, cualesquiera que fuesen las circunstancias o los acusados, resultaba que Bourne estaba allí y cargaba con el crimen.

—Era él el asesino —insistió un McAllister confuso—. Estaban sus marcas, su firma. ¡Todo el mundo lo sabía!

—*Lo suponía, señor subsecretario. Una falsa llamada a la policía, un trozo de tela enviado por correo, un pañuelo negro encontrado entre la maleza al día siguiente...* Era todo parte de la estrategia.

—¿La estrategia? ¿De qué está hablando?

—Jason Bourne, el auténtico, fue un asesino convicto, un fugitivo cuya vida terminó con una bala en la cabeza en un lugar llamado Tam Quan durante los últimos meses de la guerra del Vietnam. Fue una ejecución en la jungla. Ese hombre era un traidor. Dejaron pudrirse su cadáver; simplemente, desapareció. Varios años más tarde, el que lo ejecutó tomó su identidad para uno de nuestros planes, un plan que estuvo a punto de tener éxito, que debería haberlo tenido, pero se desmadró.

—¿Se qué?

—Escapó a nuestro control. Ese hombre, todo un valiente, que estuvo tres años en la clandestinidad utilizando el nombre de Jason Bourne, fue herido, y como consecuencia tuvo un ataque de amnesia. Perdió la memoria; no sabía quién era ni quién tenía que fingir ser.

—Dios mío...

—Era una situación muy difícil. Con ayuda de un médico alcohólico, en una isla del Mediterráneo, trató de recuperar su vida, su identidad, y me temo que en eso fracasó. Fracasó él, pero no la mujer que le ayudó y ahora es su esposa. Su instinto era seguro; sabía que ese hombre no podía ser un asesino. Le obligó a estudiar lo que decía, lo que sabía hacer, y por último a establecer los contactos que le conducirían a nosotros. Pero nosotros, con el aparato de Inteligencia más sofisticado del mundo, no quisimos saber nada del factor humano. Montamos una trampa para matarlos.

—Debo interrumpir, señor embajador —dijo Reilly.

—¿Por qué? Fue lo que hicimos, y no nos están grabando.

—La decisión la tomó una persona, no el gobierno de Estados Unidos. Es algo que debería quedar claro.

—Está bien —asintió el diplomático—. Se llamaba Conklin, pero eso carece de importancia, Jack. La gente del gobierno siguió el juego. Es algo que ocurrió.

—La gente del gobierno sirvió también para salvarle la vida.

—Un poco tardíamente —masculló Havilland.

—Pero, ¿por qué? —preguntó McAllister, ahora echado hacia adelante, fascinado por la extraña historia—. Era uno de los nuestros. ¿Por qué iba nadie a querer matarlo?

—Su pérdida de memoria fue mal interpretada. Se creyó que había desertado, que había matado a tres de sus controles y desaparecido con una gran cantidad de dinero, fondos del gobierno que ascendían a casi cinco millones de dólares.

—¿Cinco millones...? —Asombrado, el subsecretario de Estado se echó lentamente hacia atrás en su butaca—. ¿Tenía a su disposición personal fondos de esa magnitud?

—Sí —dijo el embajador—. También formaban parte de la estrategia, del plan.

—Supongo que es aquí donde empieza a regir lo del silencio. Me refiero al plan.

—Efectivamente —dijo Reilly—. No por el proyecto en sí, pues a pesar de lo ocurrido no tenemos por qué disculparnos por esa operación, sino por el hombre que reclutamos para convertirse en Jason Bourne, y de dónde procedía.

—Eso es enigmático.

—Ya se aclarará.

—El plan, por favor.

Reilly miró a Raymond Havilland. El diplomático asintió con la cabeza, y entonces habló.

—Creamos un asesino más para sacar a la luz y atrapar al asesino más mortífero de Europa.

—¿Carlos?

—Es usted rápido, señor subsecretario.

—¿Quién si no? En Asia era normal comparar a Bourne con el Chacal.

—Esas comparaciones eran fomentadas —dijo Havilland— y a menudo magnificadas y difundidas por los estrategas del plan, un grupo conocido como Treadstone Setenta y Uno. El nombre se derivaba de una casa franca de la calle Setenta y Uno en Nueva York, donde el Jason Bourne resucitado hizo su entrenamiento. Era el puesto de mando, y un nombre que usted debería saber.

—Comprendo —dijo pensativo McAllister—. Entonces esas comparaciones, que crecían con la fama de Bourne, servían como un desafío a Carlos. Fue entonces cuando Bourne se trasladó a Europa, para plantear directamente el desafío al Chacal, para obligarlo a salir a la luz y enfrentarse a quien lo desafiaba.

—Muy perspicaz, señor subsecretario. Bastante resumida, ésa fue la estrategia.

—Es extraordinario. Realmente brillante, y no hace falta ser un experto para darse cuenta. Bien sabe Dios que yo no lo soy.

—Puede llegar a serlo.

—Y dice usted que ese hombre que se convirtió en Bourne, el asesino mítico, pasó tres años haciendo ese papel y después fue herido...

—Un tiro —interrumpió Havilland—. Le volaron membranas del cerebro.

—¿Y perdió la memoria?

—Por completo.

—¡Dios mío!

—Pero, a pesar de cuanto le ocurrió, y con ayuda de esa mujer (le diré de pasada que era una economista que trabajaba para el gobierno canadiense), estuvo a un paso

de conseguirlo. Una historia notable, ¿no le parece?

—Increíble. Pero ¿qué clase de hombre haría eso, podría hacerlo?

El pelirrojo John Reilly tosió suavemente, y el embajador le cedió la palabra con una mirada.

—Estamos llegando —dijo el perro guardián, cambiando de nuevo de postura para mirar a McAllister—. Si tiene dudas, todavía podemos dejarlo marchar.

—No repetiré lo que ya dije. Tienen la grabación.

—El apetito es suyo.

—Supongo que es otro modo que tienen ustedes de decir que puede no haber ni juicio.

—Yo nunca he dicho eso.

McAllister tragó saliva, con los ojos clavados en la tranquila mirada del hombre del CSN. Se volvió a Havilland.

—Continúe, por favor señor embajador. ¿Quién es ese hombre? ¿De dónde salió?

—Se llama David Webb. Ahora es profesor adjunto de Estudios Orientales en una pequeña Universidad de Maine y está casado con la mujer canadiense que literalmente lo guió para salir de su laberinto. Sin ella lo habrían matado, pero sin él, ella hubiese acabado cadáver en Zurich.

—Notable —dijo McAllister con voz apenas audible.

—Lo importante es que se trata de su segunda esposa. Su primer matrimonio terminó en una trágica matanza sin sentido, que es cuando empieza para nosotros su historia. Hace algunos años, Webb era un joven funcionario del servicio exterior destinado en Phnom Penh; un brillante especialista en Extremo Oriente que dominaba varias lenguas de aquella parte del mundo y estaba casado con una tailandesa a quien había conocido en la escuela para graduados. Vivían en una casa junto a un río y tenían dos hijos. Era una vida ideal para un hombre así. Combinaba la experiencia de la zona que Washington necesitaba con la oportunidad de vivir en una especie de museo propio. Después, las operaciones en Vietnam experimentaron una escalada, y una mañana un caza solitario, nadie sabe realmente de qué bando, pero eso nunca se le dijo a Webb, hizo una pasada a baja altura y ametralló a su mujer y a sus hijos mientras jugaban en el agua. Sus cuerpos quedaron acribillados. Flotaban en la orilla mientras Webb trataba de alcanzarlos, y al fin quedó abrazado a ellos mientras gritaba inútilmente al avión que se alejaba.

—Qué horrible —susurró McAllister.

—En ese momento, Webb cambió. Se transformó en alguien que nunca había sido y nunca soñó llegar a ser. Se convirtió en un guerrillero conocido por Delta.

—¿Delta? —dijo el subsecretario de Estado—. ¿Un guerrillero? Me temo que no comprendo.

—Es natural. —Havilland miró a Reilly, y de nuevo a McAllister—. Como dijo Jack hace un momento, estamos llegando. Webb voló a Saigón, consumido por la rabia, y, gracias a los buenos oficios de un funcionario de la CIA llamado Conklin, el mismo que años más tarde trató de matarlo, ingresó en un equipo de operaciones clandestinas llamado Medusa. La gente de Medusa no usaba nunca nombres, sólo las letras del alfabeto griego, y Webb se convirtió en Delta Uno.

—¿Medusa? Nunca he oído hablar de ello.

—Altitud cero —dijo Reilly—. El expediente de Medusa es todavía secreto, pero en este caso nos hemos permitido romper en parte ese secreto. Las unidades de Medusa estaban formadas por una colección de gente de todas partes que conocía bien Vietnam, el norte y el sur. La verdad es que la mayoría eran delincuentes, contrabandistas de drogas, oro, armas, joyas... También asesinos convictos, fugitivos condenados a muerte en rebeldía, e incluso colonos a quienes uno de los dos bandos había confiscado sus propiedades. Contaban con nosotros, el Gran Tío, para ocuparnos de todos sus problemas cuando se infiltraban en las zonas hostiles para matar a sospechosos de colaborar con el Vietcong y a jefes de aldea a quienes se creía inclinados hacia él, o para facilitar la fuga de prisioneros de guerra si se presentaba la ocasión. Eran equipos de asesinos, escuadras de la muerte, si lo prefiere; es lo que mejor les va, y lo que, por supuesto, nunca diremos. Hubo errores, se robaron millones, y la mayoría de ese personal, incluido Webb, no sería aceptado en ningún ejército civilizado.

—Con su pasado y sus títulos académicos, ¿se prestó a formar parte de un grupo así?

—Tenía un motivo poderoso —dijo Havilland—. Para él, ese avión de Phnom Penh era norvietnamita.

—Algunos lo tenían por un loco —continuó Reilly—. Otros aseguraban que era un táctico extraordinario, un superguerrillero que comprendía el espíritu oriental y mandó los equipos más agresivos de Medusa, y a quien el alto mando de Saigón temía tanto como el enemigo. Era incontrolable; no seguía más reglas que las propias. Se diría que había montado una cacería personal, tras el rastro del hombre que pilotaba aquel aeroplano y había destruido su vida. Aquello se convirtió en su guerra, y cuanto más violenta se hacía más satisfactoria le resultaba, o quizá más cercana a sus deseos de morir.

—¿De morir...?

El subsecretario de Estado dejó la palabra en el aire.

—Era la teoría más aceptada en esa época —le interrumpió el embajador.

—La guerra terminó —dijo Reilly— tan desastrosamente para Webb, o para Delta, como para el resto de nosotros. Tal vez peor, porque a él no le quedaba nada. Ya no tenía a quien perseguir, a quien matar. Hasta que entramos en contacto con él y le dimos una razón para seguir viviendo, o quizá para seguir tratando de morir.

—Transformándose en Bourne y yendo tras Carlos el Chacal —completó McAllister.

—Sí —asintió el funcionario de Inteligencia.

Siguió un breve silencio.

—Lo necesitamos otra vez —dijo Havilland.

Sus palabras, dichas en tono suave, cayeron como un hacha sobre madera dura.

—¿Ha reaparecido Carlos?

El diplomático sacudió la cabeza.

—No se trata de Europa. Lo necesitamos otra vez en Asia. No podemos perder ni un minuto.

—¿Algún otro... blanco? —McAllister tragó saliva involuntariamente—. ¿Han hablado ya con él?

—No podemos ni acercarnos, al menos directamente.

—¿Por qué?

—No nos dejaría pasar de la puerta. No confía en nada ni en nadie que proceda de Washington, y es difícil culparle por ello. Durante días, durante semanas, gritó pidiendo ayuda y no le escuchamos. Por el contrario, tratamos de matarlo.

—Una vez más debo objetar —interrumpió Reilly—. No fuimos nosotros. Fue un individuo que operaba con información errónea. Y actualmente el gobierno gasta más de cuatrocientos mil dólares al año en un plan para proteger a Webb.

—Del que él se burla. Cree que no es más que una trampa para cazar a Carlos en caso de que el Chacal llegue a descubrirlo. Está convencido de que su seguridad personal les importa un comino, y no creo que se equivoque. Él vio a Carlos, y el hecho de que su cara se le haya borrado es algo que Carlos ignora. Al Chacal le sobran razones para ir contra Webb, y si lo hace, tendrán ustedes una segunda oportunidad.

—Las de que Carlos dé con él son tan remotas como para resultar prácticamente nulas. Los documentos sobre Treadstone están enterrados, y aunque no lo estuviesen no contienen información al día sobre dónde está Webb o lo que hace.

—Vamos, mister Reilly —dijo malhumorado Havilland—; sólo su historial y sus

títulos. ¿Qué dificultad habría? Huele a profesor a cien leguas.

—No le estoy contradiciendo, señor embajador —replicó un Reilly un tanto contenido—; sólo quiero que todo quede claro. Seamos francos: a Webb hay que manejarlo con delicadeza. Ha recuperado buena parte de la memoria, aunque desde luego no toda. No obstante, recuerda lo suficiente de Medusa para suponer una amenaza considerable contra los intereses del país.

—¿Por qué motivo? —preguntó McAllister—. Tal vez no fuese la mejor ni probablemente la peor, pero básicamente fue una estrategia militar más en tiempos de guerra.

—Una estrategia extraoficial, que no figura en ninguna parte y de la que nadie se responsabiliza. No hay constancia oficial.

—¿Cómo es posible? Tuvo un presupuesto, y cuando se gastan fondos del Estado...

—No me lea la cartilla —interrumpió el obeso funcionario de Inteligencia—. No nos están grabando, pero tengo su grabación.

—¿Es ésa su respuesta?

—No, ésta: los delitos y asesinatos de guerra no prescriben, señor subsecretario, y los asesinatos y otros delitos violentos de que hablamos fueron cometidos contra nuestras propias fuerzas y contra personal aliado. En su mayor parte los cometieron asesinos y ladrones durante sus robos, rapiñas, violaciones y matanzas. La mayor parte de ellos eran criminales patológicos. A pesar de lo eficaz que fue Medusa en muchos aspectos, constituyó un trágico error, hijo de la rabia y la frustración que provoca la falta de victorias. ¿De qué serviría reabrir esas viejas heridas? Aparte de las reclamaciones contra nosotros, nos convertiríamos en unos parias a los ojos del mundo civilizado.

—Como ya dije —intervino suavemente McAllister, como a regañá— dientes—, en Estado no somos partidarios de abrir heridas. —Se volvió al embajador—. Voy empezando a comprender. Quieren que me ponga en contacto con el tal David Webb y lo convenza para que vuelva a Asia. Para otro plan, otro *blanco*, aunque nunca he usado esta palabra en semejante contexto antes de esta noche. Y supongo que es porque nuestras carreras iniciales son muy parecidas; ambos somos hombres de Asia. Es de presumir que tengamos ciertas afinidades sobre Extremo Oriente y creen que me escuchará.

—En esencia, así es.

—Sin embargo usted dijo que no quiere saber nada de nosotros. Ahí es donde ya no le entiendo. ¿Cómo puedo hacerlo?

—Lo haremos juntos. Si en otro tiempo fue él quien hizo las reglas, ahora las haremos nosotros. No hay más remedio.

—¿Por causa de un hombre al que quieren ver muerto?

—Eliminado bastará. Hay que hacerlo.

—¿Y Webb puede hacerlo?

—No. El que puede es *Jason Bourne*. Lo tuvimos por ahí solo durante tres años sometido a una tensión extraordinaria, y de pronto perdió la memoria y se le dio caza como a un animal. Pero conservó la capacidad de infiltrarse y matar. Tal vez estoy siendo algo brusco.

—Lo comprendo. Dado que no nos están grabando... —El subsecretario miró desaprobadoramente a Reilly, que sacudió la cabeza y se encogió de hombros—. ¿Podré saber quién es el blanco?

—Puede, y quiero que aprenda el nombre de memoria, señor subsecretario. Se trata de un ministro de Estado chino, Sheng Chou Yang.

McAllister enrojeció, furioso.

—No tengo que aprender nada, y creo que usted lo sabe. Era miembro permanente del grupo de economía de la RPCh y ambos fuimos asignados a las negociaciones comerciales de Pekín a finales de los setenta. Leí cosas sobre él, lo analicé. Era mi homólogo y no podía hacer menos, como supongo también sabe.

—¿Qué me dice! —El embajador arqueó sus oscuras cejas y pasó por alto el reproche—. ¿Y qué sacó de sus lecturas? ¿Qué aprendió sobre él?

—Se le consideraba muy brillante, muy ambicioso; pero bueno, basta con ver su ascenso en la jerarquía de Pekín. Fue descubierto hace años por los *cazadores de talentos* del comité Central en la universidad de Fudan, en Shanghai, al principio por su dominio del inglés y por sus extremos conocimientos sobre la economía occidental.

—¿Y qué más?

—Se le consideró material prometedor, y, tras un profundo adoctrinamiento, fue enviado a la London School of Economics para graduarse. Y se contagió.

—¿Qué quiere decir?

—Sheng es un marxista confeso en lo que concierne al Estado centralizado, pero tiene un saludable respeto por los beneficios capitalistas.

—Comprendo —dijo Havilland—. Entonces ¿acepta el fracaso del sistema soviético?

—Lo atribuye a la proclividad rusa a la corrupción y el conformismo más despreocupado en las altas esferas, y al alcohol en las bajas. Hay que decir en su honor que ha acabado con buena parte de esos abusos en los centros industriales.

—Cualquiera diría que se formó en la IBM.

—Es el responsable de buena parte de la nueva política económica de la RPCh. Ha hecho ganar a China un montón de dinero. —El subsecretario de Estado volvió a echarse hacia adelante en su asiento, con mirada intensa y aire desconcertado; pasmado sería quizá más preciso—. ¡Dios mío! ¿Por qué iba a querer nadie en Occidente ver muerto a Sheng? ¡Es absurdo! ¡Se trata de nuestro aliado económico, de un factor de estabilización política en la nación más grande de la tierra, opuesta ideológicamente a nosotros! Gracias a él, y a otros como él, hemos conseguido llegar a ciertos acuerdos. Sin él, vayan como vayan las cosas, se corre el riesgo de un desastre. Soy un analista profesional de estas materias, señor embajador, y, lo repito, lo que usted sugiere es absurdo. Un hombre de su talento debería darse cuenta mejor que cualquiera de nosotros.

El diplomático miró con dureza a su interlocutor, y cuando habló lo hizo lentamente, eligiendo con cuidado las palabras.

—Llevamos ya unos minutos en altitud cero. Un antiguo funcionario del servicio exterior llamado David Webb se convirtió en Jason Bourne con un fin. De modo parecido, Sheng Chou Yang no es el hombre que usted conoce, y al que estudió como su homólogo. Se convirtió en ese hombre con un propósito.

—¿De qué me está hablando? —disparó McAllister a la defensiva—. Todo cuanto he dicho de él está en los archivos, la mayoría como alto secreto accesible a muy pocas personas.

—Sí, «sólo para sus ojos» —dijo cansinamente el ex embajador—, o para sus oídos, o para sus lenguas, que se menean más que la cola de un tigre. No basta con poner un sello oficial a observaciones hechas por no se sabe quién para que sean válidas. No, señor subsecretario, no es suficiente. Nunca lo es.

—Es evidente que tiene usted información que yo no tengo —dijo fríamente el hombre del Departamento de Estado—. Si es que se trata de información y no de todo lo contrario. El hombre que he descrito, el que yo conocía, es Sheng Chou Yang.

—¿Como el David Webb que nosotros le describimos era Jason Bourne? No, por favor, no se enfade; no estoy jugando. Es importante que usted comprenda. Sheng no es el hombre al que usted conocía, nunca lo fue.

—Entonces ¿a quién conocí yo? ¿Quién era el hombre que asistía a aquellas reuniones?

—Un traidor, señor subsecretario. Sheng Chou Yang es un traidor a su país, y cuando su traición sea descubierta, como sin duda lo será, Pekín hará responsable al mundo libre. Las consecuencias de ese error, imposible de evitar, son impensables.

Pero de lo que no cabe la menor duda es de sus fines.

—¿Sheng un traidor? No le creo. En Pekín lo adoran. ¡Llegará a presidente!

—Entonces China estará gobernada por un nacionalista fanático que tiene sus raíces ideológicas en Taiwan.

—¡Está usted loco, absolutamente loco! Un momento. Dijo usted que tenía un fin.

—Él y los suyos intentan apoderarse de Hong Kong. Están montando una especie de guerra relámpago económica secreta, poniendo todo el comercio y todas las instituciones financieras del territorio bajo el control de una comisión «neutral» aprobada por Pekín, lo que significa aprobada por Sheng. El instrumento será el tratado con Gran Bretaña que expira en 1997, y la tal comisión el preludio, supuestamente razonable, a la anexión y el control. Esto ocurrirá cuando Sheng tenga el horizonte despejado, cuando ya no haya obstáculos en su camino, cuando su voz sea la única que cuente en los asuntos económicos. Podría ser dentro de un mes, quizá de dos. O la semana entrante.

—¿Y creen ustedes que Pekín está de acuerdo con eso? —protestó McAllister—. ¡Se equivocan! ¡Es... es algo insensato! ¡La República Popular jamás se meterá con Hong Kong! Gestiona el sesenta por ciento de su economía a través del territorio. Los acuerdos chino-británicos le garantizan cincuenta años con el *status* de zona económica libre y Sheng es uno de los firmantes, el más importante.

—Pero Sheng no es Sheng, no es el que usted conoce.

—Entonces ¿quién diablos es?

—Agárrese, señor subsecretario. Sheng Chou Yang es el hijo mayor de un industrial de Shanghai que hizo su fortuna en el mundo corrompido de la vieja China, del Koumintang de Chiang Kai-shek. Cuando era evidente que la revolución de Mao iba a triunfar, su familia huyó, como hicieron la mayoría de los terratenientes y señores de la guerra, con cuanto pudieron arramblar. El viejo es ahora uno de los más poderosos taipanes de Hong Kong, pero no sabemos cuál. La colonia puede convertirse en un mandato suyo y de su familia, por cortesía de un ministro de Pekín, su muy querido hijo. Es la última ironía, la venganza final del patriarca: Hong Kong estará bajo el dominio de los mismos hombres que corrompieron a la China nacionalista. Durante años sangraron a su país sin la menor conciencia, beneficiándose del trabajo de un pueblo hambriento y sometido, y preparando así el camino para la revolución de Mao. Aunque suene a propaganda comunista, me temo que en su mayor parte es embarazosamente cierto. Ahora, un puñado de fanáticos, de criminales de sala de consejo conducidos por un maníaco, quieren recuperar lo que ningún tribunal internacional les hubiese concedido jamás. —Havilland hizo una

pausa, y después escupió una sola palabra—: *¡Locos!*

—Pero si no saben quién es ese taipán, ¿cómo saben que hay algo de cierto en la historia?

—Las fuentes están clasificadas como del máximo secreto —interrumpió Reilly—, pero han sido confirmadas. La historia fue recogida por primera vez en Taiwan. Nuestro primer informador fue un miembro del Gabinete nacionalista que lo consideraba un paso desastroso que sólo podía conducir a un baño de sangre en todo Extremo Oriente. Nos rogó que interviniésemos. A la mañana siguiente apareció muerto, con tres balas en la cabeza y degollado, lo que en China se aplica a los traidores. Desde entonces han sido asesinadas otras cinco personas, y sus cuerpos mutilados de modo parecido. Es cierto: la conspiración está en marcha y procede de Hong Kong.

—¡Es una locura!

—Más concretamente —dijo Havilland—: no resultará. Si tuviese alguna posibilidad, podríamos hacernos los desentendidos e incluso desearles suerte, pero no la tiene. Estallará, como estalló en el setenta y dos la conspiración de Lin Biao contra Mao Zedong, y cuando eso ocurra Pekín echará la culpa al dinero norteamericano y taiwanés en complicidad con los británicos, y a la silenciosa aquiescencia de las grandes instituciones financieras internacionales. Ocho años de progreso económico se irán al infierno sólo porque un grupo de fanáticos quería vengarse. Como bien ha dicho, señor subsecretario, la República Popular es una nación suspicaz y turbulenta, y, si se me permite añadir algo por cuenta de ese talento que me atribuye, un gobierno siempre dispuesto a caer en la paranoia, obsesionado por la traición interna y externa. China creará que el mundo está tratando de aislarla económicamente, de asfixiarla cortándole el acceso a los mercados mundiales y de ponerla de rodillas mientras los rusos sonríen burlonamente en sus fronteras septentrionales. Contraatacará rápida y furiosamente, lo confiscará todo, lo absorberá todo. Sus tropas ocuparán Kowloon, la isla y los florecientes Nuevos Territorios. Se perderán inversiones de cientos de miles de millones. Sin la experiencia de la colonia, el tráfico económico quedará paralizado, una fuerza de trabajo de millones de personas caerá en el caos y cundirán el hambre y las enfermedades. Estallará un verdadero incendio en Extremo Oriente, y sus consecuencias podrían desencadenar una guerra en la que ninguno de nosotros quiere ni pensar.

—Jesús... —susurró McAllister—. Eso no puede ocurrir.

—No, no puede —asintió el diplomático.

—Pero ¿por qué Webb?

—Webb no —corrigió Havilland—; Jason Bourne.

—¡Está bien! ¿Por qué Bourne?

—Porque en Kowloon ha corrido la voz de que ya está allí.

—¿Cómo?

—Y nosotros sabemos que no es cierto.

—¿Qué dijo usted antes?

—Que ha atacado, ha matado. Está otra vez en Asia.

—¿Webb?

—No, Bourne. El mito.

—¡Lo que dice no tiene ni pizca de sentido!

—Le aseguro que lo que está haciendo Sheng Chou Yang sí que lo tiene.

—¿Cómo?

—Es él quien ha vuelto a traerlo. Jason Bourne se alquila una vez más, y, como de costumbre, su cliente es imposible de descubrir, y en este caso el más inimaginable: un destacado portavoz de la República Popular que debe eliminar a su oposición tanto en Hong Kong como en Pekín. Durante los últimos seis meses ciertas voces poderosas del Comité Central de Pekín han guardado un extraño silencio. Según los anuncios oficiales, algunos murieron de muerte natural, lo que, teniendo en cuenta su edad, resulta comprensible. Otros dos fallecieron supuestamente en accidente; uno al estrellarse su avión y otro de hemorragia cerebral durante una excursión por los montes de Shaoguan. Si no es cierto, al menos demuestra imaginación. Otro más fue «destituido», un eufemismo para la caída en desgracia. Por último, y es lo más extraordinario, el vicepresidente del gobierno de la RPCCh fue asesinado en Kowloon, cuando nadie en Pekín sabía que estaba allí. Fue un episodio espantoso; una matanza de cinco hombres en el Tsim Sha Tsui y el asesino que deja su tarjeta de visita. En la sangre del suelo podía leerse el nombre de Jason Bourne. El amor propio de un impostor exigía que nadie más pudiese atribuirse esas muertes.

McAllister parpadeó repetidamente, mientras sus ojos vagaban sin rumbo.

—Todo esto queda tan fuera de mi alcance... —dijo con aire impotente. Después, volviendo a ser el profesional que era, miró fijamente a Havilland—. ¿Hay alguna relación? —preguntó.

El diplomático asintió con la cabeza.

—Los informes de nuestra Inteligencia no dejan lugar a dudas. Todos esos hombres se oponían a la política de Sheng, unos abiertamente, otros con más disimulo. El vicepresidente, viejo revolucionario y veterano de la Larga Marcha de Mao, era especialmente explícito. No podía soportar a un advenedizo como Sheng.

Pero ¿qué estaba haciendo en secreto en Kowloon en compañía de unos banqueros? Pekín no puede responder, de modo que para salvar la cara necesita que el asesinato no haya ocurrido. Tras la cremación, el muerto es alguien que no ha existido nunca.

—Y con la «tarjeta de visita» del asesino, la segunda relación es con Sheng —dijo el subsecretario de Estado con voz casi temblona, mientras se masajeaba nerviosamente la frente—. ¿Por qué iba a hacerlo? Me refiero a dejar, su nombre.

—Es su oficio y la matanza fue espectacular. ¿Empieza ahora a comprender?

—No estoy seguro de lo que quiere decir.

—Para nosotros este nuevo Bourne es nuestro camino directo hacia Sheng Chou Yang. Él es nuestra trampa. Un impostor se hace pasar por el mito; pero si el auténtico mito rastrea al impostor y se hace con él, estará en condiciones de llegar hasta Sheng. Es muy simple. El Jason Bourne que nosotros creamos reemplazará a ese nuevo asesino utilizando su nombre. Una vez en su lugar, nuestro Jason Bourne envía un aviso urgente: ha ocurrido algo grave que amenaza toda la estrategia de Sheng, y éste tiene que responder. No puede permitirse no hacerlo porque su seguridad ha de ser absoluta, debe tener las manos limpias. Se verá obligado a mostrarse, aunque sólo sea para matar a su pistolero a sueldo, para eliminar cualquier relación con él. Y si lo hace, esta vez no fallaremos.

—Es un círculo —dijo McAllister, en tono casi susurrante, mientras miraba fijamente al diplomático—. Y, por cuanto me ha dicho, creo que Webb no va a acercarse a él, y mucho menos a zambullirse dentro.

—Entonces hemos de proporcionarle una razón poderosa para hacerlo —dijo suavemente Havilland—. En mi profesión, que debo confesarle fue siempre ésta, buscamos modelos, pautas capaces de hacer que un hombre se dispare. —Con el ceño fruncido y la mirada vacía, el embajador se echó hacia atrás en su asiento. Desde luego, no estaba en paz consigo mismo—. A veces son cosas en las que no gusta pensar, realmente repugnantes, pero uno debe sopesar el bien mayor, lo más beneficioso para todos.

—Eso no me dice nada.

—David Webb se convirtió en Jason Bourne principalmente por un motivo, el mismo que lo empujó a Medusa: le fue arrebatada una esposa; sus hijos y la madre de sus hijos fueron asesinados.

—Oh, Dios mío...

—Aquí es donde yo me marchó —dijo Reilly levantándose.

Capítulo 3

¡Marie! ¡Por Dios, Marie, me ha vuelto a ocurrir! Fue como si se abriese una compuerta y no pude evitarlo. Lo intenté, cariño, lo intenté con todas mis fuerzas, pero me arrastró, ¡me ahogaba! Sé lo que dirás si te lo cuento, y por eso no te lo contaré, aunque sé que lo leerás en mis ojos, que lo notarás en mi voz, de algún modo, sólo tú sabes cómo. Dirás que debería haber acudido a ti, hablado contigo, estado contigo, y podríamos haberlo afrontado juntos. ¡Juntos! ¡Dios mío! ¿Cuánto más podrás soportar? ¿Hasta dónde puedo ser injusto, cuánto tiempo puede seguir esto así? Te quiero tanto, de tantos modos, que hay veces en que tengo que intentarlo yo solo. Aunque sólo sea para que olvides un momento, para permitirte respirar sin tener los nervios de punta mientras me cuidas. Pero ya sabes, mi amor, ¡puedo hacerlo! Lo hice esta noche y me encuentro perfectamente. Ahora estoy tranquilo, estoy muy bien, y volveré a casa contigo mejor que antes. Tengo que volver, porque sin ti, ¿qué me queda?

Con la cara empapada en sudor y el chándal pegado al cuerpo, David Webb corrió sin aliento por la fría hierba del campo, pasó frente a las gradas y siguió por el camino de cemento hacia el gimnasio de la Universidad. El sol otoñal había desaparecido tras los edificios de piedra del campus, y su resplandor encendía el cielo crepuscular sobre los lejanos bosques de Maine. El frío otoñal era penetrante y le hizo estremecerse. No era exactamente aquello lo que le recomendaban sus médicos.

No obstante, había seguido sus consejos. Hoy había sido uno de esos días. Los médicos del gobierno le habían dicho que si en ocasiones —y las habría— irrumpían en su mente imágenes repentinas y perturbadoras de fragmentos de recuerdos, el mejor modo de hacerles frente era con un ejercicio agotador. Sus electrocardiogramas indicaban un corazón sano, sus pulmones se hallaban en un estado de lo más decente, aunque era lo bastante insensato como para fumar, y, dado que su cuerpo podía aguantar el castigo, no había mejor manera de aliviar su mente. Lo que necesitaba en esas ocasiones era ecuanimidad.

—¿Qué tienen de malo unos tragos y unos cigarrillos? —había dicho a los médicos, indicándoles su remedio preferido—. El corazón late más deprisa, el cuerpo no sufre y la mente se encuentra sin duda mucho más aliviada.

—Son depresores —fue la respuesta del único entre ellos al que escuchaba—. Estimulantes artificiales que sólo conducen a nueva depresión y mayor ansiedad. Corre, nada, o haz el amor con tu mujer... o con quien sea, eso no importa. No seas insensato y vayas a volver aquí hecho un inválido. Olvídate de ti, piensa en mí. He

trabajado duro y espero de ti algo más que ingratitud. Sal de aquí, Webb. Hazte cargo de tu vida, de lo que puedas recordar de ella, y disfrútala. Lo tienes mejor que la mayoría de la gente, y no olvides eso o cancelaré nuestros modestos festines mensuales en nuestros salones preferidos y puedes irte al infierno. Y te advierto que voy a echarlos de menos. Vete, David. Es hora de que te largues.

Morris Panov era la única persona, aparte de Marie, que podía acercarse a él. En cierto modo, resultaba irónico, porque Mo no figuraba al principio en su equipo médico. El psiquiatra ni había buscado ni le habían ofrecido el permiso de Seguridad para oír los detalles secretos del historial de David Webb, donde se escondía la mentira de Jason Bourne. Pero había acabado por meterse a la fuerza, amenazando con todo tipo de embarazosas revelaciones si no le daban el permiso y voz en la terapia subsiguiente. Sus razones eran de lo más sencillo, porque cuando David había estado a punto de ser borrado de la faz de la tierra por personas mal informadas convencidas de que tenía que morir, esa mala información se la había proporcionado inadvertidamente Panov, y el modo en que había ocurrido le enfureció. Había acudido a él lleno de pánico alguien no dado al pánico, y le había planteado preguntas «hipotéticas» relacionadas con un agente supersecreto a quien podía haber perturbado una situación potencialmente explosiva. Sus respuestas fueron discretas y equívocas —no quería ni podía diagnosticar a un paciente a quien no había visto nunca—, pero dijo que sí, que era posible y se habían dado casos, pero por supuesto *nada* podía ser considerado ni remotamente como un hecho sin un reconocimiento físico y psiquiátrico. La palabra clave era, efectivamente, *nada*; ¡no debería haberles dicho nada! Porque sus palabras en los oídos de aficionados habían sellado la suerte de Webb, la sentencia de muerte de «Jason Bourne», sólo abortada en el último momento por obra del propio David, mientras los componentes del pelotón de ejecución ocupaban todavía sus puestos invisibles.

Morris Panov no sólo se había enrolado en el hospital Walter Reed, y más tarde en el complejo médico de Virginia, sino que fue literalmente él quien dirigió la función, el espectáculo de Weeb. ¡El muy hijo de perra tiene amnesia, insensatos! Ha estado tratando de decírselo durante semanas en un inglés perfectamente lúcido, sospecho que demasiado para la retorcida mentalidad de ustedes.

Habían trabajado juntos durante meses, como médico y paciente, y al final como amigos. Ayudó el que Marie adoraba a Mo. ¡Necesitaba un aliado! La carga que David había supuesto para su esposa era algo indecible, desde aquellos primeros días en Suiza, cuando empezó a comprender el dolor que llevaba dentro el hombre que la había cautivado, hasta el momento en que —contrariando violentamente sus deseos—

se comprometió a ayudarlo, sin creer ni por un momento lo que él creía, diciéndole una y otra vez que no era el asesino que creía ser, que otros le colgaban. Su fe se convirtió en un ancla para los encrespados mares de David, su amor en el núcleo de una emergente cordura. Sin Marie, Webb era un hombre sin amor, desahuciado, y sin Mo Panov poco más que un vegetal andante. Pero con los dos a su lado, iba apartando las nubes que se arremolinaban a su alrededor y volviendo a encontrar el sol.

Por eso había optado por correr una hora por la desierta y fría pista en vez de irse a casa después del último seminario de la tarde. Era corriente que sus seminarios semanales se prolongasen hasta mucho después de la hora, por lo que Marie nunca preparaba cena, sabiendo que saldrían a comer con sus dos discretos guardianes tras ellos en las sombras, como el que caminaba ahora por el campo apenas visible que había a sus espaldas, mientras el otro estaría sin duda en el gimnasio.

Lo que le había llevado al «ejercicio agotador» de Panov era una imagen que había surgido de pronto en su mente horas antes, mientras corregía ejercicios de los alumnos en su despacho. Era una cara, un rostro que conocía y recontaba, y amaba mucho. Un rostro de muchacho que fue creciendo en su pantalla interior hasta llegar a ser un retrato de cuerpo entero en uniforme, borroso, imperfecto, pero entrañable. Mientras le caían lágrimas silenciosas por las mejillas, supo que era el hermano muerto del que le habían hablado, el prisionero de guerra al que había rescatado en la jungla de Tam Quan hacía años, entre explosiones y la muerte de un traidor al que había ejecutado, un tal Jason Bourne. No pudo soportar aquellas imágenes violentas y fragmentadas y había conseguido abandonar a duras penas el seminario, alegando una fuerte jaqueca. Tenía que aliviar las presiones, que aceptar o rechazar las sucesivas capas de memoria que iba descubriendo, con ayuda de la razón, que le decía que fuese al campo y corriese contra el viento, cualquier viento fuerte. No podía cargar a Marie cada vez que se abría una esclusa; la quería demasiado para eso. Cuando pudiese arreglárselas solo, tenía que hacerlo. Se había comprometido a ello consigo mismo.

Abrió la pesada puerta, preguntándose por qué proyectarían las entradas de los gimnasios como si fuesen rastrillos. Entró y caminó por el suelo de piedra, bajo una arcada y por un pasillo de paredes blancas, hasta la puerta del vestuario. Se alegró de que estuviese vacío; no tenía el ánimo para charlas insustanciales, y si se veía obligado a sostenerlas lo encontrarían seco, e incluso extraño. Podía pasarse muy bien sin las miradas que probablemente provocaría. Estaba demasiado cerca del abismo; tenía que retroceder poco a poco, primero dentro de sí mismo, después con Marie. ¿Cuándo acabaría todo aquello? ¿Cuánto jodia exigir aún de ella? Aunque nunca tenía que pedir

nada; ella lo daba a manos llenas.

Webb llegó a la fila de armarios. El suyo estaba hacia el final. Caminaba entre el largo banco de madera y los casilleros de metal cuando de pronto vio algo allá enfrente. Apresuró el paso. Habían pegado una nota doblada a su taquilla. La arrancó y la abrió: *Telefoneó su mujer. Quiere que la llame tan pronto como pueda. Dice que es urgente. Ralph.*

El portero del gimnasio podía haber tenido la suficiente cabeza para salir y darle una voz, pensó furioso David mientras hacía girar la combinación y abría la taquilla. Tras rebuscar en los pantalones, corrió a un teléfono que había en la pared. Metió una moneda, y le extrañó que le temblase la mano. En seguida se dio cuenta del motivo. Marie no usaba nunca la palabra «urgente». Evitaba este tipo de expresiones.

—¿Diga?

—¿Qué ocurre?

—Pensé que estarías ahí. La panacea de Mo, la que garantiza que te curará si no te provoca un paro cardíaco.

—Dime qué ocurre.

—Ven a casa, David. Hay aquí alguien a quien debes ver. Date prisa, cariño.

El subsecretario de Estado Edward McAllister redujo su presentación al mínimo, pero, mediante la inclusión de ciertos datos, hizo saber a Webb que no pertenecía a los escalones más bajos del Departamento. Por otro lado, tampoco subrayó su importancia; era el burócrata seguro, confiado en que su experiencia podía capear los cambios en las administraciones.

—Si quiere, mister Webb, nuestro asunto puede esperar hasta que se ponga algo más cómodo.

David iba todavía en pantalón corto, manchado de sudor; y camiseta, pues había cogido la ropa de la taquilla y corrido al coche desde el gimnasio.

—No lo creo —dijo—. No creo que su asunto pueda esperar, viniendo usted de donde viene, mister McAllister.

—Siéntate, David. —Marie St. Jacques Webb entró en la sala de estar con dos toallas en la mano—. Y usted también, mister McAllister. —Dio una a Webb mientras los dos hombres se sentaban frente a frente junto a la chimenea apagada. Marie se colocó detrás de su marido y empezó a frotarle el cuello y los hombros con la segunda toalla, mientras la luz de la lámpara de mesa hacía resaltar el tono rojizo de su pelo castaño y dejaba en sombras sus encantadores rasgos, sus ojos, clavados en el hombre del Departamento de Estado—. Adelante, por favor —continuó—. Como ya acordamos, tengo permiso del gobierno para oír cuanto pueda decir.

—¿Te ha hecho alguna pregunta? —inquirió David, mirándola y después al visitante, sin el menor intento de disimular su hostilidad.

—En absoluto —dijo McAllister, sonriendo desvaídamente pero con sinceridad—. Nadie que haya leído lo que hizo su esposa se atrevería a excluirla. Tuvo éxito donde otros fracasaron.

—Eso lo dice todo —asintió Webb—. Sin decir nada, por supuesto.

—Vamos, David; tranquilízate.

—Discúlpeme. Tiene razón. —Webb trató de sonreír, sin éxito—. Estoy prejuzgando y no debería hacerlo.

—Creo que tiene usted todo el derecho a ello —dijo el subsecretario—. Yo lo haría en su caso. A pesar de que nuestros antecedentes se parecen mucho (estuve destinado en Extremo Oriente bastantes años), nadie me hubiese tomado en cuenta para una misión como la que usted emprendió. Lo que hizo está a años luz de mí.

—Y de mí también, como puede verse.

—No desde mi posición. Bien sabe Dios que el fracaso no fue suyo.

—Ahora está usted siendo amable. No se ofenda, pero un exceso de amabilidad «desde su posición» me pone nervioso.

—Entonces vayamos al asunto, ¿le parece?

—Sí, por favor.

—Y espero que no me haya prejuzgado demasiado duramente. No soy su enemigo, mister Webb. Quiero ser amigo suyo. Estoy en situación de pulsar botones que pueden ayudarlo, protegerlo.

—¿De qué?

—De algo que nadie esperó nunca.

—Sepamos qué es.

—Dentro de media hora su seguridad será duplicada —dijo McAllister, clavando sus ojos en los de David—. Soy yo quien ha tomado esa decisión, y la cuadruplicaré si lo creo necesario. Se escrutará a todo el que llegue a este campus y se registrará el lugar cada hora. La escolta rotatoria ya no será parte del paisaje, limitándose a tenerlo a la vista, sino que serán ellos los visibles. Muy visibles, y espero que amenazadores.

—¡Jesús! —Webb saltó adelante en su asiento—. ¡Es Carlos!

—No lo creemos —dijo el hombre del Departamento de Estado, sacudiendo la cabeza—. No podemos descartarlo, pero es algo demasiado remoto, demasiado improbable.

—Ya. —David asintió con un gesto—. Si fuese el Chacal, sus hombres estarían por todas partes, pero invisibles. Lo dejarían venir a por mí y lo cogerían; y si me

mata, el coste es aceptable.

—No para mí. No tiene por qué creerme, pero hablo en serio.

—Gracias. Pero entonces, ¿de qué estamos hablando?

—Vieron su expediente; han tenido acceso a los papeles de Treadstone.

—¿Se refiere a acceso... no autorizado?

—Al principio no. Hubo autorización, porque había una crisis y, en cierto sentido, no teníamos elección. Después todo se nos fue de las manos y ahora estamos preocupados. Por usted.

—Vuelva atrás, por favor. ¿Quién vio el expediente?

—Un hombre de dentro, de muy dentro. Sus credenciales eran las mejores; nadie podía ponerlas en duda.

—¿Quién era?

—Un MI-Seis británico que operaba desde Hong Kong, un hombre en el que la CIA había confiado durante años. Voló a Washington y fue directamente a su enlace primario con la Agencia, pidiendo que le diesen cuanto hubiera sobre Jason Bourne. Alegó que había en el territorio una crisis que era resultado directo del proyecto Treadstone. Dijo también que si querían que siguiese habiendo intercambio de información secreta entre la Inteligencia británica y la norteamericana sería mejor que accediesen a su petición en el acto.

—Tuvo que dar una razón de peso.

—La dio.

McAllister hizo una pausa nerviosa mientras parpadeaba y se frotaba la frente con los dedos extendidos.

—¿Y bien?

—Jason Bourne ha vuelto —dijo calmamente—. Ha vuelto a matar. En Kowloon.

Marie abrió la boca y aferró el hombro de su marido, mientras sus grandes ojos castaños se movían entre curiosos y asustados. Miró fijamente y en silencio al hombre del Departamento de Estado. Webb no se movió. Estudiaba a McAllister como quien observa a una cobra.

—¿De qué diablos está hablando? —susurró, y después alzó la voz—. Jason Bourne, aquel Jason Bourne, ya no existe. ¡Nunca existió!

—Usted lo sabe y nosotros también, pero en Asia su leyenda está muy viva. Fue usted quien la creó, mister Webb, brillantemente, en mi opinión.

—No me interesa su opinión, mister McAllister —dijo David, apartando la mano de su mujer y levantándose—. ¿En qué trabaja ese agente del MI-Seis? ¿Qué edad

tiene? ¿Cuál es su coeficiente de estabilidad, su historial? Lo habrán investigado a fondo.

—Por supuesto, lo hicimos, y no había nada irregular. Londres confirmó su extraordinaria hoja de servicios y su situación actual, así como la información que nos trajo. Como jefe de puesto del MI-Seis, fue convocado por la policía de Kowloon-Hong Kong, dado el carácter potencialmente explosivo de lo ocurrido. El propio Foreign Office lo respaldó.

—¡Falso! —exclamó Webb sacudiendo la cabeza, y después bajó la voz—. ¡Lo compraron, mister McAllister! Alguien le ofreció una pequeña fortuna por hacerse con ese expediente. ¡Utilizó la única mentira que podía funcionar y todos ustedes se la tragaron!

—Me temo que no es una mentira. Él creyó en las pruebas, y Londres también. *Un* Jason Bourne ha vuelto a Asia.

—¿Y si yo le dijera que no sería la primera vez que al control central se le suministra una mentira para que un hombre sobrecargado de trabajo y riesgo y mal pagado pueda desertar? Tantos años, tantos peligros y las manos vacías. Se decide por una oportunidad que le proporciona una renta anual vitalicia. ¡En este caso, ese expediente!

—Si fuese así, no le valió de mucho. Está muerto.

—¿Está qué?

—Lo mataron a tiros hace dos noches en Kowloon, en su despacho, una hora después de haber llegado en avión a Hong Kong.

—¡Maldita sea, esas cosas no pasan! —exclamó David, desconcertado—. El hombre que deserta se guarda las espaldas. Antes de actuar, reúne pruebas contra su «benefactor», haciéndole saber que llegarán a las personas debidas si le ocurre algo malo. Es su seguro, su único seguro.

—Ese hombre estaba limpio —insistió el hombre del Departamento de Estado.

—O era estúpido —retrucó Webb.

—Nadie lo piensa.

—¿Qué piensan?

—Que estaba tras la pista de algo extraordinario, algo que podía desencadenar una ola de violencia en los bajos fondos de Hong Kong y Macao. El crimen organizado que se desorganiza de pronto; algo parecido a las guerras entre las sociedades secretas chinas en los años veinte y treinta. Se acumulan los asesinatos; bandas rivales instigan desórdenes; los muelles se convierten en campos de batalla; almacenes e incluso barcos mercantes son volados como venganza, o para eliminar competidores. A veces

lo único que hace falta son varias poderosas facciones enfrentadas... y un Jason Bourne al fondo.

—¡Pero, dado que no hay ningún Jason Bourne, eso es trabajo de la policía, no del MI-Seis!

—Mister McAllister sólo ha dicho que ese hombre fue convocado por la policía de Hong Kong —interrumpió Marie, mirando con dureza al subsecretario de Estado—. Es evidente que el MI-Seis estaba de acuerdo con la decisión. ¿Por qué?

—¡No es su terreno!

David fue terminante, y su voz denotaba ya agitación.

—Jason Bourne no fue una creación de las autoridades policiales —dijo Marie, poniéndose al lado de su marido—. Fue creado por la Inteligencia norteamericana, vía Departamento de Estado. Pero sospecho que el MI-Seis intervino por una razón mucho más acuciante que la de encontrar a un asesino que se hacía pasar por Jason Bourne. ¿Tengo razón, mister McAllister?

—La tiene, Mrs. Webb. Y aún más. En nuestras discusiones de estos últimos dos días, algunos miembros de nuestra sección pensaban que usted lo vería más claramente que nosotros. Se trata de un problema económico que puede conducir a una seria agitación política, no sólo en Hong Kong sino en todo el mundo. Usted era una economista al servicio del gobierno canadiense altamente considerada. Aconsejaba a los embajadores y a las delegaciones canadienses en todo el mundo.

—¿Les importaría a los dos explicarle algo a este pobre cuentacorrentista?

—Éstos no son tiempos en los que se puedan permitir trastornos en el mercado de Hong Kong, mister Webb, ni siquiera, o quizá sobre todo, en su mercado ilegal. Los trastornos acompañados de violencia dan la impresión de inestabilidad gubernamental, cuando no de otra mucho más profunda. No son momentos para dar a los expansionistas de la China roja más munición de la que ya tienen.

—¿Puede aclarármelo, por favor?

—El tratado de 1997 —dijo Marie—. El arriendo termina dentro de apenas una década, y por eso se negociaron nuevos acuerdos con Pekín. Pero aun así, todo el mundo está nervioso, la situación es inestable y a nadie le conviene balancear el barco. Es imprescindible que todo parezca estable y tranquilo.

David la miró, y de nuevo a McAllister, e hizo un gesto de asentimiento.

—Comprendo. Lo he leído en periódicos y revistas, pero no es un tema del que sepa gran cosa.

—Mi marido se interesa por otros temas —explicó Marie a McAllister—. Por el estudio de los pueblos, de sus civilizaciones.

—Así es —asintió Webb—. ¿Y qué?

—Yo en cambio —continuó Marie— por el dinero y su constante intercambio, su expansión, por los mercados y sus fluctuaciones, por la estabilidad o la falta de ella. Y si algo es Hong Kong, es dinero. Esa es casi su única mercancía; apenas tiene otra razón para existir. Sin él, sus industrias morirían; la bomba no saca agua si no se la ceba.

—Y si se acaba con la estabilidad sobreviene el caos —añadió McAllister—. Es la excusa para los viejos señores de la guerra chinos. La República Popular interviene para contener el caos, suprime a los agitadores y de pronto no queda más que un gigantón manejando torpemente la colonia y los Nuevos Territorios. Las cabezas más frías de Beijing son ignoradas en favor de elementos más agresivos, que quieren salvar la cara mediante el control militar. Los bancos se hunden y la economía de Extremo Oriente se paraliza. El caos.

—¿Haría eso la RPCh?

—Hong Kong, Kowloon, Macao y todos los territorios son parte de lo que ellos llaman su «gran nación bajo el cielo»; incluso los acuerdos con China dejan eso bien claro. Es una entidad única, y los orientales no tolerarán un hijo desobediente, usted lo sabe.

—¿Está diciéndome que un hombre que se hace pasar por Jason Bourne puede hacer eso; provocar una crisis de ese calibre? ¡No lo creo!

—Es una suposición extrema; pero sí, podría ocurrir. Lleva consigo el mito; ése es el factor hipnótico. Se le atribuyen múltiples asesinatos, aunque sólo sea para desligar del suceso a los verdaderos asesinos, conspiradores de una derecha y una izquierda políticamente fanáticas que utilizan como propia la imagen de Bourne. Bien pensado, fue precisamente así como se creó el mito. Siempre que en algún lugar de la China del Sur era asesinado alguien importante, usted, en su papel de Jason Bourne, procuraba que el crimen le fuese atribuido. Al cabo de dos años era famoso, aunque en realidad sólo mató a un hombre.

—No lo recuerdo —dijo David.

El hombre del Departamento de Estado hizo gestos de asentimiento comprensivo.

—Sí, me lo dijeron. Pero ¿se da cuenta de que si los asesinatos son vistos como políticos, y mueren figuras poderosas, digamos el gobernador de la Corona, un negociador de la RPCh o alguien por el estilo, se verá sacudida la colonia entera? —McAllister hizo una pausa y sacudió la cabeza como para alejar una idea enojosa—. No obstante, eso es asunto nuestro, no suyo, y puedo decirle que tenemos a los mejores en Beijing como inversor y consejero. Es influyente, poderoso e intocable:

—¿Circunstancias?

—Feas pero no insólitas. Su mujer era una actriz de segunda fila que apareció en algunas películas de los hermanos Shaw, y algo más joven que su marido. Además, le era tan fiel como un visón en época de celo, si me perdona la expresión.

—Por favor —dijo Marie—, continúe.

—No obstante, él hacía la vista gorda; la tenía como un joven y hermoso trofeo. Formaba parte de la *jet set* de la colonia, en la que hay no pocos personajes indeseables. Una semana juegan cantidades increíbles en Macao, la siguiente van a las carreras de Singapur o vuelan a las Pescadores para, en apartados fumaderos de opio, apostar miles a quién morirá de dos hombres que se enfrentan con una mesa por medio y haciendo girar los tambores de sus revólveres antes de disparar. Y, por supuesto, drogas. El último amante de la muerta fue un distribuidor. Sus proveedores estaban en Guangzhou, y las traía por las rutas fluviales hasta Deep Bay, al este de la frontera de Lok Ma Chau.

—Ésa es una zona de mucho tráfico —interrumpió Webb—. ¿Por qué se concentró su gente en él, en sus operaciones?

—Porque sus «operaciones», como usted bien dice, estaban convirtiéndose rápidamente en las únicas de la ciudad, o de esa zona. Estaba suprimiendo sistemáticamente a sus competidores, sobornando a las patrullas navales chinas para que hundiesen sus barcos y liquidasen a las tripulaciones. Al parecer fueron eficaces; muchos cuerpos acribillados de balas acabaron flotando en el río. Las facciones se pusieron en pie de guerra y decidieron ejecutar a ese hombre, el amante de la joven esposa.

—Dadas las circunstancias, contaría con esa posibilidad. Debió de haberse rodeado de una docena de guardaespaldas.

—Exacto. Y cuando alguien está tan protegido hace falta el talento de una leyenda. Sus enemigos alquilaron esa leyenda.

—Bourne —susurró David, sacudiendo la cabeza y cerrando los ojos.

—Sí —corroboró McAllister—. Hace dos semanas, el traficante de drogas y la mujer de Yao Ming fueron muertos a tiros en su cama del hotel Lisboa de Macao. No fue una muerte agradable; estaban casi irreconocibles. El arma fue una metralleta Uzi. Se ocultó el incidente, tras sobornar a la policía y los funcionarios del gobierno con un montón de dinero, dinero de un taipán.

—Permítame, a ver si acierto —dijo Webb como quien recita un estribillo—. La Uzi era la misma arma utilizada en el asesinato anterior, atribuido a ese tal Bourne.

—Ese arma en concreto fue abandonada a la puerta de los reservados de un

cabaret del Tsim Sha Tsui de Kowloon. Dentro había cinco cadáveres, tres de ellos de los hombres de negocios más ricos de la colonia. Los británicos no dieron explicaciones; se limitaron a enseñarnos varias fotos de lo más gráfico.

—Ese taipán, Yao Ming —dijo David—, el marido de la actriz, ¿es la conexión que encontró su gente, verdad?

—Averiguaron que era una de las fuentes del MI-Seis. Sus relaciones en Beijing hacían de él un importante colaborador de la Inteligencia. Era inestimable.

—Y ocurrió que mataron a su esposa, a su amada y joven esposa...

—Yo diría su amado trofeo —interrumpió McAllister—. Le robaron su trofeo.

—Está bien —dijo Webb—. El trofeo es mucho más importante que la esposa.

—He pasado años en Extremo Oriente. Hay una frase para ello, en mandarín, creo, pero no consigo recordarla ahora.

—*Ren you jiagiae* —dijo David—. El precio de la imagen de un hombre, como si dijésemos.

—Sí, creo que es eso.

—Servirá. De modo que el hombre del MI-Seis es abordado por su enloquecido contacto, el taipán, quien le dice que consiga el expediente sobre el tal Jason Bourne, el asesino que mató a su mujer (a su trofeo), o, de lo contrario, puede no haber más información de sus fuentes en Beijing para la Inteligencia británica.

—Así lo interpretó nuestra gente. Y a cambio de sus molestias el del MI-Seis fue asesinado, porque Yao Ming no puede permitirse tener la más leve relación con Bourne. El taipán ha de permanecer inalcanzable, intocable. Quiere vengarse, pero sin el menor peligro de que trascienda.

—¿Qué dicen los británicos? —preguntó Marie.

—Han dejado bastante claro que prefieren permanecer fuera del asunto. Londres fue terminante. Lo de Treadstone lo hicimos con los pies, y no quieren nuestra ineptitud en Hong Kong en una época tan difícil.

—¿Han hablado con Yao Ming?

Webb no quitaba ojo al subsecretario.

—Cuando cité el nombre, dijeron que no tenían nada que ver. En realidad se sobresaltaron, pero eso no cambió su actitud. Si acaso se enfadaron aún más.

—Intocable —dijo David.

—Probablemente quieren seguir utilizándolo.

—¿A pesar de lo que hizo? —intervino Marie—. ¡De lo que puede haber hecho y lo que puede hacer a mi marido!

—Se trata de un mundo diferente —dijo suavemente McAllister.

—Ustedes cooperaron con ellos...

—Tuvimos que hacerlo —interrumpió el hombre del Departamento de Estado.

—Entonces insistan en que cooperen con ustedes. ¡Exíjanselo!

—Y podrían exigirnos otras cosas a nosotros. No podemos hacer eso.

—¡Mentirosos!

Marie volvió la cabeza asqueada.

—Yo no le he mentado, Mrs. Webb.

—¿Por qué no confió en usted, mister McAllister? —preguntó David.

—Probablemente porque no puede confiar en su gobierno, y desde luego tiene muy pocos motivos para hacerlo. Sólo puedo decirle que soy un hombre de conciencia. Puede aceptarlo o no, aceptarme o no, pero entre tanto me aseguraré de que está a salvo.

—Me mira de un modo tan extraño... ¿Por qué?

—No he estado nunca en esta situación; es sólo eso.

Sonaron las campanitas del timbre de la puerta, y Marie, sacudiendo la cabeza al oírlas, se levantó y cruzó rápidamente la habitación, camino del vestíbulo. Abrió la puerta y se detuvo con el aliento entrecortado, mirando fijamente. Había dos hombres, hombro con hombro, y ambos sosteniendo negras carteras de identificación, de plástico, con una reluciente insignia plateada en lo alto, en la que un águila repujada reflejaba la luz de los faros detenidos en el porche. Más allá, en el bordillo de la acera, había un segundo sedán oscuro. Dentro podían verse las siluetas de otros hombres, y el resplandor de un cigarrillo. Otros hombres, otros guardianes. Sintió ganas de gritar, pero se contuvo.

Edward McAllister subió al asiento delantero de su coche del Departamento de Estado y miró por la ventanilla cerrada a David Webb, de pie en la puerta. El ex Jason Bourne estaba inmóvil, con la mirada fija en el visitante que se marchaba.

—Vámonos de aquí —dijo McAllister al conductor, un hombre de aproximadamente su misma edad y medio calvo, con unas gafas de montura de carey que rompían la continuidad entre su alta frente y el resto de la cara.

Arrancó el coche, cauteloso en la extraña y estrecha calle bordeada de árboles, a una manzana de la playa pedregosa de la pequeña ciudad de Maine. Durante unos minutos ninguno de los dos habló. Al fin el conductor preguntó:

—¿Cómo fue todo?

—¿Ir? —replicó el hombre del Departamento de Estado—. Como diría el embajador, «están todas las piezas en su sitio». Ya hay unas bases y una lógica; el trabajo de misionero está hecho.

—Me alegra saberlo.

—¿De veras? Entonces yo me alegro también. —McAllister levantó una mano temblona y sus finos dedos fueron a masajear su sien derecha—. ¡No, yo no me alegro! —dijo de pronto—. ¡Me pongo malo sólo de pensarlo!

—Lo siento.

—Y, hablando de labor misionera, yo soy cristiano. Quiero decir creyente. No soy fanático, ni he nacido a una nueva vida, ni enseño los domingos en la catequesis, ni me prosterno en el pasillo central, pero creo. Mi mujer y yo vamos a la iglesia episcopaliana al menos dos veces al mes, y mis hijos son acólitos. Soy generoso porque necesito serlo. ¿Puede entenderlo?

—Pues claro. No comparto del todo esos sentimientos, pero lo comprendo.

—¡Pero acabo de salir de casa de ese hombre!

—Eh, tranquilo. ¿Qué ocurre?

McAllister miró fijamente al frente, mientras los faros de los coches que se cruzaban con ellos hacían correr sombras por su cara.

—Que Dios tenga piedad de mi alma —susurró.

Capítulo 4

De pronto la oscuridad se pobló de gritos, de una creciente cacofonía de voces roncas que se acercaban. Después surgieron cuerpos a su alrededor, hombres que avanzaban gritando con las caras contorsionadas, frenéticas. Webb cayó de rodillas y se cubrió la cara y el cuello con ambas manos lo mejor que pudo, balanceando los hombros violentamente atrás y adelante, creando así un blanco cambiante dentro del círculo de ataques. Sus ropas oscuras eran una ventaja en las sombras, pero no servirían de nada si surgía un tiroteo indiscriminado, llevándose al menos a uno de sus guardianes con él. Sin embargo no eran siempre esas armas las que elegía el asesino. Había dardos, letales proyectiles de veneno lanzados por armas de aire comprimido que atravesaban la carne descubierta y acarreaban la muerte en cuestión de minutos. O de segundos.

¡Alguien le agarró por el hombro! Giró en redondo y levantó el brazo para sacudirse aquella mano mientras hacía un quiebro hacia la izquierda, agazapándose como un animal.

—¿Se encuentra bien, profesor? —preguntó el guardaespaldas que estaba a su derecha, sonriéndole a la luz de su linterna.

—¿Cómo? ¿Qué ha pasado?

—¿No es algo grande? —exclamó el guardaespaldas de su izquierda, acercándose, mientras David se incorporaba.

—¿Qué?

—¡Esos muchachos! ¡Realmente reconforta verlos!

Todo había pasado. El campus estaba otra vez en silencio, y a lo lejos, entre los edificios de piedra que daban frente a los campos de juego y el estadio del *college*, se veían las llamas de una hoguera por entre las gradas vacías. El *rally* de apoyo al equipo de fútbol estaba llegando a su punto culminante, y sus guardianes reían.

—¿Cómo va eso, profesor? —continuó el hombre que tenía a su izquierda—. ¿Se siente ya mejor ahora, con nosotros aquí?

Ya había pasado; la locura autoinfligida había pasado. ¿O acaso no? ¿Por qué sentía aquel golpeteo en el pecho? ¿Por qué estaba tan desconcertado, tan asustado? Algo no marchaba.

—¿Por qué me preocupa tanto todo ese despliegue? —dijo David mientras tomaba el café mañanero en la cocina de su vieja casa victoriana alquilada.

—Echas de menos tus paseos por la playa —dijo Marie, sirviéndole el único huevo escalfado que acostumbraba tomar sobre una única tostada—. Come eso antes de que te fumes un cigarrillo.

—No; de verdad me preocupa. Durante toda la semana pasada he sido como un pato en una galería de tiro protegida sólo en apariencia. Se me ocurrió ayer por la tarde.

—¿Qué quieres decir? —Marie sirvió agua y puso la sartén en el fregadero, sin dejar de mirar a Webb—. Te rodean seis hombres; cuatro a tus «flancos», como tú dijiste, y dos delante y detrás de ti, mirándolo todo.

—Una mascarada.

—¿Por qué dices eso?

—No lo sé. Todo marcha como a toque de tambor. No lo sé.

—Pero ¿notas algo?

—Sospecho que sí.

—Cuéntamelo. Esas sensaciones tuyas me salvaron una vez la vida en el Quai Guisan de Zurich. Me gustaría oírlo... Bueno, quizá no, pero dímelo.

Webb reventó la yema del huevo sobre la tostada.

—¿Sabes lo fácil que sería para cualquiera lo bastante joven para parecer un estudiante pasar junto a mí y dispararme un dardo? Podría disimular el ruido con la tos o la risa, y yo tendría cien centímetros cúbicos de estricnina en la sangre.

—Tú sabes mucho más de esas cosas que yo.

—Por supuesto, y es así como lo haría.

—No; así es como lo haría Jason Bourne, no tú.

—Está bien; estoy imaginando, pero eso no invalida la idea.

—¿Qué ocurrió ayer por la tarde?

Webb jugó con el huevo y la tostada que tenía en el plato.

—El seminario terminó tarde, como de costumbre. Estaba oscureciendo, y mis escoltas me recogieron y atravesamos el campo hacia el aparcamiento. Había un *rally* de fútbol, nuestro insignificante equipo contra otro que no lo era menos, pero que nos venía grande, y la turba aquella nos adelantó a los cuatro, una caterva de muchachos corriendo hacia una hoguera que había detrás de las gradas, gritando y cantando canciones de lucha, excitándose para la juerga posterior. Y pensé: ya está aquí. Ahora es cuando va a ocurrir, si es que va a ocurrir. Créeme, en esos momentos yo *era* Bourne. Me agazapé, me eché a un lado y observé a mi alrededor. Estaba al borde del pánico.

—¿Y...? —dijo Marie, preocupada por el repentino silencio de su marido.

—Mis supuestos escoltas estaban mirando a aquella gente y se reían, y los que iban delante llevaban un balón e iban pasándolo en grande.

—¿Y eso te preocupó?

—Es algo instintivo. Yo era un blanco vulnerable en medio de gente excitada. Me lo decían mis nervios; mi cabeza no necesitaba decírmelo.

—¿Quién habla ahora?

—No estoy seguro. Sólo sé que durante esos momentos nada tenía sentido para mí. Después, sólo unos segundos más tarde, como para expresar las sensaciones que yo había callado, el hombre que iba detrás, a mi izquierda, se me acercó y dijo algo como: «¿No es grande ver a chicos con ese espíritu? Le hace a uno sentirse bien, ¿no le parece?» Yo farfullé no sé qué, y él dijo, y son sus mismas palabras: «¿Cómo va eso, profesor? ¿Se siente mejor ahora, con nosotros aquí?» —David levantó la cara hacia su mujer—. Que si *yo* me sentía mejor... *ahora*. *Yo*.

—Sabía cuál era su trabajo —interrumpió Marie—. Protegerte. Sólo pretendía hacer que te sintieses más seguro.

—¿Crees que lo pretendía, que lo pretenden? Esa tropa de muchachos gritando, la poca luz, los cuerpos en la sombra, las caras a oscuras... Y él participando del jaleo y riéndose, todos riéndose. ¿De verdad están aquí para protegerme?

—¿Para qué si no?

—No lo sé. Tal vez sea sólo que no han estado donde yo. Tal vez sea que pienso demasiado, que no dejo de pensar en McAllister y en esos ojos suyos. Si no parpadeasen, podrían ser los de un pez muerto. Se puede leer en ellos lo que se quiera; depende del estado de ánimo.

—Lo que te dijo fue un *shock* —dijo Marie, apoyándose en el fregadero con los brazos cruzados sobre el pecho y observando atentamente a su marido—. Tuvo que producirte un efecto terrible. A mí me lo produjo.

—Probablemente es eso —asintió Webb—. Resulta irónico, pero lo mismo que hay muchas cosas que quiero recordar, hay otro montón de ellas que me gustaría olvidar.

—¿Por qué no llamas a McAllister y le dices lo que sientes, lo que piensas? Tienes línea directa con él, tanto a su despacho como a su casa. Mo Panov te diría que lo hicieses.

—Sí, me lo diría. —David comía su huevo sin mucha convicción—. «Si hay un modo de librarse de una determinada ansiedad, ponlo en práctica tan pronto como puedas», me diría.

—Entonces, hazlo.

Webb sonrió con el mismo entusiasmo con que comía el huevo.

—Tal vez lo haga y tal vez no. Preferiría no pregonar una paranoia latente, o pasiva, o recurrente, o como diablos la llamen. Mo cogería el avión hacia aquí y me

daría la gran paliza.

—Si no lo hace él, puedo hacerlo yo.

—*Ni shi nühaizi* —dijo David, limpiándose con la servilleta de papel mientras se levantaba e iba hacia Marie.

—¿Y qué significa eso, mi inescrutable marido y amante número ochenta y siete?

—Significa, grandísima bruja, traducido libremente, que eres una niñaja, y que todavía puedo darte cinco a tres en la cama, donde hay otras cosas que hacer contigo que darte una paliza.

—¿Todo eso en tres palabras?

—Nosotros no malgastamos palabras, pintamos cuadros... Tengo que irme. Esta mañana la clase trata de Rama II de Siam y sus pretensiones sobre los Estados malayos a principios del siglo XIX. Es una tabarra, pero importante. Lo malo es que hay un estudiante birmano que hace intercambio y sospecho que sabe más que yo.

—¿Siam? —preguntó Marie, abrazándolo—. Eso es Tailandia.

—Sí, ahora es Tailandia.

—Tu mujer y tus hijos. ¿Aún duele, David?

Webb la contempló lleno de amor.

—No puede dolerme mucho algo que no puedo ver con claridad. A veces espero no verlo nunca.

—Yo no pienso así en absoluto. Quiero que los veas, los oigas y los sientas. Y saber que yo también los quiero.

—¡Dios mío!

La abrazó, y el calor de sus cuerpos los unió en algo que era sólo suyo.

La línea estaba ocupada por segunda vez, de modo que Webb volvió a dejar el teléfono y a enfrascarse en *Siam bajo Rama III*, de W. F. Vella, para ver si el estudiante birmano tenía razón en cuanto al conflicto de Rama II con el sultán de Kedah por la posesión de la isla de Penang. Eran tiempos de enfrentamiento en los enrarecidos jardines de Academo. Las pagodas de Moulmein de la poesía de Kipling habían sido reemplazadas por un graduado sabelotodo que no tenía el menor respeto por sus superiores. Kipling lo hubiese comprendido, y torpedeado.

Hubo un breve y rápido golpeteo en la puerta de su despacho, que se abrió antes de que David pudiese decir al que llamaba que entrase. Era uno de sus escoltas, el hombre que le había hablado la tarde anterior durante el *rally* prepartido, entre las carreras y el ruido, en medio de sus temores.

—Hola, profesor.

—Hola. ¿Usted es Jim, no?

—No, Johnny. No importa; nadie espera que se aprenda nuestros nombres de corrido.

—¿Ocurre algo?

—Justamente lo contrario. He venido a despedirme en nombre de todos, del destacamento entero. Todo va bien y vuelve usted a la normalidad. Nos han ordenado presentarnos en B-Uno-L.

—¿Dónde?

—¿Suenan un poco tonto, verdad? En vez de decir «vuelvan al cuartel general» lo llaman B-Uno-L, como si no lo entendiera todo el mundo.

—Yo no.

—Base Uno Langley. Somos de la CIA, los seis; pero supongo que ya lo sabe.

—¿Y se marchan? ¿Todos ustedes?

—Eso es lo que hay.

—Pero yo pensé... creí que había peligro *aquí*.

—Está todo en orden.

—No he sabido nada de nadie, no he vuelto a saber de McAllister.

—Lo siento, no lo conozco. Sólo tenemos nuestras órdenes.

—¡Usted no puede entrar aquí tan campante y decir que se marchan sin ninguna explicación! ¡Me dijeron que me habían tomado por blanco, que un hombre de Hong Kong quería matarme!

—Bueno, no sé si le dijeron eso o se lo dijo usted solo, pero sé que tenemos un auténtico problema A-uno en Newport News. Tenemos que recibir instrucciones e ir allí.

—¿Un auténtico...? ¿Y qué pasa conmigo?

—Descanse lo más posible, profesor. Nos dijeron que lo necesitaba.

El hombre de la CIA se dio la vuelta bruscamente, salió y cerró.

Bueno, no sé si le dijeron eso, o se lo dijo usted solo... ¿Cómo va eso, profesor? ¿Se siente mejor ahora, con nosotros aquí?

¿Mascarada? ¡Charada!

¿Por dónde andaba el número de McAllister? ¡Maldita sea! Tenía dos copias, una en casa y otra en el cajón de su escritorio. ¡No, en la cartera! Lo encontró y marcó, mientras temblaba de pies a cabeza de miedo y de rabia.

—Despacho de N. R. McAllister —dijo una voz femenina.

—Creía que era su línea privada. ¡Fue lo que me dijeron!

—Mister McAllister está fuera de Washington, señor. En estos casos tenemos instrucciones de atender y anotar las llamadas.

—¿Anotar las llamadas? ¿Dónde está él?

—No lo sé, señor. Pertenezco al servicio de secretaría. Suele telefonar en días alternos... ¿Quién debo decirle que ha llamado?

—¡No basta con eso! Me llamo Webb, Jason Webb. ¡No, David Webb! ¡Necesito hablar con él en seguida! ¡Inmediatamente!

—Le pondré con el departamento que se ocupa de sus llamadas urgentes.

Webb colgó de golpe el teléfono. Tenía el número del domicilio de McAllister y lo marcó.

—¿Dígame?

Otra voz de mujer.

—Mister McAllister, por favor.

—Lo siento; no está aquí. Si quiere dejarme su nombre y un número de teléfono se lo daré.

—¿Cuándo?

—Bueno, debería llamar mañana o pasado. Siempre lo hace.

—¡Tiene que darme el número donde está ahora, señora McAllister! Porque supongo que es usted la señora McAllister.

—Eso espero. Son dieciocho años de servicios. ¿Quién es usted?

—Webb. David Webb.

—¡Ah, sí! Edward rara vez habla de su trabajo, y desde luego no lo hizo en su caso, pero me contó lo estupendos que eran usted y su encantadora esposa. La verdad es que nuestro hijo mayor, que estudia la preparatoria, está muy interesado por la Universidad donde usted enseña. Lo que ocurre es que desde hace cosa de un año sus notas han bajado un poco, pero tiene un concepto de la vida tan maravilloso y entusiasta que estoy segura le permitirá...

—¡Señora McAllister! —le interrumpió Webb—. ¡Tengo que hablar con su marido! ¡Ahora!

—Oh, cuánto lo siento, pero no creo que sea posible. Está en Extremo Oriente y, por supuesto, no tengo un número donde poder llamarlo. En casos urgentes llamamos siempre al Departamento de Estado.

David colgó. Tenía que alertar, que telefonar, a Marie. La línea debía estar ya libre. Llevaba ocupada casi una hora, y no había nadie con quien su mujer pudiese hablar por teléfono una hora, ni siquiera su padre, su madre o sus dos hermanos, que vivían en Canadá. Se profesaban un gran afecto, pero Marie era la res descarriada del rancho de Ontario. Ni francófila como su padre ni hogareña como su madre, y, aunque adoraba a sus hermanos, tampoco rústica y francota como ellos. Había

encontrado otra vida en los estratos superiores de la economía, con un doctorado y un empleo bien remunerado en el gobierno canadiense. Y había acabado casándose con un norteamericano.

Quel dommage.

¡La línea seguía ocupada! ¡Maldita sea, Marie!

Después Webb se quedó frío y por un instante su cuerpo entero fue como un bloque de hielo cuyo contacto abrasara. Apenas podía moverse, pero salió corriendo del pequeño despacho y pasillo adelante a tal velocidad que empujó a tres estudiantes y un colega mandando a dos contra la pared y los otros dos al suelo. Se había convertido en un poseso.

Al llegar a la casa, pisó a fondo el freno y el coche se detuvo chirriando mientras él saltaba fuera y corría por el camino hasta la puerta. Se detuvo, mirando fijamente, de pronto sin aliento. La puerta estaba abierta y en la madera se veía claramente estampada en rojo la huella de una mano, *sangre*.

Se precipitó dentro, apartando cuanto encontraba en su camino. Muebles aplastados y lámparas machacadas marcaron su paso mientras registraba la planta baja. Después subió al primer piso, con las manos como dos finos bloques de granito y todos sus nervios preparados para un ruido, un peso, con su instinto de matador tan claro como las manchas rojas que había visto abajo, en la puerta de la calle. Durante esos momentos supo y aceptó el hecho de que era el asesino, el animal mortífero que había sido Jason Bourne. Si su mujer estaba arriba, mataría a quienquiera que tratase de hacerle daño... o se lo hubiera hecho ya.

Tumbado en el suelo, empujó la puerta del dormitorio.

La explosión deshizo la parte alta de la pared del pasillo y Webb rodó bajo su onda hasta el lado opuesto. No tenía ningún arma, pero sí un encendedor. Buscó en los bolsillos del pantalón las notas garabateadas de las que suelen ir haciendo acopio los profesores, las hizo un manojo, lo retorció, rodó hacia su izquierda y le aplicó la llama del mechero. La llamarada fue inmediata. Arrojó el lío encendido al fondo del dormitorio mientras se incorporaba con la espalda contra la pared y observaba las otras dos puertas cerradas que había en el estrecho pasillo. De pronto disparó el pie, un golpe tras otro, volvió a dejarse caer al suelo y rodó hacia lo oscuro.

Nada. Los dos cuartos vacíos. Si había un enemigo tenía que estar en el dormitorio. Para entonces las ropas de la cama ardían con llamas que iban subiendo hacia el techo. Sólo era ya cuestión de segundos.

¡Ahora!

Se lanzó dentro de la habitación y, agarrando las ropas llameantes, las hizo girar en

círculo mientras se agachaba y rodaba por el suelo hasta que quedaron reducidas a cenizas, siempre esperando un contacto frío como el hielo en la espalda o en el brazo, pero seguro de que podría esquivarlo y dominar a su enemigo. ¡Volvía a ser Jason Bourne!

No había nada. Su Marie no estaba allí. No había nada más que un primitivo artilugio de muelle que había disparado una escopeta, apuntada para que matase al que abriese la puerta. Apagó las llamas, fue tambaleándose hacia una lámpara de mesa y la encendió.

—*¡Marie! ¡Marie!*

Después lo vio. Había una nota sobre la almohada, en su lado de la cama: «Esposa por esposa, Jason Bourne. Está herida pero no muerta, mientras que la mía sí está muerta. Sabes dónde encontrarme, y a ella, si eres discreto y tienes suerte. Quizá podamos hacer negocios juntos, porque también yo tengo enemigos. Y si no, ¿qué importa la muerte de una hija más?»

Webb gritó y cayó sobre las almohadas, tratando de ahogar el ultraje y el horror que brotaban de su garganta, luchando contra el dolor que le taladraba las sienas. Después se volvió y miró al techo, mientras una pasividad terrible, brutal, lo invadía. De repente volvieron a él cosas no recordadas, cosas que nunca había revelado, ni siquiera a Morris Panov. Eran imágenes de cuerpos desplomándose bajo su cuchillo, cayendo segados por sus balas. Aquellos no eran crímenes imaginados, eran reales. Lo habían convertido en algo que no era, pero habían hecho su trabajo demasiado bien. Se había transformado en la imagen, en el hombre que no debía ser. Había tenido que hacerlo. Había tenido que sobrevivir, sin saber quién era.

Ahora sabía qué dos hombres había dentro de él y formaban su ser. Siempre recordaría a uno de ellos, porque era el hombre que quiso ser, pero por el momento tendría que ser el otro, el hombre a quien despreciaba.

Jason Bourne se levantó de la cama y fue al armario practicable donde había un cajón cerrado, el tercero de la cómoda que llevaba incorporada. Alargó el brazo y arrancó una llave sujeta al techo con una cinta adhesiva. La insertó en la cerradura y abrió el cajón. Dentro había dos automáticas desarmadas, cuatro rollos de alambre fino unidos a carretes que podían ocultarse en la palma de la mano, tres pasaportes vigentes a tres nombres distintos y seis cargas de plástico explosivo capaces de volar habitaciones enteras. Utilizaría una o todas. O David Webb encontraba a su mujer o Jason Bourne se convertiría en un terrorista como nadie pudo soñar ni en sus peores pesadillas. No le importaba. Era demasiado lo que le habían quitado.

Bourne encajó las piezas y metió de un golpe el cargador de la segunda

automática. Ya estaban listas las dos. Y él lo estaba. Volvió a la cama y se tumbó otra vez mirando al techo. Sabía que la logística no iba a fallar. Después empezaría la caza. La encontraría, viva o muerta, y si era muerta... ¡mataría, mataría y volvería a matar!

Quienquiera que fuese no escaparía de él, de Jason Bourne.

Capítulo 5

Apenas podía dominarse, y además sabía que la calma estaba fuera de lugar. Su mano aferraba la automática y en su mente estallaban sus muy reales y rápidos disparos, mientras una opción tras otra desfilaban por su cabeza. Sobre todo no podía quedarse quieto; tenía que mantenerse en movimiento. ¡Tenía que levantarse y actuar!

El Departamento de Estado. Los hombres que había conocido durante sus últimos meses en el remoto y secreto complejo médico de Virginia, aquellos tipos insistentes y obsesos que le preguntaban sin tregua, mostrándole docenas de fotografías, hasta que Mo Panov los mandaba parar. Había aprendido sus nombres y los había anotado, pensando que algún día podría necesitar saber quiénes eran, sin otra razón que una desconfianza visceral; esos hombres habían tratado de matarlo sólo unos meses antes. Pero nunca había preguntado sus nombres, ni nadie se los dijo, excepto que se llamaban Harry, Bill o Sam, presumiblemente basándose en la teoría de que su verdadera identidad sólo serviría para aumentar su confusión. Pero había leído discretamente sus etiquetas de identificación y, cuando se marchaban, escribía sus nombres y ponía los trozos de papel junto a sus cosas personales en el cajón del escritorio. Cuando venía Marie a visitarlo, lo que hacía a diario, le daba aquellos nombres y le decía que los escondiese en casa, que los guardase bien guardados.

Más tarde, Marie admitió que, aunque había hecho lo que le indicaba, pensaba que sus sospechas eran excesivas, infundadas. Pero luego, una mañana, minutos después de una acalorada sesión con los hombres de Washington, David le rogó que saliese inmediatamente del complejo médico, corriese al coche, fuese al banco donde tenían una caja de seguridad e hiciese lo siguiente: poner una corta hebra de su pelo en el borde inferior izquierdo de la caja, cerrarla, marcharse y volver dos horas después para ver si seguía allí.

No estaba. Había sujetado firmemente la hebra de pelo en su lugar; no podía haberse caído a menos que hubiesen abierto la caja. La encontró en el suelo de baldosas de la cámara del banco.

—¿Cómo lo sabías? —preguntó a David.

—Uno de mis amistosos interrogadores se calentó y trató de provocarme. Aprovechando que Mo estuvo fuera de la habitación un par de minutos, poco menos que me acusó de fingir, de ocultar cosas. Sabía que estabas al llegar, de modo que fingí hasta el final. Quería ver por mí mismo hasta dónde eran capaces de llegar, hasta dónde podían llegar.

Entonces no había habido nada sagrado, ni tampoco ahora. Era todo demasiado

simétrico. Le habían retirado la escolta y puesto en cuestión sus reacciones con aire paternalista, como si hubiera sido él quien había pedido mayor protección y no quien había accedido a ello ante la insistencia de un tal Edward McAllister. Pocas horas después Marie fue secuestrada, siguiendo un guión que le había sido detallado con excesiva precisión por un tipo nervioso y de ojos muertos. Y ahora ese mismo McAllister se encontraba de pronto a quince mil millas de lo ocurrido. ¿Había desertado el subsecretario? ¿Lo habían comprado en Hong Kong? ¿Había traicionado a Washington y al hombre al que había jurado proteger? ¿Qué estaba ocurriendo? Fuera lo que fuese, entre los secretos infernales estaba el nombre en clave *Medusa*. Nunca había sido mencionado durante el interrogatorio, nadie se había referido a él, y era una ausencia preocupante. Parecía como si el ignorado batallón de psicóticos y asesinos nunca hubiera existido; su historia había sido borrada de los libros. Pero esa historia podía ser restablecida. Por ahí iba a empezar.

Webb salió rápidamente del dormitorio y bajó las escaleras hasta su estudio, en otro tiempo una pequeña biblioteca aneja al vestíbulo de la vieja casa victoriana. Se sentó a la mesa, abrió el cajón del fondo y sacó cuadernos y papeles. Después introdujo un abrecartas metálico y levantó el falso fondo; sobre la segunda capa de madera había más papeles. Eran un vago y no poco desconcertante surtido de recuerdos fragmentados, de imágenes que le habían venido a la cabeza a horas extrañas del día y de la noche. Había trozos de papel, páginas de pequeños cuadernos y fragmentos de sobres en los que había anotado las imágenes y palabras que estallaban en su cabeza. Formaban una masa de penosas evocaciones, muchas tan torturadas que no podía compartirlas con Marie, por temor a que el daño fuese demasiado grande, las revelaciones de Jason Bourne demasiado brutales para que pudiese afrontarlas su mujer. Entre esos secretos estaban los nombres de los expertos en operaciones clandestinas que habían ido a interrogarlo tan intensamente en Virginia.

Los ojos de David se concentraron de pronto en el arma de gran calibre que había al borde de la mesa. La había traído distraídamente del dormitorio. La contempló un momento, y después descolgó el teléfono. Era el comienzo de la hora más atormentada y exasperante de su vida, pues a cada momento Marie se alejaba más y más.

Las dos primeras llamadas las recibieron esposas o amantes. En cuanto se identificaba resultaba que los hombres a los que trataba de encontrar no estaban allí. ¡Seguía siendo tabú! No se pondrían en contacto con él sin autorización, y esa autorización les estaba siendo negada. ¡Debería haberlo imaginado!

—¿Dígame?

—¿Casa de los señores Lanier?

—Sí, aquí es.

—Con William Lanier, por favor. Dígame que es urgente, una alerta Mil seiscientos.

Me llamo Thompson, del Departamento de Estado.

—Un momento —dijo la mujer, preocupada.

—¿Quién es? —preguntó una voz masculina.

—Soy David Webb. ¿Recuerda a Jason Bourne, no?

—¿Webb? —Siguió una pausa, ritmada por la respiración de Lanier—. ¿Por qué dijo que se llamaba Thompson, que era una alerta de la Casa Blanca?

—Pensé que podía no querer hablar conmigo. Entre las cosas que recuerdo está que ustedes no entran en contacto con ciertas personas sin autorización. Son tabú. Se limitan a informar del intento de establecer contacto.

—Entonces supongo que también recordará que es muy irregular llamar a alguien como yo por un teléfono particular.

—¿Particular? ¿Es que ahora esa prohibición incluye también el domicilio?

—Sabe muy bien de qué le hablo.

—Dije que era una emergencia.

—No puede tener nada que ver conmigo —protestó Lanier—. En mi oficina usted es un caso cerrado...

—¿Me han dado por muerto? —interrumpió David.

—No he dicho eso. Sólo quería decir que usted no está en mi agenda y no acostumbramos a entrometernos en el trabajo de otros.

—¿Qué otros? —preguntó bruscamente Webb.

—¿Cómo diablos voy a saberlo?

—¿Está asegurándome que no le interesa lo que tengo que decirle?

—Que me interese o no, no tiene nada que ver con ello. No está en mis listas y es lo único que necesito saber. Si tiene algo que decir, llame a su contacto autorizado.

—Lo intenté. Su esposa dijo que estaba en Extremo Oriente.

—Pruebe en su despacho. Alguien de allí lo transmitirá.

—Lo sé, pero no quiero que me «transmitan». Quiero hablar con alguien que conozca, y a usted lo conozco, Bill. ¿Recuerda? Era «Bill» en Virginia, así es como me dijo usted que le llamase. Entonces sí le interesaba mucho lo que yo pudiera decir.

—Eso era entonces. Mire, Webb, no puedo ayudarlo porque no puedo aconsejarle. Me diga lo que me diga, no puedo responder. No estoy al corriente de su situación, no lo he estado desde hace casi un año. Su contacto es... Se puede hablar con él. Vuelva

a llamar a Estado. Voy a colgar.

—*Medusa* —susurró David—. ¿Me ha oído, Lanier? ¡*Medusa!*

—¿*Medusa* qué? ¿Está tratando de decirme algo?

—Voy a contarle todo, ¿me comprende? ¡Voy a denunciar toda esa porquería si no consigo alguna respuesta!

—¿Por qué no se pone en tratamiento? —dijo fríamente el hombre de operaciones encubiertas—. O ingresa en un hospital.

Hubo un clic brusco y David, bañado en sudor, colgó el teléfono.

Lanier no sabía nada de *Medusa*. De haberlo sabido, hubiera seguido al teléfono, enterándose de cuanto pudiese, porque *Medusa* iba más allá del estar o no «al corriente». Pero Lanier era uno de los interrogadores más jóvenes, no tendría más de treinta y tres o treinta y cuatro años; era muy despierto, pero no un veterano. Alguien con unos años más probablemente hubiera tenido acceso, le hubieran hablado del batallón de renegados que aún seguía siendo alto secreto. Webb consultó los nombres de su lista y los correspondientes números de teléfono. Descolgó el aparato.

—¿Dígame?

Una voz masculina.

—¿Samuel Teasdale?

—Sí, soy yo. ¿Quién es ahí?

—Me alegro de que haya contestado usted y no su mujer.

—Sí, suele hacerlo —dijo Teasdale, de pronto cauteloso—. Pero la mía ya no está disponible. Navega por algún lugar del Caribe con alguien a quien no conozco. Y ahora que ya sabe la historia de mi vida, ¿quién diablos es usted?

—Jason Bourne, ¿se acuerda?

—¿Webb?

—Recuerdo vagamente ese nombre.

—¿Por qué me llama?

—Fue usted cordial. Allá en Virginia me dijo que le llamase Sam.

—Está bien, está bien, David. Tiene usted razón. Le dije que me llamase Sam; ése soy para mis amigos, Sam... —Teasdale estaba desconcertado, preocupado, buscaba las palabras—. Pero eso fue hace casi un año, Davey, y ya sabe las normas. Se le da una persona con quien hablar, o en el mismo sitio o en Estado. Es con la única que debería ponerse en contacto; él es quien está al día en todo.

—¿No está usted al día, Sam?

—Sobre usted, no. Recuerdo las instrucciones; las dejaron en nuestras mesas un par de semanas después de que se fuese usted de Virginia. Para todo lo concerniente a

«dicho sujeto, etcétera» había que dirigirse a la Sección no sé cuántos, pues «dicho sujeto» tenía pleno acceso a los delegados del Departamento y estaba en contacto directo con ellos.

—Los delegados, si es eso lo que eran, fueron retirados, y el contacto al que tenía acceso directo ha desaparecido.

—Vamos —objetó Teasdale en tono cauto y suspicaz—, eso es absurdo. No pudo ocurrir.

—¡Pues ocurrió! —aulló Webb—. ¡Y lo de mi mujer!

—¿Qué pasa con su mujer? ¿De qué está hablando?

—¡Se ha ido, bastardo! ¡Todos ustedes son unos bastardos! ¡Dejaron que ocurriese! —Webb se agarró la muñeca, sujetándola con todas sus fuerzas para que dejase de temblar—. Quiero respuestas, Sam. Quiero saber quién dejó libre el camino, quién desertó. Tengo una idea de quién es, pero necesito respuestas para crucificarlo, para crucificarlos a todos, si es necesario.

—¡Alto ahí! —interrumpió furioso Teasdale—. ¡Si está tratando de comprometerme, lo hace fatal! A este pájaro sus chaladuras le dan de lado. ¡Vaya a contárselo a sus psiquiatras, no a mí! No tengo por qué hablar con usted; lo único que tengo que hacer es informar de que me ha llamado, lo que haré en cuanto me libere de usted. Añadiré que he tenido que tragarme un kilo de sandeces. ¡Tenga cuidado con esa cabeza suya!

—¡*Medusa*! —gritó Webb—. Nadie quiere hablar de ese nombre en clave, ¿verdad? Sigue bien enterrado en las cámaras acorazadas.

Esta vez no hubo clic en la línea. Teasdale no colgó. Habló con voz monótona, sin la menor inflexión que pudiese parecer un comentario.

—Rumores —dijo—. Como los famosos expedientes de Hoover; carne cruda, buena para reportajes de prensa, pero que no vale un pimiento.

—Yo no soy un rumor, Sam. Estoy vivo, respiro, voy al retrete y sudo, como estoy sudando ahora. Eso no es un rumor.

—Usted ha tenido problemas, Davey.

—¡Estuve allí! ¡Combatí con Medusa! Algunos dijeron que era el mejor, o el peor. Por eso me eligieron, por eso me convertí en Jason Bourne.

—Yo no sé nada de eso. Nunca hablamos de ello, de modo que no sé nada. ¿Hablamos alguna vez de ello, Davey?

—Deje ya de usar ese condenado nombre. Yo no soy *Davey*.

—En Virginia éramos «Sam» y «Davey», ¿no recuerda?

—¡Qué importa eso! Aquello era sólo un juego, y Morris Panov el árbitro, hasta

que un día usted olvidó las reglas.

—Mis disculpas —dijo amablemente Teasdale—. Todos tenemos días malos. Ya le hablé de mi mujer.

—No me interesa su mujer. ¡Me interesa la mía! ¡Y voy a destripar lo de Medusa a menos que consiga algunas respuestas, alguna ayuda!

—Estoy seguro de que puede conseguir cualquier ayuda que crea necesitar si llama a su contacto en Estado.

—¡No está allí! ¡Se ha marchado!

—Entonces pregunte por su sustituto. Se lo transmitirá.

—¡Transmitir! Por Dios, ¿qué es usted, un robot?

—Sólo un hombre que trata de hacer su trabajo, mister Webb, y me temo que no puedo hacer nada más por usted. Buenas noches.

Se oyó el clic y se acabó Teasdale.

Había otro hombre, pensó David febril, mientras miraba la lista guiñando los ojos que le picaban en las comisuras por el sudor. Un hombre de trato fácil, menos abrasivo que los otros, un meridional, cuyo hablar cansino podía ser la tapadera de una mente rápida o la resistencia vacilante a un trabajo en el que se sentía incómodo. No era el momento de dilucidarlo.

—¿Casa de los señores Babcock?

—Por supuesto —respondió una voz de mujer que olía a magnolia—. No nuestro hogar, claro, como siempre puntualizo; pero sí, vivimos aquí.

—¿Puedo hablar con Harry Babcock, por favor?

—¿Puedo saber quién llama? Quizá esté en el jardín con los niños, pero también puede habérselos llevado al parque. Está tan bien iluminado ahora... No pasa como antes, y uno ya no teme por su vida cada vez que...

Una tapadera para mentes rápidas, tanto la de mister como la de Mrs. Harry Babcock.

—Soy Reardon, del Departamento de Estado. Hay un mensaje urgente para mister Babcock. Tengo instrucciones de ponerme en contacto con él lo antes posible. Es una emergencia.

Se oyó el eco del teléfono al ser tapado, y sonidos ahogados más allá. Se puso al aparato Harry Babcock, con un hablar lento y deliberado.

—Mister Reardon... no conozco a ningún mister Reardon. Todos mis mensajes proceden de una determinada centralita, que se identifica. ¿Es usted una centralita?

—Bueno, no sé si he sabido alguna vez de alguien que venga de un jardín, o del parque del otro lado de la calle, tan rápidamente, mister Babcock.

—¿Sorpriente, no? Debería correr en la Olimpiada. Sin embargo, yo conozco su voz, pero no consigo dar con el nombre.

—¿Qué le parece Jason Bourne?

La pausa fue breve. *Una mente rápida.*

—Ese nombre se remonta a hace mucho tiempo, ¿verdad? Yo diría que cosa de un año. Es usted, David.

La frase no implicaba la menor pregunta.

—Sí, Harry. Tengo que hablar con usted.

—No, David; debería hablar con otros, no conmigo.

—¿Está diciéndome que me tienen aislado?

—Por Dios, eso suena tan brusco, tan descortés. Me encantaría saber cómo les va a usted y a la encantadora señora Webb en su nueva vida. ¿Es en Massachusetts, no?

—Maine.

—Claro. Perdóneme. ¿Va todo bien? Estoy seguro de que se da cuenta de que mis colegas y yo estamos envueltos en tantos problemas que no hemos podido seguir en contacto con su expediente.

—Alguien les dijo que no podían ni tocarlo.

—No creo que nadie lo intentase.

—Necesito hablar, Babcock —dijo David con aspereza.

—Yo no —replicó Harry Babcock, con voz casi glacial—. Me atengo a las normas, y, para serle franco, se ha vuelto usted tabú para hombres como yo. No me importa el motivo. Las cosas cambian, cambian siempre.

—¡Medusa! —exclamó David—. ¡No hablaremos de mí, hablemos de *Medusa*!

La pausa fue más larga que antes. Y cuando habló Babcock, sus palabras fueron ya glaciales.

—Este teléfono es estéril, Webb, de modo que diré lo que tengo que decir. Estuvieron a punto de suprimirlo hace un año, y hubiera sido un error. Le hubiéramos llorado sinceramente. Pero si rompe la baraja, mañana no lo llorará nadie. Excepto, claro, su mujer.

—¡Hijo de perra! ¡Se la han llevado! ¡La secuestraron! ¡Y ustedes, bastardos, dejaron que ocurriese!

—No sé de qué me está hablando.

—¡Mi escolta! ¡Los retiraron, a todos, y la secuestraron! ¡Quiero respuestas, Babcock, o voy a hacer que estalle todo! Ahora, haga exactamente lo que yo le diga o va a tener que llorar a quien nunca pensó... Todos ustedes, sus mujeres, sus hijos... ¡Que se aplique cada uno lo que le toque! ¡Soy Jason Bourne, recuérdelo!

—Está usted loco, eso es lo que recuerdo. Si sigue con tales amenazas, mandaremos a un equipo a buscarlo. Al estilo de Medusa. ¡Aplíquese eso!

De repente irrumpió en la línea un zumbido furioso. Era ensordecedor, agudísimo, e hizo que David apartase el teléfono del oído. Después se oyó la voz tranquila de una telefonista:

—Interrumpimos para una emergencia. Adelante, Colorado.

Webb volvió a llevarse el teléfono a la oreja.

—¿Es Jason Bourne? —preguntó un hombre con acento de la parte central de la costa atlántica y una voz refinada, aristocrática.

—Soy David Webb.

—Por supuesto. Pero es también Jason Bourne.

—Lo fui —dijo David, hipnotizado por algo que no podía definir.

—Las señas de identidad en conflicto se confunden, mister Webb. Especialmente para quien ha soportado tanto.

—¿Quién diablos es usted?

—Un amigo, puede estar seguro. Y como tal le prevengo. Ha hecho usted acusaciones ultrajantes contra algunos de los más abnegados servidores de nuestro país, hombres a quienes nunca se permitiría tener sin justificar cinco millones de dólares, que sin justificar siguen.

—¿Quieren registrarme?

—No, como tampoco me preocuparía por descubrir los modos laberínticos en que su muy experta esposa ocultó esos fondos en una docena de países europeos...

—¿Se la han llevado! ¿Le han dicho eso sus abnegados hombres?

—Dijeron que estaba usted muy excitado, que deliraba, fue el término que emplearon, y que hacía asombrosas acusaciones referentes a su esposa, sí.

—Referentes a... ¡Maldita sea, se la llevaron de nuestra casa! ¡Alguien la tiene en su poder porque me quieren a mí!

—¿Está seguro?

—Pregunte a ese pez muerto, al tal McAllister. El guión es suyo, incluida la nota. ¡Y de repente está en la otra punta del mundo!

—¿Una nota? —preguntó la voz cultivada.

—Muy clara y concreta. ¡La historia es de McAllister, y fue él quien dejó que ocurriese! ¡Ustedes lo permitieron!

—Quizá debería examinar mejor la nota.

—¿Por qué?

—No importa. Todo puede resultarle más claro con un poco de ayuda... ayuda

psiquiátrica.

—¿Cómo?

—Queremos hacer cuanto podamos por usted, créame. Ha dado tanto, más de lo que cualquier hombre estaría obligado a dar, y su extraordinaria contribución no podrá ser ignorada aun cuando el caso llegue a los tribunales. Nosotros lo pusimos en esa situación y lo apoyaremos, incluso si eso significa torcer las leyes, coaccionar a los tribunales.

—¿De qué está hablando? —gritó David.

—Hace varios años, un respetado médico militar asesinó trágicamente a su esposa. Vino en todos los periódicos. No pudo soportar el estrés. Y los que usted sufrió fueron diez veces mayores.

—¡No puedo creerlo!

—Digámoslo de otro modo, mister Bourne.

—¡Yo no soy Bourne!

—Está bien, mister Webb; seré franco con usted.

—¡Eso es ya un progreso!

—Usted no está sano. Ha pasado ocho meses de terapia psiquiátrica, y hay todavía una gran parte de su vida que no consigue recordar; ni siquiera sabía su nombre... Todo ello figura en las historias médicas, historias meticulosas que ponen en evidencia el avanzado estado de su enfermedad mental, sus tendencias violentas y su obsesivo rechazo de la propia identidad. En su tormento, usted fantasea, pretende ser quien no es; parece verse compelido a ser alguien diferente.

—¡Eso es absurdo y usted lo sabe! ¡Mentiras!

—Absurdo es una palabra un tanto ruda, mister Webb, y las mentiras no son más. No obstante, me incumbe proteger a nuestro gobierno de la difamación, de acusaciones infundadas que podrían hacer un gran daño al país.

—¿Tales como?

—Su fantasía secundaria referente a una organización desconocida a la que usted llama Medusa. Estoy seguro de que su esposa volverá... si puede, mister Webb. Pero si persiste usted en esa fantasía, en esa fijación de su mente torturada a la que usted llama Medusa, lo calificaremos como esquizofrénico paranoico, un mentiroso patológico propenso a la violencia incontrolable y al autoengaño. Si un hombre así asegura que su esposa ha desaparecido, quién sabe a dónde podría conducir ese error patológico. ¿He hablado suficientemente claro?

David cerró los ojos mientras le corría el sudor por la cara.

—Como el cristal —dijo, colgando el teléfono.

Paranoico... patológico. ¡Bastardos! Abrió los ojos con deseos de calmar su rabia arrojándose contra algo, ¡lo que fuese! Después se detuvo y permaneció inmóvil mientras le asaltaba otra idea, la más obvia. ¡Morris Panov! Mo Panov calificaría a esos monstruos de lo que él sabía que eran: incompetentes y mentirosos, manipuladores y aprovechados protectores de burocracias corruptas... y probablemente algo peor, mucho peor. Alcanzó el teléfono y, temblando, marcó el número que tantas veces en el pasado le había traído una voz tranquila, racional, que le proporcionaba una sensación de valía cuando ya sentía que era menos que nada.

—Cuánto me alegro de oírte, David —dijo Panov con auténtica cordialidad.

—Me temo que no, Mo. Es la peor llamada que te he hecho nunca.

—Varaos, David, eso suena muy dramático. Ya hemos pasado mucho juntos...

—¡Escúchame! —aulló Webb—. ¡Marie se ha ido! ¡Se la han llevado!

Brotaron las palabras sin orden, confundiendo los tiempos...

—¡Deténte, David! —ordenó Panov—. Vuelve atrás. Quiero oírlo desde el principio. Cuando ese hombre vino a verte, después de sus... de los recuerdos de tu hermano.

—¿Qué hombre?

—El del Departamento de Estado.

—¡Sí! Muy bien. McAllister, así se llamaba.

—Empieza desde ahí. Nombres, títulos, puestos. Y dime el nombre de ese banquero de Hong Kong. ¡Y, por el amor de Dios, más despacio!

Webb volvió a sujetarse la muñeca mientras sostenía el teléfono. Empezó de nuevo, imponiendo a su voz un falso control que la hizo estridente, tensa, mientras iba ganando involuntariamente velocidad. Al fin consiguió decirlo todo, cuanto podía recordar, sabiendo con horror que no era todo. Espacios en blanco desconocidos lo llenaban de dolor. Volvían los terribles espacios en blanco. Había dicho cuanto podía decir por el momento; no quedaba nada.

—David —empezó con firmeza Mo Panov—, quiero que hagas algo por mí. *Ahora.*

—¿Qué es?

—Puede parecerte absurdo, incluso un poco loco, pero te sugiero que bajes a la playa y des un paseo por la orilla. Con media hora o tres cuartos de hora bastará. Escucha la resaca y el golpear de las olas contra las rocas.

—¡No lo dirás en serio!

—Muy en serio. Recuerda que en una ocasión quedamos de acuerdo en que había veces en que las personas deberían poner sus cabezas a enfriar; bien sabe Dios que yo

lo hago más de lo que debería permitirse un psiquiatra razonablemente respetado. Las cosas pueden sobrepasarnos, y antes de estar en condiciones de actuar tenemos que librarnos de parte de esa confusión. Haz lo que te pido, David. Volveré contigo tan pronto como pueda, dentro de no más de una hora, calculo. Y te quiero más calmado que ahora.

Era algo insensato; pero, como muchas de las cosas que Panov sugería tranquilamente, a menudo como sin pretenderlo, había mucho de verdad en sus palabras. Webb caminó a lo largo de la playa fría y pedregosa, sin olvidar ni por un instante lo que había ocurrido; pero, ya fuese por el cambio de escenario, o por el viento, o por el ruido incesante y repetitivo del mar, se encontró respirando con más normalidad; su aliento era tan profundo y tan trémulo como antes, pero sin los registros más altos de la histeria. Consultó su reloj de esfera luminosa, ayudado por la luna. Llevaba treinta y dos minutos paseando arriba y abajo; era cuanto podía soportar. Subió por la senda abierta en la hierba de la duna hasta la calle y se dirigió a casa, aligerando el paso.

Se sentó a su escritorio, con los ojos clavados en el teléfono. Cuando sonó, lo cogió antes de acabar el primer timbrazo.

—¿Mo?

—Sí.

—Hacía un frío tremendo ahí fuera. Gracias.

—Gracias a ti.

—¿Qué has sabido?

Entonces comenzó a crecer la pesadilla.

—¿Cuánto hace que falta Marie, David?

—No lo sé. Una hora, dos horas, tal vez más. ¿Qué tiene que ver eso?

—¿Podría haber ido de compras? ¿O tuvisteis una pelea y querría estar sola? Habíamos quedado en que las cosas son a veces muy difíciles para ella; tú mismo lo dijiste.

—¿De qué diablos estás hablando? ¡Hay una nota que lo dice! ¡Y sangre, la huella de una mano!

—Sí, ya lo mencionaste, pero es algo demasiado acusador. ¿Por qué iba a hacer nadie semejante cosa?

—¿Cómo voy a saberlo! Ocurrió... ganaron. ¡Está todo aquí!

—¿Has llamado a la policía?

—¡Por Dios, no! ¡Esto no es cosa de la policía! ¡Es cosa nuestra, mía! ¿Es que no lo entiendes? ¿Qué has descubierto? ¿Por qué me hablas así?

—Porque tengo que hacerlo. En tantas sesiones, en tantos meses de entrevistas, nunca dijimos más que la verdad, porque es la verdad lo que tienes que saber.

—¡Mo! Por amor de Dios, ¡se trata de Marie!

—Por favor, David, déjame terminar. Si están mintiendo, y ya lo hicieron entonces, lo sabré y los denunciaré. No podría hacer nada más. Pero voy a decirte exactamente lo que me dijeron, lo que el número dos de la Sección de Extremo Oriente quiso dejar bien claro, y lo que el jefe de seguridad del Departamento de Estado me leyó, según consta oficialmente.

—¿Consta oficialmente...?

—Sí. Dijo que llamaste a control de seguridad hace poco más de una semana, y según el registro te hallabas en un estado de gran agitación.

—¿Que yo los llamé?

—Así es, eso es lo que dijo. Según consta allí, aseguraste que habías recibido amenazas. Tu manera de hablar era «incoherente», ésa fue la palabra que usaron, y pediste con urgencia mayores medidas de seguridad. Dada la etiqueta de secreto que hay en tu expediente, la petición fue enviada a niveles superiores, y de arriba dijeron: «Denle lo que quiere. Tranquilícenlo.»

—¡Es increíble!

—Eso es sólo la mitad, David. Escúchame, como yo te he escuchado.

—De acuerdo. Continúa.

—Eso es, tranquilo. Bueno, no, borra esa palabra.

—Por favor, sigue.

—Una vez las patrullas en su sitio, llamaste otras dos veces quejándote de que tus guardianes no estaban haciendo su trabajo. Dijiste que bebían en sus coches frente a la casa, que se reían de ti cuando te acompañaban por el campus, que, y aquí me limito a citar, «están haciendo burla de lo que se supone están haciendo». Subrayé esta frase.

—¿Haciendo burla de...?

—Calma, David. Ahí acaba, termina lo escrito. Hiciste una última llamada afirmando enfáticamente que querías que se los llevaran a todos, que tus guardianes eran tus enemigos, los hombres que querían matarte. En resumen, habías convertido a los que trataban de protegerte en enemigos que querían atacarte.

—Y estoy seguro de que todo eso encaja perfectamente en una de esas estúpidas conclusiones psiquiátricas que convierten mis ansiedades en paranoia.

—Muy perfectamente. Demasiado.

—¿Qué te dijo el número dos de Extremo Oriente?

Panov se quedó callado un momento.

—No es lo que te gustaría oír, David, pero fue terminante. Nunca han oído hablar de un banquero o un taipán influyente llamado Yao Ming. Dijo que, tal como van las cosas de Hong Kong ahora, si existiese semejante persona se sabría su *dossier* de memoria.

—¿Acaso piensa que me lo inventé? El nombre, la esposa, la conexión con las drogas, los sitios, las circunstancias... ¡la reacción británica! ¡Por Dios santo, no podría inventar tales cosas aunque quisiera!

—Requeriría un gran esfuerzo por tu parte —asintió suavemente el psiquiatra—. De modo que todo lo que acabo de decirte lo oyes por primera vez y no tiene sentido, no es el modo en que tú recuerdas las cosas.

—¡Mo, es todo mentira! Yo nunca llamé a Estado. McAllister vino a mi casa y nos contó a los dos lo que yo te he contado, incluida la historia de Yao Ming. Y ahora Marie se ha ido, y a mí me han dado una pista que seguir. ¿Por qué? Por amor de Dios, ¿qué están haciéndonos?

—Pregunté por McAllister —dijo Panov, en tono repentinamente enfadado—. El sustituto de Extremo Oriente lo consultó y volvió a llamarme. Dicen que McAllister se fue a Hong Kong hace dos semanas, y que, de acuerdo con su muy preciso calendario, no pudo haber estado en tu casa de Maine.

—¡Estuvo aquí!

—Me parece que te creo.

—¿Qué significa eso?

—Entre otras cosas, que puedo oír la verdad en tu voz, a veces cuando ni tú mismo puedes. Tampoco la frase «haciendo burla» suele pertenecer al vocabulario de un psicótico que se encuentra en un estado de gran agitación, y desde luego no al tuyo cuando te excitas.

—No te comprendo.

—Alguien vio dónde trabajabas y cómo te ganabas la vida y pensó añadir un poco de color local. —Después Panov estalló—. ¡Dios mío! ¿Qué están haciendo?

—Encerrándome en el cajón de salida —dijo suavemente Webb—. Están obligándome a ir detrás de algo que desean.

—¡Hijos de perra!

—Lo llaman reclutamiento. —David contempló la pared—. Mantente al margen, Mo; no puedes hacer nada. Han colocado todas las piezas en su sitio. Me han reclutado.

Webb colgó y, aturdido, salió del pequeño despacho y estuvo en el vestíbulo Victoriano contemplando los muebles volcados y las lámparas rotas, la porcelana y el

cristal esparcidos más allá por el suelo. Entonces recordó lo que había dicho Panov al principio de la terrible conversación: «Es tan acusador...»

Sin darse cuenta más que vagamente de adonde le conducían sus pasos, se acercó a la puerta de la calle y la abrió. Tuvo que forzarse para mirar la huella de una mano en el centro del panel superior, la sangre seca, mate y oscura, a la luz de los faros que pasaban. Después se acercó más y la examinó.

Era la impresión de una mano, pero no su huella. Se veía el contorno de una mano —la palma y los dedos extendidos—, pero sin rupturas en la forma ensangrentada, sin los pliegues y depresiones que una mano sangrando apretada contra madera dura revelaría; ninguna marca identificativa, nada de partes aisladas de la carne mantenidas en un sitio lo suficiente para estampar sus características particulares. Era como la sombra coloreada de un trozo de vidriera, sin más planos que la pura impresión. ¿Un guante? ¿Un guante de goma?

David apartó los ojos y volvió despacio hacia la escalera que arrancaba del centro del vestíbulo, mientras sus pensamientos iban centrándose, vacilantes, en otras palabras dichas por otro hombre, un hombre extraño con una voz hipnótica.

Quizá debería examinar mejor la nota... Todo puede resultarle más claro con un poco de ayuda... ayuda psiquiátrica.

De pronto Webb lanzó una exclamación, con el terror creciendo en su interior mientras corría a la escalera y subía a saltos los peldaños hasta el dormitorio, donde clavó los ojos en la nota mecanografiada, que seguía sobre la cama. La cogió muerto de miedo y la llevó al tocador de su esposa. Encendió la lámpara y la estudió bajo la luz.

Si su corazón hubiera podido estallar, se habría hecho pedazos. Pero Jason Bourne examinó fríamente la nota que tenía delante.

Allí estaban las erres ligeramente curvadas, irregulares, y también las des con el palo incompleto, interrumpido a la mitad.

—¡Bastardos!

La nota había sido escrita en su propia máquina.

Reclutamiento.

Capítulo 6

Se sentó en las rocas que daban sobre la playa, sabiendo que tenía que pensar con claridad. Necesitaba definir lo que tenía delante, lo que se esperaba de él, y después cómo ser más listo que quienquiera que lo estuviese manipulando. Sobre todo, sabía que no podía dejarse dominar por el pánico, ni siquiera por la percepción de ese pánico; un hombre en pánico era peligroso, un riesgo que había que eliminar. Si perdía los nervios lo único que conseguiría era la muerte de Marie y la suya propia; así de sencillo. Era todo tan delicado, tan violentamente delicado...

De David Webb no había ni que hablar. Era Jason Bourne quien tenía que tomar el asunto en sus manos. ¡Dios, Dios! ¡Aquello era una locura! Mo Panov le había dicho que pasease por la playa, como Webb, y ahora tenía que estar allí sentado como Bourne, pensando las cosas como las pensaría él; tenía que negar una parte de sí mismo y aceptar la contraria.

Lo curioso era que no resultaba imposible, ni siquiera intolerable, porque Marie estaba allá fuera. Su amor, su único amor... Olvida eso ahora. Jason Bourne decía: Te han quitado un bien muy valioso. ¡Recupéralo! y David Webb: ¡No, no un bien: mi vida!

Jason Bourne: ¡Entonces quebranta todas las normas! ¡Encuéntrala! ¡Recupérala!

David Webb: No sé cómo. ¡Ayúdame!

¡Utilízame! Utiliza lo que has aprendido de mí. Tienes los medios, los has tenido durante años. En Medusa eras el mejor. Lo principal era el dominio de uno mismo. Tú predicabas eso, lo vivías. Y sobreviviste.

Dominio de sí mismo.

Qué palabras tan sencillas, pero qué exigencia tan increíble.

Webb bajó de las rocas y recorrió una vez más el camino por entre la hierba hasta la calle, y de allí a la vieja casa victoriana, cuyo repentino, espantoso e injusto vacío aborrecía. Mientras caminaba, un nombre cruzó por sus pensamientos. Después volvió y permaneció allí, fijo. Lentamente, la cara correspondiente a aquel nombre se hizo visible; muy lentamente, porque ese hombre hacía surgir en David un odio no menos violento por la tristeza que también evocaba.

Alexander Conklin había tratado de matarlo, dos veces, y ambas había estado a punto de conseguirlo. Y Alex Conklin —según su declaración, así como sus numerosas sesiones psiquiátricas con Mo Panov y los vagos recuerdos que David podía aportar— había sido amigo íntimo del funcionario del Servicio Exterior Webb, su mujer tailandesa y sus hijos en Camboya, hacía toda una vida. Cuando la muerte

golpeó desde el cielo, llenando el río de círculos de sangre, David voló ciegamente a Saigón, lleno de rabia incontrolable, y fue su amigo en la Agencia Central de Inteligencia, Alex Conklin, quien le consiguió una plaza en el batallón clandestino al que llamaban Medusa.

Si puedes sobrevivir al entrenamiento en la jungla, serás el hombre que necesitan. Pero vigílalos, a todos y sin descuidarte un minuto. Te cortarán un brazo por conseguir un reloj. *Ésas fueron las palabras que recordó Webb, y recordaba concretamente que habían sido dichas por la voz de Alexander Conklin.*

Había sobrevivido al brutal entrenamiento y se convirtió en Delta. Ningún otro nombre, tan sólo una progresión en el alfabeto. Delta Uno. Después de la guerra, Delta se convirtió en Caín. *Caín es Delta y Carlos es para Caín. Ese fue el desafío a Carlos el asesino. Un matador llamado Caín, creado por Treadstone 71, cazaría al Chacal.*

Fue como Caín, un nombre que el hampa de Europa sabía que correspondía en realidad al Jason Bourne de Asia, como Conklin traicionó a su amigo. Hubiese bastado un simple acto de fe por parte de Alex, pero fue incapaz de encontrarlo dentro de sí; su amargura excluía semejante caridad. Creía lo peor de su antiguo amigo porque su propia sensación de martirio le hacía desear creerlo. Aquello levantó su caído amor propio, convencándolo de que era mejor que su amigo. En su trabajo con Medusa, una mina terrestre había alcanzado a Conklin en un pie, y su brillante carrera de estrategia se vio interrumpida. Un lisiado no podía seguir sobre el terreno, donde una creciente reputación podía llevarlo a subir los peldaños escalados por hombres como Alien Dulles y James Angleton, y Conklin no poseía las cualidades para la pugna burocrática que exigía Langley. Se mustió, y el un día extraordinario táctico tuvo que ver como talentos inferiores lo adelantaban, y sólo se recurría a su experiencia en secreto, con la cabeza de Medusa siempre al fondo, tan peligrosa, algo que había que mantener a distancia.

Dos años de castración impuesta, hasta que un hombre conocido como el Monje —un Rasputín de operaciones encubiertas— acudió a él porque un tal David Webb había sido seleccionado para una misión extraordinaria y Conklin lo conocía desde hacía muchos años. Se creó Treadstone, Jason Bourne se convirtió en su producto y Carlos el Chacal en su blanco, y durante treinta y dos meses Conklin controló la más secreta de las operaciones secretas, hasta que el guión se hizo trizas con la desaparición de Jason Bourne y la retirada de más de cinco millones de dólares de la cuenta de Treadstone en Zurich.

Sin pruebas en contrario, Conklin dio por supuesto lo peor. El legendario Bourne había desertado; la vida en los infiernos se le había hecho insoportable, y la idea de

volver del frío con más de cinco millones de dólares demasiado tentadora para resistirla. Sobre todo para alguien conocido por el Camaleón, un agente secreto multilingüe capaz de cambiar de aspecto y de estilo de vida con tan poco esfuerzo que podía desaparecer literalmente. Habían cebado la trampa para un asesino y después el cebo había desaparecido, resultó ser un astuto ladrón. Para el lisiado Alexander Conklin, eso era no sólo el acto de un traidor, sino un engaño intolerable. Considerando todo lo que le habían hecho a él, con el pie convertido en un peso penosamente torpe y muerto encajado por los cirujanos en carne robada, una carrera brillante arruinada y una vida personal llena de una soledad que sólo debía a su entrega total a la Agencia —devoción no correspondida—. ¿Qué derecho tenía ningún otro a desertar? ¿Qué otro había dado tanto como él?

Así fue como su íntimo amigo de otros tiempos, David Webb, se convirtió en el enemigo, en Jason Bourne. Y no sólo en el enemigo, sino en una obsesión. El había ayudado a crear el mito y él lo destruiría. Su primer intento fue por medio de dos asesinos a sueldo, en las afueras de París.

David se estremeció al recordarlo, y volvió a ver a un Conklin derrotado alejarse cojeando, su figura lisiada en el punto de mira de Webb.

El segundo intento era muy confuso para David. Quizá nunca llegase a recordarlo por completo. Había tenido lugar en la casa franca de Treadstone en la calle 71 de Nueva York, y fue una trampa ingeniosa montada por Conklin y abortada por los histéricos esfuerzos de Webb para sobrevivir y, por extraño que parezca, por la presencia de Carlos el Chacal.

Más tarde, cuando se supo la verdad, que el «traidor» no tenía nada de tal, pero sí en cambio una aberración mental llamada amnesia, Conklin se hundió. Durante el suplicio que fueron los meses de convalecencia de David en Virginia, Alex trató repetidamente de ver al que había sido su íntimo amigo, para explicarse, para contarle parte de la sangrienta historia, para pedirle perdón con todas las fibras de su ser.

Pero no era perdón lo que había en el alma de David.

«Si aparece por esa puerta lo mato», fueron sus palabras.

Ahora eso cambiaría, pensó Webb, mientras apresuraba el paso camino de casa. Cualesquiera que fuesen las culpas y las duplicidades de Conklin, pocos hombres de la comunidad de Inteligencia tenían la perspicacia y las fuentes que él había conseguido a lo largo de toda una vida de dedicación. David no había pensado en Alex en muchos meses, y ahora recordó de pronto la última vez que había surgido su nombre en la conversación. Mo Panov había dado su veredicto.

—No puedo ayudarlo porque no quiere que lo ayuden. Se llevará su última botella

al cielo. Me extrañaría que durase hasta su retiro a finales de año. Por otro lado, si sigue bebiendo pueden tener que ponerle una camisa de fuerza y eso le mantendrá fuera de circulación. Te juro que no sé cómo consigue trabajar a diario. Esa pensión es la mejor terapia de supervivencia, superior a cuanto nos dejó Freud.

No hacía ni cinco meses que Panov había dicho esas palabras. Conklin seguía en su sitio.

Lo siento, Mo. Su supervivencia no me concierne. Por lo que a mí respecta, está muerto.

Ya no lo estaba, pensó David mientras subía a la carrera los escalones del enorme pórtico Victoriano. Alex Conklin estaba de lo más vivo, borracho o no, y, aunque conservado en *bourbon*, tenía sus fuentes, esos contactos que había cultivado durante toda una vida de devoción al mundo de sombras que últimamente lo rechazaba. Dentro de ese mundo había deudas, que se pagaban por miedo.

Alexander Conklin, número 1 en la lista de objetivos de Jason Bourne.

Abrió la puerta y una vez más se vio en el vestíbulo, pero sus ojos no repararon en el desbarajuste. El lógico que había en él le ordenaba volver a su estudio y empezar a actuar; no había más que confusión, sin un orden impuesto, y la confusión llevaba a preguntas que no podía permitirse. Todo tenía que ser preciso dentro de la realidad que estaba creando a fin de apartar a los curiosos de la verdadera.

Se sentó a la mesa y trató de concentrar sus pensamientos.

Frente a él tenía el eterno cuaderno de espiral de la tienda del *college*. Abrió la gruesa tapa y alcanzó un lápiz. ¡No podía cogerlo! Le temblaba tanto la mano que transmitía ese temblor a todo el cuerpo. Contuvo el aliento y cerró el puño, apretándolo hasta que las uñas se le clavaron en la carne. Después cerró los ojos, los abrió y obligó a la mano a volver hasta el lápiz, ordenándole hacer su trabajo. Lenta, torpemente, sus dedos agarraron el fino mango amarillo y pusieron el lápiz en posición. Las palabras resultaban casi ilegibles, pero allí estaban.

La Universidad: telefonar al presidente y al jefe de estudios. Un grave asunto familiar; no en Canadá, podrían comprobarlo. Inventar; tal vez un hermano en Europa. Sí, Europa. Permiso para ausentarme, por poco tiempo. Inmediatamente. Estaré en contacto.

Casa: llamar agente inmobiliario; misma historia. Pedir a Jack que se pase de vez en cuando. Tiene llave. Poner termostato a 60°.

Correo: llenar impreso en Correos, retener correspondencia.

Periódicos: cancelar.

Las pequeñas cosas, las malditas pequeñas cosas... Las insignificantes

trivialidades diarias se convertían en terriblemente importantes, y había que cuidar de ellas para que no hubiese la menor traza de una marcha precipitada sin idea de volver. Eso era vital; tenía que recordarlo en cada palabra que dijese. Había que reducir las preguntas a un mínimo, las inevitables especulaciones a proporciones manejables, lo que significaba que tenía que afrontar la obvia conclusión de que sus recientes guardaespaldas llevaban de algún modo a su permiso para ausentarse. Para quitar la espoleta de esa relación, lo más plausible era subrayar la corta duración de su ausencia y hacer frente al problema con una sencilla negativa, tal como: «A propósito, si está preguntándose si esto tiene algo que ver con..., pues no. Eso es asunto concluido, y de todos modos, no tenía importancia.» Sabría mejor cómo responder en el curso de la conversación con el presidente y el decano de la universidad; sus reacciones le guiarían. Si es que había algo que pudiese guiarlo, si era capaz de pensar... ¡No vuelvas atrás! Continúa. ¡Mueve ese lápiz! ¡Llena esa página con las cosas que has de hacer, y después otra y otra! Pasaportes; iniciales en carteras y camisas, para que correspondan a los nombres que utilices; reservas de aviones, siempre enlaces, no rutas directas. ¡Dios mío! Pero ¿adonde? ¡Marie! ¿Dónde estás?

¡Basta ya! Contrólate. Eres capaz, tienes que ser capaz. No hay elección, de modo que vuelve a ser lo que fuiste. Siéntete hielo. Sé hielo.

Sin previo aviso, la coraza que estaba construyéndose se vio zarandeada por el agudo sonido del teléfono que tenía a unas pulgadas de su mano, en la mesa. Lo miró, tragando saliva, mientras se preguntaba si sería capaz de hablar con voz remotamente normal. Volvió a sonar, con una terrible insistencia. *No hay elección.*

Lo cogió, agarrándolo con tal fuerza que le blanquearon los nudillos. Consiguió pronunciar una sola palabra.

—¿Sí?

—Le habla Antena móvil, transmisión por satélite...

—¿Quién? ¿Qué ha dicho usted?

—Tengo una llamada de radio en vuelo para un tal mister Webb. ¿Es usted mister Webb?

—Sí.

Y después el mundo que conocía estalló en mil pedazos, como un espejo roto, cada uno la imagen de un grito atormentado.

—¡David!

—¿Marie?

—¡No te asustes, cariño! ¿Me oyes? ¡No quiero que te asustes!

Se oía su voz entre interferencias; estaba tratando de no gritar pero no podía

dominarse.

—¿Estás bien? La nota decía que estabas... herida.

—Estoy muy bien. Algún arañazo nada más.

—¿Dónde estás?

—Al otro lado del mar; estoy segura de que eso sí te lo dirán. No sé más; me durmieron.

—¡No puedo soportarlo! ¡Te han secuestrado!

—Serénate, David. Sé lo que esto está provocando en ti, pero ellos no.

¿Comprendes lo que te digo? ¡Ellos no!

Estaba enviándole un mensaje. No era difícil descifrarlo. Tenía que ser el hombre que odiaba. Tenía que ser Jason Bourne, y el asesino estaba vivo y coleando y residía en el cuerpo de David Webb.

—De acuerdo. ¡Sí, he estado fuera de mí!

—Tu voz está siendo amplificada.

—Es lo normal.

—Me dejan hablar contigo para que sepas que estoy viva.

—¿Te han hecho daño?

—No a propósito.

—¿Qué diablos son esos «arañazos»?

—Forcejeé. Me defendí. Y me he criado en un rancho.

—Dios mío...

—¡David, por favor! ¡No permitas que te hagan esto!

—¿A mí? ¡A ti!

—Lo sé, cariño. Creo que están probándote, ¿lo entiendes?

Otra vez el mensaje. Sé Jason Bourne por los dos... por las vidas de ambos.

—Está bien. Sí, muy bien. —Disminuyó la intensidad de su voz, tratando de controlarse—. ¿Cuándo ocurrió?

—Esta mañana, aproximadamente una hora después de irte.

—¿Esta mañana? ¡Dios mío, ya todo el día! ¿Y cómo?

—Llamaron a la puerta, dos hombres...

—¿Quiénes?

—Me permiten decir que son de Extremo Oriente. En realidad, no sé nada más. Me pidieron que les acompañase y me negué. Corría a la cocina y cogí un cuchillo. Se lo clavé a uno de ellos en la mano.

—La huella de la puerta...

—No comprendo.

—No importa.

—Un hombre quiere hablar contigo, David. Escúchalo, pero no furioso, no con rabia, ¿entiendes?

—Está bien. Sí, está bien. Entiendo.

Se oyó la voz del hombre. Era vacilante pero precisa, casi británica, alguien que había aprendido inglés con un nativo o con una persona que había vivido en el Reino Unido. No obstante, se notaba que era oriental; el acento era del sur de China, y el tono, las vocales breves y las consonantes chillonas, sonaba a cantonés.

—No queremos hacer daño a su esposa, mister Webb, pero si es necesario, no habrá más remedio.

—Yo no lo haría si fuese usted —dijo fríamente David.

—¿Habla Jason Bourne?

—El habla.

—El conocimiento es el primer paso para entendernos.

—¿Entendernos?

—Usted quitó algo de gran valor a una persona.

—Ustedes me han quitado algo de gran valor a mí.

—Está viva.

—Más le vale que siga así.

—La otra está muerta. Usted la mató.

—¿Está seguro de eso?

Bourne no accedería fácilmente a menos que el hacerlo sirviera a sus propósitos.

—Estamos muy seguros.

—¿Qué pruebas tienen?

—Le vieron. Un hombre alto que permanecía en la sombra y corría por los pasillos del hotel y la escalera de incendios con los movimientos de un gato montés.

—Entonces no me *vieron* realmente, ¿no es así? Ni pudieron verme. Estaba a miles de millas de allí.

Bourne se daría siempre a sí mismo una opción.

—En estos tiempos de aviones rápidos, ¿qué importan las distancias? —El oriental hizo una pausa y después añadió bruscamente—: Canceló usted sus obligaciones durante cinco días hace dos semanas y media.

—Y si yo le dijese que asistí en Boston a un simposio sobre las dinastías Sung y Yan, lo que entraba muy dentro de mis obligaciones...

—Me sorprende —interrumpió cortésmente el hombre— que Jason Bourne utilice una excusa tan lamentable.

No quería ir a Boston. Ese simposio estaba a años luz de sus clases, pero le habían pedido oficialmente que asistiese. La petición vino de Washington, del Programa de Intercambios Culturales, y pasó por el filtro del departamento de Estudios Orientales de la Universidad. ¡Cristo! ¡Todos los peones en su sitio!

—¿Excusa para qué?

—Para estar donde no estaba. Mucho público en la exposición y en los actos, personas pagadas para jurar que estaba allí...

—Eso es ridículo, por no decir de aficionado. Yo no pago.

—Fue a usted a quien pagaron.

—¿A mí? ¿Cómo?

—A través del mismo banco que usaba antes. En Zurich. El Gemeinschaft de Zurich, en la Dahnhofstrasse, por supuesto.

—Es extraño que no me hayan mandado a mí un papel —dijo David, escuchando con atención.

—Cuando era Jason Bourne en Europa no los necesitaba, porque la suya era una cuenta tres-cero, el máximo secreto, lo que en Suiza quiere decir realmente muy secreto. No obstante, encontramos un resguardo de transferencia extendido a nombre del Gemeinschaft entre los papeles de un hombre... Un hombre muerto, por supuesto.

—Por supuesto. Pero no el hombre al que se supone que maté.

—No, desde luego. Pero sí alguien que ordenó matar a ese hombre, junto a un premio muy apreciado por mi patrón.

—Un premio es un trofeo, ¿no es así?

—Los dos se ganan, mister Bourne. Y basta. Usted es usted. Vaya al hotel Regent de Kowloon. Inscríbase con el nombre que quiera, pero pida la suite Seis-nueve-cero; diga que cree que se la han reservado.

—Qué cómodo. Habitaciones propias.

—Eso ahorrará tiempo.

—También me llevará tiempo arreglar las cosas aquí.

—Estamos seguros de que no dará la alarma y actuará lo más deprisa que pueda. Esté allí para el fin de semana.

—Cuenta con ello. Que vuelva a ponerse mi mujer.

—Lamento que no pueda ser.

—¿Por qué? ¡Puede escuchar cuánto digamos!

—Ya hablará con ella en Kowloon.

Hubo un clic resonante y ya no pudo oír más que ruidos. Colgó el teléfono. Lo había tenido agarrado con tal fuerza que notaba un calambre entre el pulgar y el

índice. Apartó la mano y la sacudió con fuerza, pero no consiguió soltar el nudo. Agradeció que el dolor le permitiese volver a entrar en la realidad más gradualmente. Se agarró la mano derecha con la izquierda, la sostuvo con fuerza y presionó con el pulgar izquierdo... y mientras observaba cómo sus dedos se extendían, libres, supo lo que tenía que hacer, sin malgastar una hora en importantísimas trivialidades carentes de importancia. Tenía que ver a Conklin en Washington, a la rata de alcantarilla que había tratado de matarlo a plena luz del día en la calle 71 de Nueva York. Borracho o sereno, Alex no hacía distinción entre las horas del día y las de la noche, como no la hacían las operaciones que él conocía tan bien, porque no había noche ni día tratándose de su trabajo. Había sólo la luz mate de los tubos fluorescentes en despachos que nunca cerraban. Si era necesario, presionaría a Alexander Conklin hasta que le brotase sangre de sus ojos de rata. Sabría lo que tenía que saber, pues estaba seguro de que Conklin podía conseguir la información.

Webb se levantó vacilante de su asiento, salió del estudio y fue a la cocina, donde se sirvió de beber, de nuevo agradecido a que, aunque seguía temblándole la mano, ya no temblaba tanto como antes.

Podía delegar algunas cosas. Jason Bourne nunca delegaba en nadie, pero él era todavía David Webb. Y había personas en el campus en las que podía confiar, no desde luego con la verdad, pero sí con una mentira útil. Cuando volvió al estudio y al teléfono ya había decidido la conducta a seguir. *¡Conducta!* Una palabra del pasado que había creído poder olvidar. El muchacho haría lo que él le pidiese; su tesis para el *master* sería calificada en última instancia por su consejero, un tal David Webb. *Utiliza la ventaja, encuentra una total oscuridad o un sol cegador, pero utilízala para asustar o compasivamente, lo que más convenga...*

—¿James? Soy David Webb.

—Hola, mister Webb. ¿En qué he metido la pata?

—En nada, Jim. Es a mí a quien se me han puesto las cosas difíciles y podría serme útil una pequeña ayuda fuera de programa. ¿Le interesaría? Llevará poco tiempo.

—¿Este fin de semana? ¿Cuando el partido?

—No, mañana por la mañana. Será cosa de una hora, poco más o menos. Recibirá una pequeña gratificación en su *curriculum vitae*, si eso no suena demasiado tonto.

—Dígame.

—Bien; confidencialmente, y agradecería la confidencialidad, tengo que estar fuera una semana, tal vez dos, y estoy a punto de llamar a las altas esferas para sugerir que usted ocupe mi lugar. No tendrá problemas; se trata del derrocamiento manchú y los

acuerdos chino-rusos, que hoy nos suenan tan familiares.

—De 1900 a 1906 —dijo muy seguro al candidato al *master*.

—Puede pulirlo, y no olvide a los japoneses, Port Arthur y el viejo Teddy Roosevelt. Póngalo en fila y trace paralelos; es lo que yo he venido haciendo.

—Lo haré. Consultaré las fuentes. ¿Qué hay de mañana?

—Tengo que marcharme esta noche, Jim. Mi mujer está ya en camino. ¿Tiene un lápiz?

—Sí, señor.

—Ya sabe lo que dicen de que no se dejen amontonar los periódicos y el correo, de modo que quiero que llame a distribución del periódico y vaya a Correos y diga en los dos sitios que lo retengan todo; firme lo que haya que firmar. Después llame a la Scully Agency, aquí en la ciudad, y hable con Jack o con Adele y dígales que...

El candidato al *master* estaba reclutado. La siguiente llamada fue mucho más fácil de lo que esperaba David, porque el presidente de la Universidad estaba en una cena en su honor en la residencia presidencial y mucho más interesado en su próximo discurso que en el permiso de un oscuro, aunque insólito, adjunto.

—Por favor, hable con el jefe de estudios, mister... Webb. Yo estoy muy ocupado recaudando fondos.

El jefe de estudios no fue tan fácil de manejar.

—David, ¿tiene esto algo que ver con esa gente que anduvo paseando contigo la semana pasada? Al fin y al cabo, muchacho, soy una de las pocas personas de aquí que saben que estuviste envuelto en ciertos asuntos muy secretos en Washington.

—En absoluto, Doug. Eso fue un absurdo desde el principio, pero esto no lo es. Mi hermano ha resultado gravemente herido y su coche totalmente deshecho. Tengo que ir a París unos días, quizás una semana; eso es todo.

—Yo estuve en París hace dos años. Los conductores son unos locos rematados.

—No peor que en Boston, Doug, y mucho mejores que en El Cairo.

—Bien; supongo que puedo arreglarlo. Una semana no es mucho, y Johnson estuvo fuera casi un mes con neumonía.

—Ya lo he arreglado yo... con tu aprobación, por supuesto. Me sustituirá Jim Crowther, un candidato al *master*. Se trata de una materia que conoce y hará un buen trabajo.

—Ah, sí, Crowther; un joven brillante, a pesar de la barba. Siempre he desconfiado de las barbas; claro que estuve aquí en los sesenta.

—Prueba a dejártela. Eso puede hacerte libre.

—Pasaré por alto lo que has dicho. ¿Estás seguro de que esto no tiene nada que

ver con esa gente del Departamento de Estado? Necesito tener los datos, David. ¿Cómo se llama tu hermano? ¿En qué hospital de París está?

—No sé el hospital, pero Marie probablemente sí; se fue esta mañana. Adiós, Doug. Te llamaré mañana o pasado. Tengo que ir al aeropuerto Logan, a Boston.

—¿David? —¿Sí?

—¿Por qué noto que no estás diciéndome toda la verdad?

Webb recordó.

—Porque nunca me he visto en esta situación —dijo—, pidiendo un favor a un amigo a causa de alguien en quien preferiría no pensar.

Y colgó el teléfono.

El vuelo de Boston a Washington resultó enloquecedor a causa de un fosilizado profesor en pedantería —David no consiguió enterarse de lo que enseñaba— que iba en el asiento de al lado. La voz de aquel hombre era tan irritantemente auténtica como la del consumado actor de televisión que hacía el papel del viejo y sabio empleado de una casa de corretaje y repetía sin cesar: «¡Se lo merecen!» La frase seguía repitiéndose una y otra vez en la mente de Webb sin importar lo que aquel hombre dijese, y vaya si decía. Sólo cuando aterrizaron en el National Airport admitió el pedante la verdad.

—He sido un pesado, pero perdóneme. Me da tanto terror volar que no paro de hablar. Qué tontería, ¿verdad?

—En absoluto; pero ¿por qué no me lo dijo? No es ningún crimen.

—Por miedo a que se rían de mí, me imagino.

—Lo recordaré la próxima vez que me siente al lado de alguien como usted. Tal vez pueda ayudarle.

—Muy amable por su parte. Y muy sincero. Gracias. Se lo agradezco mucho.

—No hay de qué.

David recuperó su maleta de la correa transportadora de equipajes y salió en busca de un taxi, fastidiado porque no admitían personas solas e insistían en tomar a dos o más pasajeros que fuesen en la misma dirección. Su compañía fue una mujer, una hembra atractiva que utilizaba el lenguaje corporal en sintonía con unos ojos implorantes. Aquello no tenía sentido para él, de modo que le fue imposible comprenderla, y agradeció que le dejase apearse antes.

Se inscribió en el hotel Jefferson de la calle 16 bajo un falso nombre que inventó en el momento. En cambio el hotel no lo había elegido a capricho; estaba a manzana y media del apartamento de Conklin, el mismo en que el funcionario de la CIA había vivido durante casi veinte años cuando no estaba sobre el terreno. Era una dirección

que David se ocupó de obtener antes de salir de Virginia. De nuevo instinto, desconfianza visceral. Tenía también un número de teléfono, pero sabía que era inútil; no podía telefonar a Conklin. El en otro tiempo estratega secreto montaría defensas, más mentales que físicas, y Webb quería enfrentarse a un hombre desprevenido. No habría aviso previo; sólo una presencia que exigía una deuda que había de ser pagada ahora.

David consultó su reloj; eran las doce menos diez, una hora tan buena como cualquier otra y mejor que la mayoría. Se lavó, se cambió de camisa y por último extrajo de su maleta una de las dos pistolas desarmadas, sacándola del grueso envoltorio de papel de aluminio. Encajó las piezas, probó el mecanismo de disparo y metió el cargador. Sostuvo el arma y observó su mano, satisfecho de que ya no temblase. Hacía ocho horas no se hubiese creído capaz de sostener un arma por miedo a que pudiese dispararse. Pero eso era entonces, no ahora. Ahora el arma era algo cómodo, parte de él, una extensión de Jason Bourne.

Salió del Jefferson y anduvo por la calle 16, torció a la derecha en la esquina y observó los números descendentes de los viejos apartamentos, muy viejos, que le recordaban los edificios de arenisca parda de la parte alta del East Side neoyorkino. Había una curiosa lógica en la observación, teniendo en cuenta el papel de Conklin en el plan Treadstone. La casa «franca» de Treadstone 71, en Manhattan, era una de esas *brownstones*, un edificio extraño y saliente con los cristales de las ventanas superiores teñidos de azul. Podía verla con tal claridad, oír tan distintamente las voces, sin comprender realmente... La incubadora para Jason Bourne.

¡Vuelva a hacerlo!

¿De quién es esa cara?

¿Qué pasado tiene? ¿Su método para matar?

¡Mal! ¡Se ha equivocado! ¡Repítalo!

¿Quién es éste? ¿Qué relación tiene con Carlos?

¡Maldita sea, piense! ¡No puede haber errores!

Una *brownstone*. Donde crearon a su otro yo, al hombre que tanto necesitaba ahora.

Allí era. El apartamento de Conklin. En el segundo piso, exterior. Las luces estaban encendidas; Alex estaba en casa y despierto. Webb cruzó la calle, dándose cuenta de que una llovizna brumosa había llenado de pronto el aire y difundía el resplandor de las farolas, formando halos bajo los globos de cristal ondulado. Subió los peldaños y abrió la puerta del corto vestíbulo, entró y estudió los nombres que había bajo los buzones de las seis plantas. Todos tenían bajo el nombre una rejilla

circular por la que se anunciaban los visitantes.

No había tiempo para invenciones complicadas. Si el veredicto de Panov era acertado, bastaría con su voz. Pulsó el botón de Conklin y esperó la respuesta, que le llegó transcurrido casi un minuto.

—¿Sí? ¿Quién es?

—Harry Babcock —dijo David, exagerando el acento—. Tengo que verte, Alex.

—¿Harry? ¿Qué diablos...? ¡Claro, claro, sube!

Sonó el zumbador, con una interrupción, la de un dedo momentáneamente desplazado.

David entró y subió corriendo la estrecha escalera hasta la segunda planta, esperando estar frente a la puerta de Conklin cuando abriese. Llegó menos de un segundo antes que Alex, quien, con la mirada sólo parcialmente enfocada, abrió la puerta y empezó a gritar. Webb se abalanzó, plantó su mano en la cara de Conklin, hizo girar al hombre de la CIA con una llave al brazo y cerró la puerta de una patada.

No había atacado físicamente a una persona en el tiempo que podía recordar con cierta precisión. Debería haberle resultado extraño, haberlo hecho con torpeza, pero no ocurrió ninguna de las dos cosas. Resultó perfectamente natural. ¡Dios mío!

—Voy a quitar la mano, Alex, pero si alzas la voz vuelvo a ponértela, y entonces no sobrevivirás. ¿Lo entiendes?

David apartó la mano, empujando hacia atrás la cabeza de Conklin al hacerlo.

—Eres una sorpresa de todos los diablos —dijo el hombre de la CIA, tosiendo y cojeando tambaleante cuando se vio libre—. Esto pide un trago.

—Deduzco que es una dieta que sigues a diario.

—Somos lo que somos.

Conklin alargó torpemente la mano para coger un vaso vacío de la mesa que había frente a un gran diván gastado. Lo llevó hasta un carrito chapado en cobre puesto contra la pared y en el que se veía una fila de botellas de *bourbon* idénticas. No había vasos mezcladores ni agua, sólo un cubo para hielo. No era un bar para invitados, sino para el huésped permanente, y su metal reluciente proclamaba que era una extravagancia que éste se permitía. El resto de la sala no tenía su clase. Aquel bar de cobre era toda una afirmación.

—¿A qué debo ese dudoso placer? —continuó Conklin, sirviéndose un trago—. Te negaste a verme en Virginia; dijiste que me matarías; eso es un hecho, es lo que dijiste. Que me matarías si cruzaba tu puerta.

—Estás borracho.

—Probablemente. Suelo estarlo a esta hora. ¿Quieres empezar con un sermón? No

va a servir de nada, pero si eso te satisface...

—Estás enfermo.

—No, estoy borracho, como bien dijiste. ¿Me repito?

—*Ad nauseam.*

—Lo siento. —Conklin dejó la botella, tomó varios tragos de su vaso y miró a Webb—. No crucé tu puerta; fuiste tú quien entraste por la mía, pero supongo que eso carece de importancia. ¿Has venido para cumplir finalmente tu amenaza, para hacer que se cumpla la profecía, para enderezar viejos entuertos o como quiera que lo llames? Dudo que ese bulto de tu chaqueta sea una pinta de whisky.

—Ya no me corre gran prisa verte muerto; pero sí, puedo matarte. Podrías provocar esa urgencia con gran facilidad.

—Fascinante. ¿Cómo podría hacerlo?

—No proporcionándome lo que necesito... y que tú puedes proporcionarme.

—Debes de saber algo que yo ignoro.

—Sé que te has pasado veinte años en operaciones que iban del gris al negro y que escribiste el guión de la mayoría de ellos.

—Historia —masculló el hombre de la CIA, bebiendo.

—Puede revivirse. A diferencia de la mía, tu memoria está intacta. La mía es limitada, pero la tuya no. Necesito información, respuestas.

—¿A qué? ¿Para qué?

—Se llevaron a mi mujer —dijo sencillamente David, con una simplicidad que era puro hielo—. Me quitaron a Marie.

Los ojos de Conklin parpadearon a través de su mirar fijo.

—Repite eso. Creo que no te he oído bien.

—¡Lo has oído! ¡Y vosotros, bastardos, estáis en el fondo de esa maldita trama!

—¡Yo no! ¡No lo haría... no podría! ¿Qué diablos estás diciendo? ¿Que Marie se ha ido?

—Está en un avión que vuela sobre el Pacífico. Y yo tengo que seguirla. Tengo que ir a Kowloon.

—¡Estás loco! ¡Estás fuera de ti!

—Escúchame, Alex. Escucha con cuidado todo lo que voy a decirte.

Volvieron a brotar las palabras, pero ahora con un control que no había sido capaz de asumir con Morris Panov. Las percepciones de Conklin borracho eran más agudas que las de la mayoría de los hombres de la comunidad de Inteligencia serenos, y tenía que comprender. Webb no podía permitirse interrumpir su narración; tenía que ser clara desde el principio, desde el momento en que habló con Marie por el teléfono del

gimnasio y la oyó decir: «Ven a casa. Hay aquí alguien a quien debes ver. Date prisa, cariño.»

Mientras hablaba, Conklin cojeó vacilante cruzando el cuarto hasta el sofá, se sentó y sus ojos no volvieron a apartarse de la cara de Webb. Cuando David terminó de describir su hotel, a la vuelta de la esquina, Alex meneó la cabeza y alcanzó su vaso.

—Es extraño —dijo tras un largo silencio, un período de intensa concentración en lucha con las nubes del alcohol. Posó el vaso—. Es como si hubiesen montado una estrategia y se les hubiera ido de las manos.

—¿Cómo?

—No lo sé —continuó el ex táctico, oscilando levemente y tratando de no embarullar las palabras—. Te dan un guión que puede ser más o menos exacto; después cambian el blanco, tu mujer en vez de ti, y lo llevan adelante. Tú reaccionas como estaba previsto, pero cuando mencionas a Medusa te dicen claramente que te barrerán si persistes.

—Eso era predecible.

—No es manera de preparar a un sujeto. De repente pasan a segundo plano a tu mujer y Medusa es el peligro principal. Alguien ha calculado mal. Algo se les ha ido de las manos, algo ha ocurrido.

—Tienes lo que queda de esta noche y mañana para conseguirme respuestas. Salgo en el vuelo de las siete de la tarde para Hong Kong.

Conklin estaba inclinado hacia adelante, sacudiendo lentamente la cabeza, y volvió a coger el *bourbon* con su mano temblona.

—No has venido a buen sitio —dijo, tragando—. Pensé que lo sabías; hiciste una pequeña alusión al asunto. No te sirvo de nada. Estoy en las últimas, en la papelera. Nadie me dice nada. ¿Y por qué iban a hacerlo? Soy una reliquia, Webb. Nadie quiere tener nada que ver conmigo. Soy un despojo; un paso más y seré «irrecuperable», que creo es una palabra que anda por esa loca cabeza tuya.

—Sí. «Matadlo. Sabe demasiado.»

—Tal vez es ahí donde quieres llevarme. ¿Es eso? Despertad a la durmiente Medusa y aseguraos de que le da su merecido. Eso haría que estuviésemos en paz.

—Tú me llevaste *a mí* ahí —dijo David, sacando el arma de la sobaquera que llevaba bajo la chaqueta.

—Sí, lo hice —asintió Conklin, moviendo afirmativamente la cabeza y contemplando el arma—. Porque conocía a *Delta* y nada me parecía imposible, te había visto en el campo. Dios mío... En Tam Quan le volaste la cabeza a un hombre, a

uno de tus hombres, porque creíste (no lo sabías, sólo lo creías) que estaba radiando la situación de un pelotón a los de Ho Chi Minh. Nada de acusación ni de defensa, simplemente una nueva ejecución sumaria en la jungla. Resultó que tenías razón, ¡pero podías haber estado equivocado! Pudimos haberle interrogado, haber sabido cosas, pero no, ¡Delta no! El dictaba sus propias normas. ¡Claro que podías haber desertado en Zurich!

—No tengo los datos específicos sobre Tam Quan, pero otros sí los tenían —dijo David con rabia tranquila—. Tenía que sacar a nueve hombres de allí y no había sitio para un décimo que podía habernos retrasado o haberse largado, revelando nuestra posición.

—¡Claro! Tus normas. Tienes inventiva; encuentras un paralelo aquí y aprietas el gatillo, como hiciste con él. ¡Te lo dije en París! —Conklin hizo una pausa respirando fuerte, y levantó sus ojos inyectados en sangre hacia Webb; su voz era un susurro quejumbroso—. Te lo dije entonces y te lo digo ahora. Déjame fuera de esto. No tengo redaños suficientes.

—¡Fuimos amigos, Alex! ¡Venías a nuestra casa! ¡Comías con nosotros y jugabas con los niños! ¡Nadabas con ellos en el río...!

¡Dios mío! Volvía todo otra vez; las imágenes, las caras... Oh, Cristo, las caras. Los cuerpos flotando en círculos de agua y sangre... ¡Contrólate! ¡Recházalos! ¡Rechaza! Solamente ahora. ¡Ahora!

—Eso fue en otro país, David. Y además... No creo que quieras que complete el verso.

—«Además la moza está muerta.» No, preferiría que no lo repitieses.

—No importa —dijo con voz ronca Conklin, echándose al colete la mayor parte de su whisky—. Éramos un par de eruditos... No puedo ayudarte.

—Sí, puedes. Y lo harás.

—Déjalo, soldado. No hay modo.

—Tienen deudas contigo. Haz que las paguen. Yo he venido a reclamar la tuya.

—Lo siento. Puedes apretar ese gatillo cuando quieras, pero si no lo haces no pienso convertirme en irrecuperable ni echar a perder todo lo que me espera, lo que voy a tener legítimamente. Si me permiten ir al pasto, intento pacer como es debido. Ya me quitaron lo suficiente. Quiero que me devuelvan algo.

El funcionario de la CIA se levantó del sofá y cruzó torpemente la habitación hacia el bar de cobre. Su cojera estaba peor de lo que le recordaba Webb; su pie derecho no era ya más que un muñón recubierto que arrastraba formando ángulo con el suelo mediante un esfuerzo tan penoso como evidente.

—La pierna va peor, ¿verdad? —preguntó bruscamente David.

—Viviré con ella.

—Y también morirás con ella —dijo Webb, levantando la automática—. Porque yo no puedo vivir sin mi mujer y a ti te importa un bledo. ¿Sabes en lo que te convierte eso, Alex? Después de todo lo que nos hiciste, de todas las mentiras, las trampas y la escoria que utilizaste para cogernos...

—¡A ti! —le interrumpió Conklin, llenando su vaso y mirando fijamente a la pistola—; no a ella.

—Mata a uno de nosotros y nos matas a los dos; pero eso es algo que tú no entenderías.

—Nunca tuve ese lujo.

—¡La repugnante lástima que tienes de ti mismo no te lo permitiría! Sólo quieres revolearte bien en ella y que sea el alcohol el que piense. «Ahí, a no ser por una jodida mina, va el Director, el Monje, el Zorro Gris, el Angleton de los ochenta.» Eres patético. Tienes una vida, un cerebro...

—¡Vade retro! ¡Dispara! ¡Aprieta el maldito gatillo, pero déjame algo! —Conklin trasegó de repente el vaso entero. Siguió una tos prolongada, retumbante, con náuseas, y pasado el espasmo miró a David, con los ojos húmedos y las rojas venas saltonas—. ¿Pensaste que no iba a tratar de ayudarte si podía, hijo de perra? —susurró con voz ronca—. ¿Crees que me gustan todas esas cavilaciones que me traigo? Eres el único denso, el único tozudo, David. ¿No comprendes, verdad?

El hombre de la CIA sostuvo el vaso frente a sí con dos dedos y lo dejó caer al duro suelo, donde se estrelló y voló en fragmentos en todas direcciones. Después habló, y su voz fue un agudo sonsonete, mientras una sonrisa triste vagaba por sus labios bajo los ojos catarrosos.

—No puedo soportar otro fracaso, viejo amigo. Y fracasaría, créeme. Os mataría a los dos, y no creo que pueda vivir con eso.

Webb bajó el arma.

—Tampoco con lo que ahora tienes en tu cabeza, con lo que has sabido. De todos modos, me arriesgaré; mis opciones son limitadas y te elijo a ti. Para ser sincero, no sé de ninguna otra. Tengo también varias ideas, quizás incluso un plan, pero hay que ponerlo en práctica a toda velocidad.

—Habla —dijo Conklin, agarrándose al bar para mantener el equilibrio.

—¿Puedo hacer café, Alex?

Capítulo 7

El café solo ayudó a que Conklin se despejara, pero mucho más eficaz fue la confianza que David depositaba en él. El ex Jason Bourne respetaba las dotes de su pasado y más mortal enemigo y se lo hacía saber. Hablaron hasta las cuatro de la madrugada, afinando las vagas líneas de una estrategia, basándola en la realidad pero llevándola mucho más lejos. Y, a medida que se disipaba el alcohol, Conklin empezó a funcionar, a dar forma a lo que David sólo había esbozado. Se daba cuenta del acierto básico del enfoque de Webb y encontró las palabras.

—Estás describiendo una situación de crisis muy amplia montada sobre el rapto de Marie, y puesta después fuera de control a fuerza de mentiras. Pero, como tú decías, hay que actuar a gran velocidad, golpear duro y deprisa, sin tregua.

—Para empezar, utiliza la verdad completa —le interrumpió Webb hablando rápidamente—. Irrumpí aquí amenazando con matarte. Hice acusaciones basadas en todo lo sucedido, desde el guión de McAllister y la afirmación de Babcock de que habían enviado un equipo de ejecución en mi búsqueda... hasta aquella voz de hielo seco con acento británico que me dijo que o me olvidaba de Medusa o me tratarían de loco y volverían a encerrarme. Nada de eso puede ser negado. Ocurrió y amenazo con denunciarlo todo, incluido Medusa.

—De ahí saldremos ya en espiral hacia la gran mentira —dijo Conklin, sirviendo más café—. Será una escapada, algo que se pierda de vista de tal modo que lance a todo y a todos al torbellino.

—¿Tal como...?

—No lo sé todavía. Tendremos que pensar en ello. Ha de ser algo totalmente inesperado, algo que desequilibre a los estrategas, quienesquiera que sean, porque todos mis instintos me dicen que han perdido el control en alguna parte. Si estoy en lo cierto, alguno de ellos tendrá que establecer contacto.

—Entonces saca tus cuadernos —insistió David—. Empieza a ir hacia atrás hasta dar con cinco o seis personas que sean nuestros rivales lógicos.

—Eso podría llevar horas, incluso días —objetó el funcionario de la CIA—. Las barricadas están levantadas y no puedo abandonarlas. No tenemos tiempo... tú no tienes tiempo.

—¡Tiene que haberlo! Empieza a moverte.

—Hay un modo mejor —replicó Alex—. Te lo dio Panov.

—No...

—Sí. Los registros del Departamento de Estado, las anotaciones oficiales.

—¿Los registros...? —Webb lo había olvidado momentáneamente; Conklin no—. ¿De qué modo?

—Es allí donde empezaron el nuevo expediente sobre ti. Hablaré con Seguridad Interna con otra versión, o al menos una variante que exija respuestas de alguien... si estoy en lo cierto, si se les ha ido de las manos. Esos registros son sólo un instrumento; registran, no confirman la exactitud de lo registrado. Pero el personal de seguridad responsable de ellos va a lanzar bengalas si piensan que alguien ha metido mano en el sistema. Harán el trabajo por nosotros. Pero seguimos necesitando la mentira.

—Alex —dijo David, echándose hacia adelante en su silla frente al largo y gastado sofá—. Hace un momento hablaste de una «escapada»...

—Me refería simplemente a una alteración en el guión, una ruptura del modelo.

—Sé a qué te referías, pero ¿qué te parece si lo usamos aquí literalmente? No ya escapada, sino fuga. Me califican de patológico, de esquizofrénico, lo que significa que fantaseo, que unas veces digo la verdad y otras no, y se supone que soy incapaz de notar la diferencia.

—Eso es lo que dicen —asintió Conklin—. Y hasta puede que alguno de ellos se lo crea. ¿Entonces?

—¿Por qué no hacemos que algo se pierda realmente de vista? Diremos que Marie se escapó. Habló conmigo y estoy en camino para reunirme con ella.

Alex frunció el ceño, y después fue abriendo los ojos hasta que le desaparecieron las arrugas.

—Es perfecto —dijo como para sí mismo—. ¡Dios mío, es perfecto! La confusión se extenderá como un incendio forestal. En una operación de este calado sólo dos o tres personas conocen todos los detalles. A los demás los dejan a oscuras. ¿Te imaginas? ¡Un secuestro con respaldo oficial! A algunos de los que están en el pastel puede entrarles el pánico y empezarán a chocar unos con otros tratando de salvar la cara. Muy bueno, mister Bourne.

Cosa extraña, a Webb no le sentó mal la observación. Se limitó a aceptarla sin pensar.

—Escucha —dijo, poniéndose de pie—. Estamos los dos agotados. Sabemos a dónde vamos, de modo que durmamos un par de horas y volveremos sobre todo ello por la mañana. Tú y yo aprendimos hace años la diferencia entre dormir un poco y no dormir en absoluto.

—¿Vas a volver al hotel?

—No —dijo David, mirando la cara pálida y cansada del hombre de la CIA—.

Dame una manta. Me quedaré aquí, frente albar.

—Deberías haber aprendido también cuándo no debes preocuparte por ciertas cosas —dijo Alex, levantándose del sofá y cojeando hacia un armario que había cerca del pequeño vestíbulo—. Sí, de un modo u otro, éste va a ser mi último hurra, voy a poner toda la carne en el asador. Incluso puede apartarme de ciertas cosas. —Se volvió, tras haber cogido una manta y una almohada del armario—. Supongo que podrías considerarlo presciencia sobrenatural, pero ¿sabes lo que hice anoche después de trabajar?

—Claro. Entre otras pistas, hay un vaso roto en el suelo.

—No; quiero decir antes de eso.

—¿Qué?

—Fui al supermercado y compré una tonelada de comida. Carne, huevos, leche... incluso ese engrudo que llaman harina de avena. Quiero decir que es algo que no hago nunca.

—Tenías ganas de una tonelada de comida. Eso ocurre.

—Cuando me ocurre me voy a un restaurante.

—¿Qué quieres decir?

—Duerme; el sofá es lo bastante grande. Yo voy a comer. Quiero pensar un poco más. Voy a hacerme un filete, y quizás unos huevos.

—Necesitas dormir.

—Dos horas o dos y media me bastarán. Después probablemente tomaré un poco de esa maldita harina.

Alexander Conklin recorrió el pasillo de la cuarta planta del Departamento de Estado con la cojera disminuida a fuerza de pura decisión, lo que hacía el dolor más agudo. Sabía lo que le estaba ocurriendo: le esperaba un trabajo que deseaba con toda su alma hacer bien, incluso con brillantez, si es que esta palabra tenía todavía para él algún sentido. Alex se daba cuenta de que meses de abusar de la sangre y el cuerpo no podían ser superados en cuestión de horas, pero había algo en su interior de lo que podía echar mano. Era un sentido de la autoridad salpimentado de justa cólera. ¡Qué ironía! Hacía un año había querido destruir al hombre al que llamaban Jason Bourne; ahora, el ayudar a David Webb se había convertido en una súbita y creciente obsesión, porque había tratado equivocadamente de matarlo. Sabía que eso podía convertirlo en un irrecuperable, pero era justo que fuese él quien corriese ese riesgo. Quizá la conciencia no produjera siempre cobardes. A veces hacía que un hombre tuviese mejor opinión de sí mismo.

Y mejor aspecto. Se había forzado a caminar muchas más manzanas de las

necesarias, dejando que el frío viento otoñal diese a su cara un color que no había tenido durante años. Combinado con un buen afeitado y un traje a rayas bien planchado que no se había puesto desde hacía meses, apenas se parecía al hombre que había encontrado Webb la noche anterior. El resto era tablas, también lo sabía, mientras se acercaba a las sacrosantas dobles puertas del jefe de Seguridad Interna del Departamento de Estado.

Perdieron poco tiempo en formalidades, y todavía menos en conversación amistosa. A petición de Conklin —léase de la Agencia—, el ayudante salió de la habitación, y él se enfrentó al robusto ex general de brigada del G-2 del Ejército que ahora estaba al frente de la Seguridad Interna de Estado. Alex trató de tomar el mando desde sus primeras palabras.

—No estoy aquí en misión diplomática interagencias, general... ¿Es general, verdad?

—Así me llaman todavía, sí.

—De modo que me importa un rábano ser diplomático, ¿me comprende?

—Está empezando a caerme mal; eso lo entiendo.

—Es lo que menos me preocupa. Lo que importa es un hombre llamado David Webb.

—¿Qué hay de él?

—¿De él? El hecho de que reconozca usted el nombre tan pronto no resulta muy tranquilizador. ¿Qué está pasando, general?

—¿Quiere un megáfono, fantasma? —dijo secamente el ex soldado.

—Quiero respuestas, cabo... Eso es lo que usted y este despacho son para nosotros.

—¡Alto ahí, Conklin! Cuando me llamó con su supuesta emergencia y comprobación de identidad, comprobé también un poco por mi cuenta. Esa gran reputación suya está un tanto tambaleante últimamente, y utilizo el término como un buen consejo. Es usted un borracho, y nadie hace de ello un secreto. De modo que tiene menos de un minuto para decir lo que quiera decir antes de que lo eche. Puede elegir: el ascensor o la ventana.

Alex había calculado la posibilidad de que alguien hablase de su afición a la bebida. Miró fijamente al jefe de Seguridad Interna y habló en un tono incluso comprensivo.

—General, responderé a esa acusación con una frase, y si trasciende, sabré de dónde salió y lo sabrá también la Agencia. —Hizo una pausa, sin desviar su mirada clara y penetrante—. Nuestra fama es a menudo la que queremos que sea por razones

de las que no podemos hablar. Estoy seguro de que comprende lo que quiero decir.

El hombre del Departamento de Estado correspondió a la mirada de Alex con otra suya, comprensiva a regañadientes.

—Sí —dijo suavemente—. Solíamos dar papeles de licenciamiento deshonroso a los hombres a los que mandábamos al otro lado, allá en Berlín.

—A menudo por sugerencia nuestra —asintió Conklin—. Y eso es todo lo que vamos a decir sobre el tema.

—De acuerdo, de acuerdo. Pero puedo decirle que la fama está funcionando. Uno de sus directores me dijo que me desmayaría con su aliento en cuanto entrase por esa puerta.

—Prefiero no saber quién es, general, porque a lo mejor me da la risa cuando lo vea. La verdad es que no bebo. —Alex sentía una necesidad infantil de cruzar los dedos sin que le viesen, o las piernas, o los dedos de los pies, pero no se le ocurría cómo—. Volvamos a David Webb —añadió bruscamente, con una voz que no daba cuartel.

—¿Cuál es su problema?

—¿Mi problema? Mi perra vida, soldado. ¡Está ocurriendo algo y quiero saber qué es! Ese hijo de zorra irrumpió anoche en mi apartamento y amenazó con matarme. Hizo algunas acusaciones increíbles, nombrando a hombres de su nómina como Harry Babcock, Samuel Teasdale y William Lanier. Lo comprobamos; están en su sección de operaciones encubiertas y todavía en activo. ¿Qué demonios han hecho? ¡Uno de ellos le aseguró que ustedes iban a enviarle un equipo de ejecución! ¿Qué lenguaje es éste? Otro le dijo que volviera a un hospital. Ha estado en dos, y en nuestra clínica combinada y privadísima de Virginia; lo mandamos allí entre todos, ¡y lo han dado de alta! Tiene también en su cabeza algunos secretos que ninguno de nosotros quiere que se divulguen. Pero ese hombre está a punto de estallar a causa de algo que ustedes, idiotas, hicieron, o dejaron que ocurriese, o ante lo que cerraron los ojos. Asegura tener pruebas de que han vuelto a meterse en su vida, a trastornarla, que lo atacaron y se llevaron bastante más que una libra de carne.

—¿Qué pruebas? —preguntó el estupefacto general.

—Habló con su mujer —dijo Conklin, con voz repentinamente monótona.

—¿Y qué?

—Se la llevaron de su casa dos hombres, que la sedaron y la metieron en un avión privado. Volaron con ella a la costa oeste.

—¿Quiere decir que fue secuestrada?

—Exacto. Y lo que debería atragantársele es que oyó a dos de ellos hablar con el

piloto y sacó en limpio que todo el sucio asunto tenía algo que ver con el Departamento de Estado, por razones desconocidas, pero se mencionó el nombre de McAllister. Para su ilustración, le diré que es uno de sus subsecretarios de la sección de Extremo Oriente.

—¡Eso es absurdo!

—Le diré algo que todavía lo es más. La mujer se escapó durante una escala para repostar en San Francisco. Fue entonces cuando habló con Webb, que estaba en Maine. Ahora está en camino para reunirse con ella, Dios sabe dónde. Pero será mejor que tenga algunas respuestas convincentes, a menos que pueda demostrar que se trata de un lunático que puede haber matado a su mujer, lo que espero pueda, y que no hubo secuestro, lo que sinceramente espero no ocurriese.

—¡Es un demente! —exclamó el jefe de Seguridad Interna del Departamento de Estado—. ¡Leí esos papeles! Tuve que hacerlo; alguien más llamó acerca de ese Webb anoche. No me pregunte quién, no puedo decírselo.

—¿Qué diablos está pasando? —preguntó Conklin, inclinándose sobre la mesa con las manos en el borde, tanto para sostenerse como para causar efecto.

—Es un paranoico, ¿qué más puedo decirle? ¡Inventa las cosas y después se las cree!

—Eso no es lo que opinaron los médicos del gobierno —dijo fríamente Conklin—. Casualmente sé algo de eso.

—¡Yo no, maldita sea!

—Usted probablemente no lo sabrá nunca —asintió Alex—. Pero como miembro superviviente de la operación Treadstone, quiero que se ponga en contacto con alguien que pueda decirme las palabras adecuadas y tranquilizarme. Alguien de aquí ha abierto una lata de gusanos que queríamos tener bien cerrada. —Conklin sacó un pequeño cuaderno de notas y un bolígrafo. Escribió un número, arrancó la página y la dejó caer en la mesa—. Es un teléfono franco; si lo localiza, sólo conseguirá una dirección falsa —continuó, con la mirada dura, la voz firme y un ligero temblor que resultaba incluso amenazador—. Sólo puede usarse entre las tres y las cuatro de esta tarde. Que alguien me llame a esa hora. No me importa quién sea ni cómo lo haga usted. Tal vez tenga que convocar una de sus célebres reuniones políticas, pero quiero respuestas, ¡queremos respuestas!

—¡Todo eso puede ser falso!

—Espero que lo sea. Porque si no, a ustedes, los de aquí, van a colgarlos con un nudo bien apretado por haberse metido en un terreno que no es el suyo.

David agradecía tener tantas cosas que hacer, porque sin ellas podía caer en un

limbo mental y quedar paralizado por la tensión de saber a la vez demasiado y demasiado poco. Después de salir Conklin para Langley, había vuelto al hotel y comenzado la inevitable lista. Las listas lo calmaban; eran preliminares a la necesaria actividad y le obligaban a concentrarse en cosas concretas en vez de en las razones para elegirlas. Cavilar sobre las razones dejaría su mente como había dejado aquella mina el pie derecho de Conklin. Tampoco podía pensar en Alex; había demasiadas posibilidades e imposibilidades. No podía telefonear a su ex enemigo. Conklin era concienzudo y minucioso; era el mejor. El ex estratega proyectaba cada acción y la reacción subsiguiente, y su primera conclusión fue que a los pocos minutos de haber él telefonado al jefe de Seguridad Interna del Departamento de Estado alguien usaría otros teléfonos y dos muy concretos serían sin duda intervenidos, ambos suyos: el de su apartamento y el de Langley. En consecuencia, para evitar interrupciones o intercepciones no pensaba volver por su despacho. Se encontraría con David en el aeropuerto más tarde, treinta minutos antes del vuelo de Webb a Hong Kong.

—¿Crees que viniste aquí sin que te siguieran? —había dicho a Webb—. No estoy muy seguro. Te están programando, y cuando alguien aporrea un teclado no pierde de vista el número constante.

—¿Quieres, por favor, hablar inglés, o mandarín?

—Podrían tener un micrófono bajo tu cama. Confío en que no llevarás una doble vida.

No habría contacto hasta que se encontrasen en la cafetería del aeropuerto Dulles, y por eso David estaba ahora ante la caja de una tienda de artículos de viaje de la avenida Wyoming. Había comprado una bolsa de vuelo de gran tamaño para reemplazar a su maleta tras haberse deshecho de gran parte de su ropa. Iba recordando las *cosas* —las precauciones—, y entre ellas el peligro injustificado de esperar en la zona de equipajes de un aeropuerto; y, puesto que prefería el mayor anonimato de la clase económica, me parecía aconsejable cargar con una maleta. Compraría lo que necesitara donde estuviese, y eso quería decir que debía disponer de dinero para cualquier contingencia. Fue lo que determinó su siguiente parada, un banco de la calle 14.

Un año antes, mientras los investigadores del gobierno examinaban los restos de su memoria, Marie había retirado discreta y rápidamente los fondos que David había dejado en el Gemeinschaft Bank de Zurich, así como los que había transferido a París por cuenta de Jason Bourne. Había enviado el dinero a las islas Caimán, donde conocía a un banquero canadiense que le abrió una cuenta debidamente confidencial. Considerándolo que Washington había hecho a su marido —el daño a su mente, el

sufrimiento físico y la casi pérdida de la vida porque unos hombres se negaron a escuchar sus angustiosas peticiones de auxilio—, en realidad estaba dejando al gobierno irse de rositas. Si David hubiese decidido llevar el asunto a los tribunales, lo que no descartaban, cualquier abogado astuto hubiese exigido daños por valor de más de 10 millones de dólares, y no cinco y pico.

Marie había especulado en alta voz sobre sus ideas acerca de las reparaciones legales con un director de la Agencia Central de Inteligencia extremadamente nervioso. No habló de los fondos desaparecidos más que para decir que, con su formación financiera, la dejaba pasmada enterarse de la escasa protección que se había dispensado a unos dólares tan duramente ganados por los contribuyentes norteamericanos. Había expresado esta crítica en tono escandalizado aunque cortés, pero sus ojos decían algo más. Aquella señora era una tigresa tan inteligente como sobrada de motivos, y su mensaje caló hondo. De modo que personas más sabias y cautelosas vieron lo lógico de sus especulaciones y dejaron caer el asunto. Los fondos perdidos quedaron sepultados bajo unas «asignaciones para gastos accesorios» altamente secretas.

Siempre que necesitasen más dinero —un viaje, un coche, la casa—, llamarían a su banquero de las Caimán y él transferiría los fondos a cualquiera de las cinco docenas de bancos corresponsales suyos en Europa, Estados Unidos, las islas del Pacífico o el Lejano Oriente, con exclusión de Filipinas.

Webb hizo una llamada a cobro revertido desde un teléfono público de la avenida Wyoming, y asombró un tanto a su amigo el banquero por la cantidad de dinero que necesitaba inmediatamente y los fondos que quería tener disponibles en Hong Kong. La llamada ascendía a menos de ocho dólares, el dinero a más de medio millón.

—¿Supongo, David, que mi querida amiga, la sabia y gloriosa Marie, la aprueba?

—Fue ella quien me dijo que te llamase. Me aseguró que no podía ocuparse de trivialidades.

—¡Muy suyo! Los bancos que vas a utilizar son...

Webb cruzó las puertas de grueso cristal del banco de la calle 14, pasó veinte irritantes minutos con un vicepresidente que intentaba con demasiada insistencia hacerse amigo suyo en un instante y salió con 50 000 dólares, cuarenta en billetes de 500, el resto surtidos.

Después paró un taxi, que lo llevó a un apartamento de D.C. North West donde vivía un hombre a quien había conocido en sus tiempos de Jason Bourne, un hombre que había hecho un extraordinario trabajo para Treadstone 71 del Departamento de Estado. Era un negro de pelo plateado que había sido taxista hasta que un día un

viajero dejó una cámara Hasselblad en su coche y no la reclamó. Eso había ocurrido hacía años, y durante unos cuantos el taxista había experimentado, hasta encontrar su verdadera vocación. Sencillamente, era un genio del «retoque», y su especialidad los pasaportes, los permisos de conducir y las tarjetas de identidad para quienes habían entrado en conflicto con la ley, generalmente con detenciones por delitos graves. David no recordaba a aquel hombre, pero, hipnotizado por panov, había dicho su nombre —contra toda probabilidad, pues se llamaba Cactus—, y Mo había llevado al fotógrafo a Virginia para que ayudase a sacudir la memoria de Webb. Los ojos del negro en su primera visita mostraban afecto y preocupación, y, aunque suponía una molestia, había pedido permiso a Panov para visitar a David una vez por semana.

—¿Por qué, Cactus?

—Está trastornado, señor. Lo vi a través del objetivo hace un par de años. Es como si hubiera perdido algo, pero a pesar de ello es un buen hombre. Puedo hablar con él. Me cae bien, señor.

—Venga cuando quiera, Cactus, y, por favor, deje eso del «señor», reserve el privilegio para mí..., señor.

—Dios mío, cómo cambian los tiempos. Si le digo a uno de mis nietos que es un buen negro, me pisa la cabeza.

—Y debería hacerlo... *señor*.

Webb se apeó del taxi y dijo al taxista que esperase, pero se negó. David le dio una propina mínima y caminó por el sendero de baldosas invadido por la hierba hasta la vieja casa. En algunos aspectos le recordaba su casa de Maine, tan grande, tan frágil y tan necesitada de reparaciones. Él y Marie habían decidido comprar otra en la playa en cuanto llevasen allí un año. Era impropio de un profesor adjunto recién nombrado mudarse al distrito de rentas altas nada más llegar. Tocó el timbre.

Se abrió la puerta, y Cactus, entornando los ojos bajo una visera verde, le saludó como si se hubiesen visto hacía pocos días.

—¿Tiene tapacubos en su coche, David?

—Ni coche ni taxi; no quiso esperarme.

—He oído todos esos rumores infundados que propala la prensa fascista, y tengo ametralladoras en las ventanas. Entre; le he echado de menos. ¿Por qué no llamó a este viejo?

—Su número no viene en la lista, Cactus. Debe de haber sido un descuido.

Charlaron unos minutos en la cocina, los suficientes para que el especialista se diese cuenta de que Webb tenía prisa. El viejo llevó a David a su estudio, puso sus tres pasaportes bajo una lámpara para inspeccionarlos de cerca y dio instrucciones a su

cliente para que se sentase frente a una cámara.

—Pondremos el pelo ceniza claro, pero no tan rubio como lo llevaba después de lo de París. Ese tono ceniza varía con la iluminación, y podemos utilizar la misma foto para los tres con diferencias considerables, pero conservando la cara. Las cejas ni tocarlas, ya me ocuparé yo.

—¿Qué hay de los ojos? —preguntó David.

—No queda tiempo para esas lentes de contacto de fantasía que le pusieron la otra vez, pero podemos arreglarlo. Hay cristales normales con prismas adecuadamente teñidos en los lugares precisos. Puede tener los ojos azules, castaño o negro Armada invencible.

—Consiga los tres.

—Son caras, David, y se paga al contado.

—Tengo dinero encima.

—No lo divulgue.

—Ahora el pelo. ¿Quién?

—En esta misma calle. Una amiga mía que tuvo un salón de belleza hasta que los gendarmes registraron las habitaciones de arriba. Hace un trabajo de primera. Vamos; lo llevaré.

Una hora más tarde, Webb salía de debajo de un secador en un pequeño cubículo bien iluminado y observaba los resultados en el gran espejo. A su lado estaba la especialista y propietaria del extraño salón, una dama negra de corta estatura, pelo gris relimpio y ojo de experta.

—Es usted, pero no es usted —dijo, asintiendo primero con la cabeza y negando después—. Un buen trabajo, tengo que decirlo.

Lo era, pensó David, contemplándose. Su pelo oscuro no sólo estaba mucho más claro, sino que hacía juego con los tonos de la piel de su cara. También el pelo mismo parecía de textura más leve, tenía un aspecto cuidado pero mucho más despreocupado; «golpe de viento» lo llamaban los anuncios. El hombre que veía era a la vez él y otro que se le parecía de un modo sorprendente, pero que no era él.

—De acuerdo. Está muy bien. ¿Cuánto?

—Trescientos dólares —dijo tranquilamente la mujer—. Por supuesto, eso incluye cinco paquetes de champú especial con instrucciones y la boca más cerrada de Washington. Lo primero le durará un par de meses, lo segundo el resto de su vida.

—Es usted toda corazón. —David sacó el monedero de cuero, contó los billetes y se los dio—. Cactus dijo que usted le llamaría cuando hubiésemos terminado.

—No hace falta; lleva las horas apuntadas. Está en el salón.

—¿En el salón?

—Bueno, es un vestíbulo con un sofá y una lámpara de pie, pero me gusta tanto llamarlo el salón... ¿Suenan bien, verdad?

La sesión de fotos fue rápida, interrumpida sólo para que Cactus le rehiciese las cejas con un cepillo de dientes y un spray antes de cada toma. Se cambió también de camisa y chaqueta —Cactus tenía un guardarropa digno de una tienda de alquiler de disfraces— y se puso dos pares de gafas, uno con montura de carey y el otro de acero, que cambiaron sus ojos color avellana respectivamente a azul y castaño para dos de los pasaportes. El especialista procedió después a insertar quirúrgicamente las fotos en su sitio, y, bajo una grande y potente lupa, extirpó las perforaciones originales del Departamento de Estado con una herramienta de su invención. Cuando terminó, entregó los tres pasaportes a David para que les diese el visto bueno.

—Ninguno de esos tipos de aduanas va a meterse con ellos —dijo confidencialmente Cactus.

—Parecen más auténticos que antes.

—Los limpié; es decir, les puse unas cuantas manchas y algo de edad.

—Es un trabajo increíble, viejo amigo... más de lo que puedo recordar, ya lo sé.

¿Qué le debo?

—Diablos... Fue un trabajo tan pequeño y ha sido un año tan grande, con todo ese follón...

—¿Cuánto, Cactus?

—¿Cuánto le viene bien? Supongo que no está en la nómina del Tío.

—Me va bastante bien, gracias.

—Con quinientos basta.

—Llámeme un taxi, ¿quiere?

—Se tarda mucho, y eso sí puede conseguir uno aquí. Mi nieto está esperándolo; él lo llevará adonde quiera ir. Es como yo, no hace preguntas. Y usted tiene prisa, David, lo noto. Vamos, lo acompañaré a la puerta.

—Gracias. Dejaré el dinero aquí, sobre el mostrador.

—Estupendo.

Sacó el dinero, de espaldas a Cactus, contó seis billetes de 500 dólares y los dejó en la parte oscura del mostrador del estudio. A 1000 dólares la pieza, los pasaportes eran un regalo, pero dejar más podía ofender a su viejo amigo.

Volvió al hotel y se apeó del coche varias manzanas antes, en medio de un cruce muy concurrido, de modo que el nieto de Cactus no pudiera verse comprometido a propósito de una dirección. Resultó que el muchacho acababa ese año sus estudios en

la American University, y, aunque era evidente que adoraba a su abuelo, sentía una aprensión no menos obvia por tomar parte en los manejos del viejo.

—Me apearé aquí —dijo David, en medio del tráfico atascado.

—Gracias —respondió el joven negro, con voz agradablemente tranquila y el alivio visible en sus ojos tan inteligentes—. Se lo agradezco.

Webb lo miró.

—¿Por qué lo has hecho? Quiero decir que, siendo ya casi todo un hombre de leyes, tu antenna debe de trabajar horas extra estando con Cactus.

—Así es, constantemente. Pero el viejo es un gran tipo que ha hecho mucho por mí. Además, me dijo algo. Me dijo que sería para mí un honor conocerlo, que tal vez dentro de unos años me diría quién era el extraño al que iba a llevar en el coche.

—Espero poder volver mucho antes y decírtelo yo mismo. No soy ningún honor, pero tengo una historia que contar que podría acabar en los códigos. Adiós.

De nuevo en su cuarto del hotel, David se enfrentó a una última lista que no necesitaba escribir; se la sabía de memoria. Tenía que elegir la poca ropa que iba a llevar en la gran bolsa de avión y deshacerse del resto de sus pertenencias, incluidas las dos armas que, de puro coraje, había traído desde Maine. Una cosa era desarmar y envolver en papel de aluminio las partes de una pistola para ponerlas en una maleta y otra muy diferente pasar con las armas por una puerta de seguridad. Las detectarían y lo detendrían. Tenía que inutilizarlas, destruir los percutores y el encaje del gatillo y tirarlas a una alcantarilla. Ya se haría con un arma en Hong Kong; no era una compra difícil.

Había una última cosa que hacer, esta sí difícil y penosa. Tenía que sentarse y repensar cuanto había dicho Edward McAllister aquella primera mañana en Maine; lo que habían dicho todos, y en especial las palabras de Marie. Había algo en alguna parte de aquella hora tan cargada de revelaciones y enfrentamientos, y David sabía que lo había pasado por alto... Lo echaba de menos.

Consultó el reloj. Eran las 3.37; el día iba transcurriendo rápida, nerviosamente. *¡Tenía que resistir!* ¡Dios mío, Marie! ¿Dónde estás?

Conklin posó su vaso de *ginger ale* en la barra arañada y sucia del sórdido establecimiento de la calle 9. Solía frecuentarlo por la sencilla razón de que nadie de su círculo profesional —y lo que le quedaba del social— cruzaría jamás sus sucias puertas de cristal. El saberlo le proporcionaba una cierta libertad, y los otros clientes aceptaban al lisiado que siempre se quitaba la corbata al entrar e iba cojeando hasta el taburete que había junto al billar automático, al final de la barra. Y siempre que lo hacía estaba esperándolo el vaso lleno de *bourbon*. El propietario y barman tampoco

ponía objeciones a que Alex recibiese llamadas en la anticuada cabina que había contra la pared. Ése era su «teléfono franco», y ahora estaba sonando.

Conklin se arrastró hasta la vieja cabina y cerró la puerta. Descolgó el teléfono.

—¿Sí? —dijo.

—¿Es Treadstone? —preguntó una extraña voz masculina.

—Estuve allí. ¿Y usted?

—No, yo no, pero tengo acceso al expediente, a todo ese lío.

¡La voz! pensó Alex. ¿Cómo había dicho Webb que era? ¿Medio británica? Con acento de la costa atlántica, refinada, y desde luego nada común. Era el mismo hombre. Los gnomos habían estado trabajando; habían hecho progresos. Alguien estaba asustado.

—Entonces estoy seguro de que lo que recuerda coincide con lo que yo he escrito, porque estuve allí y lo he escrito, lo he escrito todo: datos, nombres, sucesos, comprobaciones, apoyos... todo, incluido lo que me contó Webb anoche.

—En ese caso puedo suponer que si ocurriese algo feo su voluminoso reportaje llegaría a un subcomité del Senado o a una jauría de perros guardianes del Congreso. ¿Estoy en lo cierto?

—Me alegra que nos comprendamos.

—Eso no haría ningún bien —dijo en tono condescendiente el hombre.

—Si ocurriese algo feo, no me importaría, ¿no cree?

—Está usted a punto de jubilarse, y bebe mucho.

—No lo hice siempre. Suele haber una razón para ambas cosas en un hombre de mi edad y mi experiencia. ¿Qué le parece un *dossier* sobre eso?

—Olvidelo. Hablemos.

—No antes de que me diga usted algo más concreto. Con lo de Treadstone hubo mucho peloteo; se lo pasaban unos a otros como una patata caliente. No es tan esencial.

—Está bien. Medusa.

—Más fuerte —dijo Alex—, pero no lo suficiente.

—Muy bien. La creación de Jason Bourne. El Monje.

—Más caliente.

—Los fondos desaparecidos, sin justificar y nunca recobrados, y calculados en unos cinco millones de dólares. Zurich, París...

—Hubo rumores. Necesito un remate.

—Se lo daré. La ejecución de Jason Bourne. La fecha fue el 23 de mayo en Tam Quan... y el mismo día en Nueva York cuatro años más tarde. En la calle 71.

Conklin cerró los ojos y respiró hondo, notando un vacío en la garganta.

—Está bien —dijo con calma—. Es usted del círculo.

—No puedo decirle mi nombre.

—¿Qué va a decirme?

—Una sola palabra: déjelo.

—¿Y piensa que voy a aceptarlo?

—Tiene que aceptarlo —dijo la voz, en tono preciso—. Bourne hace falta allí donde va ahora.

—¿Bourne?

Alex se quedó mirando al teléfono.

—Sí, Jason Bourne. No se le puede reclutar de un modo normal, los dos lo sabemos.

—Y en vista de eso le robaron a su mujer. ¡Malditos animales!

—Nadie le hará daño.

—¡No puede garantizarlo! No está en su mano. En este momento tienen que estar utilizando segundos y terceros escalones, y si conozco mi oficio, y lo conozco, se trata probablemente de *ciegos* pagados, a fin de que a ustedes no puedan descubrirlos; ni siquiera saben quiénes son... ¡Maldita sea, no me habrían llamado si lo supiesen! ¡Si pudieran ponerse en contacto con ellos y conseguir las comprobaciones que necesitan, no estaría usted hablando conmigo!

La voz cultivada hizo una pausa.

—Entonces los dos mentimos, ¿no es cierto, mister Conklin? No hubo fuga de la mujer, ni llamada a Webb. Nada. Fue usted de pesca, como yo, y los dos volvimos de vacío.

—Es usted una barracuda, mister Sin Nombre.

—Ha estado usted donde yo estoy, mister Conklin. Pero volvamos a David Webb. ¿Qué puede decirme?

Alex volvía a sentir el vacío en su garganta, ahora unido a un dolor agudo en el pecho.

—Los han perdido, ¿no es verdad? —susurró—. La han perdido.

—Cuarenta y ocho horas no es para siempre —dijo cautelosamente la voz.

—¡Pero han estado tratando desesperadamente de establecer contacto! —acusó Conklin—. Han llamado a los enlaces, a las personas que contrataron a los ciegos, y resulta que no están allí, no pueden encontrarlo. ¡Han perdido el control! ¡Se les ha ido el asunto de las manos! Alguien se infiltró en su estrategia y no tienen ni idea de

quién es. ¡Se coló en el reparto del guión y se hizo con él!

—Nuestros dispositivos de seguridad están en marcha —objetó la voz, sin la convicción que había desplegado hasta entonces—. Nuestros mejores hombres de campo están trabajando en todas las zonas.

—¿Incluido McAllister? ¿En Kowloon? ¿En Hong Kong?

—¿Sabe usted eso?

—Lo sé.

—McAllister es un maldito loco, pero muy bueno en lo que hace. Y sí, está allí. No hay pánico. Nos recuperaremos.

—¿Recuperar qué? —preguntó Alex, lleno de rabia—. ¿La mercancía? ¡Su estrategia ha abortado! Alguien los ha suplantado. ¿Por qué iba a devolverles la mercancía? ¡Han matado a la mujer de Webb, mister Sin Nombre! ¿Qué diablos pensaban que estaban haciendo?

—Sólo queríamos conseguir que fuese allí —dijo la voz, a la defensiva—. Poder explicárselo, enseñárselo. Lo necesitamos. —Después el hombre reanudó su hablar tranquilo—. Y, por lo que sabemos, todo está todavía bajo control. Las comunicaciones son muy malas en esa parte del mundo.

—La disculpa para todo en este oficio.

—Y en casi todos, mister Conklin. ¿Cómo lo ve usted? Ahora soy yo el que pregunta, muy sinceramente. Tiene usted cierta fama.

—La tenía, Sin Nombre.

—La fama no es algo que se pueda arrebatar o contradecir; sólo se le añaden cosas, positivas o negativas, por supuesto.

—¿Sabe que es usted un manantial de información gratuita?

—Pero tengo razón. Se dice que era usted uno de los mejores. ¿Cómo lo ve?

Alex sacudió la cabeza. El aire de la cabina estaba cargado, y fuera de su teléfono «franco» el ruido iba haciéndose cada vez mayor en el sórdido tugurio de la calle Novena.

—Lo que le dije. Alguien descubrió lo que planeaban, lo que estaban montando para Webb, y decidió suplantarlos.

—Pero ¿por qué?

—Porque quienquiera que sea necesita a Jason Bourne más que ustedes —dijo Alex, y colgó.

Eran las 6.28 cuando Conklin entró en el salón del bar del aeropuerto Dulles. Había esperado en un taxi cerca del hotel de Webb y había seguido a David, dando al conductor instrucciones muy precisas. Acertó, pero no valía la pena cargar a Webb

con lo que ahora sabía. Dos grandes Plymouth habían seguido al taxi de David, alternándose en la vigilancia. Amén. Tal vez colgasen a un tal Alexander Conklin, pero tal vez no. La gente de Estado estaba comportándose estúpidamente, había pensado mientras anotaba los números de matrícula. Descubrió a Webb en un oscuro reservado trasero.

—¿Eres tú, no? —dijo Alex, arrastrando su pie muerto hasta el asiento—. ¿Es verdad que los rubios tienen más éxito?

—En París funcionó. ¿Qué descubriste?

—Encontré debajo de las piedras babosas que no sabían cómo salir de allí. Aunque si saliesen no soportarían el sol, ¿no te parece?

—El sol ilumina y tú no. Corta el rollo, Alex. Tengo que ir a mi puerta dentro de unos minutos.

—En pocas palabras, diseñaron una estrategia para obligarte a ir a Kowloon. Se basaba en una experiencia anterior...

—Eso puedes saltártelo —dijo David—. *¿Por qué?*

—El hombre dijo que te necesitaban. No a ti, a Webb; necesitaban a Bourne.

—Porque dicen que hay otro Bourne allí. Ya te conté lo que me dijo McAllister. ¿Habló de eso?

—No, no iba a decirme tanto, pero tal vez pueda utilizarlo para presionarles. Sin embargo me dijo algo más, y tienes que saberlo. No consiguen encontrar a sus enlaces, de modo que no saben quiénes son los ciegos ni lo que está ocurriendo. Piensan que es algo pasajero, pero lo cierto es que han perdido a Marie. Alguien más te quiere allí y los ha sustituido.

Webb se llevó la mano a la frente, con los ojos cerrados, y de pronto, en silencio, le rodaron lágrimas por la cara.

—He vuelto, Alex, he vuelto a tantas cosas que no puedo recordar... ¡La quiero tanto, la necesito tanto!

—¡Deja eso! —ordenó Conklin—. Anoche me hiciste comprender que todavía tengo cabeza, aunque no tenga mucho cuerpo. Tú tienes las dos cosas. ¡Hazlas sudar!

—¿Cómo?

—Sé lo que quieren que seas, ¡sé el Camaleón! Sé Jason Bourne.

—Hace tanto tiempo...

—Todavía puedes hacerlo. Interpreta el guión que te han dado.

—¿No tengo elección, verdad?

Por los altavoces se oyó la última llamada para el vuelo 26 a Hong Kong.

Havilland dejó el teléfono, se recostó en su asiento y miró a McAllister. El

subsecretario de Estado se hallaba de pie junto a un enorme globo terráqueo giratorio suspendido en un trípode ornamental frente a una librería. Tenía el índice sobre la parte más meridional de China, pero sus ojos estaban clavados en el embajador.

—Hecho —dijo el diplomático—. Ya está en el avión de Kowloon.

—Es horrible.

—Estoy seguro de que a usted se lo parece; pero antes de juzgar, sopesé las ventajas. Ahora somos libres. Ya no somos responsables de lo que ocurra. Está siendo manipulado por gente desconocida.

—¡Qué somos nosotros! ¡Lo repito, es horrible!

—¿Ha considerado su Dios las consecuencias si fallamos?

—Se nos ha dado libre albedrío. Sólo nos limita nuestra ética.

—Una banalidad, señor subsecretario. Está el bien mayor.

—Está también un ser humano, un hombre al que estamos manipulando, devolviéndolo a sus pesadillas. ¿Tenemos derecho a hacerlo?

—No hay elección. Él puede hacer lo que nadie más puede... si le damos una razón para ello.

McAllister hizo girar el globo, que quedó dando vueltas mientras él volvía a la mesa.

—Quizá no debería decirlo, pero lo diré —dijo, parado frente a Raymond Havilland—. Creo que es usted el hombre más inmoral que he conocido.

—Apariencias, señor subsecretario. Tengo una gracia salvífica que supera a cuantos pecados he cometido. Llegaré hasta donde haga falta, caeré en las peores venalidades para impedir que este planeta estalle en pedazos. Y eso incluye la vida de un tal David Webb, conocido donde yo lo necesito por Jason Bourne.

Capítulo 8

Se alzaban las nieblas como capas de diáfanos echarpes sobre Victoria Harbor mientras el enorme *jet* describía un círculo en su aproximación final al aeropuerto de Kai-tak. La neblina del amanecer era densa y prometía un día húmedo en la colonia. Abajo, en el agua, juncos y sampanes cabecearon junto a los cargueros, las rechonchas barcazas, los resoplantes *ferries* de varios pisos y las ocasionales patrulleras de vigilancia que cruzaban el puerto. A medida que el avión descendía hacia el aeropuerto de Kowloon, las apretadas filas de rascacielos de la isla de Hong Kong tomaban el aspecto de gigantes de alabastro alzándose entre las nieblas que reflejaban la primera y penetrante luz del sol matinal.

Webb estudiaba la escena que tenía a sus pies, a la vez como un hombre sometido a una enorme tensión y como alguien consumido por una curiosidad extrañamente despreocupada. Allá abajo, en algún lugar de aquel territorio agitado y tremendamente superpoblado, estaba Marie; eso era lo que dominaba sus pensamientos y lo más atormentador en que podía pensar. Sin embargo, otra parte de él era como un científico que con fría ansiedad atisbaba por las lentes de un microscopio tratando de discernir lo que su ojo y su mente podían comprender. Lo familiar y lo no familiar se unían, y daban como resultado desconcierto y temor. Durante las sesiones con Panov en Virginia, David había leído y releído centenares de desplegables y folletos turísticos ilustrados que describían todos los lugares donde se sabía había estado el mítico Jason Bourne. Fue un ejercicio continuo y a menudo penoso de autosondeo. A veces volvían a él fragmentos, relámpagos de reconocimiento. Muchos eran demasiado breves y confusos, otros prolongados, con recuerdos súbitos asombrosamente precisos y descripciones propias, no las de los manuales de las agencias de viaje. Al mirar ahora abajo, veía muchas cosas que conocía, pero le era imposible recordar concretamente. De modo que apartó la vista y se concentró en el día que le esperaba.

Desde el aeropuerto Dulles había teleografiado al hotel Regent de Kowloon solicitando una habitación para una semana a nombre de *Howard Cruett*, que era quien figuraba en el refinado pasaporte con ojos azules de Cactus. Y había añadido: «Creo que nuestra firma ha pedido la suite seis-noventa, si está disponible. La fecha de llegada es firme, el vuelo no.»

La suite estaría disponible. Lo que tenía que descubrir era quién había hecho que lo estuviese. Ése era el primer paso hacia Marie. Y antes, después y durante ese proceso había cosas que comprar. Algunas serían fáciles de adquirir, otras no, pero ni siquiera encontrar lo más inabordable resultaría imposible. Aquello era Hong Kong, la

colonia de la supervivencia y de los medios para ella. Era también el único lugar civilizado de la tierra donde florecían las religiones pero el único dios reconocido por todos, creyentes e incrédulos, era el dinero. Como había dicho Marie, «no tiene otra razón de ser».

La tibia mañana estaba llena de los olores de una muchedumbre hacinada y apresurada, y lo curioso es que el aroma no era desagradable. Los lados de los bordillos estaban siendo regados ferozmente, se alzaba vapor de los pavimentos que se secaban al sol, y la fragancia de las hierbas cocidas en aceite flotaba por las estrechas calles atestadas de puestos rodantes o fijos cuyos dueños reclamaban la atención a gritos. Los ruidos se acumulaban hasta convertirse en una serie de continuos crescendos que invitaban a la compra inmediata, o al menos a iniciar el regateo. Hong Kong era la esencia de la supervivencia; o trabajaba uno como un poseso o no sobrevivía. Adam Smith estaba superado y pasado de moda; jamás pudo él concebir un mundo así, que se burlaba de cuantas disciplinas proyectó para una economía libre. Aquello era la locura en estado puro, era Hong Kong.

David levantó la mano para llamar a un taxi, sabiendo que lo había hecho allí otras veces. Conocía las puertas de salida a las que se había dirigido después de los prolongados trámites en la aduana, y las calles por las que lo llevaba el taxista. No es que lo recordase, sino que lo conocía. Era a la vez un consuelo y algo profundamente aterrador. Sabía y no sabía. Era una marioneta a la que estaban manipulando en el escenario de su propia caseta de feria, y no sabía quiénes eran ni el títere ni el titiritero.

—Fue un error —dijo David al empleado que le atendió en el mostrador de mármol ovalado que había en el centro del vestíbulo del Regent—. Yo no quería una suite. Preferiría algo más pequeño; una habitación sencilla o doble bastará.

—Pero la han reservado, mister Cruett —dijo el asombrado recepcionista, utilizando el nombre que figuraba en el falso pasaporte de Webb.

—¿Quién?

El joven oriental comprobó la firma de la reserva, hecha por computadora.

—Fue autorizada por el subdirector, mister Liang.

—Entonces, por cortesía, yo debería hablar con mister Liang, ¿no le parece?

—Me temo que será necesario. No estoy seguro de que haya nada más disponible.

—Comprendo. Buscaré otro hotel.

—Se le considera un huésped muy importante, señor. Iré a hablar con mister Liang.

Webb hizo un gesto de asentimiento, y el empleado, reserva en mano, fue hasta el

final del mostrador, a la izquierda, pasó por debajo y cruzó rápidamente el atestado vestíbulo hasta una puerta que había detrás de la mesa del conserje. David contempló el opulento *hall*, que en cierto sentido empezaba fuera, en el inmenso patio circular con fuentes, y se extendía, a través de la fila de elegantes puertas de cristal y el suelo de mármol, hasta un semicírculo de ventanas de color enormemente altas que daban a Victoria Harbor. El cuadro en perpetuo movimiento que había más allá era una *mise en scène* hipnótica para el salón curvo que quedaba frente a la pared de cristal suavemente coloreado. Había docenas de mesitas y divanes de cuero, la mayoría ocupados, en torno a los cuales se ajetreaban camareros y camareras uniformados. Era un lugar desde el que turistas y negociantes podían contemplar el panorama del comercio del puerto, que se desarrollaba frente al alto y lejano perfil de la isla de Hong Kong. La vista era familiar para Webb, pero nada más. Nunca había estado en aquel extravagante hotel, o al menos nada de lo que veía despertaba en él relámpagos de reconocimiento.

De repente atrajo su mirada la imagen del empleado atravesando a toda prisa el vestíbulo varios pasos por delante de un oriental de mediana edad, sin duda el subdirector del Regent, mister Liang. El joven volvió a pasar bajo el mostrador y recuperó rápidamente su posición frente a David, con los ojos muy abiertos. Segundos más tarde se acercó el ejecutivo del hotel, que se inclinó levemente por la cintura, como convenía a su categoría profesional.

—Es mister Liang, señor —anunció el empleado.

—¿Puedo servirle en algo? —dijo el subdirector—. Y ¿me permite decirle que es un placer darle la bienvenida como huésped del Regent?

Webb sonrió y movió cortésmente la cabeza.

—Me temo que tendrá que ser en otra ocasión.

—¿No le agradan las habitaciones, mister Cruett?

—En absoluto; probablemente me gustarían mucho. Pero, como ya le dije al chico, prefiero algo más pequeño, una habitación sencilla, o incluso doble, pero no una suite. No obstante, comprendo que puede no haber nada disponible.

—Su telegrama mencionaba concretamente la suite seis-noventa, señor.

—Me doy cuenta y le pido disculpas. Fue cosa de un representante demasiado celoso. —Webb frunció el ceño de manera amistosa y enigmática y preguntó cortésmente—: A propósito, ¿quién hizo esa reserva? Yo desde luego no.

—Su representante, quizá —aventuró Liang con mirada evasiva.

—No tendría autoridad. No; dijo que era obsequio de una de las compañías de aquí. No podemos aceptar, por supuesto, pero me gustaría saber quién hizo una oferta

tan generosa. Seguramente, mister Liang, dado que usted autorizó personalmente la reserva, podrá decírmelo.

La mirada evasiva se hizo aún más distante, y después hubo un parpadeo. Para David bastaba, pero había que descifrar la charada hasta el final.

—Creo que alguien de nuestro personal, de nuestro muy numeroso personal, vino a mí con la petición. Hay tantas reservas, estamos tan atareados, que realmente no puedo recordar.

—Sin duda hay instrucciones de a quién pasar la cuenta.

—Tenemos muchos clientes cuya palabra por teléfono es suficiente.

—Mucho ha cambiado Hong Kong.

—Y sigue cambiando, mister Cruett. Es posible que su anfitrión quiera decírselo él mismo. No estaría bien entrometerse en sus deseos.

—Su sentido de la fidelidad es admirable.

—Respaldado por la clave de facturación de la computadora del cajero, naturalmente.

Liang amagó una sonrisa, pero le salió falsa.

—Bien; puesto que no tienen ustedes nada más, buscaré por mi cuenta. Tengo amigos ahí enfrente, en el Pen —dijo Webb, refiriéndose al venerable hotel Península.

—No será necesario. Podemos arreglarlo de otro modo.

—Pero su empleado dijo...

—Él no es el subdirector del Regent, señor.

Liang lanzó una breve mirada al joven de detrás del mostrador.

—Mi pantalla no da nada disponible —protestó el empleado, a la defensiva.

—¡Cállese! —Liang se apresuró a sonreír, tan falsamente como antes, al darse cuenta de que con su orden había perdido la charada—. Es tan joven, son todos tan jóvenes e inexpertos... Pero muy inteligentes, con muy buena voluntad. Tenemos varias habitaciones en reserva para cuando se producen estos malentendidos. —Volvió a mirar al empleado y le habló ásperamente, ya sin sonrisas—. *Ting, ruan-ji!* —Continuó rápidamente en chino, del que no se le escapaba una palabra a un Webb inexpresivo—. ¡Escúchame, pollo sin huesos! ¡No des información en mi presencia a menos que te la pida! Si vuelves a hacerlo va a escupirte el vertedero de basura. Ahora dale a este tonto la habitación dos-cero-dos. Figura como *Reservada*—, bórralo y adelante. —El subdirector se volvió a David, con su sonrisa de cera aún más pronunciada—. Es una habitación muy agradable, con una espléndida vista sobre el puerto, mister Cruett.

La charada estaba resuelta, y el ganador minimizó su victoria con una convincente

gratitud.

—Se lo agradezco mucho —dijo David, taladrando con sus ojos los del repentinamente inseguro Liang—. Eso me ahorrará la molestia de telefonear a toda la ciudad diciendo a la gente dónde estoy. —Se detuvo con la mano derecha medio levantada, como a punto de seguir. David Webb actuaba basándose en uno de sus instintos, de los desarrollados por Jason Bourne. Sabía que era el momento de inspirar temor—. Cuando dijo una habitación con vista espléndida, supongo que quería decir *you hao jingse de fangian*. ¿Estoy en lo cierto? ¿O mi chino es demasiado tonto?

El hotelero miró fijamente al norteamericano.

—Yo mismo no le hubiera dicho mejor —dijo suavemente—. El empleado se ocupará de todo. Que disfrute de su estancia entre nosotros, mister Cruett.

—El disfrute debe ser medido por los logros, mister Liang. Es un proverbio chino muy viejo o muy nuevo, no sé bien.

—Sospecho que es nuevo, mister Cruett. Resulta demasiado activo para una reflexión pasiva, que es lo propio de Confucio, como estoy seguro sabe usted.

—¿Y no es eso un logro?

—Es usted demasiado rápido para mí, señor. —Liang hizo una inclinación—. Si necesita algo, no dude en ponerse en contacto conmigo.

—No creo que sea necesario, pero gracias. Francamente, ha sido un vuelo largo y malísimo, de modo que pediré a la centralita que no me pase ninguna llamada hasta la hora de cenar.

—¿No? —La inseguridad de Liang se hizo mucho más pronunciada; era un hombre asustado—. Pero seguramente, si surge una emergencia...

—No hay nada que no pueda esperar. Y, dado que no estoy en la suite seisnoventa, el hotel puede limitarse a decir que llegaré más tarde. Resulta verosímil, ¿no le parece? Estoy terriblemente cansado. Gracias, mister Liang.

—Gracias, mister Cruett.

El subdirector hizo una nueva inclinación, buscando en la mirada de Webb una última seña. Al no encontrarla, se volvió rápida, nerviosamente, y se encaminó a su despacho.

Haz lo inesperado. Confunde al enemigo. Desconciértalo... Jason Bourne. ¿O fue Alexander Conklin?

—¡Es una habitación estupenda, señor! —exclamó aliviado el empleado—. Estará encantado.

—Mister Liang es muy complaciente —dijo David—, y debería mostrarle mi agradecimiento, como sin duda haré, por su ayuda. —Sacó su monedero de cuero y

extrajo discretamente un billete norteamericano de veinte dólares. Extendió la mano como para estrechar la del empleado, con el billete escondido—. ¿A qué hora se marcha mister Liang?

El desconcertado pero jubiloso muchacho miró a derecha e izquierda, pronunciando mientras lo hacía frases inconexas.

—¡Sí! Es usted muy amable, señor. No es necesario, pero gracias, señor. Mister Liang deja su despacho todas las tardes a las cinco en punto. También yo salgo a esa hora. Por supuesto, me quedaría si la dirección me lo pidiese, porque trato con todas mis fuerzas de hacer cuanto pueda por el honor del hotel.

—Estoy seguro —dijo Webb—. Y con gran eficiencia. Mi llave, por favor. Mi equipaje llegará más tarde debido a un cambio de vuelo.

—¡Por supuesto, señor!

David se sentó junto al ventanal coloreado y contempló, al otro lado del puerto, la isla de Hong Kong. Le venían a la memoria nombres, acompañados de imágenes: Causeway Bay, Wanchai, Repulse bay, Aberdeen, The Mandarin y, por último, tan claro en la lejanía, Victoria Peak, con su impresionante vista general de la colonia. Después vio con su ojo mental las masas humanas pululando por las calles atestadas, pintorescas y frecuentemente sucias, y los abarrotados vestíbulos y salones de los hoteles, con sus arañas de filigrana dorada suavemente iluminadas, en los que los restos bien vestidos del imperio se mezclaban de mala gana con los nuevos empresarios chinos. La vieja Corona y el dinero nuevo tenían que adaptarse uno al otro... ¿Callejones? Por alguna razón, veía callejones ruinosos y atestados. La gente se apresuraba por las estrechas calles, tropezando con jaulas de avecillas chillonas y serpientes ondulantes de todos los tamaños, mercancías de los vendedores situados en los últimos peldaños de la escala comercial del territorio. Hombres y mujeres de todas las edades, desde niños hasta ancianos, vestían de harapos, y un humo acre y espeso ascendía en volutas, llenando el espacio entre los maltrechos edificios, difundiendo la luz, aumentando la tristeza de las oscuras paredes de piedra ennegrecidas por el uso y el abuso. Lo veía todo y todo tenía un sentido para él, pero no alcanzaba a comprender. Se le escapaba lo concreto; carecía de puntos de referencia, lo que resultaba enloquecedor.

Marie estaba allí. ¡Tenía que encontrarla! Saltó de su asiento lleno de frustración, con ganas de golpearse la cabeza para aclarársela, pero sabía que eso no serviría de nada. Nada servía de nada; sólo el tiempo, y era incapaz de soportar su presión. Tenía que encontrarla, que estrecharla en sus brazos, que protegerla como ella le había protegido en otro tiempo, creyendo en él cuando ni él mismo creía. Al pasar frente a

un espejo contempló su cara pálida y ojerosa. Una cosa estaba clara. Tenía que planear y actuar rápidamente, pero no como el hombre que veía en el espejo. Tenía que poner en juego cuanto había aprendido y olvidado como Jason Bourne. Tenía que echar mano del escurridizo pasado que habitaba en su interior y confiar en instintos no recordados.

Había dado el primer paso; la conexión era sólida, lo sabía. De un modo u otro, Liang le proporcionaría algo, probablemente el nivel de información más bajo, pero sería un comienzo: un nombre, un lugar, un contacto inicial que conduciría a otro, y después a otro. Lo que tenía que hacer era moverse rápidamente con cualquier cosa que le proporcionasen, sin dar al enemigo tiempo para maniobrar, acorralando a quienquiera que se le pusiese a tiro a base de habla-y-sobrevive o calla-y-muere, y va en serio. Pero para hacer lo que fuese tenía que estar preparado. Había que hacer compras, y debía organizar un recorrido por la colonia. Necesitaba una hora de observación desde el asiento posterior de un automóvil, rastreando cuanto pudiese de sus maltrechos recuerdos.

Cogió una gran guía del hotel encuadernada en cuero rojo, se sentó en el borde de la cama, la abrió y la hojeó rápidamente. El New World Shopping Centre, un magnífico complejo abierto de cinco plantas que ofrece bajo un solo techo los mejores artículos de las cuatro esquinas de la tierra...

Hipérboles aparte, el «complejo» estaba pegado al hotel y serviría para sus propósitos. *Tenemos limusinas. Puede alquilar los coches de nuestra flota con motor Daimler por horas o días, para negocios o turismo. Diríjase al conserje. Marque el 62.* Las limusinas significaban también conductores expertos familiarizados con las laberínticas calles, callejas y carreteras y con las costumbres del tráfico en Hong Kong, Kowloon y los Nuevos Territorios, amén de con otras cosas. Esos hombres solían conocer al detalle y hasta los sitios más recónditos las ciudades donde trabajaban. A menos que estuviese equivocado, y el instinto le decía que no, cubriría así otra de sus necesidades. Necesitaba un arma. Por último, había en el distrito central de Hong Kong un banco que tenía ciertos acuerdos con una institución hermana situada a miles de millas de allí, en las islas Caimán. Tenía que ir allí, firmar cuanto le indicasen y salir con más dinero del que cualquier persona cuerda llevaría encima en Hong Kong, o en cualquier otra parte. Buscaría un sitio donde esconderlo, pero no un banco, pues el horario restringía su capacidad de disposición. Jason Bourne sabía: prométele a un hombre la vida y casi siempre cooperará; prométele la vida y un montón de dinero y el efecto acumulativo lo llevará a la sumisión total.

David alcanzó el bloc y el lapicero que había junto al teléfono, en la mesilla de noche, y empezó otra lista. Las pequeñas cosas se hacían mayores a cada hora que

pasaba y no disponía de mucho tiempo. El puerto relucía bajo un sol casi de mediodía, y tenía tantas cosas que hacer antes de las 4.30, hora en que pensaba situarse sin llamar la atención cerca de la salida de empleados, o abajo, en el garaje, o dondequiera que supiese que podía seguir y atrapar al cara de cera de Liang, su primera conexión.

Tres minutos después tenía la lista completa. Arrancó la hoja, se levantó y cogió la chaqueta de la silla que había junto a la mesa. De pronto sonó el teléfono, taladrando el silencio de la habitación. Tuvo que cerrar los ojos y tensar los músculos de los brazos y el estómago para no precipitarse hacia él, esperando más allá de toda esperanza escuchar la voz de Marie, aunque siguiera presa. No debía cogerlo. *Instinto. Jason Bourne*. No tenía controles y si respondía al teléfono sería él el controlado. Lo dejó sonar mientras cruzaba angustiado la habitación, camino de la calle.

Eran las doce y diez cuando volvió cargado con unas cuantas bolsas de plástico de varias tiendas del centro comercial. Las dejó caer sobre la cama y empezó a sacar sus compras. Había un ligero impermeable oscuro y un sombrero de lona también oscuro, un par de zapatos de lona grises, pantalones negros y un jersey, también negro. Era la ropa que iba a llevar de noche. Había también otras cosas: un carrete de hilo de pescar *75 pound test* con dos ganchos cerrados de a palmo en los que se podía entrelazar un trozo de sedal de un metro sujeto a ellos por ambos extremos; un pisapapeles de latón de 600 gramos en forma de barra con pesas, un punzón para hielo y un cuchillo de caza estrecho y de doble filo con su funda. Eran las armas silenciosas que iba a llevar día y noche. Le quedaba una cosa más por encontrar, pero la encontraría.

Mientras examinaba sus compras, concentrándose cada vez más en los ganchos de ojo y el hilo de pescar, se fijó en un casi imperceptible parpadeo de la luz. Era molesto porque no podía descubrir la fuente, y, como le ocurría tan a menudo, tenía que preguntarse si existía o era sólo una aberración de su mente. Después su mirada se posó en la mesilla de noche. Entraba el sol por las ventanas que daban al puerto e iba a caer sobre el teléfono, pero la luz intermitente estaba allí, en la esquina inferior izquierda del aparato, apenas visible, pero allí. Era la señal de mensaje, un pequeño punto rojo que lucía un segundo, se apagaba otro y volvía a encenderse con ese mismo intervalo. Un *mensaje* no era una llamada, pensó. Fue a la mesa, estudió las instrucciones de la tarjeta de plástico, cogió el teléfono y pulsó el botón adecuado.

—¿Sí, mister Cruett? —dijo la telefonista en su centralita computadorizada.

—¿Hay un mensaje para mí?

—Sí, señor. Mister Liang ha estado tratando de comunicar con usted.

—Pensé que mis instrucciones eran claras. No iba a haber llamadas hasta que yo

dijese otra cosa a la centralita.

—Sí, señor, pero mister Liang es el subdirector, el director cuando no está aquí su superior, como ocurre esta mañana... esta tarde. Dice que es muy urgente. Lleva una hora llamándole cada pocos minutos. Voy a telefonearle, señor.

David colgó. No estaba preparado para Liang, o, dicho con más propiedad, Liang no estaba preparado para él, al menos como él lo quería. Liang estaba en tensión, posiblemente al borde del pánico, porque era el primer contacto, el más bajo, y había fracasado en su intento de colocar al sujeto donde debía estar: en una suite trufada de micrófonos donde el enemigo podría escuchar cada palabra. Pero al borde del pánico no era suficiente. David necesitaba tener a Liang más allá del borde, y el medio más rápido de provocar ese estado era no permitir el menor contacto, la menor conversación, nada de explicaciones justificativas destinadas a conseguir que el propio sujeto sacase al culpable del apuro.

Webb cogió la ropa que había sobre la cama, la puso en dos cajones de la cómoda junto con las cosas que había sacado de su bolsa de vuelo, y metió los ganchos y el sedal entre ella. Después colocó el pisapapeles encima de la mesa, sobre una carta del servicio de habitaciones, y se guardó el cuchillo de caza en el bolsillo de la chaqueta. Contempló el punzón para hielo, y de pronto le asaltó una idea, nacida una vez más de un extraño instinto: un hombre consumido por la ansiedad reaccionaría desproporcionadamente ante la visión inesperada de algo terrorífico. Lo atrevido de la imagen le chocaría, ahondando sus temores. David sacó un pañuelo, cogió el punzón de hielo y limpió el mango. Agarrando el mortífero instrumento con la tela, fue rápidamente hasta el pequeño vestíbulo, calculó la altura de los ojos y lo clavó en la blanca pared opuesta a la puerta. Sonó el teléfono, y siguió sonando, como frenético. Webb salió de la habitación y corrió por el pasillo hacia la meseta de los ascensores; se escondió en el primer recodo y observó.

Había calculado bien. Las relucientes puertas de metal se separaron y Liang salió precipitadamente del ascensor del centro, camino de la habitación de Webb. David se situó rápida y silenciosamente donde pudiese verlo. Liang, nervioso, pulsaba ya repetidamente su timbre, y acabó llamando a la puerta con creciente persistencia.

Se abrió otro ascensor y salieron dos parejas, riéndose. Uno de los hombres miró inquisitivamente a Webb, y después se encogió de hombros mientras el grupo torcía a la izquierda. David volvió a prestar atención a Liang. El subdirector estaba ahora frenético, tocando el timbre y golpeando la puerta. Al fin se detuvo y aplicó el oído a la madera. Satisfecho, buscó en su bolsillo y extrajo un manojito de llaves. Webb escondió la cabeza cuando el subdirector se volvió a mirar arriba y abajo del pasillo,

mientras metía una llave. David no necesitaba ver; sólo quería oír.

No tuvo que esperar mucho. Hubo un grito gutural, sofocado, seguido de un fuerte portazo. El punzón para hielo había hecho su efecto. Webb volvió corriendo a su escondite, más allá del último ascensor. Liang estaba visiblemente agitado; se oía su respiración fuerte e irregular mientras apretaba repetidamente el botón del ascensor. Al fin sonó un timbre, las puertas metálicas se abrieron y el subdirector se precipitó dentro.

David no tenía ningún plan concreto, pero sabía vagamente lo que debía hacer, porque no había otro modo de hacerlo. Anduvo rápidamente por el pasillo hasta pasar los ascensores y después fue corriendo hasta su habitación. Entró, cogió el teléfono de la mesilla y marcó los números que había confiado a la memoria.

—Mostrador del conserje —dijo una voz agradable que no parecía oriental; probablemente era indio.

—¿Hablo con el conserje?

—En efecto, señor.

—¿No es uno de sus ayudantes?

—Me temo que no. ¿Quiere hablar con algún ayudante en particular? ¿Tal vez alguien que le está solucionando algún problema?

—No, quiero hablar con usted. Me encuentro en una situación que deseo resolver dentro de la más estricta confianza. ¿Puedo contar con usted? Acostumbro a ser generoso.

—¿Es usted huésped del hotel?

—Lo soy.

—Y, por supuesto, no hay nada inconveniente, nada que pueda perjudicar al establecimiento.

—Sólo aumentar su fama por ayudar a cautos hombres de negocios que desean traer comercio al territorio, montones de comercio.

—Estoy a su servicio, señor.

Convinieron en que una limusina Daimler con el conductor más experimentado disponible lo recogería dentro de diez minutos en la rampa de Salisbury Road. El conserje estaría junto al coche y recibiría por sus buenos oficios 200 dólares norteamericanos, unos 1.500 de Hong Kong. El alquiler —que sería por veinticuatro horas y al contado— no se haría a nombre de ninguna persona concreta, sólo al de una firma comercial cogida al azar. Y «mister Cruett», escoltado por un botones, podría utilizar uno de los ascensores de servicio hasta el sótano del Regent, donde había una salida que daba al centro comercial New World, con acceso directo a

Salisbury Road.

Resueltas las formalidades y los pagos, David subió al asiento trasero del Daimler. Le animó verse ante la cara arrugada de un conductor uniformado de mediana edad cuya expresión cansina sólo animaba en parte un forzado intento de ser agradable.

—¡Bienvenido, señor! Me llamo Pak-fei, y procuraré servirle lo mejor posible. Dígame dónde y yo le llevo. ¡Lo conozco todo!

—Contaba con ello.

—¿Cómo dice, señor?

—*Wo bushi luke* —dijo David, para hacer constar que no era un turista—. Pero como hace años que no estoy aquí —continuó en chino—, quiero volver a familiarizarme con esto. ¿Qué le parece el normal y aburrido recorrido por la isla y después una excursión rápida por Kowloon? Tengo que estar de vuelta dentro de un par de horas. Y, de ahora en adelante, hablemos inglés.

—¡Ahh! Su chino es muy bueno; muy de clase alta, pero entiendo todo lo que dice. Sin embargo, sólo dos *zhongtou*...

—Horas —le interrumpió Webb—. Estamos hablando inglés, recuerde, y no quiero ser mal comprendido. Pero esas dos horas y su propina, y las restantes veintidós y la otra propina, dependerán de lo bien que nos llevemos.

—¡Sí, sí! —exclamó Pak-fei, mientras embalaba el motor del Daimler e irrumpía autoritariamente en el insoportable tráfico de Salisbury Road—. ¡Trataré de proporcionarle un servicio excelente!

Lo hizo, y los nombres e imágenes que le habían venido a la cabeza a David en la habitación del hotel se vieron reforzados por sus réplicas reales. Conocía las calles del distrito central, y reconoció el hotel The Mandarín, y el Hong Kong Club, y Charter Square, con el Tribunal Supremo de la colonia frente a los gigantes de la banca de Hong Kong. Había pasado por las concurridas vías para peatones de la salvaje confusión que es el Star Ferry, el enlace continuo de la isla con Kowloon. Queen's Road, Hillier, Possession Street, el chillón Wanchai, todo volvió a él, en el sentido de que había estado allí, en aquellos sitios, los conocía, conocía las calles, e incluso los atajos a tomar para ir de un sitio a otro. Reconoció la sinuosa carretera de Aberdeen, y supo cuándo iban a aparecer los llamativos restaurantes flotantes y, más allá, la increíble congestión de juncos y sampanes de los *boat people*, la masiva comunidad flotante de los perpetuamente desposeídos. Podía incluso oír el estrépito, las palmadas y los gritos de los jugadores de *mah-jongg*, que por las noches discutían con pasión sus apuestas bajo el débil resplandor de faroles oscilantes. Se había encontrado con hombres y mujeres —contactos y enlaces, pensó— en las playas de Shek O y Big

Wave, y había nadado en las concurridas aguas de Repulse Bay, con sus enormes sucedáneos de estatuas antiguas y la elegancia en declive del viejo hotel colonial. Lo había visto todo, lo conocía todo, pero no podía relacionarlo con nada.

Miró su reloj; llevaban casi dos horas de recorrido. Había que hacer una última parada en la isla, y después pondría a prueba a Pak-fei.

—Vuelva a Charter Square —dijo—. Tengo asuntos en uno de los bancos. Puede esperarme.

El dinero no era sólo un lubricante social e industrial, sino, en cantidades lo suficientemente grandes, un pasaporte para la maniobrabilidad. Sin él, el que huía se encontraba atascado, con opciones muy limitadas, y quienes perseguían algo frecuentemente frustrados por la falta de medios para continuar la caza. Y cuanto mayor la cantidad, más fácil era conseguirla; testigo la lucha del hombre a quien sus recursos no le permiten solicitar más que un crédito de 500 dólares frente a la relativa facilidad de quien aspira a una línea de crédito de 500 000. Así ocurrió con David en el banco de Charter Square. Todo transcurrió de un modo rápido y profesional; le proporcionaron sin comentarios un maletín para transportar los fondos y le ofrecieron un guardaespaldas para acompañarlo hasta su hotel si se sentía así más seguro. Declinó la oferta, firmó los documentos de la entrega y no hubo más preguntas. Volvió al coche que lo aguardaba en la animada calle.

Se inclinó hacia adelante y descansó la mano izquierda sobre el suave tejido del asiento delantero, a pocas pulgadas de la cabeza del conductor. Sostenía entre el pulgar y el índice un billete de 100 dólares norteamericanos.

—Pak-fei —dijo—, necesito una pistola.

El chófer volvió despacio la cabeza. Contempló el billete y después se volvió más para mirar a Webb. Se había acabado el entusiasmo forzado, el deseo vanidoso de complacer. Ahora la expresión de su cara arrugada era pasiva, la mirada de sus ojos oblicuos perdida.

—Kowloon —dijo—. En el Mongkok.

Y cogió los cien dólares.

Capítulo 9

La limusina Daimler avanzaba por la congestionada calle del Mongkok, una masa urbana que gozaba de la poco envidiable distinción de ser el barrio más densamente poblado de la historia de la humanidad. Poblado, hay que hacerlo constar, casi exclusivamente por chinos. Una cara occidental era una rareza tan grande que provocaba miradas curiosas, a un tiempo hostiles y divertidas. A ningún blanco se le aconsejaba ir al Mongkok después de oscurecer; no había allí el equivalente de un Cotton Club en oriental. No era cuestión de racismo, sino de reconocimiento de la realidad. Faltaba espacio, y el que había lo guardaban como habían hecho milenios de chinos desde las primeras dinastías. La familia lo era todo, y había ya demasiadas que vivían no tanto en la miseria como confinadas en una sola habitación con una sola cama y esteras por el suelo áspero y limpio. Por todas partes, la multitud de pequeños balcones atestiguaba las exigencias de limpieza, pues no aparecía nadie en ellos si no era para tender continuamente ropa. Una tercera parte de esas terracillas llenaba los costados de las casas de apartamentos y aparecía en constante agitación por el efecto de la brisa que soplaba contra las inmensas paredes de tela, provocando un baile de decenas de miles de prendas de todo tipo, una prueba más del extraordinario número de personas que habitaba la zona.

Tampoco era pobre el Mongkok. Colores fabricados con profusión se veían por todas partes, con el rojo como imán predominante. A dondequiera que uno dirigiese los ojos por encima de la muchedumbre podía ver enormes y complicados letreros, anuncios que se alzaban hasta tres pisos y tapizaban calles y callejas, llenos de enfáticos caracteres chinos que intentaban seducir a los consumidores. En el Mongkok había dinero, dinero tranquilo, y también dinero histérico, no siempre dinero legítimo. Lo que no había era espacio sobrante, y el que había les pertenecía a ellos, no a los extraños, a menos que el extraño, traído por uno de ellos, trajese a su vez dinero para alimentar la insaciable máquina que producía una serie interminable de objetos mundanos, y algunos casi de otro mundo. Sólo era cuestión de saber dónde buscar y de tener el precio. Pak-fei, el chófer, sabía dónde buscar, y Jason Bourne tenía el precio.

—Voy a parar y hacer una llamada —dijo Pak-fei, deteniéndose tras un camión aparcado en doble fila—. Le dejaré encerrado y volveré en seguida.

—¿Es necesario?

—El maletín, señor.

¡Dios mío, pensó David, qué insensato era! No había vuelto a acordarse del

maletín. Llevaba más de 300 000 dólares en pleno Mongkok como si fuese el almuerzo. Lo agarró por el asa, se lo puso en las rodillas y comprobó los cierres. Estaban seguros, pero si se presionaba en ambos botones, por levemente que fuese, saltaría la tapa. Gritó al chófer, que se había apeado:

—¡Consígame cinta! ¡Cinta adhesiva!

Era demasiado tarde. Los ruidos de la calle resultaban ensordecedores. La gente formaba una auténtica marea humana y estaba en todas partes. Y de pronto ese todas partes pasó a ser las ventanillas del Daimler. Cien pares de ojos atisbaban por todos lados, aparecieron caras contorsionadas contra el cristal, y Webb se convirtió en el centro de un volcán callejero recién entrado en erupción. Podía oír gritos como: «*Bingo ah?*» y «*Chong man tui*», más o menos el equivalente de «¿Quién es?» y «Una boca llena», o, combinado, «¿Quién es este pez gordo?» Se sentía como un animal enjaulado estudiado por una horda de bichos de otra especie, tal vez violentos. Agarrado al maletín, miraba al frente, y cuando empezaron a asomar dos manos por el pequeño espacio que había en la parte superior de la ventanilla de su derecha metió disimuladamente la mano en el bolso buscando el cuchillo de caza.

—*Jau!* —gritó Pak-fei, abriéndose paso entre la gente—. ¡Es un taipán muy importante y la policía os va a echar aceite hirviendo entre las piernas si le molestáis! ¡Fuera de aquí! ¡Fuera!

Abrió la puerta, se puso al volante y volvió a cerrar de golpe, entre furiosas maldiciones. Puso el motor en marcha, plantó la mano sobre el potente claxon y la mantuvo allí, haciendo adquirir proporciones insoportables a la cacofonía, mientras el mar de cuerpos iba abriéndose lentamente. El Daimler avanzó a saltos por la estrecha calle.

—¿Adónde vamos? —gritó Webb—. ¡Creí que habíamos llegado!

—El comerciante con el que va a tratar ha cambiado de local, señor, lo que es de agradecer, porque éste no es un barrio recomendable.

—Debería haber llamado antes. Lo de ahí atrás no ha sido muy agradable.

—Si me permite corregir su impresión de un servicio imperfecto, señor —dijo Pak-fei, mirando a David por el retrovisor—, ahora sabemos que no le están siguiendo. Por lo tanto, tampoco a mí me siguen a donde le llevo.

—¿De qué está hablando?

—Usted entra con las manos limpias en un gran banco de Charter Square y sale con ellas ocupadas. Lleva un maletín.

—¿Y qué?

Webb no perdía de vista los ojos del chófer, clavados en él.

—No llevaba escolta, y hay mala gente que vigila a hombres como usted; a veces los avisan desde dentro otros como ellos. Vivimos malos tiempos, de manera que en este caso era mejor asegurarse.

—Y ahora está seguro.

—¡Oh, sí, señor! —Pak-fei sonreía—. Es fácil ver a un automóvil que nos siga por una calleja del Mongkok.

—De modo que no hubo llamada telefónica.

—Oh, sí que la hubo, señor. Siempre hay que llamar antes. Pero fue muy rápida, y después volví andando por la acera, sin mi gorra, por supuesto, bastantes metros. No había tipos enfadados en automóviles, y nadie se apeó y echó a correr por la calle. Ahora podré llevarle al comerciante muy aliviado.

—También yo lo estoy —dijo David, preguntándose por qué Jason Bourne le había abandonado temporalmente—. Ni siquiera sabía que tenía que estar preocupado, al menos porque me siguiesen.

Las densas muchedumbres del Mongkok fueron desvaneciéndose a medida que los edificios se hacían más bajos, y Webb pudo ver las aguas de Victoria Harbor detrás de altas cercas eslabonadas. Dentro del cercado había racimos de almacenes frente a muelles donde se veían mercantes amarrados y se arrastraba y gruñía maquinaria pesada levantando enormes furgones para depositarlos en las bodegas de carga. Pak-fei se acercó a la entrada de un almacén aislado de una sola planta. Parecía abandonado, con asfalto por todas partes y sólo dos coches a la vista. Las puertas estaban cerradas, y de una pequeña oficina acristalada salió un guarda que se dirigió al Daimler con un tablero provisto de un sujetapapeles en la mano.

—No encontrará mi nombre en su lista —dijo Pak-fei en chino y con singular autoridad al acercarse el guarda—. Informe a mister Wu Song de que está aquí Regent Número Cinco y trae a un taipán tan respetable como él. Nos espera.

El guarda asintió con la cabeza y guiñó los ojos bajo el sol de la tarde para echar una mirada al importante pasajero.

—*Aiya!* —gritó Pak-fei ante la impertinencia de aquel hombre. Después se volvió y miró a Webb—. No debe interpretarlo mal, señor —dijo, mientras el guarda volvía corriendo a su teléfono—. Mi empleo del nombre de mi honorable hotel no tiene nada que ver con mi honorable hotel. A decir verdad, si mister Liang, o cualquier otro, supiese que he mencionado su nombre en un asunto como éste perdería mi empleo. Es simplemente que nací el quinto día del quinto mes del año de nuestro Señor cristiano 1935.

—Nunca lo diré —le tranquilizó David, sonriendo para sí mismo y pensando que

después de todo Jason Bourne no le había abandonado. El mito que había sido en otro tiempo conocía las vías que llevaban a los buenos contactos, las conocía a ciegas, y ese hombre estaba allí, dentro de David Webb.

La encortinada y encalada sala del almacén, forrada de vitrinas de exposición horizontales, no era diferente a un museo que muestra objetos de pasadas civilizaciones, como herramientas primitivas, insectos fósiles o tallas sacras de religiones ya desaparecidas. La diferencia estaba en los objetos. Aquí eran toda la gama de armas, desde pistolas y rifles del menor calibre hasta las armas más sofisticadas de la guerra moderna, como ametralladoras automáticas de mil tiros con cargadores en espiral sobre chasis casi sin peso o cohetes guiados por láser que se disparaban desde el hombro; todo un arsenal para terroristas. Hacían guardia dos hombres en traje de calle, uno ante la entrada a la sala, el otro dentro. Como era de esperar, el primero se disculpó con una reverencia y paseó un escáner electrónico por las ropas de Webb y de su chófer. Después alargó la mano para coger el maletín. David lo retiró, sacudiendo la cabeza y señalando aquella especie de varita mágica que era el escáner. El guarda lo había paseado ya por la superficie del maletín.

—Documentos privados —dijo Webb en chino al sorprendido guardián, entrando ya en la sala.

A David le costó casi un minuto aceptar lo que veía, descartar su incredulidad. Contempló los llamativos, casi ostentosos letreros de «No fumar» en inglés, francés y chino que había por las paredes y se preguntó por qué estaban allí. No se veía nada que los hiciera necesarios. Se acercó a las vitrinas y examinó la mercancía. Se aferraba al maletín que llevaba en la mano como si fuese un cordón umbilical que lo unía a la cordura en un mundo enloquecido a fuerza de instrumentos de violencia.

—*Huanying!* —gritó una voz, seguida por la aparición de un hombre de aspecto juvenil. Salió de la parte de la pared forrada de madera con uno de esos trajes europeos ajustados que exageran los hombros y estrechan la cintura, mientras los faldones de la chaqueta flotan como cola de pavo real; producto de unos diseñadores decididos a ser *chic* al precio de volver neutra la imagen masculina.

—Le presento a mister Wu Song, señor —dijo Pak-fei, inclinándose primero hacia el comerciante y después hacia Webb—. No es necesario que dé usted su nombre.

—¡Bu! —escupió el joven comerciante, señalando hacia el maletín de David—. *Bu jing ya!*

—Su cliente, mister Sung, habla bien el chino. —El chófer se volvió a David—. Como ya ha oído, señor, mister Sung no aprueba la presencia de su maletín.

—Nunca lo dejo de la mano.

—Entonces no podremos hablar en serio de negocios —dijo Wu Song en buen inglés.

—¿Por qué no? Su hombre lo comprobó. No llevo armas, y aunque las llevase y tratase de abrirlo, supongo que estaría en el suelo antes de que llegase a levantarse la tapa.

—¡Plástico! —dijo Wu Song, como quien hace una pregunta—. Micrófonos de plástico conectados a grabadoras con un contenido metálico tan bajo que los pasan por alto incluso los sistemas más sofisticados.

—Es usted un paranoico.

—Como dicen en su país, va con el territorio.

—Lo veo muy impuesto en modismos.

—Universidad de Columbia, setenta y tres.

—¿Se graduó en armamentos?

—No, en mercadotecnia.

—*Aiya!* —gritó Pak-fei, pero era demasiado tarde.

El rápido coloquio había disimulado el movimiento de los guardianes, que habían cruzado la sala y ahora se lanzaban sobre Webb y el conductor.

Jason Bourne giró en redondo, arrancó de su hombro el brazo de su atacante, lo aprisionó bajo el suyo, lo retorció hasta obligar al hombre a agacharse y estrelló el maletín contra la cara del oriental. *Volvían a él los movimientos. Volvía la violencia, como había vuelto a un amnésico desconcertado en un barco de pesca más allá de los bajíos de una isla mediterránea. Tan olvidado todo, tan sin explicación, pero recordado.* El hombre cayó, sorprendido, mientras su compañero se volvía furioso hacia Webb tras empujar al conductor al suelo. Se lanzó en diagonal llevando por delante las manos como dos arietes a los que servían de base un pecho y unos hombros poderosos. David dejó caer el maletín y se echó a la derecha, después giró de nuevo, también a la derecha, y disparó desde el suelo su pie izquierdo, alcanzando al chino en la ingle con tal fuerza que el hombre se dobló, gritando. Instantáneamente, Webb disparó el pie derecho, cuya punta fue a dar en la garganta de su atacante inmediatamente debajo de la barbilla. El hombre rodó por el suelo dando boqueadas, porque le faltaba el aire, con una mano en la ingle y la otra agarrándose el cuello. El primer guardián empezaba ya a levantarse. Bourne se adelantó y le estrelló la rodilla en el pecho, enviándole al centro de la habitación, donde cayó inconsciente bajo una vitrina.

El joven mercader de armas de la universidad de Columbia no volvía de su asombro. Sus ojos explicaban que estaba presenciando algo impensable, y esperaba

que en cualquier momento lo que veía se invirtiese y fueran sus hombres los vencedores. Después, de repente, supo que eso no iba a ocurrir, y corrió muerto de miedo hacia la puerta por donde había entrado, que alcanzó en el mismo momento en que Webb lo alcanzaba a él. David lo agarró por los hombros guateados y lo hizo girar, momento en que Wu Song tropezó con sus pies retorcidos y cayó. Levantó las manos, suplicante.

—¡No, por favor! ¡Deténgase! ¡No puedo soportar la violencia! ¡Coja lo que quiera!

—¿Que no puede soportar *qué*?

—¡Ya me ha oído! ¡Me pone malo!

—¿Qué diablos cree que es todo esto?! —aulló David, señalando con el brazo alrededor de la habitación.

—Satisfago una demanda, eso es todo. Coja lo que quiera, pero no me toque. ¡Por favor!

Asqueado, Webb fue hasta el conductor caído, que se había arrodillado con un hilo de sangre en la comisura de la boca.

—Lo que cojo, lo pago —dijo al mercader de armas, mientras agarraba al chófer por el brazo y le ayudaba a incorporarse—. ¿Está bien?

—Se la está buscando, señor —dijo Pak-fei, con las manos temblonas y los ojos llenos de miedo.

—No tiene nada que ver con usted, y Wu Song lo sabe. ¿No es verdad, Wu?

—Yo le traje aquí —insistió el chófer con voz quejumbrosa.

—Para hacer una compra —se apresuró a añadir David—. De modo que vamos a ello. Pero primero ate a esos dos tontos. Use las cortinas. Arránquelas.

Pak-fei miró implorante al joven mercader.

—¡Gran Jesús cristiano, haga lo que le dice! —chilló Wu Song—. ¡Va a golpearme! ¡Coja las cortinas! ¡Átelos, imbécil!

Tres minutos después, Webb tenía en sus manos un arma de extraño aspecto, abultada pero no grande. Era el último grito. El cilindro perforado que hacía de silenciador tenía un dispositivo neumático que reducía los decibelios de un disparo al ruido de un escupitajo, sin afectar a la precisión en distancias cortas. Hacía nueve tiros, y los cargadores se sacaban y metían por la base de la culata en cuestión de segundos. Había tres de reserva, treinta y seis disparos con la potencia de fuego de una Magnum 357 disponibles al instante en un arma de la mitad de su tamaño y con el peso de un Colt 45.

—Notable —dijo Webb, mirando a los guardianes atados y a un Pak-fei a quien le

flaqueaban las piernas—. ¿Quién la diseñó?

Cuánta experiencia estaba recuperando, cuánta pericia. ¿De dónde le venía todo aquello?

—Como norteamericano, quizá le moleste —respondió Wu Song—, pero es un hombre de Bristol, en Connecticut, que se dio cuenta de que la compañía para la que trabaja, para la que proyecta, no iba a recompensarlo adecuadamente por su invento. Valiéndose de intermediarios, acudió al muy cerrado mercado internacional y vendió al mejor postor.

—¿A usted?

—Yo no invierto. Yo comercio.

—Es cierto, lo olvidé. Satisface una demanda.

—Exactamente.

—¿A quién paga?

—A una cuenta numerada en Singapur; no sé nada más. Por supuesto estoy protegido. Todo esto está en depósito.

—Comprendo. ¿Cuánto por ésta?

—Llévesela. Se la regalo.

—Usted apesta, y no admito regalos de gente que apesta. ¿Cuánto?

Wu Song tragó saliva.

—El precio de catálogo es ochocientos dólares norteamericanos.

Webb se llevó la mano al bolsillo izquierdo y sacó los billetes que había puesto allí. Contó ocho de cien y se los dio al mercader de armas.

—Pagado —dijo.

—Pagado —asintió el chino.

—Átelo —dijo David, volviéndose al aprensivo Pak-fei—. No, no se preocupe por ello. ¡Átelo!

—¡Haz lo que te dice, idiota!

—Después lleve a los tres afuera. Al costado de la casa, junto al coche. Y procure que no lo vean desde las puertas.

—¡Rápido! —aulló Song—. ¡Está enfadado!

—Cuenta con ello —asintió Webb.

Cuatro minutos después, los dos guardianes y Wu Song cruzaban torpemente la puerta y salían a la cegadora luz de la tarde, que hacían más violenta los reflejos danzantes de las aguas de Puerto Victoria. Las rodillas y brazos de los dos gorilas, atados con las cortinas, hacían sus movimientos vacilantes e inciertos, y su silencio estaba garantizado por sendas mordazas de tela. Con el joven comerciante no hacían

falta tantas precauciones. Estaba como petrificado.

Ya solo, David volvió a dejar en el suelo su maletín recuperado y recorrió rápidamente la sala estudiando lo expuesto en las vitrinas, hasta que encontró lo que quería. Rompió el cristal con la culata de la pistola y cogió de entre los pedazos las armas que iba a utilizar, armas codiciadas en todas partes por los terroristas, granadas con mecanismo de relojería y con un impacto como el de una bomba de veinte libras. *¿Cómo lo sabía? ¿De dónde le venía ese conocimiento?*

Sacó seis granadas y comprobó la carga de las pilas. ¿Cómo podía hacerlo? ¿Cómo sabía dónde mirar, qué apretar? No importaba. Lo sabía. Consultó su reloj.

Las graduó una a una y corrió a lo largo de las vitrinas estrellando la culata de su arma contra el cristal y dejando caer dentro una granada. Le quedaba una y dos vitrinas; pero al ver los avisos trilingües de «No fumar» tomó otra decisión. Corrió a la puerta de madera, la abrió y vio lo que esperaba ver. Arrojó dentro la última granada.

Webb consultó su reloj, recogió el maletín y salió, procurando no perder la calma. Se acercó al Daimler aparcado junto al almacén, donde Pak-fei parecía estar disculpándose con sus prisioneros, entre sudores. El conductor estaba siendo alternativamente regañado y consolado por Wu Song, quien sólo quería que no le alcanzasen nuevas violencias.

—Llévelos al rompeolas —ordenó David, señalando el muro de piedra que se alzaba sobre las aguas del puerto.

Wu Song miró fijamente a Webb.

—¿Quién es usted? —preguntó.

Había llegado el momento.

Webb volvió a mirar su reloj mientras iba hacia el mercader de armas. Agarró a Wu Song por el codo y se llevó al asustado chino a lo largo del edificio, hasta donde los demás no podrían oír lo que dijese en voz baja.

—Me llamo Jason Bourne —dijo sencillamente David.

—¡Jason Bou...!

El oriental abrió la boca como si le hubiese perforado la garganta un estilete mientras sus ojos contemplaban ya la escena final y violenta de su muerte.

—Y si está pensando en restaurar su amor propio castigando a alguien, por ejemplo a mi chófer, olvídelo. Sabré dónde encontrarlo. —Webb hizo una pausa de un solo compás y continuó—: Es usted un hombre privilegiado, Wu, pero ese privilegio conlleva responsabilidades. Por ciertas razones, pueden interrogarle, y no espero que mienta, dudo que sea capaz de hacerlo bien; de modo que nos hemos

visto, eso lo aceptaré. E incluso le robé, si usted quiere. Pero si da una descripción exacta de mí, más le valdría estar en la otra punta del mundo... y muerto. Sería menos doloroso para usted.

El graduado de Columbia se quedó helado, con el labio inferior temblándole mientras miraba fijamente a Webb. David le devolvió la mirada en silencio, haciendo un gesto afirmativo con la cabeza. Soltó el brazo de Wu Song y volvió hasta donde estaban Pak-fei y los dos gorilas atados, dejando al aterrado mercader abandonado a sus atropellados pensamientos.

—Haga lo que le dije, Pak-fei —dijo, mirando una vez más su reloj—. Llévelos junto al muro y dígales que se tumben. Explíqueles que los estoy apuntando con mi pistola, y seguiré apuntándolos hasta que crucemos esas puertas. Creo que su patrón atestiguará que soy un tirador razonablemente bueno.

A regañadientes, el chófer dio las órdenes en chino, inclinándose ante el mercader de armas, y Wu Song echó a andar delante de los otros dirigiéndose con paso torpe hacia el rompeolas, a unos setenta metros de allí. Webb miró dentro del Daimler.

—¡Tíreme las llaves! —gritó a Pak-fei—. ¡Y dese prisa!

Agarró las llaves al vuelo y se puso al volante. Arrancó el motor, embragó y siguió al extraño desfile hasta detrás del almacén.

Wu Song y sus dos gorilas estaban tumbados en el suelo. Webb saltó del coche, con el motor en marcha, y se pasó corriendo al otro lado, con su arma recién comprada en la mano y el silenciador puesto.

—¡Suba y conduzca! —gritó a Pak-fei—. ¡De *prisa*!

El chófer subió al coche, desconcertado. David disparó tres tiros-escupitajos que levantaron el asfalto a pocos pies de la cara de cada prisionero. Fue suficiente; los tres rodaron aterrados hacia la pared. Webb subió al asiento delantero del coche.

—¡Vámonos! —dijo, consultando por última vez su reloj mientras mantenía el arma apuntando por la ventanilla hacia los tres hombres tumbados—. ¡*Ahora*!

Se abrieron las puertas para el augusto taipán de la augusta limusina, y el Daimler las cruzó a toda velocidad y volvió a la derecha para incorporarse al veloz tráfico de la autovía del Mongkok.

—¡Más despacio! —ordenó David—. Para a un lado, en la tierra.

—Estos conductores son unos locos, señor. Aceleran porque saben que dentro de pocos minutos apenas podrán moverse. Será difícil volver a la carretera.

—No sé por qué me parece que no.

Y ocurrió. Llegaron las explosiones una tras otra, tres, cuatro, cinco... *seis*. El almacén de una planta aislado voló por los aires, y las llamas y un humo negrísimo

llenaron el aire sobre la tierra y el puerto, haciendo que automóviles, camiones y autobuses frenasen rechinando en la autovía.

—¿*Usted*? —chilló Pak-fei, abriendo la boca y clavando en Webb sus ojos saltones.

—Estuve allí.

—¡*Estuvimos* allí, señor! ¡Soy hombre muerto! *Aiya!*

—No, Pak-fei, no lo es —dijo David—. Está protegido, le doy mi palabra. No volverá a oír hablar de mister Wu Song. Sospecho que estará en la otra punta del mundo, probablemente en Irán, enseñando mercadotecnia a los mullahs. No sé quién más iba a aceptarlo.

—¿Pero por qué? ¿Y *cómo*, señor?

—Está acabado. Trabajaba en lo que llaman «depósito», que significa que paga una vez vendida la mercancía. ¿Me sigue?

—Creo que sí, señor.

—Ya no tiene mercancía, pero tampoco fue vendida. Sólo desapareció.

—Pero, ¿cómo?

—Tenía cartuchos de dinamita y cajas de explosivo de plástico en el cuarto de atrás. Cosas demasiado primitivas para ponerlas en las vitrinas, demasiado voluminosas.

—¿Y cómo lo supo?

—No pude fumar... Métase en el tráfico, Pak-fei. Tengo que volver a Kowloon.

Mientras entraban en el Tsim Sha Tsui, los movimientos de la cabeza de Pak-fei volviéndose cada poco interrumpieron los pensamientos de Webb. El chófer no dejaba de mirarlo.

—¿Qué ocurre?

—No estoy seguro, señor. Y por supuesto, estoy asustado.

—¿No creyó lo que le dije, que no tiene nada que temer?

—No es eso, señor. Pienso que debo creerle porque vi lo que hizo, y vi la cara de Wu Song cuando hablaba con usted. Creo que es de usted de quien tengo miedo, pero también pienso que no debería tenerlo porque me protegió. Era algo que había en los ojos de Wu Song. No puedo explicarlo.

—No se preocupe —dijo David, buscando dinero en su bolsillo—. ¿Está casado, Pak-fei? ¿O tiene una amiga, o un amigo? Da igual.

—Casado, señor. Tengo dos hijos mayores con empleos bastante buenos. Me ayudan. Tengo suerte.

—Ahora tendrá más. Vaya a casa, recoja a su mujer, y a sus hijos si quiere, y

conduzca, Pak-fei. Haga muchas millas por los Nuevos Territorios. Párense a disfrutar de una buena comida en Tuen Mun o en Yuen Long y después siga conduciendo. Deje que disfruten de este magnífico automóvil.

—¿Y...?

—Un *xiao xin* —continuó Webb, ya con el dinero en la mano—. Lo que llamamos en inglés una pequeña «mentira blanca» que no hace daño a nadie. Sabe, quiero que este coche marque aproximadamente las millas correspondientes al recorrido que hemos hecho hoy... al que haremos todavía esta noche.

—¿Y cuál es?

—Llevó a mister Cruett primero hasta Lo Wu y después a lo largo de la cordillera hasta Lok Ma Chau.

—Ésos son puntos de entrada en la República Popular.

—Sí, lo son —asintió David, sacando dos billetes de 100 dólares, y después un tercero—. ¿Cree que podrá recordarlo, hacer el recorrido apropiado?

—Sin la menor duda, señor.

—¿Y cree —añadió Webb, con el dedo en un cuarto billete de 100 dólares— que podría decir que me apeé del coche en Lok Ma Chau y anduve vagando por las colinas cerca de una hora?

—Diez horas, si quiere, señor. No necesito dormir.

—Con una basta —David puso los cuatrocientos dólares ante los sorprendidos ojos del chófer—. Y sabré si cumple nuestro acuerdo.

—¡No se preocupe, señor! —exclamó Pak-fei, con una mano en el volante y la otra agarrando los billetes—. Recogeré a mi mujer, a mis hijos, a mis suegros e incluso a los de ella. Este animal que conduzco admite doce personas. ¡Muchas gracias, señor! ¡Gracias!

—Déjeme a unas diez calles de Salisbury Road y salga de la zona. No quiero que vean este coche en Kowloon.

—No, señor; cómo va a verlo si estaremos en Lo Wu, en Lok Ma Chau.

—En cuanto a mañana por la mañana, diga lo que quiera. Ya no estaré aquí; me marchó esta noche. No volverá a verme.

—Sí, señor.

—Nuestro contrato ha concluido, Pak-fei —dijo Jason Bourne, volviendo a pensar en una estrategia que a cada movimiento iba volviéndose más clara. Y a cada movimiento lo llevaba más cerca de Marie. Ya era todo más frío. Le daba cierta libertad ser lo que no era.

Representa el guión tal como te lo dieron... Debes estar en todas partes a la vez.

Hazlos sudar.

A las 5.02 un Liang evidentemente alterado salió a toda prisa por las puertas de cristal del Regent. Miró ansiosamente alrededor, a los huéspedes que entraban y salían, torció a la izquierda y caminó apresuradamente por la acera hacia la rampa de acceso a la calle. David lo observaba por entre los surtidores de las fuentes del otro lado del patio. Utilizándolas como escondrijo, atravesó la concurrida zona, sorteando coches y taxis, llegó a la rampa y siguió a Liang hacia Salisbury Road.

Se detuvo antes de llegar a la calle y se dio la vuelta. El subdirector se había parado bruscamente, como hace una persona llena de prisa y ansiedad cuando recuerda de pronto algo o cambia de idea. Debía de ser esto último, pensó David, pues al volver con precauciones la cabeza vio a Liang cruzar a toda prisa el camino de entrada a la atestada acera del New World Shopping Centre. Sabía que lo perdería entre la gente si no se daba prisa, de modo que levantó ambas manos, parando el tráfico, y bajó la rampa en diagonal mientras sonaban las bocinas y le llegaban los gritos airados de los conductores. Llegó a la acera sudando y ansioso. ¡No veía a Liang! ¿Dónde estaría? El mar de caras orientales se volvió borroso, todas iguales y sin embargo diferentes. ¿Dónde estaba? David avanzó farfullando excusas mientras chocaba con cuerpos y caras sorprendidas. ¡Y lo vio! Estaba seguro de que era Liang. Bueno, seguro no. Había visto a una figura vestida de oscuro embocar la entrada del paseo del puerto, un largo tramo de cemento junto al agua donde la gente pescaba, paseaba y hacía por las mañanas sus ejercicios de *tai chi*. Ver, sólo había visto la espalda de un hombre; si no era Liang, se iría de la calle y lo perdería por completo. *Instinto. No el tuyo sino el de Bourne, los ojos de Jason Bourne.*

Webb echó a correr, dirigiéndose a la entrada en arco del paseo. El horizonte urbano de Hong Kong espejeaba en la lejanía iluminado por el sol, y en el puerto se agitaba furiosamente el tráfico, rematando el trabajo de la jornada. Aminoró el paso al cruzar bajo el arco. No había más camino de vuelta hacia Salisbury Road que esa entrada. El paseo era un entrante sin salida en los muelles, y eso planteaba una pregunta, a la vez que daba respuesta a otra.

¿Por qué se había encerrado Liang —si es que era él— en un callejón sin salida? ¿Qué lo llevaba a él? ¿Un contacto, un sitio de entrega y recogida de un mensaje, un enlace? Fuera lo que fuese, significaba que el chino no había tenido en cuenta la posibilidad de que lo siguiesen; ésta era la respuesta inmediata que necesitaba David. Le decía lo que quería saber. A su presa la dominaba el pánico, y lo inesperado sólo podía lanzarla a un pánico todavía mayor.

Los ojos de Jason Bourne no habían mentido. Era Liang. Pero la primera pregunta

seguía incontestada, incluso aumentada por lo que vio Webb. Entre los miles y miles de teléfonos públicos de Kowloon, escondidos en galerías comerciales atestadas y en rincones apartados de oscuros vestíbulos, Liang había elegido uno de pago situado en la parte interior del muro del paseo. Estaba expuesto a todas las miradas, en medio de una amplia vía pública que era además un callejón sin salida. Aquello no tenía sentido. Incluso el peor aficionado tenía los instintos de conservación básicos; cuando lo invadía el pánico procuraba resguardarse.

Liang buscó cambio en su bolsillo, y de pronto, como obedeciendo a una voz interior, David supo que no podía permitir que hiciese aquella llamada. En todo caso, era él quien tenía qué hacerla. Formaba parte de su estrategia, una parte que lo llevaría más cerca de Marie. ¡El control tenía que estar en sus manos, no en las ajenas!

Echó a correr, dirigiéndose directamente al blanco caparazón de plástico del teléfono público, deseando gritar pero sabiendo que tenía que acercarse más para hacerse oír por encima del ruido del muelle batido por el viento. El subdirector estaba ya marcando, y dejó caer la mano al costado; había terminado. En alguna parte estaría sonando un teléfono.

—*Liang!* —rugió Webb—. ¡Apártese de ese teléfono! ¡Si quiere seguir vivo, cuelgue y salga de ahí!

El chino giró en redondo, con la cara convertida en una rígida máscara de terror.

—*¡Usted!* —gritó histéricamente, aplastando la espalda contra el plástico blanco—. ¡No... no! ¡Ahora no! ¡*Aquí* no!

Los disparos llenaron súbitamente el viento que llegaba del agua, en un *staccato* que se unió a los mil ruidos del puerto. Se armó un pandemónium en el paseo, que se llenó de gritos y chillidos mientras la gente se tiraba al suelo o corría en todas direcciones para escapar al terror de una muerte instantánea.

Capítulo 10

—*Aiya!* —rugió Liang, tirándose al suelo a un lado del teléfono mientras las balas mordían en el muro del paseo y restallaban en el aire sobre su cabeza. Webb se lanzó hacia el chino, y mientras se arrastraba hasta estar junto a él desenfundó el cuchillo—. ¡No lo haga! ¡Qué está haciendo! —gritó Liang mientras David, tumbado de costado, lo agarraba por la pechera de la camisa y le ponía la punta del cuchillo en la barbilla hasta hacer brotar sangre—. ¡Ay!

El grito histérico se perdió en el tumulto del paseo.

—¡Deme el número! ¡*Ahora!*

—¡No me haga eso! ¡Le juro que no sabía que era una trampa!

—Esto no es una trampa para mí, Liang —dijo Webb sin aliento y con el sudor corriéndole por la cara—. ¡Es para usted!

—¿Para mí? ¡Está loco! ¿Por qué yo?

—Porque ahora saben que estoy aquí, y que usted me ha visto y ha hablado conmigo. Hizo su llamada, y ya no pueden consentir que siga con vida.

—Pero ¿por qué?

—Le dieron un número de teléfono. Hizo su trabajo, y no se pueden permitir dejar rastros.

—¡Eso no explica nada!

—Quizá mi nombre se lo explique. Soy Jason Bourne.

—¡Oh, Dios mío...! —susurró Liang con la cara pálida mientras miraba fijamente a David, los ojos de un cristal opaco y los labios entreabiertos.

—Usted es un rastro —dijo Webb—. Dese por muerto.

—¡No, no! —El chino sacudió la cabeza—. ¡No puede ser! ¡No conozco a nadie, sólo el número! Es una oficina abandonada del New World Centre en la que instalaron un teléfono temporal. ¡*Por favor!* ¡El número es tres-cuatro, cuatro, cero, uno! ¡No me mate, mister Bourne! ¡Por el amor de nuestro Dios cristiano, no lo haga!

—Si yo creyera que la trampa era para mí, estaría sangrando por el cuello, no por la barbilla... ¿Tres-cuatro, cuatro, cero, uno?

—¡Sí, eso es!

El tiroteo terminó tan súbita y sorprendentemente como había empezado.

—El New World Centre está encima de nosotros, ¿no? Es una de esas ventanas de ahí arriba.

—¡Exactamente! —Liang se estremeció, incapaz de apartar los ojos de la cara de David. Después los cerró con fuerza y le brotaron lágrimas mientras sacudía

violentemente la cabeza—. ¡Nunca le he visto! ¡Lo juro por la cruz del Santo Jesús!

—A veces me pregunto si estoy en Hong Kong o en el Vaticano.

Webb alzó la cabeza y miró alrededor. A todo lo largo del paseo, personas aterrorizadas empezaban a incorporarse, vacilantes. Las madres agarraban a sus hijos; hombres y mujeres se abrazaban, y hombres, mujeres y niños se ponían de rodillas, después de pie, y de repente formaron una masa que salió de estampida hacia el arco de Salisbury.

—¿Le dijeron que hiciera la llamada desde aquí, no es cierto? —dijo David rápidamente, volviéndose hacia el asustado hotelero.

—Sí, señor.

—¿Por qué? ¿Le dieron alguna razón?

—Sí, señor.

—¡Por Cristo, abra los ojos!

—Sí, señor. —Liang los abrió, y habló mirando a otro lado—. Decían que no confiaban en el huésped que había solicitado la suite seis-noventa. Era un hombre que podía obligar a otro a transmitir mentiras. Por eso querían observarme cuando hablase con él. Mister Bourne... ¡No, no he dicho nada! Mister Cruett, traté de ponerme en contacto con usted durante todo el día. Quería que supiese que me estaban presionando una y otra vez. No paraban de telefonarme queriendo saber cuándo les haría mi llamada desde aquí. Yo les decía siempre que usted no había llegado. ¿Qué otra cosa podía hacer? Al tratar de hablar con usted tan consecuentemente, ya puede comprender que estaba tratando de prevenirle, señor. Es evidente, ¿no le parece?

—Lo evidente es que es usted un insensato.

—No estoy preparado para este trabajo.

—¿Por qué lo hizo?

—¡El dinero, señor! Yo estuve con Chiang, con el Kuomintang. Tengo mujer y cinco hijos, dos chicos y tres chicas. ¡Tengo que marcharme! Buscan antecedentes y nos clasifican sin apelación. ¡Yo soy un hombre educado, señor! Universidad de Fudan, el segundo de mi clase, y tuve mi propio hotel en Shanghai. Pero todo eso ya no significa nada. Cuando Beijing se apodere de esto, soy hombre muerto, y mi familia también. Y ahora me dice usted que lo soy desde este momento. ¿Qué voy a hacer?

—Pekín, Beijing, no tocará la colonia; no van a cambiar nada —dijo David, recordando lo que le había dicho Marie aquella noche terrible, después de que McAllister se fuera de su casa—. A menos que los locos se hagan con el gobierno.

—Locos están todos, señor. No crea otra cosa. ¡Usted no los conoce!

—Tal vez no. Pero conozco a algunos de ustedes y, francamente, preferiría no conocerlos.

—«Que aquel de vosotros que esté libre de pecado tire la primera piedra.»

—Piedras, pero no sacos de plata de la corrupción de Chiang, ¿no le parece?

—Señor...

—¿Cómo se llaman sus tres hijas? ¡Deprisa!

—Se llaman... se llaman... Wang... Wang... Sho...

—¡Olvidelo! —aulló David, mirando hacia el arco de Salisbury—. *Ni bushi reen!*

¡Usted no es un hombre, es un cerdo! Que siga bien, Liang el del Kuomintang. Siga bien mientras ellos se lo permitan. Francamente, me tiene sin cuidado.

Webb se incorporó, dispuesto a volver a lanzarse al suelo al primer reflejo extraño de la luz en cualquiera de las ventanas que tenía arriba, a su izquierda. Los ojos de Jason Bourne eran precisos; no hubo nada. David se unió a la estampida hacia el arco y se mezcló con la multitud que iba hacia Salisbury Road.

Hizo la llamada desde el teléfono de una congestionada y ruidosa galería comercial de Nathan Road. Se tapó la oreja izquierda con el índice para oír mejor.

—*Wei?* —dijo una voz masculina.

—Soy Bourne, y hablaré inglés. ¿Dónde está mi mujer?

—*Wode tian ah!* Dicen que habla usted nuestra lengua en numerosos dialectos.

—Ha pasado mucho tiempo y quiero entenderlo todo claramente. ¡Le he preguntado por mi mujer!

—¿Le dio Liang este número?

—No tenía elección.

—También él es hombre muerto.

—No me importa lo que hagan, pero yo en su lugar lo pensaría bien antes de matarlo.

—¿Por qué? Es más vil que un gusano.

—Porque eligieron a un condenado estúpido; peor aún, a un histérico. Ha hablado con demasiada gente. Una telefonista me dijo que estaba llamándome cada cinco minutos.

—¿Llamándolo a usted?

—Llegué esta mañana. ¿Dónde está mi mujer?

—¡Liang mintió!

—¿No esperarían que me quedase en esa suite? Hice que me cambiase a otra habitación. Nos vieron hablando juntos, discutiendo, media docena de empleados. Si lo matan, habrá más rumores de los que ninguno de nosotros desea. La policía

buscará a un rico norteamericano que desapareció.

—Se lo ha hecho en los pantalones —dijo el chino—. Quizá con eso baste.

—Sí, basta. Y ahora, ¿qué hay de mi mujer?

—No tengo acceso a esa información.

—Entonces que se ponga alguien que lo tenga. ¡Ahora!

—Se encontrará usted con otros más enterados.

—¿Cuándo?

—Nosotros le buscaremos. ¿En qué habitación está?

—Llamaré yo. Tienen quince minutos.

—¿Me da órdenes?

—Sé dónde está, en qué ventana, en qué oficina. Es usted un chapucero con el rifle. Debería haber tizado el cañón con corcho quemado; el sol se refleja en el metal; es algo básico. Dentro de treinta segundos estaré a cien pies de su puerta, pero usted no sabrá dónde estoy y no puede dejar ese teléfono.

—¡No le creo!

—Póngame a prueba. Usted no está viéndome ahora, pero yo a usted sí. Tiene quince minutos, y cuando vuelva a llamarle quiero hablar con mi mujer.

—¡No está aquí!

—Si creyese que estaba, usted estaría ya muerto, le habría arrancado la cabeza y le habría tirado por la ventana para que fuera a reunirse con la restante basura del puerto. Si cree que exagero, investigue. Pregunte a quienes han tratado conmigo. A su taipán, ese Yao Ming que no existe.

—¡No puedo hacer que aparezca su mujer, Jason Bourne! —gritó el asustado secuaz.

—Consígame un número donde pueda hablar con ella. O escucho su voz, hablando conmigo, o no hay nada. Excepto su cuerpo sin cabeza y un pañuelo negro en su sangre. *¡Quince minutos!*

David colgó el teléfono y se enjugó el sudor de la cara. Lo había hecho. La mente y las palabras eran las de Jason Bourne; había vuelto a un tiempo sólo vagamente recordado y sabía instintivamente qué hacer, qué decir, con qué amenazar. Había una lección en alguna parte. La apariencia superaba con mucha a la realidad. ¿O había dentro de él una realidad que pugnaba por salir, que quería tomar el mando, que decía a David Webb que confiase en el hombre que había en su interior?

Dejó las apreturas de la galería y salió a la acera, no menos congestionada. La Milla de Oro del Tsim Sha Tsui se preparaba para sus juegos nocturnos, y así haría él. Ahora podía regresar al hotel. El subdirector estaría a muchas millas de allí,

seguramente sacando un pasaje de avión para Taiwan, si había algo de verdad en sus afirmaciones históricas. Webb utilizaría el montacargas para subir a su habitación por si había otros esperándolo en el vestíbulo, aunque lo dudaba. La galería de tiro de aquella oficina vacía del New World Centre no era un puesto de mando, y el tirador no era un jefe, sino un secuaz que ahora temía por su vida.

Con cada paso que daba David por Nathan Road se le hacían más corto el aliento y más fuertes los latidos del corazón. Dentro de doce minutos oiría la voz de Marie. ¡Necesitaba tanto oírla! ¡Tenía que oírla! Era lo único que podía mantenerlo cuerdo, lo único que importaba.

—Sus quince minutos han terminado —dijo Webb, sentado en el borde de la cama y tratando de dominar los latidos de su corazón, mientras se preguntaba si podrían oírlos como él los oía y confiaba en que no hiciesen que le temblase la voz.

—Llame al cinco-dos, seis, cinco, tres.

—¿Cinco? —David se dio cuenta del cambio—. Está en Hong Kong, no en Kowloon.

—Será trasladada inmediatamente.

—Volveré a llamarle cuando haya hablado con ella.

—No hace falta, Jason Bourne. Hay allí personas enteradas que hablarán con usted. Mi trabajo ha terminado y usted no me ha visto.

—No hace falta. Al salir de esta oficina le tomarán una foto, pero no sabrá desde dónde ni quién. Probablemente verá a muchas personas, en el pasillo, en un ascensor o en el vestíbulo, pero no sabrá cuál de ellas tiene una cámara con un objetivo que parece un botón de su chaqueta o un adorno del bolso. Que le vaya bien y tenga sueños agradables.

Webb oprimió la horquilla del teléfono, esperó tres segundos, la soltó, oyó el tono y tocó los botones. Se oía el timbre. ¡Dios, no podía soportarlo!

—Wei?

—Aquí Bourne. Que se ponga mi mujer.

—Como desee.

—¿David?

—¡¿Estás bien?! —gritó Webb al borde de la histeria.

—Sí; sólo un poco cansada, cariño. Y tú ¿estás bien?

—¿Te han hecho daño, te han tocado?

—No, David; en realidad han sido muy amables. Pero ya sabes cómo me canso a veces. ¿Recuerdas aquella semana en Zurich, cuando tú querías ver el Fraumünster y los museos y salir a navegar a vela por el Limmat y te dije que me sentía incapaz?

No había habido tal semana en Zurich. Sólo la pesadilla de una única noche, cuando ambos estuvieron a punto de perder la vida. El haciendo frente a los que aspiraban a ser sus verdugos en la Steppdeckstrasse, ella a punto de ser violada, condenada a muerte junto al río, en un rincón desierto del Quai de Guisan. ¿Qué trataba de decirle?

—Sí, lo recuerdo.

—De modo que no debes preocuparte por mí, cariño. ¡Gracias a Dios que estás aquí! Pronto estaremos juntos, me lo han prometido. Será como en París. ¿Recuerdas París, cuando creí que te había perdido? Pero viniste a mí y los dos sabíamos adonde ir. Aquella encantadora calle de los árboles verde oscuro y la...

—Eso será todo, Mrs. Webb —interrumpió una voz masculina—. ¿O debería decir Mrs. Bourne? —añadió, hablando ya por el teléfono.

—¡Piensa, David, y ten cuidado! —gritó Marie al fondo—. ¡Y no te preocupes, cariño! Aquella encantadora calle con las hileras de árboles, de mi árbol favorito...

—*Ting zhi!* —exclamó la voz masculina, dando una orden en chino—. ¡Lléváosla! ¡Está dándole información! ¡Rápido! ¡No la dejéis hablar!

—Si le hacéis el menor daño, lo lamentaréis durante el resto de vuestra corta vida —dijo fríamente Webb—. Juro por Cristo que os encontraré.

—No ha habido motivo de disgusto hasta ese momento —replicó lentamente el hombre, en tono sincero—. Ya ha oído a su mujer. Se la ha tratado bien. No tiene queja.

—¡Algo le ocurre! ¿Qué diablos le han hecho que no puede decírmelo?

—Es sólo la tensión, mister Bourne. Y sí, le decía algo. Sin duda en su ansiedad trataba de describir este sitio, erróneamente, debería añadir; pero incluso si la descripción fuese precisa le sería a usted tan inútil como el número de teléfono. Está camino de otro apartamento, uno de los millones que hay en Hong Kong. ¿Por qué íbamos a hacerle daño? Sería contraproducente. Un gran taipán quiere reunirse con usted.

—¿Yao Ming?

—Como usted, tiene varios nombres. Tal vez puedan llegar a un acuerdo.

—O llegamos a un acuerdo o es hombre muerto. Y usted también.

—Le creo, Jason Bourne. Mató a un pariente cercano mío que estaba fuera de su alcance, en su fortaleza isleña de Lantau. Estoy seguro de que lo recuerda.

—No tomo notas. Yao Ming. ¿Cuándo?

—Esta noche.

—¿Dónde?

—Debe comprender que él es una persona muy reconocible, de modo que ha de ser en un sitio bastante insólito.

—¿Y si lo eligiese yo?

—Inaceptable, desde luego. No insista. Tenemos a su mujer.

David se puso tenso; estaba perdiendo el control que tan desesperadamente necesitaba.

—Diga un sitio.

—La Ciudad Amurallada. Suponemos que la conoce.

—He oído hablar de ella —corrigió Webb, tratando de centrar su dispersa memoria—. El suburbio más sucio de la faz de la tierra, si no recuerdo mal.

—¿Qué otra cosa podía ser? Es la única posesión legal de la República Popular en toda la colonia. Incluso el detestable Mao Zhedong dio permiso a nuestra policía para limpiarla. Pero los funcionarios civiles ganan muy poco. Sigue estando casi igual.

—¿A qué hora esta noche?

—Después de oscurecer, pero antes de que cierre el bazar. Entre las nueve y media y las diez menos cuarto, no más tarde.

—¿Cómo encuentro a ese Yao Ming... que no es Yao Ming?

—En el primer bloque del mercado hay una mujer que vende entrañas de serpiente, principalmente cobra, como afrodisíacos. Acérquese y pregúntele dónde hay una grande. Ella le dirá por qué escaleras debe bajar y qué callejón debe tomar. Le saldrán al encuentro.

—No podré llegar hasta allí. El color de mi piel no gusta mucho por allá abajo.

—Nadie le hará daño. No obstante, le sugiero no llevar ropa llamativa ni lucir joyas caras.

—¿Joyas?

—Si tiene un reloj de mucho precio, no lo lleve.

Te cortarían un brazo por un reloj. Medusa. Amén.

—Gracias por el consejo.

—Una última cosa. No se le ocurra implicar a las autoridades o a su consulado, en un imprudente intento de comprometer al taipán. Si lo hace, su mujer morirá.

—No era necesario.

—Con Jason Bourne todo es necesario. Estará vigilado.

—De nueve y media a nueve cuarenta y cinco —dijo Webb, dejando el teléfono y levantándose de la cama.

Fue a la ventana y miró hacia el puerto. ¿Qué sería? ¿Qué había tratado de decirle Marie?

... ya sabes cómo me canso a veces.

No, no lo sabía. Su mujer era una fuerte ranchera de Ontario que jamás se quejaba de estar cansada.

... no debes preocuparte por mí, cariño.

Una petición absurda, y ella lo sabía. Marie no malgastaba momentos preciosos en tonterías. A menos... ¿Estaría divagando, diciendo incoherencias?

... será como en París... ambos sabíamos adonde ir... aquella encantadora calle de los árboles verde oscuro.

No, divagando sólo en apariencia; había un mensaje. Pero ¿cuál? ¿Qué encantadora calle con «árboles verde oscuro» era ésa? ¡No se le ocurría nada y aquello lo ponía fuera de sí! Estaba fallándole. Marie le había enviado una señal que se le escapaba.

... ¡Piensa, David, y ten cuidado!... ¡No te preocupes, cariño! Aquella encantadora calle con hileras de árboles, de mi árbol favorito...

¿Qué calle encantadora? ¿Qué malditas hileras de árboles, qué árbol favorito? Nada tenía sentido para él y debería tenerlo. Debería ser capaz de responder en vez de estar asomado a la ventana con la memoria en blanco. ¡Ayúdame!, gritó en silencio a nadie.

Una voz interior le dijo que no debía demorarse en algo que era incapaz de comprender. Había cosas que hacer; no podía meterse sin más en el lugar de encuentro elegido por el enemigo sin algún conocimiento previo, sin contar con algunas bazas en su juego. *Le sugiero que no lleve ropa llamativa.* No iba a ser llamativa en ningún caso, pensó Webb, pero ahora sería algo totalmente opuesto... e inesperado.

Durante los meses en que había ido despojándose de las sucesivas capas de Jason Bourne un tema se repetía continuamente: cambia, cambia, cambia... Bourne era un virtuoso del cambio; le llamaban el Camaleón, un hombre que podía introducirse con facilidad en los ambientes más diversos. No con disfraces grotescos, a base de pelucas y masilla para deformar la nariz, sino como alguien capaz de adaptar lo esencial de su aspecto a su entorno inmediato de tal modo que quienes habían visto al «asesino» — rara vez a plena luz o de cerca— daban descripciones totalmente diferentes del hombre al que se daba caza por toda Asia y Europa. Los detalles eran siempre contradictorios: el pelo era oscuro, o claro; los ojos castaño, azules o mezclados; la piel pálida, curtida o rojiza, la ropa bien cortada y discreta si la cita tenía lugar en un café caro en penumbra, o arrugada y mal puesta si la reunión era en los muelles o en los bajos fondos de una determinada ciudad. Cambio. Sin esfuerzo, con el mínimo de artificio. David Webb confiaría en el camaleón que llevaba dentro. Caída libre. Ir a

donde dijese Jason Bourne.

Tras dejar el Daimler, fue al Península, pidió una habitación y depositó el maletín en la caja del hotel. Tuvo la presencia de ánimo de registrarse con el nombre del tercer pasaporte falso de Cactus. Si había alguien buscándolo, preguntaría por el que usaba en el Regent; era lo único que tenían.

Cruzó Salisbury Road, cogió el ascensor de servicio, fue rápidamente a su habitación y metió la poca ropa que necesitaba en la bolsa de vuelo. Pero no se despidió del Regent. Si lo buscaban, quería que lo hiciesen donde no estaba.

Una vez instalado en el Península, tuvo tiempo de comer algo y hurgar en varias tiendas hasta el anochecer. Cuando cayesen las sombras estaría en la Ciudad Amurallada, antes de las nueve y media. Jason Bourne daba las órdenes y David Webb obedecía.

La Ciudad Amurallada de Kowloon no tiene muralla visible, pero está tan claramente definida como si la rodease un alto muro de acero. Se nota al instante por el congestionado mercado que funciona a lo largo de la calle, frente a la hilera de oscuras viviendas ruinosas, de chozas encaramadas al azar unas sobre otras y que dan la impresión de que en cualquier momento va a venirse abajo todo el tinglado y no quedarán más que escombros donde antes había escombros armados. Pero a medida que uno descende el corto tramo de escalones que lleva al interior de esa amalgama de tugurios aparece una fuerza disimulada. Bajo el nivel del suelo, callejones pavimentados de guijarros que son en la mayoría de los casos túneles cruzan bajo los desvencijados edificios. En corredores mugrientos, mendigos tullidos compiten con prostitutas casi sin ropa y vendedores de droga a la claridad espectral de unas bombillas desnudas que cuelgan de cables descubiertos a lo largo de los muros de piedra. Abunda una humedad pútrida; todo es ruina y podredumbre, pero la fuerza del tiempo ha endurecido esa descomposición, petrificándola.

Dentro de los sucios callejones sin orden ni equilibrio hay estrechas escaleras apenas iluminadas que conducen a la serie de edificios ruinosos, la mayoría de tres pisos, dos de ellos bajo el suelo. Dentro de las pequeñas y deterioradas habitaciones se expende la más amplia variedad de drogas y sexo. Todo ello está fuera del alcance de la policía —aceptado en silencio por ambas partes—, pues rara es la autoridad de la colonia que desea aventurarse en las tripas de la Ciudad Amurallada. Se trata de un infierno reservado, autosuficiente. Dejadlo en paz.

Afuera, en el mercado que llena la calle sembrada de basura y cerrada al tráfico, mesas sucias en las que se amontonan mercancías de desecho o robadas se intercalan con puestos mugrientos en los que se alzan nubes de vapor de las enormes tinas de

aceite hirviendo donde sumergen continuamente dudosos trozos de carne, de ave o serpiente, que colocan después sobre periódicos para su venta inmediata.

El gentío se mueve, bajo la débil luz de las farolas callejeras, de un vendedor al siguiente, regateando a gritos, comprando y vendiendo. Están también los del bordillo, hombres y mujeres en la miseria, sin puesto ni mesa, que extienden su mercancía en la acera y aguardan en cucullas detrás de sus baratijas, en gran parte robadas en los muelles, y sus jaulas llenas de escarabajos y pajarillos.

Cerca de la entrada del extraño y fétido bazar estaba sola una mujer musculosa que, sentada en un taburete de madera con las gruesas piernas separadas, iba despellejando serpientes y sacándoles las entrañas, mientras sus ojos oscuros parecían hipnotizados por cada nuevo reptil ondulante que caía en sus manos. Tenía a ambos lados sacos de arpillera que se convulsionaban cuando los reptiles condenados se atacaban furiosos entre sí, rabiosos por su cautiverio. Sujeta bajo el pie derecho descalzo de la corpulenta mujer había una cobra, con su cuerpo negro como el azabache inmóvil y erguido, la cabeza plana, los ojillos fijos, hipnotizada por el constante movimiento de la multitud. La mugre del mercado era la mejor barricada para aquella Ciudad Amurallada sin muralla.

Volviendo la esquina al otro extremo del largo bazar, alguien desembocó en la rebosante avenida. El tipo llevaba un traje marrón barato y holgado, con los pantalones demasiado anchos y la chaqueta demasiado grande, aunque ceñida a unos hombros encorvados. Un sombrero blando de ala ancha, negro e inconfundiblemente oriental, arrojaba una sombra constante sobre su cara. Su paso era lento, como convenía a quien iba deteniéndose en puestos y mesas examinando la mercancía, pero sólo en una ocasión pareció llevarse la mano al bolsillo para comprar algo. Toda su postura era encorvada, la de un hombre que ha estado inclinado durante años sobre el duro trabajo del campo o de los muelles, comiendo siempre menos de lo que necesita un cuerpo al que se le exige tanto. Había también en él una tristeza, una inutilidad hija de lo escaso, tardío y costoso que había sido todo para su mente y su cuerpo. Era el reconocimiento de la impotencia, de la renuncia al orgullo porque no había nada de que estar orgulloso; el precio de la supervivencia había sido excesivo. Aquel hombre, aquella silueta cargada de espaldas que ahora compraba un cucurucho de papel de periódico lleno de un pescado frito más que dudoso, no era diferente a muchos de los hombres que andaban por el mercado; podríamos decir que era indistinguible de ellos. Se acercó a la mujer musculosa, ocupada en arrancar los intestinos a una serpiente que aún se retorció.

—¿Dónde hay una grande? —preguntó Jason Bourne en chino, con los ojos fijos

en la cobra inmóvil mientras le corría la grasa del periódico por la mano izquierda.

—Llega demasiado pronto —replicó la mujer con cara inexpresiva—. Ha oscurecido, pero es muy pronto.

—Me metieron prisa. ¿Acaso discute las instrucciones del taipán?

—¡Es puñeteramente barato para ser un taipán! —escupió la mujer en un cantónes gutural—. ¿Y a mí qué me importa? Baje los escalones que hay a mi espalda y tome el primer callejón a la izquierda. A unos quince o veinte metros encontrará a una puta. Espera por el hombre blanco y lo llevará hasta el taipán. ¿Es usted del hombre blanco? No puedo verlo con esta luz y habla bien el chino, pero no parece un blanco, no lleva ropa de blanco.

—Si usted fuera yo y le hubiesen dicho que viniera aquí, ¿tendría mucho interés en parecer un blanco y vestir como un blanco?

—¡Tendría buen cuidado de hacerles creer que era del Qing Gaoyan! —dijo la mujer, riendo por entre el vacío de sus dientes—. Sobre todo si lleva dinero. ¿Lleva usted dinero... nuestro *Zhongguo ren*?

—Me halaga, pero no.

—Miente. Los blancos mienten con palabras de miel cuando hablan de dinero.

—Está bien, miento. Confío en que su serpiente no me ataque por ello.

—¡Tonto! Es vieja y no tiene colmillos, no tiene veneno. Pero es la viva imagen de la cosa de un hombre. Me da dinero. ¿Me dará usted dinero?

—Por un servicio, sí.

—¡*Aiya!* ¡Quiere este viejo cuerpo! ¡Debe de tener un hacha entre las piernas! ¡Pues dele de hachazos a la puta, no a mí!

—Nada de hacha, sólo palabras —dijo Bourne, deslizando la mano en el bolsillo del pantalón.

Sacó un billete de cien dólares norteamericanos e hizo un escamoteo frente a la cara de la vendedora de serpientes, manteniéndolo fuera de la vista de los cazadores de ocasiones que le rodeaban.

—*Aiya... aiya!* —susurró la mujer mientras Jason hurtaba el billete a sus dedos codiciosos y la serpiente muerta caía entre sus gruesas piernas.

—El servicio —repitió Bourne—. Puesto que usted creyó que yo era de los suyos, espero que otros lo crean también. Lo único que quiero es que diga a quien le pregunte que el blanco no apareció. ¿Le parece bien?

—¡Me parece! ¡Deme el dinero!

—¿Y el servicio?

—¡Compren serpientes, buenas serpientes! ¡Qué se yo de un hombre blanco! ¡No

apareció! Aquí tiene la suya. ¡Y a joder!

La mujer cogió el billete, echó mano a las entrañas y las metió en una bolsa de plástico con la firma de un diseñador. Decía *Christian Dior*.

Bourne cogió la bolsa, hizo dos rápidas inclinaciones, retrocedió hasta salir del gentío y dejó caer las entrañas de la serpiente en el bordillo, lo bastante lejos de una farola para no ser notado. Sostenido el pringoso cucurucho de pescado, fingió repetidamente llevarse puñados a la boca mientras iba despacio hacia las escaleras y descendía a las entrañas humeantes de la Ciudad Amurallada. Miró su reloj, con lo que volcó parte del pescado. Eran las 9.15; las patrullas del taipán estarían tomando posiciones.

Debía saber qué alcance tenían los servicios de seguridad del banquero. Necesitaba que la mentira que había contado a un tirador apostado en una oficina desierta encima del paseo del puerto fuese verdad. En vez del vigilado, tenía que ser quien vigilaba. Se aprendería de memoria cada cara, el papel de cada uno en la estructura del comando, la rapidez con que cada miembro tomaba decisiones cuando estaba sometido a presión, el equipo de comunicaciones, y sobre todo descubriría dónde radicaban los fallos en la seguridad del taipán. David comprendía que Jason Bourne había tomado el mando, y lo que él estaba haciendo estaba bien hecho. La nota del banquero empezaba diciendo: «Una esposa por una esposa.» Sólo había que cambiar una palabra: «Un taipán por una esposa.»

Bourne entró en el callejón de su izquierda y caminó unos cien pasos frente a visiones que escrupulosamente ignoró; no haría menos un vecino de la Ciudad Amurallada. En una oscura escalera, una mujer llevaba a cabo de rodillas el acto por el que la habían pagado, mientras el hombre, de pie ante ella, sostenía el dinero sobre su cabeza. Una joven pareja, dos adictos casi frenéticos, rogaban a un hombre que llevaba una carísima cazadora de cuero negro. Un niño orinaba contra la pared de piedra con un cigarrillo de marihuana entre los labios. Un mendigo sin piernas hacía sonar con estrépito su carrito de ruedas sobre los guijarros mientras cantaba *Bong ngo, bong ngo*, una petición de limosna; y en otra escalera medio a oscuras un chulo bien vestido amenazaba a una de sus pupilas con desfigurarle la cara si no sacaba más dinero. David Webb se dijo que no estaba precisamente en Disneylandia. Jason Bourne estudiaba el callejón como si fuese una zona de combate tras las líneas enemigas. Las 9.24. Los soldados estarían dirigiéndose a sus puestos. El hombre exterior y el interior dieron media vuelta y empezaron a desandar el camino.

La puta del banquero paseaba en su puesto, con la blusa de un rojo brillante desabotonada, cubriéndole apenas los pequeños pechos, y la tradicional abertura de su

falda negra hasta el muslo. Parecía una caricatura. El «hombre blanco» no podría equivocarse.

Punto primero: acentúan lo obvio. Algo a recordar: la sutileza no era su fuerte. Unos metros más atrás, un hombre habló por su radio portátil. Después se puso a la altura de la mujer, sacudió la cabeza y salió precipitadamente hacia el final del callejón y los escalones. Bourne se detuvo, aún más caído y vuelto hacia la pared. Oyó las pisadas a su espalda, apresuradas, enfáticas, acelerando el paso, y un segundo chino se acercó y pasó junto a él, un hombrecillo de mediana edad con un oscuro traje de calle, corbata y zapatos bien lustrados. No vivía en la Ciudad Amurallada; su expresión era una mezcla de aprensión y asco. Ignorando a la puta, consultó su reloj y apresuró el paso. Tenía todo el aire del ejecutivo a quien han encomendado algo que encuentra desagradable. Un hombre de empresa, preciso, ordenado, creyente sobre todo en los libros de contabilidad, porque los números no mienten. ¿Un banquero?

Jason estudió la irregular serie de escaleras; aquel hombre tenía que haber salido de una de ellas. El ruido de las pisadas había sido repentino, y a juzgar por el paso habían empezado cerca de allí, en la tercera escalera de la izquierda o la cuarta de la derecha. En uno de los pisos situados encima de una de esas dos escaleras un taipán esperaba visita. Bourne tenía que descubrir en cuál y en qué planta. Necesitaba que el taipán se llevase una sorpresa, incluso un susto. Debía comprender con quién estaba tratando y a lo que le exponían sus actos.

Jason volvió a ponerse en movimiento, ahora con andares de borracho. Recordó la letra de una vieja canción popular en mandarín.

—*Me li hua chemg zhang liu yue* —canturreó, rebotando suavemente en la pared mientras se acercaba a la puta—. Tengo dinero —dijo alegremente, en un chino impreciso—. Y tú, hermosa mujer, tienes lo que necesito. ¿Adónde vamos?

—A ninguna parte, borracho. Fuera de aquí.

—*Bong ngo! Cheng bong ngo!* —gritó el mendigo sin piernas alborotando con su carrito por el callejón mientras se acercaba—. *Cheng bong ngo!*

—*Jau!* —chilló la mujer—. ¡Lárgate de aquí antes de que te saque del carro de una patada, Loo Mi! ¡Ya te he dicho que no te metas en mi negocio!

—¿Ese borracho barato es negocio? ¡Yo te conseguiré algo mejor!

—El es sólo un estorbo, cariño. Estoy esperando a alguien.

—¡Entonces voy a cortarle los pies! —gritó el grotesco mendigo sacando del carro una cuchilla de carnicero.

—¿Qué demonios haces? —rugió Bourne en inglés, dándole una patada en el pecho que mandó al mediodhombre y su carro a la pared de enfrente.

—¡Hay leyes! —gritó el mendigo—. ¡Atacó a un inválido! ¡Está robando a un inválido!

—Denúnciame —dijo Jason, volviéndose a la mujer mientras el mendigo se alejaba llenando de ruido el callejón.

—Hablas inglés...

La puta se le quedó mirando fijamente.

—Y tú también —dijo Bourne.

—Tú hablas chino, pero no eres chino.

—En espíritu, tal vez. He estado buscándote.

—¿Eres el hombre?

—Lo soy.

—Te llevaré al taipán.

—No. Sólo dime qué escalera y qué planta.

—No son ésas mis instrucciones.

—Hay nuevas instrucciones del taipán. ¿Acaso las discutes?

—Tiene que darlas el jefe.

—¿El pequeño *Zhongguo ren* del traje oscuro?

—El nos lo dice todo. Él nos paga de parte del taipán.

—¿A quién paga?

—Pregúntaselo tú mismo.

—El taipán quiere saberlo. —Bourne buscó en su bolsillo y sacó un montón de billetes doblados—. Me dijo que te diese más dinero si me ayudabas. Piensa que ese hombre puede estar engañándolo.

La mujer se apoyó en la pared mirando alternativamente al dinero y a la cara de Bourne.

—Si estás mintiendo...

—¿Por qué iba a mentir? El taipán quiere verme, tú lo sabes. Me dijo que me vistiera así, que me comportase de este modo, que te buscase y vigilase a sus hombres. ¿Cómo iba a saber que existías si no me lo hubiese dicho él?

—Arriba, en el mercado. Tienes que ver a alguien.

—No he estado allí. Vine directamente aquí abajo. —Jason apartó varios billetes—. Los dos trabajamos para el taipán. Ahora quiere que cojas esto y te marches, pero no debes subir a la calle.

Le ofreció el dinero.

—El taipán es generoso —dijo la puta, alargando la mano para coger los billetes.

—¿Qué escalera? —preguntó Bourne retirándolos—. ¿Qué planta? El taipán no lo

sabía.

—Allí —dijo la mujer, señalando la pared de enfrente—. Tercera escalera, segunda planta. El dinero.

—¿A quién tiene en nómina el jefe? ¡Rápido!

—En el mercado está la bruja de las serpientes, y ese viejo ladrón que vende cadenas que dice que son de oro del Norte, y el de los cuencos, con un pescado y una carne que ya, ya...

—¿Eso es todo?

—Eso es todo.

—El taipán tiene razón. Le están engañando. Te lo agradecerá. —Bourne desdobló otro billete—. Pero quiero ser justo. Aparte el de la radio, ¿cuántos otros trabajan para el jefe?

—Otros tres, también con radios —dijo la puta, sin apartar los ojos del dinero mientras iba acercando poco a poco la mano.

—Tómalo y vete. Vete por allí y no subas a la calle.

La mujer agarró los billetes, echó a correr por el callejón sobre sus altos tacones y desapareció en la penumbra. Bourne la vigiló hasta que se perdió de vista, y después se volvió y fue rápidamente hacia la escalinata. Volvió a asumir su aspecto encorvado y subió a la calle. Tres secuaces y un jefe. Sabía lo que tenía que hacer, y había que hacerlo rápidamente. Eran las 9.36. *Un taipán por una esposa.*

Encontró al primero con el vendedor de pescado, hablando lleno de ansiedad mientras hacía ademanes bruscos como de apuñalar. No había manera de oír nada con el ruido de la gente, pero el vendedor negaba una y otra vez con la cabeza. Bourne eligió a un hombre corpulento que estaba cerca del secuaz; se lanzó hacia adelante, empujando al desprevenido mirón contra él, y se echó a un lado mientras el hombre del taipán retrocedía. En la breve *melée* que siguió, Jason separó al desconcertado secuaz, le golpeó con los nudillos en la base del cuello, lo volvió cuando empezaba a caer y le aplicó la mano rígida en la nuca, en lo alto de la espina dorsal. Después arrastró al tipo inconsciente por la acera, disculpándose en chino con la gente por su amigo borracho. Lo dejó caer entre los restos de lo que había sido la entrada de una tienda, le quitó la radio y la deshizo.

Con el segundo hombre del taipán no hicieron falta tales tácticas. Se había apartado del gentío por su cuenta y gritaba algo en su radio. Bourne se acercó, con un aspecto más bien lamentable que no suponía amenaza alguna, extendió la mano, como haría un mendigo, y el hombre le hizo señas de que se fuese. Iba a ser el último gesto que recordase, porque Bourne lo agarró por la muñeca, se la retorció y le rompió el

brazo. Catorce segundos más tarde el segundo secuaz del taipán yacía entre las sombras de un montón de basura, con su radio entre los desperdicios.

El tercero conferenciaba con la «bruja de las serpientes». Para satisfacción de Bourne, también ella negaba sin cesar con la cabeza, como había hecho el pescadero; existía una cierta lealtad en la Ciudad Amurallada cuando se trataba de sobornos. El hombre sacó su radio, pero no tuvo oportunidad de usarla. Jason corrió hacia él, agarró la vieja cobra desdentada y le golpeó en la cara con su cabeza plana. Sus ojos de asombro y su boca abierta, acompañados por un grito, era la reacción que Jason Bourne necesitaba. Los nervios del cuello son una magnífica red de fibras inmovilizadoras, especie de cables que conectan los órganos del cuerpo con el sistema nervioso central. Bourne actuó rápidamente sobre ellos, y una vez más arrastró a su víctima por entre la gente, deshaciéndose en excusas, hasta dejarla sobre una oscura mancha de cemento. Se llevó la radio a la oreja; no se oía nada. Eran las 9.40. Quedaba el jefe.

Al chino menudo de mediana edad, traje caro y zapatos deslumbrantes le faltaba poco para taparse la nariz mientras corría de un lado para otro tratando de localizar a sus hombres a la vez que se resistía a entrar ni en el más leve contacto físico con las hordas reunidas en torno a los puestos y las mesas de los vendedores. Su poca estatura le dificultaba la visión. Bourne observó hacia dónde se dirigía, se le adelantó, se volvió rápidamente y mandó su puño a estrellarse en el bajo vientre del ejecutivo. Mientras el chino se doblaba, Jason lo cogió por la cintura con su brazo izquierdo, lo levantó y lo llevó hasta donde había dos hombres sentados en el bordillo, balanceándose y pasándose una botella. Aplicó un golpe *wushu* al cuello del bancario y lo dejó caer entre los dos. En medio de su niebla, los borrachos tendrían buen cuidado de que su nuevo amigo tardase en despertarse. Había bolsillos que vaciar, ropa y un par de zapatos. Todo ello valdría dinero, supondría un buen complemento a sus menguados ingresos. *US 9.43.*

Bourne ya no iba encogido; se había acabado el Camaleón. Cruzó la calle rebosante de humanidad y bajó corriendo las escaleras hasta el callejón. ¡Lo había conseguido! Había eliminado a la guardia pretoriana. *¡Un taipán por una esposa!* Llegó a la escalera —la tercera de la pared de la derecha— y sacó el notable ejemplar que había comprado a un comerciante de armas del Mongkok. Con todo el sigilo que pudo, probando ante cada peldaño, subió hasta la segunda planta. Ya frente a la puerta, se concentró, equilibró el peso, levantó el pie izquierdo y lo estrelló contra la fina madera. Cuando se abrió la puerta de par en par, entró de un salto y se agazapó, con el arma dispuesta.

Enfrente había tres hombres, en semicírculo, apuntándole a la cabeza con sus pistolas. Detrás, sentado en una butaca y vestido con un traje de seda blanco, estaba un chino enorme que hizo una seña con la cabeza a sus secuaces.

Había perdido. Bourne había calculado mal y David Webb iba a morir. Y, lo que era mucho más atroz, sabía que Marie no tardaría en seguirle. Déjalos que disparen, pensó David. ¡Que aprieten los gatillos que van a hacerte el favor de librarte de esto! Había matado a lo único que le importaba en la vida.

—¡Disparad, malditos! *¡Disparad!*

Capítulo 11

—Bienvenido, mister Bourne —dijo el hombrazo del traje de seda blanco, apartando a sus hombres con un gesto—. Supongo que comprende lo lógico que sería que pusiera su arma en el suelo y la empujase lejos. Realmente no hay alternativa, usted lo sabe.

Webb miró a los tres chinos, y el hombre del centro echó hacia atrás el percutor de su automática. David tiró el arma y la empujó hacia adelante.

—¿Me esperaban, verdad? —preguntó con voz tranquila, poniéndose en pie, mientras el hombre de su derecha recogía el arma.

—No sabíamos qué esperar... salvo lo inesperado. ¿Cómo lo hizo? ¿Están muertos mis hombres?

—No. Contusos e inconscientes.

—Notable. ¿Pensó que yo estaría solo aquí?

—Me habían dicho que viajaba con un jefe y otros tres, no seis. Me pareció lógico. Más llamarían la atención.

—Por eso los demás vinieron temprano para prepararlo todo y no han salido de este agujero desde que llegaron. De modo que pensó que podría apoderarse de mí, cambiarme por su esposa...

—Es evidente que ella no tuvo nada que ver con lo ocurrido. Déjela marchar; no puede hacerle daño. Máteme, pero déjela marchar.

—*Pi ge!* —dijo el banquero, ordenando a dos de sus hombres que salieran del piso. Ambos se inclinaron y se fueron rápidamente—. Éste se quedará —continuó, volviéndose otra vez a Webb—. Aparte la inmensa lealtad que me profesa, no habla ni entiende una sola palabra de inglés.

—Veo que confía en su gente.

—No confío en nadie. —El financiero señaló una maltrecha silla de madera que había al otro lado del cuarto, descubriendo al hacerlo un Rolex de oro, con diamantes incrustados en torno a la esfera que hacían juego con sus enjoyados gemelos—. Siéntese —ordenó—. He llegado muy lejos y gastado mucho dinero para conseguir esta entrevista.

—Su hombre de confianza, supongo que era él —dijo Bourne, estudiando cada detalle del cuarto mientras iba hacia la silla—, me dijo que no llevase un reloj caro por estos andurriales. Sospecho que usted no le hizo caso.

—Yo llegué en un caftán lleno de manchas y con unas mangas lo bastante anchas para ocultarlo. Y, mirando su ropa, estoy seguro de que el Camaleón lo entiende.

—Es usted Yao Ming.

Webb se sentó.

—He usado ese nombre; seguramente lo comprenderá. El Camaleón tiene muchas formas y colores.

—Yo no maté a su esposa... ni al hombre que casualmente estaba con ella.

—Lo sé, mister Webb.

—¿Que lo *qué*?

David saltó de su silla, mientras el escolta daba un rápido paso adelante, apuntándole con su arma.

—Siéntese —dijo el banquero—. No alarme a mi devoto amigo o los dos podemos lamentarlo, usted mucho más.

—¡Sabía que no fui yo y sin embargo nos ha hecho esto!

—Siéntese en seguida, por favor.

—¡Quiero saber por qué! —dijo Webb sentándose.

—Porque usted es el verdadero Jason Bourne. Por eso está aquí, y por eso tengo a su mujer bajo mi custodia, y seguirá estándolo hasta que haga usted lo que yo le pida.

—He hablado con ella.

—Lo sé. Yo lo permití.

—No parecía ella, aún teniendo en cuenta las circunstancias. Es fuerte, más que lo fui yo durante aquellas fatales semanas en Suiza y París. ¡Algo le ocurre! ¿Está drogada?

—De ningún modo.

—¿Herida?

—En espíritu, tal vez, pero no en ningún otro sentido. No obstante, lo estará y morirá si usted se niega a lo que voy a pedirle. ¿Puedo ser más claro?

—Considérese muerto, taipán.

—Habla el auténtico Bourne. Eso está bien. Es lo que necesito.

—Explíquese.

—Estoy siendo acosado por alguien que utiliza su nombre —empezó el taipán, en un tono duro que fue ganando intensidad—. Es algo mucho más grave, los espíritus me perdonen, que la pérdida de una joven esposa. El terrorista, ese nuevo Jason Bourne, ataca desde todas partes y en todas las zonas. Mata a mi gente, vuela cargamentos de valiosas mercancías y amenaza a otros taipanes con la muerte si negocian conmigo. Sus exorbitantes honorarios proceden de mis enemigos aquí en Hong Kong y en Macao, e incluso en las rutas fluviales de Deep Bay y hasta en las propias provincias del Norte.

—Tiene usted muchos enemigos.

—Mis intereses son muy amplios.

—También lo eran, según me contaron, los del hombre al que no maté en Macao.

—Y eso es lo extraño —dijo el banquero, respirando con fuerza y aferrándose al brazo de la butaca en un esfuerzo por dominarse—. Él y yo no éramos enemigos. Había zonas en las que nuestros intereses convergían. Fue así como conoció a mi esposa.

—Qué cómodo. Tenía acciones, como si dijésemos.

—Es usted ofensivo.

—Tengo otras costumbres —replicó Bourne mirando fríamente al oriental—. Vayamos a lo que importa. Mi mujer está viva y quiero que me la devuelvan sin una señal y sin levantarle siquiera la voz. Si ha sufrido el menor daño, ni usted ni sus *Zhongguo ren* serán enemigo para lo que montaré contra ustedes.

—No está en situación de hacer amenazas, mister Webb.

—Webb no —negó el que fuera un día el hombre más buscado en Asia y Europa—. Bourne sí.

El oriental miró duramente a Jason y asintió por dos veces con la cabeza mientras bajaba los ojos ante la mirada de Webb.

—Su audacia iguala a su arrogancia. A lo nuestro. Es muy sencillo. —Súbitamente el taipán cerró el puño derecho, lo levantó y lo descargó sobre el brazo del decrepito sillón—. ¡Necesito pruebas contra mis enemigos —gritó, mientras sus ojos lanzaban chispas tras dos muros de carne blanda semicerrados—, y el único modo de conseguirlas es que usted me traiga a ese demasiado verosímil impostor que ocupa su lugar! Lo quiero frente a mí, mirándome mientras siente cómo la vida lo abandona entre horribles sufrimientos, hasta que me diga todo lo que debo saber. ¡Tráigamelo, Jason Bourne! —El banquero hizo una inspiración profunda y añadió, ya tranquilo—: Después, y sólo entonces, se reunirá con su esposa.

Webb clavó su mirada en el taipán sin despegar los labios.

—¿Qué le hace pensar que puedo conseguirlo? —dijo al fin.

—¿Quién mejor que el auténtico para atrapar a un simulador?

—Palabras. Eso no quiere decir nada.

—¡Él lo ha estudiado! Ha analizado sus métodos, sus técnicas. No podría hacerse pasar por usted si no lo hubiera hecho. ¡Encuéntrelo! Atrápelo con las tácticas que usted mismo creó.

—¿Así por las buenas?

—Tendrá ayuda. Varios nombres y descripciones de hombres que estoy

convencido tienen que ver con ese nuevo asesino que utiliza un antiguo nombre.

—¿En Macao?

—*¡Nunca!* ¡De Macao nada! No debe haber la menor mención, la menor referencia al incidente del hotel Lisboa. Es cosa cerrada, terminada; usted no sabe una palabra de eso. Mi persona no puede verse mezclada para nada en lo que usted haga. ¡No tiene nada que ver conmigo! Si trasciende, está usted dando caza a un hombre que le ha usurpado el nombre. Está protegiéndose, defendiéndose a sí mismo. Una cosa de lo más natural dadas las circunstancias.

—Creí que quería pruebas...

—¡Eso vendrá cuando me traiga al impostor! —gritó el taipán.

—Si no es en Macao, ¿dónde entonces?

—Aquí en Kowloon. En el Tsim Sha Tsui. Cinco hombres fueron asesinados en la trastienda de un cabaret, entre ellos un banquero, un taipán como yo, socio mío en ocasiones y no menos influyente, así como otros tres cuyas identidades fueron ocultadas, al parecer por decisión del gobierno. Nunca pude descubrir quiénes eran.

—Pero sí sabe quién era el quinto hombre.

—Trabajaba para mí. Ocupó mi lugar en esa reunión, y de haber estado yo allí su tocayo me hubiese matado. Por ahí debe empezar; aquí en Kowloon, en el Tsim Sha Tsui. Le daré los nombres de los dos muertos conocidos y la identidad de muchos hombres que eran enemigos de ambos, y ahora míos. Actúe con rapidez. Encuentre al hombre que mata en su nombre y tráigamelo. Y una última advertencia, mister Bourne. Si trata de descubrir quién soy, la orden será rápida y la ejecución más aún. Su esposa morirá.

—Y a continuación usted. Deme los nombres.

—Están en este papel —dijo el hombre que usaba el nombre de Yao Ming, llevándose la mano al bolsillo del chaleco de seda blanca—. Los escribió un mecanógrafo público en The Mandarin. Sería inútil buscar una máquina de escribir concreta.

—Una pérdida de tiempo —dijo Bourne, tomando el papel—. Debe de haber veinte millones de máquinas en Hong Kong.

—Pero no tantos taipanes de mi tamaño.

—No lo olvidaré.

—Estoy seguro.

—¿Cómo me pongo en contacto con usted?

—No lo haga. Nunca. Esta entrevista no ha existido.

—Entonces ¿por qué lo hizo? ¿Por qué pasó todo lo que ha pasado? Supongamos

que consigo encontrar y capturar a ese cretino que se llama a sí mismo Bourne, y no es poco suponer. ¿Qué hago con él? ¿Lo dejo ahí fuera, en los escalones de la Ciudad Amurallada?

—Podría ser una espléndida idea. Drogado, nadie le prestaría la menor atención, aparte de vaciar sus bolsillos.

—Yo sí se la prestaría, y mucha. Recompensa por recompensa, taipán. Quiero una garantía a toda prueba. Quiero que me devuelvan a mi mujer.

—¿Qué consideraría usted garantía suficiente?

—Primero, la voz de ella al teléfono convenciéndome de que no ha sufrido daño, y después quiero verla, por ejemplo paseando por una calle sin nadie junto a ella.

—¿Habla Jason Bourne?

—Él habla.

—Muy bien. Aquí en Hong Kong hemos desarrollado una industria de alta tecnología. Pregunte a cualquiera que se dedique al negocio de la electrónica en su país. Al final de esa página hay un número de teléfono. Cuando el impostor esté en sus manos, y sólo entonces, llame a ese número y diga varias veces *Snake lady*...

—*Medusa* —subrayó Jason, interrumpiéndole—. En el aire.

El taipán arqueó las cejas, con expresión evasiva.

—Naturalmente, me refería a la mujer del bazar^[1].

—Pues claro. Adelante.

—Como digo, repita esas palabras varias veces hasta que oiga una serie de clics...

—Que accionan otro número, o números —volvió a interrumpir Bourne.

—Tiene algo que ver con los sonidos de la frase, creo —asintió el taipán—. La *s* sibilante, seguida de una vocal sorda y consonantes duras. Ingenioso, ¿no le parece?

—Se llama programación receptiva auditivamente; instrumentos activados por el espectrograma de la voz.

—Puesto que no le ha impresionado, permítame subrayar bajo qué condiciones puede ser hecha la llamada. Por el bien de su esposa, espero que esto sí le impresione. Sólo puede llamar cuando esté preparado para entregar al impostor en sólo unos minutos. Si usted o algún otro utiliza el número y las palabras clave sin esa garantía, sabré que están poniendo un rastreador en las líneas. En ese caso, matarán a su mujer, y una mujer blanca muerta, desfigurada y sin documentación será lanzada a las aguas de las islas exteriores. ¿Me expreso con claridad?

Tragando saliva y dominando su furia a pesar del miedo, Bourne habló fríamente.

—He entendido la condición. Ahora entienda usted la mía. Si llego a hacer esa

llamada y cuando la haga, tendré que hablar con mi mujer no en cuestión de minutos, sino de segundos. Si no hablo con ella, quien esté en la línea oirá un disparo y usted sabrá que a su asesino, a la presa que tanto necesita, acaban de volarle la cabeza. Tendrá treinta segundos.

—Tomo buena nota de su condición y será cumplida. Yo diría que la reunión ha terminado, Jason Bourne.

—Necesito mi arma. Uno de los tipos que se fue la tiene.

—Se la dará a la salida.

—¿Aceptará mi palabra?

—No hace falta. Iba a dársela si salía de aquí. Un cadáver no necesita armas.

Lo que queda de las suntuosas mansiones de la extravagante época colonial de Hong Kong está en lo alto de las colinas que dominan la ciudad, en una zona conocida por Victoria Peak, que debe su nombre a la cumbre montañosa de la isla, corona de todo el territorio. Aquí graciosos jardines complementan sendas bordeadas de rosas que llevan a belvederes y terrazas desde las que los ricos observan los esplendores del puerto allá abajo y de las islas exteriores a lo lejos. Las residencias con las vistas más envidiables son versiones discretas de las grandes casas de Jamaica. Tienen los techos altos y un complejo trazado; sus habitaciones encajan unas en otras, formando ángulos extraños, para aprovechar las brisas estivales durante el largo y opresivo verano, y por todas partes madera tallada y encerada rodea y refuerza unas ventanas hechas para soportar los vientos y las lluvias del invierno en la montaña. Fortaleza y confort se unen en esas mansiones, de diseño dictado por el clima.

Pero una de esas casas del barrio del Peak se diferenciaba de las otras. No en tamaño, fortaleza o elegancia, ni en la belleza de sus jardines, algo más extensos que muchos de los vecinos, ni en lo impresionante de su entrada y la altura del muro de piedra que rodeaba sus terrenos. Lo que la hacía parecer diferente era en parte la sensación de aislamiento que la rodeaba, en especial de noche, cuando eran contadas las luces encendidas en las numerosas habitaciones y no se oía el menor ruido ni en las ventanas ni en el jardín. Era como si la casa apenas estuviese habitada, y desde luego no había en ella el menor indicio de frivolidad. Pero lo que la situaba realmente aparte eran los hombres que había en la entrada, y otros como ellos a los que podía verse desde el camino patrullando los terrenos más allá del muro. Iban armados y con uniforme de campaña. Eran marines norteamericanos.

La propiedad había sido arrendada por el consulado de Estados Unidos, siguiendo instrucciones del Consejo de Seguridad Nacional. Ante cualquier indagación, el consulado sólo diría que numerosos representantes del gobierno y de la industria

norteamericanos iban a llegar a la colonia el mes siguiente en fechas no determinadas, y tanto su seguridad como su mejor alojamiento explicaban el arriendo. Era todo lo que sabía el consulado. No obstante, a personal seleccionado del MI-Seis británico, Rama Especial, se le dio mayor información, pues se consideraba necesaria su cooperación y Londres la había autorizado. Pero aún en este caso se había limitado a lo más imprescindible, según decidió también Londres. En los altos niveles de ambos gobiernos, incluidos los consejeros más íntimos del presidente y el primer ministro, se llegó a la misma conclusión: cualquier indiscreción en cuanto al verdadero carácter de esa propiedad de Victoria Peak podía tener consecuencias catastróficas para Extremo Oriente y para el mundo. Era una casa franca, el cuartel general de una operación secreta tan sensible que incluso el presidente y el primer ministro sabían poco de los detalles; sólo los objetivos.

Un pequeño sedán se detuvo ante la puerta. Al instante, potentes focos cegaron al conductor, que levantó el brazo para resguardarse los ojos. Dos marines de centinela se aproximaron por ambos lados ¿el vehículo, con sus armas dispuestas?

—Ya deberíais conocer el coche, muchachos —dijo el corpulento oriental vestido de seda blanca, guiñando los ojos por la ventanilla abierta.

—Lo conocemos, mayor Lin —dijo el cabo interno de la izquierda—. Sólo tenemos que asegurarnos del conductor.

—¿Quién podría hacerse pasar por mí? —bromeó el enorme mayor.

—Man Mountain Dean, señor —respondió el marine de la derecha.

—Ah, sí, lo recuerdo. Un luchador norteamericano.

—Mi abuelo solía hablarme de él.

—Gracias, hijo. Por lo menos podías haber dicho tu padre. ¿Puedo seguir o estoy detenido?

—Vamos a apagar las luces y abrir las puertas, señor —dijo el primer marine—. A propósito, mayor: gracias por darme el nombre de ese restaurante del Wanchai. Tiene un gran espectáculo y la cartera lo aguanta.

—Por desgracia, no está allí Suzie Wong.

—¿Quién, señor?

—No, nadie. La puerta, por favor chicos.

Dentro de la casa, en la biblioteca convertida en oficina, el subsecretario de Estado Edward Newington McAllister estudiaba un *dossier* a la luz de una lámpara, señalando al margen ciertos párrafos y líneas. Estaba tan absorbido que cuando zumbó el intercomunicador tuvo que forzar los ojos y la mano para coger el teléfono.

—¿Sí? —Escuchó y dijo—: Mándemelo, desde luego.

Colgó y volvió al *dossier*, lápiz en mano. En lo alto de la página había unas palabras que se repetían en todas en la misma posición: *Ultra Máximo Secreto. P. R. C. Interno. Sheng Chou Yang*.

Se abrió la puerta y el enorme mayor Lin Wenzu, de la Inteligencia británica, MI-Seis, Rama Especial, Hong Kong, entró, cerró la puerta y sonrió al absorto McAllister.

—Siempre lo mismo, ¿no, Edward? Enterrada en las palabras hay una pauta, una línea a seguir.

—Ojalá pudiese encontrarla —dijo el subsecretario de Estado, leyendo febrilmente.

—La encontrará, amigo mío, sea lo que sea.

—En seguida estaré con usted.

—Tómese el tiempo que necesite —dijo el mayor, quitándose el reloj de pulsera Rolex de oro y los gemelos. Los dejó sobre la mesa—. Qué lástima devolver esto. Me dan cierta prestancia. Pero el traje tendrá que pagarlo, Edward. No es esencial para mi guardarropa, pero, como siempre en Hong Kong, salió barato, aun siendo para alguien de mi tamaño.

—Sí, por supuesto —asintió el subsecretario, distraído y preocupado.

El mayor Lin se sentó en el sillón de cuero negro que había enfrente de la mesa y permaneció en silencio casi un minuto. Era evidente que no podía seguir callado por más tiempo.

—¿Es eso algo en lo que pueda ayudarle, Edward? O, más concretamente, ¿es algo que tenga que ver con el trabajo que tenemos entre manos, algo de lo que pueda hablarme?

—Me temo que no, Lin. Por muchos motivos.

—Tendrá que decírnoslo más pronto o más tarde. Nuestros superiores de Londres tendrán que decírnoslo. «Hagan lo que les pidan (dicen). Tomen nota de todas las conversaciones e instrucciones pero sigan sus órdenes y aconséjenlo.» ¿Aconsejarlo? No se trata de consejos, sino de tácticas. Un hombre que desde una oficina desocupada dispara cuatro balas al muro del paseo del puerto, seis al agua y el resto de fogueo (gracias a Dios que no hubo paros cardíacos) y hemos creado la situación que usted quería. Ahora, me gustaría saber...

—Colijo que todo ha ido de primera.

—Hubo un tumulto, si es eso a lo que se refiere.

—A eso me refería.

McAllister se repantigó en su asiento y se masajeó las sienes con los finos dedos de su mano derecha.

—Apúntese una, amigo mío. El auténtico Jason Bourne quedó convencido y procedió en consecuencia. A propósito, tendrá que pagar la hospitalización de un hombre con un brazo roto y otros dos que aseguran estar todavía en pleno *shock* de lo que les duele el cuello. El cuarto está demasiado desconcertado para decir nada.

—Bourne es muy bueno en lo que hace... en lo que hacía.

—¡Es mortífero, Edward!

—Usted supo manejarlo, creo entender.

—¡Pensando a cada segundo que iba a hacer otro movimiento y volar aquel asqueroso cuarto! Yo estaba petrificado. Ese hombre es un loco. A propósito, ¿por qué no debe aparecer por Macao? Es una restricción extraña.

—No hay nada que no pueda hacer desde aquí. Los asesinatos tuvieron lugar aquí, y los clientes del impostor están sin duda aquí en Hong Kong, no en Macao.

—Como de costumbre, no hay respuesta.

—Digámoslo de otro modo, y es cuanto puedo contarle. En realidad, ya lo sabe, puesto que hizo el papel esta noche. La mentira sobre la joven esposa de nuestro mítico taipán y su amante asesinados en Macao. ¿Qué piensa de ello?

—Un procedimiento ingenioso —dijo Lin, frunciendo el ceño—. Pocos actos de venganza se entienden tan fácilmente como el «ojo por ojo». En cierto sentido, es la base de nuestra estrategia, de lo que conozco de ella.

—¿Qué cree que haría Webb si descubriese que es mentira?

—No podría. Ya sabe que esos asesinatos fueron encubiertos.

—Lo subestima. Una vez en Macao, revolvería hasta la última basura para averiguar quién es ese taipán. Preguntaría a cada botones, a cada camarera. Probablemente amenazaría o sobornaría a una docena de miembros del personal del hotel Lisboa y a la mayoría de la policía hasta que supiese la verdad.

—Pero tenemos a su mujer, y eso no es mentira. Obrará de acuerdo con ello.

—Sí, pero en una dimensión diferente. Piense lo que piense ahora, y sin duda tendrá sospechas, no puede saber, saber con seguridad. En cambio, si investiga en Macao y descubre la verdad tendrá las pruebas de haber sido engañado por su gobierno.

—¿Concretamente cómo?

—Porque la mentira le fue contada por un alto funcionario del Departamento de Estado, a saber, yo. Y, al menos en su opinión, ya fue traicionado antes.

—Hasta ahí lo sabemos.

—Quiero a un hombre permanentemente en emigración a Macao, las veinticuatro horas. Contrate a gente en la que pueda confiar y deles fotos, pero no información.

Ofrezca una prima a quien lo vea y le llame.

—Puede hacerse, pero no se arriesgará. Cree que tiene pocas probabilidades de ganar. Un soplón en el hotel o en la sede de la policía y su mujer muere. No correrá ese riesgo.

—Ni nosotros podemos correrlo, por remoto que sea. Si descubre que ha vuelto a ser utilizado, a ser traicionado, puede desquiciarse y hacer y decir cosas que tendrían consecuencias impensables para todos nosotros. Francamente: si va a Macao, podría convertirse en un terrible inconveniente en vez de en la ventaja que creemos haber logrado.

—¿Liquidación? —preguntó simplemente el mayor.

—Soy incapaz de utilizar esa palabra.

—No creo que tenga que hacerlo. Estuve muy convincente. Di un puñetazo en el brazo del sillón y alcé la voz con gran eficacia. «¡Su esposa morirá!» grité. Me creyó. Debería haberme dedicado a la ópera.

—Estuvo usted bien.

—Fue una representación digna de Akim Tamiroff.

—¿De quién?

—Por favor, ya pasé por eso en la entrada.

—¿Cómo dice?

—Olvidelo. En Cambridge me decían que conocería a personas como usted. Tuve un catedrático de historia oriental que decía que ustedes son incapaces de soltar prenda, cualquiera de ustedes. Insisten en guardar secretos porque los *Zhongguo ren* son inferiores, no pueden comprender. ¿Es ése el caso, *yang quizi*?

—¡Dios santo, no!

—Entonces ¿a qué estamos jugando? Comprendo lo obvio. Reclutamos a un hombre que está en una posición incomparable para dar caza a un asesino porque ese asesino está haciéndose pasar por él, por el hombre que fue. Pero llegar a tales extremos, raptar a su mujer, implicarnos; todos esos juegos tan complicados y, francamente, tan peligrosos a los que estamos jugando... A decir verdad, Edward, cuando me dio usted el guión, consulté con Londres. «Obedezca las órdenes (repetieron). Y sobre todo, guarde silencio.» Pues bien, como dijo usted hace un momento, no es suficiente. Deberían decirnos más. Sin saber, ¿cómo puede la Rama Especial asumir la responsabilidad?

—Por el momento, la responsabilidad y las decisiones son nuestras. Londres está de acuerdo, y no lo estarían si no estuviesen convencidos de que es el mejor modo de actuar. No hay el menor margen para filtraciones o errores. A propósito, ésas fueron

las palabras de Londres. —McAllister se echó hacia adelante y entrecruzó los dedos hasta que se le pusieron blancos los nudillos—. Voy a decirle algo, Lin. Desearía que no fuese nuestra la responsabilidad, especialmente estando yo tan cerca del centro. No es que sea quien toma las decisiones últimas, pero preferiría no tomar ninguna. No estoy capacitado.

—Yo no diría eso, Edward. Es usted uno de los hombres más completos que he conocido. Lo demostró hace dos años. Es un brillante analista, y no le hace falta ser un experto dado que recibe órdenes de quien lo es. Lo único que necesita es comprensión y convicción, y la convicción la lleva escrita en esa cara tan preocupada. Hará lo que hay que hacer si le encargan de ello.

—Gracias; creo que así es.

—Esta noche se hizo lo que quería, de modo que pronto sabrá si su resucitado cazador conserva sus antiguas habilidades. Durante los próximos días podremos observar los acontecimientos, pero es cuanto podemos hacer. Están fuera de nuestras manos. Ese Bourne comienza su peligroso viaje.

—Entonces ¿tiene los nombres?

—Los auténticos, Edward. Algunos de los miembros más depravados del hampa de Hong Kong y Macao, soldados de alto nivel que ejecutan órdenes, capitanes que inician tratos y arreglan contratos... Gente violenta. Si hay alguien en el territorio que sepa algo de ese asesino impostor, estará en esa lista.

—Iniciamos la fase dos. Bien. —McAllister desenredó las manos y miró su reloj—. Dios mío, no tenía idea de la hora que era. Ha sido un día muy largo para usted. La verdad es que no hacía falta que devolviese el reloj y los gemelos esta noche.

—La verdad es que lo sabía.

—Entonces ¿por qué?

—No quiero echarle nuevas preocupaciones encima, pero podemos tener un problema imprevisto. Al menos uno que no habíamos considerado, quizá tontamente.

—¿De qué se trata?

—La mujer puede estar enferma. Su marido lo notó cuando habló con ella.

—¿Quiere decir grave?

—No podemos descartarlo; es decir, el médico no lo descarta.

—¿El médico?

—Como no valía la pena alarmarle, llamé a uno de nuestro personal hace varios días; es de toda confianza. Esa mujer no comía y se quejaba de náuseas. El doctor pensó que podía ser ansiedad, o depresión, o incluso un virus, de modo que le dio antibióticos y tranquilizantes suaves. No ha mejorado. En realidad, su estado ha

empeorado muy deprisa. Está decaída, le dan temblores, parece como si desvariase. Nada de eso es propio de ella, puedo asegurárselo.

—¡Desde luego que no! —dijo el subsecretario de Estado, pestañeando repetidamente y frunciendo los labios—. ¿Qué podemos hacer?

—El médico cree que debería ingresar inmediatamente en el hospital para hacerle unas pruebas.

—¡No puede ser! ¡Eso está fuera de cuestión!

El funcionario de Inteligencia chino se levantó y se acercó lentamente a la mesa.

—Edward —empezó con calma—, no conozco las ramificaciones de esta operación, pero obviamente puedo deducir varios objetivos básicos, en especial uno. Me temo que debo hacerle una pregunta: ¿Qué pasa con David Webb si su mujer está gravemente enferma? ¿Qué ocurre con su Jason Bourne si ella muere?

Capítulo 12

—Necesito su historia médica, y la necesito tan deprisa como pueda proporcionármela, mayor. Es una orden, señor, de un ex teniente del Cuerpo Médico de Su Majestad.

El médico inglés que me examinó. Es muy educado, pero frío, y, sospecho, un gran médico. Está desconcertado. Eso es bueno.

—Se la conseguiremos; hay modos. ¿Dice usted que ella no puede darle el nombre de su médico en Estados Unidos?

Ése es el chino grandote que es siempre tan cortés, tan untuoso, diría yo, pero bastante sincero. Se ha portado bien conmigo, igual que sus hombres. Obedece órdenes; todos obedecen órdenes, pero no saben por qué.

—Incluso en sus momentos de lucidez, tiene lagunas, lo que no es alentador. Podría ser un mecanismo de defensa que indica que es consciente de una enfermedad progresiva que quiere bloquear.

—No es de éstas, doctor. Es una mujer fuerte.

—La fuerza psicológica es siempre relativa, mayor. A menudo los más fuertes somos reacios a aceptar nuestra condición. El ego la rechaza. Tráigame su historia. Necesito tenerla.

—Uno de mis hombres llamará a Washington y los de allí harán otras llamadas. Saben dónde vive, sus circunstancias, y en pocos minutos hablarán con sus vecinos. Alguien sabrá algo. Encontraremos a su médico.

—Lo quiero todo por computadora y satélite. Tenemos el equipo.

—Toda transmisión de información debe ser recibida en nuestras oficinas.

—Entonces iré con usted. Deme unos minutos.

—¿Está asustado, verdad, doctor?

—Si se trata de un trastorno neurológico, es siempre temible, mayor. Si su gente es capaz de trabajar con rapidez, quizá pueda yo hablar en persona con su médico. Eso sería lo óptimo.

—¿No encontró nada en el reconocimiento?

—Sólo posibilidades, nada concreto. Hay dolor aquí y no lo hay allá. He mandado que le hagan una exploración con escáner por la mañana.

—¿Está asustado?

—No me llega la camisa al cuerpo, mayor.

Estáis haciendo todos exactamente lo que yo quería que hicieseis. ¡Dios mío, qué hambre tengo! Me pasaré comiendo cinco horas seguidas cuando salga de aquí. ¡Y

saldré! ¿Lo entendiste, David? ¿Entendiste lo que te decía? Los arces. Son tan corrientes, cariño, tan identificables. La hoja de arce es el emblema de Canadá. ¡La embajada! Aquí, en Hong Kong, es el consulado. ¡Fue lo que hicimos en París, cariño mío! Entonces fue terrible, pero ahora no lo será. Conoceré a alguien. Enseñé a tantos, allá en Ottawa, a los que iban destinando por todo el mundo... Tu memoria está empañada, amor mío, pero la mía no. Y debes comprender, David, que la gente con la que traté entonces no es tan diferente de la que ahora me retiene. En ciertos aspectos, claro está, son robots; pero son también personas que piensan, y preguntan por qué se les pide que hagan ciertas cosas. Pero cumplen, cariño, porque si no lo hacen, su hoja de servicios se resiente, lo que equivale a un destino peor que el despido —que rara vez ocurre—, pues significa no ascender, el limbo. En realidad, han sido amables, como si se sintieran violentos por lo que les han mandado hacer; pero deben cumplir sus misiones. Creen que estoy enferma y están preocupados por mí, realmente preocupados. No son delincuentes o asesinos, mi dulce David. ¡Son burócratas que necesitan instrucciones! ¡Burocratas, David! Toda esta cosa increíble lleva la palabra GOBIERNO estampada por todas partes. ¡Lo sé! Es la clase de gente con la que trabajé durante años. ¡Fui uno de ellos!

Marie abrió los ojos. La puerta estaba cerrada, la habitación vacía, pero sabía que fuera había un hombre de guardia; había oído al mayor chino dar instrucciones. Sólo podían entrar en su habitación el médico inglés y dos enfermeras concretas a las que el guardián conocía y que estarían de servicio hasta por la mañana. Sabía las normas, y sabiéndolas podría quebrantarlas.

Se incorporó —*¡Jesús, tengo hambre!*— y la divirtió oscuramente el pensar en sus vecinos de Maine interrogados acerca de su médico. Apenas conocía a sus vecinos y no había tal médico. Llevaban menos de tres meses en la ciudad universitaria, desde finales del curso de verano por los preparativos de David, y con todos los problemas de alquilar una casa y saber lo que debía hacer, o ser, y encontrar las tiendas y la lavandería y la ropa de cama y las mantelerías, las mil y una cosas que necesita una mujer para organizar un hogar, sencillamente no había habido tiempo de pensar en un médico. ¡Si habían vivido entre médicos durante ocho meses, y, excepto por Mo Panov, le hubiese encantado no volver a ver a ninguno!

Y, sobre todo, estaba David, abriéndose paso, luchando por salir de sus túneles personales, como él los llamaba; tratando con todas sus fuerzas de no mostrar el dolor, y tan agradecido cuando encontraba luz y memoria... Cómo atacaba los libros, jubiloso cuando recordaba tramos enteros de historia, un júbilo equilibrado por la angustia al darse cuenta de que a veces eran sólo segmentos de su propia vida huidos de su memoria. A menudo, por las noches, ella notaba cómo se agitaba el colchón y sabía que era él levantándose para estar a solas con sus medios pensamientos y las imágenes que le obsesionaban. Esperaba un momento, y después salía al pasillo y se

sentaba en los escalones, a escuchar. Y muy de tarde en tarde ocurría: oía el ahogado sollozar de un hombre fuerte y orgulloso sometido a tormento. Se acercaba a David, y él rehuía sus ojos; la vergüenza y el dolor eran excesivos. Y ella le decía: «No estás luchando solo con esto, cariño. Estamos combatiéndolo juntos. Como ya hicimos antes.» Y entonces él hablaba, al principio resistiéndose, después confiado, con palabras cada vez más rápidas, hasta que se abrían las compuertas y David encontraba cosas, descubría cosas. *¡Arboles, David! Mi árbol favorito, el arce. ¡La hoja de arce, David! ¡El consulado, cariño!* Tenía trabajo que hacer. Alcanzó el cordón y tocó el timbre para la enfermera.

Dos minutos después se abrió la puerta y entró una china de cuarenta y tantos años, con su uniforme de enfermera almidonado e inmaculado.

—¿Qué puedo hacer por usted, querida? —dijo en un inglés al que imprimía un acento muy agradable.

—Estoy terriblemente cansada, pero no consigo dormir. ¿Puedo tomar algo?

—Lo preguntaré a su médico; todavía está aquí. Estoy segura de que le parecerá bien.

La enfermera salió y Marie se levantó. Fue a la puerta, con el mal pergeñado camión del hospital caído del hombro izquierdo y sintiendo el frío del aire acondicionado en la abertura de la espalda, y la abrió, sobresaltando al joven y musculoso guardián sentado en una silla a la derecha.

—¿Sí...? —dijo, levantándose de un salto.

—¡Chisst! —ordenó Marie con el dedo en los labios—. ¡Venga aquí! ¡Rápido!

Desconcertado, el joven chino la siguió al interior de la habitación. Marie fue rápidamente hasta la cama y se subió a ella, pero sin taparse. Incluyó el hombro derecho y el camión resbaló apenas sujeto por la curva del pecho.

—¡Venga aquí! —susurró—. No quiero que me oiga nadie.

—¿Qué ocurre, señora? —preguntó el guardián, evitando mirar la carne descubierta de Marie y concentrándose en su cara y su largo pelo castaño. Dio varios pasos, pero siguió manteniendo la distancia—. La puerta está cerrada. Nadie puede oírla.

—Quiero que usted...

Su susurro quedó por debajo del nivel audible.

—Ni siquiera yo puedo oírla, señora.

El hombre se acercó más.

—Es usted el más simpático de mis guardianes. Ha sido muy amable conmigo.

—No había razón para no serlo, señora.

—¿Sabe por qué me han encerrado?

—Por su propia seguridad —mintió el guardián, con expresión evasiva.

—Comprendo.

Marie oyó cómo se acercaban fuera las pisadas. Cambió de postura y el camisón viajó de nuevo, descubriendo sus piernas. Se abrió la puerta y entró la enfermera.

—¡Ah! —La china se sobresaltó. Era obvio que sus ojos contemplaban una escena de lo más inconveniente. Miró al turbado guardián mientras Marie se tapaba—. Me preguntaba por qué no estaba usted fuera.

—La señora quería hablar conmigo —dijo el hombre, retrocediendo.

La enfermera lanzó una rápida mirada a Marie.

—¿Sí?

—Si él lo dice...

—Eso es absurdo —dijo el musculoso guardián, yendo hasta la puerta y abriéndola—. La señora no está bien. Su cabeza divaga. Dice cosas absurdas.

Salió y cerró con fuerza la puerta tras él. La enfermera volvió a mirar a Marie, ahora con ojos interrogantes.

—¿Se encuentra bien? —preguntó.

—Mi cabeza no divaga, y no soy yo la que dice cosas absurdas; pero hago lo que me mandan. —Marie hizo una pausa, y después continuó—: Cuando ese gigante de mayor se vaya del hospital, venga a verme, por favor. Tengo algo que decirle.

—Lo siento, pero no puedo. Debe descansar. Tengo un sedante para usted. Veo que tiene agua.

—Es usted toda una mujer —dijo Marie, mirando significativamente a la enfermera.

—Sí —asintió rotundamente la oriental.

Puso un pequeño vaso de papel con una pildora dentro en la mesilla de noche y volvió a la puerta. Lanzó una última mirada interrogadora a su paciente y salió.

Marie se levantó y se acercó en silencio a la puerta. Pegó el oído. Fuera, en el pasillo, oyó el rumor apagado de un rápido intercambio de palabras, naturalmente en chino. Fuera lo que fuese lo que decían y el resultado de la conversación, la semilla estaba plantada. *Trabaja la vista*, le había repetido una y otra vez Jason Bourne durante el infierno que habían pasado juntos en Europa. *Es más eficaz que ninguna otra cosa. La gente sacará las conclusiones que tú quieras basándose en lo que ve mucho mejor que con las mentiras más convincentes que puedas contarles.*

Fue al armario y lo abrió. Aquella gente había dejado las pocas cosas que habían comprado para ella en Hong Kong en el apartamento, pero los pantalones, la blusa y

los zapatos con que llegó al hospital estaban colgados; a nadie se le había ocurrido llevárselos. ¿Por qué iban a hacerlo? Podían ver que era una mujer muy enferma. El temblor y los espasmos los habían convencido; lo habían visto. Jason Bourne comprendería. Marie contempló el pequeño teléfono blanco que había sobre la mesilla de noche. Era plano, con el panel de los botones de contacto incorporado. Se quedó pensando, aunque no había nadie a quien pudiese pensar en llamar. Se acercó a la mesilla y lo cogió. Desconectado, como ya esperaba. Pero podía llamar a la enfermera; era cuanto necesitaba y cuanto se le permitía.

Fue hasta la ventana y levantó la blanca persiana, sólo para dar la bienvenida a la noche. Las luces deslumbrantes y coloreadas de Hong Kong brillaban en el cielo, y ella estaba más cerca del cielo que del suelo. Como diría David, o mejor dicho, Jason: *Amén. La puerta, el pasillo.*

Amén.

Fue al lavabo. El cepillo y la pasta de dientes proporcionados por el hospital seguían en sus envases de plástico, y también el jabón estaba virgen, todavía en la envoltura del fabricante, con las palabras que garantizaban una pureza superior a la del aliento de los ángeles.

Al lado estaba el cuarto de baño; nada de particular, excepto un distribuidor automático de compresas y al lado un pequeño letrero en cuatro idiomas que explicaba lo que no debía hacerse con ellas. Volvió a la habitación. ¿Qué buscaba? Fuera lo que fuese, no lo había encontrado.

Estúdialo todo. Encontrarás algo que puedas utilizar. Palabras de Jason, no de David. Y entonces lo vio.

En algunas camas de hospital hay debajo del somier una manivela que al hacerla girar en un sentido o en otro levanta o baja la cama. Esa manivela puede quitarse cuando al paciente se le está alimentando por vía intravenosa, o si un médico quiere que permanezca en una determinada postura, por ejemplo en tracción. La enfermera puede desprender y sacar la manivela haciendo presión para zafar el fiador y girando después a la izquierda y tirando. Con frecuencia se hace durante las horas de visita, cuando los visitantes pueden sucumbir a los deseos del paciente de cambiar de postura contra lo prescrito por el médico. Marie conocía esas camas y esa manivela. Cuando David estaba recuperándose de las heridas que había recibido en Treadstone 71, lo mantenían vivo mediante alimentación intravenosa, y Marie había observado a las enfermeras. El dolor del que iba a ser pronto su marido era más de lo que ella podía soportar, y las enfermeras se daban sin duda cuenta de que, en su deseo de hacerle las cosas más llevaderas, podía desbaratar el tratamiento médico. Marie sabía

cómo sacar la manivela, que una vez sacada era nada menos que un hierro angular muy manejable.

La quitó y volvió a meterse en la cama, con la manivela debajo de la ropa. Esperó, pensando lo diferentes que eran sus dos hombres... en uno. Su amante, Jason, podía ser tan frío y paciente, esperar el momento de saltar, de sorprender, de confiar en la violencia para sobrevivir. En cambio su marido, David, siempre tan generoso, tan dispuesto a escuchar, evitaba la violencia a toda costa porque había estado allí y odiaba el dolor y la ansiedad, y sobre todo la necesidad de eliminar los propios sentimientos para convertirse en un simple animal. Y ahora le pedían que fuese el hombre que detestaba. ¡David, mi David! ¡Aférrate a tu cordura! Te quiero tanto...

Ruidos en el pasillo. Marie miró el reloj que había sobre la mesilla de noche. Habían pasado dieciséis minutos. Cuando entró la enfermera, puso ambas manos sobre la ropa y dejó caer los párpados como si estuviese adormecida.

—Muy bien, querida —dijo la mujer, avanzando unos pasos—. Me ha conmovido, no lo niego. Pero tengo mis órdenes, instrucciones muy concretas acerca de usted. El mayor y el médico se han ido. ¿Qué quería decirme?

—Ahora... no —susurró Marie, con la barbilla hundida en el pecho y al parecer más dormida que despierta—. Estoy tan cansada... Tomé... la pildora.

—¿Es ese hombre de ahí fuera?

—Está enfermo... Nunca me toca... No me importa; me trae cosas... Estoy tan cansada...

—¿Qué quiere decir con «enfermo»?

—Le gusta... mirar a las mujeres... No me... molesta cuando estoy... dormida.

Los ojos de Marie se cerraron.

—¡Zang! —dijo la enfermera para su capote—. ¡Sucio, *sucio*! —Giró sobre sus talones, salió, cerró la puerta y se dirigió al vigilante—. ¡La mujer está durmiendo! ¿Me entiende?

—¡Demos gracias al cielo!

—¡Dice que usted nunca la toca!

—Ni siquiera he pensado en ello.

—¡Pues no lo piense ahora!

—No necesito lecciones de usted, bruja. Tengo un trabajo que hacer.

—¡Pues procure hacerlo! ¡Hablaré con el mayor Lin Wenzu por la mañana!

Le lanzó una última mirada y marchó pasillo adelante, en actitud agresiva.

—¡Eh, usted! —El susurro procedía de una rendija en la puerta de Marie. La abrió más y habló—: ¡Esa enfermera! ¿Quién es?

—Creí que estaba dormida, señora —dijo el sorprendido guardián.

—Me dijo que iba a decirle eso.

—¿Qué?

—¡Va a volver a por mí! Dice que hay puertas que comunican con las otras habitaciones. ¿Quiénes?

—¿Que ella le dijo *qué*?

—¡No hable! ¡No me mire! ¡Puede verlo!

—Se fue por el pasillo, hacia la derecha.

—Nunca se sabe. ¡Más vale diablo conocido! ¿Sabe lo que quiero decir?

—¡No sé lo que quiere decir nadie! —suplicó el guardián, hablando con la pared de enfrente—. ¡Ni sé lo que quiere decir ella ni lo que quiere decir usted, señora!

—Entre. ¡Rápido! ¡Creo que es comunista! ¡De Pekín!

—¿Beijing?

—No quiero ir con ella.

Marie tiró de la puerta y se acurrucó detrás.

El guardián entró precipitadamente mientras la puerta se cerraba de golpe. La habitación estaba a oscuras; apenas llegaba un leve resplandor de la puerta semicerrada del cuarto de baño. El hombre era visible, pero no podía ver.

—¿Dónde está, señora? Tenga calma. No va a llevarla a ninguna parte...

No pudo decir nada más. Marie le había estrellado la manivela de hierro contra la base del cráneo con la fuerza de una joven ranchera de Ontario acostumbrada a arrear ganado. El guardián se derrumbó. Marie se arrodilló y trabajó deprisa.

El chino era musculoso, pero ni corpulento ni alto. Marie tampoco, aunque sí de buena estatura para mujer. Con un tirón de aquí y un pliegue allí, las ropas y el calzado del vigilante le sentaban razonablemente bien para una salida rápida, pero el problema era el pelo. Miró por la habitación. *Estúdialo todo. Encontrarás algo que puedas utilizar.* Y lo encontró. Colgada de una barra cromada sobre la mesilla de noche había una toalla de mano. La cogió, se subió el pelo y lo envolvió en la toalla, remetiéndola después. El aspecto era absurdo y no soportaría un examen detenido, pero se parecía a un turbante.

El guardián, en calzoncillos y calcetines, gruñó y empezó a incorporarse, pero volvió a desplomarse, inconsciente. Marie corrió al armario, cogió su ropa y fue a la puerta. La abrió cautelosamente, no más de una pulgada. Dos enfermeras, una oriental, la otra europea, hablaban en voz baja en el pasillo. La china no era la mujer que había vuelto para escuchar su queja. Apareció otra enfermera, saludó con un movimiento de cabeza a sus dos compañeras y fue derecha hacia una puerta que había

al otro lado del pasillo. Era un armario para ropa blanca. Sonó un teléfono en recepción de la planta, a unos veinte metros pasillo adelante; había una mesa circular y enfrente del pasillo se dividía. El letrero de «Salida» colgado del techo tenía una flecha que señalaba hacia la derecha. Las dos enfermeras que estaban de charla se volvieron y echaron a andar hacia allí, mientras la tercera salía del cuarto de la ropa con un puñado de sábanas. *La fuga más limpia es la que se hace por etapas, aprovechando cualquier confusión que se produzca.*

Marie se deslizó fuera de la habitación y cruzó a la carrera el pasillo hasta el cuarto de la ropa. Entró y cerró la puerta. De pronto, un grito de mujer llenó el pasillo, dejándola petrificada. Pudo oír unas fuertes pisadas que corrían y se acercaban, y después más.

—¡El de guardia! —gritó en inglés la enfermera china—. ¿Dónde está ese asqueroso?

Marie abrió una leve rendija en la puerta del cuarto de la ropa. Frente a su habitación había tres enfermeras excitadas que se precipitaron dentro.

—¡Usted! ¡Conque se desnudó! *Zang sile!* ¡Sucio! ¡Mira en el cuarto de baño!

—¡Usted! —gritó el vigilante un tanto inseguro—. ¡Usted la dejó escapar! La llevaré a mis superiores.

—¡Déjeme, sucio! ¡Está mintiendo!

—¡Es usted una comunista! ¡De Beijing!

Marie se deslizó fuera del cuarto de la ropa con un montón de toallas al hombro y corrió hacia el pasillo que se bifurcaba y el letrero de «Salida».

—¡Llamen al mayor Lin! ¡He capturado a una comunista infiltrada!

—¡Llamen a la policía! ¡Es un perverso!

Una vez fuera del hospital, Marie corrió hacia el aparcamiento hacia su zona más oscura, y se sentó sin aliento al amparo de dos coches. Tenía que pensar; debía sopesar la situación. No podía cometer errores. Dejó caer las toallas y su ropa y empezó a registrar los bolsillos del chino, buscando una cartera o billetero. La encontró, la abrió y contó el dinero a la escasa luz. Había algo más de seiscientos dólares de Hong Kong, lo que equivalía a algo menos de cien norteamericanos. Apenas para una habitación de hotel. Después vio una tarjeta de crédito expedido por un banco de Kowloon. *No salga de casa sin ella.* Si hacía falta, presentaría la tarjeta; si hacía falta y si podía encontrar habitación. Sacó el dinero y la tarjeta de plástico, volvió a poner la cartera en el bolsillo e inició la complicada operación de cambiarse de atuendo mientras estudiaba las calles que había más allá de los terrenos del hospital. Vio con alivio que estaban muy concurridas. Esa gente era su seguridad

inmediata.

De repente entró a toda velocidad en el aparcamiento un coche, que se detuvo con gran rechinar de cubiertas frente a la puerta donde se leía «Urgencias». Marie se incorporó y miró a través de las ventanillas. El corpulento mayor chino y el frío y preciso doctor saltaron del coche y corrieron hacia la entrada. Cuando desaparecieron por las puertas, Marie salió corriendo a la calle.

Anduvo durante horas, deteniéndose para atiborrarse en un restaurante de comida rápida hasta que ya no pudo soportar la vista de las hamburguesas. Fue al tocador de señoras y se contempló en el espejo. Había perdido peso y tenía ojeras, aunque seguía siendo la misma. ¡Pero el maldito pelo! Estarían registrando todo Hong Kong buscándola y lo primero que contendría cualquier descripción sería su estatura y su pelo. Lo primero no tenía remedio, pero podía modificar drásticamente lo segundo. Se detuvo en una tienda y compró pasadores y horquillas. Después, recordando lo que Jason le había pedido que hiciese en París cuando apareció su foto en los periódicos, se peinó el pelo hacia atrás, recogiénolo en un moño, y se sujetó bien el de ambos lados de la cabeza. El resultado fueron unas facciones mucho más duras, realizadas por la delgadez y la falta de maquillaje. Era el efecto que Jason —*David*— buscaba en París... No, reflexionó; en París no era David, era Jason Bourne. Y entonces era de noche, en París.

—¿Por qué hace eso, señorita? —preguntó una dependienta, de pie junto al espejo del mostrador de los cosméticos—. Tiene un pelo tan bonito...

—Estoy harta de cepillármelo.

Marie salió y compró unas sandalias bajas a un vendedor callejero y un bolso Gucci de imitación a otro. Tenía la *G* cabeza abajo. Le quedaban 45 dólares norteamericanos y no sabía dónde iba a pasar la noche. Era a la vez demasiado pronto y demasiado tarde para ir al consulado. Una canadiense que llegaba después de media noche pidiendo una lista del personal provocaría alarma. Además, aún no había tenido tiempo de pensar cómo iba a hacer la petición. ¿Adónde ir? Necesitaba dormir. *No hagas nada cuando estés cansada o agotada. Las posibilidades de error son demasiado grandes. El descanso es un arma. No lo olvides.*

Pasó ante una galería comercial que estaba cerrando. Una joven pareja norteamericana en vaqueros regateaba con el propietario de un puesto de camisetas.

—Eh, venga, tío —decía el chico—. ¿Querrás hacer una venta más esta noche, no? Quiero decir que, aunque ganas menos, entrarán unos cuantos *dineros*^[2] en tu bolsillo.

—No *dineros* —exclamó el vendedor, sonriente—. Sólo dólares, y tú ofreces

demasiado poco. Tengo hijos. ¡Quitas la preciosa comida de sus bocas!

—Probablemente tiene un restaurante —terció la chica.

—¿Tú querer restaurante? ¿Auténtica verdadera comida china?

—¡Jesús! ¡Tenías razón, Lacy!

—Mi primo tercero por parte de padre tiene un puesto exquisito dos calles más abajo. Muy cerca, muy barato, muy bueno.

—Olvidalo —dijo el chico—. Cuatro pavos USA por las seis camisetas. Lo tomas o lo dejas.

—Lo tomo. Sólo porque eres demasiado fuerte para mí.

El vendedor echó mano a los billetes que le ofrecían y metió las camisetas en una bolsa de papel.

—Eres una maravilla, Buzz. —La chica le besó en la mejilla y se echó a reír—. Aun así, gana un cuatrocientos por ciento.

—¡Eso es lo malo de los que estudiáis empresariales! No tenéis en cuenta la estética. ¡El olor de la caza, el placer del conflicto verbal!

—Si alguna vez nos casamos, tendré que mantenerte durante el resto de mi vida, gran negociante.

Las oportunidades se presentarán solas. Reconócelas y aprovéchalas. Marie se acercó a los estudiantes.

—Perdónenme —dijo, hablando primero con la chica—. Los oí...

—¿No estuve magnífico? —le interrumpió el muchacho.

—Muy ágil. Pero sospecho que su amiga tenía razón. Esas camisetas han costado seguramente menos de veinticinco centavos la pieza.

—El cuatrocientos por ciento —dijo la chica, aprobando con la cabeza—. Keystone sería feliz.

—¿Key quién?

—Es un término de joyería —explicó Marie—. Significa el cien por cien.

—¡Estoy rodeado por filisteos! —exclamó el muchacho—. Soy especialista en Historia del Arte. ¡Algún día dirigiré el Metropolitan!

—Pero no trates de comprarlo —dijo la chica, volviéndose a Marie—. Perdona, la hemos interrumpido. No estamos locos; sólo es que nos gusta divertirnos.

—Realmente, me resulta un poco violento, pero mi avión se retrasó y me quedé sin ir a China. El hotel está lleno y me preguntaba...

—¿Necesita un sitio para pasar la noche? —interrumpió el estudiante de Historia del Arte.

—Sí, francamente, mis fondos son suficientes pero limitados. Soy profesora en

Maine. De Economía, me temo.

—No lo lamente —dijo la chica, sonriéndole.

—Me incorporo a mi grupo mañana; pero es mañana, no esta noche.

—Podemos ayudarla, ¿verdad, Lacy?

—Seguro. Nuestro *college* tiene un convenio con la Universidad china de Hong Kong.

—El servicio de habitaciones no es gran cosa, pero el precio está bien —dijo el chico—. Tres pavos USA por noche. ¡Pero oiga, son antediluvianos!

—Quiere decir que se rigen por un cierto código puritano. Separación de sexos.

—«Los chicos con las chicas...» —cantó el especialista en Historia del Arte—. ¡Qué más quisieran!

Marie se sentó en el catre, en una sala enorme con un techo de quince metros de altura; supuso que sería un gimnasio. A su alrededor había mujeres jóvenes, dormidas y despiertas. La mayoría estaban en silencio, pero algunas roncaban, otras encendían cigarrillos y había frecuentes paseos al cuarto de baño, cuyas luces fluorescentes permanecían encendidas. Estaba entre niñas, y cuánto le hubiera gustado serlo también ella, libre de los terrores que la rodeaban. *¡David, te necesito! ¡Me crees muy fuerte, pero, cariño, no puedo más! ¿Qué hago? ¿Cómo lo hago?*

Estúdialo todo. Encontrarás algo que puedas utilizar. Jason Bourne.

Capítulo 13

Una lluvia torrencial llenaba los hoyitos de la arena y rebotaba en los focos que iluminaban las grotescas estatuas de Repulse Bay, reproducciones de enormes dioses chinos, de airados mitos de Oriente en posturas furiosas, algunas de hasta diez metros de altura. La oscura playa estaba desierta, pero había mucha gente en el viejo hotel que se alzaba junto a la carretera y en la anacrónica hamburguesería de enfrente. Eran paseantes y clientes casuales, tanto turistas como isleños, que habían bajado a la bahía en busca de una última copa o de algo que comer, o para contemplar las imponentes estatuas que repelían a cuantos espíritus malignos pudiesen surgir en cualquier momento del mar. El repentino chaparrón había obligado a los que paseaban a cobijarse, y algunos sólo esperaban a que escampase para volver a casa.

Bourne, empapado, estaba escondido entre el follaje a pocos metros de la base de un ídolo de fiero aspecto, a medio camino de la playa. Se limpió la lluvia de la cara y miró hacia los escalones de cemento que conducían a la entrada del viejo hotel Colonial. Esperaba al tercer nombre de la lista del taipán.

El primero había tratado de atraparlo en el Star Ferry, el lugar de reunión convenido; pero Jason, vestido con la misma ropa que llevaba en la Ciudad Amurallada, había descubierto a sus dos hombres al acecho. No era tan fácil como buscar hombres con radios, pero tampoco había sido muy difícil. A la tercera travesía del puerto, como Bourne no había aparecido en la ventana de estribor convenida, los dos hombres pasaron junto a su contacto por dos veces y, tras hablarle disimuladamente, fueron a ocupar posiciones opuestas, con los ojos fijos en su superior. Jason había esperado hasta que el ferry se acercase al muelle y los pasajeros se dirigieran en masa hacia la rampa de salida, a proa. Entonces propinó al chino de la derecha un golpe en los riñones mientras pasaba junto a él, entre la gente. Después le golpeó en la nuca con el pesado pisapapeles de bronce, mientras los viajeros pasaban a toda prisa junto a ellos en la penumbra. Bourne cruzó entonces por entre los bancos que iban vaciándose y se enfrentó al segundo hombre. Le plantó la pistola en el estómago y lo llevó a popa, donde lo volteó sobre la barandilla y lo tiró por la borda mientras sonaba en la noche la sirena del ferry, ya casi en el muelle de Kowloon. Después volvió a donde estaba su contacto junto a la ventana desierta, hacia la mitad del barco.

—Cumplió su palabra —dijo Jason—. Me temo que llego tarde.

—¿Es usted el que llamó?

La mirada del contacto había recorrido las ropas raídas de Bourne.

—Yo soy.

—No parece usted un hombre con el dinero de que habló por teléfono.

—Tiene perfecto derecho a pensar así.

Bourne sacó un fajo doblado de billetes norteamericanos, billetes de mil dólares, que desenvolvió para que se viesan bien.

—Es usted. —El chino había mirado rápidamente por encima del hombro de Jason—. ¿Qué es lo que quiere? —preguntó ansioso.

—Información sobre un mercenario que dice llamarse Jason Bourne.

—Se ha equivocado de persona.

—Pagaré generosamente.

—No tengo nada que vender.

—Yo creo que sí. —Bourne, que había guardado ya el dinero, sacó su arma y se acercó al hombre mientras subían a bordo los pasajeros de Kowloon—. O me dice lo que quiero saber por dinero o tendrá que decírmelo por su vida.

—Sólo sé una cosa —había protestado el chino—. ¡Mi gente no lo tocará!

—¿Por qué no?

—¡No es el mismo hombre!

—¿Cómo ha dicho?

Jason contuvo el aliento, observando atentamente al contacto.

—Corre riesgos que nunca hubiese corrido antes. —El chino volvió a mirar más allá de Bourne, mientras le brotaba el sudor en la raya del pelo—. Vuelve al cabo de dos años. ¿Quién sabe lo que habrá pasado! Bebida, drogas, enfermedades de las putas... ¿Quién sabe?

—¿A qué riesgos se refiere?

—¡A éstos! Entra en un cabaret en Tsim Sha Tsui; había jaleo y estaba a punto de llegar la policía. ¡Y sin embargo entra y mata a cinco hombres! ¡Podían haberle cogido, haber descubierto a su cliente! Hace dos años no hubiera hecho una cosa así.

—Puede haber ocurrido al revés —dijo Jason Bourne—. Puede haber entrado como una persona e iniciado el jaleo. Después mata y sale como otra, escapando en la confusión.

El oriental miró brevemente a Jason a los ojos, de pronto más asustado que antes, mientras volvía a examinar las ropas andrajosas y mal cortadas que tenía enfrente.

—Sí, me imagino que es posible —dijo trémulo, sacudiendo la cabeza primero a un lado y después a otro.

—¿Cómo se puede llegar a ese Bourne?

—¡No lo sé, lo juro por los espíritus! ¿Por qué me pregunta a mí eso?

—¿Cómo? —repitió Jason inclinándose hacia el hombre hasta que sus frentes se tocaron, con la pistola en el vientre del oriental—. ¡Si no quiere tocarlo, sí sabe dónde se le puede tocar, dónde se puede dar con él! Y ahora, ¿dónde?

—¡Oh, Jesús cristiano!

—¡Maldito sea, y no Él! ¡Bourne!

—¡En Macao! Se dice que trabaja desde Macao. ¡Es cuánto sé, lo juro!

El hombre miró lleno de pánico a derecha e izquierda.

—Si está tratando de encontrar a sus dos hombres, no se preocupe, yo le daré noticias tuyas —dijo Jason—. Uno está allí caído, y espero que el otro sepa nadar.

—Esos hombres son... ¿Quién es usted?

—Creo que lo sabe —había respondido Bourne—. Vaya a la parte de atrás del ferry y permanezca allí. Si da un paso adelante antes de que atraquemos, no dará el segundo.

—¡Dios mío, usted es...!

—Yo en su lugar no acabaría la frase.

El segundo nombre iba acompañado de una dirección inverosímil, un restaurante de Causeway Bay especializado en la clásica cocina francesa. Según las breves notas de Yao Ming, el hombre hacía de encargado, pero en realidad era el propietario, y algunos de sus camareros tan adeptos a las pistolas como a las bandejas. El domicilio del contacto no era conocido; hacía todos sus negocios en el restaurante y se sospechaba que no tenía residencia permanente. Bourne había vuelto al Península, donde, tras dejar chaqueta y sombrero, atravesó rápidamente el concurrido vestíbulo, camino del ascensor. Una pareja bien vestida trató de disimular su sorpresa ante su aspecto. Él sonrió y murmuró una disculpa.

—Una «búsqueda del tesoro» entre los de mi empresa. Un poco tonto, ¿no les parece?

Ya en la habitación, se había permitido volver a ser por unos momentos David Webb. Fue un error; no podía soportar un corte en el hilo de sus pensamientos. *Vuelvo a ser él. Tengo que serlo. Él sabe qué hacer. ¡Yo no!* Se había quitado en la ducha la porquería de la Ciudad Amurallada y la humedad opresiva del Star Ferry, se había afeitado y se había vestido para una cena francesa.

—¡Lo encontraré, Marie! ¡Juro por Dios que lo encontraré!

Quien hacía la promesa era David Webb, pero Jason Bourne quien la gritaba furioso.

El restaurante parecía más un exquisito *palace* rococó del bulevar Montaigne de París que un edificio de una sola planta de Hong Kong. Colgaban del techo

complicadas arañas, con sus diminutas bombillas a media luz, y sobre las mesas con manteles del más puro lino y las más bellas cristalerías y cuberterías de plata lucían candelabros.

—Temo que no tengamos mesa esta noche, monsieur —dijo el maître. Era el único francés a la vista.

—Me dijeron que preguntase por Jiang You y que era urgente —replicó Bourne, enseñando un billete de cien dólares norteamericanos—. ¿Cree que él podrá encontrar algo, si esto lo encuentra a él?

—Yo lo encontraré, monsieur. —El maître rozó apenas la mano de Jason y se quedó el dinero—. Jiang You es un distinguido miembro de nuestra pequeña comunidad, pero soy yo quien selecciona. *Comprenez vous?*

—*Absolument.*

—¡Bien! Tiene usted cara de persona atractiva y sofisticada. Por aquí, por favor, monsieur.

Pero no iba a haber cena; los acontecimientos se desarrollaron con demasiada rapidez. Minutos después de haber llegado su aperitivo apareció junto a su mesa un chino esbelto trajeado de negro. Si algo tenía de raro, pensó David Webb, era el color más oscuro de su piel y la mayor oblicuidad de sus ojos. Sangre malaya. *¡Quieto!* —ordenó Bourne—. *¡Eso no nos sirve de nada!*

—¿Preguntaba por mí? —dijo el encargado, explorando la cara que se volvió hacia él—. ¿En qué puedo servirle?

—En primer lugar, sentándose.

—No es costumbre sentarse con los clientes, señor.

—No tiene importancia tratándose del propietario. Por favor, siéntese.

—¿Se trata de otra pesadez de la Oficina de Impuestos? En tal caso, espero que disfrute de su cena, porque va a pagarla. Mis libros están muy claros y al día.

—Si cree que soy británico es que no me ha escuchado. Y si por pesadez se refiere a que medio millón de dólares le parece algo aburrido, puede largarse de mi vista y disfrutaré de la cena.

Bourne se echó hacia atrás y tomó un sorbo de su bebida con la mano izquierda. La derecha no estaba visible.

—¿Quién le manda? —preguntó el oriental de sangre mezclada, sentándose.

—Acérquese más. Quiero hablar bajo.

—Sí, desde luego. —Jiang You se movió unos centímetros enfrente de Bourne—. Debo preguntarle quién lo envía.

—Y yo si le gustan las películas norteamericanas, en especial las del Oeste.

—Desde luego. Las películas norteamericanas son preciosas, y admiro sobre todo las de su viejo Oeste. Tan poéticas en la distribución de premios y castigos, tan justas en su violencia... ¿Estoy diciendo las palabras adecuadas?

—Sí. Pues en este momento está usted dentro de una.

—¿Perdón?

—Tengo un arma muy especial debajo de la mesa. Apunta entre sus piernas. —En un segundo, Jason retiró el mantel, levantó el arma de modo que pudiera verse el cañón e inmediatamente la volvió a su sitio—. Tiene un silenciador que reduce el ruido de un 45 a un taponazo de champán, pero no el impacto. *Liao jie ma?*

—*Liao jie*... —dijo el oriental, rígido y respirando profundamente, muerto de miedo—. ¿Está usted con la Rama Especial?

—Sólo estoy conmigo.

—Entonces ¿no hay medio millón de dólares?

—Hay lo que usted considere que vale su vida.

—¿Por qué yo?

—Está en una lista —respondió Bourne sin mentir.

—¿De... ejecución? —susurró el chino, con la boca abierta y la cara contorsionada.

—Eso depende de usted.

—¿Tengo que pagarle para que no me mate?

—Sí, en cierto sentido.

—¡No llevo medio millón de dólares en los bolsillos! ¡Ni los tengo aquí, en el local!

—Entonces págume con alguna otra cosa.

—¿Qué? ¿Cuánto? ¡Me desconcierta usted!

—Información en vez de dinero.

—¿Qué información? —preguntó el chino, mientras su miedo se hacía pánico—. ¿Qué información voy a tener yo? ¿Por qué acude a mí?

—Porque ha tenido tratos con un hombre al que quiero encontrar. El mercenario que se hace llamar Jason Bourne.

—¡No! ¡Eso no es verdad!

Al oriental empezaron a temblarle las manos. Le latían las venas de la garganta y sus ojos se apartaron por primera vez de la cara de Jason. Había mentido.

—Es usted un mentiroso —dijo con calma Bourne, adelantando el brazo derecho bajo la mesa mientras se echaba hacia delante—. Hizo usted la conexión en Macao.

—¡Macao, sí! Pero no hubo conexión. ¡Lo juro sobre las tumbas de diez

generaciones de mi familia!

—Está muy cerca de perder el estómago y la vida. ¡Lo enviaron a Macao para verse con él!

—¡Me enviaron, pero no lo vi!

—Demuéstrelo. ¿Cómo iba a establecer contacto?

—El Francés. Yo iba a estar en lo alto de la basílica incendiada de San Pablo de la Calçada. Iba a llevar un pañuelo negro al cuello, y cuando se me acercase un hombre, un francés, y comentase la belleza de las ruinas, yo diría: «Caín es Delta.» Si él respondía: «Y Carlos es para Caín», lo aceptaría como el enlace con Jason Bourne. Pero le juro que él no...

Bourne no oyó el resto de las protestas de aquel hombre. Brotaron en su cabeza explosiones entrecortadas; su mente volvía al pasado. Una luz blanca y cegadora llenó sus ojos mientras los estampidos se hacían insoportables. Caín es Delta y Carlos es para Caín... ¡Caín es Delta! ¡Delta Uno es Caín! Medusa se mueve; la serpiente cambia de piel. ¡Caín está en París y Carlos será suyo! Eran las palabras, las claves, los desafíos lanzados al Chacal. ¡Yo soy Caín y soy superior y estoy aquí! ¡Ven a por mí, Chacal! Te desafío a encontrarte con Caín, porque él mata mejor que tú. Más te vale encontrarme antes de que yo te encuentre, Carlos. ¡No eres enemigo para Caín!

¡Por Dios santo! ¿Quién, al otro extremo del mundo, conocía esas palabras, podía conocerlas? ¡Estaban encerradas en los archivos más secretos de operaciones encubiertas! ¡Suponían una conexión directa con Medusa!

Bourne había estado a punto de apretar el gatillo de su invisible automática, tan repentino fue el choque de la increíble revelación. Quitó el índice y lo puso en torno al guardamonte; había estado a punto de matar a un hombre por revelar una información extraordinaria. Pero ¿cómo? ¿Cómo podía haber ocurrido? ¿Quién era el enlace del nuevo «Jason Bourne» que sabía tales cosas?

Tenía que recobrase, lo sabía. Su silencio estaba traicionándolo, dejando ver su asombro. El chino no le quitaba ojo, e iba deslizándose poco a poco la mano más allá del borde del compartimiento donde estaba la mesa.

—Dé marcha atrás o le vuelo los huevos y el estómago.

El hombro del oriental se irguió y al momento pudo verse la mano sobre la mesa.

—Lo que le he dicho es cierto —dijo—. El Francés no apareció. De lo contrario se lo diría. Lo mismo haría usted en mi caso. No hago más que protegerme.

—¿Quién le envió a hacer el contacto? ¿Quién le dijo las palabras que debía usar?

—Eso no está a mi alcance, debe creerme. Todo se hace por teléfono, a través de segundos y terceros que sólo conocen la información de que son portadores. Sé que

va en serio cuando llega el dinero que me pagan.

—¿Cómo llega? Alguien tiene que dárselo.

—Alguien que no es nadie, que está también a sueldo. El anfitrión desconocido de una cena carísima pide ver al encargado. Acepto sus cumplidos y durante nuestra conversación me desliza un sobre. Van a darme diez mil dólares norteamericanos por ponerme en contacto con el Francés.

—¿Y después, qué? ¿Cómo lo encuentra?

—Se va a Macao, al casino de Kam Pek, en el centro. Es sobre todo para los chinos, porque se juega al *Fan Tan* y al *Dai Sui*. Se va a la mesa cinco, y se deja el número de teléfono de un hotel de Macao, no un teléfono particular, y un nombre, cualquiera, no el de uno, naturalmente.

—¿Y él llama a ese número?

—Puede llamar o no. Uno está veinticuatro horas en Macao. Si para entonces no ha llamado, es que lo rechaza porque no tiene tiempo para usted.

—¿Son ésas las normas?

—Sí. A mí me rechazó dos veces, y la única que fui aceptado no apareció en las escaleras de la Calçada.

—¿Por qué cree que lo rechazó? ¿Por qué piensa que no apareció?

—No tengo la menor idea. Quizá le sobren asuntos para su amo al asesino. Tal vez le dije algo que no debía en las dos primeras ocasiones. A lo mejor la tercera creyó ver hombres sospechosos en la Calçada, gente que creo que estaba conmigo y que no traía buenas intenciones. Naturalmente, no había tales personas, pero es inapelable.

—Mesa cinco. Los que dan las cartas —dijo Bourne.

—Los croupiers cambian constantemente. El arreglo es con la mesa. Una gratificación para todos, me imagino. A repartir. Y desde luego él no va en persona al Kam Pek; alquilará una fulana de la calle. Es muy cauto, muy profesional.

—¿Conoce a alguien más que haya tratado de ponerse en contacto con el tal Bourne? Sabré si miente.

—Creo que lo sabría. Está usted obsesionado, lo que no es de mi incumbencia, y me cazó en la primera mentira. No, no lo sé. Es la verdad, porque no quiero que me vuele los intestinos con un taponazo de champán.

—No puede saber mucho más que tenga importancia. En palabras de otro hombre, me parece que le creo.

—Créame. Sólo soy un correo; claro, tal vez, pero un correo.

—Sus camareros son algo más, me han dicho.

—No parece que hayan prestado atención.

—Aun así, acompáñeme hasta la puerta.

Y ahora estaba el tercer nombre, un tercer nombre, en medio del aguacero de Repulse Bay. El contacto había respondido a la clave.

—*Ecoutez, monsieur...* «Caín es Delta y Carlos es para Caín.»

—¡Íbamos a encontrarnos en Macao! —había gritado el hombre al teléfono—. ¿Dónde andaba usted?

—Ocupado.

—Puede ser demasiado tarde. Mi cliente tiene muy poco tiempo y está muy bien informado. Ha oído que su hombre se va a otra parte y está preocupado. ¡Usted se lo prometió, Francés!

—¿Adónde cree que se va mi hombre?

—A otra misión, por supuesto. ¡Ha oído hablar de ello!

—Está equivocado. Sigue disponible si paga el precio.

—Vuelva a llamarme dentro de unos minutos. Hablaré con mi cliente y veré si vamos a seguir con ello.

Bourne había llamado cinco minutos después. El consentimiento estaba dado y se concertó la cita. En Repulse Bay, a la una. Junto a la estatua del dios de la guerra, bajando a la playa a la izquierda, hacia el muelle. El contacto llevaría un pañuelo negro al cuello; la clave seguiría siendo la misma.

Jason consultó su reloj. Pasaban doce minutos de la hora. El contacto se retrasaba. La lluvia no era problema; por el contrario, suponía una ventaja, un escondite natural. Bourne había explorado el lugar del encuentro, quince metros en cada dirección desde donde se veía la estatua del ídolo, y lo había hecho después de la hora fijada, sin perder de vista el camino hacia la estatua. Hasta ahora, nada irregular. No le preparaban ninguna trampa.

Al fin apareció el *Zhongguo ren*, encorvado mientras descendía por las escaleras bajo el chaparrón, como si la sombra de su cuerpo pudiese resguardarlo de la lluvia. Corrió a lo largo del camino hacia la estatua del dios de la guerra y se detuvo al acercarse al enorme ídolo gruñón. Rehuía la luz de los focos, pero lo que pudo captar fugazmente de su cara indicaba su rabia al no ver a nadie.

—¡Francés! ¡Francés!

Bourne volvió corriendo por entre el follaje hacia las escaleras, comprobando el lugar una vez más antes de la cita, para ser menos vulnerable. Bordeó el grueso poste de piedra que limitaba la entrada a las escaleras y atisbo por entre la lluvia lo alto del camino que llevaba al hotel. Entonces vio lo que esperaba no ver. Un hombre con impermeable y sombrero salió del arruinado hotel Colonial y echó a andar con paso

rápido. A medio camino de las escaleras se detuvo y sacó algo del bolsillo, se volvió y hubo un leve resplandor... contestado al momento por un pequeño fulgor en una de las ventanas del concurrido vestíbulo. Señales. Un explorador estaba en camino hacia un puesto avanzado, mientras su enlace o su hombre de apoyo comprobaba las comunicaciones. Jason giró en redondo y desanduvo el camino por entre el estampado follaje.

—Francés, ¿dónde está?

—¡Por aquí!

—¿Por qué no contestaba? ¿*Dónde*?

—Enfrente. En los arbustos que tiene enfrente. ¡Dese prisa!

El contacto se acercó al follaje; estaba a la distancia de un brazo. Bourne saltó y lo agarró, haciéndolo volverse y empujándolo al interior de la mojada espesura mientras le plantaba la mano izquierda en la boca.

—¡Si quiere vivir no haga el menor ruido!

A diez metros en el interior de la arboleda paralela a la playa, Jason puso al contacto contra el tronco de un árbol.

—¿Quién está con usted? —preguntó, apartando despacio la mano de la boca del hombre.

—¿Conmigo? ¡Conmigo no está nadie!

—¡No mienta!

Bourne sacó su arma y la puso contra el cuello del contacto. El chino aplastó la cabeza contra el árbol, con los ojos muy abiertos y dando boqueadas.

—¡No tengo tiempo para trampas! —continuó Jason—. ¡Ningún tiempo!

—¡No hay nadie conmigo! ¡Mi palabra en estos asuntos es mi medio de vida! ¡Sin ella no tengo oficio ni beneficio!

Bourne miró fijamente al hombre. Enfundó el arma, agarró al contacto por el brazo y lo empujó hacia la derecha.

—Estése callado. Venga conmigo.

Noventa segundos más tarde, Jason y el contacto se habían arrastrado por entre el húmedo sotobosque hacia una zona del camino situada unos metros al oeste del macizo ídolo. El chaparrón disimulaba ruidos que podrían haber sido escuchados en una noche seca. De pronto Bourne agarró al oriental por el hombro, obligándolo a detenerse. Allá enfrente podía verse al explorador, agazapado, pegado al borde del camino, pistola en mano. Por un momento cruzó bajo la luz del foco de la estatua antes de desaparecer. Fue sólo un instante, pero bastaba. Bourne miró al contacto.

El chino estaba perplejo. No podía apartar los ojos del sitio por donde había

cruzado el explorador. Se le amontonaban las ideas en la cabeza mientras aumentaba su terror; se veía en su mirada fija.

—*Shi* —susurró—. *Jiagian!*

—En pocas palabras y en inglés —dijo Jason, hablando a través de la lluvia—: ¿Ese hombre se dedica a matar?

—*Shi!*... *Sí.*

—Dígame, ¿qué me ha traído?

—Todo —respondió el contacto, todavía conmocionado—. El primer dinero, las instrucciones... todo.

—Un cliente no envía dinero si piensa matar al hombre a quien está contratando.

—Lo sé —musitó el contacto, asintiendo con la cabeza y cerrando los ojos—. Esa mí a quien quieren matar.

Sus palabras a Liang en el paseo del puerto habían sido proféticas, pensó Bourne. *No es una trampa para mí, sino para usted. Hizo su trabajo y no pueden permitirse dejar huellas, no pueden permitir que siga con vida.*

—Hay otro arriba, en el hotel. Los vi haciéndose señales con linternas. Por eso tardé en contestarle.

El oriental se volvió y miró a Jason. En sus ojos no había la menor autocompasión.

—Riesgos del oficio —dijo sencillamente—. Como dice mi estúpido pueblo, me reuniré con mis antepasados, y espero que ellos no sean tan estúpidos. Aquí... —El contacto buscó en su bolsillo interior y sacó un sobre—... aquí está todo.

—¿Lo ha comprobado?

—Sólo el dinero. Está todo ahí. No me reuniría con el Francés sin llevar lo que pide, y el resto no me interesa. —De pronto el hombre miró duramente a Bourne, entornando los ojos bajo la lluvia—. ¡Pero usted no es el Francés!

—Tranquilo —dijo Jason—. Las cosas le han venido muy rápidas esta noche.

—¿Quién es usted?

—Alguien que acaba de abrirle los ojos. ¿Cuánto dinero ha traído?

—Treinta mil dólares norteamericanos.

—Si es sólo el primer pago, el blanco debe de ser alguien impresionante.

—Supongo que lo es.

—Guárdese lo.

—¿Cómo? ¿Qué está diciendo?

—Yo no soy el Francés, ¿recuerda?

—No comprendo.

—Ni siquiera me interesan las instrucciones. Estoy seguro de que alguien de su calibre profesional sabrá sacarles partido. Un hombre paga bien una información que puede ayudarle, pero paga mucho más por su vida.

—¿Por qué hace usted esto?

—Porque no es asunto mío. Sólo tengo una preocupación. Quiero al hombre que se hace llamar Bourne y no puedo malgastar el tiempo. Tendrá lo que acabo de ofrecerle más un dividendo: voy a sacarlo de aquí vivo aunque haya que dejar dos cadáveres en Repulse Bay, pero tiene que darme lo que le pedí por teléfono. Me dijo que su cliente había hablado de que el asesino del Francés iba a irse a otra parte. ¿Adónde? ¿Dónde está Bourne?

—Habla usted tan deprisa...

—¡Ya le dije que no tengo tiempo! ¡Dígamelo! Si se niega, me largo y su cliente lo mata. Elija.

—A Shenzen —dijo el contacto, como si el nombre le asustase.

—¿A *China*? ¿Hay un blanco en Shenzen?

—Lo supongo. Mi acaudalado cliente tiene fuentes en Queen's Road.

—¿Qué es eso?

—El consulado de la República Popular. Concedieron un visado nada corriente. Al parecer dio el visto bueno la más alta autoridad de Beijing. La fuente no sabía por qué, y cuando cuestionó la decisión fue inmediatamente trasladado de sección. Informó de ella a mi cliente. Por dinero, claro.

—¿Qué tenía de raro ese visado?

—En la República Popular un visado no es nunca «un simple visado», y mucho menos si se trata de un varón blanco que viaja solo con un pasaporte más que dudoso expedido en Macao.

—¿En Macao?

—Sí.

—¿Fecha de entrada?

—Mañana. Por la frontera de Lo Wu.

Jason estudió el contacto.

—Y dice que su cliente tiene fuentes en el consulado...

—Lo que está pensando costará mucho dinero, porque el riesgo es muy grande.

Bourne levantó la cabeza y miró a través de las cortinas de lluvia al ídolo iluminado. Hubo un movimiento; el explorador buscaba a su blanco.

—Espere aquí —dijo.

El tren de madrugada desde Kowloon a la frontera de Lo Wu tardaba poco más de

una hora, pero a él darse cuenta de que estaba en China le llevó menos de diez segundos.

¡Viva la República Popular!

No hacían falta los signos de admiración; los guardias de la frontera lo vivían. Eran rígidos, de mirada fija y abusivos, y golpeaban los pasaportes con sus sellos de goma con la furia de adolescentes hostiles. Había, no obstante, un servicio de apoyo destinado a mejorar la impresión. Más allá de los guardias, una falange de chicas jóvenes de uniforme sonreía detrás de varias largas mesas en las que se amontonaban los panfletos que exaltaban la belleza y las virtudes de su país y su sistema. Si había hipocresía en su actitud, no se les notaba.

Bourne había pagado al contacto 7 000 dólares USA por el visado. Era válido para cinco días. Como propósito de la visita figuraba «inversiones en la Zona Económica», y era renovable en inmigración de Shenzhen con las pruebas de esas inversiones, junto con la presencia corroborante del banquero chino que fuese a intervenir como *broker* en la operación. En agradecimiento, y sin más coste, el contacto le había dado el nombre de un banquero de Shenzhen que podía fácilmente orientar a «mister Cruett» en las posibilidades de inversión, a un mister Cruett que seguía registrado en el hotel Regent de Hong Kong. Por último, hubo una prima del hombre cuya vida había salvado en Repulse Bay: la descripción del individuo que viajaba con un pasaporte de Macao por la frontera de Lo Wu. Tenía «6,1» de estatura, 185 libras, piel blanca y pelo castaño claro.» Jason había leído la información recordando inconscientemente los datos que figuraban en su propia tarjeta de identidad. Decía: «Est.: 6,1. Peso: 187 lbs. Varón blanco. Pelo: castaño cl.» Le invadió una extraña sensación de miedo. No al enfrentamiento; lo deseaba, principalmente porque quería sobre todas las cosas que le devolviesen a Marie. Lo que sentía era el horror de ser el responsable de la creación de un monstruo, de un cazador implacable que procedía de un virus letal perfeccionado en el laboratorio de su mente y su cuerpo.

Era el primer tren que salía de Kowloon, ocupado sobre todo por obreros especializados y el personal ejecutivo permitido en la Zona Económica Libre de Shenzhen —más exacto sería decir atraído a ella— por la República Popular, con la esperanza de captar inversiones extranjeras. En cada parada camino de la frontera, mientras subían más y más viajeros, Bourne había recorrido los vagones observando uno por uno a los varones blancos, de los que había sólo un total de catorce cuando llegaron a Lo Wu. Ninguno respondía ni siquiera vagamente a la descripción del hombre de Macao, que era también la suya. El nuevo «Jason Bourne» tomaría sin duda un tren posterior. El auténtico pensaba esperarle al otro lado de la frontera. Y eso

hacía ahora.

Durante las cuatro horas que pasaron, explicó dieciséis veces al personal de frontera que se lo preguntó que esperaba a un socio comercial; sin duda había entendido mal el horario y había tomado el tren demasiado pronto. Como ocurre con la gente de cualquier país extranjero, pero especialmente en Oriente, el hecho de que un norteamericano se hubiese tomado la molestia de hacerse entender en su lengua fue decididamente beneficioso. Le ofrecieron cuatro tazas de café y siete téis calientes, y dos de las chicas uniformadas se deshicieron en risitas para regalarle un cono de helado chino demasiado dulce. Lo aceptó todo; no hacerlo hubiera sido descortés y, dado que la mayor parte de la Banda de los Cuatro había perdido ya no sólo la cara sino la cabeza, la descortesía estaba proscrita, excepto para los guardias fronterizos.

Eran las 11.10. Los viajeros iban apareciendo por el largo pasillo al aire libre después de tratar con inmigración. La mayoría eran turistas blancos, desconcertados y atemorizados por estar allí. Casi todos venían en pequeños grupos acompañados por guías —uno de Hong Kong y otro de la República Popular— que hablaban un aceptable inglés, alemán o francés, y a regañadientes japonés, para atender a los visitantes especialmente molestos pero con más dinero del que tuvieron nunca Marx o Confucio. Jason estudió a todos los varones blancos. Los muchos que medían más de seis pies de estatura eran demasiado jóvenes, o demasiado viejos, o demasiado gordos, o demasiado flacos, o demasiado llamativos, con sus pantalones verde lima o amarillo limón, para ser el hombre de Macao.

¡Un momento! ¡Al otro lado! Un hombre mayor con un traje de gabardina color tabaco que parecía un turista de estatura media y cojo se hizo de repente más alto... ¡y le desapareció la cojera! Bajó rápidamente las escaleras por entre la gente y corrió hacia el enorme aparcamiento lleno de autobuses, furgonetas y algunos taxis, todos con el zhan —libre— en el parabrisas. Bourne corrió detrás, esquivando los cuerpos que tenía enfrente, sin preocuparse de a quién empujaba. ¡Era él, el hombre de Macao!

—Eh, ¿está loco? ¡Ralph, me ha empujado!

—¿Y qué quieres? Empújalo tú a él.

—¡Haz algo!

—Se ha ido.

El hombre del traje de gabardina subió de un salto a una furgoneta verde oscuro con las ventanillas teñidas que, a juzgar por los caracteres chinos, pertenecía a algo llamado el Refugio para Aves de Chutang. Se cerró la puerta corredera, y la furgoneta arrancó al instante y contorneó a los otros vehículos aparcados, buscando la salida.

Bourne estaba frenético. ¡No podía dejarlo marchar! A su derecha había un viejo taxi con el motor parado. Abrió la puerta de un tirón y lo recibió un grito.

—*Zhan!* —chilló el taxista.

—*Shi ma?* —rugió Jason, sacando del bolsillo dinero norteamericano suficiente para pasar cinco años a lo grande en la República Popular.

—*Aiya!*

—*Zou!* —ordenó Bourne, saltando al asiento delantero y señalando la furgoneta—. No la pierda y podrá poner un negocio propio en la zona —dijo en cantonés—. ¡Se lo prometo!

¡Marie, estoy tan cerca! ¡Sé que es él! ¡Lo cogeré! ¡Ya es mío! ¡Significa nuestra liberación!

La furgoneta salió a gran velocidad del aparcamiento y tomó hacia el sur en la primera intersección, evitando la gran plaza llena de autobuses y de muchedumbres de turistas que trataban de sortear el interminable río de bicicletas. El taxista alcanzó a la furgoneta en una primitiva autopista, pavimentada más con arcilla dura que con asfalto. Podía verse al vehículo de ventanillas oscuras entrando en una larga curva, delante de un camión abierto que transportaba maquinaria agrícola pesada. Un autocar de turistas que esperaba al final de la curva salió a la carretera detrás del camión.

Bourne miró más allá de la furgoneta. Enfrente había colinas y la carretera empezaba a ascender. Después apareció otro autocar turístico, éste detrás de ellos.

—*Shumchun* —dijo el taxista.

—*Bin do?* —preguntó Jason.

—El pantano de Shumchun —respondió el conductor en chino—. Uno de los lagos más bonitos de todo el país. Surte de agua al Sur, a Kowloon y Hong Kong. En esta época está lleno de turistas. En otoño las vistas son preciosas.

De repente la furgoneta aceleró en la subida, separándose del camión y el autobús.

—¿No puede ir más deprisa? ¡Adelántelos!

—Hay muchas curvas.

—¡Inténtelo!

El conductor pisó a fondo y contorneó al autobús, no rozando su abultado morro por centímetros cuando se vio obligado a volver a la fila porque venía un semitractor del ejército con dos soldados en la cabina. Tanto los soldados como los guías turísticos les gritaron por las ventanillas abiertas.

—¡Dormís con vuestras feas madres! —chilló el taxista, exultante, sólo para verse frente al ancho camión lleno de maquinaria agrícola bloqueándole el camino.

Estaban entrando en una pronunciada curva a la derecha. Bourne se agarró a la

ventanilla y se asomó tanto como pudo para ver mejor.

—¡No viene nadie! —gritó al taxista entre la embestida del viento—. ¡Adelante! Puede pasarlo. ¡*Ahora!*

El conductor aceleró el viejo taxi al límite mientras rodaban por un trecho de arcilla dura, lo que hizo que el coche patinase peligrosamente cuando iba emparejado con el camión. Otra curva, ahora muy cerrada, a la izquierda, y aún más empinada. Después, la carretera era recta y ascendía una alta colina. La furgoneta ya no estaba a la vista; había desaparecido al ganar la cumbre.

—¡*Kuai!* —gritó Bourne—. ¿No puede hacer que este maldito chisme vaya más deprisa?

—¡Nunca ha ido tan rápido! Creo que los puñeteros espíritus harán estallar el motor, y entonces ¿qué voy a hacer? ¡Me costó cinco años comprar este maldito chisme y muchos sobornos conducir en la Zona!

Jason arrojó un puñado de billetes a los pies del taxista.

—¡Hay diez veces más si cogemos a esa furgoneta! Ahora, *adelante*.

El taxi ganó la cima de la colina y descendió rápidamente a un enorme valle al borde de un gran lago que parecía extenderse durante muchos kilómetros. Bourne pudo ver a lo lejos montañas coronadas de nieve e islas que salpicaban el agua verdiazul hasta perderse de vista. El taxi se detuvo junto a una gran pagoda roja y dorada a la que se llegaba por una larga escalinata de hormigón. Sus terrazas abiertas daban al lago. Había puestos de refrescos y tiendas de curiosidades esparcidos por los bordes del aparcamiento, donde los dobles guías de cuatro autobuses turísticos gritaban instrucciones y rogaban a las personas a su cargo que no se equivocasen de vehículo al reanudar la marcha.

La furgoneta de las ventanillas oscuras no se veía por parte alguna. Bourne volvió rápidamente la cabeza, mirando en todas direcciones. ¿Dónde estaría?

—¿Qué carretera es aquélla? —preguntó al taxista.

—Va a las estaciones de bombeo. No se permite el paso a nadie; la vigila el ejército. A la vuelta hay una cerca muy alta y un cuerpo de guardia.

—Espere aquí.

Jason se apeó y echó a andar hacia la carretera prohibida, lamentando no tener una cámara o una guía, algo que lo identificase como turista. Dadas las circunstancias, lo único que pudo hacer fue adoptar el paso vacilante y la expresión asombrada que los distingue. No había objeto demasiado insignificante para su curiosidad. Se acercó a la curva de la mal pavimentada carretera, y en seguida vio la cerca y, poco a poco, el cuerpo de guardia. Una larga barra de metal cruzaba la carretera, y, de espaldas a él,

dos soldados hablaban, mirando Para el lado contrario, hacia dos vehículos aparcados más abajo, junto a un edificio cuadrado de cemento pintado de un color pardusco. Uno de los vehículos era la furgoneta de ventanillas oscuras, el otro el sedán marrón. La furgoneta empezó a moverse. ¡Se dirigía de vuelta a la barrera!

Bourne pensó rápidamente. No tenía arma; era inútil pensar siquiera en cruzar armado la frontera. Si trataba de detener la furgoneta y sacar a rastras al asesino, la conmoción atraería a los guardias, cuyo fuego de fusil era rápido y certero. Por tanto, tenía que hacer salir al hombre de Macao... por su propia voluntad. Para lo demás Jason estaba preparado; cogería al impostor de un modo u otro. Lo llevaría de vuelta a la frontera y la cruzaría como fuese. Ningún hombre era enemigo para él; no había ojos, cuello o ingle a salvo de un asalto, rápido y doloroso. David Webb no se había enfrentado a esa realidad. Bourne la vivía.

¡Sí, había un modo!

Jason volvió corriendo al inicio de la desierta curva, fuera de la vista de la barrera y los soldados. Volvió a adoptar la pose del turista fascinado y escuchó. Oyó el cambio de ruido del motor de la furgoneta al detenerse, y un chirrido le dijo que estaban levantando la barrera.

Era ya sólo cuestión de segundos. Bourne esperaba en la cuneta entre el follaje. La furgoneta tomó la curva mientras él ajustaba sus movimientos.

De pronto se plantó delante del vehículo con expresión aterrada, giró a un lado y, ya debajo de la ventanilla del conductor, golpeó con la palma de la mano en la portezuela y lanzó un grito de dolor como si le hubiesen atropellado, tal vez matado. Quedó tendido boca abajo mientras se detenía el vehículo y el conductor se apeaba de un salto, inocente a punto de hacer valer su inocencia. No tuvo ocasión. Jason tenía el brazo extendido. Agarró al hombre por el tobillo, le hizo perder el equilibrio y lo mandó de cabeza contra el costado de la furgoneta. El conductor cayó inconsciente, y Bourne lo arrastró hasta la trasera de la furgoneta, bajo las ventanillas pintadas. Vio un bulto en su chaqueta. Era una pistola. Previsible, considerando su cargamento. Jason la cogió y aguardó al hombre de Macao.

No apareció. Aquello no era lógico.

Bourne se arrastró hasta el frente de la furgoneta, se agarró al saliente cauchutado del asiento del conductor y se plantó arriba con el arma preparada, barriendo los asientos traseros de lado a lado.

Nadie. Estaba vacío.

Se apeó y fue hasta el conductor, le escupió en la cara y le dio unas bofetadas para despabilarlo.

—*Nali?* —susurró con aspereza—. ¿Dónde está el hombre que venía aquí?

—¡Allá atrás! —dijo el conductor en cantonés, sacudiendo la cabeza—. En el coche oficial, con un hombre a quien nadie conoce. ¡Perdóneme mi desgraciada vida! ¡Tengo siete hijos!

—¡Póngase al volante —dijo Bourne, levantando al hombre y empujándolo hacia la puerta abierta— y salga de aquí tan deprisa como pueda!

No hicieron falta más consejos. La furgoneta se alejó del pantano de Shumchun a tal velocidad que Jason pensó que iba a irse a la cuneta cuando tomó la curva para salir a la carretera. *Un hombre a quien nadie conoce.* ¿Qué significaba eso? No importa. El hombre de Macao estaba atrapado. Lo tenía en un sedán marrón dentro de una carretera prohibida. Bourne volvió corriendo al taxi y subió al asiento delantero. El dinero esparcido ya no estaba en el suelo.

—¿Está satisfecho? —dijo el taxista—. ¿Tendré diez veces lo que dejó caer sobre mis indignos pies?

—¡Déjelo, Charlie Chan! Va a salir un coche de la carretera de la estación de bombeo y usted va a hacer exactamente lo que yo le diga. ¿Me comprende?

—¿Comprende usted diez veces la cantidad que dejó en mi viejo y mediocre taxi?

—Comprendo. Podría ser quince veces, si hace lo que le diga. Vamos, muévase. Vaya al borde del aparcamiento. No sé cuánto tiempo tendremos que esperar.

—El tiempo es oro, señor.

—¡Oh, cállese!

La espera fue de unos veinte minutos. Apareció el sedán marrón, y Bourne vio algo que no había visto antes. Llevaba los cristales de las ventanillas teñidos de un color aún más oscuro que los de la furgoneta. Quienquiera que fuese dentro resultaba invisible. Después Jason oyó lo último que esperaba oír.

—Tenga su dinero —dijo el taxista—. Lo llevaré de vuelta a Lo Wu y nunca lo he visto.

—¿Por qué?

—Ese es un coche del gobierno, un coche oficial, y no seré yo quien lo siga.

—¡Espere un momento! Sólo... escúcheme. ¡*Veinte* veces lo que le di, más una prima si todo sale bien! Hasta que yo diga otra cosa, puede seguirlo muy de lejos. Sólo soy un turista que quiere curiosear un poco. ¡No, espere! ¡Aquí, vea esto! Mi visado dice que he venido a invertir dinero, ¡y a los inversores se les permite mirar!

—¿*Veinte* veces? —dijo el taxista, mirando fijamente a Jason—. ¿Qué garantía tengo de que cumplirá su promesa?

—Lo pondré en el asiento, entre nosotros. Es usted quien conduce; puede hacer

con este coche muchas cosas que yo sería incapaz de hacer. No trataré de volver a coger el dinero.

—¡Muy bien! Pero iré a buena distancia. Conozco estas carreteras. Sólo se puede ir a ciertos sitios.

Treinta y cinco minutos más tarde, con el sedán marrón todavía a la vista, aunque lejos, el taxista rompió el silencio.

—Van al aeropuerto.

—¿A qué aeropuerto?

—Lo utilizan los funcionarios del gobierno y los hombres con dinero del Sur.

—¿Gente que invierte en fábricas, en la industria?

—Esto es la Zona Económica.

—Yo soy un inversor —dijo Bourne—. Lo dice mi visado. ¡Dese prisa! ¡Acérquese!

—Hay cinco vehículos entre nosotros, y acordamos que me quedaría lejos.

—¡Hasta que yo dijese otra cosa! Ahora es diferente. Tengo dinero. ¡Estoy interviniendo en China!

—Nos detendrán en la entrada. Llamaré por teléfono.

—¡Tengo el nombre de un banquero de Shenzen!

—Y él ¿tiene el suyo? ¿Y una lista de las firmas chinas con las que está tratando? Si es así, hable usted en la entrada. Pero si ese banquero de Shenzen no lo conoce, lo detendrán por dar información falsa, y su estancia en China durará lo que tarden en investigarlo a fondo, semanas, meses...

—¡Tengo que alcanzar a ese coche!

—Si se acerca, dispararán.

—¡Maldita sea! —gritó Jason en inglés, para volver instantáneamente al chino—. Escúcheme. ¡No tengo tiempo para explicaciones, pero tengo que verlo!

—Eso no es asunto mío —dijo el taxista con frialdad.

—Manténgase en la fila y vaya hasta la entrada —ordenó Bourne—. Soy un viajero que usted recogió en Lo Wu, eso es todo. Yo hablaré.

—¡Habla demasiado! No quiero que me vean con alguien como usted.

—Limítese a hacer lo que le digo —cortó Jason, sacando el arma de su cinturón.

Bourne sentía en el pecho un golpeteo insoportable mientras estaba de pie junto a un gran ventanal que daba sobre el aeropuerto. Era un terminal pequeño y para viajeros privilegiados. La stampa incongruente de despreocupados hombres de negocios occidentales con maletines y raquetas de tenis desconcertaba a Jason, a causa del fuerte contraste con la rigidez de los guardias uniformados. Al parecer, aceite y

agua no eran incompatibles.

Hablando en inglés al intérprete, que traducía fielmente para el oficial de guardia, había alegado ser un ejecutivo que había recibido instrucciones en el consulado de Queen's Road, en Hong Kong, para venir al aeropuerto a encontrarse con un funcionario que llegaba de Beijing. Había perdido el nombre del funcionario; pero se habían encontrado en el Departamento de Estado, en Washington, y podrían reconocerse. Dio a entender que el encuentro era visto muy favorablemente por hombres importantes del Comité Central. Le dieron un pase, sólo para el terminal, y preguntó si podían permitir quedarse el taxi para el caso de que necesitasen transporte más tarde. La petición fue concedida.

—Si quiere su dinero, quédese —había dicho al taxista en cantonés mientras se guardaba los billetes doblados que habían viajado entre ellos.

—Tiene una pistola y ojos furiosos. Matará.

—La última cosa en el mundo que quiero hacer es matar al hombre que va en ese coche. Sólo mataría para proteger su vida.

El sedán marrón con las ventanillas oscuras, opacas, no estaba en el aparcamiento. Bourne se adentró tan rápidamente como le pareció aceptable en la terminal, hasta el ventanal donde estaba ahora con las sienes estallándole de rabia y frustración, porque fuera, en el campo, había visto el coche del gobierno. Estaba aparcado sobre la pista de despegue a menos de veinte metros, pero una impenetrable pared de cristal lo separaba de él... y de la liberación. De pronto el sedán arrancó hacia un reactor de mediano tamaño que estaba a cien metros al norte, en la pista. Bourne forzó los ojos, lamentando no tener unos gemelos. Después se dio cuenta de que habrían sido inútiles; el coche dio la vuelta por detrás de la cola del avión y se perdió de vista.

—*¡Maldita sea!*

A los pocos segundos el reactor empezó a rodar hacia la cabecera de la pista, mientras el sedán giraba y volvía hacia el aparcamiento y la salida.

¿Qué podía hacer? *¡No puedo quedarme así! ¡Él está allí, él es yo y está allí! ¡Se marcha!* Bourne corrió al primer mostrador y adoptó la actitud de un hombre terriblemente afectado.

—¡El avión que está a punto de despegar! ¡Yo tenía que ir en él! ¡Va a Shanghai y me dijeron de Beijing que debía ir en él! ¡Deténgalo!

La empleada que estaba detrás del mostrador cogió el teléfono. Marcó rápidamente y en seguida exhaló un suspiro de alivio por entre sus labios apretados.

—Ése no es su avión, señor. Va a Guangdong.

—¿A dónde?

—A la frontera de Macao, señor.

—*¡Nunca! ¡No debe aparecer por Macao!* —había exclamado el taipán—. ¡La orden será rápida y la ejecución más aún! ¡Su mujer morirá!

Macao. Mesa cinco. El casino de Kam Pek.

—*Si va a Macao* —había dicho McAllister—, *podría ser un terrible inconveniente...* —*¿Liquidación?*

—*Soy incapaz de utilizar esa palabra.*

Capítulo 14

—¡No me diga eso, no puede decirme eso! —exclamó Edward Newington McAllister saltando de su asiento—. ¡Es *inacceptable*! No puedo enfrentarme a una cosa así. ¡No quiero ni oír hablar de ello!

—Será mejor que lo haga, Edward —dijo el mayor Lin Wenzu—. Ha ocurrido.

—Es culpa mía —añadió el médico inglés, de pie frente a la gran mesa en Victoria Peak—. Todos los síntomas que mostraba conducían a un pronóstico de rápido deterioro neurológico: pérdida de concentración y de fijeza visual, falta de apetito y un descenso proporcional de peso, y, lo que es aún más significativo, espasmos, al haber una falta total de controles motores. Francamente, pensé que el proceso degenerativo había alcanzado una crisis negativa...

—¿Qué demonios significa eso?

—Que estaba muriéndose. No en cuestión de horas, ni siquiera de días o semanas, pero sí que el curso era irreversible.

—¿Y no estaba en lo cierto?

—Nada me gustaría más que poder concluir que sí, que mi diagnóstico era al menos razonable, pero no puedo. Dicho sin rodeos, me han dado donde más duele, señor subsecretario; en mi orgullo profesional. Esa zorra me engañó con un número de barraca de feria, cuando probablemente confunde el fémur con la femoral. Todo lo que hizo fue calculado, desde las llamadas a la enfermera hasta lo de golpear y desnudar al vigilante. Todos sus movimientos fueron planeados y el único desordenado fui yo.

—¡Tengo que hablar con Havilland!

—¿El embajador Havilland? —preguntó Lin arqueando las cejas.

McAllister lo miró.

—Olvide que ha oído eso.

—No lo repetiré, pero no puedo olvidarlo. Las cosas están más claras; ahora comprendo lo de Londres. Está usted hablando del Estado Mayor General, y de Overlord y buena parte de Olympus.

—No mencione ese nombre a nadie, doctor.

—Lo he olvidado por completo. Ni siquiera estoy seguro de haber sabido alguna vez quién es.

—¿Qué puedo decir? ¿Qué están haciendo ustedes?

—Todo lo humanamente posible —respondió el mayor—. Hemos dividido Hong Kong y Kowloon en secciones. Estamos interrogando a la gente de los hoteles y

examinando a fondo sus libros de registro. Hemos alertado a la policía y a las patrullas marinas; todo el personal tiene la descripción de esa mujer y sabe que encontrarla es la preocupación prioritaria del territorio...

—¿Qué les dijeron? ¿Cómo lo explicaron?

—En esto pude yo ayudar —intervino el médico—. En vista de mi estupidez, era lo menos que podía hacer. Di una alerta médica. Eso nos permite contar con la ayuda de equipos paramédicos enviados desde todos los hospitales, por supuesto manteniéndose en contacto por radio para otras posibles emergencias. Están recorriendo las calles.

—¿Qué clase de alerta médica? —preguntó preocupado McAllister.

—Con un mínimo de información, pero del tipo que provoca revuelo. Sabemos que esa mujer ha estado en una isla innominada del estrecho de Luzón prohibida a los viajeros internacionales a causa de una enfermedad que allí reina transmitida por utensilios de comer mal lavados.

—Al clasificarlo así —interrumpió Lin—, nuestro buen doctor eliminó cualquier temor de los equipos a acercarse a ella y tomarla bajo su custodia. No era probable, tratándose de personal sanitario, pero todo cesto tiene su fruta imperfecta y no podemos permitirnoslo. Creo honradamente que la encontraremos, Edward. Todos sabemos cómo destaca entre la gente. Alta, guapa, con ese pelo suyo... y más de mil personas buscándola.

—Ojalá esté en lo cierto. Pero estoy preocupado; la entrenó un camaleón.

—¿Cómo dice?

—Nada, doctor —dijo el mayor—. Un término técnico de nuestro oficio.

—¡Ah!

—Necesito el expediente entero, ¡completo!

—¿Qué, Edward?

—Se les dio caza juntos en Europa. Ahora están separados, pero la cacería sigue. ¿Qué hicieron entonces? ¿Qué harán ahora?

—¿Un hilo? ¿Una pauta?

—Siempre los hay —dijo McAllister, frotándose la sien derecha—. Perdóneme, pero debo pedirles que se vayan. Tengo que hacer una llamada horrible.

Marie recurrió al trueque para hacerse con nuevas prendas de vestir y pagó unos cuantos dólares por otra. El resultado era aceptable: peinada hacia atrás y con un sombrero de amplias alas, era una mujer de aspecto vulgar, con falda plisada y una blusa gris anodina que ocultaban cualquier asomo de figura. Las sandalias bajas aminoraban su estatura y el falso bolso Gucci la señalaba como una crédula turista,

exactamente lo que no era. Llamó al consulado canadiense y le indicaron cómo llegar hasta allí en autobús. Las oficinas estaban en la planta 14 de la Casa de Asia, en Hong Kong. Tomó el autobús que desde la Universidad china atravesaba Kowloon y el túnel hasta la isla; observó cuidadosamente las calles y se apeó en su parada. Subió en el ascensor, satisfecha de que ninguno de los hombres que subían con ella le echase una segunda mirada; no era a eso a lo que estaba acostumbrada. Había aprendido en París, de labios de un camaleón, cómo utilizar las cosas sencillas para cambiarse. Ahora iba recordando aquellas lecciones.

—Me doy cuenta de que esto sonará ridículo —dijo en tono desenfadado y jocosamente perplejo a la recepcionista—, pero una prima segunda mía por parte de madre está destinada aquí y prometí visitarla.

—A mí no me parece ridículo.

—Se lo parecerá cuando le diga que he olvidado su nombre. —Las dos mujeres se echaron a reír—. Por supuesto, no nos hemos visto nunca, y a ella probablemente le gustaría seguir así; pero ¿qué voy a decirle a la familia cuando vuelva?

—¿Sabe en qué sección está?

—Creo que tiene algo que ver con la economía.

—Será probablemente el Departamento comercial. —La recepcionista abrió un cajón y sacó un folleto blanco alargado con la bandera canadiense grabada en relieve en la cubierta—. Aquí tiene nuestra guía. ¿Por qué no se sienta y lo busca?

—Muchísimas gracias —dijo Marie, yendo hasta un sillón de cuero y sentándose—. Tengo tal complejo de torpe —añadió, abriendo el folleto—. Me refiero a que debería saber cómo se llama. Estoy segura de que usted sabe el nombre de su prima por parte de madre.

—Querida, no tengo ni la más vaga idea.

Sonó el teléfono y la recepcionista se apresuró a atender a su trabajo.

Marie pasó rápidamente las páginas, recorriéndolas de arriba abajo en busca de un nombre que le trajese el recuerdo de una cara. Encontró tres, pero las imágenes eran borrosas, y los rasgos poco claros. Después, en la página 12, un rostro y una voz saltaron hacia ella mientras leía el nombre. *Catherine Staples*.

Catherine «la tranquila», Catherine «la fría», Staples «la de palo». Eran mote injustos y que no daban una imagen ni siquiera medianamente fiel de aquella mujer. Marie había conocido a Catherine Staples durante su época en el Departamento del Tesoro, en Ottawa, cuando ella y otros de su sección informaban a los miembros del cuerpo diplomático que iban a salir en misión a ultramar. Staples había pasado por allí dos veces, una para un cursillo de perfeccionamiento sobre el Mercado Común

Europeo y la segunda, naturalmente, ¡para Hong Kong! De eso hacía trece o catorce meses, y aunque su amistad no podía llamarse íntima —cuatro o cinco almuerzos, una cena que había preparado Catherine y otra con la que correspondió Marie—, sí había aprendido no poco acerca de una mujer que hacía su trabajo mejor que la mayoría de los hombres.

Para empezar, su rápido ascenso en Asuntos Exteriores le había costado su matrimonio. Según decía, había renunciado solemnemente a ese estado civil para el resto de su vida, dado que la obligación de viajar y las horas insensatas de su trabajo resultaban inaceptables para cualquier hombre que valiese la pena. A sus cincuenta y tantos años, Staples era una mujer esbelta y enérgica de estatura media, que se vestía bien pero con sencillez. Era una profesional seria con un ingenio sardónico inmisericorde con la hipocresía, que adivinaba en seguida, y con las excusas interesadas, que no toleraba. Podía ser amable e incluso bondosa con quienes se veían obligados a hacer un trabajo para el que no estaban preparados, pero era brutal con quien se lo había asignado, cualquiera que fuese su rango. Si había una frase capaz de resumir a la alta funcionaria del Servicio Exterior Catherine Staples sería «dura, pero justa». También era con frecuencia muy divertida en la severidad con que se juzgaba a sí misma. Marie esperaba que fuese justa en Hong Kong.

—Aquí no hay nada que me suene —dijo Marie, levantándose y volviendo la guía a la recepcionista—. Me siento tan estúpida...

—¿Tiene alguna idea de su aspecto?

—Nunca se me ocurrió preguntarlo.

—Lo siento.

—Más lo siento yo. Tendré que hacer una llamada de lo más embarazoso a Vancouver. Por cierto, he visto un nombre. No tiene nada que ver con mi prima, pero creo que es amiga de una amiga. Una tal Staples.

—¿«Catalina la Grande»? Sí, está aquí, aunque a buena parte del personal no le importaría que la ascendiesen a embajadora y la mandasen a la Europa Oriental. Nos pone nerviosos. Es una mujer de primera.

—¿Quiere decir que está aquí ahora?

—A menos de diez metros. ¿Quiere darme el nombre de su amiga y veré si tiene tiempo para saludarla?

Marie estuvo tentada, pero la responsabilidad burocrática prohibía usar ese atajo. Si las cosas eran como ella pensaba y habían dado la voz de alarma a los consulados amigos, Staples podía sentirse obligada a cooperar. Por ella probablemente no lo haría, pero tenía que velar por la integridad de su cargo. Embajadas y consulados se

pedían constantemente favores mutuos. Necesitaba tiempo con Catherine y en un ambiente no oficial.

—Es muy amable por su parte —dijo Marie a la recepcionista—. A mi amiga le haría mucha gracia... Un momento. ¿Dijo usted «Catherine»?

—Sí. Catherine Staples. Créame, no hay dos como ella.

—Estoy segura, pero la amiga de mi amiga se llama Christine. Señor, hoy no es mi día. Ha sido usted muy amable, de modo que voy a dejar ya de darle la lata.

—Ha sido un placer. Tendría que ver a las que vienen porque han comprado un reloj de Cartier a precio de saldo y, cuando se les para, un joyero les dice que tiene dentro dos gomas y un yoyo en miniatura.

Los ojos de la recepcionista cayeron sobre el bolso Gucci con la G invertida.

—Vaya —dijo por lo bajo.

—¿Qué?

—Nada. Que tenga suerte con su llamada.

Marie esperó en el vestíbulo de la Casa de Asia mientras se sintió cómoda, y después salió y paseó arriba y abajo delante de la entrada durante casi una hora, con la calle llena de gente. Era poco más de mediodía y se preguntaba si Catherine se molestaría siquiera en almorzar. Lo del almuerzo sería una buena idea. Había también otra posibilidad, o una imposibilidad tal vez, pero una por la que valía la pena rezar, si es que aún sabía cómo se hacía. Podía aparecer David; pero no sería como David sino como Jason Bourne, de modo que podía ser cualquiera. Transformado en Bourne, su marido sería mucho más ingenioso; había visto su inventiva en París y era algo de otro mundo, de un mundo letal donde un paso en falso podía costar la vida. Cada movimiento estaba premeditado en tres o cuatro dimensiones. ¿Y si yo...? ¿Y si él...? El intelecto jugaba un papel mucho más importante en el mundo violento de lo que los intelectuales no violentos admitirían nunca; sus cerebros estallarían en un mundo que despreciaban como bárbaro porque eran incapaces de pensar tan deprisa y tan profundamente. *Cogito ergo nada*. ¿Por qué pensaba aquellas cosas? ¡Ella pertenecía al mundo pacífico, y lo mismo David! Después vio con claridad la respuesta. Habían sido rechazados de ese mundo, y tenían que sobrevivir y encontrarse.

¡Allí estaba! Catherine Staples salió con paso decidido de la Casa de Asia y giró a la derecha. Estaba apenas a quince metros. Marie echó a correr, empujando gente en su camino mientras trataba de alcanzarla. *Nunca intentes correr, eso te señala*. ¡No me importa! ¡Debo hablar con ella!

Staples cruzó la acera. Había un coche del consulado esperándola en el bordillo, con el emblema de la hoja de arce en la puerta, y estaba ya subiendo a él.

—¡No! ¡Espera! —gritó Marie, abriéndose paso a empujones y agarrando la puerta cuando ya Catherine estaba a punto de cerrarla.

—¿Perdón? —exclamó Staples, mientras el chófer se revolvía en su asiento y aparecía una pistola quién sabe de dónde.

—¡Por favor! ¡Soy yo! Ottawa. Las sesiones de información.

—¿Marie? ¿Eres tú?

—Sí. Estoy en apuros y necesito tu ayuda.

—Sube —dijo Catherine Staples, dejándole sitio—. Guarde esa bobada —ordenó al chófer—. Es amiga mía.

Tras cancelar su cita para almorzar con el pretexto de una llamada de la delegación británica —algo muy común durante las negociaciones con la República Popular en torno al tratado de 1997—, la funcionaria del Servicio Exterior Staples dio instrucciones al conductor para que las dejase a la entrada de Food Street, en Causeway Bay. Food Street ofrecía el abrumador espectáculo de unos treinta restaurantes en un trecho de dos manzanas. La calle estaba cerrada al tráfico, pero aunque no lo hubiese estado no habría modo de que el transporte motorizado pasase a través de la masa humana que allí se movía en busca de una de las cuatro mil mesas. Catherine llevó a Marie a la entrada de servicio de un restaurante. Tocó el timbre y a los pocos segundos se abrió la puerta, por la que les llegaron los olores flotantes de un centenar de platos orientales.

—Encantado de verla, miss Staples —dijo el chino vestido con el delantal blanco de cocinero, de uno de los muchos cocineros—. Pasen, por favor. Como siempre, hay una mesa para usted.

Mientras atravesaban el caos de la gran cocina, Catherine se volvió a Marie.

—Gracias a Dios, aún quedan algunos gajes en esta miserable y mal pagada profesión. El dueño tiene parientes en Quebec, un restaurante condenadamente bueno en la calle St. John, y procuro que le tramiten el visado «deprisita», como ellos dicen.

Catherine señaló con un gesto hacia una de las pocas mesas vacías que había en la parte de atrás; estaba cerca de la puerta de la cocina. Una vez sentadas, las ocultaba literalmente el ir y venir apresurado de los camareros que entraban y salían por las puertas de batiente, así como la continua agitación en torno a las mesas del abarrotado restaurante.

—Gracias por pensar en un sitio como éste —dijo Marie.

—Querida —replicó Staples con aquel tono suyo gutural y terminante—, cuando alguien como tú se viste como vas vestida y se maquilla como vas maquillada, es que prefiere no llamar la atención.

—Y eso es decir poco. ¿Aceptarán los que iban a almorzar contigo la historia de la delegación británica?

—Sin la menor duda. La madre patria dispone de fuerzas muy persuasivas. Beijing nos compra enormes cantidades del trigo que tanto necesita. Pero lo sabes tan bien como yo, y probablemente mucho mejor, puesto en dólares y centavos.

—En este momento no estoy muy al corriente.

—Sí, comprendo. —Staples asintió con la cabeza, mirando seria pero amablemente a Marie, con ojos interrogadores—. Yo estaba aquí entonces, pero oímos los rumores y leímos la prensa europea. Decir que estábamos sorprendidos es poco para describir cómo nos sentíamos quienes te conocíamos. En las semanas que siguieron, tratamos de averiguar algo, pero nos dijeron que lo dejásemos en paz, que lo olvidásemos... por tu bien. «No siga con eso (repetían). A ella le conviene estar lejos.» Por supuesto, al final supimos que habías sido «exonerada de todas las acusaciones». ¡Qué frase tan insultante con todo lo que habías pasado! Después simplemente desapareciste y nadie volvió a saber de ti.

—Os decían la verdad, Catherine. Me convenía, nos convenía estar lejos. Nos tuvieron escondidos durante meses, y cuando reanudamos nuestra vida civilizada fue en una zona remota y bajo un nombre que pocos conocían. No obstante, seguíamos protegidos.

—¿Hablas en plural?

—Me casé con el hombre del que hablaban los periódicos. Naturalmente, no era el que ellos describían; trabajaba en secreto para el gobierno norteamericano. Sacrificó gran parte de su vida a ese compromiso tan extraño.

—Y ahora tú estás en Hong Kong y me dices que en apuros.

—Estoy en Hong Kong y en apuros muy serios.

—¿Puedo suponer que lo que ocurrió el año pasado tiene algo que ver con tus dificultades actuales?

—Creo que sí.

—¿Qué puedes contarme?

—Todo lo que sé, porque necesito tu ayuda. No tengo derecho a pedírtela a menos que sepas tanto como yo.

—Me gusta el lenguaje conciso, no sólo porque es más claro sino porque suele definir a quien lo emplea. Estás diciéndome también que a menos que lo sepa todo probablemente no podré hacer nada por ti.

—No lo había pensado de ese modo, pero probablemente tienes razón.

—Bien. Sólo estaba probándote. En la *nouvelle diplomatie*, la simplicidad sin

tapujos se ha convertido a la vez en una tapadera y una herramienta. Se usa con frecuencia tanto para disimular la duplicidad como para desarmar a un adversario. Me remito a las recientes declaraciones de tu nuevo país, el que ahora tienes por matrimonio.

—Soy economista, Catherine, no diplomática.

—Combina los talentos que sé que tienes y podrías escalar las cumbres de Washington, como pudiste hacerlo con las de Ottawa. Pero entonces perderás esa oscuridad que tanto deseas en tu recobrada vida civilizada.

—La necesitamos. Es lo único que importa, no yo.

—Era otra prueba. Tú no carecías de ambición. ¿Quieres a tu marido?

—Muchísimo. Quiero encontrarlo. Quiero que vuelva.

—¿Está aquí?

—En algún sitio. Eso forma parte de la historia.

—¿Es complicada?

—Mucho.

—¿Puedes esperar, y lo digo en serio, Marie, hasta que vayamos a algún sitio más tranquilo?

—Me enseñó paciencia un hombre cuya vida dependió de ella veinticuatro horas al día durante tres años.

—¡Dios mío! ¿Tienes apetito?

—Estoy hambrienta. Eso forma también parte de la historia. Mientras estás aquí y me escuchas, ¿podemos pedir algo?

—*Dim sum* no; está demasiado pasado por el vapor y demasiado frito. En cambio el pato es el mejor de Hong Kong. ¿Puedes esperar, Marie? ¿Preferirías que nos fuésemos?

—Puedo esperar, Catherine. Toda mi vida está en suspenso. Media hora no tendrá importancia. Y si no como, no podré ser coherente.

—Lo sé. Es parte de la historia.

Estaban sentadas frente a frente en el piso de Staples, con una mesita por medio, compartiendo una tetera.

—Me parece —decía Catherine— que acabo de oír el caso más descarado de abuso del cargo que he sabido en mis treinta años de servicio exterior... en nuestro bando, por supuesto. A menos que haya un grave error de interpretación.

—Estás diciéndome que no me crees.

—Por el contrario, querida; no podrías habértelo inventado. Tienes mucha razón. Todo este maldito asunto está lleno de una lógica de lo más ilógico.

—Yo no he dicho eso.

—No hace falta; está ahí. Preparan a tu marido, le inculcan las posibilidades y después lo disparan como un cohete nuclear. ¿Por qué?

—Ya te lo he dicho. Hay un hombre matando gente que asegura ser Jason Bourne, el papel que representó David durante tres años.

—Un asesino es un asesino, tome el nombre que tome, se llame Gengis Kan o Jack el Destripador, o, si quieres, Carlos el Chacal; incluso Jason Bourne. Las trampas para esos hombres se planean con el consentimiento de los tramperos.

—No te entiendo.

—Entonces escúchame, querida. Te habla alguien con muchos años de experiencia. ¿Recuerdas cuando acudí a ti para el cursillo de perfeccionamiento «sobre el Mercado Común, con énfasis en el comercio con el Este»?

—Sí. Hasta nos ofrecimos mutuamente cenas. Por cierto que la tuya fue mejor que la mía.

—Sí, lo fue. Pero en realidad yo estaba allí para aprender cómo convencer a mis contactos en el bloque del Este de que podían utilizar la fluctuación de los tipos de cambio de modo que las compras que nos hiciesen fueran infinitamente más provechosas para ellos. Y lo hice. Moscú se puso furioso.

—Catherine, ¿qué diablos tiene eso que ver conmigo?

Staples miró a Marie, con simpatía de nuevo subrayada por la firmeza.

—Permíteme ser más clara. Si llegaste a pensar en ello, tuviste que suponer que yo había ido a Ottawa para ponerme más al día en la economía europea, así como para hacer mejor mi trabajo. En cierto sentido era verdad, pero la auténtica razón no era ésa. En realidad yo estaba allí para aprender a utilizar los tipos de cambio fluctuantes de las diversas monedas a fin de ofrecer contratos más ventajosos a nuestros potenciales clientes. Cuando el marco alemán subía, vendíamos en francos, en florines o en lo que fuese. Figuraba en los contratos.

—¿Y dónde estaba el negocio?

—No buscábamos beneficios, sino abrir mercados que se nos habían cerrado. Los beneficios vendrían más tarde. Tú fuiste terminante en cuanto a la especulación con los tipos de cambio. Predicabas sus males, y tuve que aprender a hacer de abogado del diablo... por una buena causa, desde luego.

—De manera que explotaste mis conocimientos para un fin del que yo no tenía ni idea.

—Había que mantenerlo en el mayor secreto.

—Pero ¿qué tiene que ver eso con nada de lo que hemos hablado?

—Huelo algo feo, y te habla una nariz con experiencia. Lo mismo que yo tuve otro motivo para acudir a ti en Ottawa, quienquiera que esté haciéndoos esto tiene una razón más profunda que la captura del que se hace pasar por tu marido.

—¿Por qué lo dices?

—Tu marido lo dijo antes. Esto es un asunto de policía, incluso de la policía internacional, de la muy respetada red de información de la Interpol. Están mucho más preparados para este tipo de cosas que un Departamento de Estado o un ministerio de Asuntos Exteriores, que la gente de la CIA o la del MI-Seis. Los servicios de Inteligencia no se ocupan de delincuentes no políticos, de criminales comunes; no pueden permitírselo. Pondrían en peligro todas sus coberturas si se entrometiesen en el trabajo de la policía.

—McAllister dijo algo más. Aseguró que la mejor gente de la Inteligencia norteamericana y británica estaba trabajando en ello. Dijo que la razón era que si ese asesino que se hace pasar por mi marido, por lo que mi marido fue a los ojos de la gente, mataba a una importante figura política de cualquiera de los dos lados, o provocaba una guerra en el hampa, el *status* de Hong Kong se vería inmediatamente en peligro. Pekín intervendría rápidamente utilizando como pretexto el tratado del 97. «Los orientales no toleran a un hijo desobediente», creo que dijo.

—¡Inaceptable e increíble! —replicó Catherine Staples—. ¡O tu subsecretario es un mentiroso o tiene el cociente intelectual de un helecho! ¡Te dio las mejores razones para que nuestros servicios de Inteligencia se mantuvieran al margen! El menor amago de acción encubierta sería desastroso. Podría disparar a los fanáticos del Comité Central. Eso aparte, no creo una palabra de lo que dijo. Londres no lo permitiría nunca, ni siquiera mencionar el nombre de la Rama Especial.

—Estás equivocada, Catherine. No me has escuchado. El hombre que voló a Washington para ver el expediente Treadstone era británico, y del MI-Seis. ¡Dios mío, si lo mataron por ese expediente!

—Te había oído antes. Simplemente, no lo creo. Aparte de todo lo demás, el Foreign Office insistiría en que todo este lío fuera cosa de la policía y sólo de ella. No permitirían que el MI-Seis se sentase en un restaurante junto a una detective de tercer grado, ni siquiera en Food Street. Créeme, querida, se de qué hablo. Vivimos tiempos muy delicados y no es momento para tonterías, y mucho menos de las que mezclan a una organización de Inteligencia oficial con un asesino. No; te trajeron aquí y obligaron a tu marido a seguirte por una razón muy diferente.

—Por todos los santos, ¿cuál? —exclamó Marie echándose hacia adelante en su silla.

—No lo sé. Quizás haya alguien más.

—¿*Quién*?

—Eso es algo fuera de mi alcance.

Silencio. Dos cerebros de calidad sopesaban las palabras que habían dicho cada una.

—Catherine —dijo por último Marie—, acepto la lógica de lo que has dicho, pero también dijiste que todo estaba lleno de una lógica ilógica. Supón que tengo razón, que los hombres que me secuestraron no eran asesinos o delincuentes, sino burócratas que cumplían órdenes que no entendían, que llevaban la palabra *gobierno* escrita en sus caras y en sus evasivas, e incluso en su preocupación por mi comodidad y bienestar. Sé que piensas que el McAllister que te he descrito es un mentiroso o un estúpido, pero supón que es un mentiroso pero no un estúpido. Si damos por supuesto esas cosas, y creo que son ciertas, estamos hablando de *dos* gobiernos que actúan de acuerdo en estos tiempos tan delicados. ¿Qué pasa entonces?

—Que se está preparando un desastre —dijo con calma la alta funcionaria del servicio exterior Staples.

—¿Y gira en torno a mi marido?

—Si estás en lo cierto, sí.

—¿Es posible, verdad?

—No quiero ni pensarlo.

Capítulo 15

Cuarenta millas al suroeste de Hong Kong, más allá de las islas exteriores del mar de China Meridional, está la península de Macao, colonia portuguesa sólo de nombre. Sus orígenes históricos se hallan en Portugal, pero su moderno y despreocupado atractivo para la *jet set* internacional, con su *Grand Prix* anual, su juego y sus yates, se basa en los lujos y los estilos de vida que piden los ricos europeos. A pesar de ello, no se equivoquen. Es China. Los controles los tiene Pekín.

¡Nunca! ¡No debe aparecer por Macao! ¡La orden será rápida y la ejecución más aún! ¡Su mujer morirá!

Pero el asesino estaba en Macao, y el Camaleón tenía que penetrar en otra jungla. Escrutando las caras y atisbando en los rincones en sombra de la pequeña y compacta terminal, Bourne salió al muelle del aerodeslizador de Macao, un viaje de aproximadamente una hora. Los pasajeros se dividían en tres categorías: residentes de la colonia portuguesa que regresaban, en su mayoría chinos y silenciosos; jugadores profesionales, una mezcla racial que hablaba en voz baja, cuando hablaba, y miraba continuamente a su alrededor para calibrar la competencia; y juerguistas trasnochadores, turistas de bureo, exclusivamente blancos, muchos de ellos borrachos, con sombreros de formas extrañas y llamativas camisas tropicales.

Bourne había salido de Shenzen y tomado el tren de las 3.00 de Lo Wu a Kowloon. El viaje fue agotador, con sus emociones consumidas y sin apenas capacidad de razonar. ¡Había tenido tan cerca al asesino impostor! Sólo con que hubiese podido aislar al hombre de Macao durante menos de un minuto, podría haberlo sacado. Había modos. Los visados de ambos estaban en orden, y un hombre doblado por el dolor y con la garganta dañada hasta el punto de no poder hablar podía pasar por un enfermo, un visitante no deseado a quien hubieran permitido marchar de buena gana. Pero no iba a ser así, al menos por esta vez. ¡Si tan siquiera hubiese podido verlo!

Después vino el sorprendente descubrimiento de que aquel nuevo Jason Bourne, aquel mito que no lo era, sino un asesino brutal, tenía una conexión en la República Popular. Algo profundamente preocupante, pues los funcionarios chinos sólo podían tener tratos con un hombre semejante para utilizarlo. Era una complicación que David no deseaba. No tenía nada que ver con Marie ni con él, y eso era lo único que le importaba. ¡Lo único! Jason Bourne: *¡Trae al hombre de Macao!*

Había vuelto al Península, deteniéndose en el New World Centre para comprar una chaquetilla de nylon oscura y unos zapatos de lona azul marino de suela gruesa. La

ansiedad de David Webb era abrumadora, Jason Bourne planeaba sin tener conscientemente un plan. Pidió al servicio de habitaciones una comida ligera y picó de ella sentado en la cama mientras contemplaba con el ánimo ausente un programa de noticias de la televisión. Después David se recostó en la almohada y cerró los ojos, preguntándose de dónde venían las palabras. *El descanso es un arma. No lo olvides.* Bourne se despertó quince minutos más tarde.

Jason había comprado un billete para las 8.30 en una taquilla del vestíbulo del Mass Transit, en el Tsim Sha Tsui, durante la hora punta. Para asegurarse de que no le seguían —y necesitaba estar absolutamente seguro—, había tomado tres taxis diferentes hasta un lugar situado a unos cuatrocientos metros del muelle del ferry de Macao una hora antes de la salida, e hizo a pie el resto del camino. Después inició un ritual para el que le habían entrenado. El recuerdo de ese entrenamiento era confuso, pero no la práctica. Se había mezclado con la gente que estaba frente a la terminal, esquivándola, haciendo regates, yendo de un hueco a otro para después quedarse de repente inmóvil y concentrarse en los movimientos que se producían a su espalda, buscando a alguien a quien hubiese visto momentos antes, una cara o unos ojos ansiosos clavados en él. No había visto a nadie. No obstante, la vida de Marie dependía de la certeza, de modo que había repetido el ritual otras dos veces hasta acabar dentro de la mal iluminada terminal, llena de bancos que daban frente al muelle y el mar abierto. Siguió buscando una cara frenética, una cabeza que se volviese cada poco, una persona que se diese vueltas sin avanzar, buscando a alguien. Nada. Podía salir para Macao. Y de camino estaba.

Se sentó en uno de los asientos traseros, junto al ventanal, y contempló cómo las luces de Hong Kong y Kowloon se perdían hechas resplandor en los cielos de Asia. Nuevas luces aparecían y desaparecían a medida que el aerodeslizador cobraba velocidad y pasaba frente a las islas exteriores, pertenecientes a China. Se imaginaba a hombres uniformados atisbando por telescopios y prismáticos de infrarrojos, no muy seguros de lo que buscaban, pero atentos a la orden de observarlo todo. Las montañas de los Nuevos Territorios se alzaban amenazadoras, hermoseadas por la luna, que hacía brillar sus cumbres y acentuaba su belleza, pero también diciendo: *Aquí termina tu mundo. A partir de aquí somos diferentes.* No era realmente así. La gente pregonaba sus mercancías en las plazas de Shenzhen, los artesanos prosperaban, los campesinos vendían la carne de sus animales y vivían tan bien cómo las clases educadas de Beijing y Shanghai, y generalmente mejor alojados. China estaba cambiando, aunque no lo bastante deprisa para Occidente; sin duda era todavía un gigante paranoico, pero con todo, pensaba David Webb, aquellos vientres dilatados de

los niños, tan corrientes en la China de hacía años, estaban desapareciendo. En los peldaños más altos de la inescrutable escala política había muchos gordos, pero en el campo pocos pasaban hambre. Había habido progresos, pensó David, aprobase o no sus métodos gran parte del mundo.

El aerodeslizador disminuyó la marcha y su casco se posó en el agua y pasó por un hueco entre los pedruscos de una escollera iluminada por focos. Estaban en Macao, y Bourne sabía lo que tenía que hacer. Se levantó, se excusó al salir con su compañero de asiento y marchó por el pasillo, donde un grupo de norteamericanos, algunos de pie, el resto sentados, cantaban una versión obviamente ensayada de *Mister Sandman*.

Boom boom boom boom... Mister Sandman, sing me a song Boom boom boom boom Oh, mister Sandman...

Estaban achispados, pero sin pasarse. Otro grupo de turistas, alemanes sin duda, los jaleaban y aplaudieron al acabar la canción.

—*Gut!*

—*Sehr gut!*

—*Wunderbar!*

—*Danke, meine Herren.*

El norteamericano que estaba más cerca de Jason dio las gracias a los alemanes con una inclinación. Siguió una breve charla amistosa en la que los alemanes hablaban inglés y el norteamericano respondía en alemán.

—Un buen toque casero —dijo Bourne al norteamericano.

—¡Eh, un *Landsmann*! Eso dice también de qué quinta somos. Algunas de esas viejas canciones son una maravilla, ¿no es cierto? ¿Qué, es usted del grupo?

—¿De qué grupo se trata?

—Honeywell-Porter.

Jason reconoció el nombre de una agencia de publicidad de Nueva York que tenía sucursales en todo el mundo.

—No, me temo que no.

—No me lo parecía. Sólo somos treinta, contando a los australianos, y creo que los conozco a todos. ¿De dónde es usted? Me llamo Ted Mather. Trabajo en la oficina de la H. P. en Los Ángeles.

—Yo me llamo Howard Cruett y no tengo oficina, enseño, pero soy de Boston.

—¡Beanburg! Permíteme mostrarte a un *Landsmann*, ¿o se dice *Stadttsmann*? Howard, le presento a «Beantown Bernie». —Mather volvió a inclinarse, esta vez hacia un hombre repantigado en el asiento de junto al ventanal con la boca abierta y

los ojos cerrados. Estaba claramente borracho y llevaba una gorra de béisbol de los Red Sox—. No se moleste en hablar, no puede oírle. Bernard es el cerebro de nuestra oficina de Boston. Debería haberlo visto hace tres horas: buen traje, corbata a rayas, puntero en mano y una docena de gráficos que sólo él podía entender. Pero tengo que decir en su favor que nos mantuvo despiertos. Creo que es por eso por lo que todos tomamos un poco... y él demasiado. Qué diablos, es nuestra última noche.

—¿Regresan mañana?

—A última hora. Tendremos tiempo de recuperarnos.

—¿Por qué Macao?

—Afición masiva al juego. ¿Usted también?

—Creo que le daré un tiento. ¡Caramba, esa gorra me hace sentir morriña! ¡Los Red Sox pueden ganar el campeonato y hasta este viaje no me había perdido ni un partido!

—Bernie no echará de menos su gorra. —El publicitario se echó a reír y arrancó la gorra de béisbol de la cabeza de Bernard el Cerebro—. ¡Toma, Howard, pónitela! ¡La mereces!

El aerodeslizador atracó. Bourne salió y pasó inmigración con los chicos del Honeywell-Porter, como uno más de ellos. Cuando bajaban por la empinada escalera de cemento a la terminal cubierta de carteles, Jason, con la visera de su gorra de los Red Sox sobre la cara y el paso inseguro, descubrió junto a la pared izquierda a un hombre que estudiaba a los recién llegados. Tenía una foto en la mano, y Bourne sabía que la cara de esa foto era la suya. Rió con una de las salidas de Ted Mather mientras se agarraba del brazo del tambaleante Beantown Bernie.

Las oportunidades se presentarán solas. Reconócelas y aprovéchalas.

Las calles de Macao están casi tan llamativamente iluminadas como las de Hong Kong; lo que falta es la sensación de un exceso de gente en un espacio reducido. Y lo diferente —diferente y anacrónico— son los muchos edificios con letreros modernos en los que brillan con intermitencia caracteres chinos. La arquitectura de esos edificios es muy *old Spanish* —portuguesa para ser exactos—, pero española de manual, de un carácter mediterráneo. Es como si una cultura inicial se hubiese rendido a la arrolladora incursión de otra, pero negándose a ceder su *imprimatur*, proclamando la fuerza de su piedra sobre la chillona provisionalidad de unos tubos de cristal de colores. La historia es negada a propósito; iglesias vacías y las ruinas de una catedral incendiada coexisten en extraña armonía con una inundación de casinos en los que *dealers* y *croupiers* hablan cantonés y por los que los descendientes de los conquistadores apenas aparecen. Resulta todo fascinante y un tanto amenazador. Es

Macao. Jason se separó del grupo de la Honeywell-Porter y encontró un taxi cuyo conductor debía de haberse entrenado viendo el Gran Prix anual y que lo llevó al casino de Kam Pek, aunque no sin protestas.

—¡Para usted Lisboa, no Kam Pek! ¡Kam Pek para los chinos! ¡Dai Sui! ¡Fan Tan!

—Kam Pek, *cheng ney* —dijo Bourne, añadiendo el *por favor* cantonés pero sin decir más.

El casino estaba oscuro. El aire era húmedo y maloliente, y las volutas de humo que dibujaban sus espirales en torno a las luces con pantallas que había sobre las mesas fragantes, amplias y acres. Había un bar algo apartado de la zona de juego; fue hasta él y se sentó en una banqueta, agachado para disminuir su estatura. Habló en chino, con la gorra de béisbol sombreándole la cara; cosa probablemente innecesaria, pues apenas podía leer las etiquetas de las botellas que había sobre el mostrador. Pidió algo de beber, y cuando se lo trajeron dio al barman una propina generosa en moneda de Hong Kong.

—*Mgoi* —dijo el hombre del delantal, dándole las gracias.

—*Hou* —respondió Jason, restándole importancia con un gesto de la mano.

Entabla un contacto favorable lo antes posible, especialmente si se trata de un lugar desconocido donde podría haber hostilidad. Podría darte la oportunidad o el tiempo que necesitas.

¿Era Medusa o Treadstone? No importaba que no lograra recordarlo.

Se volvió despacio en la banqueta y miró hacia las mesas. No tardó en ver el letrero colgante con el carácter chino que significa «cinco». Giró otra vez hacia la barra y sacó cuaderno y bolígrafo. Después arrancó una hoja y escribió el número del teléfono de un hotel de Macao que había tomado de memoria de la revista *Voyager*, que regalaban a los pasajeros del aerodeslizador. Escribió un nombre que sólo recordaría si era necesario y añadió: *No soy amigo de Carlos.*

Bajó el vaso hasta donde lo ocultaba el mostrador, derramó la bebida y levantó la mano pidiendo otra. Cuando se la sirvieron, fue más generoso que antes.

—*Mgoi Saa* —dijo el barman, haciendo una reverencia.

—*Msa* —respondió Bourne, moviendo de nuevo la mano, y dejándola de pronto quieta como seña para que el barman se quedase donde estaba—. ¿Querría hacerme un pequeño favor? —continuó en la lengua de aquel hombre—. No le llevará más de diez segundos.

—¿De qué se trata, señor?

—Dé esta nota al que reparte cartas en la mesa cinco. Es un viejo amigo y quiero

que sepa que estoy aquí. —Jason dobló la nota y se la dio—. Le pagaré por el favor.

—Es un honor para mí, señor.

Bourne observaba. El *dealer* tomó la nota, la abrió un instante mientras se alejaba el barman y la escondió bajo la mesa. Comenzaba la espera.

Fue interminable, tan larga que al barman lo relevó el que hacía el turno de noche. El *dealer* fue trasladado a otra mesa, y dos horas más tarde reemplazado también. Dos horas más y todavía otro *dealer* ocupó la mesa cinco. Con el suelo a sus pies húmedo de whisky, lógicamente Jason pidió café, y tuvo que conformarse con té. Eran las dos y diez de la madrugada. Una hora más y se iría al hotel cuyo número de teléfono había escrito y, aunque tuviese que comprar acciones, pediría una habitación. Estaba agotado.

Se acabó el agotamiento. ¡Estaba ocurriendo! Una mujer china con el atuendo de falda abierta de las prostitutas se acercó a la mesa cinco. Fue contorneando a los jugadores hasta llegar al sitio apropiado y habló rápidamente con el *dealer*, que buscó debajo de la mesa y le dio discretamente la nota doblada. La mujer asintió con la cabeza y se fue, camino de la puerta.

Por supuesto, no aparece en persona. Utiliza a fulanas de la calle.

Bourne abandonó el bar y siguió a la mujer. Fuera, en la calle oscura, donde había gente pero sin comparación con lo que era habitual en Hong Kong, se mantuvo a unos veinte metros detrás de ella, deteniéndose de vez en cuando a contemplar los escaparates iluminados y apresurando después el paso para no perderla.

No aceptes el primer relevo. Ellos piensan tan bien como tú. El primero puede ser un pobre en busca de unos dólares y no saber nada. E incluso el segundo y el tercero. Reconocerás al contacto. Será diferente.

Un viejo encorvado se acercó a la puta. Sus cuerpos se rozaron y ella lo recriminó mientras le pasaba la nota. Jason se fingió borracho y se dio la vuelta, siguiendo al segundo relevo.

Ocurrió cuatro manzanas después y, efectivamente, era alguien diferente. Se trataba de un chino pequeño y bien vestido, cuyo cuerpo compacto, de anchos hombros y cintura estrecha, rezumaba fuerza. La rapidez de sus gestos mientras pagaba al viejo desastrado y echaba a andar rápidamente cruzando la calle era una advertencia para cualquier adversario. Para Bourne aquello fue una invitación irresistible; aquél sí era un contacto con autoridad, un enlace con el Francés.

Jason cruzó rápidamente al otro lado; estaba a casi cincuenta metros del hombre e iba perdiendo terreno. Ya no valía la pena andar con sutilezas; echó a correr. Segundos más tarde estaba inmediatamente detrás del contacto, sin que el piso de su calzado de

lona lo hubiese delatado a pesar de la carrera. Delante había un callejón que se internaba entre lo que parecían dos edificios de oficinas, de ventanas oscuras. Tenía que moverse rápidamente, pero hacerlo de modo que no causase una conmoción, que no diese a los paseantes nocturnos motivos para gritar o llamar a la policía. En esto las posibilidades estaban de su lado; la mayoría de los que andaban por allí estaban más borrachos o drogados que sobrios, y el resto eran obreros cansados y deseosos de llegar a casa concluida su jornada. El contacto se acercaba a la entrada de la calleja. *¡Ahora!*

Bourne se puso al lado derecho del hombre.

—¡El Francés! —dijo en chino—. ¡Tengo noticias del Francés! ¡Date prisa!

Se deslizó en el callejón y el contacto, asombrado y mirando con ojos saltones, no pudo hacer sino seguirle como un zombie. *¡Ahora!*

Surgiendo de las sombras, Jason agarró al hombre por la oreja izquierda, se la retorció y lo empujó hacia delante. Le hincó la rodilla en la base de la espina dorsal y lo agarró por el cuello. Lo metió en las entrañas del oscuro callejón corriendo con él y después le dio una patada en el dorso de la rodilla. El hombre perdió el equilibrio, giró al caer y quedó boca arriba mirando a Bourne.

—¡Usted! ¡Es usted! —Después el contacto hizo una mueca de dolor—. No —dijo, de pronto tranquilo—. No es él.

Sin un movimiento de advertencia, el chino disparó su pierna derecha, que alcanzó los músculos del muslo izquierdo de Jason, e inmediatamente el pie izquierdo, que se clavó en el abdomen de Bourne, mientras se ponía en pie de un salto con las manos extendidas y rígidas y su cuerpo musculoso empezaba a moverse con fluidez, incluso con gracia, en semicírculo y a la espera.

Lo que siguió fue un combate entre animales, entre dos seres entrenados para matar, en el que cada movimiento obedecía a una intensa premeditación y cada golpe letal buscaba el pleno impacto. Uno luchaba por su vida, el otro por la supervivencia y la liberación... y por la mujer sin la que no podía vivir, sin la que no *quería* vivir. Finalmente, la estatura, el peso y un motivo que estaba más allá de la vida misma establecieron la diferencia, dando la victoria a uno de ellos.

Entrelazados contra la pared, ambos sudando y llenos de contusiones, con la sangre goteando de bocas y ojos, Bourne tenía echada una llave al cuello del contacto desde atrás, la rodilla izquierda clavada en su región lumbar y la pierna derecha rodeándole los tobillos como una abrazadera.

—¡Ya sabes lo que viene ahora! —susurró, espaciando las palabras en chino para subrayarlas—. Un chasquido y se acabó tu espina dorsal. No es un modo agradable de

morir. Ni tienes por qué. Puedes vivir con más dinero del que nunca te pagaría el Francés. Te doy mi palabra de que el Francés y su asesino no van a andar mucho tiempo por ahí. Aprovecha tu oportunidad. *¡Ahora!*

Jason tensó su presa. Las venas del cuello de aquel hombre estaban tan hinchadas que parecían a punto de estallar.

—*¡Sí!* —gritó el contacto—. ¡Yo vive, no muere!

Se sentaron en el oscuro callejón, de espalda contra la pared, fumando. Resultó que el hombre hablaba inglés, aprendido con las monjas de una escuela católica portuguesa.

—Eres muy bueno, ¿sabes? —dijo Bourne, limpiándose la sangre de los labios.

—Soy el campeón de Macao. Por eso me paga el Francés. Pero usted me venció. Estoy deshonrado, ocurra lo que ocurra.

—No, no lo estás. Es sólo que yo sé más trucos sucios que tú. Donde a ti te entrenaron no los enseñan. Y ojalá no lo hagan nunca. Además, nadie lo sabrá.

—¡Pero soy joven y usted es viejo!

—Yo no diría tanto. Además, estoy en bastante buena forma gracias a un médico loco que me dice lo que debo hacer. ¿Qué edad crees que tengo?

—¡Más de treinta años!

—De acuerdo.

—¡Viejo!

—Gracias.

—Es también muy fuerte, muy corpulento, pero hay algo. ¡Yo estoy en mi sano juicio y usted no!

—Tal vez. —Jason aplastó el cigarrillo sobre la acera—. Hablemos con sensatez —dijo, sacando dinero—. Hablo en serio. Te pagaré bien. ¿Dónde está el Francés?

—Hay una falta de equilibrio.

—¿Qué quieres decir?

—El equilibrio es importante.

—Lo sé, pero no te entiendo.

—Falta armonía, y el Francés está furioso. ¿Cuánto va a pagarme?

—¿Qué puedes decirme?

—Dónde estarán el Francés y su asesino mañana por la noche.

—Diez mil dólares norteamericanos.

—*Aiya!*

—Pero sólo si me llevas allí.

—¡Es al otro lado de la frontera!

—Tengo un visado para Shenzhen. Es válido para otros tres días.

—Eso puede ayudar, pero no sirve para la frontera de Guangdong.

—Entonces resuélvelo. Diez mil dólares, norteamericanos.

—Lo resolveré. —El contacto hizo una pausa, con los ojos clavados en el dinero que sostenía el norteamericano—. ¿Puede darme lo que creo llaman ustedes un anticipo?

—Quinientos dólares, eso es todo.

—Las negociaciones en la frontera costarán mucho más.

—Lláname. Te llevaré el dinero.

—¿A dónde le llamo?

—Consígueme una habitación aquí en Macao. Pondré mi dinero en una caja fuerte.

—El Lisboa.

—No, el Lisboa no. No puedo ir allí. Algún otro sitio.

—No hay problema. Ayúdeme a ponerme de pie... ¡No! Será mejor para mi dignidad que no necesite ayuda.

—Amén —dijo Jason Bourne.

Catherine Staples estaba sentada a su mesa con el teléfono todavía en la mano. Lo miró con aire ausente y colgó. La conversación que acababa de mantener la había dejado asombrada. Como en ese momento no había fuerzas de la Inteligencia canadiense operando en Hong Kong, los funcionarios del servicio exterior cultivaban sus propias fuentes dentro de la policía de Hong Kong para las ocasiones en que necesitaban información segura. Se trataba siempre de ciudadanos canadienses residentes en la colonia o de viaje por ella, y los problemas iban desde los detenidos hasta los atracados, de los que habían sufrido una estafa a los que habían estafado a alguien. Había también preocupaciones más serias, asuntos de seguridad y espionaje, los primeros referentes a visitas de altos funcionarios del gobierno, los segundos a medios de protección contra la vigilancia electrónica y la consecución de información secreta mediante chantajes contra el personal del consulado. Se sabía, aunque no se dijese, que agentes del bloque del Este y fanáticos religiosos de los regímenes de Oriente Medio utilizaban drogas y prostitutas u homosexuales de ambos sexos en su continua persecución de los secretos de gobiernos hostiles. Hong Kong era un gran mercado de la aguja y la carne, y era en este terreno donde Staples había hecho su mejor trabajo en el territorio. Había salvado la carrera de dos agregados de su consulado, así como de un norteamericano y tres británicos. Se habían destruido fotografías de personal en situaciones comprometidas, junto con los correspondientes

negativos, y los autores de las extorsiones habían sido proscritos de la colonia bajo amenaza no sólo de denuncia sino de daño físico. En una ocasión, un funcionario consular iraní, vociferando iracundo desde su sede en la Gammon House, la acusó de mezclarse en asuntos muy por encima de su cargo. Ella escuchó mientras pudo soportar su gangueo, y después dio por terminada la conversación telefónica con una breve frase: «¿No lo sabía? A Jomeini le gustan los muchachitos.»

Todo ello había sido posible gracias a su relación con un viudo inglés ya maduro que había optado por retirarse de Scotland Yard para convertirse en jefe de Asuntos Coloniales de la Corona en Hong Kong. A sus 67 años, Ian Ballantyne había aceptado el hecho de que su labor en el Yard había terminado, pero no la utilización de su capacidad profesional. Lo enviaron al Lejano Oriente, donde se hizo cargo de la sección de Inteligencia de la policía de la colonia, y a su manera callada montó una organización agresivamente eficaz que sabía más del mundo secreto de Hong Kong que ninguna de las otras agencias del Territorio, incluida la Rama Especial del MI-Seis. Catherine y Ian se habían conocido en una de esas cenas burocráticamente aburridas a las que obligaba el protocolo consular. Fue entonces cuando, tras una prolongada conversación, salpimentada con el ingenio y la simpatía de su compañera de mesa, Ballantyne se inclinó hacia ella y dijo simplemente:

—¿Cree que todavía podemos hacerlo, muchacha?

—Probaremos —replicó ella.

Y probaron. Les encantó, y Ian entró en la vida de Staples, sin ataduras ni compromisos. Se gustaban; eso era suficiente.

Y ahora Ian Ballantyne acababa de desmentir cuanto el subsecretario de Estado Edward McAllister había dicho a Marie Webb y a su marido en Maine. En Hong Kong no había ningún taipán llamado Yao Ming, y sus fuentes en Macao, impecables —léase muy bien pagadas—, le aseguraron que no había habido ningún doble asesinato en el hotel Lisboa en el que estuviesen implicados la esposa de un taipán y un distribuidor de droga. No había habido un asesinato como ése desde la marcha de las fuerzas japonesas de ocupación en 1945. Apuñalamientos y heridas de bala en torno a las mesas del casino, sí, y algunas muertes en las habitaciones atribuidas a sobredosis, pero ningún incidente como el descrito por el informador de Staples.

—Es una fábrica de mentiras, Cathy —había dicho Ian—. Con qué fin, no puedo figurármelo.

—Mi fuente es legítima, cariño. ¿Qué olfateas?

—Olores muy rancios, querida. Alguien está corriendo un gran riesgo por un objetivo importante. Cubriéndose, por supuesto; aquí se pude comprar cualquier cosa,

incluido el silencio; pero toda esa historia es pura ficción. ¿Tienes algo más que contarme?

—Supongo que ya te dije que es cosa de Washington, no del Reino Unido.

—Siento llevarte la contraria, pero para llegar a esos extremos Londres tiene que estar implicado.

—¡Eso es absurdo!

—Desde tu punto de vista, Cathy; no conoces el suyo. Y puedo decirte una cosa: ese loco de Bourne nos tiene a todos en un brete. Una de sus víctimas es un hombre del que nadie hablará. Ni siquiera yo te lo voy a decir.

—¿Lo harás si te doy más información?

—Probablemente no, pero inténtalo.

Staples se sentó a su mesa para pasar por el filtro lo que acababa de oír.

Una de sus víctimas es un hombre del que nadie hablará.

¿Qué quería decir Ballantyne? ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Y por qué había una ex economista canadiense en el centro de la repentina tormenta?

No importaba; ahora estaba a salvo.

El embajador Havilland, maletín en mano, entró en el despacho de Victoria Peak mientras McAllister saltaba del asiento, preparado para cederlo a su superior.

—Quédese donde está, Edward. ¿Qué noticias hay?

—Ninguna, me temo.

—¡Es lo último que esperaba!

—Lo lamento.

—¿Dónde está el hijo de zorra retrasado mental que dejó que ocurriera esto?

McAllister palideció, mientras el mayor Lin Wenzu, invisible para Havilland, se levantaba del sofá que había contra la pared del fondo.

—Yo soy el hijo de zorra y el retrasado, el chino que dejó que ocurriera, señor embajador.

—No pienso disculparme —dijo Havilland, volviéndose—. Son sus cuellos los que estamos tratando de salvar, no los nuestros. Nosotros sobreviviremos, ustedes no.

—No estoy en condiciones de entenderlo.

—No es culpa suya —protestó el subsecretario de Estado.

—¿Es de usted? —gritó el embajador—. ¿Eran ustedes los responsables de su custodia?

—Yo soy aquí el responsable de todo.

—Muy cristiano por su parte, mister McAllister, pero no estamos leyendo las Escrituras en la catequesis del domingo.

—Era responsabilidad mía —interrumpió Lin—. Acepté la misión y fracasé. Dicho simplemente, la mujer fue más lista que nosotros.

—¿Es usted Lin, de la Rama Especial?

—Sí, señor embajador.

—He oído cosas buenas de usted.

—Estoy seguro de que lo que he hecho la invalida.

—Me han dicho que también se la pegó a un médico muy capaz.

—Así fue —confirmó McAllister—. Uno de los mejores internistas del territorio.

—E inglés —añadió Lin.

—Eso no era necesario, mayor. Como no lo era deslizar la palabra chino con referencia a usted. No soy racista. El mundo no lo sabe, pero no tiene tiempo para esos juegos. —Havilland fue hasta la mesa, dejó sobre ella el maletín, lo abrió y sacó un grueso sobre con orla negra—. Pedía usted el expediente Treadstone. Aquí está. No hace falta decir que no puede salir de esta habitación, y cuando no esté leyéndolo debe tenerlo encerrado en la caja.

—Quiero empezar lo antes posible.

—¿Cree que va a encontrar algo ahí?

—No sé en qué otro sitio buscar. A propósito, me he mudado a un despacho del final del pasillo y la caja está aquí.

—Vaya y venga cuanto quiera —dijo el diplomático—. ¿Qué le ha contado al mayor?

—Sólo lo que me dijeron que le dijese. —McAllister miró a Lin Wenzu—. Se ha quejado a menudo de que debería saber más, y tal vez tenga razón.

—No estoy en situación de insistir en mi queja, Edward. Londres fue muy firme, señor embajador. Naturalmente, acepto las condiciones.

—No quiero que «accepte» nada, mayor. Quiero que esté más asustado que en toda su vida. Vamos a dejar a mister McAllister con su lectura y daremos un paseo. Al venir he visto un jardín muy bonito. ¿Quiere venir conmigo?

—Será un honor.

—Eso es muy discutible, pero tiene que venir. Es necesario que comprenda plenamente. ¡Tiene que encontrar a esa mujer!

Marie estaba en la ventana del piso de Catherine Staples contemplando el hormigueo de la ciudad. Las calles estaban llenas, como siempre, y sentía un deseo abrumador de salir del apartamento y pasear anónimamente entre aquella gente, de andar por los alrededores de la Casa de Asia con la esperanza de encontrar a David. Al menos podría moverse, mirar, oír, esperar, no limitarse a pensar en silencio y volverse

medio loca. Pero no podía salir; había dado su palabra a Catherine. Le había prometido quedarse allí, no dejar entrar a nadie y no contestar al teléfono a menos que oyese dos timbrazos previos y una segunda llamada inmediata.

La buena de Catherine, tan competente... y tan asustada. Trataba de ocultar su miedo, pero se le notaba en las preguntas con que la sondeaba, hechas con demasiada precipitación, con demasiada pasión, y en su reacción a las respuestas, demasiado asombrada, incluso anhelante, mientras sus ojos se extraviaban en los pensamientos que obviamente galopaban por su cabeza. Marie no lo entendía, pero sí comprendía que Staples sabía mucho del mundo secreto del Lejano Oriente, y cuando una persona tan enterada trataba de ocultar su temor ante lo que oía es que en esas palabras había más de lo que suponía el que hablaba.

El teléfono. Dos timbrazos, silencio, y después un tercero. Marie corrió a la mesa cercana al sofá y lo cogió cuando empezaba a sonar otra vez.

—¿Sí?

—Marie, cuando ese mentiroso, McAllister, habló contigo y con tu marido mencionó un cabaret del Tsim Sha Tsui, si mal no recuerdo. ¿Fue así?

—Sí. Dijo que una Uzi, que es un arma...

—Sé lo que es, querida. La misma que supuestamente utilizaron para matar a la mujer del taipán y a su amante en Macao.

—Así es.

—Pero ¿dijo algo sobre los hombres a los que habían matado en ese cabaret?

Marie lo pensó un momento.

—No, no lo creo. Lo que le importaba era el arma.

—¿Estás segura?

—Sí. Lo recordaría.

—Estoy segura —asintió Staples.

—He recordado esa conversación un millar de veces. ¿Es que has sabido algo?

—Sí. En el hotel Lisboa de Macao no ha habido nunca una matanza como la que os contó McAllister.

—La encubrieron. Pagó el banquero.

—Mucho menos de lo que ha pagado mi impecable fuente en algo más que dinero: en el codiciado e impecable sello de su oficina, que puede producir beneficios mucho mayores durante largo tiempo. A cambio de información, por supuesto.

—Catherine, ¿qué me estás diciendo?

—Que ésta es o la operación más torpe que he oído en mi vida o un plan brillantemente concebido para implicar a tu marido en algo que él no habría nunca

considerado, y a lo que desde luego no hubiese nunca accedido; sospecho que esto último.

—¿Por qué lo dices?

—Esta tarde llegó al aeropuerto de Kai-tak un hombre de Estado, alguien que ha sido siempre mucho más que un diplomático. Todos nosotros lo sabemos, pero el mundo lo ignora. Su llegada apareció en las cintas de todos nuestros terminales. Se negó a que le entrevistasen alegando que estaba simplemente de vacaciones en su adorado Hong Kong.

—¿Y?

—Que ése no ha ido de vacaciones en su vida.

McAllister salió al jardín murado con sus emparrados, sus muebles metálicos blancos, sus hileras de rosales y sus estanques con adornos rocosos. Había puesto el expediente Treadstone en la caja fuerte, pero llevaba las palabras impresas indeleblemente en su cerebro. ¿Dónde estaban?

¡Allí! Sentados en dos bancos de cemento, bajo un cerezo, Lin echado hacia adelante y, por su expresión, fascinado. McAllister no pudo evitarlo; echó a correr, y estaba sin aliento cuando llegó al árbol, con los ojos clavados en el mayor de la Rama Especial del MI-Seis.

—¡Lin! Cuando la mujer de Webb recibió la llamada de su marido, la que usted cortó, ¿qué dijo exactamente?

—Empezó a hablar de una calle de París donde había una fila de árboles, sus árboles favoritos, creo que dijo. Es evidente que trataba de decirle dónde estaba, pero se equivocaba por completo.

—¡Acertaba de lleno! También me dijo usted que ella había dicho a Webb que «las cosas habían sido terribles» en esa calle de París, o algo parecido...

—Eso es lo que dijo.

—Pero que aquí iban a ir mejor.

—Así es.

—¡En París mataron a un hombre en la embajada, a un hombre que trataba de ayudarlos!

—¿Qué pretende decir, McAllister? —interrumpió Havilland.

—Lo de la fila de árboles carece de importancia, señor embajador —dijo Lin—. Es usted una persona a la que respeto mucho pero lo de su árbol favorito no. El arce, la hoja de arce. ¡El símbolo de Canadá! En Hong Kong no hay embajada canadiense, pero sí un consulado. Ese es el lugar de encuentro. ¡Ahí está el modelo! ¡Es otra vez lo de París!

—¿No ha alertado a las embajadas amigas, a los consulados?

—¡Maldita sea! —estalló el subsecretario de Estado—. ¿Qué diablos iba a decirles? He jurado guardar silencio, ¿lo recuerda?

—Tiene mucha razón. El reproche es merecido.

—No puede atarnos las manos, señor embajador —dijo Lin—. Es usted una persona a la que respeto mucho, pero también a algunos de nosotros hay que respetarnos un poco si hemos de hacer nuestro trabajo. El mismo respeto que acaba de demostrarme al contarme eso tan impresionante. Sheng Chou Yang... *¡Increíble!*

—La discreción tiene que ser absoluta.

—Lo será —aseguró el mayor.

—El consulado de Canadá —dijo Havilland—. Deme la lista de todo su personal.

Capítulo 16

La llamada había llegado a las 5.00 de la tarde y Bourne estaba preparado. No se citaron nombres.

—Está arreglado —dijo el que llamaba—. Nos veremos en la frontera poco antes de las nueve, cuando cambian los turnos. Su visado para Shenzen será comprobado, pero nadie lo tocará. Una vez dentro, se las arreglará solo, y nada de que entró por Macao.

—¿Y qué me dice de la vuelta? Si lo que me contó es cierto y las cosas van bien, habrá alguien conmigo.

—No seré yo. Lo acompañaré hasta el sitio y después adiós.

—Eso no responde a mi pregunta.

—No es tan difícil como entrar, a menos que lo registren y encuentren contrabando.

—No traeré ninguno.

—Entonces le sugiero la borrachera. No es nada raro. Hay un aeropuerto en las afueras de Shenzen que utiliza la gente especial...

—Lo conozco.

—Puede equivocarse de avión; no es raro. En China los horarios andan manga por hombro.

—¿Cuánto por lo de esta noche?

—Cuatro mil, de Hong Kong, y un reloj.

—De acuerdo.

A unos dieciséis kilómetros al norte del pueblo de Gongbei las colinas se levantan y no tardan en convertirse en una pequeña cadena de alturas densamente arboladas. Jason y su antiguo contrincante del callejón de Macao caminaban por la carretera de tierra. El chino se detuvo y miró a lo alto.

—Otros cinco o seis kilómetros y llegaremos a un campo. Lo cruzamos y subimos hasta los bosques. Hay que andar con cuidado.

—¿Seguro que estarán allí?

—Llevé el mensaje. Si hay una hoguera, estarán.

—¿Cuál era el mensaje?

—Se pedía una reunión.

—¿Por qué al otro lado de la frontera?

—Sólo podía ser al otro lado. También eso formaba parte del mensaje.

—Pero nosabes por qué.

—Yo sólo soy el mensajero. Las cosas están desequilibradas.

—Ya te oí eso anoche. ¿Puedes explicarme lo que quieres decir?

—No puedo explicármelo ni a mí mismo.

—¿Podría ser porque la reunión tenía que tener lugar aquí, en China?

—En parte es eso, desde luego.

—¿Hay más?

—*Wen ti* —dijo el guía—. Preguntas que nacen de los sentimientos.

—Creo que comprendo.

Y así era. A la cabeza de Jason habían acudido las mismas preguntas, los mismos sentimientos, cuando vio claramente que el asesino que se hacía llamar Bourne iba en un vehículo oficial de la República Popular.

—Fue usted excesivamente generoso con el guardia. El reloj era demasiado caro.

—Puedo necesitarlo.

—Y él puede no estar en el mismo puesto.

—Lo encontraré.

—Venderá el reloj.

—No importa. Le traeré otro.

Agachados, corrieron por entre las altas hierbas por etapas, Bourne siguiendo al guía y volviendo constantemente los ojos a sus flancos y arriba, al frente, buscando sombras en la oscuridad, que no era total. Nubes que pasaban rápidas a baja altura filtraban la luz de la luna, pero de vez en cuando descendían rayos que iluminaban por breves momentos el paisaje. Llegaron a un tramo en cuesta de árboles muy altos y empezaron a ascender. El chino se detuvo y se volvió, levantando ambas manos.

—¿Qué pasa? —susurró Jason.

—Debemos ir despacio, no hacer ruido.

—¿Patrullas?

El guía se encogió de hombros.

—No lo sé. No hay armonía.

Ascendieron por el intrincado bosque, deteniéndose a cada grito de un ave asustada y el subsiguiente batir de alas, dejando pasar los segundos. El murmullo del bosque lo invadía todo; los grillos ejecutaban su incesante sinfonía, ululó una lechuza solitaria y otra le respondió, y pequeñas criaturas con un aspecto de hurones escaparon por entre el sotobosque. Bourne y su guía llegaron al final de los árboles. Frente a ellos se abría una segunda pradera de altas hierbas en pendiente, y a lo lejos se dibujaba el oscuro perfil de sierra de otra masa arbórea.

Había algo más. Un resplandor en lo alto de la siguiente colina, en lo alto del

bosque. Era una hoguera, ¡la hoguera! Bourne tuvo que contenerse para no echar a correr por el campo, internarse en el bosque y ascender hasta el fuego. Ahora la paciencia lo era todo, y estaba en el entorno oscuro que tan bien conocía. Vagos recuerdos le decían que tuviese confianza en sí mismo, que era el mejor. Paciencia. Atravesaría el campo y subiría silenciosamente hasta lo alto del bosque; buscaría un lugar en la espesura desde donde se viese claramente la hoguera, el lugar de encuentro. Esperaría y observaría; sabría cuándo entrar en acción. Lo había hecho tantas veces... Los detalles se le escapaban, pero no el modelo. Un hombre se separaría, y, como el felino que acecha silenciosamente en la espesura, él seguiría a ese hombre hasta que llegase el momento. Una vez más, sabía cuál era ese momento, y se hacía con el hombre.

Marie, esta vez no fallaré. Ahora puedo moverme en una especie de terrible pureza. Suena a locura, lo sé, pero es verdad. Puedo odiar con pureza, creo que ése es mi origen. Tres cuerpos ensangrentados flotando en un río me enseñaron a odiar, y la huella de una mano en una puerta de Maine me enseñó a reforzar ese odio) y a no dejar que volviese a ocurrir nunca. No suelo estar en desacuerdo contigo, amor mío, pero te equivocaste en Ginebra, como antes en París. Soy un asesino.

—¿Qué le pasa? —susurró el guía, acercando la cabeza a la de Jason—. ¡No atiende a mis señales!

—Perdona. Estaba pensando.

—¡También yo, *peng you!* ¡Por nuestras vidas!

—Tú no tienes que preocuparte, puedes irte ya. Veo la hoguera allí arriba. — Bourne sacó dinero del bolsillo—. Preferiría ir solo. Uno corre menos peligro de ser visto que dos.

—Suponga que hay más hombres, patrullas. Aunque me venciese en Macao, no soy nada malo en esto.

—Si hay tales hombres, intentaré descubrir a uno.

—¿Por qué?

—Necesito un arma. No podía arriesgarme a pasarla por la frontera.

—*Aiya!*

Jason dio el dinero al guía.

—Ahí está todo. Nueve mil quinientos. ¿Quieres volver al bosque y contarlo? Tengo una linterna.

—Uno no pone en duda al hombre que lo ha vencido. La dignidad no lo consiente.

—Lo que dices es tremendo, pero nunca compres un diamante en Amsterdam.

Adelante, sal de aquí. Éste es mi territorio.

—Y ésta mi pistola —dijo el guía, sacando un arma de su cinturón y dándosela a Bourne mientras cogía el dinero—. Úsela si es Preciso. El cargador está completo; nueve balas. No hay registro ni rastro. Me enseñó el Francés.

—¿Metiste esto por la frontera?

—Fue usted quien compró el reloj. Pude haberla dejado caer en una bolsa de basura, pero le vi la cara. Ya no la necesitaré.

—Gracias. Pero debería decirte que si me has mentido te encontraré. Cuenta con ello.

—Entonces las mentiras ya no serían más y le devolvería el dinero.

—Eres demasiado.

—Usted me venció. Debo ser honorable en todas las cosas.

Bourne avanzaba lentamente por la pradera de altas hierbas tiesas y llenas de pinchos, quitándose las que se le clavaban en el cuello y la frente y agradecido a la cazadora de nylon que lo protegía. Sabía instintivamente algo que su guía ignoraba, y era por lo que no quería que el chino viniese con él. Un campo como aquél era un lugar más lógico para que hubiese patrullas, pues las hierbas se movían cuando andaban por entre ellas intrusos ocultos. Había que observar el movimiento de la hierba desde el suelo y avanzar aprovechando los vientos dominantes y las repentinas ráfagas que llegaban de la montaña.

Vio el comienzo del bosque, árboles que se alzaban al borde de la hierba, y empezó a incorporarse hasta quedar agazapado. Después, de repente, se tendió y quedó inmóvil. Allá arriba, a su derecha, en el borde del campo, había un hombre fusil en mano vigilando a la luz intermitente de la luna, en busca de hierbas que se inclinasen en contra de la brisa. Llegó una ráfaga de las montañas, y Bourne se movió con ella hasta llegar a apenas cuatro metros del centinela. Poco a poco, se arrastró hasta el borde del campo. Ahora estaba paralelo al hombre, cuya atención se hallaba fijada en lo que tenía enfrente, no en sus flancos. Jason se levantó unas pulgadas para poder ver entre la hierba. El centinela miraba a su izquierda. ¡Ahora!

Bourne se lanzó fuera de la hierba y cayó sobre el hombre que, presa del pánico, alzó instintivamente la culata del fusil para rechazar el ataque. Jason agarró el arma por el cañón, la retorció por encima de la cabeza del centinela y la estrelló sobre su cráneo mientras le hincaba la rodilla en las costillas. El patrullero se desplomó y Bourne se apresuró a arrastrarlo hasta las hierbas, fuera de la vista. Con los menores movimientos posibles, Jason le quitó la chaqueta y le arrancó la camisa de la espalda rasgándola en tiras. Momentos después el hombre estaba atado de tal modo que a cada

movimiento que hacía apretaba aún más las improvisadas ligaduras. Estaba también amordazado, y una manga arrancada y atada alrededor de su cabeza mantenía la mordaza en su sitio.

Normalmente, en épocas pasadas —Bourne sabía instintivamente que así había ocurrido en ocasiones parecidas— no hubiese perdido un momento en salir del campo y echar a andar por el bosque hacia la hoguera. Ahora, en cambio, estudió la figura inconsciente del oriental que tenía a sus pies. Algo le inquietaba, algo que no estaba en armonía. Para empezar, esperaba que tuviese el uniforme del ejército chino, pues recordaba vivamente aquel vehículo oficial en Shenzen y sabía quién iba dentro. Pero no era sólo la falta de uniforme, sino también las ropas que llevaba aquel hombre. Eran baratas y andrajosas y olían a rancio, a comida demasiado grasienta. Se agachó, le retorció la cara y le abrió la boca: pocos dientes y en mal estado. ¿Qué clase de centinela era aquél, qué clase de patrullero? No era más que un hampón, sin duda con experiencia, pero un simple bruto, contratado en los barrios bajos de Oriente, donde la vida era barata y pocas veces tenía algún sentido. Sin embargo, los hombres de aquella «reunión» hacían tratos de decenas de miles de dólares. El precio que pagaban por una vida era muy alto. Faltaba equilibrio.

Bourne agarró el fusil y se arrastró fuera de la hierba. Al no ver nada ni oír más que los murmullos del bosque que tenía delante, se incorporó y se internó entre los árboles. Ascendía rápida y silenciosamente, deteniéndose como antes a cada grito de un ave, cada batir de alas, cada detención brusca de la sinfonía de los grillos. Ya no se arrastraba, sino que avanzaba con las piernas dobladas, aferrando el cañón del fusil, que haría de maza en caso necesario. No podía haber disparos a menos que su vida dependiese de ellos; no debía advertir a su presa. La trampa iba cerrándose. Ahora era simplemente cuestión de paciencia, de paciencia y del acecho final, cuando las fauces de la trampa se cerrarían de golpe. Llegó a lo alto del bosque y se deslizó sin ruido detrás de un peñasco, al borde del campamento. Sigilosamente, dejó el rifle en el suelo, sacó de su cinturón la pistola que le había dado el guía y atisbo desde la enorme roca.

Ahora veía abajo, en el campo, lo que había esperado encontrar. Un soldado, erguido en su uniforme, con un arma a la cintura, estaba a pocos metros a la izquierda de la hoguera. Era como si quisiera ser visto pero no identificado. Otra falta de equilibrio. El hombre consultó su reloj. La espera había comenzado.

Duró casi una hora. El soldado había fumado ya cinco cigarrillos, mientras Jason permanecía inmóvil, sin respirar apenas. Y después ocurrió, lenta, sutilmente, sin trompetas que la anunciaran, una entrada desprovista de dramatismo. Apareció una

segunda silueta; salió andando tranquilamente de las sombras, apartando las últimas ramas del bosque mientras se hacía invisible. De repente descendieron rayos del cielo nocturno, quemando, abrasando la mente de David Webb, paralizando el cerebro de Jason Bourne.

Porque cuando el hombre entró en el círculo de luz de la hoguera, Bourne abrió la boca y apretó el cañón del arma para no gritar... o matar. Estaba viendo a un fantasma de sí mismo, a un espectro que volvía para acecharlo, no importa quién fuese el cazador ahora. La cara era y no era a la vez su cara, quizá su cara como podía haber sido antes de que los cirujanos la cambiasen para Jason Bourne. Lo mismo que el cuerpo, enjuto y tenso, la cara era más joven —más joven que el mito al que imitaba—, y en esa juventud había fuerza, la fuerza de un Delta de Medusa. Era increíble. Incluso el andar cauteloso, felino, los largos brazos sueltos a los costados, tan eficiente en las artes mortíferas. Era Delta, el Delta del que le habían hablado, el que se había convertido en Caín y finalmente en Jason Bourne. Estaba viéndose a sí mismo pero no a sí mismo. Fuera como fuese, tenía delante a un matador, a un asesino.

Un crujido lejano irrumpió en los ruidos del bosque. El asesino se detuvo, y después giró apartándose de la hoguera y se tiró de cabeza hacia su derecha mientras el soldado se dejaba caer al suelo. Un tiroteo ensordecedor, retumbante, entrecortado, brotó del bosque, y el asesino rodó y rodó sobre la hierba del campamento, con las balas pespunteando el suelo mientras alcanzaba la oscuridad de los árboles. El soldado chino estaba rodilla en tierra y disparaba salvajemente en dirección al asesino.

Después la ensordecedora refriega se intensificó, no de golpe sino en tres etapas. Las explosiones eran enormes. Una primera granada destruyó la acampada, seguida por una segunda que arrancó árboles de cuajo y prendió fuego a las ramas secas balanceadas por el viento y por último una tercera pasó alta y fue a detonar con enorme fuerza en la zona boscosa desde donde habían disparado con la ametralladora. De repente había llamas por todas partes, y Bourne se cubrió los ojos, mientras se movía en torno al peñasco, arma en mano. ¡Habían tendido una trampa al asesino y él se había metido de cabeza en ella! El soldado chino estaba muerto, y su arma, así como la mayor parte de su cuerpo, habían volado. De pronto, saliendo de la izquierda, una silueta se precipitó en el infierno que había sido un campamento y corrió por entre las llamas. Se volvió por dos veces y, al ver a Jason, disparó contra él. El asesino había dado un rodeo por el bosque, esperando coger desprevenidos y matar a quienes querían matarlo. Bourne saltó primero a su derecha, después a su izquierda y finalmente cayó al suelo, con los ojos fijos en el hombre que corría. Se incorporó y se lanzó tras él. *¡No podía dejarlo escapar!* Corrió por entre los incendios en aumento.

La figura que le precedía se movía ya entre los árboles. ¡Era el asesino! El impostor que aseguraba ser el mito leal que había enloquecido a Asia y utilizaba ese mito para sus propios fines, destruyendo al verdadero y a la esposa que ese hombre amaba. Bourne corrió como no había corrido nunca, esquivando los árboles y saltando sobre el sotobosque con una agilidad que desmentía los años transcurridos desde Medusa. Estaba otra vez en Medusa, era Medusa, y cada diez metros disminuía la distancia en cinco. Conocía los bosques; un bosque era un jungla y la jungla su amiga. Había sobrevivido en ella. Sin pensarlo, sólo sintiéndolo, conocía sus entresijos, sus lianas, los pozos repentinos y los abruptos barrancos. ¡Iba ganando terreno! Y después, allí estaba, lo tenía apenas a tres metros delante de él.

Con lo que parecía el último aliento de su cuerpo, Jason se lanzó. Bourne contra Bourne. Sus manos eran las garras de un gato montés cuando aferró los hombros de la figura que corría frente a él y hundió los dedos en la dura carne y en el hueso mientras, con el talón bien firme en la tierra, su rodilla derecha iba a clavarse en la espina dorsal de aquel hombre. Era tal su rabia que tuvo que acordarse conscientemente de que no debía matar. ¡Sigue vivo! ¡Eres mi libertad, nuestra libertad!

El asesino gritó mientras el verdadero Jason Bourne le echaba una llave al cuello que le hizo doblar la cabeza hacia la derecha y derribó al simulador. Cayeron los dos al suelo, con el antebrazo de Bourne oprimiéndole la garganta mientras su puño derecho le golpeaba repetidamente el estómago, vaciando de aire a un cuerpo que iba debilitándose.

¡La cara! ¿Dónde estaba aquel rostro que pertenecía a otro tiempo a una aparición que quería devolverlo a un infierno que su memoria había bloqueado? ¿Dónde estaba su cara? ¡Aquella no era!

—¡Delta! —gritó el hombre que tenía debajo.

—¿Qué me has llamado? —exclamó Bourne.

—¡Delta! —chilló el cuerpo encogido—. ¡Caín va a por Carlos, Delta es Caín!

—¡Maldito seas! ¿Quién...?

—¡D'Anjou! ¡Soy D'Anjou! ¡Medusa, Tam Quan! ¡No tenemos nombres, sólo símbolos! ¡Por el amor de Dios! ¡París, el Louvre! ¡Me salvaste la vida en París, como salvaste tantas vidas en Medusa! ¡Soy D'Anjou! ¡Fui yo quien te dijo lo que tenías que saber en París! ¡Eres Jason Bourne, y el loco que huye de nosotros no es más que un invento, un invento mío!

Webb tenía clavados los ojos en aquella cara contorsionada, en el bigote gris perfectamente cuidado y el pelo plateado peinado hacia atrás sobre unos rasgos ya

maduros. Había vuelto la pesadilla... Estaba en las húmedas e infestadas junglas de Tam Quan, sin salida y con la muerte por todas partes. Después, de pronto, estaba en París, acercándose a la escalinata del Louvre bajo el cegador sol de la tarde. Disparos, rechinar de ruedas, gente gritando. ¡Tenía que salvar aquella cara que tenía debajo, salvar la cara de Medusa que podía proporcionarle las piezas que faltaban en aquel loco rompecabezas!

—¿D’Anjou? —susurró Jason—. ¿Eres D’Anjou?

—Si quieres devolverme mi cuello —jadeó el Francés—, te contaré una historia. Estoy seguro de que tú tienes otra que contarme.

Philippe D’Anjou paseó la mirada por los restos del campamento, ahora una ruina humeante, y se santiguó mientras registraba los bolsillos del «soldado» muerto, quitándole cuantas cosas de valor encontraba.

—Desataremos al hombre de abajo cuando nos marchemos —dijo—. No hay más accesos a este lugar. Por eso lo puse allí de centinela.

—¿Y le dijiste que vigilase qué?

—Soy de Medusa, como tú. Los campos de hierba, a pesar de poetas y consumidores, son a la vez avenidas y trampas. Los guerrilleros lo saben. Nosotros lo sabíamos.

—No podías saber que iba a venir yo.

—Difícilmente. Pero podía anticipar y anticipé cada contramovimiento que pudiese ocurrírsele a mi invento. Iba a llegar solo. Las instrucciones eran claras; pero ¿quién podía confiar en él? Y menos yo.

—No sé bien de qué hablas.

—Es parte de la historia. Ya la oirás.

Descendieron por el bosque, D’Anjou como más viejo agarrándose a troncos y renuevos. Llegaron al campo, y mientras caminaban por entre las altas hierbas oyeron los gritos ahogados del centinela. Bourne cortó las ligaduras de tela con su cuchillo y el Francés le pagó.

—*Zou ba!* —gritó D’Anjou. El hombre huyó a la oscuridad—. Es una basura. Todos lo son, pero matan encantados por dinero y desaparecen.

—Trataste de matarlo esta noche, ¿no es cierto? Era una trampa.

—Sí. Creí que lo habían alcanzado las explosiones. Por eso fui tras él.

—Yo pensé que había dado un rodeo para cogeros por retaguardia.

—Es lo que hubiéramos hecho en Medusa.

—Por eso creí que tú eras él. —De pronto Jason alzó la voz, furioso—. ¿Qué has hecho?

—Eso forma parte de mi historia.

—Quiero oírla. ¡*Ahora!*

—Hay un trecho de campo llano unos cientos de yardas más allá, a la izquierda —dijo el Francés, señalando—. Eran pastos, pero últimamente lo utilizaban helicópteros que venían a encontrarse con cierto asesino. Vamos hasta allí. Descansaremos... y hablaremos. Es por si los restos del fuego atraen a alguien del pueblo.

—Está a cinco millas.

—Aún así, esto es China.

Las nubes se habían disipado, arrastradas por los vientos nocturnos, y la luna iba descendiendo, pero todavía se hallaba lo bastante alta para bañar con su luz las lejanas montañas. Los dos hombres de Medusa, tan diferentes, estaban sentados en el suelo. Bourne encendió un cigarrillo mientras D'Anjou hablaba.

—¿Recuerdas en París, aquel café tan lleno donde hablamos después de la locura del Louvre?

—Claro. Carlos casi nos mata a los dos esa tarde.

—Estuviste a punto de atrapar al Chacal.

—Pero no lo atrapé. ¿Qué decías de París, del café?

—Te dije entonces que iba a volver a Asia. A Singapur o a Hong Kong, tal vez a las Seychelles, creo que dije. Francia nunca fue buena conmigo... o para mí. Después de Dien Bien Phu, cuanto tenía estaba destruido, volado por nuestras propias tropas, y hablar de reparaciones era una tontería; charlas vanas de hombres vanos. Fue entonces cuando ingresé en Medusa. El único modo posible de recuperar lo mío era una victoria norteamericana.

—Lo recuerdo —dijo Jason—. ¿Qué tiene que ver eso con lo de esta noche?

—Como puedes ver, volví a Asia. Dado que el Chacal me había visto, seguí caminos indirectos, lo que me dejó tiempo para pensar. Tenía que evaluar con claridad mi situación y las posibilidades que se abrían ante mí. Mientras huía para salvar la vida, mi capital no era grande pero tampoco despreciable. Me arriesgué a volver esa tarde a la tienda de Saint Honoré y te confieso que robé cuanto *sou* había a la vista o fuera de ella. Conocía la combinación de la caja, y por suerte estaba bien provista. Podría bandearme cómodamente por el mundo, fuera del alcance de Carlos, y vivir muchas semanas sin problemas. Pero ¿qué iba a hacer con mi vida? Los fondos se agotarían y mis capacidades, tan aparentes en el mundo civilizado, no eran de la índole que podría permitirme pasar aquí el otoño de mi vida con el confort que me habían arrebatado. Pero no en vano había sido una de las serpientes de la cabeza de Medusa. Allí desarrollé dotes que nunca había soñado tener, y descubrí, te lo confieso,

que la moralidad no era problema. Me habían engañado, y yo podía engañar a otros. Si extraños sin nombre ni rostro habían tratado de matarme un número de veces incontable, podría asumir la responsabilidad de la muerte de otros extraños sin nombre y sin rostro. ¿Ves la simetría?

—Oigo un montón de tonterías —replicó Bourne.

—Entonces es que no escuchas, Delta.

—Yo no soy Delta.

—Está bien, Bourne.

—Tampoco soy... Continúa. Tal vez lo sea.

—*Comment?*

—*Rien.* Continúa.

—Se me ocurrió que, con independencia de lo que ocurriese en París, ganaras o perdieses, te matasen o no, Jason Bourne estaba acabado. Y sabía que Washington no diría nunca una palabra de agradecimiento o de aclaración; simplemente desaparecerías. «Irrecuperable.» Creo que ése es el término.

—Lo conozco —dijo Jason—. De modo que estaba acabado.

—*Naturellement.* Pero no habría explicaciones, no podía haberlas. *Mon Dieu!* El asesino que habían inventado se había vuelto loco, había matado. No, no habría nada. Los estrategas se retiran a las sombras cuando sus planes... «se les van de las manos», creo que es la frase.

—También eso lo sé.

—*Bien.* Entonces podrás comprender la solución que encontré para mí, para los últimos días de un viejo.

—Estoy empezando a comprenderla.

—*Bien encore.* Había un vacío aquí en Asia. Ya no estaba Jason Bourne, pero su leyenda seguía viva. Y había hombres que pagarían por los servicios de un hombre tan extraordinario. Por tanto, sabía lo que tenía que hacer. Era simplemente cuestión de encontrar el rival adecuado...

—¿Rival?

—Está bien; el simulador, si lo prefieres, y entrenarlo a la manera de Medusa, a la manera del miembro más alabado de aquella fraternidad tan extraoficial, tan criminal. Fui a Singapur y registré los antros de los parias, de los proscritos, a menudo temiendo por mi vida, hasta que lo encontré. Y puedo añadir que fue todo muy rápido. Estaba desesperado; llevaba casi tres años huyendo para salvar la vida, yendo sólo unos pasos por delante de los que lo buscaban. Es un inglés, un antiguo miembro de los Reales Comandos que una noche se emborrachó y mató a siete personas en las

calles de Londres antes de que se le pasara la rabia. Dada su extraordinaria hoja de servicios, fue enviado a un hospital psiquiátrico de Kent, de donde se escapó, y de algún modo, Dios sabe cómo, consiguió llegar a Singapur. Tenía todas las herramientas del oficio; sólo necesitaba un cierto pulimiento y un buen guía.

—Se parece a mí, al aspecto que yo solía tener.

—Mucho más ahora que entonces. Los rasgos básicos estaban allí, y también la estatura y el cuerpo musculoso, que eran otras tantas bazas. Fue simplemente cuestión de cambiar una nariz algo saliente y redondear una barbilla más aguda de como yo recordaba la tuya... como Delta, por supuesto. En París eras diferente, pero no de una manera tan radical que no pudiese reconocerte.

—Un comando —masculló Jason—. Encaja. ¿Quién es?

—Un hombre sin nombre, pero no sin una historia macabra —dijo D'Anjou, contemplando las lejanas montañas.

—¿Sin nombre?

—Nunca me dijo ninguno que no contradijese al poco tiempo, ninguno ni remotamente auténtico. Lo guarda como si fuese la única prolongación de su vida y su revelación condujese inevitablemente a su muerte. Por supuesto, tiene razón, y lo que acaba de ocurrir es un ejemplo. Si supiese su nombre, podría dárselo a través de un *ciego* a las autoridades británicas de Hong Kong. Recurrirían a sus computadoras, mandarían especialistas de Londres y se pondría en marcha una caza al hombre que yo nunca podría montar. No lo cogerían vivo; él no lo permitiría y a ellos les daría igual, y de ese modo me saldría con la mía.

—¿Por qué quieren los británicos verlo muerto?

—Basta decir que si Washington tuvo sus Mai Lai y sus Medusa, Londres tiene una unidad militar mucho más reciente mandada por un psicótico homicida que dejó centenares de muertos en su estela; hacían pocas distinciones entre inocentes y culpables. Ese hombre guarda demasiados secretos, que de ser denunciados podrían provocar violentas erupciones de venganza en todo el Medio Oriente y África. Hay que tener sentido práctico, tú lo sabes. O deberías saberlo.

—¿Dices que él la mandó? —preguntó Bourne, tan asombrado como desconcertado.

—No era un simple soldado de a pie, Delta. Fue capitán a los veintidós años y comandante a los veinticuatro, cuando era casi imposible conseguir un ascenso debido a las economías de Whitehall en el servicio militar. Sin duda ahora sería general de brigada, o incluso de división, de haber seguido con su suerte.

—¿Te dijo él eso?

—Durante sus borracheras periódicas, en las que afloraban feas verdades, pero nunca su nombre. Solía ocurrirle una o dos veces al mes, varios días seguidos, y entonces hablaba de su vida, en medio de un auténtico mar de odio hacia sí mismo. Pero siempre se daba cuenta de cuando se acercaba al arretrato, y me decía que lo atase, que lo encerrase, que lo protegiera de sí mismo. Revivía horribles acontecimientos de su pasado con una voz ronca, gutural, vacía. A medida que iba dominándolo la bebida, describía escenas de tortura y mutilación, de interrogatorios a prisioneros en los que les pinchaban los ojos con cuchillos o les cortaban las muñecas y obligaban a los otros a ver cómo se les iba escapando la vida por las venas. Por los fragmentos que pude reunir, parece que estuvo al mando de muchas de las más peligrosas y salvajes incursiones contra los alzamientos fanáticos de finales de los setenta y principio de los ochenta, desde el Yemen hasta los baños de sangre de África Oriental. En una ocasión habló con estúpida satisfacción de cómo al propio Idi Amin se le cortaba el resuello al oír su nombre; tan extendida estaba su fama de igualar e incluso sobrepasar su estrategia de la brutalidad. —D’Anjou hizo una pausa y asintió con lentos movimientos de cabeza y arqueando las cejas, como suelen hacer los franceses para aceptar lo inexplicable—. Era infrahumano, lo es todavía, pero a pesar de ello todo un oficial muy inteligente y un caballero. Una completa paradoja, una total contradicción de hombre civilizado. Se reía porque sus soldados lo despreciaban y lo llamaban animal, pero ninguno se atrevió nunca a quejarse oficialmente.

—¿Por qué no? —preguntó Jason, excitado y dolido por lo que oía—. ¿Por qué no dieron parte de él?

—Porque siempre les ayudaba a tener confianza en sí mismos cuando las órdenes parecían imposibles de cumplir.

—Comprendo... —dijo Bourne, dejando suspendida la palabra en la brisa de las alturas—. ¡No, no comprendo! —exclamó de pronto furioso—. Un comando es algo mejor que eso. ¿Por qué lo toleraban sus superiores? ¡Tenían que saberlo!

—Por lo que entendí de sus violentos discursos, hacía las tareas que otros no podían... o no querían hacer. Aprendió el secreto que nosotros aprendimos hace mucho tiempo en Medusa. Sigue las mismas reglas despiadadas del enemigo. Cambia las normas de acuerdo con la cultura. Al fin y al cabo, la vida humana no responde para todos los hombres al concepto judeocristiano. ¿Cómo iba a hacerlo? Para muchos, la muerte supone la liberación de unas condiciones de vida intolerables.

—¡Respirar es respirar! —dijo con aspereza Jason—. ¡Ser es ser y pensar es pensar! —añadió David Webb—. Ese tipo es un hombre de Neanderthal.

—No más que lo fue Delta en ciertas ocasiones. Y de cuántos sitios imposibles nos

sacaste gracias a...

—¡No digas eso! —protestó el hombre de Medusa, cortando al Francés—. No era lo mismo.

—Pero sí una variante —insistió D'Anjou—. En último extremo, los motivos apenas importan; sólo los resultados. ¿O no quieres aceptar la verdad? Lo viviste una vez. ¿Acaso Jason Bourne vive ahora de mentiras?

—Por el momento me limito a vivir, de día en día, de noche en noche, hasta que haya pasado, de un modo u otro.

—Tendrás que ser más claro.

—Cuando quiera o tenga que serlo —replicó Bourne con voz helada—. Entonces ¿es bueno? Tu comando, el comandante sin nombre, ¿es bueno en lo que hace?

—Tan bueno como Delta, y quizá mejor. No tiene conciencia, ni asomo de ella. Tú, a pesar de lo violento que eras, mostrabas a veces relámpagos de compasión. Algo dentro de ti te lo pedía. «No mates a ese hombre (decías de pronto). Es marido, padre, hermano. Redúcelo, déjalo vivir, deja que siga funcionando.» Mi creación, tu impostor, nunca haría eso. Quiere siempre la solución final, la muerte ante sus ojos.

—¿Qué le pasó? ¿Por qué mató a esa gente en Londres? Estar borracho no es razón suficiente, al menos para alguien que ha estado donde él estuvo.

—Es un modo de vida al que no se puede renunciar.

—Uno mantiene su arma quieta a menos que se vea amenazado. De otro modo invita a que lo amenacen.

—No usó ningún arma. Sólo sus manos.

—¿*Cómo*?

—Recorrió las calles de Londres en busca de enemigos imaginados; es lo que pude sacar en limpio de sus desvarios. «¡Lo vi en sus ojos! (gritaba) ¡Lo veo siempre en sus ojos! ¡Saben quién soy, lo que soy!» Te digo. Delta, que era a la vez impresionante y aburrido, y nunca conseguí un nombre ni una referencia concreta más que lo de Idi Amin, que cualquier soldado de fortuna borracho utilizaría para darse pisto. Implicar a los británicos de Hong Kong significaría implicarme a mí mismo, y, después de todo, no podía hacerlo, de modo que volví a los modos de Medusa: Hazlo por ti mismo. Tú nos lo enseñaste, Delta. Constantemente nos decías, nos ordenabas, que usáramos nuestra imaginación. Es lo que hice esta noche. Y fracasé, como podía esperarse de un viejo.

—Responde a mi pregunta. ¿Por qué mató a esa gente en Londres?

—Por una razón tan banal como carente de sentido... y por otra parte de lo más familiar. Lo habían rechazado, y su amor propio no podía tolerar ese rechazo. Dudo

sinceramente que hubiese implicada ninguna otra emoción. Como todas sus satisfacciones, la actividad sexual es para él simplemente un desahogo animal; no implica el menor afecto, pues carece de capacidad para ello. ¡*Mon Dieu*, qué razón tenía!

—Repito: ¿qué ocurrió?

—Había vuelto, herido, de una misión particularmente brutal en Uganda, y esperaba reanudar sus relaciones con una londinense; alguien, deduzco, más bien de alta cuna, como dicen los ingleses; una vuelta a tiempos más felices, sin duda. Pero ella se negó a verlo, y cuando la telefoneó contrató vigilantes armados para proteger su casa de Chelsea. Dos de esos hombres estaban entre los siete que mató esa noche. La mujer dijo que tenía un temperamento incontrolable y sus borracheras lo volvían criminal, como así fue. Pero para mí era perfecto. En Singapur, lo seguí a la salida de un bar de mala nota y lo vi acorralar en un callejón a dos duros, dos *contrabandiers*, que habían hecho un buen fajo de billetes con un paquete de droga en ese sucio antro de los muelles. Vi cómo los ponía contra la pared, degollaba a los dos de un solo tajo y les quitaba las ganancias. Entonces supe que tenía cuanto yo necesitaba. Había encontrado a mi Jason Bourne. Me acerqué a él despacio, en silencio, llevando en la mano extendida más dinero del que acababa de quitar a sus víctimas, y hablamos. Ése fue el comienzo.

—De modo que Pigmalión creó a su Galatea, y el primer contrato que aceptaste hizo de Afrodita y le dio vida. A Bernard Shaw le encantarías, y yo podría matarte.

—¿Por qué? Viniste en su busca esta noche. Yo vine para destruirlo.

—Lo que forma parte de tu historia —dijo David Webb, apartando la vista del Francés para mirar a las montañas, pensando en Maine y en su vida con Marie, tan violentamente interrumpida—. ¡Tú, bastardo! —exclamó de pronto—. ¡Podría matarte! ¿Tienes idea de lo que has hecho?

—Ésa es tu historia, Delta. Déjame terminar la mía.

—Termínala... *Eco*. ¿Era ése tu nombre, verdad? *Eco*.

Volvían los recuerdos.

—Sí, lo era. Una vez dijiste a Saigón que no viajarías sin «el bueno de *Eco*». Tenía que ir con vuestro equipo porque podía adivinar lo que ocurría contra las tribus y los jefes de poblado, algo que tenía muy poco que ver con mi símbolo alfabético. No era ningún misterio. Había vivido diez años en las colonias y sabía cuándo el *Quan-si* mentía.

—Termina tu historia —ordenó Bourne.

—Traición —dijo D'Anjou, extendiendo las manos—. Lo mismo que te crearon a

ti, creé a mi Jason Bourne, y si tú te volviste loco, mi criatura hizo algo parecido. Se volvió contra mí; hizo realidad lo que era invención mía. Nada de Galatea, Delta; se convirtió en el monstruo de Frankenstein, pero sin los tormentos de aquella criatura. Se separó de mí y empezó a pensar y actuar por su cuenta. Una vez que lo abandonó su desesperación, con mi inestimable ayuda y el escalpelo del cirujano, recobró su sentido de la autoridad, así como su arrogancia, su fealdad. Me considera una minucia, una nulidad insignificante que lo había utilizado ¡y que lo había creado!

—¿Quieres decir que hace contratos por su cuenta?

—Contratos perversos, grotescos y peligrosísimos.

—Pero yo encontré su rastro a través de ti, de tus arreglos con el casino de Kam Pek. La mesa cinco. El teléfono de un hotel de Macao y un nombre.

—Un método de contacto que cree conveniente mantener. ¿Y por qué no? Es de una seguridad a toda prueba y ¿qué puedo hacer yo? ¿Ir a las autoridades y decir «Oiga, señor, hay un tipo, del que soy en cierto modo responsable, que se empeña en utilizar dispositivos que yo creé para que le paguen por matar a alguien. Incluso utiliza a mi enlace»?

—El *Zhongguo ren* de las manos rápidas y los pies aún más rápidos.

D'Anjou miró a Jason.

—De modo que es así como lo hiciste, como encontraste este sino. Delta no ha perdido facultades, *n'est-ce pas*? ¿Está vivo ese hombre?

—Lo está, y con diez mil dólares más en el bolsillo.

—Es un *cochon* que sólo piensa en el dinero. Pero no puedo criticarlo; también yo lo utilicé. Le pagué quinientos dólares por recoger y entregar un mensaje.

—¿El que trajo a tu pupilo aquí esta noche para que pudieses matarlo? ¿Qué te hacía estar tan seguro de que vendría?

—Instinto medusiano, el conocimiento esquemático de una extraordinaria *liaison* que ha hecho, un contacto tan provechoso para él y tan peligroso que podría traer la guerra a Hong Kong, paralizar la colonia entera.

—Ya he oído antes esa teoría —dijo Jason, recordando las palabras de McAllister aquella primera noche en Maine—, y sigo sin creerlo. Cuando los asesinos se matan entre sí, son ellos los que suelen perder. Desaparecen, y los confidentes salen de sus agujeros pensando que después puede tocarles a ellos.

—Si las víctimas se limitasen a eso, desde luego tienes razón; pero no cuando incluyen a una destacada figura política de una nación inmensa y agresiva.

Bourne miró fijamente a D'Anjou.

—¿China? —preguntó casi susurrando.

El Francés asintió con la cabeza.

—Mataron a cinco hombres en el Tsim Sha Tsui...

—Lo sé.

—Cuatro de esos cadáveres carecían de importancia, pero no el quinto. Era el vicepresidente del Gobierno de la República Popular.

—¡Dios mío!

Jason frunció el ceño, mientras le venía a la mente la imagen de un coche, un coche con las ventanillas veladas y un asesino dentro, un vehículo oficial del gobierno chino.

—Mis fuentes me dicen que hubo sus más y sus menos entre la Casa del Gobierno y Beijing, y que el sentido práctico y el deseo de salvar la cara ganaron... por esta vez. Después de todo, y para empezar, ¿qué hacía el vicepresidente en Kowloon? ¿Era también el augusto jefe del Comité Central uno de los corruptos? Pero, como digo, eso ha sido esta vez. No, Delta; mi criatura debe ser destruida antes de que acepte otro contrato que pueda lanzarnos a todos al abismo.

—Perdón, Eco. Muerto, no; capturado y llevado a alguien que yo me sé.

—¿Es ésa tu historia?

—Parte de ella.

—Cuéntame.

—Sólo lo que debes saber. Mi mujer fue raptada y traída a Hong Kong. Para recuperarla (pienso conseguirlo o moriréis todos) tengo que entregar al hijo de puta ése que tu inventaste. Ahora estoy algo más cerca, porque vas a ayudarme, y quiero decir ayudarme en serio. Si no...

—Las amenazas sobran, Delta —interrumpió el ex medusiano—. Se de lo que eres capaz; te he visto hacerlo. Necesitas a ese hombre por tus razones y yo lo necesito por las mías. Nuestros planes coinciden.

Capítulo 17

Catherine Staples insistía en que su invitado a cenar tomase otro martini al vodka mientras ella se abstenía alegando que su vaso estaba todavía medio lleno.

—También está medio vacío —dijo el agregado norteamericano de treinta y dos años con una media sonrisa nerviosa mientras se separaba el oscuro pelo de la frente—. Es estúpido por mi parte, Catherine —añadió—. Lo siento, pero no puedo olvidar que viste las fotos. Nada importa que salvases mi carrera y probablemente mi vida; son esas condenadas fotos.

—No las vio nadie más; sólo el inspector Ballantyne.

—Pero tú sí.

—Soy lo bastante vieja para ser tu madre.

—Peor me lo pones. Te miro y me siento tan avergonzado, tan sucio...

—Mi ex marido, donde quiera que esté, me dijo una vez que no había absolutamente nada que pudiera o debiera ser sucio en materia sexual. Sospecho que tenía un motivo para hacer esa afirmación, pero la verdad es que creo que tenía razón. Vamos, John, olvídate ya de eso. Yo lo he olvidado.

—Haré cuanto pueda. —Se acercó un camarero, y bastó una seña para pedirle la bebida—. Desde tu llamada de esta tarde he estado hecho polvo. Pensé que habían aparecido más cosas. Aquellas veinticuatro horas fueron de puro espacio exterior.

—Te drogaron a conciencia y de la manera más insidiosa. No eras responsable. Y perdona, debería haberte dicho que esto no tenía nada que ver con el asunto anterior.

—Si lo hubieras hecho podría haberme ganado mi sueldo de las últimas cinco horas.

—Fue un descuido imperdonable y cruel por mi parte. Mis disculpas.

—Aceptadas. Eres una gran chica, Catherine.

—Apelo a tus regresiones infantiles.

—No apuestes demasiado a eso.

—Entonces no te tomes el quinto martini.

—Es sólo el segundo.

—Un poco de caba no hace daño a nadie.

Se reían cuando llegó el camarero con la bebida de John Nelson, quien le dio las gracias y volvió a Staples.

—Creo que no fue la perspectiva de la caba lo que me proporcionó una cena gratis en The Plume. Este sitio está fuera de mi alcance.

—Y también del mío, pero no del de Ottawa. Figurarás en la lista como alguien

terriblemente importante. Y de hecho sin duda alguna lo eres.

—Eso es agradable. Nunca me lo había dicho nadie. Tengo un buen empleo aquí porque aprendí chino. Me figuré que con todos esos reclutas de la Ivy League, un muchacho del Upper Iowa College, en la vieja Fayette, tendría ventaja en alguna parte.

—Tú la tienes, Johnny. Les caes bien a los consulados. Nuestra «calle de las embajadas» tiene una gran opinión de ti, y no me extraña.

—Si la tienen, es gracias a ti y a Ballantyne, pero sólo a los dos. —Nelson hizo una pausa, tomó un sorbo de su martini, miró a Staples por encima del vaso y lo posó antes de seguir hablando—. ¿De qué se trata, Catherine? ¿Por qué soy importante?

—Porque necesito tu ayuda.

—Lo que sea. Cualquier cosa que yo pueda hacer.

—No tan deprisa, Johnny. Son tiempos de aguas profundas y yo podría estar ahogándome.

—Si alguien merece que yo le eche un salvavidas eres tú. Aparte problemas sin importancia, nuestros países son vecinos y básicamente se aprecian; estamos en el mismo bando. ¿De qué se trata? ¿Cómo puedo ayudarte?

—Marie St. Jacques... Webb —dijo Catherine, estudiando la cara del agregado. Nelson parpadeó, y sus ojos vagaron sin meta mientras pensaba.

—Nada —dijo—. Ese nombre no significa nada para mí.

—Está bien. Probemos con Raymond Havilland.

—Eso ya es otra cosa —dijo el agregado abriendo mucho los ojos e irguiendo la cabeza—. Hemos estado todos chismorreando sobre él. No ha venido por el consulado, ni siquiera ha llamado a nuestro mandamás, que se muere por ver su foto con él en los periódicos. Después de todo, Havilland es un número de mucha categoría, algo así como la metafísica de este oficio. Lleva en él desde lo de los panes y los peces y no me extrañaría que hubiera sido él quien lo inventó.

—Entonces te das cuenta de que a lo largo de los años vuestro aristocrático embajador ha estado implicado en algo más que negociaciones diplomáticas.

—Nadie lo dice nunca, pero sólo los ingenuos aceptan su postura *au dessus de la mêlée*.

—Eres listo, Johnny.

—Sólo observador. Me gano parte de mi sueldo. ¿Qué relación hay entre un nombre que conozco y otro que no?

—Ojalá lo supiese. ¿Tienes alguna idea de por qué está aquí Havilland? ¿Has oído algún rumor?

—No tengo la menor idea de por qué está aquí, pero sí sé que no lo encontrarás en

ningún hotel.

—Supongo que tendrá amigos ricos.

—Seguro que los tiene, pero tampoco vive con ellos.

—¿Entonces?

—El consulado alquiló a la chita callando una casa en Victoria Peak, y trajeron de Hawai un segundo contingente de marines para custodiarla. Ninguno de nosotros, los del escalón medio-alto, lo supo hasta que hace unos días ocurrió una de esas cosas tontas. Dos marines estaban cenando en el Wanchai y uno de ellos pagó la cuenta con un cheque temporal extendido contra un banco de Hong Kong. Bueno, ya sabes lo que pasa con los soldados y los cheques, y el encargado se lo hizo pasar mal a ese cabo. El muchacho dijo que ni él ni su compañero habían tenido tiempo de reunir metálico y que el cheque era perfectamente válido. ¿Por qué no llamaba al consulado y hablaba con uno de los agregados militares?

—Un cabo muy listo.

—Y un consulado que no lo es tanto. Los militares habían ido a pasar el día, y nuestro brillante personal de seguridad, en su ilimitada paranoia con el secreto, no tenía registrado al contingente de Victoria Peak. Más tarde el encargado dijo que el cabo le enseñó un par de tarjetas de identidad y parecía un buen muchacho, de modo que se arriesgó.

—Muy razonable por su parte. Probablemente no lo habría hecho si el cabo se hubiera portado de otro modo. Lo repito, un marine muy listo.

—Sí se portó de otro modo. A la mañana siguiente, en el consulado. Les leyó la cartilla en un lenguaje casi cuartelero y en voz tan alta que lo oí yo, y eso que mi despacho está al final del pasillo. Quería saber quién diablos creían los paisanos que vivía encima de aquel monte, y cómo era que aún no estaban registrados, cuando llevaban allí una semana. Se puso hecho una fiera.

—Y de pronto el consulado entero supo que había una casa franca en la colonia.

—Eso lo dices tú, Catherine, no yo. Pero si te diré exactamente lo que el memorándum a todo el personal decía que dijésemos. Llegó a nuestras mesas una hora después de que se hubiera marchado el cabo, tras hacérselas pasar moradas a algunos tipos de seguridad durante veinte minutos.

—Y lo que os mandaron decir no es lo que tú crees.

—Sin comentarios. La casa de Victoria ha sido alquilada para la comodidad y seguridad del personal oficial de viaje, así como de los representantes de empresas norteamericanas que negocian en el territorio.

—Tonterías, sobre todo lo último. ¿Desde cuándo el contribuyente norteamericano

hace esa clase de regalos a la General Motors o a la ITT?

—Washington está fomentando activamente una expansión del comercio, en la línea de nuestra creciente política de puertas abiertas hacia la República Popular. Eso es coherente. Queremos hacer las cosas más fáciles, más accesibles, y este lugar está siempre abarrotado. Trata de conseguir una reserva decente con dos días de anticipación.

—Suenas como si lo hubieses ensayado.

—Sin comentarios. Sólo te he dicho lo que me indicaron que dijese si sacabas el asunto a colación... lo que estaba seguro harías.

—Pues claro. Tengo amigos en el Peak que piensan que el barrio va a vaciarse, con todos esos tipos como el cabo de marras rondando por allí. —Staples tomó un sorbo de su vaso—. ¿Está Havilland allá arriba? —preguntó, volviendo a dejarlo en la mesa.

—Casi garantizado.

—¿Casi?

—Nuestra funcionaria de información, que tiene el despacho junto al mío, quería conseguir una prima de kilometraje a costa del embajador. Preguntó en qué hotel estaba y le dijeron que en ninguno. Entonces ¿en qué residencia o en casa de quiénes? La misma respuesta. «Tendremos que esperar a que nos llame, si es que lo hace», dijo nuestro patrón. La pobre lloró en mi hombro, pero la orden era firme. Nada de intentar localizarlo.

—Está arriba, en el Peak —concluyó en voz baja Staples—. Se ha preparado una casa franca y ha montado una operación.

—¿Lo que tiene algo que ver con esa tal Webb, esa Marie St. no sé cuántos Webb?

—St. Jacques. Sí.

—¿Quieres hablarme de eso?

—Ahora no... por tu bien tanto como por el mío. Si estoy en lo cierto y alguien piensa que te han dado información, podrían mandarte a Reykjavik sin un mal jersey.

—Pero dijiste que no sabías qué relación había, que ojalá lo supieses.

—En el sentido de que no puedo entender las razones para ella, si de verdad existe. Sólo sé un lado de la historia y está lleno de lagunas. Podría estar equivocada. —Catherine volvió a tomar un sorbito de whisky—. Mira, Johnny —continuó—, sólo tú puedes tomar la decisión, y si es negativa lo comprenderé. Tengo que saber si la estancia de Havilland aquí tiene algo que ver con un hombre llamado David Webb y su esposa, Marie St. Jacques. Era economista en Ottawa antes de casarse.

—¿Es canadiense?

—Sí. Permíteme decirte por qué tengo que saberlo sin contarte tanto que puedas verte metido en un lío. Si existe conexión, tengo que ir por un camino; si no, puedo hacer un giro de ciento ochenta grados y tomar otro. En este último caso, tal vez lo divulgue. Puedo utilizar la prensa, la radio, la televisión, cuanto haga correr la voz y atraiga a su marido.

—Lo que significa que él está en el frío —interrumpió el agregado—, y que tú sabes dónde está ella, pero otros no.

—Ya te dije antes que eras muy rápido.

—Pero si se trata de lo primero, si hay una conexión con Havilland, como tú crees...

—Sin comentarios. Si te contestase, estaría diciéndote más de lo que debes saber.

—Comprendo. Es algo delicado. Déjame pensar. —Nelson cogió su martini, pero en vez de beber volvió a posarlo—. ¿Qué te parece una llamada telefónica anónima que me llegó?

—¿Por ejemplo?

—Una canadiense buscando como loca información sobre su marido norteamericano desaparecido.

—¿Por qué iba a llamarte? Tiene experiencia en los círculos gubernamentales.

¿Por qué no al propio cónsul general?

—Él no estaba y yo sí.

—No quiero desengañarte, Johnny, pero no eres el siguiente en la lista.

—Tienes razón. Y cualquiera podría preguntar a la centralita y descubrir que no hubo tal llamada.

Staples frunció el ceño y después se echó hacia adelante.

—Hay un modo, si estás dispuesto a mentir un poco más. Se basa en la realidad. Ocurrió, y nadie podría decir lo contrario.

—¿De qué se trata?

—Una mujer te paró en Garden Road cuando salías del consulado. No te dijo mucho, pero sí lo suficiente para alarmarte, y no quería entrar porque estaba asustada. Ella es la mujer que busca como loca a su marido norteamericano perdido. Podrías incluso describirla.

—Empieza con esa descripción.

Sentado frente a la mesa de McAllister, Lin Wenzu leía su cuaderno de notas mientras el subsecretario de Estado escuchaba.

—Aunque la descripción no coincide, las diferencias son pequeñas y fáciles de conseguir. Pelo hacia atrás y cubierto con un sombrero, sin maquillaje, calzado bajo

para reducir la estatura... Es ella.

—¿Y aseguró no encontrar en la guía ningún nombre que pudiera corresponder a su supuesta prima?

—Prima segunda por parte de madre. Un poco rebuscado, pero lo bastante concreto para resultar creíble. Según la recepcionista, estaba incómoda, incluso nerviosa. Además llevaba un bolso que era una imitación tan patente de Gucci que la recepcionista la tomó por una paleta, simpática pero boba.

—Reconoció el nombre de alguien —dijo McAllister.

—En ese caso, ¿por qué no pidió verlo? No podía malgastar el tiempo, dadas las circunstancias.

—Probablemente supuso que habíamos dado la alerta, que no podía correr el riesgo de ser reconocida, y menos allí dentro.

—No creo que eso la preocupase, Edward. Con lo que sabe, con lo que ha vivido, podría resultar de lo más convincente.

—Con lo que cree saber, Lin. No puede estar segura de nada. Andará con cautela, temiendo hacer un movimiento equivocado. Tiene a su marido por ahí, los vi juntos y es como una madre para él. ¡Dios mío, si robó más de cinco millones de dólares por la sencilla razón de que pensaba, muy acertadamente, que habían sido injustos con él! En su opinión lo merecía, lo merecían ambos, y que Washington se fuese al infierno.

—¿Hizo eso?

—Bien, Havilland le autorizó a saberlo todo. Lo hizo y se salió con la suya. ¿Quién iba a levantar la voz? Tenía al Washington clandestino exactamente como quería, asustado y avergonzado.

—Cuanto más sé, más la admiro.

—Admírela cuanto quiera, pero encuéntrela.

—Hablando del embajador. ¿Dónde está?

—Almorzando tranquilamente con el alto comisario canadiense.

—¿Va a contárselo todo?

—No; sólo va a solicitar su cooperación a ciegas con un teléfono en su mesa de modo que pueda hablar con Londres. De allí darán sus instrucciones al comisario de hacer cuanto le pida Havilland. Ya está todo arreglado.

—Ese hombre no para.

—No hay nadie como él. Por cierto que debería estar ya de vuelta en cualquier momento. Se retrasa. —Sonó el teléfono y McAllister lo cogió—. ¿Sí?... No, no está aquí. ¿Quién?... Sí, desde luego, hablaré con él. —El subsecretario tapó el micrófono y habló con el mayor—. Es nuestro cónsul general; el norteamericano, quiero decir.

—Algo ha ocurrido —dijo Lin, levantándose nervioso.

—Sí, mister Lewis, aquí McAllister. Quiero que sepa cuánto le agradecemos todo. El consulado nos ha ayudado mucho.

De pronto se abrió la puerta y entró Havilland.

—Es el cónsul general norteamericano, señor embajador —dijo Lin—. Creo que preguntaba por usted.

—¡Este no es momento para una de sus condenadas cenas!

—Un momento, mister Lewis. El embajador acaba de llegar. Estoy seguro de que quiere hablar con él.

McAllister alargó el teléfono a Havilland, que se acercó rápidamente a la mesa.

—Sí, Jonathan. ¿De qué se trata? —Con el cuerpo rígido y los ojos fijos en un lugar invisible del jardín, más allá del gran ventanal, el embajador permaneció en silencio, escuchando. Al fin habló—. Gracias, Jonathan, hizo lo que debía. No diga absolutamente nada a nadie y yo le quitaré importancia aquí. —Havilland colgó y miró alternativamente a McAllister y a Wenzu—. Nuestra filtración, si es una filtración, vino de donde menos podíamos esperar. No del consulado canadiense, sino del norteamericano.

—Eso no tiene sentido —dijo McAllister—. Eso no es París ni la calle con su árbol favorito, el arce, la hoja de arce. Hablaba del consulado canadiense, no del norteamericano.

—¿Y con ese análisis vamos a descartarlo?

—Por supuesto que no. ¿Qué ocurrió?

—A un agregado llamado Nelson lo paró en Garden Road una canadiense que está tratando de encontrar a su marido norteamericano. El tal Nelson se ofreció para ayudarla, para acompañarla a la policía, pero no hubo manera de convencerla. No quiso ir a la policía, ni tampoco volver con él a su despacho.

—¿Dio alguna razón? —preguntó Lin—. Pide ayuda y después la rechaza.

—Sólo que se trataba de algo personal. Nelson la describió como tensa y agotada. Se identificó como Marie Webb y dijo que tal vez su marido hubiese ido al consulado buscándola. Dijo a Nelson que, si podía enterarse, ella le llamaría.

—Eso no es lo que dijo antes —protestó McAllister—. Se estaba refiriendo claramente a lo que les ocurrió en París, y eso significa acudir a un funcionario de su gobierno, de su país, Canadá.

—¿Por qué persiste? —preguntó Havilland—. No es una crítica; sólo quiero saber por qué.

—No estoy seguro. Algo no anda bien. Entre otras cosas, el Mayor comprobó que

había estado en el consulado canadiense.

—¿Cómo?

El embajador miró al hombre de la Rama Especial.

—Lo confirmó la recepcionista. La descripción era suficientemente parecida, sobre todo para alguien entrenado por un camaleón. Contó que había prometido a su familia ir a visitar a una prima lejana cuyo apellido había olvidado. La recepcionista le dio una guía y estuvo mirándola.

—Encontró a alguien conocido —le interrumpió el subsecretario de Estado— y entró en contacto.

—Entonces ahí tiene su respuesta —dijo Havilland—. Supo que su marido no había ido a una calle con una fila de arcos, de modo que eligió lo más parecido. El consulado norteamericano.

—¿Y se identifica cuando tiene que saber que están buscándola por todo Hong Kong?

—Dar un nombre falso no le hubiera servido de nada —replicó el embajador.

—Los dos hablan francés. Pudo haber utilizado una palabra francesa, *toile*, por ejemplo. Significa lo mismo que *web*.

—Sé lo que significa, pero creo que es extremar las cosas.

—Su marido hubiese comprendido aunque emplease algo menos obvio.

—Señor embajador —interrumpió Lin Wenzu, apartando lentamente los ojos de McAllister—. Al oír lo que dijo al cónsul general norteamericano de que no debería decir absolutamente nada a nadie, y aunque entiendo muy bien su preocupación por el secreto, supongo que mister Lewis no ha sido puesto al tanto de la situación.

—Efectivamente, mayor.

—Entonces, ¿por qué le ha llamado? Aquí en Hong Kong la gente se pierde con frecuencia. Un marido o una esposa perdidos no es algo tan raro.

Por un momento el semblante de Havilland se crispó con la desconfianza en sí mismo.

—Jonathan Lewis y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo —dijo, en un tono falto de la acostumbrada autoridad—. Puede tener algo de *bon vivant* pero no es ningún tonto; si lo fuese no estaría aquí; y las circunstancias en las que esa mujer paró a su agregado... Bueno, Lewis me conoce y sacó ciertas conclusiones. —El diplomático se volvió a McAllister, y cuando continuó fue recuperando gradualmente su autoridad—. Vuelva a llamar a Lewis, Edward. Díglele que dé instrucciones a ese Nelson para que espere una llamada suya. Preferiría un método menos directo, pero no hay tiempo. Quiero que lo interrogue, que le pregunte sobre todo cuanto se le

ocurra. Estaré escuchando por el teléfono de su despacho.

—Entonces está de acuerdo —dijo el subsecretario—. Hay algo raro.

—Sí —dijo Havilland, mirando a Lin—. El mayor se dio cuenta y yo no. Yo lo diría de un modo un poco diferente, pero en esencia se trata de lo mismo. La cuestión no es por qué me llamó Lewis, sino por qué ese agregado acudió a él. Al fin y al cabo, se trata de una mujer muy agitada que dice que su marido ha desaparecido, pero no quiere ir a la policía ni entrar en el consulado. Normalmente, a una persona así se la toma por chiflada, y desde luego, a primera vista, no es un asunto para ir con él al muy ocupado cónsul general. Llame a Lewis.

—En seguida. Pero antes, ¿fueron bien las cosas con el alto comisario canadiense? ¿Va a cooperar?

—La respuesta a su primera pregunta es no, las cosas no fueron bien. En cuanto a la segunda, no tiene elección.

—No entiendo.

Havilland resopló, lleno de cansada irritación.

—A través de Ottawa va a proporcionarnos a regañadientes una lista de todos los miembros de su personal que hayan tenido cualquier clase de tratos con Marie St. Jacques. Ésa es la cooperación que le han ordenado que preste, pero le ha sentado tremendamente mal. Para empezar, él mismo asistió a un seminario de dos días con ella hace cuatro años, y supone que probablemente la cuarta parte del consulado ha hecho otro tanto. No es que ella vaya a recordarlos, pero desde luego ellos a ella sí. Era «extraordinaria», así me lo dijo. Es además una canadiense a la que estropeó por completo un grupo de cretinos norteamericanos, figúrense que no tuvo escrúpulos en utilizar la palabra, en una especie de operación negra de auténticos locos; sí, ésa fue la frase que utilizó, una operación de lo más idiota montada por esos mismos cretinos, lo repitió, y que nunca ha sido satisfactoriamente explicada. —El embajador se detuvo y sonrió brevemente, mientras tosía una corta risa—. Fue todo muy reconfortante. No se anduvo con el menor rodeo, y no me habían hablado así desde que murió mi querida esposa. Necesito más.

—Pero usted le explicaría que era por su bien, que teníamos que encontrarla antes de que alguien le hiciese daño.

—Tuve la clara impresión de que nuestro amigo canadiense albergaba serias dudas sobre mis facultades mentales. Llame a Lewis; Dios sabe cuándo conseguiremos esa lista. Nuestra hoja de arce hará probablemente que la manden por tren de Ottawa a Vancouver, y después en un carguero a Hong Kong, donde se perderá en la estafeta de correos. Entretanto, tenemos un agregado que se comporta de un modo raro. Salta las

cercas cuando podría entrar por la puerta.

—Conozco a John Nelson —dijo Lin—. Es un muchacho inteligente y habla bien el chino. Es muy popular entre la gente del consulado.

—Es también algo más, mayor.

Nelson colgó el teléfono y se secó con el dorso de la mano las gotas de sudor que le habían brotado en la frente, satisfecho de haberse manejado tan bien, todo considerado. Le complacía especialmente haber vuelto el filo de las preguntas de McAllister contra quien las hacía, aunque muy diplomáticamente.

¿Por qué se sintió obligado a ir al cónsul general?

Creo que la mejor respuesta es su llamada, mister McAllister. Yo notaba que había ocurrido algo fuera de lo común y pensé que habría que decirselo al cónsul.

Pero la mujer se negó a ir a la policía, e incluso a entrar en el consulado.

Como ya le dije, era algo fuera de lo común. Estaba nerviosa y tensa, pero no como un flan.

¿Como un qué?

Estaba perfectamente lúcida, incluso se podría decir que controlada, a pesar de su ansiedad.

Comprendo.

Me pregunto si comprende. No tengo la menor idea de lo que le dijo el cónsul general, pero yo le sugerí que con lo de la casa de Victoria Peak, los marines y después la llegada del embajador Havilland, quizá le convendría pensar en llamar a alguien de allá arriba.

¿Usted sugirió eso?

Sí.

¿Por qué?

No creo que me sirviera de nada especular sobre tales materias, mister McAllister. No me conciernen.

Sí, claro, tiene razón. Quiero decir... Sí, está bien. Pero hemos de encontrar a esa mujer, mister Nelson. Me han dado instrucciones de decirle que si puede ayudarnos eso podría resultarle muy beneficioso.

Deseo ayudar en cualquier caso. Si esa mujer se pone en contacto conmigo, trataré de concertar una cita en cualquier sitio y le llamaré. Sabía que acertaba al hacer lo que hice, al decir lo que dije.

Esperaremos su llamada.

Iban detrás de Catherine, pensó John Nelson; ¡vaya si había conexión! Una conexión tal que no se atrevía a usar el teléfono de su consulado para hablar con

Staples. Pero cuando hablase iba a hacerle algunas preguntas muy duras. Tenía confianza en Catherine, pero a pesar de las fotos y sus consecuencias él no estaba en venta. Se levantó de su escritorio y se dirigió a la puerta del despacho. Una cita con el dentista súbitamente recordada bastaría. Mientras iba por el pasillo hacia recepción, sus pensamientos volvieron a Catherine Staples. Catherine era una de las personas más fuertes que había conocido, pero la mirada que había en sus ojos la noche anterior no denotaba fuerza, sino una especie de temor desesperado. Era una Catherine que él no había visto nunca.

—Desvió las preguntas para sus propios fines —dijo Havilland, entrando seguido por el inmenso Lin Wenzu—. ¿Está usted de acuerdo, mayor?

—Sí, y eso significa que las esperaba. Estaba preparado para ellas.

—¡Lo que quiere decir que alguien lo preparó!

—No deberíamos haberle llamado —dijo McAllister, sentándose detrás de la mesa con sus dedos nerviosos masajeando una vez más su sien derecha—. Casi todas las cosas que sacó a colación tenían por objeto provocar una respuesta mía.

—Teníamos que llamarlo —insistió Havilland— aunque sólo fuese para enterarnos de eso.

—Mantuvo el dominio de sí mismo. Yo lo perdí.

—Usted no podía comportarse de otro modo, Edward —dijo Lin—. Reaccionar de otra manera hubiera sido poner en duda sus motivos, lo que equivaldría a amenazarlo.

—Y por el momento no queremos que se sienta amenazado —asintió Havilland—. Está consiguiendo información para alguien, y tenemos que descubrir para quién.

—Eso significa que la mujer de Webb se puso efectivamente en comunicación con alguien conocido y se lo contó todo.

McAllister se echó hacia adelante, con los codos sobre la mesa y las manos cruzadas.

—Después de todo, tenía usted razón —dijo el embajador, mirando desde lo alto al subsecretario de Estado—. Una calle con sus árboles favoritos. París. La inevitable repetición. Está muy claro. Nelson trabaja para alguien del consulado de Canadá, y quienquiera que sea está en contacto con la mujer de Webb.

McAllister levantó la mirada.

—Entonces Nelson es o un condenado loco o un loco aún mayor. Él mismo ha admitido que sabe, o al menos supone, que está tratando con información altamente sensible en la que se halla implicado un consejero presidencial. Aparte el despido, podría ir a la cárcel por conspirar contra el gobierno.

—No es un loco, puedo asegurárselo —dijo Lin.

—Pues o alguien le está obligando a hacer esto contra su voluntad, chantaje, y es lo más probable, o le pagan para descubrir si hay alguna relación entre Marie St. Jacques y esa casa de Victoria Peak. No puede ser ninguna otra cosa.

Con el ceño fruncido, Havilland se sentó en el sillón que había frente a la mesa.

—Denme un día —continuó el mayor del MI-Seis—. Tal vez yo pueda descubrirlo. Y si puedo, daremos con quienquiera que sea el del consulado.

—No —dijo el diplomático experto en operaciones encubiertas—. Tiene sólo hasta las ocho de esta noche. No podemos permitirnoslo, pero si es posible evitar una confrontación y cualquier posible fuga, debemos intentarlo. El secreto lo es todo. Inténtelo, Lin, por Dios, *inténtelo*.

—¿Y después de las ocho, señor embajador? ¿Después qué?

—Después, mayor, detendremos a nuestro inteligente y evasivo agregado y le haremos cantar. Preferiría con mucho utilizarlo sin que él lo supiese, sin arriesgarnos a que cunda la alarma, pero la mujer es lo primero. Las ocho, mayor Lin.

—Haré cuanto pueda.

—Y si estamos equivocados —continuó Havilland, como si no hubiese oído a Lin Wenzu—, si a ese Nelson lo han utilizado como *ciego* y no sabe nada, quiero que se salten todas las normas. No me importa cómo lo hacen o cuánto cuesta en sobornos o en la basura que tengan que emplear para conseguirlo. Quiero cámaras, teléfonos intervenidos, vigilancia electrónica, todo lo que tengan sobre cada persona de ese consulado. Alguien de allí sabe dónde está la mujer. Alguien de allí está ocultándola.

—Catherine, soy John —dijo Nelson por el teléfono público de Albert Road.

—Qué bien que hayas llamado —respondió rápidamente Staples—. Ha sido una tarde de prueba, pero ya nos tomaremos unas copas uno de estos días. Será tan bueno verte después de todos estos meses, y podrás hablarme de Camberra. Pero dime una cosa: ¿tenía razón en lo que te dije?

—Tengo que verte, Catherine.

—¿No me vas a dar ni una pista?

—Tengo que verte. ¿Estás libre?

—Tengo una reunión dentro de cuarenta y cinco minutos.

—Entonces más tarde, hacia las cinco. Hay un sitio llamado The Monkey Tree en el Wanchai, en Gloucester...

—Lo conozco. Allí estaré.

John Nelson colgó. No había nada más que hacer, sólo volver al despacho. No podía estar fuera tres horas después de su conversación con el subsecretario de Estado Edward McAllister; las apariencias prohibían una ausencia así. Había oído hablar de

McAllister; el subsecretario había pasado siete años en Hong Kong y se había marchado sólo unos meses antes de llegar él. ¿Por qué había vuelto? ¿Por qué había una casa franca en Victoria Peak con el embajador Havilland como huésped permanente? Y sobre todo, ¿por qué estaba Catherine Staples tan asustada? Debía la vida a Catherine, pero necesitaba unas cuantas respuestas. Había que tomar una decisión.

Lin Wenzu casi había agotado ya sus fuentes. Sólo una le dio una pausa para pensar. Como de costumbre, el inspector Ian Ballantyne respondió a sus preguntas con otras, en vez de dar respuestas concisas. Era para volverse loco, porque uno nunca sabía si el tan alabado transferido de Scotland Yard sabía o no algo acerca de un determinado sujeto, en este caso un agregado norteamericano llamado John Nelson.

—Me encontré con ese chaval varias veces —había dicho Ballantyne—. Es de los listos. Habla su jerga, ¿lo sabía?

—¿Mi «jerga», inspector?

—Bueno, muy pocos de nosotros la hablábamos, ni siquiera durante las guerras del opio. Un período interesante de la historia, ¿no le parece, mayor?

—¿Las guerras del opio? Yo hablaba del agregado, de John Nelson.

—Ah, ¿es que hay alguna relación?

—¿Con qué, inspector?

—Con las guerras del opio.

—Si la hay, ese hombre tiene 150 años, y su expediente dice 32.

—¿De veras? ¿Tan joven es?

Pero Ballantyne había hecho demasiadas pausas para que Lin pudiese estar satisfecho. No obstante, si el viejo sabía algo no iba a revelarlo. Todos los demás, desde la policía de Hong Kong y Kowloon hasta los «especialistas» que trabajaban en el consulado norteamericano reuniendo información por dinero, daban a Nelson una patente tan limpia como podía pedir el más exigente. Si Nelson tenía un lado vulnerable, era su amplia y no demasiado discriminada búsqueda de sexo, pero, dado que era heterosexual y estaba soltero, eso resultaba más digno de aplauso que de condena. Uno de los «especialistas» dijo a Lin que había oído que le habían aconsejado hacerse reconocimientos médicos con más regularidad. No es ningún crimen; el agregado es un jodón. Invítalo a cenar.

Sonó el teléfono, y Lin se apresuró a cogerlo.

—¿Sí?

—Nuestro sujeto fue andando al Peak Tram y tomó un taxi hasta el Wanchai. Está en un café llamado The Monkey Tree. Estoy con él. Puedo verlo.

—Eso está a trasmano y muy concurrido —dijo el mayor—. ¿Se ha encontrado con alguien?

—No, pero pidió una mesa para dos.

—Estaré ahí tan pronto como pueda. Si tiene que marcharse, contactaré con usted por radio. ¿Conduce el Vehículo Siete, no?

—Vehículo Siete, señor... ¡*Un momento!* Va una mujer hacia su mesa. El se levanta.

—¿La reconoce?

—Esto está demasiado oscuro. No.

—Pague al camarero. Entorpezca el servicio. Pero que no se note, sólo durante unos minutos. Utilizaré nuestra ambulancia e iremos con la sirena casi hasta ahí.

—Catherine, te debo tanto, y quiero ayudarte de todos los modos que pueda, pero tengo que saber más de lo que me has dicho.

—Hay relación, ¿no es cierto? Havilland y Marie St. Jacques.

—No confirmaré eso; no puedo confirmarlo porque no he hablado con Havilland. Pero sí hablé con otro hombre, alguien del que he oído muchas cosas y que estuvo destinado aquí, todo un cerebro, y parecía tan desesperado como tú anoche.

—¿Te pareció eso anoche? —dijo Staples, alisando su pelo entrecano—. No me di cuenta.

—Eh, vamos. Tal vez no en lo que decías, pero sí en el modo en que hablabas. Me recordabas a mí cuando me diste las fotos. Créeme, puedo comprenderte.

—Créeme a mí, Johnny. Tal vez estemos tratando con algo a lo que no debiéramos acercarnos ninguno de los dos, algo de muy arriba, de las nubes, y de lo que no sabemos, no sé, lo suficiente para tomar una decisión acertada.

—Yo tengo que tomarla, Catherine. —Nelson levantó la vista buscando al camarero—. ¿Dónde están esas bebidas?

—No tengo sed.

—Yo sí. Te lo debo todo y te aprecio y sé que no usarías esas fotos contra mí, lo que sólo sirve para hacerlo aún peor...

—Te di todo lo que había y quemamos los negativos.

—Entonces mi deuda es *real*, ¿no te das cuenta? Jesús, si el chaval tenía, ¿qué, doce años?

—Tú no lo sabías. Os drogaron.

—Mi pasaporte para el olvido. Y en mi porvenir, en vez de la Secretaría de Estado, la de la redacción de alguna editorial de pornografía infantil. ¡Menudo viaje!

—Eso ya pasó y estás poniéndote melodramático. Sólo quiero que me digas si hay

alguna relación entre Havilland y Marie St. Jacques. Después yo sabré qué hacer. ¿Por qué es tan difícil?

—Porque si lo hago tengo que decir a Havilland que te lo he dicho.

—Entonces dame una hora.

—¿Por qué?

—Tengo varias fotos en mi caja fuerte del consulado —mintió Catherine Staples.

Nelson se echó atrás en su silla, pasmado.

—Dios mío... ¡No lo creo!

—Trata de comprender, Johnny, todos jugamos duro de vez en cuando porque así conviene a nuestros jefes, a nuestros países, si lo prefieres. Marie St. Jacques era amiga mía, es amiga mía, y su vida les pareció una minucia a los vanidosos que dirigen una operación encubierta a la que le importaban un rábano ella y su marido. ¡Usaron a los dos y trataron de matarlos! Déjame decirte algo, Johnny. Detesto vuestra Agencia Central de Inteligencia y las que vuestro departamento de Estado llama pomposamente Operaciones Consulares. No es que sean unos bastardos, es que son unos bastardos tan estúpidos... Y si sospecho que está siendo montada una operación utilizando de nuevo a esas dos personas que tanto han tenido que pasar, intento descubrir por qué y obrar en consecuencia. Pero no más cheques en blanco con sus vidas. Tengo experiencia y ellos no, y estoy lo bastante enfadada, no, lo bastante furiosa, para exigir respuestas.

—Caramba...

Llegó el camarero con las bebidas, y mientras Staples levantaba la vista para agradecerse su mirada fue hacia un hombre que estaba junto a una cabina telefónica en el concurrido pasillo exterior, observándolos. Catherine miró hacia otro lado.

—¿Qué va a ser, Johnny? —continuó—. ¿Confirmas o niegas?

—Confirmado —susurró Nelson, cogiendo su vaso.

—¿La casa de Victoria Peak?

—Sí.

—¿Quién era el hombre con el que hablaste, el que había estado destinado aquí?

—McAllister. El subsecretario de Estado McAllister.

—¡Dios mío!

Había excesivo movimiento en aquel pasillo. Catherine se protegió los ojos y volvió un poco la cabeza, lo que aumentó su visión periférica. Entró un tipo corpulento y fue hacia el teléfono de la Pared. Sólo había un hombre como él en todo Hong Kong. ¡Era Lin Wenzu, del MI-Seis, Rama Especial! Los norteamericanos habían reclutado lo mejor, que podía ser lo peor para Marie y su marido.

—No has hecho nada malo, Johnny —dijo Staples, levantándose—. Después hablaremos; ahora voy al tocador.

—¿Catherine?

—¿Qué?

—¿Juego duro?

—Muy duro, querido.

Staples pasó frente a Wenzu que trataba de encogerse y que miró hacia otro lado. Fue al tocador, esperó unos segundos, salió con otras dos mujeres, se separó de ellas y continuó pasillo abajo hasta entrar en la cocina del Monkey Tree. Sin decir palabra a los sorprendidos camareros y cocineros, buscó la salida. Corrió por el callejón hasta Gloucester Road y allí giró a la izquierda y apresuró el paso hasta encontrar una cabina telefónica. Metió una moneda y marcó.

—¿Diga?

—¡Marie, sal del piso! Tengo el coche en un garaje que está a una manzana a la derecha según sales. Se llama Ming's; tiene un letrero rojo. ¡Vete allí lo más rápidamente que puedas! Me reuniré contigo. ¡Date prisa!

Catherine Staples paró un taxi.

—La mujer se llama Staples, Catherine Staples —dijo Lin Wenzu por el teléfono de la pared del pasillo del Monkey Tree, levantando la voz para ser oído a pesar del alboroto—. Mete el disco del consulado y búscala en la computadora. ¡Date prisa! ¡Quiero su dirección, y asegúrate bien de que es la actual! —Los músculos de la mandíbula del mayor trabajaban furiosamente mientras aguardaba, escuchando. Cuando le llegó la respuesta, dio otra orden—. Si está en la zona alguno de los vehículos de nuestro equipo, dile por radio que venga aquí. Si no, manda uno inmediatamente. —Lin hizo una pausa, escuchando de nuevo—. La mujer norteamericana —dijo en voz más baja—. Tienen que esperarla, y si aparece, rodearla y hacerse con ella. Estamos en camino.

—¡Vehículo Cinco, responda! —repitió el radiotelefonista por el micrófono, con la mano en una clavija del ángulo inferior derecho de la consola que tenía enfrente. La habitación era blanca y sin ventanas, el runrún del aire acondicionado suave pero constante, y el zumbido del sistema de filtración aún más discreto. En tres de las paredes había modernos equipos de radio y computadora, sobre immaculados mostradores blancos de la fórmica más suave. La habitación tenía algo de antiséptica; había dureza por todas partes. Podría haber sido el laboratorio de electrónica de un centro médico bien dotado, pero en realidad se trataba del centro de comunicaciones del MI-Seis, Rama Especial, en Hong Kong.

—¡Vehículo Cinco al habla! —gritó una voz jadeante por el altavoz—. Recibí tu señal, pero estaba a una calle de aquí vigilando a los tailandeses. Teníamos razón. Drogas.

—¡Usa el *scrambler*! —ordenó el radiotelefonista, accionando la clavija. Hubo un ruido sibilante que se detuvo tan bruscamente como había empezado—. Olvida a los tailandeses —continuó—. Eres el más cercano. Vete a Arbuthnot Road; el camino más rápido es la entrada del Jardín Botánico. —Dio la dirección de la casa de Catherine Staples y terminó con una última orden—. La mujer norteamericana. Esperarla y detenerla.

—*Aiya* —susurró jadeante el agente de la Rama Especial.

Marie trató de no dejarse ganar por el pánico, imponiéndose un dominio de sí misma que no sentía. La situación era grotesca, pero a la vez mortalmente seria. Llevaba un vestido de Catherine que le sentaba mal, tras haber tomado un largo baño caliente y, lo que era peor, haber lavado su ropa en el fregadero de Staples. Ahora estaba colgada en las sillas de plástico de la pequeña terraza de Catherine y todavía mojada. Le había parecido tan natural, tan lógico, quitar a fuerza de agua el calor y la suciedad de Hong Kong de su cuerpo y de aquellas prendas extrañas... Además las sandalias baratas le habían hecho ampollas en las plantas de los pies. Había reventado una, la de peor aspecto, con una aguja y ahora le costaba trabajo andar. Pero no se atrevía a andar; tenía que correr.

¿Qué había pasado? Catherine no era el tipo de persona que da órdenes perentorias. Tampoco ella, y mucho menos con David. Las personas como Catherine evitaban el tono imperativo porque sólo sirve para aturullar a una víctima, y eso era ahora su amiga Marie St. Jacques; no en el grado que el pobre David, pero víctima. ¡*Muévete*! ¿Cuántas veces había dicho eso Jason en Zurich y en París? Tantas que Marie aún se ponía en tensión al oírlo.

Se vistió, con la ropa mojada pegada al cuerpo, y buscó en el armario de Staples unas zapatillas. Eran incómodas, pero más suaves que las sandalias. Podía correr; tenía que correr.

¡Su pelo! ¡Dios mío, el pelo! Corrió al cuarto de baño, donde Catherine tenía un cacharro de porcelana lleno de horquillas y pasadores. En pocos segundos se sujetó el pelo en lo alto de la cabeza, volvió rápidamente al pequeño cuarto de estar, encontró su absurdo sombrero y se lo encasquetó.

La espera por el ascensor fue interminable. Según los números iluminados que había sobre las puertas, ambos ascensores se movían con lentitud desesperante entre las plantas una, tres y siete, y no se aventuraban nunca por encima de la nueve.

Vecinos que salían a pasar fuera la velada habían programado a los monstruos verticales.

Evita los ascensores siempre que puedas. Son trampas. Jason Bourne. Zurich.

Marie miró a uno y otro lado del pasillo. Vio la puerta de la escalera de la salida de incendios y corrió hacia ella.

Llegó sin aliento al corto vestíbulo y se arregló lo mejor que pudo para desviar las miradas de los cinco o seis inquilinos que en ese momento lo cruzaban. No los contó; apenas podía ver. ¡Tenía que salir!

Mi coche está en un garaje, a una manzana a la derecha según sales. Se llama Ming's.

¿Era a la derecha o a la izquierda? Ya en la acera, dudó. ¿Derecha o izquierda? «Derecha» significaba tantas cosas... En cambio «izquierda» era más concreto. Trató de pensar. ¿Qué había dicho Catherine? ¡Derecha! Tenía que ir a la derecha. Fue lo primero que le vino a la cabeza; tenía que confiar en ello.

Las primeras reflexiones son las mejores, las más certeras porque las impresiones están almacenadas en la cabeza como la información en un banco de datos. Eso es tu cabeza. Jason Bourne. París.

Echó a correr. Perdió la zapatilla izquierda, y cuando se detuvo y se agachó para recuperarla apareció de pronto un coche frente a las puertas del Jardín Botánico, al otro lado de la ancha calle, y, como un misil de esos que buscan el calor, giró a la izquierda y se lanzó hacia ella. Describió un semicírculo, entre chirridos de cubiertas, y un hombre se apeó de un salto y corrió hacia Marie.

Capítulo 18

No había nada más que hacer. Estaba acorralada, atrapada. Marie gritó, y volvió a gritar una y otra vez mientras el agente chino se acercaba, y su histeria aumentó cuando el hombre la agarró, cortés pero firmemente, del brazo. Lo reconoció. ¡Era uno de ellos, uno de los burócratas! Los gritos de Marie iban en crescendo. La gente se paraba y se volvía. Las mujeres abrían la boca, sobresaltadas; hombres vacilantes avanzaban unos pasos, otros miraban frenéticamente a su alrededor buscando un policía, y algunos los llamaban a voces.

—¡Por favor, señora! —exclamó el oriental, tratando de dominar su voz—. Nadie va hacerle ningún daño. Permítame acompañarla hasta mi vehículo. Es por su propia protección.

—¡Ayúdenme! —gritó Marie mientras los asombrados paseantes del atardecer eran ya multitud—. ¡Es un ladrón! ¡Me ha robado el bolso, el dinero! ¡Quiere quitarme las joyas!

—¡Eh, tú! —exclamó un inglés ya maduro, que se adelantó cojeando y esgrimiendo su bastón—. He mandado a un chico a avisar a la policía, pero hasta que lleguen, ¡te juro que voy a darte una paliza!

—Por favor, señor —dijo el hombre de la Rama Especial—. Este es un asunto de las autoridades, y yo pertenezco a ellas. Permítame mostrarle mi documentación.

—Tranquilo, amigo —rugió una voz con acento australiano mientras un hombre se acercaba, empujaba suavemente al británico a un lado y bajaba el bastón—. ¡Es usted un valiente, abuelo, pero no se preocupe! Esta clase de tipos necesitan a alguien más joven. —El fornido australiano se plantó frente al agente chino—. ¡Quite sus manos de la señora, granuja! Y yo en su lugar lo haría más deprisa.

—Por favor, señor, hay un malentendido. La señora está en peligro y las autoridades la buscan para interrogarla.

—¡No veo su uniforme!

—Permítame enseñarle mis credenciales.

—Eso es lo que dijo hace una hora, cuando me asaltó en Garden Road! —gritó histéricamente Marie—. ¡Entonces la gente trató de ayudarme, pero les mintió y después me robó el bolso! ¡Ha estado siguiéndome!

Marie sabía que nada de lo que gritaba tenía sentido. Su única esperanza era la confusión, algo que Jason le había enseñado a utilizar.

—¡No voy a repetírtelo, amigo! —chilló el australiano, avanzando—. ¡Quita tus malditas manos de la señora!

—Por favor, señor. No puedo hacerlo. Hay otros agentes en camino.

—¿De veras? Vosotros los granujas viajáis en bandas, ¿no es cierto? ¡Bien, pues te van a ver hecho una lástima cuando lleguen!

El australiano agarró al oriental por el hombro, haciéndolo girar hacia su izquierda. Pero mientras el hombre de la Rama Especial giraba, su pie derecho —la puntera de su zapato, extendida como la punta de un cuchillo— fue a clavarse en el abdomen del australiano. El buen samaritano de las antípodas se dobló y cayó de rodillas.

—¡Le ruego una vez más que no se entrometa, señor!

—No me digas. ¡Hijo de perra de ojos torcidos!

El australiano se levantó furioso y se lanzó contra el oriental, tratando de alcanzar con sus puños al hombre de la Rama Especial. La multitud rugió, aprobándolo; su voz colectiva llenó la calle ¡y Marie sintió su brazo libre! Nuevos ruidos se unieron a la *melêe*, sirenas, seguidas por tres raudos automóviles, entre ellos una ambulancia. Los tres giraron repentinamente y se detuvieron entre chirridos de cubiertas.

Marie se precipitó por entre la gente, alcanzó la acera y echó a correr hacia el letrero rojo que veía media manzana más allá. Había perdido las zapatillas y las ampollas quemaban y enviaban dardos dolorosos a sus piernas. Pero no podía permitirse pensar en el dolor. Tenía que correr, correr, ¡escapar! Después la voz de trueno se encrespó entre los ruidos de la calle, y vio a un hombrón que gritaba. Era aquel chino enorme al que llamaban mayor.

—¡Mrs. Webb! ¡Mrs. Webb, se lo ruego, deténgase! ¡No queremos hacerle ningún daño! ¡Se lo explicarán todo! ¡Por Dios, deténgase!

Explicárselo todo, pensó Marie. ¡Contarle mentiras y más mentiras! De repente vio que la gente corría hacia ella. ¿Qué hacían? ¿Por qué...? Pasaron corriendo a su lado, hombres la mayoría, pero no todos, y comprendió. Había pánico en la calle; tal vez un accidente, heridos, muertos... ¡Vamos a ver! ¡Observemos! Desde lejos, claro está.

Las oportunidades se presentarán solas. Reconócelas y aprovéchalas.

Marie dio media vuelta, se agachó y, manteniendo el cuerpo lo más bajo posible, regresó corriendo por entre la gente a donde había estado tan cerca de volver a ser capturada. Observaba, esperaba. ¡Y lo vio entre los cuerpos que corrían! El enorme mayor pasó en dirección contraria. Iba con él otro hombre bien vestido, otro burócrata.

La multitud era cauta, como lo es siempre ante lo macabro, y avanzaba poco a poco, pero no tanto como para verse implicada. Lo que vieron no era halagador para los curiosos chinos ni para quienes profesaban una veneración mística por las artes

marciales de Oriente. El ágil y fornido australiano, mientras hacía gala de un lenguaje magníficamente obsceno, había lanzado ya a tres asaltantes fuera de su ring personal. De pronto, entre el asombro general, levantó a uno de sus adversarios caídos y rugió con tanta fuerza como el enorme mayor.

—¡Por Dios! ¿Quieren dejar ya de hacer el loco? Ustedes no son delincuentes. ¡Incluso yo puedo darme cuenta! ¡Esto es una tomadura de pelo!

Marie cruzó la ancha calle hasta la entrada del Jardín Botánico y se detuvo bajo un árbol cercano a las puertas, desde el que se veía el Ming's Parking Palace. El mayor había cruzado por delante del garaje, deteniéndose en varios callejones que daban a Arbuchnot Road para enviar a sus subordinados a reconocerlos, mientras no dejaba de mirar si llegaban sus fuerzas de apoyo. La verdad es que éstas no estaban para nada; Marie no lo vio por sí misma cuando se dispersó la gente. Los tres orientales jadeaban apoyados en la ambulancia, tras haberlos llevado hasta allí el australiano.

Se detuvo un taxi delante de Ming's. Al principio no se apeó nadie, pero después apareció el taxista. Entró en el garaje y habló con alguien que había en una cabina de cristal. Se inclinó dando las gracias, volvió al taxi y habló con su viajero. Éste abrió cautelosamente la puerta y pisó el bordillo. ¡Era Catherine! También ella cruzó la ancha puerta, mucho más rápidamente que el taxista, habló con el de la cabina de cristal y después sacudió la cabeza, como si lo que le habían dicho la contrariase.

De repente apareció Wenzu. Volvía sobre sus pasos, evidentemente furioso porque los hombres que debían seguirle no habían aparecido. Estaba a punto de llegar al garaje. ¡Vería a Catherine!

—¡Carlos! —gritó Marie, puesta ya en lo peor y sabiendo que aquello sería suficiente para su amiga—. ¡*Delta*!

El mayor giró en redondo, con ojos de sorpresa. Marie corrió hacia el Jardín Botánico. ¡*Era la clave! ¡Caín es Delta y Carlos será muerto por Caín, o como fuesen las claves que habían hecho correr por todo París! ¡Estaban utilizando otra vez a David! ¡Ya no era una probabilidad, sino algo real! ¡Ellos —el gobierno de Estados Unidos— estaban enviando a su marido a desempeñar el papel que había estado a punto de acabar con él, muerto por su propia gente! ¿Qué clase de bastardos eran, o, a la inversa, qué clase de fines justificaban los medios supuestamente cuerds que utilizaban esos hombres?*

¡Ahora más que nunca tenía que encontrar a David, que dar con él antes de que corriese unos riesgos que deberían correr otros! Había dado tanto, y ahora le pedían más, le exigían más del modo más cruel posible. Pero para encontrarlo tenía que reunirse con Catherine, que estaba a sólo unas cien yardas de allí; tenía que dar

esquinazo al enemigo y volver al otro lado de la calle sin que la viesan. Jason, ¿qué puedo hacer?

Se escondió detrás de un grupo de arbustos, en el que se internó poco a poco mientras el mayor atravesaba a la carrera las puertas del jardín. El enorme oriental se detuvo y miró a su alrededor con sus ojos sagaces, penetrantes, y después se volvió y gritó a un subordinado, que al parecer había salido de una de las bocacalles de Arbuthnot Road. El segundo hombre tenía dificultades para cruzar la calle; el tráfico se había hecho más denso y más lento, debido a que la ambulancia y los otros dos vehículos bloqueaban su discurrir normal cerca de la entrada al Jardín Botánico. De pronto el mayor se puso furioso al comprender las razones del aumento del tráfico.

—¡Que esos estúpidos quiten los coches! —rugió—. Y mándelos aquí... ¡No! Envíe uno a la puerta de Albany Road. ¡Los demás que vuelvan aquí! ¡Deprisa!

Los paseantes del anochecer iban haciéndose más numerosos. Los hombres se aflojaban la corbata que habían llevado todo el día en la oficina y las mujeres metían los zapatos de altos tacones en sus bolsas y los sustituían por sandalias. Los maridos se reunían con esposas que llevaban cochecitos de niño, y los enamorados se besaban y paseaban del brazo por entre los macizos de flores exuberantes. Se oían por el jardín las risas de los niños que jugaban, y el mayor seguía en su sitio, junto a la puerta de entrada. Marie tragaba saliva mientras sentía crecer su pánico. Ya habían quitado la ambulancia y los dos automóviles y el tráfico empezaba a fluir normalmente.

¡Un accidente! Cerca de la ambulancia un conductor impaciente había dado un golpe al coche que iba delante. El mayor no pudo contenerse: la proximidad del accidente, tan cerca de su vehículo oficial, le obligó a acercarse, sin duda para comprobar si estaban implicados sus hombres. *Las oportunidades se presentarán solas... Aprovéchalas.* ¡Ahora!

Marie contorneó el extremo de los arbustos y cruzó a toda prisa el césped para unirse a un grupo de cuatro personas en el camino de gravilla que conducía a la salida del jardín. Miró a su derecha, asustada por lo que podría ver pero sabiendo que necesitaba verlo, y sus ideas más pesimistas se confirmaron: el corpulento mayor había notado, o visto, la figura de una mujer corriendo a su espalda. Se detuvo un momento, inseguro, y se dirigió a grandes zancadas hacia la entrada del Botánico.

Sonó un claxon, cuatro pitidos cortos y rápidos. Era Catherine, que hacía señas por la ventanilla abierta de un pequeño coche japonés a Marie, que llegó corriendo a la calle.

—¡Sube! —gritó Staples.

—¡Me ha visto!

—¡Date prisa!

Marie se acomodó en el asiento delantero mientras Catherine embalaba el motor, salía de la fila y se intercalaba por la brava en el tráfico, cada vez más rápido. Se metió por una bocacalle y fue rápidamente hasta un cruce donde había un letrero con una flecha roja hacia la derecha. *Centro ciudad. Zona comercial.* Staples giró a la derecha.

—¡Catherine! —exclamó Marie—. ¡Me ha visto!

—¡Peor! —dijo Staples—. Vio el coche.

—¡Un Mitsubishi verde de dos puertas! —gritó Wenzu por su radio portátil—. El número de matrícula es AOR-cinco, tres, cinco, cero. El cero podría ser un seis, pero no lo creo. No importa, las tres letras del principio bastarán. ¡Quiero que lo transmitan a todas partes; situación de emergencia utilizando el servicio telefónico de la policía! Conductora y pasajera deben ser retenidas bajo custodia y no debe haber conversaciones con ninguna de las dos. Es un asunto de la Casa del Gobierno y no se darán explicaciones. Ponte a ello. ¡Ahora mismo!

Staples se metió en un aparcamiento de la Ice House Street. Apenas a una manzana de allí se veía la brillante muestra roja de The Mandarín, recién encendida.

—Alquilaremos un coche —dijo Catherine, mientras recogía el ticket del hombre de la cabina—. Conozco a varios empleados del hotel.

—¿Se lo aparcamos? ¿Lo aparca usted?

El sonriente aparcacoches esperaba obviamente lo primero.

—Apárquelo. —Staples sacó del bolso varios dólares de Hong Kong—. Vámonos —dijo, volviéndose a Marie—. Y vete siempre a mi derecha, entre las sombras, cerca de las casas. ¿Qué tal tus pies?

—Prefiero no decirlo.

—Pues no lo digas. Ahora no hay tiempo para ponerle remedio. Aguanta, valiente.

—Deja ya de parecer C. Aubrey Smith disfrazado de mujer.

—¿Quién es ése?

—Olvidalo. Me gustan las viejas películas. Vámonos.

Con Marie cojeando, las dos mujeres fueron calle abajo hasta una entrada lateral de The Mandarín. Subieron la escalinata del hotel y entraron.

—Hay un tocador a la derecha, después de la fila de tiendas —dijo Catherine.

—Veo el letrero.

—Espera allí. Estaré contigo tan pronto como pueda arreglarlo.

—¿Hay un *drugstore*?

—No quiero que andes por ahí. Habrá descripciones tuyas por todas partes.

—Lo comprendo, pero ¿puedes ir tú? Sólo un momento.

—¿La regla?

—No; mis pies. Vaselina, loción para la piel, sandalias... No, sandalias no. Unas gomas, quizá, y agua oxigenada.

—Haré lo que pueda, pero el tiempo...

—Llevamos así un año. Es una pesadilla. ¿Terminará, Catherine?

—Estoy haciendo cuanto puedo. Eres amiga y paisana, querida, y yo una mujer muy enfadada... Y a propósito, ¿cuántas mujeres encontraste en los santos pasillos de la CIA o en su torpe homólogo del Departamento de Estado, Operaciones Consulares?

Marie pestañeó, tratando de recordar.

—En realidad, ninguna.

—¡Entonces, que les den!

—En París había una.

—Siempre la hay, querida. Vete al tocador.

—Un automóvil es un estorbo en Hong Kong —dijo Wenzu, mirando el reloj de pared de su despacho de la sede del MI-Seis, Rama Especial. Marcaba las 6.34—. En consecuencia, debemos suponer que sólo intenta llevar a la mujer de Webb algo más lejos y esconderla y no quiere arriesgarse a que la fichen los taxistas. Nuestro plazo hasta las ocho ya no rige. Ahora lo que importa es darle caza. Debemos interceptarla. ¿Hay algo que no hayamos tenido en cuenta?

—Meter en la cárcel al australiano —sugirió con firmeza el bajo y bien vestido subordinado—. En la Ciudad Amurallada tuvimos bajas, pero lo suyo fue una vergüenza pública. Sabemos dónde para. Podemos echarle el guante.

—¿Bajo qué acusación?

—Obstrucción.

—¿Y con qué fin?

El subordinado se encogió de hombros, furioso.

—La satisfacción, eso es todo.

—Su orgullo nos tiene sin cuidado. Cíñase a la mujer... a las mujeres.

—Desde luego; tiene usted razón.

—De los garajes y las agencias de alquiler de coches de aquí de la isla y de Kowloon se ha ocupado ya la policía, ¿de acuerdo?

—Sí, señor. Pero debo señalar que a esa Staples le sería fácil recurrir a alguno de sus amigos, los canadienses, y tendría un automóvil que no podríamos rastrear.

—Operamos sobre lo que podemos controlar, no sobre lo que no podemos. Además, por lo que ya sabía y lo que me he enterado después sobre la funcionaria del servicio exterior Staples, yo diría que actúa sola, y desde luego sin respaldo oficial. No

implicará a nadie más por el momento.

—¿Cómo puede estar seguro?

Wenzu miró a su subordinado; debería elegir cuidadosamente las palabras.

—Es sólo una conjetura.

—Sus conjeturas tienen fama de ser muy precisas.

—Una opinión exagerada. Mi aliado es el sentido común. —Sonó el teléfono, y la mano del mayor salió disparada—. ¿Sí?

—Policía, Central Cuatro —ronroneó una voz masculina.

—Agradecemos su cooperación, Central Cuatro.

—Un sitio que se llama Ming's Parking Palace ha respondido a nuestra petición de información. El Mitsubishi AOR tiene alquilada allí una plaza por meses, a nombre de Staples; Catherine Staples, una canadiense. El coche salió hace unos treinta y cinco minutos.

—Nos han sido ustedes muy útiles, Central Cuatro —dijo Lin—. Gracias. —Colgó y miró a su ansioso subordinado—. Ahora tenemos tres nuevos datos. El primero, que la petición que hicimos a través de la policía fue efectivamente transmitida. El segundo, que al menos un garaje tomó nota, y el tercero que Mrs. Staples alquila su plaza de garaje por meses.

—Es un comienzo.

—Hay tres agencias de alquiler de coches importantes, y quizás una docena más pequeñas, sin contar los hoteles, que hemos cubierto aparte. Son cifras manejables, pero los garajes no.

—¿Por qué no? Habrá cuando más unos cien. ¿Quién va a construir un garaje en Hong Kong donde caben una docena de tiendas, de negocios? En las centralillas de la policía habrá de veinte a treinta telefonistas. Pueden llamar a todos.

—No es cuestión de número, amigo, sino de la mentalidad de quienes hacen trabajos no envidiables. Los que saben escribir son demasiado perezosos o demasiado hostiles para molestarse en hacerlo, y los que no saben huyen de cualquier relación con la policía.

—Uno de los garajes respondió.

—Un verdadero cantonés. Era el propietario.

—¡Habría que decírselo a la dueña! —dijo el chico del aparcamiento en un chino estridente al que daba los tickets a la puerta del garaje de Ice House Street.

—¿Por qué?

—¡Ya te lo he explicado! ¡Te lo escribí...!

—Porque vayas a la escuela y escribas algo mejor que yo no vengas dándotelas de

jefe.

—¡Tú no sabes escribir! ¡Estabas muerto de miedo! Me llamaste cuando el hombre al teléfono dijo que era una emergencia de la policía. Vosotros los analfabetos siempre huís de la policía. ¡Ese era el coche, el Mitsubishi verde que aparqué en la segunda planta! ¡Si no quieres llamar a la policía, debes llamar a la dueña!

—Hay cosas que no te enseñan en la escuela, so pocapicha.

—Nos enseñan a no ir contra la policía. Trae mala suerte.

—Llamaré a la policía... o mejor tú, para que puedas dártelas de héroe.

—¡Está bien!

—Esas dos mujeres volvieron, y tuve una pequeña charla con la que conducía.

—¿Cómo?

—Creyó que me daba, que nos daba, dos dólares, pero eran once. Uno de los billetes era de diez. Estaba muy nerviosa, muy preocupada. Está asustada. No se preocupaba del dinero.

—¡Dijiste que te había dado dos dólares!

—Pero ahora estoy siendo honrado. ¿Lo sería si no llevase los intereses de los dos en mi corazón?

—¿De qué modo?

—Diré a esa rica y asustada norteamericana, porque hablaba norteamericano, que tú y yo no hemos llamado a la policía por ella. Nos recompensará en el acto y en gordo, pues comprenderá que si no se queda sin coche. Puedes vigilarme desde dentro del garaje, por el otro teléfono. Cuando pague, mando a otro chico a buscar su coche, pero dándole unas señas falsas, y mientras tanto tú llamas a la policía. Vendrán, habremos cumplido con nuestro deber y tendremos un día como pocos en este miserable oficio.

El chico del aparcamiento bizqueó, meneando la cabeza.

—Tienes razón; no nos enseñan esas cosas en la escuela. Y supongo que no tengo elección.

—Sí la tienes —dijo el encargado, sacando un largo cuchillo del cinturón—. Puedes negarte, y te cortaré esa lengua charlatana.

Catherine se acercó a la conserjería, en el vestíbulo de The Mandarin, molesta porque no conocía a ninguno de los dos empleados que estaban detrás del mostrador. Necesitaba que le hiciesen un favor inmediatamente, y en Hong Kong eso suponía tratar con alguien conocido. Después descubrió con alivio al conserje número 1 del turno de noche. Estaba en el centro del vestíbulo tratando de calmar a una huésped excitada. Catherine se fue a la derecha y aguardó, con la esperanza de lograr atraer la

atención de Lee Teng. Había cultivado a Teng, enviándole a numerosos canadienses cuando los problemas de alojamiento parecían insalvables y recompensándole siempre generosamente.

—¿Puedo serle de ayuda, señora? —dijo el joven empleado chino acercándose a Staples.

—Si no le importa, esperaré a mister Teng.

—Mister Teng está muy ocupado, señora, tiene mucho trabajo. ¿Se aloja usted en el The Mandarin?

—Soy residente del territorio y vieja amiga de mister Teng. Siempre que es posible traigo mis asuntos aquí para que recaiga en ustedes el mérito.

—Ahhh... —El empleado respondió en seguida a la condición no turística de Catherine. Se inclinó para hablarle en tono confidencial—. Lee Teng tiene mala suerte esta noche. Esa señora va al gran baile de la Casa del Gobierno, pero su equipaje se ha ido a Bangkok, y debe creer que mister Teng tiene alas bajo la chaqueta y motores a reacción en los sobacos.

—Una idea interesante. ¿La señora acaba de llegar?

—Sí; pero tenía mucho equipaje y no notó que le faltaba la maleta que ahora le falta. Primero echó la culpa a su marido y ahora a Lee Teng.

—¿Dónde está su marido?

—En el bar. Se ofreció a tomar el primer avión para Bangkok, pero su amabilidad sólo consiguió poner todavía más furiosa a su mujer. No saldrá del bar, e irá a la Casa del Gobierno en un estado del que se va a arrepentir por la mañana. Mala suerte. Quizá yo pueda serle de ayuda mientras mister Teng hace cuanto puede para calmarlos a todos.

—Quiero alquilar un coche, y lo necesito tan deprisa como pueda conseguirlo.

—*Aiya*. Son las siete y las casas de alquiler tienen poco trabajo a estas horas. La mayoría están cerradas.

—Estoy segura de que hay excepciones.

—¿Tal vez un coche del hotel con conductor?

—Sólo si no hay disponible otra cosa. Como ya le dije, no me alojo aquí, y, francamente, no soy millonaria.

—¿«Quién de nosotros»? —preguntó enigmáticamente el empleado—. Como dice el buen Libro cristiano... en alguna parte, creo.

—Suená bien —asintió Staples—. Por favor, coja el teléfono y haga cuanto pueda.

El joven metió la mano debajo del mostrador y sacó una lista de agencias de alquiler de coches encuadernada en plástico. Fue hasta un teléfono que había a su

derecha, lo cogió y empezó a marcar. Catherine miró a Lee Teng. Había conseguido llevar a su airada dama hasta la pared, cerca de una palmera enana, en un evidente intento de impedir que alarmase a los demás huéspedes que llenaban el decorado vestíbulo entre saludos y cócteles. Hablaba rápidamente y en voz baja, y, pensó Staples, estaba consiguiendo que ella se aviniese a razones. Por muy legítimas que fuesen sus quejas, pensó Catherine, aquella mujer era una estúpida. Llevaba una estola de chinchilla en el peor clima del mundo para una piel tan delicada. No es que ella, la funcionaria del servicio exterior Staples, hubiese tenido nunca problemas con pieles así. Pudo haberlos tenido si hubiera dejado su condición de FSE y se hubiese quedado con Owen Staples. El muy hijo de perra tenía ahora al menos cuatro bancos en Toronto. No era un mal tipo, realmente, y, para aumentar su sentido de culpabilidad, no había vuelto a casarse. ¡Eso no era justo! Se había encontrado con él hacía tres años, después de su trabajo en Europa, mientras asistía a la conferencia de Toronto, organizada por los británicos.

—Vamos, Owen. Con tu aspecto y tu dinero, y tenías ya ese aspecto antes del dinero, ¿por qué no? Hay un millar de chicas guapas dentro de un radio de cinco manzanas que serían felices echándote el guante.

—Con una vez bastó, Cathy. Me lo enseñaste tú.

—No lo sé, pero me haces sentir tan culpable... Te dejé, Owen, pero no porque no te tuviese cariño.

—¿Cariño?

—Sabes lo que quiero decir.

—Sí, creo que sí. —Owen reía—. Me dejaste por motivos muy fundados, y yo acepté tu marcha sin animosidad por otros que no lo eran menos. Si te hubieses quedado cinco minutos más, creo que te hubiera echado. Había pagado la renta ese mes.

—¡Bastardo!

—En absoluto; ninguno de los dos. Tú tenías tus ambiciones y yo las mías. Simplemente, eran incompatibles.

—Pero eso no explica por qué no has vuelto a casarte.

—Ya te lo dije. Me enseñaste tú, cariño.

—¿Te enseñé qué? ¿Que las ambiciones son siempre incompatibles?

—Llevadas al extremo de las nuestras, sí. ¿Sabes? Aprendí que no estaba interesado de modo permanente en nadie que no tuviese lo que tú llamarías un «impulso» apasionado, que no estuviese dominado por una ambición, pero que tampoco podía vivir con una persona así día tras día. Y con las que no tenían

ambición les faltaba algo a nuestras relaciones, no había en ellas nada permanente.

—Pero ¿qué me dices de la familia? ¿Y de los hijos?

—Tengo dos, por los que siento un gran... cariño. Los quiero mucho, y sus muy ambiciosas madres han sido de lo más amable. Incluso sus maridos posteriores han sido comprensivos. Mientras fueron pequeños, veía a mis hijos constantemente, de modo que en cierto sentido tenía tres familias. Muy civilizado, aunque con frecuencia un verdadero lío.

—¿Tú? ¡El dechado de la comunidad, el banquero entre los banqueros! ¡El hombre que decían que se duchaba con un camisón a lo Dickens! ¡Todo un diácono!

—Lo abandoné cuando me dejaste. Además, por mi parte era simplemente política. Tú en cambio lo practicas a diario.

—Nunca me lo dijiste, Owen.

—Nunca me lo preguntaste, Cathy. Tenías tus ambiciones y yo las mías. Pero te diré lo único que siento, si quieres oírlo.

—Quiero.

—Siento muy de veras que no tuviésemos un hijo. A juzgar por los dos que tengo, hubiera sido maravilloso.

—No seas canalla. Voy a llorar.

—No, por favor; seamos honestos. Ninguno de los dos lamenta nada.

La ensoñación de Catherine se vio súbitamente interrumpida. El empleado volvió del teléfono y puso con aire de triunfo las manos sobre el mostrador.

—¡Está usted de suerte, señora! —exclamó—. El encargado de la agencia Apex, la de Bonham Strand East, estaba todavía allí y tiene coches disponibles, pero no quien traiga uno aquí.

—Cogeré un taxi. Escribame la dirección. —Staples miró a su alrededor buscando el *drugstore* del hotel. Había demasiada gente en el vestíbulo, demasiada confusión—. ¿Dónde puedo comprar... loción para la piel o vaselina y sandalias o gomas?

—Por el pasillo a la derecha hay un puesto de periódicos que tiene muchas de las cosas que usted ha dicho. Pero, por favor, deme el dinero, porque debe presentar un recibo al encargado. Son mil dólares de Hong Kong; si sobra algo se le devolverá, y si falta ya lo añadiremos.

—No tengo tanto encima. Tendré que usar una tarjeta.

—Mejor.

Catherine abrió el bolso y sacó una tarjeta de crédito.

—Ahora vuelvo —dijo, poniéndola sobre el mostrador mientras echaba a andar camino del pasillo de la derecha. Sin ninguna razón en particular, miró hacia Lee Teng

y su desesperada clienta, y la divirtió ver que la superataviada mujer de la piel absurda hacía gestos de asentimiento, agradecida, mientras Teng señalaba la fila de carísimas tiendas a la que se llegaba por una escalera desde el vestíbulo. Lee Teng era un auténtico diplomático. Sin duda le había sugerido una solución que además de útil para sus necesidades y sus nervios golpearía a su errante marido en el mismísimo plexo solar financiero. Aquello era Hong Kong y podía comprar lo mejor y lo más aparente, y con dinero todo estaría dispuesto a tiempo para el gran baile en la Casa del Gobierno. Staples continuó hacia el pasillo.

—¡Catherine! —El nombre fue dicho tan bruscamente que Staples se quedó rígida—. ¡Por favor, Mrs. Catherine!

Se volvió. Era Lee Teng, que se había separado de su airada huésped, ya ablandada.

—¿Qué ocurre? —preguntó asustada mientras Teng se acercaba con arrugas de preocupación en la cara y su cráneo medio calvo reluciente de sudor.

—Sólo hace un momento que la he visto. Tenía un problema.

—Lo conozco bien.

—¿De veras, Catherine?

—¿Perdón?

Teng miró hacia el mostrador, pero no al joven que la había ayudado, sino al otro empleado, el del extremo opuesto. Estaba solo, sin huéspedes enfrente, pero miraba a su compañero.

—¡Condenada mala suerte! —exclamó Teng por lo bajo.

—¿De qué está hablando? —preguntó Staples.

—Venga por aquí —dijo el conserje número 1 del turno de noche mientras llevaba a Catherine a un lado, lejos de la vista del mostrador. Se metió la mano en el bolsillo y sacó media página de papel perforado en la que había un texto de computadora.

—Cuatro copias de esto fueron enviadas de arriba. Conseguí hacerme con tres, pero la cuarta está debajo del mostrador.

Emergencia. Control oficial. Una mujer canadiense llamada Mrs. Catherine Staples puede intentar alquilar un automóvil para uso personal. Tiene cincuenta y siete años, pelo algo canoso, estatura media y figura esbelta. No hagan nada y pónganse en contacto con la Central Cuatro de la policía.

Wenzu había llegado a una conclusión basada en lo que había visto, pensó Catherine, unido a su conocimiento de que quien alquila un coche en Hong Kong está loco o tiene un motivo muy particular para hacerlo. Estaba cubriendo sus bases de un modo rápido y completo.

—El más joven acaba de conseguirme un coche en Bonham Strand East. Evidentemente, no había leído esto.

—¿Le encontró un coche de alquiler a estas horas?

—Está haciendo la factura. ¿Cree que lo verá?

—No es él quien me preocupa. Está en aprendizaje y aceptará lo que yo diga. El otro es diferente; anda loco por ocupar mi puesto. Espere aquí. Que no la vean.

Fue al mostrador mientras el empleado miraba ansiosamente a su alrededor, con los impresos de la tarjeta de crédito ya cubiertos en la mano. Lee Teng los cogió y se los metió en el bolsillo.

—No harán falta —dijo—. Nuestra clienta ha cambiado de opinión. Encontró en el vestíbulo a un amigo que va a llevarla.

—¿Sí? Entonces debería decir a mi compañero que no se moleste. Como el importe sobrepasa el límite, está arreglándolo por mí. No sé todavía muy bien cómo se hace y se ofreció...

Teng le hizo una seña de que se callase mientras iba hacia el segundo empleado, que estaba al teléfono al otro extremo del mostrador.

—Puedes darme la tarjeta y olvidar la llamada. ¡Me han tocado demasiadas damas en apuros hoy! Ésta ha encontrado otro medio de transporte.

—Desde luego, mister Teng —dijo obsequiosamente el segundo empleado. Le entregó la tarjeta de crédito, se apresuró a pedir disculpas a la telefonista y colgó—. Una mala noche —dijo.

Teng se encogió de hombros, se dio media vuelta y regresó al concurrido salón. Se acercó a Catherine mientras sacaba su billetera y le entregó la tarjeta.

—Si anda corta de dinero, yo le daré el que necesite. No use eso.

—Tengo en casa y en el banco, pero nunca llevo mucho encima. Es una de mis normas no escritas.

—Y de las mejores —dijo Teng haciendo gestos de asentimiento.

Staples tomó los billetes y miró al chino.

—¿Quiere una explicación?

—No hace falta, Catherine. Diga lo que quiera la Central Cuatro, sé que es usted una buena persona, y si no lo es y se escapa y no vuelvo a ver mi dinero, todavía me quedan muchos miles de Hong Kong.

—No voy a escaparme a ningún sitio, Teng.

—Y tampoco a andar. Uno de los chóferes me debe un favor y está ahora en el garaje. Él la llevará hasta su coche, en Bonham Strand. Venga; la acompañaré allí.

—Hay alguien más conmigo. Voy a sacarla de Hong Kong. Está en el tocador.

—Esperaré en el pasillo. Dese prisa.

—A veces pienso que el tiempo pasa más deprisa cuando estamos inundados de problemas —dijo el empleado algo más viejo a su compañero el aprendiz mientras sacaba la media página de texto de computadora de debajo del mostrador y se la metía disimuladamente en el bolsillo.

—Sí, tienes razón, a mister Teng apenas le habrán parecido quince minutos las dos horas que hace que entramos a trabajar. ¿Es muy bueno, verdad?

—Le ayuda la falta de pelo. La gente lo cree sabio aunque no tenga palabras sabias que ofrecer.

—Pero sabe tratar a los clientes. Me gustaría parecerme a él algún día.

—Quédate un poco más calvo. Entretanto, ahora que nadie nos molesta, tengo que ir al servicio. A propósito: para el caso de que necesite alguna vez saber una agencia de alquiler de coches abierta a estas horas, era la Apex de Bonham Strand East, verdad?

—Sí.

—Anduviste muy vivo.

—Simplemente, usé la lista. Estaba casi al final.

—Algunos nos hubiésemos parado antes. Mereces toda clase de elogios.

—Eres demasiado amable con un indigno aprendiz.

—Sólo deseo lo mejor para ti. No lo olvides.

El mayor de los dos empleados salió del mostrador y anduvo cautamente a lo largo de los tiestos de palmeras hasta que vio a Lee Teng. El conserje de noche estaba al pie del pasillo que iba a la derecha. Era suficiente; esperaba a la mujer. El empleado se volvió rápidamente y subió por la escalera hasta la fila de tiendas con menos dignidad de la que correspondía. Tenía prisa y entró en la primera boutique, en lo alto de la escalera.

—Asunto del hotel —dijo a la aburrida vendedora, mientras cogía el teléfono que había en la pared, detrás de un mostrador de cristal con piedras preciosas. Marcó.

—Policía, Central Cuatro.

—Señor, sus instrucciones sobre la mujer canadiense, Mrs. Staples...

—¿Tiene información?

—Creo que sí, señor, pero es algo embarazoso para mí dársela.

—¿Por qué? ¿Se trata de una emergencia, de un asunto del gobierno!

—Compréndalo, por favor. Agente, sólo soy un empleado sin importancia, y es muy posible que el conserje de noche no recordase sus instrucciones. Es un hombre muy ocupado.

—¿Qué está tratando de decir?

—Bueno, agente, señor, la mujer a la que oí preguntar por el conserje tenía un notable parecido con la descripción que da la orden del gobierno, pero sería muy embarazoso para mí que supieran que les he llamado.

—Le protegemos. Puede permanecer en el anonimato. ¿Qué información es ésta?

—Bueno, verás, oí... —En tono cauto y ambiguo, el primer ayudante de recepcionista hizo cuanto pudo por sí mismo, y en consecuencia en contra de su superior, Lee Teng. No obstante, sus últimas palabras fueron concisas y sin equívocos —. Es la agencia Apex de Bonham Strand East. Sugiero que se den prisa, pues ella va allí ahora.

El tráfico de primeras horas de la noche era menos denso que el de la hora punta, pero aún así impresionante. Esa era la razón de que Catherine y Marie se mirasen incómodas en el asiento trasero de la limusina del Mandarín. El conductor, en vez de acelerar aprovechando el espacio vacío que de repente se abría ante él, estacionó el enorme automóvil en un trozo de bordillo vacío de Bonham Strand East. No había trazas de ninguna agencia de alquiler de coches en las cercanías, a ninguno de los lados de la calle.

—¿Por qué nos paramos? —preguntó con brusquedad Staples.

—Instrucciones de Mr. Teng, señora —respondió el chófer, volviéndose—. Cerraré el coche con la alarma puesta. Nadie las molestará, porque verán las luces intermitentes debajo de las cerraduras de las puertas.

—Eso es muy tranquilizador, pero me gustaría saber por qué no nos lleva a donde esté el coche.

—Yo se lo traeré, señora.

—¿Perdón?

—Instrucciones de mister Teng. Fueron terminantes, y ahora está telefoneando al garaje de la Apex. Es en la calle siguiente. Volveré en seguida.

El chófer se quitó la gorra y la chaqueta, colocó ambas sobre el asiento, puso la alarma y se apeó.

—¿Qué piensas de esto? —preguntó Marie, levantando la pierna derecha para sostener contra la planta del pie unos pañolitos de papel que había cogido del tocador de señoras—. ¿Confías en ese tal Teng?

—Sí —dijo Catherine, con aire un tanto desconcertado—. No puedo entenderlo. Es evidente que está tomando grandes precauciones, que suponen grandes riesgos para él, y no sé por qué. Como ya te dije en el Mandarín, esa circular por computadora acerca de mí decía «Control oficial». Son palabras que no se toman a la

ligera en Hong Kong. ¿Qué diablos está haciendo? ¿Por qué?

—Evidentemente, no puedo responderte —dijo Marie—, pero sí hacerte una observación.

—¿De qué se trata?

—Vi cómo te miraba. No estoy segura de que te dices cuenta.

—¿Cómo?

—Yo diría que te tiene un gran cariño.

—¿Un gran cariño... a mí?

—Es una manera de decirlo. Las hay más fuertes.

Staples se volvió a mirar por la ventanilla.

—Dios mío... —susurró.

—¿Qué ocurre?

—Hace un momento, en el Mandarín, y por razones demasiado irrazonables para analizarlas (todo empezó con una estúpida mujer con estola de chinchilla), pensé en Owen.

—¿Owen?

—Mi ex marido.

—¿Owen Staples? ¿El banquero?

—Ese es mi apellido y ése mi hombre... Bueno, lo fue. En aquella época se conservaba el apellido adquirido por matrimonio.

—Nunca me dijiste que estabas casada con Owen Staples.

—Nunca me lo preguntaste, querida.

—Estás diciendo incoherencias, Catherine.

—Supongo que sí —asintió Staples, sacudiendo la cabeza—. Bien; lo cierto es que estuve pensando en la vez en que Owen y yo nos encontramos hace un par de años en Toronto. Tomamos unas copas en el Mayfair Club y me enteré de cosas que nunca había creído antes. Me alegré de veras por él, a pesar de que el muy bastardo casi me hizo llorar.

—Catherine, por amor del cielo, ¿qué tiene que ver eso?

—Tiene que ver con Teng. También él y yo tomamos unas copas una noche, no en el Mandarín, por supuesto, sino en un café del muelle de Kowloon. Me dijo que no me traería buena suerte que me viesen con él aquí en la isla.

—¿Por qué?

—Es lo que yo le dije. Lo hacía por mí entonces como lo hace ahora, y puedo haberlo interpretado mal. Supuse que no buscaba más que otra fuente de ingresos, pero puedo haber cometido una gran equivocación.

—¿En qué sentido?

—Esa noche dijo algo extraño. Dijo que ojalá las cosas fueran diferentes; que las diferencias entre las personas no eran tan obvias, ni tan preocupantes para otras personas. Tomé sus banalidades por un intento muy de aficionado de hacer... política, como diría mi ex marido. Tal vez era otra cosa.

Marie se echó a reír por lo bajo mientras sus miradas se encontraban.

—Querida Catherine, ese hombre está enamorado de ti.

—*¡Cristo de Calgary!* ¡Lo que me faltaba!

Wenzu estaba en el asiento delantero del vehículo Dos del MI-Seis, sin desviar ni por un momento su paciente mirada de la entrada de la agencia Apex de Bonham Strand East. Todo estaba en orden; las dos mujeres pasarían bajo su custodia en pocos minutos. Uno de sus hombres había entrado a hablar con el encargado. El agente había mostrado su documentación oficial y el asustado empleado le había enseñado el registro nocturno. Efectivamente, había una reserva para una tal Mrs. Catherine Staples, pero había sido cancelada, y el coche en cuestión asignado a otro nombre, el de un chófer del hotel. Y, dado que Mrs. Catherine Staples no iba ya a alquilar un coche, el encargado no vio razón para llamar a Control Cuatro de la policía. ¿Qué les iba a contar? Y desde luego nadie más podía recoger el coche, al estar reservado por el Mandarín.

Todo en orden, pensó Wenzu, Victoria Peak sentiría un enorme alivio cuando llegase a la casa franca con la noticia. El mayor sabía ya lo que iba a decir.

—Hemos capturado a las mujeres... a la mujer.

Al otro lado de la calle, entró en la agencia un hombre en mangas de camisa. A Lin le pareció vacilante y había algo... De pronto paró un taxi y el mayor llevó la mano a la manilla de la puerta, olvidado ya del hombre vacilante.

—Alerta, muchachos —dijo por el micrófono adosado a la radio del salpicadero—. Debemos ser lo más rápidos y discretos posible. Lo de Arbuthnot Road no puede repetirse. Y, por supuesto, nada de armas. ¡Preparados!

Pero no hubo nada para lo que estar preparados. El taxi se alejó sin dejar a nadie.

—¡Vehículo tres! ¡Tome esa matrícula y llame a la compañía de taxis! Los quiero en contacto por radio. ¡Averigüe exactamente qué estaba haciendo aquí su taxi! Mejor aún, sígalo mientras hace lo que le he dicho. Podrían ser las mujeres.

—Creo que sólo iba un hombre en el asiento trasero, señor —dijo el conductor sentado junto al mayor.

—Pueden haberse agachado. ¡Malditos ojos! ¿Dice usted que un hombre?

—Sí, señor.

—Huelo a calamar podrido.

—Si lo supiese, el hedor no sería tan fuerte.

Continuó la espera y el enorme Lin Wenzu rompió a sudar. El sol poniente metía una cegadora luz anaranjada por el parabrisas a la vez que sembraba de bolsas de oscuras sombras Bonham Strand East.

—Es demasiado tiempo —susurró para sí el mayor.

Se oyeron ruidos en la radio.

—Tenemos el informe de la compañía de taxis, señor.

—¡Adelante!

—El taxi en cuestión está tratando de encontrar una casa importadora en Bonham Strand East, pero el conductor sugirió al viajero que la dirección podría ser en Bonham Strand *West*. Al parecer, al viajero le sentó muy mal. Se apeó y tiró el dinero por la ventanilla hace sólo un instante.

—Déjelo y vuelva aquí —ordenó Lin, mientras observaba cómo abrían las puertas del garaje al otro lado de la calle, en la agencia Apex. Salió un coche, que giró a la izquierda, conducido por el hombre en mangas de camisa.

Ahora el sudor corría ya por la cara del mayor. Algo no estaba en orden; había como otro orden sobreimpuesto. ¿Qué era lo que le preocupaba? ¿De qué se trataba?

—¡Él! —gritó Lin a su sobresaltado conductor.

—¿Señor?

—Camisa blanca arrugada, pero pantalones replanchados. ¡Un uniforme! ¡Es un chófer! ¡Dé la vuelta! ¡Vamos!

El conductor, manteniendo la mano sobre el claxon, irrumpió en el tráfico e hizo un giro de ciento ochenta grados, mientras el mayor daba instrucciones a los coches de apoyo, ordenando que uno se quedase en la agencia Apex y los demás emprendiesen la nueva caza.

—*Aiya!* —gritó el conductor, pisando los frenos y deteniéndose entre chirridos de cubiertas cuando una enorme limusina marrón que salía de una bocacalle le cerró el paso.

El contacto había sido muy leve, y el coche oficial apenas tocaba la puerta posterior izquierda del gran automóvil.

—*Feng zi!* —aulló el conductor de la limusina, llamando al de Lin perro loco, mientras se apeaba del enorme sedán para ver si había sufrido algún daño.

—*Lai! Lai!* —chilló el chófer del mayor apeándose a su vez, dispuesto para la pelea.

—¡Déjelo! —rugió Wenzu—. ¡Vámonos de aquí!

—¡Es él quien no se mueve, señor!

—¡Dígale que debe hacerlo! ¡Enséñele nuestra documentación!

Se detuvo el tráfico, entre aullidos de claxon y griterío de conductores y peatones. El mayor cerró los ojos y sacudió la cabeza, desesperado. No podía hacer otra cosa que apearse.

Lo mismo hizo otro desde la limusina, un chino de mediana edad y medio calvo.

—Deduzco que tienen problemas —dijo Lee Teng.

—¡Yo le conozco! —gritó Lin—. ¡Del Mandarín!

—Muchos que tienen el gusto de frecuentar nuestro excelente hotel me conocen, señor. Temo no poder corresponderle. ¿Ha estado alojado allí, señor?

—¿Qué está haciendo aquí?

—Se trata de un recado confidencial para un caballero del Mandarín, y no tengo intención de decir nada más.

—¡Maldita sea! ¡Si les enviaron instrucciones! ¡Una canadiense llamada Staples! ¡Uno de sus empleados nos llamó!

—No tengo ni idea de lo que está hablando. Llevo una hora tratando de resolver un problema para una de nuestras huéspedes que va a asistir esta noche al baile en la Casa del Gobierno. Me encantará darle su nombre... si su cargo lo autoriza.

—¡Claro que lo autoriza! Se lo repito, ¿por qué nos ha detenido?

—Creo que fue su hombre el que aceleró cuando estaba cambiando el semáforo.

—¡Ni hablar! —gritó el conductor de Wenzu.

—Entonces es un asunto para los tribunales —dijo Lee Teng—. ¿Podemos irnos?

—¡Todavía no! Se lo repito. En su hotel recibieron instrucciones del gobierno. Decían claramente que una mujer llamada Staples podía tratar de alquilar un coche y debían comunicar el intento a la Central Cuatro de la policía.

—También yo le repito, señor, que hace más de una hora que no aparezco por recepción, ni he visto las instrucciones de que habla. No obstante, y cooperando con sus invisibles credenciales, le diré que las gestiones de alquiler de coches se hacen siempre a través de mi primer ayudante, un hombre que, se lo digo francamente, he encontrado muy comprometedor en muchos aspectos.

—¡Pero es usted quien está aquí!

—¿Cuántos huéspedes del Mandarín tienen asuntos a estas horas en Bonham Strand East, señor? Acepte la coincidencia.

—Sus ojos me sonríen, *Zhongguo ren*.

—Sin reír, señor. Me marcharé; los daños no tienen importancia.

No me importa que usted y su gente tengan que quedarse ahí toda la noche —dijo

el embajador Havilland—. Es el único indicio con que contamos. Por lo que me ha explicado, deduzco que Staples devolverá el coche y después cogerá el suyo. ¡Maldita sea! Mañana por la tarde, a las cuatro, hay una conferencia canadiense-norteamericana sobre estrategia. Tiene que estar de vuelta. ¡Siga en ello! Manténgase en contacto con todos los puestos. ¡Tráigamela!

—Dirá que la acosamos. Estamos quebrantando la inmunidad diplomática.

—¡Pues quebrántela pero tráigala aquí, en la alfombra de Cleopatra si es necesario! No tengo tiempo que perder, ¡ni un minuto!

Firmemente sujeta por dos agentes, una furiosa Catherine Staples fue introducida en la habitación de la casa de Victoria Peak. Wenzu había abierto la puerta y la cerró mientras Staples se veía ante el embajador Raymond Havilland y el subsecretario de Estado Edward McAllister. Era las 11.35 de la mañana y el sol entraba a raudales por el gran ventanal que daba al jardín.

—Ha ido usted demasiado lejos, Havilland —dijo Catherine, con su voz gutural ahora fría y monótona.

—No en lo que a usted concierne, Mrs. Staples. Usted ha comprometido a un miembro de la legación norteamericana; ha cometido una extorsión con grave daño para mi gobierno.

—No puede demostrarlo porque no hay pruebas, no hay fotos.

—No necesito demostrarlo. Anoche, a las siete en punto, ese muchacho vino aquí y nos lo contó todo. Un episodio muy sórdido, ¿no le parece?

—¡Qué tonto! Él no tiene culpa, pero ustedes sí. Y ya que ha sacado a relucir la palabra «sórdido», le diré que él no ha hecho nada que pueda compararse en suciedad a lo que han hecho ustedes. —Sin perder comba, Catherine miró al subsecretario de Estado—. Supongo que éste es el mentiroso al que llaman McAllister.

—Es usted exasperante —dijo el subsecretario.

—Y usted un lacayo sin principios que hace el trabajo sucio de otro hombre. ¡Lo oí todo y es repugnante! Pero lo ha tramado... —Staples se encaró con Havilland—... un experto. ¿Quién les dio derecho a hacer de Dios a ninguno de ustedes? ¿Saben lo que han hecho a esas dos personas? ¿Saben lo que les han pedido?

—Lo sabemos —dijo sencillamente el embajador—. Lo sé.

—También ella lo sabe, a pesar de que no tuve valor para confirmárselo del todo. Usted, McAllister. Cuando supe que estaba aquí arriba, dudé que pudiera soportarlo. Pero pienso decírselo. ¡Usted con sus mentiras! La esposa de un taipán asesinada en Macao... ¡Cuanta simetría, qué excusa para arrebatarse la esposa a otro hombre! ¡Mentira! ¡Tengo mis fuentes y no ha ocurrido nada de eso! Bien; que quede esto

claro: voy a llevarla al consulado bajo la plena protección de mi gobierno. Y yo en su lugar, Havilland, tendría mucho cuidado al hablar de ilegalidades. Usted y su maldita gente han mentido a una ciudadana canadiense y la han manipulado para incluirla en una operación peligrosa para su vida, que no sé en qué diablos consistirá esta vez. ¡Su arrogancia es sencillamente increíble! Pero le aseguro que se va a acabar. Le guste o no a mi gobierno, voy a denunciarlo, ¡a todos ustedes! No son mejores que los bárbaros de la KGB. Pues bien, la irresistible máquina de las operaciones encubiertas norteamericanas va a sufrir un duro revés. ¡Me dan asco, el mundo está asqueado de ustedes!

—¡Mi querida señora —exclamó el embajador, perdidos los últimos vestigios de dominio de sí mismo en su cólera—, haga todas las amenazas que quiera, pero va a escucharme! Y si después de haber oído lo que tengo que decirle desea declararnos la guerra, ¡adelante! Como dice la canción, mis días van menguando, pero no los de millones de otras personas, y me gustaría hacer cuanto pueda por prolongar esas otras vidas. Pero usted puede no estar de acuerdo, de modo que, ¡declare su guerra, querida señora! ¡Y soporte después las consecuencias!

Capítulo 19

Echándose hacia adelante en su asiento, Bourne abrió la pistola y comprobó el ánima a la luz de una lámpara de pie. Era un ejercicio repetitivo, inútil; el interior del cañón estaba imaculado. Durante las últimas cuatro horas había limpiado la pistola de D'Anjou tres veces, desarmándola y engrasando cada mecanismo hasta que no había parte del metal pavonado que no brillase. La operación llevaba su tiempo. Había estudiado el arsenal de armas y explosivos de D'Anjou; pero, dado que la mayor parte del equipo estaba en cajas cerradas, presumiblemente con algún dispositivo antirrobo, las dejó en paz y se concentró en aquel arma. Era lo único que podía hacer en el piso que el Francés tenía en la rua das Lorchas, con vistas al Porto Interior, y habían acordado que Bourne no saldría de día. Dentro estaba tan seguro como podía estarlo en Macao. D'Anjou, que cambiaba de residencia a voluntad y capricho, había alquilado el piso del muelle hacía menos de dos semanas, utilizando un nombre falso y un abogado a quien no conocía, que a su vez utilizó a un «inquilino» para firmar el contrato que envió por mensajero a su desconocido cliente por medio del guardarropa del concurrido Casino Flotante. Así actuaba Philippe D'Anjou, ex Eco de Medusa.

Jason volvió a armar la pistola, metió las balas en el cargador y lo introdujo en la culata. Se levantó y fue hasta la ventana, con el arma en la mano. Al otro lado del agua estaba la República Popular, tan accesible para cualquiera que conociese los procedimientos, hijos de la simple codicia humana. En materia de fronteras no había nada nuevo bajo el sol desde la época de los faraones. Se trazaban para ser cruzadas, de un modo u otro.

Consultó su reloj. Eran casi las cinco y el sol iba ya descendiendo.

D'Anjou le había llamado desde Hong Kong a mediodía. El Francés había ido al Península con la llave de la habitación de Bourne, había hecho la maleta y, sin despedirse, iba a coger el hidrodslizador de la una para volver a Macao. ¿Dónde estaría? El viaje tardaba apenas una hora, y desde el muelle a la rúa das Lorchas no había más de diez minutos en taxi. Pero la previsibilidad no era el fuerte de Eco.

Acudieron a la mente de Jason fragmentos de sus recuerdos de Medusa, desencadenados por la presencia de D'Anjou. Aunque espantosas, algunas de esas impresiones le proporcionaban un cierto consuelo, una vez más gracias al Francés. D'Anjou no era sólo un consumado mentiroso cuando convenía y un oportunista de primera fila, sino un hombre de recursos extraordinarios. Ante todo, el Francés era un pragmático. Lo había demostrado en París, y esos recuerdos eran nítidos. Si tardaba, habría una buena razón; si no aparecía, era que había muerto, y este último era

inaceptable para Bourne. D'Anjou estaba en situación de hacer algo que Jason quería sobre todas las cosas hacer por sí mismo, pero no se atrevía a arriesgar la vida de Marie. Ya era suficiente riesgo que el rastro del asesino impostor lo hubiese traído a Macao, pero mientras permaneciese lejos del hotel Lisboa confiaba en sus instintos. Seguiría oculto de quienes lo buscaban, de quienes buscaban a alguien que se le pareciese aunque sólo fuera vagamente en estatura, tipo o apariencia; alguien que hiciese preguntas en el hotel Lisboa.

Una llamada desde el Lisboa al taipán de Hong Kong y Marie moriría. El taipán no se había limitado a amenazar —las amenazas eran con frecuencia un simple truco—, sino que había utilizado un expediente mucho más letal. Tras gritar y estrellar su manaza contra el brazo del sillón, había anunciado tranquilamente que Marie moriría. Era la promesa de un hombre acostumbrado a cumplirlas, a cumplir su palabra.

Y sin embargo, a pesar de todo, David Webb sentía algo que no podía definir. Había en el enorme taipán algo excesivo, como de opereta, algo que no tenía nada que ver con su tamaño. Era como si hubiese utilizado su inmensa humanidad de un modo no común en los hombres corpulentos, que suelen preferir que sea únicamente su tamaño el que cause la impresión. ¿Quién era el taipán? La respuesta estaba en el hotel Lisboa; y, puesto que él no se atrevía a ir, las habilidades de D'Anjou podían serle muy útiles. Había contado muy poco al Francés; ahora le contaría algo más. Le hablaría de un doble asesinato brutal, por arma, una Uzi, y le diría que una de las víctimas era la esposa de un poderoso taipán. D'Anjou haría las preguntas que él no podía hacer, y si conseguía respuestas habría dado otro paso hacia Marie.

Representa el guión. Alexander Conklin.

¿El guión de quién? David Webb.

¡Estás perdiendo el tiempo! Jason Bourne. Encuentra al impostor. ¡Atrápalo!

Pasos fuera, en el pasillo. Jason se alejó de la ventana, corrió sin hacer ruido hasta la pared y apretó la espalda contra ella, con el arma apuntando a la puerta, que al abrirse lo ocultaría. Metieron cautelosa, sigilosamente una llave, y empezó a abrirse la puerta.

Bourne volvió a estrellarla contra el intruso, giró en torno a ella y agarró al sorprendido visitante en el umbral. Lo arrastró adentro y cerró de una patada, sin dejar de apuntar a la cabeza del intruso, que había dejado caer una maleta y un gran paquete. Era D'Anjou.

—¡Es un modo de hacer que te vuelen la cabeza, Eco!

—*Sacre bleu!* ¡Es también la última vez que tendré consideraciones contigo! Tú no te ves, Delta, pero tienes el mismo aspecto que en Tam Quan, con tantos días sin

dormir. Creí que estarías descansando.

Otro recuerdo, como un breve relámpago.

—En Tam Quan me dijiste que tenía que dormir, ¿no es cierto? Nos escondimos en la maleza, formaste un círculo a mi alrededor y estuviste a punto de ordenarme descansar.

—Era sólo el ruego de un autodidacta. No podíamos salir de allí; sólo tú podías sacarnos.

—Entonces me dijiste algo. ¿Qué fue?

—Te expliqué que descansar es un arma tan importante como cualquiera de las blancas o de fuego que ha inventado el hombre.

—Más tarde utilicé una variante. Se convirtió para mí en un axioma.

—Me alegra que fueses lo bastante inteligente para escuchar a tus mayores. ¿Puedo levantarme? ¿Querrás, por favor, bajar esa condenada pistola?

—Perdona; lo siento.

—No hay tiempo para eso. —D'Anjou se incorporó, dejó la maleta en el suelo y rompió el papel de estraza del paquete. Dentro había ropa caqui planchada, dos fundas de pistola con sus cinturones y dos gorras de plato. Lo echó todo sobre una silla—. Son uniformes. En el bolsillo tengo la documentación. Me temo que mi grado sea mayor que el tuyo. Delta, pero la edad tiene sus privilegios.

—Uniformes de la policía de Hong Kong...

—De Kowloon, para ser más exactos. ¡Puede haber una oportunidad, Delta! Por eso he tardado tanto. ¡El aeropuerto de Kai-tak! Tiene un dispositivo de seguridad enorme, justo lo que necesita el impostor para demostrar que es mejor que fuiste tú nunca. Por supuesto, no hay garantías, pero apostaré la vida; es el desafío más clásico para un loco obseso. «¡Disponed vuestras fuerzas, que yo me abriré paso por entre ellas!» Con un asesinato como ése restablece la leyenda de su total invencibilidad. ¡Es él, estoy seguro!

—Empieza por el principio —ordenó Bourne.

—Sí, mientras nos vestimos —asintió el Francés, y empezó a quitarse la camisa y los pantalones—. ¡Date prisa! Tengo una motora al otro lado de la carretera. Cuatrocientos caballos. Podemos estar en Kowloon en cuarenta y cinco minutos. ¡Toma! ¡Este es el tuyo! ¡*Mon Dieu*, el dinero que he gastado! ¡Me dan ganas de vomitar!

—Las patrullas de la RPCh —dijo Jason, desnudándose y cogiendo el uniforme—. ¡Nos van a sacar del agua a tiros!

—¡Idiota! Ciertas embarcaciones conocidas son negociadas con ellos por radio

mediante una clave. Después de todo, hay entre nosotros un código de honor. ¿Cómo crees que movemos nuestra mercancía, que sobrevivimos? Nos encontramos en calas de las islas de Teh Sa Wei y se hacen los pagos. ¡Date prisa!

—¿Y qué hay del aeropuerto? ¿Por qué estás tan seguro de que se trata de él?

—El gobernador de la Corona. Asesinato.

—¿Qué? —exclamó Bourne, asombrado.

—Me fui del Península al Star Ferry con tu maleta. La distancia es corta y el ferry mucho más rápido que un taxi por el túnel. Al pasar frente a la sede de la policía de Kowloon, en Salisbury Road, vi a siete coches patrulla salir a velocidades de emergencia, uno tras otro, y se fueron todos a la izquierda, que no es donde encierran. Me pareció extraño; dos o tres para un disturbio local es normal, pero siete... Fue buena suerte, como dice esta gente. Llamé a mi contacto y se mostró muy asequible; además, ya no era un secreto. Me dijo que si me quedaba por allí vería pasar otros diez coches y veinte furgonetas camino de Kai-tak en las dos horas siguientes. Los que había visto eran los equipos avanzados de reconocimiento y registro. Habían recibido a través de sus fuentes clandestinas aviso de que se iba a atacar contra la vida del gobernador de la Corona.

—¡Detalles! —ordenó Bourne, abrochándose los pantalones y alcanzando la larga camisa caqui que servía de chaqueta bajo la canana llena de balas.

—El gobernador llega esta noche de Beijing con su séquito del Foreign Office, así como una delegación de negociadores chinos. Estarán la prensa, la televisión, todo el mundo. Ambos gobiernos quieren que se les dé mucha publicidad. Mañana habrá una reunión conjunta de los negociadores y los líderes del sector financiero.

—¿El tratado del 97?

—Una ronda más de la interminable verborrea sobre los Acuerdos. Pero, por nuestro bien, reza para que sigan hablando.

—El guión —dijo Jason, quedándose inmóvil.

—¿Qué guión?

—El que tú mismo dijiste, el que puso al rojo las líneas entre Pekín y la Casa del Gobierno. ¿Matar a un gobernador de la Corona por el asesinato de un vicepresidente del gobierno? Entonces después quizá sea un secretario de Asuntos Exteriores por un miembro importante del Comité Central, y un primer ministro por un presidente. ¿Hasta cuándo? ¿Cuántos asesinatos de ese calibre hacen falta para que se alcance el punto de ruptura? ¿Cuánto tiempo pasará hasta que el padre se niegue a tolerar a un hijo desobediente y marche sobre Hong Kong? Podría ocurrir. ¡Alguien quiere que ocurra!

D'Anjou estaba inmóvil, sosteniendo el ancho cinturón con su amenazadora sarta de proyectiles.

—Lo que yo sugerí no era más que especulaciones basadas en la violencia al azar causada por un asesino obseso que acepta sus contratos sin discriminación. Hay suficiente codicia y corrupción política en ambos bandos para justificar tales hipótesis. Pero lo que tú sugieres, Delta, es muy diferente. Estás diciendo que hay un plan, un plan organizado para subvertir a Hong Kong hasta el punto de que el Continente intervenga.

—El guión —repitió Jason Bourne—. Cuanto más complicado se vuelve, más sencillo parece.

Las terrazas del aeropuerto de Kai-tak hormigueaban de policía, lo mismo que las puertas y los túneles, los mostradores de inmigración y las zonas de equipajes. Fuera, en el inmenso campo de tarmac negro, a los potentes focos se unían reflectores que sondeaban cada vehículo que se movía, cada centímetro de suelo visible. Los equipos de televisión desenrollaban sus cables bajo ojos vigilantes, mientras los entrevistadores, de pie tras los camiones del sonido, practicaban su pronunciación en una docena de lenguas. Reporteros y fotógrafos eran mantenidos fuera de las puertas, mientras el personal del aeropuerto advertía por los altavoces que pronto estarían disponibles en el campo partes acordonadas para todos los periodistas acreditados con los pases de rigor, expedidos por la dirección de Kai-tak. Era la locura. Y fue entonces cuando se produjo lo totalmente inesperado, en forma de un repentino chaparrón llegado a la colonia desde las tinieblas del horizonte occidental. Todavía un diluvio otoñal más.

—El impostor tiene buena suerte, ¿no te parece? —dijo D'Anjou mientras él y Bourne, uniformados, marchaban con una falange de policías por un camino cubierto de chapa ondulada hasta uno de los enormes hangares de reparación.

El martilleo de la lluvia era ensordecedor.

—La suerte no tiene nada que ver con esto —replicó Jason—. Ese hombre estudió los boletines meteorológicos de sitios tan lejanos como Sichuan. Todos los aeropuertos los tienen. Los vio ayer, si no fue hace dos días. El tiempo también es un arma, Eco.

—Pero aún así, no pudo ordenar la llegada del gobernador de la Corona en un avión chino. Lo corriente es que lleguen con retrasos de horas.

—Pero no de días. ¿Cuándo supo la policía de Kowloon lo del atentado?

—Lo pregunté —dijo el Francés—. Esta mañana hacia las 11.30.

—¿Y el avión de Pekín debía llegar esta noche?

—Sí, ya te lo dije. A la prensa y la televisión se les ordenó estar aquí hacia las nueve.

—Estudió los partes meteorológicos. Las oportunidades se presentan solas. Uno sólo hace que aprovecharlas.

—¡Y eso es lo que debes hacer tú, Delta! ¡Pensar como él, ser él! ¡Es nuestra oportunidad!

—¿Qué crees que estoy haciendo? Cuando lleguemos al hangar quiero separarme. ¿Crees que será posible con tu documentación de pega?

—Soy un jefe de sector británico de la policía divisionaria del Mongkok.

—¿Y eso qué significa?

—En realidad no lo sé, pero fue lo mejor que pude conseguir.

—No pareces británico.

—¿Quién iba a notarlo aquí en Kai-tak?

—Los británicos.

—Los evitaré. Mi chino es mejor que el tuyo. Los *Zhongguo ren* lo respetarán. Estarás libre para andar por ahí.

—Lo necesito —dijo Jason Bourne—. Si es tu comando, lo quiero antes de que lo vea nadie. Aquí. ¡Ahora!

Personal de mantenimiento con unos lustrosos impermeables amarillos sacaban una especie de grandes bolos encordados del hangar de alto techo. Después llegó una furgoneta cargada con los impermeables amarillos de los policías. Los hombres los cogían a medida que iban arrojándolos por la trasera. Poniéndoselos, formaron varios grupos para recibir instrucciones de sus superiores. Iba surgiendo rápidamente el orden de una confusión a la que contribuían los recién llegados y desconcertados soldados y los problemas causados por el repentino chaparrón. Era la clase de orden de la que desconfiaba Bourne; demasiado suave, demasiado convencional para el trabajo que les esperaba. Las filas de soldados impecablemente vestidos y marcando el paso no estaban donde debían ni empleaban la táctica adecuada cuando se trata de descubrir guerrilleros, o incluso a un solo hombre entrenado en la guerra de guerrillas. Cada policía con su impermeable amarillo era a la vez una advertencia y un blanco, pero también algo más: un peón. Podía ser reemplazado por otro vestido igual, por un asesino que sabía cómo adoptar el aspecto del enemigo.

Sin embargo, la estrategia de infiltración con fines de asesinato era suicida, y Jason sabía que su impostor no se metería en semejante compromiso, a menos que el arma a utilizar tuviese un nivel de sonido tan bajo que la lluvia lo eliminase. Pero incluso en ese caso la reacción del blanco no podía ser instantánea, pues al primer

indicio de derrumbamiento del gobernador de la Corona montarían un cordón en torno al lugar del asesinato, con todas las salidas bloqueadas y cuantos estaban cerca inmóviles bajo la amenaza de las armas. ¿Una reacción retardada? Un diminuto dardo impulsado por aire comprimido cuyo impacto no es mayor que un alfilerazo, una pequeña molestia que se espanta como una mosca molesta, mientras la mortífera gota de veneno penetra en el torrente sanguíneo para causar una muerte lenta pero inevitable, sin que el tiempo tenga ya importancia. Era una posibilidad; pero también así había demasiadas dificultades que vencer. Hacía falta una precisión que no tenía un arma de aire comprimido. El gobernador de la Corona llevaría sin duda chaleco antibalas, y apuntar a la cara quedaba descartado. Los nervios faciales exageraban el dolor, y cualquier objeto extraño que hiciese contacto tan cerca de los ojos provocaría una reacción inmediata y espectacular. Eso dejaba sólo las manos y el cuello. Las manos eran demasiado pequeñas y es probable que se moviesen más de la cuenta, y el cuello era simplemente una zona demasiado limitada. ¿Un rifle de gran potencia desde una azotea? ¿Un arma de gran precisión con mira telescópica de infrarrojos? Y otra posibilidad: uno de los familiares impermeables amarillos reemplazado por otro llevado por un asesino. Pero también esto era suicida, pues un arma así produciría una explosión aislada, y montar un silenciador reduciría la precisión del rifle hasta el punto de no poder confiar en ella. Un asesino en una terraza tenía todas las probabilidades en contra. El asesinato sería demasiado visible.

Y de asesinar se trataba. Bourne lo comprendía, especialmente dadas las circunstancias. D'Anjou tenía razón; se habían reunido todos los factores para un asesinato espectacular. Carlos el Chacal no hubiese pedido más... ni tampoco Jason Bourne, reflexionó David Webb. Salirse con la suya a pesar de las extraordinarias medidas de seguridad convertiría al nuevo «Bourne» en el rey de su repugnante profesión. Entonces ¿cómo? ¿Por cuál de las opciones se decidiría? Y, una vez tomada la decisión, ¿qué vía de escape era la más eficaz, la más hacedera?

Uno de los camiones de la televisión, con su complicado equipo, resultaba un blanco demasiado visible para una huida. Los equipos de mantenimiento del avión que iban llegando eran comprobados hasta dos y tres veces; cualquier extraño sería descubierto al instante. Los periodistas tenían que pasar por puertas electrónicas que descubrían hasta un exceso de diez miligramos de metal y las terrazas estaban descartadas. Entonces, ¿cómo?

—¡Tienes un pase! —dijo D'Anjou, apareciendo repentinamente a su lado con un papel en la mano—. Está firmado por el prefecto de la policía de Kai-tak.

—¿Qué le contaste?

—Que eras un judío entrenado por el Mossad en actividades antiterroristas y destinado con nosotros por un programa de intercambio. Correrá la voz.

—¡Si no hablo hebreo!

—¿Y quién lo habla aquí? Encógete de hombros y sigue con tu tolerable francés, que sí hablan aquí pero mal. Te las arreglarás.

—¿Sabes que eres un tipo imposible?

—Sé que cuando Delta era nuestro jefe en Medusa dijo al alto mando de Saigón que no saldría a operar sin «el bueno de Eco».

—Debería estar fuera de mi juicio.

—Lo tenías menos dominado que ahora, eso te lo garantizo.

—Un montón de gracias, Eco. Deséame suerte.

—No la necesitas —dijo el Francés—. Eres Delta y siempre lo serás.

Tras quitarse el impermeable y la gorra de plato, Bourne salió y mostró su pase a los guardias que vigilaban las entradas del hangar. A lo lejos, la prensa estaba siendo conducida en rebaño a través de las puertas electrónicas hacia las zonas acordonadas. Habían colocado micrófonos al borde de la pista, mientras a las furgonetas de la policía se unían patrullas de motoristas para formar un cerrado semicírculo en torno a la zona donde iba a tener lugar la conferencia de prensa. Los preparativos habían casi terminado, todas las fuerzas de seguridad estaban en su sitio y los equipos de los medios de información en orden de trabajo. Era evidente que el avión de Pekín había iniciado su descenso bajo el chaparrón. Aterrizaría dentro de pocos minutos, unos minutos que Jason deseaba pudieran alargarse. Había tantas cosas que buscar y tan poco tiempo para hacerlo... ¿Dónde? ¿Qué? Todo era a la vez posible e imposible. ¿Por cuál de las opciones se decidiría el asesino? ¿Qué lugar ventajoso elegiría para el crimen perfecto? ¿Y cómo escaparía vivo del modo más lógico del lugar del atentado?

Bourne había considerado todas las posibilidades que se le ocurrían y fue descartándolas. ¡Piensa otra vez! ¡Y otra! Sólo quedan unos minutos. Da la vuelta y comienza por el principio... El principio, la premisa: el asesinato del gobernador de la Corona. Condiciones: de aparente hermetismo, con tiradores de élite de la policía en las terrazas y todas las entradas y salidas bloqueadas, así como las escaleras, y todos los puestos en contacto por radio. Las probabilidades estaban abrumadoramente en contra; sería un suicidio. Y sin embargo eran esas mismas probabilidades tan negativas lo que el asesino impostor encontraba irresistible. D'Anjou había tenido razón una vez más: con un asesinato espectacular en tales condiciones volvería a quedar establecida, o reestablecida, la supremacía de un único asesino. ¿Cómo había dicho el Francés? *Con un asesinato como ése restablece la leyenda de su total invencibilidad.*

¿Quién? ¿Dónde? ¿Cómo? ¡Piensa! ¡Mira!

El aguacero empapaba su uniforme de la policía de Kowloon. Continuamente se secaba el agua de la cara mientras se movía sin pausa escrutando todo y a todos. ¡Nada! Y después se oyó a lo lejos el rugido ahogado de los motores del reactor. El *jet* de Pekín estaba haciendo su aproximación final al extremo de la pista. Aterrizaba.

Jason estudió a la gente que ocupaba los espacios acotados. El acomodaticio gobierno de Hong Kong, por deferencia a Pekín y con el deseo de dar al acto «plena publicidad», había proporcionado ponchos, lonas e impermeables de bolsillo baratos a cuantos los pedían. El personal de Kai-tak respondía a las peticiones de que la conferencia de prensa se celebrase dentro diciendo simplemente —y con el acierto de no dar más explicaciones— que no convenía a la seguridad. Las declaraciones serían breves, en total no más de cinco o seis minutos, y sin duda los distinguidos miembros del *establishment* periodístico podrían soportar un poco de lluvia tratándose de un acontecimiento tan importante.

Los fotógrafos... ¡Metal! Las cámaras pasaban por las puertas detectoras, pero no todas las «cámaras» hacían fotos. En el chasis podía insertarse un sencillo dispositivo, un potente mecanismo de disparo que lanzase una bala, o un dardo, con ayuda de un visor telescópico. ¿Sería ése el modo? ¿Se habría decidido el asesino por esa opción, esperando poder aplastar la «cámara» bajo sus pies y sacar otra del bolsillo mientras desaparecía a toda prisa del lugar gracias a un pase tan auténtico como el de D'Anjou y el del «antiterrorista» del Mossad? Era posible.

El enorme reactor se posó en la pista y Bourne fue rápidamente a la zona acordonada y empezó a acercarse a cada fotógrafo que veía, en busca de un hombre que se pareciese a él. Debía de haber docenas de tipos con cámaras, y Jason se puso frenético mientras el avión de Pekín se acercaba a la gente y los focos y los reflectores se concentraban en el espacio en torno a los micrófonos y los equipos de televisión. Iba de un fotógrafo a otro cerciorándose rápidamente de que aquél no podía ser el asesino, y volvía a mirar para ver si seguían erguidos, si iban maquillados. ¡De nuevo nada! ¡Ninguno! ¡Tenía que encontrarlo, que cazarlo! Y antes de que otro lo encontrara. ¡El asesinato le tenía sin cuidado, era irrelevante para él! ¡Sólo Marie importaba!

¡Vuelve al principio! Blanco: el gobernador de la Corona. Condiciones: altamente negativas para un asesinato, con el blanco bajo seguridad máxima, sin duda protegido por un chaleco antibalas, y todos los cuerpos de seguridad en orden, disciplinados, estrictamente encuadrados por sus oficiales. ¿El principio? Faltaba algo. Había que volver sobre ello. El gobernador de la Corona: un dispositivo de reacción retardada,

un dardo, una pildora. Sin embargo, la exigencia de precisión hacía ilógica un arma así, y el ruido del disparo de un arma convencional pondría instantáneamente en marcha todo el dispositivo de seguridad. ¿Retraso? ¡Sí, pero en la acción, no en la reacción! ¡El principio, el primer supuesto, era erróneo! El blanco no era sólo el gobernador de la Corona. ¡No un solo asesinato sino múltiples e indiscriminados! ¡Cuánto más espectacular, cuánto más eficaz para un loco que quería lanzar a Hong Kong al caos! Y el caos sería instantáneo, comenzando por las propias fuerzas de seguridad. ¡Desorden... y huida!

La mente de Bourne se había disparado mientras él vagaba por entre la gente en medio de la lluvia, mirando a todas partes. Trataba de recordar cada arma que conocía, un arma que pudiera ser disparada o lanzada en silencio, discretamente, desde una zona restringida y muy concurrida, y su efecto retrasado el tiempo suficiente para que el asesino pudiera recuperarse y huir sin dejar rastro. Lo único que se le ocurría eran las granadas de mano, pero inmediatamente las descartó. Después pensó en dinamita con mecanismo de relojería, o en plástico. Este último era mucho más manejable en cuanto a efecto retardado y ocultación. Los explosivos de plástico podían ser dispuestos para estallar con intervalos de minutos o de fracciones de minuto en vez de sólo unos pocos segundos, y podían ocultarse en pequeñas cajas o en paquetes, e incluso en carteras estrechas... o en cajas mayores supuestamente llenas de equipo fotográfico, que no tenía por qué llevar necesariamente un fotógrafo. Bourne se puso de nuevo en marcha y volvió entre la caterva de reporteros y fotógrafos, recorriendo con la mirada el negro tarmac por debajo de pantalones y faldas, en busca de un envase aislado inmóvil sobre el duro asfalto. La lógica le hacía concentrarse en las filas de hombres y mujeres más próximos a la pista no acotada. En su mente, el «paquete» no tendría más de doce pulgadas de largo si era ancho, de veinte si era un portafolios. Una carga menor no mataría a los negociadores de ambos gobiernos. Las luces del aeropuerto eran ahora más fuertes, pero creaban mil sombras, bolsas más oscuras dentro de la oscuridad. Ojalá hubiese tenido el buen sentido de llevar una linterna. ¡Siempre la había llevado, aunque sólo fuese del tamaño y la forma de un bolígrafo, porque también eso era un arma! ¿Por qué la había olvidado? Después vio con asombro cómo los haces de los reflectores se entrecruzaban sobre el negro suelo del aeropuerto, moviéndose entre los mismos pantalones y faldas que él había estado escudriñando. La policía de seguridad había llegado a la misma conclusión. ¿Y por qué no? Aeropuerto de La Guardia, 1972; aeropuerto de Lod, Tel Aviv, 1974; rue de Bac, París, 1975; Harrods, Londres, 1982. Y media docena de embajadas, desde Teherán hasta Beirut. ¿Por qué no iban a pensar en ello? Se habían

puesto al corriente, pero él no. Su pensamiento iba despacio ¡y no podía permitírselo!

¿Quién? ¿Dónde?

El enorme 747 de la República Popular apareció como un gran pájaro plateado, con sus motores a reacción rugiendo entre el diluvio, y fue calmándose mientras lo situaban en posición en suelo extranjero. Se abrieron las puertas y empezó el desfile. Los jefes de las delegaciones británica y china salieron a la vez. Saludaron y descendieron juntos por la escalera metálica, uno con el clásico atuendo de Whitehall, el otro con el uniforme sin graduación del ejército popular. Les siguieron dos hileras de auxiliares y ayudantes, occidentales y orientales, que hacían cuanto podían por parecer compatibles ante las cámaras. Sus jefes respectivos se acercaron a los micrófonos, y mientras desgranaban sus palabras por los altavoces, entre la lluvia, hubo unos minutos de confusión para Jason. Una pequeña parte de su mente estaba en la ceremonia que tenía lugar bajo los focos, y el resto en la búsqueda final, porque eso sería. Si el impostor estaba allí, tenía que encontrarlo antes del crimen, ¡antes del caos! Pero, maldita sea, *¿dónde?* Bourne fue más allá de la zona acordonada, a la derecha, para conseguir una vista mejor de la ceremonia. Un guardia se opuso y Jason le mostró su pase y permaneció inmóvil, estudiando a los equipos de televisión, su aspecto, sus ojos, su material. Si el asesino estaba entre ellos, ¿quién era?

«Nos complace anunciar conjuntamente que se han hecho nuevos progresos con respecto a los Acuerdos. Nosotros, la delegación del Reino Unido...»

«Nosotros, los delegados de la República Popular China —la única China auténtica que hay en el mundo— expresamos el deseo de hallar una íntima comunión con quienes desean...»

Se entremezclaban los discursos, cada jefe apoyando a su homólogo pero haciendo saber al mundo que aún quedaba mucho por negociar. Había tensión bajo la cortesía, los placebos verbales y las sonrisas de plástico. Jason no encontraba nada en qué concentrarse, *nada*, de modo que se limpió la lluvia de la cara e hizo un saludo al guardia mientras pasaba bajo el cordón y volvía una vez más entre la gente que ocupaba la zona acotada. Se abrió paso hasta el lado izquierdo de la conferencia de prensa.

De repente la mirada de Bourne se vio atraída por una serie de faros que, entre la lluvia, se adentraban en la pista al extremo del campo y aceleraban rápidamente hacia el avión estacionado. Entonces, como a una señal, hubo una salva de aplausos. La breve ceremonia había terminado, según daba a entender la llegada de las limusinas oficiales, cada una con su escolta de motoristas interpuesta entre las delegaciones y la turba acordonada de periodistas y fotógrafos. La policía rodeó los camiones de la

televisión y ordenó que todos, excepto dos cámaras previamente seleccionados, subiesen a sus vehículos.

Era el momento. Si algo iba a ocurrir, sería ahora. Si estaba a punto de colocar un instrumento de muerte, con una carga que haría explotar dentro de un minuto como máximo, tendría que hacerlo ahora.

Unos metros a su izquierda, Bourne vio a un oficial de uno de los destacamentos de policía, un hombre alto cuyos ojos se movían tan rápidamente como los suyos. Jason se inclinó hacia él y le habló en chino, mientras le enseñaba su pase, protegiéndolo de la lluvia con la mano.

—¡Soy el hombre del Mossad! —chilló, tratando de hacerse oír entre los aplausos.

—¡Sí, ya estoy enterado! —gritó el oficial—. Me lo han dicho. ¡Le agradecemos que esté aquí!

—¿Tiene una linterna?

—Sí, desde luego. ¿La necesita?

—Muchísimo.

—Tenga.

—¡Ábrame paso! —ordenó Bourne, levantando el cordón y haciendo un gesto al oficial para que le siguiese—. ¡No tengo tiempo de enseñar papeles!

—¡Desde luego! —El chino le siguió, alargando la mano para interceptar a un guardia que estaba a punto de detener a Jason, a tiros si era necesario—. ¡Déjalo en paz! ¡Es de los nuestros! ¡Está entrenado en estos asuntos!

—¿El judío del Mossad?

—El mismo.

—Nos lo han dicho. Gracias, señor... Pero, claro está, no me entiende.

—Por extraño que parezca, sí. Habla *Guangdong hua*.

—En Food Street hay lo que llaman un restaurante *kosur* que sirve nuestros platos...

Bourne estaba ahora entre la fila de limusinas y la de estaquillas. Mientras iba a lo largo del cordón, con su linterna apuntando al negro tarmac, daba órdenes en chino y en inglés, gritando pero sin gritar, como un hombre discreto que tal vez buscaba un objeto perdido. Uno a uno, los hombres y mujeres de la prensa se echaban para atrás, explicándose a los que tenían a su espalda. Se acercó a la limusina de cabeza, que lucía las banderas de Gran Bretaña y de la República Popular respectivamente a derecha e izquierda, lo que indicaba que Inglaterra era la anfitriona y China el huésped. Sus representantes irían juntos. Jason se concentró en el suelo. Los exaltados viajeros estaban a punto de subir al largo vehículo con sus ayudantes de mayor

confianza, entre aplausos sostenidos.

¡Ocurrió, pero Bourne no estaba seguro de lo que era! Su hombro izquierdo tocó otro hombro y el contacto fue como una descarga eléctrica. El tipo con el que había tropezado se inclinó hacia delante, pero en seguida reaccionó echándose atrás con tal ferocidad que Jason se desequilibró. Se volvió y miró al hombre, que montaba una motocicleta de escolta de la policía, y después levantó la linterna para ver a través del oscuro óvalo de plástico del casco.

Hubo como un relámpago, y rayos penetrantes se estrellaron contra su cráneo. Sus ojos seguían fijos mientras trataba de adaptarse a lo increíble. ¡Estaba contemplándose a sí mismo... hacía sólo unos años! ¡Los oscuros rasgos de detrás de la burbuja opaca eran los suyos! ¡Era el comando, el impostor, el asesino!

Los ojos que le devolvieron la mirada también mostraban pánico, pero fueron más rápidos que los de Webb. Una mano plana y rígida fue a estrellarse contra la garganta de Jason, cortándole el habla y el pensamiento. Cayó hacia atrás, incapaz de gritar, agarrándose el cuello, mientras el asesino saltaba de su motocicleta. Pasó como un rayo junto a Jason y se metió bajo el cordón.

¡Cogedlo! ¡Atrapadlo!... ¡Marie! Las palabras estaban ausentes; sólo pensamientos histéricos gritaban en silencio en la mente de Bourne. Dio una arcada, haciendo estallar el agarrotamiento de su garganta, y saltó por encima del cordón, se metió entre la gente y trató de seguir la senda de cuerpos desplazados, empujados por el asesino en su huida.

—¡Detenedlo! —Sólo la última sílaba salió de la garganta de Jason, y fue un ronco susurro—. ¡Dejadme pasar!

Se formaron dos palabras pero no se oyó ninguna. En algún lugar cercano a la terminal una banda tocaba bajo la lluvia.

¡El camino estaba cerrado! ¡Sólo había gente, gente, *gente*! ¡Buscadlo! ¡Atrapadlo! ¡*Marie*! ¡Quiero decir que se ha ido, ha desaparecido!

—¡Dejadme pasar! —gritó Bourne, con palabras ahora claras pero no dirigidas a nadie en particular. Dio tirones y empujones mientras trataba de abrirse paso, de salir de entre la gente, pero otra multitud lo aguardaba tras las puertas de cristal de la terminal.

¡Nada! ¡Nadie! ¡El asesino se había marchado!

¿Asesino? ¡El asesinato!

¡Era la limusina, la limusina de cabeza con las banderas de ambos países! ¡Ese era el blanco! En algún lugar de ese coche, o debajo de él, estaba el mecanismo de relojería que lo lanzaría por los aires, matando a los jefes de ambas delegaciones.

Resultado: el del guión... el caos. ¡Intervenir!

Bourne giró en redondo, buscando frenéticamente a alguien con mando. Veinte metros más allá del cordón, en posición de firmes mientras ejecutaban el himno británico, estaba un oficial de la policía de Kowloon. Sujeta al cinturón llevaba una radio. ¡Una oportunidad! Las limusinas habían iniciado su majestuosa procesión hacia una invisible puerta de salida. Jason agarró el cordón, lo levantó, volcando una estaquilla, y echó a correr hacia el bajo y erguido oficial chino.

—*Xun su!* —rugió.

—*Shemma?* —replicó el hombre sorprendido, echando mano instintivamente a su pistola enfundada.

—¡Deténgalos! ¡Los coches, las limusinas! ¡La que va delante!

—¿De qué está hablando? ¿Quién es usted?

Bourne estuvo a punto de golpearlo en su desesperación.

—*Mossad!* —gritó.

—¿Es usted el de Israel? He oído...

—¡Escúcheme! ¡Coja esa radio y dígales que se detengan! ¡Que se apeen todos de ese coche! ¡Va a explotar! ¡Ahora!

Por entre la lluvia, el oficial miró a Jason a los ojos, y después hizo un gesto de asentimiento y desprendió la radio de su cinturón.

—¡Es una emergencia! Deje libre el canal y póngame con Estrella Roja Uno. *Inmediatamente.*

—¡Todos los coches! —le interrumpió Bourne—. ¡Dígales que se aparten!

—¡Cambio! —gritó el oficial de policía—. Alerta a todos los vehículos. ¡Comuníqueme! —Con voz tensa pero dominada, el chino habló claramente, subrayando cada palabra—. Aquí Colonia Cinco. Tenemos una emergencia. Está conmigo el hombre del Mossad y transmito sus instrucciones. Deben ser cumplidas inmediatamente. Estrella Roja Uno debe detenerse inmediatamente y ordenar que salgan todos del vehículo, indicándoles que corran para ponerse a cubierto. Todos los demás coches deben volver a la izquierda hacia el centro del campo, lejos de Estrella Roja Uno. ¡Ejecútenlo inmediatamente!

El gentío, perplejo, observaba, mientras a lo lejos rugían los motores al unísono. Cinco limusinas salieron de la formación y corrieron hacia las tinieblas exteriores del aeropuerto. El primer coche frenó rechinando; se abrieron las puertas y se apearon hombres que corrieron en todas direcciones.

Ocurrió ocho segundos más tarde. La limusina llamada Estrella Roja Uno estalló a quince metros de una puerta abierta. Metal en llamas y cristales rotos subieron en

espiral por entre el aguacero, mientras la banda de música callaba en mitad de un compás.

Pekín. 11.25 de la tarde.

Por encima de los suburbios septentrionales de Pekín hay un vasto recinto del que rara vez se habla, y al que, desde luego, no tiene acceso el público. La razón principal es la seguridad, pero hay también algo embarazoso para esa sociedad igualitaria. Porque dentro de ese enclave irregular y arbolado situado en las colinas están las villas de los personajes más poderosos de China. El recinto está envuelto en secreto, como conviene a un complejo rodeado de un alto muro de piedra gris cuyas entradas guardan curtidos veteranos del ejército, mientras por los densos bosques de su interior patrullan continuamente hombres con perros. Y, puestos a especular sobre las relaciones sociales y políticas que allí imperan, habría que hacer notar que ninguna de las villas puede ser vista desde las otras, pues cada edificio está rodeado a su vez por un muro, y tiene una guardia seleccionada personalmente por quien lo habita. El nombre del lugar, que rara vez se cita, es la Montaña de la Torre de Jade, y no se refiere a una montaña geológica sino a una gran colina que se eleva por encima de las demás. En una u otra época, siguiendo el flujo y el reflujo de la suerte política, líderes como Mao Zedong, Lin Shaoqi, Lin Biao y Zhou Enlai vivieron allí. Entre quienes ahora residían estaba el hombre de quien dependía el destino económico de la República Popular. La prensa mundial se refería a él simplemente como Sheng, y su nombre completo era Sheng Chou Yang.

Un sedán marrón venía a gran velocidad por la carretera que corría frente al imponente muro gris. Se acercó a la puerta número seis y el conductor pisó de pronto los frenos y el coche patinó y giró hacia la entrada, deteniéndose a pocos centímetros de la barrera de un naranja brillante que reflejaba la luz de los faros. Se acercó un soldado.

—¿A quién viene a ver y cómo se llama? Necesitaré su identificación oficial.

—Al ministro Sheng —dijo el conductor—, y ni importa mi nombre ni hacen falta mis papeles. Sírvese informar a la residencia del ministro que está aquí su emisario de Kowloon.

El soldado se encogió de hombros. Tales respuestas eran corrientes en la Montaña de la Torre de Jade, y presionar más podía tener como resultado un posible traslado de aquel destino celestial, donde la comida sobrante excedía a todo lo imaginable e incluso se recompensaba con cerveza extranjera a los hombres obedientes y serviciales. No obstante, el soldado usó el teléfono. El visitante tenía que ser admitido con arreglo a las normas. Lo contrario podía llevarlo a uno a arrodillarse en un campo

y recibir un tiro en la nuca. El hombre de guardia volvió a la garita y marcó el número de la villa de Sheng Chou Yang.

—Déjelo entrar. ¡En seguida!

Sin volver a donde estaba el sedán, el hombre oprimió un botón y la barrera color naranja se alzó. El coche se precipitó dentro con demasiada velocidad para el piso de gravilla, pensó el soldado. El emisario tenía mucha prisa.

—El ministro Sheng está en el jardín —dijo el oficial del ejército que había en la puerta, y que no apartaba sus ojos inquietos de la oscuridad exterior—. Vaya a verlo.

El emisario cruzó precipitadamente la sala de estar, llena de muebles lacados en rojo, hasta un arco más allá del cual había un jardín vallado con cuatro estanques con nenúfares comunicados entre sí y suavemente iluminados por luces amarillas subacuáticas. Dos caminos de grava blanca que se cortaban formaban entre los estanques una X, a cuyos extremos había asientos y mesas bajas de mimbre negro dispuestos en óvalo. Sentado solo al final del extremo oriental, junto a la pared de ladrillo, estaba un hombre esbelto de estatura media, pelo muy corto y prematuramente gris y rasgos demacrados. Si algo había en él que podía sorprender a quien lo viese por primera vez eran sus ojos, pues eran los ojos oscuros de un muerto, y sus párpados no pestañeaban ni por un instante. Pero a la vez eran los ojos de un fanático cuya ciega dedicación era el meollo de su fuerza; había calor blanco en sus pupilas, relámpagos en sus órbitas. Así eran los ojos de Sheng Chou Yang, y en ese momento despedían fuego.

—¡Cuéntame! —rugió, con ambas manos agarradas a los negros brazos del sillón de mimbre—. ¿Quién lo hizo?

—¡Es todo una mentira, ministro! Lo hemos comprobado con nuestra gente de Tel Aviv. No existe un hombre como ése. ¡No hay ningún agente del Mossad en Kowloon! ¡Todo mentira!

—¿Qué medidas tomaste?

—Está todo muy confuso...

—¿*Qué medidas?*

—Estamos tras la pista de un inglés en el Mongkok de quien nadie parece saber nada.

—¡Tontos e idiotas! ¡Idiotas y tontos! ¿Con quién has hablado?

—Con nuestro hombre clave en la policía de Kowloon. Está desconcertado, y siento decir que me parece que asustado. Hizo varias referencias a Macao y no me gustó su tono.

—Es hombre muerto.

—Transmitiré sus instrucciones.

—Me temo que no puedas hacerlo. —Sheng hizo un gesto con la mano izquierda mientras mantenía la derecha en sombras, debajo de la mesa—. Ven a rendir pleitesía al Kuomintang —ordenó.

El emisario se acercó al ministro. Hizo una profunda inclinación y tomó la mano izquierda del gran hombre. Sheng levantó la derecha. Tenía en ella una pistola.

Siguió una explosión, que voló la cabeza al emisario. Fragmentos de cráneo y tejido cayeron al estanque más cercano. Apareció en el arco el oficial, mientras el cadáver se desplomaba en la blanca gravilla.

—Deshágase de él —ordenó Sheng—. Había oído, aprendido... supuesto demasiadas cosas.

—Desde luego, ministro.

—Y póngase en contacto con el hombre de Macao. Tengo instrucciones para él y han de ser llevadas a cabo inmediatamente. Lo quiero aquí.

Mientras el oficial se acercaba al correo muerto, Sheng se levantó bruscamente de la silla y caminó despacio hasta el borde de uno de los estanques, con la cara iluminada por sus luces.

—Pronto todo Hong Kong y los territorios —dijo, con los ojos clavados en una gran hoja de nenúfar—, y poco después toda China.

—Usted nos guía, ministro —dijo el oficial, mirando a Sheng con ojos relucientes de devoción—; nosotros le seguiremos. La marcha que nos prometió ya ha empezado. Volvemos a nuestra madre y el país será otra vez nuestro.

—Sí, lo será —asintió Sheng Chou Yang—. No pueden oponérsenos. Nadie puede oponerse a *mí*.

Capítulo 20

A mediodía de aquella jornada paralizante, cuando Kai-tak era todavía un simple aeropuerto y no el escenario de un asesinato, el embajador Havilland había descrito a una estupefacta Catherine Staples las grandes líneas de la conspiración de Sheng, con raíces en el Kuomintang. Objetivo: un consorcio de taipanes con un jefe, el padre de Sheng, que se apoderaría de Hong Kong y convertiría la colonia en un imperio financiero en manos de los conspiradores. Resultado inevitable: la conspiración fracasaría, y ese gigante rabioso que es la República Popular se pondría en acción, marcharía sobre Hong Kong, acabaría con los Acuerdos y sumiría a Extremo Oriente en el caos. Catherine, incrédula, había pedido explicaciones, y a las 2.15 había leído ya por dos veces el largo y ultrasecreto *dossier* del Departamento de Estado sobre Sheng Chou Yang. Pero seguía poniendo objeciones, dado que no había modo de comprobar la veracidad de sus autores. A las 3.30 la llevaron a la sala de radio, donde, mediante una transmisión por satélite y *scrambler*, le fue ofrecida una serie de «hechos» por un hombre llamado Reilly, del Consejo de Seguridad Nacional de Washington.

—Usted no es más que una voz, mister Reilly —dijo Staples—. ¿Cómo sé que no está ahí abajo, al pie del Peak, en el Wanchai?

En ese momento hubo un clic pronunciado en la línea y Catherine oyó una voz que el mundo y ella conocían muy bien.

—Aquí el presidente de los Estados Unidos, Mrs. Staples. Si lo duda, le sugiero que llame a su consulado. Pídanles que comuniquen con la Casa Blanca y pidan confirmación de nuestra transmisión. La tendrán. Estaré pendiente. Por el momento no tengo nada mejor que hacer, nada más vital.

Catherine sacudió la cabeza y cerró un momento los ojos antes de decir.

—Le creo, señor presidente.

—Olvídese de mí, pero crea lo que ha oído. Es la verdad.

—Es que resulta tan increíble, tan inconcebible...

—No soy un experto, Mrs. Staples, y nunca he pretendido serlo, pero tampoco el caballo de Troya era verosímil. Eso puede ser una leyenda, y la esposa de Menelao la ocurrencia de un narrador de fuego de campamento, pero la idea es válida, y se ha convertido en símbolo del enemigo que destruye a su adversario desde dentro.

—¿Menelao...?

—No haga caso de los periódicos; he leído algunos libros. Pero crea a nuestro pueblo, Mrs. Staples. La necesitamos. Llamaré a su primer ministro si eso puede servir de algo, pero sinceramente le diré que preferiría no hacerlo. A lo mejor cree necesario

consultar con otros.

—No, señor presidente. El secreto es esencial. Estoy empezando a comprender al embajador Havilland.

—En eso me lleva ventaja. Yo no siempre le entiendo.

—Tal vez sea mejor así, señor presidente.

A las 3.58 hubo una llamada de emergencia —máxima prioridad— a la casa franca de Victoria Peak, pero no era ni para el embajador ni para el subsecretario de Estado McAllister. Era para el mayor Lin Wenzu, y a partir de entonces comenzó una espantosa vela que iba a durar cuatro horas. La escasa información era tan electrizante que estaban todos absolutamente concentrados en la crisis, y Catherine Staples telefoneó a su consulado para decir al alto comisario que se encontraba bien y no asistiría a la conferencia sobre estrategia con los norteamericanos esa tarde. Su presencia en la casa franca era bien acogida. El embajador Havilland quería que la funcionaria del servicio exterior viese y comprendiese por sí misma lo cerca que estaba Extremo Oriente de un cataclismo; cómo un error, inevitable, por parte de Sheng o de su asesino podría provocar una explosión tal que tropas de la República Popular entrarían en Hong Kong a las pocas horas, con lo que no sólo se interrumpiría el comercio mundial de la colonia, sino que esa interrupción iría acompañada de grandes sufrimientos humanos: salvajes disturbios por todas partes, escuadras de la muerte de la izquierda y la derecha explotando resentimientos que se remontaban a cuarenta años, facciones raciales y provinciales combatiendo entre sí y con los militares. Correría la sangre en las calles y en el puerto, y, como naciones de todo el mundo se verían afectadas, la guerra mundial era una posibilidad muy real. Le decía estas cosas mientras Lin trabajaba furiosamente al teléfono, dando órdenes, coordinando a su gente con la policía de la colonia y los servicios de seguridad del aeropuerto.

Todo había empezado cuando el mayor del MI-Seis colgó el teléfono y dijo en voz baja, en aquella habitación de Victoria Peak:

—Kai-tak, esta noche. Las delegaciones chino-británicas. Asesinato. El blanco es el gobernador de la Corona. Creen que se trata de Jason Bourne.

—¡No puedo entenderlo! —protestó McAllister, saltando del sofá—. Es algo prematuro. ¡Sheng no está preparado! Si lo estuviese habríamos tenido algún indicio, un comunicado oficial de su ministerio en el que se aludiese a la propuesta de una comisión de algún tipo. ¡Es un error!

—¿De cálculo? —preguntó fríamente el embajador.

—Posiblemente. U otra cosa; una estrategia que no hemos tenido en cuenta.

—Póngase a trabajar, mayor —dijo Havilland.

Tras haber dado sus últimas órdenes, Lin recibió a su vez una de Havilland antes de encaminarse al aeropuerto.

—No se deje ver, mayor. Téngalo muy en cuenta.

—Imposible —dijo Lin—. Con todos mis respetos, señor, debo estar *allí* con mis hombres. Se necesitan ojos expertos.

—Con igual respeto —replicó Havilland—, debo hacer de ello condición para que usted entre allí.

—¿Por qué, señor embajador?

—Con su perspicacia, me sorprende que lo pregunte.

—¡Tengo que hacerlo! No lo entiendo.

—Entonces tal vez sea culpa mía, mayor. Pensé que había explicado de sobra por qué llegábamos a esos extremos para traer aquí a *nuestro* Jason Bourne. Acepte que es extraordinario; su historial lo prueba. Tiene el oído no sólo pegado al suelo, sino pendiente de los cuatro vientos. Hemos de suponer, si el diagnóstico médico es acertado y sigue recobrando la memoria, que tiene contactos en toda esta parte del mundo, en rincones y escondrijos de los que no sabemos nada. Suponga, sólo suponga, mayor, que uno de esos contactos le informa de que ha habido una alerta de emergencia para esta noche en el aeropuerto de Kai-tak, que se ha reunido un gran dispositivo de seguridad para proteger al gobernador de la Corona. ¿Qué cree que haría?

—Estar allí —respondió Lin Wenzu a su pesar—. En alguna parte.

—Y suponga también que *nuestro* Bourne le viese. Perdóneme, pero a usted no es fácil pasarlo por alto. La disciplina de su mente lógica, y lógica, disciplina e imaginación fueron siempre sus medios de supervivencia, le obligaría a descubrir con precisión quién es usted. ¿Necesito decir más?

—Creo que no —dijo el mayor.

—Establecería la relación —dijo Havilland, haciendo caso omiso de las palabras de Wenzu—. No hay tal taipán con una joven esposa asesinada en Macao. En cambio sí un miembro altamente considerado de la Inteligencia británica que se hace pasar por un taipán y que le ha suministrado una mentira más, eco de otra mentira anterior. Sabrá que una vez más ha sido manipulado oficialmente, manipulado de la manera más brutal posible, el secuestro de su mujer. La mente, mayor, es un instrumento delicado, y la suya, en estos momentos, más delicada que la mayoría. Sólo puede admitir una cierta cantidad de estrés. No quiero ni pensar lo que podría hacer, lo que podríamos empujarle a hacer.

—Ése fue siempre el aspecto más débil del guión, y sin embargo era la base —dijo Wenzu.

—«Un procedimiento ingenioso» —interrumpió McAllister, evidentemente citando—. «Pocos actos de venganza son tan fáciles de entender como el ojo por ojo.» Palabras tuyas, Lin.

—¡En tal caso, no deberían haberme elegido para representar a su taipán! ¡Hay una crisis aquí en Hong Kong y ustedes me han atado las manos!

—Es la misma crisis a la que nos enfrentamos todos —dijo Havilland—. Sólo que esta vez estamos prevenidos. Además, Lin, ¿a qué otro podríamos haber elegido? ¿Qué otro chino sino el probado jefe de la Rama Especial hubiera sido autorizado por Londres para oír lo que se le dijo a usted al principio, y mucho menos lo que sabe ahora? Instale su puesto de mando en la torre del aeropuerto. Tiene cristales oscuros.

En silencio, el enorme mayor se volvió, enfadado, y salió de la habitación.

—¿Es prudente dejarlo ir? —preguntó McAllister mientras, con el embajador y Catherine Staples, contemplaba la salida de Lin.

—Desde luego —respondió el diplomático de operaciones encubiertas.

—He pasado bastantes semanas aquí en el MI-Seis —continuó rápidamente el subsecretario—. Sé que ese hombre ha desobedecido más de una vez.

—Sólo cuando las órdenes procedían de funcionarios británicos amigos de darse tono y con menos experiencia que él. Nunca fue reprendido; tenía razón, lo mismo que ahora sabe que yo la tengo.

—¿Cómo puede estar seguro?

—¿Por qué cree que dijo que le habíamos atado las manos? No le gusta, pero lo acepta. —Havilland fue detrás de la mesa y se volvió a Catherine—. Siéntese, por favor, Mrs. Staples. Y a usted, Edward, me gustaría pedirle un favor que no tiene nada que ver con la confidencialidad. Sabe tanto como yo y probablemente está más al corriente, y sin duda recurriré a usted cuando necesite información. No obstante, me gustaría hablar con Mrs. Staples a solas.

—No faltaba más —dijo el subsecretario, recogiendo papeles de encima de la mesa mientras Catherine tomaba asiento frente al diplomático—. Tengo mucho que pensar. Si lo de Kai-tak no es un engaño, si se trata de una orden directa de Sheng, es que ha concebido una estrategia en la que realmente no hemos pensado, y eso es muy peligroso. Desde todas las direcciones que hemos explorado, lo que trata es de ofrecer su cámara de compensación, su maldita comisión económica, y en una situación estable, no en todo lo contrario. Podría hacer pedazos todo, pero no es ningún estúpido. ¿Qué pretende ahora?

—Considera, si le parece —interrumpió el embajador, frunciendo el ceño mientras se sentaba—, la inversa de nuestro enfoque. En vez de implantar su cámara de compensación financiera con un surtido de taipanes durante un período de estabilidad, lo hace en plena inestabilidad, pero por las buenas, afirmando que sólo quiere restaurar rápidamente el orden. En vez de un gigante rabioso, un padre protector que vela por sus hijos emocionalmente perturbados y trata de restablecer la calma.

—¿Con qué ventajas?

—Únicamente la de la rapidez. ¿Quién iba a ponerse a mirar con lupa a un grupo de respetados financieros de la colonia que se ofrecen para solucionar una crisis? Al fin y al cabo, representan la estabilidad. Es algo en lo que vale la pena pensar.

McAllister recogió los papeles y miró a Havilland.

—Es un juego demasiado peligroso para él —dijo—. Sheng se arriesga a perder el control de los expansionistas del Comité Central, de los viejos militares revolucionarios que buscan cualquier excusa para entrar en la colonia. Una crisis basada en la violencia sólo serviría para hacerles el juego. Fue el guión que ofrecimos a Webb, y es de lo más realista.

—A menos que la posición de Sheng sea ahora lo bastante fuerte para suprimirlos. Como usted mismo dijo, Sheng Chou Yang ha conseguido mucho dinero para China, y si alguna vez hubo un pueblo básicamente capitalista es el chino. Sienten algo más que un respeto saludable por el dinero; para ellos es una obsesión.

—También respetan a los viejos de la Larga Marcha, y de un modo no menos obsesivo. Sin aquellos primeros maoístas, la mayor parte de los jóvenes líderes chinos serían campesinos analfabetos que estarían ahora desriñonándose en el campo. Reverencian a esos viejos soldados. Sheng no se arriesgaría a un enfrentamiento.

—En ese caso, hay una teoría alternativa que podría ser la combinación de lo que ambos decimos. A Webb no le dije que desde hace meses no se sabe nada de algunos de los líderes más ruidosos de la vieja guardia de Pekín. En los casos en que hubo información oficial, se dijo que habían muerto por causas naturales o en un trágico accidente, y de uno de ellos que había caído en desgracia. Pero si es acertada nuestra suposición de que al menos algunos de esos hombres han sido víctimas del pistolero a sueldo de Sheng...

—Entonces ha consolidado su posición —interrumpió McAllister—. Pekín está lleno de occidentales; los hoteles están al límite de su capacidad. Qué supone uno más, en especial un asesino camaleónico que puede ser cualquiera, un agregado, un hombre de negocios...

—¿Y quién mejor que ese gran manipulador que es Sheng para preparar entrevistas secretas entre su Jason Bourne y las víctimas elegidas? Cualquier pretexto serviría, pero sobre todo el espionaje de alta tecnología militar.

—Si algo de esto se acerca a la verdad, Sheng ha ido mucho más lejos de lo que pensábamos.

—Coja sus papeles. Pida cuanto necesite a nuestra gente de Inteligencia y al MI-Seis. Estúdielo todo, pero encuéntrenos un modelo, Edward. Si esta noche perdemos a un gobernador de la Corona podemos estar en camino de perder Hong Kong en cuestión de días, y por motivos que nunca debieron serlo.

—Se le protegerá —farfulló McAllister con cara preocupada camino de la puerta.

—Cuento con ello —dijo el embajador, mientras el subsecretario salía de la habitación. Havilland se volvió a Catherine Staples—. ¿Empieza a comprenderme?

—Las palabras y lo que implican sí, pero no ciertos detalles —dijo Catherine, dirigiendo una mirada a la puerta que acababa de cerrar el subsecretario de Estado—. Es un hombre extraño, ¿no le parece?

—¿McAllister?

—Sí.

—¿Le preocupa?

—Todo lo contrario. Da cierta credibilidad a cuanto me han dicho usted, ese tal Reilly y me temo que incluso su presidente. —Staples se volvió al embajador—. Pretendo ser sincera.

—Quiero que lo sea, y comprendo en qué longitud de onda está. McAllister es una de las mejores mentes analíticas del Departamento de Estado, un brillante burócrata que nunca llegará a donde merece.

—¿Por qué?

—Creo que lo sabe, o al menos lo presiente. Es un hombre de una gran moralidad, y eso se ha atravesado en el camino de su ascenso. Si a mí me hubiese caído esa maldición que es su sentido del ultraje moral nunca habría llegado a ser quien soy, y, diré en mi defensa, tampoco hubiese hecho lo que he hecho. Pero creo que también sabe esto. Dijo lo suficiente cuando entró aquí.

—Ahora es usted quien es sincero, y se lo agradezco.

—Me alegro. Quiero que todo quede claro entre nosotros, porque necesito su ayuda.

—¿Marie?

—Y algo más. ¿Qué detalles la preocupan? ¿Qué puedo aclararle?

—Esa «cámara de compensación», esa comisión de banqueros taipanes que Sheng

propondrá para supervisar la política financiera de la colonia...

—Permítame adivinar —la interrumpió el diplomático—. A primera vista serán de diferente carácter y posición y eminentemente respetables. Como dije a McAllister cuando nos conocimos, si creyésemos que ese plan insensato era viable nos haríamos los distraídos y les desearíamos suerte, pero no tiene la menor posibilidad. Todos los hombres poderosos tienen enemigos; habrá escépticos, aquí en Hong Kong y en Pekín, facciones celosas por haber sido excluidas, y cavarán más hondo de lo que espera Sheng. Supongo que sabrá lo que van a encontrar.

—Que todos los caminos, los visibles y los subterráneos, llevan a Roma, y Roma aquí es ese taipán, el padre de Sheng, cuyo nombre nunca mencionan sus documentos. Él es la araña de cuya tela forman parte todos los miembros de esa *clearing house*. Él los controla. ¿Quién diablos es?

—Ojalá lo supiésemos.

—¿De verdad no lo saben?

—Si lo supiésemos, la vida sería mucho más fácil, y se lo habría dicho. No estoy jugando; nunca hemos sabido quién es. ¿Cuántos taipanes hay en Hong Kong, cuántos fanáticos deseosos de devolver a Pekín golpe por golpe a mayor gloria del Kuomintang? Piensan que China les fue robada; su patria, las tumbas de sus antepasados, sus propiedades, todo. Muchos eran personas decentes, pero otros no. Los políticos, los señores de la guerra, los latifundistas, los inmensamente ricos, constituían una sociedad privilegiada que se alimentaba del sudor y la opresión de millones de personas. Y si eso suena a propaganda comunista, fue un caso clásico de provocación el que la hizo posible. Tratamos con un puñado de exiliados obsesos que quieren recuperar lo suyo. Olvidan la corrupción que condujo a su caída.

—¿Ha pensado en enfrentarse al propio Sheng, en privado?

—Por supuesto, y su reacción es de sobra predecible. Se haría el ofendido y nos diría sin rodeos que si seguimos con tan despreciables fantasías, que sólo pretenden desacreditarlo, anulará los acuerdos anglo-chinos, alegando duplicidad, y pondrá inmediatamente a Hong Kong dentro de la órbita económica de Pekín. Afirmaría que muchos de los marxistas de la vieja guardia del Comité Central aplaudirían esa medida, y tendría razón. Después nos miraría y probablemente diría: «Caballeros, a ustedes les toca elegir. Buenos días.»

—Y si ustedes hicieran pública la conspiración de Sheng ocurriría otro tanto, y él sabe que lo saben. Pekín denunciaría los acuerdos y echaría la culpa a Taiwán y a Occidente por entrometerse. Sería el momento de salvar al territorio de la corrupción capitalista haciéndole marcar el paso marxista. Lo que sigue es el colapso económico.

—Así lo interpretamos nosotros.

—¿Y la solución?

—Sólo hay una. Sheng.

Staples movió afirmativamente la cabeza.

—Juego duro —dijo.

—El más duro, si es a eso a lo que se refiere.

—A eso es obviamente a lo que me refiero. Y el marido de Marie, ese Webb,

¿forma parte de la solución?

—Jason Bourne forma parte de ella, sí.

—Porque ese impostor, ese asesino que se hace llamar Bourne, puede ser atrapado por el hombre extraordinario al que imita, como dijo McAllister, aunque no en ese contexto. Ocupa su lugar y lleva a Sheng a donde pueda poner en práctica la solución, la solución extrema. Qué diablos: lo mata.

—Sí. En algún lugar de China, por supuesto.

—¿En China... por supuesto?

—Sí; haciendo que parezca un fratricidio interno sin conexiones exteriores. Pekín sólo podría echar la culpa a enemigos desconocidos de Sheng dentro de su propia jerarquía. Aunque en semejante coyuntura, si llega a ocurrir, eso carecerá probablemente de importancia. El mundo no tendrá noticias oficiales de la muerte de Sheng durante semanas, y cuando se anuncie, su «muerte repentina» será sin duda atribuida a un infarto o a una hemorragia cerebral, pero desde luego no a un asesinato. El gigante no exhibe sus aberraciones; las esconde.

—Que es precisamente lo que ustedes quieren.

—Por supuesto. Así el mundo sigue su marcha, los taipanes quedan cortados de su fuente, la «cámara» de Sheng se derrumba como un castillo de naipes y hombres razonables continúan cumpliendo los Acuerdos para beneficio de todos. Pero queda un largo camino hasta ahí, Mrs. Staples. Para empezar, tenemos hoy, esta noche, Kaitak. Podría ser el principio del fin, porque carecemos de contramedidas inmediatas que aplicar. Si parezco tranquilo, es sólo una ilusión, hija de años de ocultar las tensiones. En este momento mis dos consuelos son que las fuerzas de seguridad de la colonia están entre las mejores del mundo, y, dejando a un lado la tragedia de las posibles muertes, que Pekín está al tanto de la situación. Hong Kong no está ocultando nada, ni piensa hacerlo. De modo que, en cierto sentido, la protección del gobernador de la Corona se ha convertido a la vez en un riesgo y una aventura conjuntos.

—¿Cómo ayuda eso si ocurre lo peor?

—Sobre todo tiene un valor psicológico. Puede evitar la apariencia, si no el hecho,

de la inestabilidad, pues la emergencia ha sido clasificada de antemano como un acto aislado de violencia premeditada no sintomático de la inquietud de la colonia. Y, sobre todo, se trata de algo compartido. Ambas delegaciones tienen sus propias escoltas militares, que serán utilizadas.

—¿Cree posible contener una crisis a base de tan sutiles puntos de protocolo?

—Por lo que me ha dicho, usted no necesita lecciones en materia de contención de crisis, ni de precipitarlas. Eso aparte, puede írsenos todo de las manos si ocurre algo que eche las sutilezas a la basura. A pesar de todo lo que he dicho, tengo un susto de muerte. Hay tantas posibilidades de errar el cálculo... Ése es nuestro peor enemigo, Mrs. Staples. Lo único que podemos hacer es esperar, y la espera es la parte más dura, la más agotadora.

—Tengo otras preguntas que hacerle.

—No faltaba más, las que quiera. Hágame pensar, y hasta sudar, si puede. Eso nos ayudará a olvidar la espera.

—Acaba usted de referirse a mi discutible capacidad en materia de contención de crisis. Pero añadió, pienso que más confidencialmente, que podía también precipitarlas.

—Lo siento, no pude resistirme. Es una mala costumbre.

—Supongo que se refería al agregado, a John Nelson.

—¿A quién?... Ah, sí; el joven del consulado. Lo que le falta de juicio le sobra de valor.

—Se equivoca.

—¿En lo del juicio? —preguntó Havilland, con sus gruesas cejas arqueadas en un suave asombro—. ¿De verdad?

—No trato de excusar sus debilidades, pero es una de las personas de más calidad que tienen ustedes. Su juicio profesional es superior al de la mayoría de su personal más experimentado. Pregunte a cualquiera de un consulado que haya estado en reuniones con él. Es también uno de los pocos que hablan un estupendo cantonés.

—También comprometió lo que sabía era una operación muy secreta.

—Si no lo hubiera hecho, ustedes no me hubiesen encontrado, no habrían llegado tan cerca de Marie St. Jacques como están ahora.

—¿Tan cerca...? —Havilland se echó hacia delante con mirada colérica, inquisitiva—. Supongo que no va a seguir ocultándola.

—Probablemente no. Aún no lo he decidido.

—¡Por Dios, después de todo lo que le hemos dicho! ¡Esa mujer tiene que estar aquí! ¡Sin ella hemos perdido, estamos *todos* perdidos! Si Webb descubriese que no

está con nosotros, que ha desaparecido, se volvería loco. ¡Tiene que entregárnosla!

—Ésa es la cuestión. Puedo entregársela en cualquier momento; no tiene por qué ser cuanto usted diga.

—¡No! —tronó el embajador—. ¡Cuando nuestro Jason Bourne termine su misión, si la termina, habrá una serie de llamadas telefónicas que lo pondrán en contacto directo con su esposa!

—No voy a darle un número de teléfono —dijo Staples como la cosa más natural—. Sería como darle su dirección.

—¡No sabe lo que hace! ¿Qué tengo que decir para convencerla?

—Es muy sencillo. Reprenda de palabra a John Nelson; sugiera que se presente a usted, si lo desea, pero no ponga nada por escrito y manténgalo aquí, en Hong Kong, que es donde mejor pueden apreciar sus cualidades.

—¡Por Dios! —estalló Havilland—. ¡Si es un drogadicto!

—Eso es ridículo, pero típico de la reacción primaria de un «moralista» norteamericano en cuanto le dan unas cuantas palabras clave.

—Por favor, Mrs. Staples...

—Estaba drogado; él no toma drogas. Su límite son tres martinis al vodka, y le gustan las chicas. Por supuesto, algunos de sus agregados varones prefieren a los jovencitos, y su límite está más cerca de los seis martinis, pero ¿quién los cuenta? Personalmente, me importa un comino lo que hacen los adultos dentro de las cuatro paredes de un dormitorio; no creo que, sea lo que sea, afecte a lo que hacen fuera; pero Washington tiene esa curiosa preocupación por...

—¡Está bien, Mrs. Staples! Nelson se llevará una regañina, a mi cargo, y el cónsul general no será informado ni constará nada por escrito. ¿Está satisfecha?

—Ya vamos a llegar a eso. Llámelo esta tarde y dígaselo. Dígale también que no hable una sola palabra de su acto fuera de programa, en su propio beneficio.

—Será un placer. ¿Hay algo más?

—Sí, y me temo que no sé cómo decírselo sin insultarlo.

—No parece que eso sea problema para usted.

—Lo es porque sé mucho más de lo que sabía hace tres horas.

—Entonces insúlteme, querida señora.

Catherine hizo una pausa, y cuando habló su voz suplicaba comprensión. Vacía pero vibrante, llenaba el cuarto.

—¿Por qué, por qué lo hicieron? ¿No había otra manera?

—Supongo que se refiere a Mrs. Webb.

—¡Pues claro que me refiero a ella, y no menos a su marido! Ya se lo he

preguntado antes: ¿tienen idea de lo que les ha hecho? Es algo bárbaro, y lo digo en el peor sentido de la palabra. Los han puesto a los dos en una especie de potro medieval donde les han destrozado literalmente el cerebro y el cuerpo, los han hecho vivir sabiendo que podían no volver a verse nunca, que con una decisión equivocada podían causar la muerte del otro. Un abogado norteamericano hizo una vez una pregunta en una audiencia del Senado que me temo debo hacerle yo a usted: ¿es que no tienen sentido de la decencia, señor embajador?

Havilland dirigió a Staples una mirada cansina.

—Tengo sentido del deber —dijo, con la voz tan cansada como el rostro—. Tenía que crear rápidamente una situación capaz de provocar una respuesta inmediata, un compromiso total de actuación instantánea. Se basaba en un incidente del pasado de Webb, algo terrible que convirtió a un joven profesor civilizado en... bueno, solían describirlo como el «perfecto guerrillero». Necesitaba a ese hombre, a ese cazador, por las razones que ya sabe. Ahora está aquí, está de cacería, y supongo que su esposa está ilesa y es claro que nunca pretendimos otra cosa para ella.

—El incidente del pasado de Webb, ¿se refiere a su primera esposa, en Camboya?

—Entonces ¿lo sabe?

—Me lo contó Marie. Su mujer y sus dos hijos fueron muertos por un caza a reacción solitario que hizo una pasada a lo largo de un río y ametralló el agua donde jugaban.

—Se transformó en otro hombre —dijo Havilland, asintiendo con la cabeza—. Su mente estalló, y aquélla se convirtió en su guerra a pesar de que sentía poco o ningún respeto por Saigón. Vengaba su ultraje del único modo que sabía, combatiendo a un enemigo que le había robado la vida. Sólo acostumbraba a ocuparse de las misiones más complejas y peligrosas, en las que los objetivos eran importantes y los blancos estaban al alcance de un comando. Un médico dijo que, en su deformación mental, Webb estaba matando a los asesinos conscientes que enviaron a otros inconscientes. Supongo que tiene sentido.

—Y al arrebatarse a su segunda esposa en Maine resucitaron el fantasma de su primera pérdida, del incidente que lo convirtió en el «guerrillero perfecto», y más tarde en Jason Bourne, cazador de Carlos el Chacal.

—Sí, Mrs. Staples, y yo necesitaba a ese cazador en su sitio inmediatamente. No podía perder tiempo, ni un minuto, y no conocía ningún otro modo de obtener resultados inmediatos.

—¡Es un especialista en Oriente! —exclamó Catherine—. Comprende la dinámica de Oriente mucho mejor que ninguno de nosotros, los supuestos expertos. ¿No podía

haber apelado a él, a su sentido de la historia, haciéndole ver las consecuencias de lo que podía ocurrir?

—Puede ser un especialista, pero antes es un hombre que cree, con cierta justificación, que fue traicionado por su gobierno. Pidió ayuda y le pusieron una trampa para matarlo. Ninguna apelación mía hubiese podido salvar esa barrera.

—¡Pudo haberlo intentado!

—¿Y arriesgarme a una demora cuando cada hora contaba? En cierto modo, siento que no se haya visto nunca en mi situación. Entonces tal vez pudiera realmente entenderme.

—Otra pregunta —dijo Catherine, levantando la mano con ademán desafiante—. ¿Qué le hace suponer que David Webb irá a China detrás de Sheng si encuentra y atrapa al impostor? Tal como yo lo entiendo, el acuerdo es que entregue al hombre que se hace llamar Jason Bourne y le devolverán a Marie.

—Si llegamos a eso, no tendrá realmente importancia. Es entonces cuando le diremos por qué hicimos lo que hicimos, cuando apelaré a su conocimiento de Extremo Oriente y a las consecuencias que tendrán para el mundo las maquinaciones de Sheng y los taipanes. Si se desentiende, tenemos varios agentes con experiencia que pueden ocupar su lugar. No son personas a los que uno llevaría a casa para presentárselas a su madre, pero están disponibles y pueden hacerlo.

—¿Cómo?

—Claves, Mrs. Staples. Los métodos del verdadero Jason Bourne incluían siempre claves entre él y sus clientes. Formaban parte del mito, y el impostor ha estudiado todos los aspectos del original. Una vez que ese nuevo Bourne esté en nuestras manos conseguiremos la información que necesitamos de un modo u otro, confirmándola mediante drogas, por supuesto. Sabremos cómo llegar hasta Sheng, y es cuanto necesitamos. Un encuentro en el campo, fuera de la Montaña de la Torre de Jade, una muerte y el mundo seguirá su marcha. No se me ocurre ninguna otra solución. ¿Y a usted?

—No —dijo Catherine, moviendo lentamente la cabeza—. Eso es juego duro.

—Entréguenos a Mrs. Webb.

—Sí, desde luego, pero no esta noche. No puede ir a ninguna parte, y ustedes tienen ya suficientes preocupaciones con lo de Kai-tak. La he llevado a un piso de Tuen Mun, en los Nuevos Territorios. Es de una amiga mía. También la llevé a un médico que le vendó los pies (se los magulló de mala manera huyendo de Lin) y le dio un sedante. ¡Dios mío, está deshecha!, lleva días sin dormir, y las pildoras no la aliviaron mucho anoche; estaba demasiado tensa, demasiado asustada. Me quedé con

ella y estuvo hablando hasta el amanecer. Déjenla descansar. Yo la recogeré por la mañana.

—¿Cómo va a conseguirlo? ¿Qué le dirá?

—No estoy segura. La llamaré más tarde y trataré de mantenerla tranquila. Le contaré que estoy haciendo progresos, tal vez más de los que pensé. Sólo quiero darle esperanzas, aliviar su tensión. Le diré que no se separe del teléfono, que descanse cuanto pueda y que irá allí por la mañana, creo que con buenas noticias.

—Me gustaría enviar a otras personas con usted —dijo Havilland—, entre ellas McAllister. La conoce y creo sinceramente en su capacidad de persuasión. Reforzaré sus razonamientos.

—Puede ser —asintió Catherine, haciendo gestos de asentimiento—. Como usted dice, lo presentía. Está bien, pero tienen que mantenerse lejos hasta que haya hablado con ella, y eso puede llevar un par de horas. Tiene una gran desconfianza hacia Washington y me costará mucho convencerla. Basta pensar en la situación de su marido. No puedo decirle que apruebo lo que ustedes hicieron, pero sí que, dado lo extraordinario de las circunstancias, sin excluir el posible colapso económico de Hong Kong, comprendo por qué lo hicieron. Lo que ella debe comprender al menos es que está más cerca de su marido con ustedes que lejos de ustedes. Es muy femenina y muy guapa, aunque más que atractiva yo diría impresionante, pero no olvide que es una ranchera de Calgary. No le aconsejaría que se quedase a solas con ella en una habitación. Estoy segura de que ha derribado reses más fuertes que usted.

—Traeré una escuadra de marines.

—No se le ocurra; los volvería contra usted. Es una de las personas más persuasivas que conozco.

—Tiene que serlo —dijo el embajador, recostándose en su asiento—. Obligó a un hombre carente de identidad y con abrumadores sentimientos de culpa a mirar dentro de sí mismo y salir de los túneles de su propia confusión. No era tarea fácil. Hábleme de ella; no de los secos datos de un *dossier*, sino de la persona.

Así lo hizo Catherine, contándole lo que sabía por observación y por instinto; y cada vez que surgía un nuevo aspecto daba lugar a nuevas preguntas. Pasaba el tiempo, puntuado con repetidas llamadas telefónicas que ponían a Havilland al tanto de cómo iban las cosas en el aeropuerto de Kai-tak. El sol descendía más allá de los muros del jardín. Prepararon una cena ligera para el personal.

—¿Quiere pedir a mister McAllister que nos acompañe? —dijo Havilland a uno de los camareros.

—Le pregunté si podía llevarle algo, señor, y fue muy tajante. Me dijo que me

fuese y le dejase en paz.

—Entonces no importa; gracias.

Seguían llegando las llamadas telefónicas. El tema de Marie St. Jacques estaba agotado, y la conversación versaba ahora exclusivamente sobre lo que ocurría en Kai-tak. Staples observaba admirada al diplomático, pues cuanto más intensa se hacía la crisis más lentas y controladas eran sus palabras.

—Hábleme de usted, Mrs. Staples. Sólo desde un punto de vista profesional, por supuesto.

Catherine estudió a Raymond Havilland y comenzó tranquilamente:

—Broté de una espiga de trigo en Ontario...

—Claro, claro —dijo el embajador con toda sinceridad, sin dejar de mirar hacia el teléfono.

Y Staples comprendió. El famoso estadista llevaba adelante una conversación inocua mientras tenía la mente clavada en un tema totalmente distinto, Kai-tak. Sus ojos se mantenían pendientes del teléfono y su muñeca giraba constantemente para permitirle ver el reloj, y sin embargo nunca descuidaba las pausas del diálogo en las que se esperaba interviniese.

—Mi ex marido vende zapatos.

La cabeza de Havilland dejó de pensar en el reloj. Nadie le creería capaz de una sonrisa embarazada, pero en ese momento la tenía.

—Me ha cogido —dijo.

—Hace mucho tiempo.

—Hay una razón. Conozco muy bien a Owen Staples.

—Es probable. Imagino que se mueve usted en los mismos círculos.

—Lo vi el año pasado en la Copa de la Reina, en Toronto. Uno de sus caballos corrió notablemente bien. A él parecía que el traje le estaba pequeño, pero después fue uno de los acompañantes de la reina madre.

—Durante nuestro matrimonio nunca pudo usar trajes de confección.

—¿Sabe? —dijo Havilland—. Cuando me informé sobre usted y supe que había estado casada con Owen, tuve por un momento la tentación de llamarlo. No para decirle nada, claro está, sino para preguntarle por usted. Después pensé: Dios mío, en esta época de cortesía posmarital, supongamos que todavía se hablan. Se me vería el plumero.

—Todavía nos hablamos, y a usted se le vio el plumero cuando voló a Hong Kong.

—Sí, pero sólo después de que la esposa de Webb se puso en comunicación con

usted. Dígame, ¿qué pensó la primera vez que oyó que yo estaba aquí?

—Que el Reino Unido lo había llamado para asesorarle sobre los acuerdos.

—Me halaga.

Sonó el teléfono y la mano de Havilland se disparó a cogerlo. Quien llamaba era Wenzu, dando cuenta de los progresos que se hacían en Kai-tak o, se diría más bien oyéndolo, de la falta de progresos.

—¿Por qué no se limitan a dar por terminada toda la maldita cosa? —preguntó de mal humor el embajador—. ¡Métalos en sus coches y que se vayan de ahí! —Cualquiera que fuese la respuesta del mayor, sólo sirvió para exasperar aún más a Havilland—. ¡Eso es ridículo! ¡Se trata de un posible asesinato! Dadas las circunstancias, no está en juego la imagen ni el honor de nadie, y créame, el mundo no está ansioso esperando por esa maldita conferencia de prensa. ¡La mayor parte de él está durmiendo! —El diplomático volvió a escuchar, y lo que dijo Lin no sólo le asombró, sino que le puso furioso—. ¿Los chinos dicen eso? ¡Es ridículo! ¡Pekín no tiene derecho a hacer una petición así! ¡Es... —Havilland miró a Staples—... una barbaridad! ¡Alguien debería decirles que no se trata de que ellos salven la cara, sino de que el gobernador de la Corona salve la cabeza! —Silencio. Los ojos del embajador parpadearon con malhumorada resignación—. Lo sé, lo sé. La estrella roja debe seguir brillando aun en medio del mayor apagón. No hay nada que hacer, de manera que haga todo lo que pueda, mayor. Siga llamando. Como dice uno de mis nietos, estoy «comiendo plátanos», que no sé qué diablos significa. —Havilland colgó y miró a Catherine—. Órdenes de Pekín. Las delegaciones no deben correr frente al terrorismo occidental. Proteger a todos los afectados, pero seguir adelante.

—Probablemente Londres lo aprobaría. Ese «seguir adelante» me resulta familiar.

—Órdenes de Pekín... —dijo en voz baja el diplomático, sin escuchar a Staples—. ¡Órdenes de Sheng!

—¿Está seguro?

—Todo este juego es cosa suya. Es él quien lleva la batuta. ¡Dios mío, está preparado!

La tensión crecía en progresión geométrica con cada cuarto de hora, hasta que el aire estuvo cargado de electricidad. Llegó la lluvia, que empezó a tamborilear implacablemente en el ventanal. Metieron un televisor y lo encendieron, y el embajador volante norteamericano y la funcionaria del servicio exterior canadiense lo miraron con miedo y en silencio. El enorme *jet* se acercaba bajo la lluvia a su cita con la muchedumbre de reporteros y cámaras. Aparecieron primero las guardias de honor inglesa y china, entrando simultáneamente desde ambos lados de la puerta abierta. Su

aparición supuso un sobresalto, porque en vez del paso solemne que se espera de tales escoltas militares las escuadras acudieron rápidamente a tomar posiciones a los lados de la escalera metálica, con las armas cortas empuñadas y los fusiles dispuestos. Después aparecieron los líderes, saludando a la concurrencia, y empezaron a bajar la escalera seguidos por dos filas de subordinados que sonreían forzosamente. Comenzaba la extraña «conferencia de prensa» cuando el subsecretario de Estado Edward McAllister irrumpió en la habitación, haciendo que la puerta se estrellase contra la pared al abrirla.

—¡Lo tengo! —gritó, con un papel en la mano—. ¡Estoy seguro de que lo tengo!

—¡Tranquilícese, Edward! Hable con sentido.

—¡La delegación china! —exclamó McAllister sin aliento, corriendo hacia el diplomático y arrojando el papel ante él—. ¡La encabeza un hombre llamado Lao Sing, y su segundo es el general Yunshen! Son poderosos y llevan años oponiéndose a Sheng Chou Yang, objetando abiertamente a su política en el Comité Central. Su inclusión en los equipos negociadores fue al parecer un gesto de buena voluntad de Sheng para mantener un equilibrio que le diese una imagen de juego limpio ante la vieja guardia.

—Por el amor de Dios, ¿qué está tratando de decirme?

—¡No es el gobernador de la Corona! ¡No es sólo él! ¡Son todos! Con una sola acción elimina a sus dos mayores adversarios en Pekín y deja el camino despejado. Después, como usted decía, implanta su cámara, sus taipanes, durante un período de inestabilidad, ahora compartido por ambos gobiernos.

Havilland arrancó el teléfono del soporte.

—Póngame con Lin en Kai-tak —ordenó a la centralita—. ¡Rápido!... El mayor Lin, por favor. ¡En seguida! ¿Qué quiere decir con que no está ahí? ¿Dónde está? ¿Quién habla?... Sí, sé quién es. ¡Escúcheme y ponga atención! El blanco no es sólo el gobernador de la Corona, sino algo peor. Incluye a dos miembros de la delegación china. Separe a todos los grupos... ¿Que sabe eso?... ¿Un hombre del Mossad? ¿Qué diablos...? ¡No hay tal acuerdo, cómo iba a haberlo! Sí, por supuesto, dejaré libre la línea. —Jadeante y con la cara pálida, el diplomático miró a la pared y habló con voz apenas audible—. Lo descubrieron, Dios sabe cómo, y están tomando contramedidas. ¿Quién? Por los clavos de Cristo, ¿quién pudo ser?

—*Nuestro* Jason Bourne —dijo McAllister—. Está allí.

En la pantalla del televisor, una limusina lejana se detuvo bruscamente mientras otras se alejaban hacia la oscuridad. Huyeron presas del pánico los ocupantes del coche estacionado, y segundos más tarde la pantalla se llenó con la explosión

cegada.

—Está allí —repitió McAllister susurrante—. ¡Está allí!

Capítulo 21

La lancha a motor cabeceaba violentamente en medio de la oscuridad y entre una lluvia torrencial. Sus dos tripulantes achicaban el agua que continuamente volvía a entrar por encima de las bordas, mientras el canoso capitán chino-portugués, escudriñando el horizonte por los grandes ventanales de la cabina, avanzaba despacio hacia el negro perfil de la isla. Bourne y D'Anjou iban a ambos lados del dueño de la embarcación, y el Francés habló, haciéndose oír por encima del ruido de la lluvia.

—¿A qué distancia cree que está la playa?

—A doscientos metros, veinte más o menos —dijo el capitán.

—Ya es tiempo de dar la luz. ¿Dónde está?

—Debajo de usted, en el cajón. A la derecha. Otros setenta y cinco metros y me detendré. Más allá, las rocas pueden ser peligrosas con este tiempo.

—¡Tenemos que ir a la playa! —gritó el Francés—. ¡Es imprescindible, ya se lo dije!

—Sí, pero olvidó decirme que íbamos a tener esta lluvia, este oleaje. Noventa metros y podrán utilizar el bote. El motor es fuerte; llegarán.

—*Merde!* —escupió D'Anjou, abriendo el cajón y sacando un farol—. ¡Nos faltarían más de cien!

—En cualquier caso, no menos de cincuenta, se lo aseguro.

—¡Y son aguas profundas!

—¿Quiere que me dé la vuelta y ponga rumbo a Macao?

—¿Y que nos sacudan las patrullas? ¡El que no paga no llega a su destino! ¡Lo sabe muy bien!

—Cien metros, no más.

D'Anjou asintió malhumoradamente con la cabeza mientras sostenía el farol a la altura del pecho. Apretó un botón, lo soltó inmediatamente, y un relámpago de una luz fantasmal, azul oscuro, iluminó por un instante el ventanal del piloto. Segundos después la respuesta desde la costa de la isla.

—Ya lo ve, *mon capitain*, si no hubiésemos acudido a la cita hubieran volado esta miserable chalana.

—¡Bien que le gustaba esta tarde! —dijo el capitán, sin dejar de trabajar furiosamente al timón.

—Eso fue ayer por la tarde. Ahora es la una y media de la madrugada y ya conozco sus mañas de ladrón.

D'Anjou volvió a poner el farol en el cajón y miró a Bourne, que lo miraba a él.

Estaban haciendo lo que habían hecho tantas veces en los tiempos de Medusa: comprobar la indumentaria y el equipo de un compañero. Ambos habían metido en sacos de lona su ropa: pantalones, jerseys y gorros de fina goma, todo ello negro. El único equipo, aparte la automática de Jason y la pequeña pistola calibre 22 del Francés, eran sendos cuchillos enfundados, todo ello invisible.

—Acérquese lo más que pueda —dijo D'Anjou al capitán—. Y recuerde: no recibirá el último pago si no está aquí cuando volvamos.

—Suponga que les quitan el dinero y los matan —exclamó el piloto, mientras hacía girar el timón—. ¿Qué pasa conmigo?

—Me conmueve —dijo Bourne.

—No tengo miedo de eso —terció el Francés—. He tratado muchas veces con ese hombre a lo largo de muchos meses. Es piloto de una lancha rápida y tan ladrón como usted. Forró sus bolsillos marxistas de tal modo que sus queridas viven como concubinas del Comité Central. Además, sospecha que llevo nota de todo. Estamos en manos de Dios, o puede que mejor.

—Entonces coja la luz —farfulló el capitán—. Pueden necesitarla, y varados o estrellados contra las rocas no me sirven de nada.

—Su preocupación me abruma —dijo D'Anjou, volviendo a coger el farol y haciendo una seña a Jason—. Vamos a ver cómo anda este bote.

—El motor está cubierto por una lona gruesa. ¡No lo pongan en marcha hasta que estén en el agua!

—¿Cómo sabemos que se va a poner en marcha? —preguntó Bourne.

—Porque quiero mi dinero, Silencioso.

El recorrido hasta la playa hizo que se empapasen, apoyados los dos contra las tablas del pequeño bote, Jason aferrado a los costados y D'Anjou al timón y la popa para evitar irse por la borda. Rozaron un arrecife. El metal pegó contra las rocas mientras el Francés giraba el timón a estribor y aceleraba al máximo.

Desde la playa llegó de nuevo el extraño relámpago azul oscuro. Se habían extraviado en la húmeda oscuridad. D'Anjou puso al bote rumbo a la señal y a los pocos minutos la proa tocó arena. El Francés bajó la barra, elevando el motor, mientras Bourne saltaba por la borda, agarraba la cuerda y tiraba de la pequeña embarcación hacia la playa.

Abrió la boca, sorprendido ante la súbita aparición de un hombre que agarró la cuerda delante de él.

—Cuatro manos valen más que dos —dijo el extraño, un oriental, en un perfecto inglés con acento norteamericano.

—¿Es usted el contacto? —chilló Jason, desconcertado, preguntándose si la lluvia y las olas habrían distorsionado lo que oía.

—¡Qué palabra tan tonta! —replicó el hombre, también a gritos—. ¡Soy sencillamente un amigo!

Cinco minutos después, tras haber subido el pequeño bote a la playa, los tres hombres caminaban por entre el espeso follaje de la orilla, de pronto reemplazado por árboles achaparrados. El «amigo» había construido un primitivo cobertizo con la lona alquitranada de un barco. Una pequeña hoguera daba luz al denso bosque de enfrente, invisible desde atrás y desde los lados, pues la ocultaba la lona. Se agradecía el calor; el viento y la lluvia habían dejado a Bourne y a D'Anjou helados. Se sentaron alrededor del fuego con las piernas cruzadas y el Francés habló al chino uniformado.

—Eso no era necesario. Gamma...

—¿Gamma? —saltó Jason.

—He utilizado ciertas tradiciones de nuestro pasado, Delta. Podía haber usado Tango o Fox Trot; no todo era griego, ya sabes. El griego estaba reservado para los jefes.

—Esta conversación es absurda. Quiero saber por qué estamos aquí. ¿Por qué no le pagas y salimos zumbando?

—*Man...!* —dijo el chino, alargando el peculiar modismo norteamericano—. ¡Este tipo está sobre ascuas! ¿Qué le pasa?

—Me pasa que necesito volver a ese bote. ¡No tengo tiempo para tomar el té!

—¿Y qué tal un *scotch*? —dijo el oficial de la República Popular, alcanzando a su espalda una botella de un whisky perfectamente aceptable—. Tendremos que beber a morro, pero no creo que seamos gente infecciosa. Nos bañamos, nos limpiamos los dientes, dormimos con putas sanas... al menos mi celestial gobierno se asegura de que estén sanas.

—¿Quién diablos es usted? —preguntó Jason Bourne.

—Gamma bastará; Eco me convenció de ello. En cuanto a lo que soy, lo dejo a su imaginación. Como pista puedo darle la S.C.U., es decir, la universidad del sur de California, con estudios de graduado de Berkeley. Todas esas protestas de los sesenta; seguramente las recuerda.

—¿Fue usted de esos?

—¡Por supuesto que no! Yo era un conservador a ultranza, un miembro de la John Society que quería fusilar a todos aquellos tipos estrafalarios que no tenían la menor consideración por los compromisos morales de su país.

—Ésta sí que es una conversación absurda.

—Mi amigo Gamma —interrumpió D’Anjou— es el intermediario perfecto, un hombre culto, doble, triple y posiblemente cuádruple agente, que trabaja con todos en beneficio de sus propios intereses. Es el perfecto amoral, y eso merece un respeto.

—¿Volvió usted a China, a la República Popular?

—Era donde estaba el dinero. Toda sociedad represiva ofrece grandes oportunidades a quienes están dispuestas a correr pequeños riesgos por cuenta de los reprimidos. Pregunte a los comisarios de Moscú y del bloque del Este. Naturalmente, uno ha de tener contactos en Occidente y poseer ciertas dotes útiles también a los jefes de regimiento. Por fortuna, soy un marinero excepcional, gracias a amigos de la zona de la bahía que tenían yates y motoras. Algún día volveré. Me gusta mucho San Francisco.

—No trates de sonsacarle sus cuentas en Suiza —dijo D’Anjou—. Concentrémonos en por qué Gamma nos ha ofrecido este refugio tan agradable contra la lluvia.

El Francés tomó la botella y echó un trago.

—Eso va a costarle, Eco —dijo el chino.

—¿Y qué no cuesta contigo? ¿De qué se trata?

D’Anjou pasó la botella a Jason.

—¿Puedo hablar delante de tu compañero?

—Cualquier cosa.

—Te interesará la información, te lo garantizo. Son mil dólares norteamericanos.

—¿Eso es todo?

—Debería bastar —dijo el oficial chino, tomando de manos de Bourne la botella de *scotch*—. Sois dos y mi patrulla está a media milla de aquí, en la cala sur. Mi tripulación piensa que estoy celebrando una reunión secreta con nuestros agentes en la colonia.

—A mí «me interesaría la información» y tú «me lo garantizas». Y a cambio de esas buenas palabras debo sacar mil dólares sin resistencia, cuando es muy posible que tengas a una docena de *Zhonggou ren* emboscados ahí fuera.

—Hay cosas que deben ser artículo de fe.

—No mi dinero —replicó el Francés—. No tendrás ni un *sou* hasta que yo tenga una idea de lo que quieres venderme.

—Eres francés hasta la médula —dijo Gamma, sacudiendo la cabeza—. Está bien. Se refiere a tu discípulo, el que ya no sigue a su maestro sino que cobra sus treinta monedas de plata y mucho más.

—¿El asesino?

—¡Págale! —ordenó Bourne, rígido, mirando fijamente al oficial chino.

D'Anjou miró a Jason y al hombre llamado Gamma, y después se levantó el jersey y se desabrochó los pantalones empapados. Metió la mano y sacó un cinturón portadinerero de hule. Abrió la cremallera del bolso central, sacó los billetes uno tras otro con la punta de los dedos y se los tendió al oficial chino.

—Tres mil por lo de esta noche y mil más por esa nueva información. El resto es falso. Siempre llevo mil más para posibles contingencias, pero sólo mil...

—La información —cortó impaciente Jason Bourne.

—Fue él quien pagó por ella —replicó Gamma—. Se la daré a él.

—Désela a quien diablos quiera, pero hable.

—Nuestro amigo de Guangzhou —empezó el oficial, hablando a D'Anjou—. El radiotelegrafista de Cuartel General Uno.

—Hemos hecho negocios —dijo precavidamente el Francés.

—Sabiendo que me reuniría contigo aquí a estas horas, reposté combustible en el surtidor de Zhuhai Shi poco después de las diez y media. Allí había un mensaje para que me pusiese en contacto con él; tenemos un enlace seguro. Me dijo que había una llamada retransmitida a través de Beijing con una clave de prioridad no identificada de la Torre de Jade. Era para Soo Jiang...

D'Anjou se echó hacia adelante, con ambas manos en el suelo.

—¡El Cerdo!

—¿Quién es? —se apresuró a preguntar Bourne.

—Se supone que el jefe de Inteligencia para las operaciones en Macao —dijo el Francés—, pero vendería a su madre a un burdel si pagan bastante. En este momento es el enlace con mi antiguo discípulo, ¡mi Judas!

—Que ha sido llamado repentinamente a Beijing —interrumpió el hombre llamado Gamma.

—¿Está seguro de eso? —dijo Jason.

—Nuestro amigo está seguro —respondió el chino, siempre mirando a D'Anjou—. Un ayudante de Soo vino a Cuartel General Uno y comprobó todos los vuelos de la mañana a Beijing desde Kai-tak. Con autorización de su departamento, reservó plaza, una sola plaza, en todos. En algunos casos eso obligó a relegar a otros viajeros a la lista de espera. Cuando un oficial de Cuartel General Uno pidió la confirmación personal de Soo, su ayudante dijo que había salido para Macao por un asunto urgente. ¿Quién tiene asuntos en Macao a media noche? Está todo cerrado.

—Excepto los casinos —intervino Bourne—. Mesa cinco. El Kam Pek.

—Lo que, teniendo en cuenta las reservas —intervino el Francés—, quiere decir

que Soo no está seguro de cuándo podrá comunicar con el asesino.

—Pero sí de que lo hará. Cualquiera que sea el mensaje que lleva, se trata de una orden que hay que cumplir. —Jason miró al oficial chino—. Llévenos a Beijing —dijo—. Al aeropuerto, al primer vuelo. Será rico. Se lo garantizo.

—¡Estás loco. Delta! —exclamó D’Anjou—. ¡Pekín está excluido!

—¿Por qué? Nadie nos busca, y aquello está lleno de franceses, ingleses, italianos, norteamericanos y Dios sabe quién más. Los dos tenemos pasaportes que nos permitirán entrar.

—¡Sé razonable! —suplicó Eco—. Estaremos en sus redes. ¡Sabiendo lo que sabemos, si nos descubren en circunstancias sólo vagamente sospechosas nos dejarán en el sitio! Volverá a aparecer por aquí, probablemente sólo en cuestión de días.

—No dispongo de días —dijo fríamente Bourne—. He perdido a tu asesino dos veces. No pienso perderlo una tercera.

—¿Crees que podrás cogerlo en China?

—¿Dónde estaría más ajeno a una trampa?

—¡Es una locura! ¡Estás loco!

—Dispóngalo todo —ordenó Jason al oficial chino—. El primer vuelo que salga a Kai-tak. Cuando consiga los billetes, daré más de cincuenta mil dólares norteamericanos a quien me los entregue. Mándame a alguien de su confianza.

—¿Cincuenta mil...?

El hombre llamado Gamma se quedó mirando a Bourne.

El cielo de Pekín estaba nublado, pues el polvo que traían los vientos desde las llanuras del norte formaba bolsas de un amarillo insulso y un marrón apagado. El aeropuerto, como todos los internacionales, era inmenso, y las pistas formaban una encrucijada de negras avenidas, algunas de más de tres kilómetros de largo. La mayor diferencia entre el aeropuerto de Pekín y sus homólogos occidentales era la enorme terminal en forma de cúpula, con un hotel anejo y varias autopistas sin peaje que conducían al complejo. Aunque de diseño contemporáneo, ofrecía un soterrado aire funcional y una curiosa ausencia de toques placenteros. Era un aeropuerto para ser usado y admirado por su eficiencia, no por su belleza.

Bourne y D’Anjou pasaron sin esfuerzo por las aduanas, ayudados por su dominio del chino. Los guardias fueron realmente agradables, y apenas echaron una ojeada a su mínimo equipaje, más curiosos por su capacidad lingüística que por sus pertenencias. El oficial que los mandaba aceptó sin hacer preguntas la historia de dos profesores de lenguas orientales de vacaciones en un país donde una serie de agradables viajes tendrían su prolongación en las salas de conferencias. Convirtieron

cada uno mil dólares en *renminbi*, literalmente «el dinero del pueblo», y les dieron a cambio casi dos mil yuans por cabeza.

Y Bourne se quitó las gafas que había comprado en Washington a su amigo Cactus.

—Hay algo que no entiendo —dijo el Francés, frente a un tablero electrónico que indicaba las salidas y llegadas de las próximas tres horas—. ¿Por qué lo envían en un avión comercial? No cabe duda de que quien esté pagándolo tiene aviones del gobierno o militares a su disposición.

—Como los nuestros, esos aviones tienen que ser autorizados y controlados —respondió Jason—. Además, quienquiera que sea tiene que mantener las distancias con el asesino. Éste ha de entrar como un turista o un hombre de negocios, y además empezará el complicado proceso de establecer contacto. Al menos cuento con ello.

—¡Qué locura! Dime, Delta: si lo atrapas, y este «si» es importante, pues se trata de un hombre extraordinariamente capaz, ¿tienes alguna idea de cómo vas a sacarlo?

—Tengo dinero, dinero norteamericano, billetes grandes, más de lo que puedes imaginar. Está en el forro de mi chaqueta.

—Por eso nos detuvimos en el Península y por eso me dijiste que no te diese de baja ayer. Tu dinero está allí.

—Estaba. En la caja del hotel. Voy a sacar a ese tipo.

—¿En las alas de Pegaso?

—No; probablemente en un vuelo de la Pan Am, con nosotros dos ayudando a un amigo muy enfermo. En realidad, creo que fuiste tú quien me dio la idea.

—¡Entonces estoy para que me encierren!

—No te apartes del ventanal —dijo Bourne—. Faltan doce minutos para que el próximo avión salga de Kai-tak, pero eso lo mismo puede querer decir dos minutos que doce horas. Voy a comprar un regalo para los dos.

—Qué locura —farfulló el Francés, demasiado cansado para hacer algo más que sacudir la cabeza.

Volvió Jason, y llevó a D'Anjou a un rincón desde donde se veían las puertas de inmigración, cerradas excepto para los pasajeros que salían de la aduana. Bourne se llevó la mano al bolsillo interior de la chaqueta y sacó una caja larga y delgada envuelta en papel brillante, del tipo que se encuentra en las tiendas de *souvenirs* del mundo entero. La abrió, y dentro, sobre una imitación de fieltro, había un estrecho abrecartas metálico con caracteres chinos a lo largo del mango. La punta era aguda y afilada.

—Tómalo —dijo—. Póntelo en el cinturón.

—¿Qué tal está equilibrado? —preguntó Eco de Medusa mientras deslizaba la hoja bajo sus pantalones.

—No está mal. Aproximadamente en el centro, y el metal le da peso. Creo que se puede lanzar de un modo decente.

—Sí, lo recuerdo —dijo D'Anjou—. Una de las primeras normas era no lanzar nunca un cuchillo, pero un anochecer viste a un gurka cargarse a un escucha a diez pies de distancia sin disparar un tiro ni arriesgarse al combate cuerpo a cuerpo. La bayoneta de su carabina cruzó el aire como un proyectil, directa al pecho del escucha. A la mañana siguiente ordenaste al gurka que nos enseñase. A unos les salía mejor que a otros.

—¿Y a ti?

—Bastante bien. Era más viejo que todos vosotros, y me interesaba aprender cualquier tipo de defensa que no necesitase de un gran esfuerzo físico, de modo que seguí entrenándome. Tú me viste; lo comentaste con frecuencia.

Jason miró al Francés.

—Es curioso, pero no recuerdo nada de eso.

—Es natural. Perdóname, Delta.

—Olvidalo. Estoy empezando a confiar en cosas que no entiendo.

Continuó la vigilancia, que a Bourne le recordaba su espera en Lo Wu mientras un tren de mercancías tras otro cruzaban la frontera, sin que apareciese nadie hasta que un hombre bajo y entrado en años que cojeaba se transformó en una persona distinta allá lejos. El avión de las 11.30 llevaba ya un retraso de más de dos horas. La aduana supondría otros quince minutos.

—¡Ése! —exclamó D'Anjou, señalando hacia alguien que salía de las puertas de inmigración.

—¿El del bastón? —preguntó Jason—. ¿El que cojea?

—¡La ropa andrajosa no puede disimular sus hombros! —exclamó Eco—. El pelo gris es demasiado reciente, no se lo ha cepillado lo suficiente, y las gafas oscuras demasiado anchas. Y también él está cansado. Tenías razón. Las órdenes de Beijing hay que cumplirlas, y eso le ha hecho descuidarse.

—¿Olvidó que «el descanso es un arma»?

—Sí. Lo de anoche en Kai-tak tuvo que hacerle mella, pero había que obedecer. *Merde!* ¡Debe de cobrar centenares de miles!

—Se dirige al hotel —dijo Bourne—. Quédate aquí; yo lo seguiré... de lejos. Si te descubriese, echaría a correr y podríamos perderlo.

—¿Puede descubrirte a ti!

—No es probable; fui yo quien inventó el juego. Además, estaré siempre a su espalda. Quédate aquí; volveré a buscarte.

Con su bolsa de vuelo al hombro y unos andares que mostraban el cansancio provocado por la diferencia horaria, Jason se unió a los viajeros camino del hotel, con la vista clavada en el hombre canoso que iba delante. Dos veces se detuvo y se dio la vuelta, el ex comando británico y otras tantas, advertido por el breve movimiento de los hombros, Bourne se volvió y se agachó, como si estuviese quitándose un insecto de la pernera o ajustando la correa de su bolsa de vuelo, con el cuerpo y la cara fuera de la vista. Crecía el amontonamiento ante el mostrador de recepción, y Jason estaba ocho personas detrás del asesino, en la segunda cola, procurando hacerse notar lo menos posible e inclinándose continuamente para hacer avanzar su bolsa de vuelo. El comando llegó ante la empleada, mostró sus documentos, firmó en el registro y fue cojeando con su bastón hacia un grupo de ascensores que había a la derecha. Seis minutos después Bourne estaba ante la misma empleada. Le habló en mandarín.

—*Ni neng bang-zhu wo ma?* —comenzó, solicitando ayuda—. Fue un viaje repentino y no tengo donde dormir. Sólo por esta noche.

—Habla muy bien nuestro idioma —dijo la empleada, abriendo mucho sus ojos rasgados—. Eso nos honra.

—Espero mejorarlo durante mi estancia. Vengo en viaje de estudios.

—Son los mejores. Hay muchos tesoros en Beijing, y en otras partes, por supuesto, pero ésta es la ciudad celestial. ¿No tiene reserva?

—Me temo que no. Fue todo a última hora, no sé si me comprende.

—Como hablo las dos lenguas, puedo decirle que lo dijo correctamente en la suya. Todo son prisas. Veré lo que puedo hacer. Desde luego, no será muy grande.

—Tampoco puedo permitírmelo —dijo tímidamente Jason—. Pero tengo un compañero de cuarto; podemos compartir la cama, si es necesario.

—Estoy segura de que lo será, con tan poco tiempo. —Los dedos de la empleada hojearon las fichas—. Aquí —dijo—. Un cuarto trasero unipersonal en la segunda planta. Creo que puede convenirle...

—Lo tomaré. A propósito, hace unos minutos vi en esta cola a un hombre a quien estoy seguro conozco. Ha envejecido, pero creo que es un antiguo profesor mío de cuando estudiaba en Inglaterra. Pelo gris, con bastón... Estoy seguro de que es él. Me gustaría visitarlo.

—Ah, sí, lo recuerdo. —La empleada consultó las fichas más recientes, que tenía frente a sí—. Se llama Wadsworth, Joseph Wadsworth. Está en la tres veinticinco. Pero tal vez se equivoque. Figura como especialista en perforaciones petrolíferas

submarinas.

—Tiene razón, me he confundido.

Jason sacudió la cabeza con visibles muestras de embarazo y cogió la llave de su habitación.

—¡Podemos cazarlo! ¡Ahora!

Bourne agarró a D'Anjou por el brazo y lo empujó lejos de la desierta esquina de la terminal.

—¿Tan fácil? ¿Tan rápido? ¡Es increíble!

—Todo lo contrario —dijo Jason, llevando a D'Anjou hacia la concurrida fila de puertas de cristal que servía de entrada al hotel—. La mente de tu hombre está en este momento en una docena de cosas diferentes. No debe dejarse ver ni puede hacer llamadas por la centralita, de modo que se quedará en su habitación esperando a que lo llamen para darle instrucciones.

Cruzaron una puerta de cristal, miraron a su alrededor y se encaminaron a la izquierda del largo mostrador, mientras Bourne no dejaba de hablar.

—Lo de anoche en Kai-tak no funcionó, de manera que tiene que considerar otra posibilidad: su propia eliminación, basándose en que quien descubriese los explosivos debajo del coche lo vio y lo identificó, cosa que es cierta. Tiene que insistir en que su cliente acuda sólo a la cita concertada. Es su única manera de protegerse. —Encontraron una escalera y empezaron a subir por ella—. Y su ropa —continuo Delta de Medusa—. Se la cambiará. No puede aparecer como era y tampoco como es. Tiene que ser otra persona. —Llegaron a la tercera planta, y Jason, con la mano en el pomo, se volvió a D'Anjou—. Créeme, Eco, tu muchacho está muy ocupado. Tiene en marcha en su cabeza ejercicios que volverían loco a un ajedrecista ruso.

—¿Es ése el hablar académico del que un día se llamó Jason Bourne?

—Bourne —dijo Davis Webb, con mirada fría y la voz puro hielo—. Si alguna vez lo fue, es ahora.

Con la bolsa de vuelo al hombro, Jason abrió muy despacio la puerta, introduciendo poco a poco su cuerpo en el dintel. Dos hombres con trajes a rayas oscuros venían hacia él por el pasillo, quejándose de la aparente falta de servicio de habitaciones; hablaban con acento británico. Abrieron la puerta de su habitación y entraron. Bourne abrió la de la escalera e hizo pasar a D'Anjou. Anduvieron por el pasillo. Los números de las habitaciones estaban en chino y en inglés.

341, 339, 337... Era ése el pasillo; la habitación estaba en la pared de la izquierda. De pronto salieron tres parejas indias de un ascensor, las mujeres con sus saris, los hombres con pantalones muy ceñidos. Pasaron junto a Jason y D'Anjou charlando,

buscando sus habitaciones, los maridos evidentemente fastidiados por tener que llevar ellos mismos el equipaje.

335, 333, 331...

—¡Lo que faltaba! —chilló una voz femenina mientras de una puerta de la derecha salía con paso marcial una mujer gorda con los rulos puestos y en albornoz. El camisón que llevaba debajo le arrastraba e iba enredándosele en los pies. Se lo subió, con lo que descubrió un par de piernas dignas de un rinoceronte—. ¡El retrete no funciona y del teléfono más vale olvidarse!

—¡Ya te lo dije, Isabel! —exclamó un hombre en pijama rojo que asomó por la puerta abierta—. Es la diferencia de hora. Duerme un poco y recuerda que esto no es Short Hills. No repares en minucias y disfruta.

—¡Dado que no puedo usar el cuarto de baño, no tengo elección! ¡Voy a buscar a algún bastardo de ojos torcidos y pegarle cuatro voces! ¿Dónde está la escalera? No quiero meterme en uno de esos malditos ascensores. Si se mueven, será de lado.

La iracunda mujer pasó frente a Jason y D'Anjou, camino de la puerta de la escalera. Dos de las tres parejas indias tenían dificultades para abrir, pero al fin lo consiguieron tras unas cuantas patadas al cerrojo. El hombre del pijama colorado cerró de un portazo tras gritar enojado a su esposa:

—¡Te pareces a esa reunión de la promoción en el club! ¡Me siento igual de violento, Isabel!

329, 327... 325. La habitación. El pasillo estaba desierto. Estaba puesta la radio, muy alta, para subirla aún más al primer timbrazo del teléfono. Jason tiró de D'Anjou y le habló en voz baja contra la pared.

—No recuerdo nada de gurkas ni de escuchas...

—Una parte de ti sí, Delta —le interrumpió Eco.

—Tal vez, pero eso no importa ahora. Estamos en el principio del fin del camino. Dejaremos nuestras bolsas aquí fuera. Daré un golpe a la puerta y tú me sigues de cerca. Ten el cuchillo preparado. Pero quiero que entiendas algo, y no puede haber el menor error: no lo lances a menos que sea absolutamente necesario. Y si lo haces, apunta a las piernas. Nada de por encima de la cintura.

—Tienes más fe que yo en la puntería de un viejo.

—Espero no tener que recurrir a ella. Estas puertas son de contrachapado hueco y tu asesino tiene muchas cosas en la cabeza. Está pensando en su estrategia, no en nosotros. ¿Cómo íbamos a saber que está aquí? Y aunque lo supiésemos, ¿cómo podríamos cruzar la frontera tan pronto? ¡Y lo necesito! ¡Voy a atraparlo! ¿Preparado?

—Como siempre —dijo el Francés, dejando en el suelo su pequeña maleta y

sacando del cinturón el abrecartas metálico. Sostuvo la hoja en la mano con los dedos extendidos, buscando el equilibrio.

Bourne dejó resbalar hasta el suelo la bolsa de vuelo que llevaba al hombro y tomó silenciosamente posición frente a la habitación 325. Miró a D'Anjou. Eco asintió con la cabeza, y Jason se lanzó contra la puerta, su pie izquierdo convertido en un ariete que fue a estrellarse pocos centímetros por debajo de la cerradura. La hoja se hundió hacia adentro, como si estallase; saltaron la madera y los tornillos de las bisagras. Bourne se lanzó dentro y rodó por el suelo, mientras sus ojos giraban en todas direcciones.

—*Arrêtez!* —rugió D'Anjou.

Apareció una silueta saliendo de una puerta interior. El hombre del pelo gris, ¡el asesino! Jason se puso en pie de un salto y se lanzó contra su presa. Agarró al hombre por el pelo y tiró de él hacia la izquierda y después hacia la derecha, hasta estrellarlo contra el dintel. De repente el Francés dio un grito mientras la hoja metálica del abrecartas volaba por el aire e iba a clavarse en la pared, donde quedó temblando. Era sólo una advertencia.

—¡Delta! ¡No!

Bourne detuvo todo movimiento, mientras mantenía su presa sujeta e inerte bajo su peso.

—¡Mira! —gritó D'Anjou.

Jason se echó lentamente hacia atrás mientras sus brazos rígidos servían de jaula para la figura que tenía enfrente, y contempló la cara demacrada y llena de arrugas de un auténtico anciano, de pelo gris ya ralo.

Capítulo 22

Marie estaba acostada en la estrecha cama mirando fijamente al techo. Los rayos del sol de mediodía entraban por las ventanas sin persianas llenando la pequeña habitación de una luz cegadora y un calor insoportable. Tenía la cara cubierta de sudor, y su blusa rota pegada a la piel mojada. Le dolían los pies a causa de aquella locura de media mañana, que había empezado con un paseo por una carretera costera sin terminar hasta una playa pedregosa. Algo estúpido, pero a la vez lo único que podía hacer; había estado fuera de sí.

Subían flotando los ruidos de la calle, una extraña cacofonía de voces agudas, gritos repentinos y timbres de bicicleta, mezclados con los estruendosos claxons de los camiones y los autobuses públicos. Era como si una parte llena de gente bulliciosa y ajetreada de Hong Kong hubiera sido arrancada de la isla y puesta en un lugar lejano, en el que un ancho río, campos interminables y montañas remotas reemplazaban a Victoria Harbor y sus incontables hileras de altos edificios de piedra y cristal... En cierto sentido, pensó, ese trasplante se había producido. La ciudad miniatura de Tuen Mun era uno de esos fenómenos de búsqueda desesperada de espacio que habían brotado al norte de Kowloon, en los Nuevos Territorios. Un año aquello era una árida llanura pluvial y al siguiente una metrópolis en rápido desarrollo, hecha de calles asfaltadas y fábricas, distritos comerciales y edificios de apartamentos que se extendían sin cesar y llamaban a la gente del sur con su promesa de viviendas y empleos a millares. Quienes escuchaban la llamada traían consigo la inconfundible histeria del comercio de Hong Kong, sin la que estarían llenos de inocuas ansiedades, demasiado plácidas para poder competir. Eran los descendientes de Guangzhou, de la provincia de Cantón, del mundano Sanghai.

Marie se había despertado con las primeras luces, tras haber dormido poco y con pesadillas, y sabía que se enfrentaba a una nueva suspensión del tiempo hasta que la llamase Catherine. Staples había telefoneado a última hora la noche anterior, sacándola de un sueño fruto del total agotamiento, sólo para decirle sibilamente que habían ocurrido cosas insólitas que podían conducir a noticias favorables. Iba a ver a un hombre que se había interesado, alguien notable que podría ayudarlas. Marie debía quedarse en el piso junto al teléfono para el caso de que hubiese novedades. Puesto que Catherine le había dado instrucciones de no utilizar nombres ni ciudades por teléfono, Marie no había cuestionado la brevedad de la llamada. «Te telefonaré a primera hora de la mañana, querida», había dicho Staples antes de cortar bruscamente.

A las ocho y media aún no había llamado, ni a las nueve, y a las nueve y treinta y

seis Marie ya no pudo soportarlo. Razonaba que los nombres eran innecesarios, pues de sobra conocían las dos la voz de la otra, y Catherine tenía que comprender que la esposa de David Webb tenía derecho a *algo* «a primera hora de la mañana». Marie marcó el número del piso de Staples en Hong Kong. No hubo respuesta, de modo que volvió a marcar para asegurarse de que no se había equivocado. Nada. Olvidando ya toda precaución, llamó al consulado.

—La funcionaria del servicio exterior Staples, por favor. Soy una amiga del Departamento del Tesoro, en Ottawa. Me gustaría darle una sorpresa.

—Qué bien se oye.

—No llamo desde Ottawa; estoy aquí —dijo Marie, recordando la cara de la charlatana recepcionista.

—Lo siento. Mrs. Staples está fuera y no dejó instrucciones. Si le digo la verdad, también el alto comisario la está buscando. ¿Por qué no me da un número...?

Marie volvió a dejar el teléfono, mientras sentía crecer el pánico. Eran casi las diez y Catherine solía madrugar. «A primera hora de la mañana» podía ser cualquiera entre las 7.30 y las 9.30, lo más probable era partir la diferencia, pero no las diez, y menos en aquellas circunstancias. Después, doce minutos más tarde, había sonado el teléfono. Fue el comienzo de un pánico menos sutil.

—¿Marie?

—Catherine, ¿estás bien?

—Sí, por supuesto.

—¡Dijiste «a primera hora de la mañana»! ¿Por qué no me has llamado antes? ¡Qué rato me has hecho pasar! ¿Puedes hablar?

—Sí, estoy en una cabina.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Qué está pasando? ¿Quién es ese hombre al que fuiste a ver?

Hubo una breve pausa en la línea de Hong Kong. Se diría que Catherine estaba violenta, sin que Marie supiese por qué.

—Quiero que mantengamos la calma, querida —dijo Staples—. No he llamado antes porque necesitabas descansar lo más posible. Quizá tenga ya las respuestas que quieres, que necesitas. Las cosas no son tan terribles *como* crees, y debes tener calma.

—¡Maldita sea! Tengo calma, o al menos soy razonablemente sensata. ¿De qué diablos estás hablando?

—Puedo decirte que tu marido está vivo.

—Y yo que es muy bueno en lo suyo... en lo que hacía. ¡No estás diciéndome nada nuevo!

—Iré a verte dentro de unos minutos. El tráfico está imposible, como de costumbre, y hoy todavía peor por la seguridad que rodea a las delegaciones chino-británicas y que tiene medio paralizadas las calles y el túnel; pero no debería llevarme más de hora y media, tal vez dos.

—Catherine, ¡necesito respuestas!

—Te las llevo, al menos algunas. Descansa, Marie; trata de relajarte. Todo va a ir bien. Pronto estaré ahí.

—Ese hombre —preguntó la esposa de David Webb, suplicante—. ¿Va a venir contigo?

—No, iré sola. Quiero que hablemos. Lo verás más tarde.

—Está bien.

¿Había sido el tono de voz de Staples? Marie se lo había preguntado después de colgar. ¿O que Catherine no le había dicho literalmente nada después de admitir que podía hablar libremente por tratarse de un teléfono público? La Staples que ella conocía hubiese tratado de aliviar los temores de una amiga aterrorizada si tenía datos concretos que ofrecerle para consolarla, aunque sólo fuese una información vital si el conjunto era demasiado complejo. *Algo*. ¡La esposa de David Webb se merecía *algo*! En cambio, había sido una conversación de diplomático, la alusión a la realidad pero sin su sustancia. Algo no iba bien, pero excedía a su comprensión. Catherine la había protegido, había corrido riesgos enormes tanto profesionales, al no recurrir a su consulado, como personales, al enfrentarse a un gran peligro físico. Marie sabía que debería sentir gratitud, una gratitud abrumadora, pero lo que sentía era una creciente sensación de duda. *¡Repítelo, Catherine, había gritado para sí misma, dime que todo va a ir bien! Ya no puedo pensar, ¡no puedo pensar aquí dentro! ¡Tengo que salir... necesito aire!*

Había ido medio tambaleándose a buscar los vestidos que habían comprado para ella al llegar a Tuen Mun la noche anterior, después de que Staples la llevase a un médico que se ocupó de sus pies, le aplicó gasa acolchada, le dio unas zapatillas de hospital y le prescribió calzado de lona de suela gruesa si tenía que andar mucho en los próximos días. En realidad, fue Catherine quien eligió la ropa mientras Marie esperaba en el coche, y, considerando la tensión a que estaba sometida, su elección había sido a la vez funcional y atractiva. Una falda verde claro de algodón puro hacía juego con una blusa de algodón blanca y un pequeño bolso. Había también unos pantalones verde oscuro —los *shorts* no eran apropiados— y una segunda blusa más sport. Todo ello falsificaciones muy bien hechas de conocidos diseñadores, con las etiquetas correctamente escritas.

—Es todo muy bonito, Catherine. Gracias.

—Van con tu pelo —había dicho Staples—. No es que nadie en Tuen Mun vaya a notarlo, pues no quiero que salgas del piso, pero alguna vez tendremos que irnos de aquí. Por si me quedo empantanada en la oficina y necesitas algo, te he puesto también dinero en el bolso.

—Pensé que no iba a salir del piso, que íbamos a comprar algunas cosas en un supermercado.

—No lo sé. Ignoro lo que está pasando en Hong Kong tanto como tú. Lin podría estar tan furioso como para desenterrar una antigua ley colonial y ponerme bajo arresto domiciliario. Hay una zapatería en Blossom Soon Street. Tendrás que entrar y probarte el calzado tú misma. Por supuesto, iré contigo.

Al cabo de un rato, Marie no pudo resistir la curiosidad.

—Catherine, ¿cómo sabes tanto de este sitio? Aún no he visto a ningún otro occidental por la calle. ¿De quién es ese piso?

—De una amiga —dijo Staples sin más explicaciones—. La mayor parte del tiempo está vacío, de modo que vine aquí para alejarnos de todo.

Catherine no había dicho nada más y no volvió a tratar del asunto aunque hablaron durante la mayor parte de la noche. Por más que la pinchó no consiguió sacarle nada. Era un tema que simplemente no estaba dispuesta a tocar.

Ahora Marie se puso los pantalones y la blusa y luchó con los zapatos de lona, demasiado grandes. Después bajó cautelosamente la escalera hasta la concurrida calle, y en seguida se dio cuenta de las miradas que atraía, y se preguntó si no debería dar media vuelta. Fue incapaz; aquellos minutos de libertad de los asfixiantes límites del pequeño apartamento eran como un tónico. Caminó despacio, Penosamente, por la acera, fascinada por el calor, el movimiento febril y la interminable charla en *staccato* que la rodeaba. Como en Hong Kong, por todas partes se alzaban letreros llamativos sobre los edificios y la gente regateaba junto a los puestos y a la puerta de las tiendas. Era como si hubiesen arrancado un trozo de la colonia y lo hubiesen plantado en un vasto confín fronterizo.

Al final de una calleja encontró una carretera sin terminar y con las obras aparentemente abandonadas, pero sólo de modo temporal, pues en las cunetas había maquinaria de nivelar, nueva y ya oxidándose. A ambos lados de la rampa de tierra se veían carteles en chino. Dando cuidadosamente cada paso, descendió por la empinada cuesta hasta la orilla desierta y se sentó en unas peñas. Los minutos de libertad estaban dando paso a preciosos momentos de paz. Contempló las embarcaciones que salían de los muelles de Tuen Mun y las que llegaban de la República Popular. Por lo que pudo

ver, las primeras eran pesqueros, con las redes recogidas sobre proas y bordas, mientras que las procedentes del continente chino eran en su mayoría pequeños cargueros con las cubiertas llenas de productos embalados... pero no todas. Estaban también las lustrosas patrulleras grises de la armada, que enarbolaban los colores de la República Popular. Erizadas de cañones por todas partes, se veía junto a ellos hombres uniformados que observaban, inmóviles, con sus prismáticos. De vez en cuando uno de esos navios se acercaba a un pesquero y provocaba los gestos excitados de los pescadores. Después la poderosa patrullera giraba lentamente y se alejaba. Era todo un juego, pensó Marie. El Norte afirmaba tranquilamente su total dominio mientras permitía al Sur protestar por ver perturbadas sus zonas de pesca. Los primeros tenían la fuerza del acero y una disciplinada cadena de mando. Los segundos, redes y perseverancia. No había más vencedor que aquellos dos hermanos tan opuestos, el Aburrimiento y la Ansiedad.

—*Jing-cha!* —gritó una voz masculina allá atrás, a lo lejos.

—*Shei!* —chilló una segunda—. *Ni zai zher gan shemma?*

Marie giró en redondo. Arriba, en la carretera, dos hombres habían echado a correr. Corrían hacia ella por el acceso sin terminar y sus gritos iban dirigidos a ella, le daban órdenes. Se levantó torpemente, apoyándose en las rocas, mientras se acercaban corriendo. Iban vestidos con una especie de atuendo paramilitar, y mientras los miraba se dio cuenta de que eran jóvenes, adolescentes ya crecidos, de veinte años como máximo.

—*Bu xing!* —ladró el de mayor estatura, volviéndose a mirar a lo alto de la rampa y haciendo gestos a su compañero de que la agarrase. Fuera lo que fuese, había que hacerlo a toda prisa. El otro muchacho le sujetó los brazos por detrás.

—¡Estése quieto! —gritó Marie, forcejeando—. ¿Quiénes son ustedes?

—La señora habla inglés —dijo el primer joven—. Yo también lo hablo —añadió orgulloso, aunque en tono untuoso—. Trabajé para un joyero en Kowloon.

Y volvió a mirar hacia la carretera inacabada.

—¡Entonces dígle a su amigo que me quite las manos de encima!

—La señora no me dice lo que debo hacer. Yo se lo digo a la señora. —El adolescente se acercó más, con la mirada fija en el bul de los pechos de Marie bajo la blusa—. Ésta es una carretera prohibida, una parte prohibida de la orilla. ¿No vio la señora los avisos?

—No entiendo el chino. Lo siento, me iré. Sólo dígle que me suelte.

De repente Marie sintió cómo el cuerpo del muchacho que tenía detrás se apretaba contra el suyo.

—¡Estése quieto! —gritó, mientras escuchaba su risa y sentía su cálido aliento en el cuello.

—¿Va la señora a recibir a un barco con criminales de la República popular? ¿Hace señas a hombres en el agua? —El chino más alto levantó ambas manos hacia la blusa de Marie y puso los dedos en los primeros botones—. Quizá esconde una radio, algo para hacer señales. Es nuestro deber enterarnos de esas cosas. La policía lo espera de nosotros.

—¡Maldito seas, quítame las manos de encima!

Marie se retorció violentamente, dando patadas. El hombre que tenía detrás la hizo perder el equilibrio tirando de ella mientras el más alto le agarraba las piernas y se las abría haciendo tijera con las suyas. Marie no podía moverse; tenía el cuerpo estirado en diagonal sobre la pedregosa playa, firmemente sujeto. El primer chino le arrancó la blusa y después el sujetador e hizo copa con sus manos sobre ambos pechos. Marie gritó y forcejeó y volvió a gritar y gritar hasta que recibió dos bofetadas y unos dedos hicieron pinza en su cuello, cortando todo sonido salvo unas toses guturales. Volvía la pesadilla de Zurich: violación y muerte en el Quai de Guisan.

La llevaron hasta una mancha de alta hierba, el que iba detrás tapándole la boca con la mano y después con el brazo, de modo que le cortaba el aire y cualquier grito que hubiese podido proferir mientras la arrastraban. La tiraron al suelo, y uno de los atacantes le cubrió la cara con su estómago desnudo mientras el otro empezaba a quitarle los pantalones y a meterle las manos entre las piernas. Aquello era Zurich, aunque en vez de la angustia de la fría oscuridad suiza había el calor húmedo de Oriente; en vez del Limmat, otro río, mucho más ancho, mucho más desierto, y en vez de un animal, dos. Sentía el cuerpo del chino alto sobre el suyo, furioso porque era incapaz de penetrarla, porque sus empujones de pánico repelían su asalto. De pronto, el muchacho que tenía sobre su cara se rebuscó en los pantalones, junto a la ingle... Por un instante, para Marie fue como si el mundo entero se hubiese vuelto loco. Hincó los dientes en la carne que tenía encima y la boca se le llenó de sangre.

Siguieron gritos y sintió los brazos libres. Pataleó mientras el joven oriental rodaba agarrándose el vientre; golpeó hacia arriba con la rodilla, hacia el órgano descubierto que tenía sobre la cintura, y después arañó la cara sudorosa y de ojos extraviados del más alto, mientras volvía a aullar, a suplicar, gritando como no había gritado en su vida. Sujetándose los testículos bajo los pantalones cortos, el furioso muchacho se arrojó sobre ella, pero ya no pensaba en violarla, sólo en que no gritase. Sofocante, la oscuridad empezó a cerrarse sobre Marie; y fue entonces cuando escuchó otras voces a lo lejos, voces excitadas que se acercaban, y supo que tenía que lanzar un último

grito de socorro. En un impulso desesperado, clavó las uñas en la cara contorsionada que veía sobre ella y consiguió tener la boca libre un instante.

—¡Aquí! ¡Aquí abajo!

De pronto hubo todo un enjambre de cuerpos a su alrededor; oía bofetadas, patadas y gritos furiosos, pero nada de aquella locura iba contra ella. Después todo fue oscuridad, y sus últimos pensamientos apenas tuvieron que ver con ella. ¡David! David por el amor de Dios, ¿dónde estás? ¡Sigue vivo, amor mío, y no permitas que te vuelvan a robar el alma! ¡Sobre todo, no permitas eso! ¡Quieren la mía, pero no voy a dársela! ¿Por qué nos hacen esto? ¡Dios mío, ¿por qué?!

Se había despertado sobre un catre en un pequeño cuarto sin ventanas, mientras una joven china, casi una niña, le enjugaba la frente con un paño fresco y perfumado.

—¿Dónde...? —susurró Marie—. ¿Qué es esto? ¿Dónde estoy?

La muchacha sonrió dulcemente y se encogió de hombros, señalando con la cabeza hacia un hombre que estaba al otro lado del catre, un chino que Marie calculó tendría treinta y tantos años, vestido con atuendo tropical, una guayabera blanca en vez de camisa.

—Permítame presentarme —dijo el hombre en un inglés claro, aunque con mucho acento—. Me llamo Jitai, y trabajo en la sucursal en Tuen Mun del banco de Hang Chow. Está usted en la trastienda de un comercio de tejidos perteneciente a un amigo y cliente, mister Chang. Ellos la trajeron aquí y me llamaron. Fue atacada por dos matones de la Di-di Jing Cha, que puede traducirse por Policía Auxiliar de la Juventud. Es uno de esos programas sociales bienintencionados que resultan beneficiosos, pero tienen también a veces sus manzanas podridas, como dicen ustedes los norteamericanos.

—¿Por qué piensa que soy norteamericana?

—Por su modo de hablar. Mientras estaba inconsciente habló de un hombre llamado David, un amigo muy querido, sin duda. Trata de encontrarlo.

—¿Qué más dije?

—En realidad nada. Sus palabras no tenían mucho sentido.

—No conozco a nadie que se llame David —dijo con firmeza Marie—. Sin duda estaba delirando.

—No tiene importancia. Lo que importa es su bienestar. Nos avergüenza y apena lo que ha ocurrido.

—¿Dónde están esos dos mocosos, esos bastardos?

—Los han cogido y serán castigados.

—Espero que se pasen diez años en la cárcel.

El chino había fruncido la frente.

—Para eso habría que implicar a la policía; hacer una denuncia formal, presentarse ante un magistrado... —Marie miró fijamente al banquero—. Si lo desea, la acompañaré a la policía y le serviré de intérprete, pero pensamos que primero debíamos saber lo que piensa usted sobre ello. Lo ha pasado muy mal, y está sola aquí en Tuen Mun por razones que sólo usted conoce.

—No, mister Jitai —dijo Marie—. Preferiría no presentar cargos. Estoy bien y la venganza no es para mí una gran prioridad.

—Lo es para nosotros, señora.

—¿Qué quiere decir?

—Sus atacantes llevarán nuestra vergüenza a sus lechos nupciales, donde sus hazañas serán menores de lo esperado.

—Comprendo. Son jóvenes...

—Hemos sabido que lo de esta mañana no es su primer delito. Son unos sucios y hay que darles una lección.

—¿Esta mañana? Oh, Dios mío, ¿qué hora es? ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

El banquero miró su reloj.

—Cerca de una hora.

—Tengo que volver al apartamento, al piso, en seguida. Es importante.

—Las mujeres quieren arreglarle la ropa. Son excelentes costureras y no tardarán mucho, pero pensaron que no debía usted despertarse sin ropa.

—No tengo tiempo. He de volver ahora mismo. ¡Dios mío! ¡No sé dónde es y no tengo la dirección!

—Conocemos la casa, señora. Una mujer alta y atractiva sola en Tuen Mun se hace notar, corre la voz. La llevaremos allí en seguida.

El banquero se volvió y habló rápidamente en chino dirigiéndose a una puerta entornada que había tras él, mientras Marie se incorporaba.

De pronto se dio cuenta de la cantidad de gente que la miraba. Se puso de pie, sobre sus plantas doloridas, y estuvo un momento oscilando hasta encontrar el equilibrio, mientras se alisaba la blusa.

Se abrió la puerta y entraron dos viejas, cada una con una prenda de seda de colores brillantes. La primera era un especie de kimono, que le pasaron suavemente por la cabeza y se convirtió en un vestido, que le cubría la blusa desgarrada y buena parte de los maltrechos pantalones verdes. La segunda, una faja larga y ancha que le enrollaron en la cintura y apretaron, también suavemente. A pesar de la tensión que la invadía, Marie se dio cuenta de que ambas prendas eran exquisitas.

—Venga, señora —dijo el banquero, tocándole el codo—. La acompañaré.

Salieron a la tienda, Marie asintiendo con la cabeza y tratando de sonreír mientras la multitud de chinos y chinas le hacían reverencias, con los oscuros ojos llenos de tristeza.

Había vuelto al pequeño apartamento, se había quitado las hermosas sedas y se había tumbado en la cama, tratando de encontrar sentido a lo que no parecía tener ninguno. Enterró la cara en la almohada, tratando de expulsar de su cabeza las horribles imágenes de la mañana, pero sin conseguirlo. Por el contrario, aquello hizo que le brotase el sudor, y cuanto más fuerte cerraba los ojos más violentas se hacían las imágenes, que se entremezclaban con los terribles recuerdos de Zurich, del Quai de Guisan, cuando un hombre llamado Jason Bourne le había salvado la vida.

Ahogó un sollozo, saltó de la cama y se quedó allí, temblando.

Al fin fue hasta la diminuta cocina y abrió el grifo mientras buscaba su vaso. El chorro de agua era débil, y Marie lo observó distraídamente mientras se llenaba el vaso, con el pensamiento en otra parte.

En ocasiones las personas deberían poner sus cabezas a enfriar, bien sabe Dios que yo lo hago más de lo que debería un psiquiatra zonablemente respetado... Las cosas nos agobian... tenemos que poner de acuerdo nuestros actos. Morris Panov, amigo de Jason Bourne.

Cerró el grifo, bebió el agua tibia y volvió al reducido cuarto que le servía para la triple función de dormir, sentarse y pasear. De pie en el umbral, miró a su alrededor, y supo por qué encontraba tan grotesco su refugio. Era una celda, se diría que estaba en alguna cárcel remota. Peor aún: era una forma muy real de confinamiento en solitario. Volvía a estar aislada con sus pensamientos, con sus terrores. Fue hasta una ventana, como podría hacerlo un preso, y contempló el mundo exterior. Lo que veía era una extensión de su celda; tampoco estaba libre allá abajo, en la calle hormigueante. Era un mundo desconocido para ella, y que la rechazaba. Dejando aparte la locura de aquella mañana en la playa, era una intrusa que no podía ni entender ni ser entendida. Estaba sola, y esa soledad iba volviéndola loca.

Como entumecida, Marie contemplaba la calle. ¿La calle? ¡Allí estaba Catherine! Estaba con un hombre junto a un coche gris, los dos con la cabeza vuelta mirando a otros tres hombres que había diez metros más atrás, junto a un segundo coche. Se ofrecían los cinco con una claridad deslumbradora, porque no se parecían a ninguna de las personas que había en la calle. Eran occidentales en un mar de chinos, extraños en un lugar desconocido. Se veía que estaban excitados, preocupados por algo, pues movían sin cesar la cabeza y miraban en todas direcciones, en especial al otro lado de la calle, a la casa de apartamentos. ¿Cabezas? ¡Pelo! Tres de los hombres tenían el

pelo muy corto, a lo militar... Marines. ¡Marines norteamericanos!

El acompañante de Catherine, un paisano a juzgar por su pelo, hablaba velozmente, subrayando sus palabras con el índice... ¡Marie lo conocía! Era el hombre del Departamento de Estado, el que había venido a verlos en Maine, el subsecretario de los ojos muertos, que se frotaba continuamente las sienes y apenas protestó cuando David le dijo que no confiaba en él. ¡Era McAllister! Y era el hombre con el que Catherine había dicho que iba a encontrarse.

De pronto, mientras observaba la escena, piezas abstractas y terribles del *puzzle* encajaron. Los dos marines que estaban junto al segundo coche cruzaron la calle y se separaron. El que estaba con Catherine habló brevemente con McAllister y corrió hacia su derecha, sacando del bolsillo una pequeña radio. Staples dijo algo al subsecretario de Estado y miró hacia la casa de apartamentos. Marie se alejó de la ventana.

Estaré sola, no irá nadie conmigo.

Muy bien.

¡Era una trampa! Habían llegado hasta Catherine Staples. Ya no era una amiga; ¡era el enemigo! Marie sabía que tenía que huir. ¡Por el amor de Dios, escápate! Cogió el bolso con el dinero y durante una fracción de segundo contempló las sedas del comercio de tejidos. Las cogió y salió corriendo del piso.

Había dos pasillos, uno que iba a lo ancho del edificio, a lo largo de la fachada, con una escalera a la derecha que llevaba a la calle; el otro salía del primero formando una T invertida y daba a una puerta trasera. Era una segunda escalera, que utilizaban para sacar la basura a los cubos que había en el callejón de atrás. Catherine lo había comentado cuando llegaron, y le explicó que una ordenanza prohibía dejar basura en la calle, que era la principal arteria de Tue Mun. Marie corrió por el pasillo que se bifurcaba hasta la puerta trasera y la abrió, para verse repentinamente frente a un viejo encorvado que empuñaba una escoba. El anciano la miró un instante tratando de acomodar los ojos y después sacudió la cabeza, con expresión de intensa curiosidad. Marie salió al oscuro descansillo mientras el chino entraba, y mantuvo la puerta entornada, esperando ver aparecer a Staples procedente de las escaleras de la entrada. Si Catherine, al encontrar el piso vacío, volvía rápidamente a la escalera para bajar corriendo al encuentro de McAllister y de los marines, Marie podría volver y recoger la ropa que le había comprado Staples. En su pánico, sólo había pensado un segundo en ella, y había cogido las sedas al no atreverse a perder unos momentos preciosos buscando en el armario donde Catherine había colgado las prendas, mezcladas con otra ropa. Pero no podía andar, y mucho menos correr, por las calles con una blusa

rota y unos pantalones sucios. Algo pasaba. ¡Era el viejo! Seguía allí de pie, con los ojos clavados en la rendija de la puerta.

—¡Váyase! —susurró Marie.

Pasos. El ruido seco de unos zapatos de tacón alto que subían rápidamente por la escalera metálica de la fachada del edificio. Si era Staples, pasaría por el corredor que se bifurcaba, camino del piso.

—*Dena yi deng!* —gritó el viejo chino, todavía inmóvil con su escoba y sin dejar de mirarla. Marie cerró más la puerta y siguió atisbando por una rendija de apenas media pulgada.

Apareció Staples, que echó una pasajera mirada de curiosidad al viejo, cuya voz aguda y enfadada había oído al parecer. Sin cambiar el paso continuó por el corredor, atenta sólo a llegar al piso. Marie esperó; el golpeteo de su pecho parecía resonar en toda la oscura caja de escalera. Después vinieron las palabras, súplicas histéricas.

—¡No! ¡Marie! ¡Marie!, ¡¿dónde estás?!

Se oía el martilleo de las pisadas sobre el cemento. Catherine dobló la esquina y echó a correr hacia el viejo chino y la puerta... hacia ella.

—¡Marie, no es lo que crees! ¡Por el amor de Dios, deténte!

Marie Webb dio media vuelta y bajó corriendo los oscuros peldaños. De repente, un rayo de brillante sol amarillo ascendió por la escalera, y con la misma brusquedad desapareció. Alguien había abierto la puerta del piso, tres plantas más abajo, y una figura trajeada de oscuro entró rápidamente, un marine que ocupaba su puesto. El hombre subió corriendo los peldaños y Marie se acurrucó en el rincón de un segundo descansillo. El marine llegó al último escalón y antes de tomar la curva se apoyó en la barandilla. Marie se abalanzó y estrelló la mano en la que llevaba el rebujón de sedas en la cara del asombrado soldado, haciéndole perder el equilibrio. Clavó el hombro en el pecho del marine y lo mandó de espaldas escaleras abajo. Todavía daba su cuerpo tumbos por los peldaños cuando Marie pasó junto a él, mientras oía los gritos que llegaban de arriba.

—¡Marie! ¡Marie! ¡Sé que eres tú! ¡Por Dios, escúchame!

Salió tambaleándose al callejón y entonces comenzó otra pesadilla, ésta al sol cegador de Tuen Mun. Corriendo por la vía de enlace que discurría por detrás de la fila de edificios de apartamentos, con los pies sangrando dentro de los zapatos de lona, Marie se metió aquella especie de kimono por la cabeza y se detuvo junto a una fila de latas de basura, donde se quitó los pantalones verdes, que tiró dentro de la más cercana. Después se envolvió la cabeza en la ancha faja, cubriéndose el pelo, y entró corriendo en el siguiente callejón, que llevaba a la calle principal. Lo alcanzó, y

segundos más tarde caminaba entre la masa humana, aquel trozo de Hong Kong en la nueva frontera de la colonia. Cruzó la calle.

—¡Allí! —gritó una voz masculina—. ¡Aquella alta!

Empezaba la caza, pero de un modo brusco, sin el menor indicio previo. Esta vez era diferente. Un hombre corrió tras ella por la acera, pero se vio detenido súbitamente por el carro de un vendedor que le cerraba el paso. Trató de empujarlo a un lado, y sólo consiguió meter las manos en las ollas de manteca de cerdo hirviendo. Gritó, volcó el carro y se vio enfrentado a los chillidos del propietario, que sin duda le exigía dinero, mientras él y otros rodeaban al marine, obligándolo a retroceder hacia el bordillo.

—¡Allí está la bruja!

Marie oyó las palabras y se vio frente a una falange de compradoras. Giró a la derecha y se metió corriendo por otra bocacalle, un callejón que de pronto descubrió no tenía salida, pues iba a dar a la pared de un templo chino. ¡Y ocurrió otra vez! Cinco jóvenes —adolescentes con uniformes paramilitares— salieron repentinamente de una puerta y le hicieron señas de que entrase.

—¡Yanqui criminal! ¡Yanqui ladrón!

Los gritos tenían la cadencia de un idioma extranjero ensayado. Los jóvenes entrelazaron sus brazos y, sin violencia, interceptaron al hombre del pelo a cepillo, acorralándolo contra una pared.

—¡Fuera de mi camino! —gritó el marine—. ¡Fuera de mi camino u os detengo a todos, mocosos!

—Levanta los brazos... o el arma —gritó una voz al fondo.

—¡Nunca he dicho nada de un arma! —interrumpió el soldado de Victoria Peak.

—Pero si haces cualquiera de las dos cosas —continuó la voz—, soltarán sus brazos, y cinco Di-di Jing-Chas, muchos de ellos entrenados por nuestros amigos norteamericanos, contendrán sin duda a un solo hombre.

—¡Maldita sea! ¡Sólo estoy tratando de hacer mi trabajo! ¡Esto no les importa!

—Me temo que sí, por razones que ignoras.

—¡Mierda!

El marino se apoyó contra la pared, sin aliento, y contempló las caras sonrientes que tenía enfrente.

—*Lai!* —dijo una mujer a Marie, señalando una amplia puerta de forma extraña y sin manilla visible en lo que parecía ser una gruesa e impenetrable pared—. *Xiao xin.* Koi-dad.

—¿Cuidado? Comprendo.

Alguien con delantal abrió la puerta, Marie se precipitó dentro, y en seguida sintió fuertes ráfagas de aire frío. Se encontraba en una gran cámara frigorífica en la que había espectrales canales de carne colgados de ganchos bajo el resplandor de bombillas protegidas por tela metálica. El hombre del delantal esperó un minuto con el oído pegado a la puerta. Marie se enrolló la ancha faja de seda al cuello y se agarró los brazos para preservarse del repentino frío, más acentuado por el contraste con el sofocante calor del exterior. Al fin, el empleado le hizo gestos de que le siguiera; así lo hizo Marie, y fueron por entre los canales hasta la entrada del enorme refrigerador. El chino tiró de una palanca metálica, empujó la pesada puerta e hizo con la cabeza seña a Marie, que tiritaba, de que saliese. Se encontró en una larga y estrecha carnicería desierta, por cuyas persianas de bambú se filtraba el intenso sol de mediodía. Detrás del mostrador, junto al ventanal de la derecha, un hombre de pelo blanco atisbaba la calle por entre los listones, e hizo señas a Marie de que se reuniese con él. Así lo hizo ella, y al pasar reparó en una corona de flores de forma extraña dispuesta detrás del cristal de la puerta de entrada, que parecía estar cerrada.

El viejo le indicó que debía mirar por la ventana, y cuando Marie separó dos curvos listones de bambú lo que vio la dejó asombrada. La búsqueda estaba en su frenético apogeo. El marine que se había escaldado las manos seguía agitándolas mientras iba de tienda en tienda, al otro lado de la calle. Marie vio a Catherine Staples y a McAllister en acalorada conversación con una multitud de chinos, que sin duda protestaban de que unos extranjeros viniesen a perturbar el modo de vida pacífico, aunque atareado, de Tuen Mun. Al parecer, en su pánico, McAllister había dicho algo ofensivo, y se vio desafiado por un hombre que le doblaba la edad, un anciano vestido con una túnica oriental, al que contenían cabezas más jóvenes y frías. El subsecretario de Estado retrocedía levantando las manos, alegando inocencia, mientras Staples gritaba inútilmente esforzándose por librar a ambos de la furiosa plebe.

De repente, apareció el marine de las manos heridas, que salía de un portal del otro lado de la calle. Volaron trozos de cristal en todas direcciones mientras él rodaba por la acera, aullando de dolor cuando sus manos tocaron el cemento. Lo perseguía un joven chino vestido con la túnica blanca, el cinturón y el pantalón hasta la rodilla e instructor de artes marciales. El marine se puso en pie de un salto mientras su adversario oriental llegaba hasta él corriendo, le colocó un gancho de izquierda en el riñón, acompañado de un certero rechazo en la cara que hizo volver a su atacante por donde había venido, mientras él gritaba por el dolor que le habían causado los golpes en sus manos escaldadas.

Un último marine de Victoria Peak llegó corriendo por la calle; cojeaba de una

pierna y tenía los hombros torcidos como a causa de una caída, de una caída por las escaleras, pensó Marie, que contemplaba asombrada la escena. Aun así, acudió en ayuda de su apurado camarada y fue muy eficaz. Los intentos de pelea de aficionados de los discípulos del ahora inconsciente instructor de artes marciales se encontraron con el frenesí de piernas disparadas, golpes restallantes y maniobras en torbellino de un experto en judo.

También ahora repentinamente, sin el menor indicio previo, estallaron en la calle los compases cacofónicos de la música oriental y címbalos y primitivos instrumentos de madera se entregaron a abruptos crescendos mientras una desastrada banda desfilaba por la calle, seguida por carteles hechos con flores. La pelea se detuvo como por ensalmo, y se hizo el silencio en la principal avenida comercial de Tuen Mun. Los norteamericanos estaban confundidos; Catherine Staples reprimía su frustración y Edward McAllister levantó las manos, exasperado.

Marie observaba, literalmente hipnotizada por el cambio que se había producido en la calle. Todo se había detenido, como si lo hubiese ordenado alguna presencia sepulcral a la que nadie podía permitirse juzgar. Cambió su ángulo de visión por entre las persianas de bambú y contempló el grupo harapiento que se acercaba. A su cabeza iba el empleado de banca Jitai. ¡Se dirigían a la carnicería!

Con ojos ávidos, Marie vio cómo Catherine Staples y McAllister pasaban corriendo ante el extraño grupo, frente a la tienda. Al otro lado de la calle, los dos marines reanudaron una vez más la caza. Todos desaparecieron bajo el sol cegador.

Se oyeron golpes en la puerta de la carnicería. El viejo del pelo blanco quitó la corona y abrió. Entró Jitai e hizo una reverencia a Marie.

—¿Le gustó el desfile, señora?

—No sabía bien lo que era.

—Una marcha por los muertos. En este caso, sin duda, por los animales colgados en la cámara del mister Woo.

—¿Ustedes...? ¿Estaba todo planeado?

—Dispuesto, podría decirse. Con frecuencia, nuestros primos del Norte consiguen cruzar la frontera, y no me refiero a los ladrones sino a miembros de una familia deseosos de reunirse con los suyos, y los soldados se empeñan en capturarlos y devolverlos allí. Debemos estar preparados para proteger a los nuestros.

—Pero yo... ¿Lo sabían?

—Observamos y esperamos. Usted se escondía, huía de alguien, eso lo sabíamos. Nos lo contó cuando dijo que no quería ir ante el magistrado, «presentar cargos». Por eso la encaminaron al callejón.

—¿La fila de mujeres que llevaban bolsas de la compra?

—Sí. Cruzaron la calle cuando usted. Debíamos ayudarla.

Marie contempló los rostros ansiosos de la gente que estaba al otro lado de los listones de bambú.

—¿Cómo saben que no soy una delincuente?

—Eso no importa; lo que importa es el ultraje que le infligieron dos de nuestros paisanos. Además, señora, usted no parece una fugitiva de la justicia.

—No lo soy. Y necesito ayuda. Tengo que volver a Hong Kong, a un hotel donde no podrán encontrarme, donde podré usar un teléfono. No sé realmente con quién, pero tengo que hablar con personas que puedan ayudarme... ayudarnos —Marie hizo una pausa, sin apartar sus ojos de los de Jitai—. El hombre que se llama David es mi marido.

—Comprendo —dijo el empleado de banca—. Pero primero tiene que ver a un médico.

—¿Cómo?

—Tiene los pies sangrando.

Marie miró hacia abajo. La sangre se había filtrado por los vendajes y había calado la lona de sus zapatos, dándoles un aspecto repugnante.

—Creo que tiene razón.

—Después habrá ropa, transporte... Yo mismo le buscaré un hotel bajo el nombre que desee. Y queda la cuestión del dinero. ¿Tiene fondos?

—No lo sé —dijo Marie, poniendo las prendas de seda sobre el mostrador para abrir el bolso—. Es decir, no he mirado. Una amiga, alguien a quien creía amiga, me dejó dinero.

Sacó los billetes que había puesto Staples en el bolso.

—Aquí en Tuen Mun no somos ricos, pero tal vez podamos ayudarla. Se habló de hacer una colecta...

—No soy pobre, mister Jitai —le interrumpió Marie—. Pero si lo necesito y, se lo diré francamente, si sigo con vida, le será devuelto hasta el último centavo con intereses muy por encima del preferencial.

—Como desee. Yo soy empleado de banca; pero ¿qué puede saber una dama tan encantadora como usted de intereses y preferencias?

—Usted es empleado de banca y yo economista, y ¿qué saben los banqueros del impacto de unos intereses excesivos sobre las monedas en flotación, especialmente en el caso de los preferenciales?

Marie sonrió por primera vez en mucho tiempo.

Tenía más de una hora para pensar en medio de la tranquilidad del campo, sentada en el taxi que la devolvía a Kowloon. Después quedaban otros cuarenta y cinco minutos, una vez llegasen a las menos tranquilas afueras, y en especial a un barrio congestionado llamado Mongkok. El contrito pueblo de Tuen Mun se había mostrado no sólo generoso y protector, sino también ingenioso. Jitai, había confirmado al parecer que la víctima de los dos matones era efectivamente una mujer blanca que se escondía y huía para salvar su vida, y en consecuencia, dado que estaba buscando a personas que pudiesen ayudarla, quizá fuese conveniente cambiar su aspecto. Trajeron prendas de vestir occidentales de varias tiendas, unas ropas que sorprendieron a Marie por lo extrañas; parecían monótonas y utilitarias, limpias pero insípidas. No eran baratas, sino la clase de ropa que elegiría una mujer que o no tenía el menor sentido de la moda o pasaba de ella. Después, al cabo de una hora en la trastienda de un salón de belleza, comprendió por qué habían elegido ese atuendo. Las mujeres se deshacían en atenciones con ella. Le lavaron y secaron el pelo, y cuando terminaron se miró en el espejo, casi sin atreverse a respirar. Su cara, pálida y cansada, estaba ahora encuadrada por un pelo que ya no era de un castaño llamativo, sino gris ratón con sutiles toques de blanco. Había envejecido más de una década; era una ampliación de lo que había intentado tras escapar del hospital pero mucho más atrevido, mucho más completo. Daba la imagen china de la clase media-alta, seria, no una absurda turista, probablemente una viuda que daba instrucciones perentorias, miraba por su dinero y no iba a ningún sitio sin una guía que consultaba a cada paso mientras seguía un bien organizado itinerario. El pueblo de Tuen Mun conocía bien a esa clase de turistas y había hecho un retrato de lo más preciso. Jason Bourne lo aprobaría.

Sin embargo, hubo otros pensamientos que la ocuparon durante el viaje a Kowloon, pensamientos desesperados que trataba de controlar y mantener en perspectiva, rechazando el pánico que tan fácilmente podía invadirla y obligarle a hacer lo que no debía, un movimiento erróneo que podría perjudicar a David, matar a David. *¡Dios mío! ¿Dónde estás? ¿Cómo puedo encontrarte? ¿Cómo?*

Rebuscó en su memoria a alguien que pudiese ayudarla, pero tuvo que rechazar cada nombre y cada cara que recordaba porque, de un modo u otro, todos habían formado parte de aquella horrible estrategia resumida en la palabra *irrecuperable*: la muerte de una persona como única solución aceptable. Excepto, claro está, Morris Panov; pero Mo era un paria a los ojos del gobierno, había llamado a los verdugos oficiales por su verdadero nombre: incompetentes y asesinos. No llegaría a nada y era muy posible que acabase provocando una segunda orden presidida por ese vocablo amenazador: *irrecuperable*.

Irrecoverable... Acudió a su mente una cara, una cara con lágrimas en las mejillas y gritos ahogados de compasión en su voz trémula, alguien en otro tiempo amigo de un joven funcionario del servicio exterior y su esposa e hijos en un destino remoto llamado Phnom Penh. ¡*Conklin!* ¡Se llamaba Alexander Conklin! Durante la larga convalecencia de David había tratado repetidamente de ver a su marido, pero David no lo permitió; dijo que mataría al hombre de la CIA si cruzaba aquella puerta. El tullido Conklin había hecho equivocadamente, estúpidamente, acusaciones contra David, sin escuchar las súplicas de un amnésico y culpándolo, por el contrario, de traición y desertión, hasta el punto de haber tratado de matarlo en las afueras de París. Después había montado un último intento en la calle 71 de Nueva York, en una casa franca conocida por Treadstone 71, que estuvo a punto de tener éxito. Cuando se supo la verdad sobre David, Conklin se vio consumido por el sentimiento de culpabilidad, destrozado por lo que había hecho. Marie llegó a sentir pena por él, tan verdadera era su angustia, tan devastadora su sensación de culpa por eso habló con Alex, tomaron café en el porche, pero David no quiso verlo. ¡Y ahora era el único en quien podía pensar que tenía sentido, algún sentido al menos!

El hotel de Kowloon se llamaba Empress y estaba en Chatham Road. Era pequeño, uno más de los del abarrotado Tsim Sha Tsui, frecuentado por miembros de toda una mezcla de culturas, ni ricos ni pobres, en su mayoría comerciantes de Oriente y Occidente que hacían sus negocios sin la largueza de las cuentas de gastos de los ejecutivos. El bancario Jitai había hecho bien su trabajo; habían reservado una habitación para una tal Mrs. Austin, Penelope Austin. Lo de «Penelope» había sido idea del propio Jitai, porque había leído muchas novelas inglesas y Penelope parecía «tan apropiado»... *Amén*, como hubiese dicho Jason Bourne, pensó Marie.

Se sentó en el borde de la cama y alcanzó el teléfono, sin saber bien qué decir pero sabiendo que tenía que decirlo.

—Necesito el número de una persona de Washington, D.C., en Estados Unidos —dijo a la telefonista—. Es urgente.

—La información del extranjero tiene un precio...

—Cóbrelo —le cortó Marie—. Es muy urgente. Espero.

—¿Sí? —dijo una voz llena de sueño—. ¿Diga?

—Alex, soy Marie Webb.

—¡Por todos los diablos! ¿Dónde estás? ¿Dónde estáis los dos? ¿Te encontró?

—No sé de qué me hablas. Ni yo le he encontrado a él ni él me ha encontrado a mí. ¿Es que sabes algo de todo esto?

—¿Quién demonios crees que casi me rompe el cuello la semana pasada cuando

vino a Washington? ¡David! He avisado a todos los teléfonos a donde puede llamarme y lo mismo ha hecho Mo Panov. ¿Dónde estás?

—En Hong Kong... En Kowloon, creo. En el hotel Empress, bajo el nombre de Austin. ¿David habló contigo?

—¡Y Mo! Él y yo hemos echado mano de todas nuestras bazas para descubrir qué diablos está pasando y nos han dado con la puerta en las narices. Bueno, es que nadie más sabe tampoco lo que está pasando. ¡Si no lo sabía ni yo! ¡Dios mío, Marie, no he tomado un trago desde el jueves pasado!

—No sabía que lo echases de menos.

—¡Pues lo echo! ¿Qué está ocurriendo?

Marie se lo contó, incluido el inconfundible cuño de la burocracia del gobierno en sus captores, y su huida, y la ayuda prestada por Catherine Staples, que resultó una trampa, tramada por un hombre llamado McAllister a quien había visto en la calle con Staples.

—¿Que viste a McAllister?

—Está aquí, Alex. Quiere cogerme otra vez. ¡Conmigo controla a David, y lo matará! ¡Ya lo intentaron antes!

Hubo una pausa, un silencio lleno de angustia.

—Lo *intentamos* —dijo suavemente Conklin—. Pero eso fue entonces, no ahora.

—¿Qué puedo hacer?

—Quedarte donde estás —ordenó Alex—. Tomaré el primer avión para Hong Kong. No salgas de la habitación y no hagas más llamadas. Te están buscando, tienen que buscarte.

—¡David está por ahí, Alex! ¡Sea lo que sea lo que le han obligado a hacer por mi causa, tengo un susto mortal!

—Delta fue el mejor hombre que salió de Medusa. Nunca hubo nadie mejor en ese campo. Lo sé porque lo vi.

—Ése es sólo un aspecto, y a mí misma me enseñó a vivir con él. Pero ¿y el otro, Alex? ¡Su mente! ¿Qué ocurrirá con su mente?

Conklin hizo de nuevo una pausa, y cuando habló fue en tono pensativo.

—Llevaré a un amigo, un amigo de todos nosotros. Mo no se negará. No te muevas, Marie. Es hora de ajustar cuentas, ¡y te juro que vamos a ajustárselas!

Capítulo 23

—¿Quién es usted? —gritó Bourne frenético, agarrando al viejo por el cuello y poniéndolo contra la pared.

—¡Quieto, Delta! —ordenó D'Anjou—. Oirán sus voces y creerán que lo estás matando. Llamarán a recepción.

—Puedo matarlo sin que funcionen los teléfonos.

Jason soltó al impostor del impostor; soltó su garganta, pero lo agarró por la pechera de la camisa, rompiéndosela, mientras lo lanzaba sobre una silla.

—La puerta —dijo D'Anjou en tono firme y enfadado—. Ponlo en su sitio lo mejor que puedas. Quiero salir vivo de Beijing y cada segundo contigo disminuye mis posibilidades. ¡Esa puerta!

Medio enloquecido, Bourne se dio la vuelta, cogió la maltrecha puerta, la puso en el dintel, ajustó los bordes y los hizo encajar a patadas. El viejo se frotaba la garganta, y de pronto trató de saltar de la silla.

—*Non, mon ami!* —dijo el Francés, impidiéndoselo—. Quédese donde está. Y no se preocupe por mí, sólo por él. ¿Sabe? Es verdad que puede matarlo. En su rabia, no respeta los años dorados; yo sí, porque los tengo más cerca.

—¿Rabia? ¡Esto es un ultraje! —farfulló el viejo, tosiendo las palabras—. ¡Luché en El Alamein y por Cristo que lucharé ahora!

Volvió a forcejear por levantarse de la silla, y D'Anjou lo rechazó mientras volvía Jason.

—Oh, el estoicamente heroico británico —observó el Francés—. Al menos ha tenido la delicadeza de no decir que fue en Agincourt.

—¡Déjate ya de disparates! —gritó Bourne, echando a D'Anjou a un lado e inclinándose sobre la butaca, en cuyos brazos se apoyó, empujando de nuevo al viejo contra el asiento—. O me dice dónde está, y pronto, o deseará no haber salido nunca de El Alamein.

—¿Dónde está quién, so loco?

—¡Usted no es el hombre de abajo, el Joseph Wadsworth que iba a subir a la habitación tres veinticinco!

—¡Ésta es la habitación tres veinticinco y yo soy Joseph Wadsworth, general de brigada retirado de los Reales Ingenieros!

—¿Cuándo se registró?

—En realidad me ahorraron esa lata —dijo orgullosamente Wadsworth—. Como profesional invitado por el gobierno, tengo derecho a ciertas deferencias. Me

acompañaron para pasar la aduana y me trajeron directamente aquí. Debo decir que los del servicio de habitaciones no son muy despabilados (bien sabe Dios que esto no es el Connaught) y el maldito teléfono casi nunca funciona.

—¡Le he preguntado cuándo!

—Anoche; pero, dado que el avión traía seis horas de retraso, supongo que debería decir esta mañana.

—¿Qué instrucciones le dieron?

—No creo que eso sea de su incumbencia.

Bourne extrajo el abrecartas de su cinturón y lo puso contra la garganta del viejo.

—Lo es si quiere salir vivo de este sillón.

—¡Dios mío, está usted loco!

—Tiene razón; no me queda mucho tiempo para corduras, ninguno. ¡Las instrucciones!

—Son de lo más inofensivo. Iban a recogerme hacia las doce del mediodía, y como son ya más de las tres cabe suponer que el gobierno popular no hace más caso del reloj que su línea aérea.

D'Anjou tocó el brazo de Bourne.

—El avión de las once treinta —dijo en voz baja—. Éste es el cimbel y no sabe nada.

—Entonces tu Judas está aquí, en otra habitación —replicó Jason por encima del hombre—. ¡Tiene que estar!

—No digas más; será interrogado. —Con repentina e inesperada autoridad, D'Anjou apartó a Bourne del sillón y habló en el tono impaciente de un oficial superior—. Escuche, brigadier: le pedimos disculpas por la molestia; es una pesadez, lo sé. Es la tercera habitación en la que irrumpimos; nos informamos del nombre del ocupante para hacerle un interrogatorio de choque.

—¿Un qué de choque? No comprendo.

—Sabíamos que una de cuatro personas de esta planta había metido de contrabando más de cinco millones de dólares en drogas. Como no era ninguno de ustedes tres, tenemos ya a nuestro hombre. Le sugiero que haga lo que están haciendo ya los otros. Diga que ha entrado en su habitación un borracho, furioso por la habitación que le habían dado; es lo que van a decir ellos. Eso pasa mucho, y es mejor no incurrir en sospechas, ni siquiera por relación errónea. Este gobierno a menudo se pasa en sus reacciones.

—No me gustaría eso —balbució Wadsworth, retirado de los Reales Ingenieros—. Mi condenada pensión es ya demasiado pequeña para arreglárselas con ella.

—La puerta, mayor —ordenó D’Anjou a Jason—. Con cuidado. Trate de mantenerla derecha. —El Francés se volvió al inglés—. Esté preparado y espere, brigadier. Acomódese y denos veinte minutos para atrapar a nuestro hombre; después haga lo que quiera. Recuerde, un borracho furioso. Por su propio bien.

—Sí, sí, desde luego. Un borracho. Y furioso.

—¡Vamos, mayor!

Fuera, en el pasillo, cogieron sus bolsas y se dirigieron rápidamente a la escalera.

—¡Date prisa! —dijo Bourne—. Todavía hay tiempo. Tiene que cambiarse... ¡yo me cambiaría! Vigilaremos las entradas de la calle, las paradas de taxis... Trata de elegir las dos más lógicas, o más ilógicas, maldita sea. Nos ocuparemos uno de cada una y nos haremos señales.

—Antes nos quedan dos puertas —le interrumpió D’Anjou, sin aliento—. En este pasillo. Elige las dos que quieras, pero hazlo deprisa. Ábrelas a patadas y entra gritando barbaridades, pero que no se entiendan.

—¿Hablas en serio?

—Nunca hablé más en serio, Delta. Como hemos visto, la explicación es verosímil y las conveniencias evitarán cualquier investigación formal. La dirección convencerá sin duda a nuestro brigadier para que tenga la boca cerrada. Podrían perder sus confortables empleos. Ahora ¡deprisa! ¡Elige y haz tu trabajo!

Jason se detuvo ante la primera puerta de la derecha. Se encogió y se abalanzó contra ella, estrellando el hombro contra el endeble panel. La puerta se abrió de par en par.

—*Madad demaa!* —gritó una mujer en hindi, apenas cubierta por un sari medio caído a sus pies.

—*Kyaa baat hai!* —chilló un hombre desnudo que salió a la carrera del cuarto de baño, cubriéndose a toda prisa los genitales.

Ambos se quedaron con la boca abierta ante el loco intruso, que se movía con ojos desorbitados mientras barría de un manotazo lo que había sobre el buró más cercano y gritaba con voz de borracho.

—¡Vaya un hotel! ¡Los retretes no funcionan, los teléfonos tampoco! ¡Nada! ¡Jesús, esta no es mi habitación! Perdonen...

Bourne salió saludando con la mano y dando un portazo.

—¡Eso estuvo bien! —dijo D’Anjou—. Tenían problemas con la cerradura. Date prisa. Una más. ¡Ésa! —El Francés señaló una puerta a la izquierda—. He oído risas dentro, dos voces.

Jason volvió a lanzarse contra la puerta y entró rugiendo sus quejas de borracho.

Pero en vez de encontrarse con dos huéspedes sorprendidos se vio frente a una joven pareja, desnudos los dos hasta la cintura, y con los ojos vidriosos, que succionaban un cigarrillo pinchado haciendo profundas inhalaciones.

—Bienvenido, vecino —dijo el joven norteamericano con voz flotante y dicción precisa, aunque lenta—. No deje que las cosas le preocupen tanto. Los teléfonos no funcionan pero nuestro retrete sí. Úselo, compártalo. No pierda el humor.

—¿Qué demonios están haciendo en mi habitación? —chilló Jason con un chapurreo que oscurecía las palabras.

—Si ésta fuese tu habitación, macho —interrumpió la chica, balanceándose en su silla—, estarías al tanto de nuestras cosas íntimas y nosotros no somos así.

Soltó una risita.

—¡Cristo, estáis drogados!

—Y, sin tomar el nombre del Señor en vano —replicó el joven—, tú estás trompa.

—Nosotros no creemos en el alcohol —añadió la chica—. Provoca hostilidad. Sale a la superficie como los demonios de Lucifer.

—Despéjese, vecino —continuó con voz melodiosa el joven norteamericano—. Y después cúrese con yerba. Yo le conduciré a los campos donde volverá a encontrar su alma...

Bourne se precipitó fuera de la habitación, dando un portazo, y agarró a D'Anjou por el brazo.

—Vámonos —dijo, y añadió mientras se acercaban a la escalera—: Si esa historia que contaste al brigadier corre por ahí, esos dos van a pasarse veinte años capando carneros en Mongolia Exterior.

La tendencia china a vigilar de cerca y el afán de seguridad hacían que el hotel del aeropuerto tuviese una única gran entrada en la fachada para los huéspedes, y otra para los empleados al costado del edificio. Esta última estaba repleta de guardias uniformados que examinaban la documentación y registraban toda clase de bolsas, bolsos y bolsillos cuando los empleados salían acabada su jornada. La falta de familiaridad entre guardias y trabajadores daba a entender que aquéllos eran cambiados con frecuencia, para hacer difíciles los sobornos.

—No se arriesgará a pasar por entre los guardias —dijo Jason mientras cruzaban la salida de empleados tras someterse a un rápido examen alegando que llegaban tarde a una reunión a causa del retraso de su avión—. Se diría que les dan puntos por coger a cualquiera que robe un ala de pollo o una pastilla de jabón.

—Además, tienen rabia a los que trabajan aquí —corroboró D'Anjou—. Pero ¿por qué estás tan seguro de que sigue dentro? Conoce Beijing. Puede haber tomado

un taxi e ido a otro hotel.

—No con el mismo aspecto que tenía en el avión, te lo aseguro. No se lo permitiría; *yo* no me lo permitiría. Quiere estar libre para moverse por ahí sin que lo descubran y lo sigan. Lo necesita para su protección.

—En tal caso, podrían estar vigilando su habitación, y el resultado sería el mismo. Sabrán qué aspecto tiene.

—Si fuera yo, y es cuanto tengo para continuar, no estaría ahí. Se habrá buscado otra habitación.

—¡Te contradices! —objetó el Francés mientras se aproximaban a la concurrida entrada del hotel del aeropuerto—. Dijiste que recibiría sus instrucciones por teléfono. Quienquiera que llame, preguntará por la habitación que le asignaron a él, y no por la del cimbel, no por la de Wadsworth.

—Si los teléfonos funcionan, condición que, a propósito, es ventajosa para tu Judas, es sólo cuestión de hacer que le pasen las llamadas de una habitación a otra. Se enchufa una clavija en la centraba, si es de las antiguas, o se programa, si está computadorizada. No es difícil. Una reunión de negocios, viejos amigos encontrados en el avión... o ni la menor explicación, que es probablemente lo mejor.

—Falacias —proclamó D'Anjou—. Su cliente aquí en Beijing alertará a los telefonistas del hotel. Lo conectarán con la centralita.

—Eso es algo que no hará —dijo Bourne, empujando al Francés a través de una puerta giratoria hasta la acera, llena de turistas confusos y hombres de negocios que trataban de encontrar transporte—. Es un riesgo que no puede permitirse correr —continuó Jason mientras iban a lo largo de una fila de viejos microbuses y taxis decrepitos estacionados a lo largo del bordillo—. El cliente de tu comando tiene que mantener la máxima distancia entre ambos. No puede haber ni la menor posibilidad de que alguien establezca una relación, lo que significa que todo queda restringido a un círculo muy cerrado, muy de élite, sin arreglos con una centralita, sin llamar la atención sobre nadie, y mucho menos sobre tu comando. Tampoco se arriesgarán a andar merodeando cerca del hotel. Se mantendrán lejos, dejándole que tome la iniciativa. Aquí hay demasiada policía secreta, y alguien de ese círculo de élite podría ser reconocido.

—Los teléfonos, Delta. Por lo que hemos oído, no funcionan. ¿Qué va a hacer entonces?

Jason frunció el ceño mientras andaba, como tratando de recordar algo.

—El tiempo está de su parte, ésa es la ventaja. Tendrá instrucciones de repuesto para el caso de que no hagan contacto con él en un período de tiempo dado a partir de

su llegada, por las razones que sean, y podría haber muchas, considerando las precauciones que tienen que tomar.

—En ese caso también estarían al acecho, ¿no te parece? Esperarían fuera, en algún sitio, y tratarían de atraparlo.

—Por supuesto, y él lo sabe. Tiene que burlar su vigilancia y alcanzar su posición sin ser visto. Es del único modo que conserva el control. Esa es su primera tarea.

D'Anjou agarró a Bourne por el codo.

—Entonces creo que acabo de localizar a uno de los espías.

—¿Qué?

Jason se volvió a mirar al Francés y disminuyó la marcha.

—Sigue andando —ordenó D'Anjou—. Vete hasta ese camión, el que está en segunda fila con un hombre en la escalera extensible.

—Es lógico —dijo Bourne—. Es el servicio de reparaciones del teléfono.

Confundidos entre la multitud, llegaron al camión.

—Míralo. Hazte el interesado. Después mira a tu izquierda. La furgoneta que está allá lejos, delante del primer autobús. ¿La ves?

Jason la veía, y al instante supo que el Francés tenía razón. La furgoneta era blanca y casi nueva y tenía cristales oscuros en las ventanillas. Salvo por el color, podría ser la que había recogido al asesino en Shenzen, en la frontera de Lo Wu. Bourne empezó a leer los caracteres chinos que figuraban en la puerta.

—Niao Jing Shan... ¡Es lo mismo! El nombre no importa; pertenece a un refugio para aves, el de Jing Shan. En Shenzi era Chutang aquí otra cosa. ¿Cómo lo descubriste?

—El hombre que está en la ventanilla abierta, la última de este lado. No se le ve bien desde aquí, pero está mirando hacia la entrada. Además hay en él algo contradictorio; para un empleado de un refugio para aves, quiero decir.

—¿Por qué?

—Es un oficial del ejército, y por el corte de su guerrera y la clase de tela, de alta graduación. ¿Es que el glorioso Ejército Popular recluta ahora garcetas para sus tropas de asalto o se trata de un hombre que espera ansioso a alguien a quien le han ordenado descubrir y seguir, y utiliza un disimulo aceptable, pero lo estropea el ángulo de visión, que exige abrir la ventanilla?

—No puedo ir a ningún sitio sin Eco —dijo Jason Bourne, el antiguo Delta, el azote de Medusa—. Refugios para pájaros... Es hermoso. ¡Qué cortina de humo! Tan lejano, tan pacífico... Es una tapadera de todos los diablos.

—Y tan chino, Delta. La máscara honrada oculta el rostro inicuo. Ya nos

previenen las parábolas de Confucio.

—No me refería a eso. En Shenzen, en Lo Wu, cuando perdí a tu muchacho por primera vez, lo recogió una furgoneta, también con las ventanillas oscuras y que también pertenecía a un refugio para aves del gobierno.

—Como tú dices, una tapadera excelente.

—Es algo más que eso, Eco. Se trata de una especie de identificación.

—Las aves han sido veneradas en China durante siglos —dijo D’Anjou, mirando a Jason con expresión perpleja—. Siempre las han representado en su gran arte, en sus sedas. Las consideran bocados tan exquisitos para la vista como para el paladar.

—En este caso podrían ser un medio para algo mucho más sencillo, mucho más práctico.

—¿Como qué?

—Los refugios para aves son grandes vedados. Están abiertos al público pero sujetos a regulaciones oficiales, como en todas partes.

—¿Qué quieres decir, Delta?

—En un país donde diez personas cualesquiera opuestas a la línea oficial tienen miedo de que las vean juntas, ¿qué mejor sitio que una reserva natural que suele tener muchas millas de extensión? Nada de despachos, casas o apartamentos vigilados, nada de teléfonos intervenidos ni de espionaje electrónico. Sólo inocentes observadores de aves en una nación de amantes de las aves, cada uno con su pase oficial que le permite entrar cuando el refugio está oficialmente cerrado, de día o de noche.

—¿Desde Shenzen a Pekín? Te estás refiriendo a una situación mucho más amplia de la que habíamos considerado.

—Se trate de lo que se trate —dijo Jason, mirando a su alrededor—, es algo que no nos concierne. Sólo importa él. Tenemos que separarnos sin perdernos de vista. Yo iré a...

—No hace falta —le interrumpió el Francés—. ¡Allí está!

—¿Dónde?

—¡Echate para atrás! Más cerca del camión, en su sombra.

—¿Quién es?

—El sacerdote que acaricia al pequeño, a la niña. —D’Anjou observaba, de espaldas contra el camión, a la gente que había frente a la entrada del hotel—. Un clérigo —continuó con amargura el Francés—. Es uno de los disfraces que pensé que usaría. Tenía una sotana negra que le hicieron a la medida en Hong Kong, con una bendición anglicana cosida al cuello debajo de la etiqueta de un sastre de Savile Row. Era el disfraz que me costaba menos reconocer. Lo había pagado yo.

—Se ve que procedes de una diócesis rica —dijo Bourne, estudiando al hombre sobre el que deseaba con toda su alma abalanzarse para dominarlo, obligarlo a subir a una habitación del hotel y ponerse cuanto antes en camino hacia Marie.

El disfraz del asesino era bueno, mejor que bueno, y Jason trató de analizar ese juicio. Patillas grises sobresalían del sombrero oscuro del asesino, y llevaba unas gafas con fina montura de acero encaramadas casi sobre la punta de la nariz de su cara descolorida. Con los ojos muy abiertos y las cejas arqueadas, mostraba alegría y maravilla ante lo que veía en aquel lugar desconocido. Todo y todos eran obras de Dios, hijos de Dios, y lo demostraba mediante el acto de ser atraído por una niñita china y acariciarle la cabeza, mientras sonreía y hacía una cariñosa inclinación a la madre. Eso era, pensó Jason, admirándolo a su pesar. El muy hijo de perra rezumaba amor. Lo había en cada uno de sus gestos, en cada movimiento vacilante, en cada mirada de sus ojos amables. Era un compasivo sacerdote, el pastor de un rebaño que se extendía mucho más allá de una parroquia o un vicariato, y como tal, los ojos que buscaban a un asesino sólo se fijarían en él para descartarlo al instante.

Bourne recordó. ¡Carlos! El Chacal vestía también ropas de clérigo, con sus oscuros rasgos latinos sobre el blanco alzacuello almidonado, cuando salía de la iglesia de Neuilly-sur-Seine, en París. ¡Y Jason lo vio! Se vieron ambos, se encontraron sus ojos, y cada uno supo quién era el otro sin necesidad de palabras. *Consigue a Carlos. Atrapa a Carlos. ¡Cain es para Charlie y Carlos es para Cain!* Las claves habían estallado en su cabeza mientras corría detrás del Chacal por las calles de París, sólo para perderlo entre el tráfico, mientras un viejo mendigo, acurrucado en la acera, sonreía obscenamente.

Esto no era París, pensó Bourne. No había un ejército de viejos moribundos protegiendo al asesino. Atraparía a este chacal en Pekín.

—¡Preparado para moverte! —dijo D’Anjou, irrumpiendo en los recuerdos de Jason—. Se acerca el autobús.

—Está lleno.

—Ésa es la cuestión. Será el último en subir. ¿Quién se niega a admitir a un sacerdote con prisa? Es una de mis lecciones, por supuesto.

Otra vez tenía razón el Francés. La puerta del pequeño autobús, viejo y atestado, empezó a cerrarse, retenida por el brazo que introdujo el sacerdote, que consiguió meter también el hombro y sin duda pidió ayuda, pues había quedado atrapado. Se abrió de golpe la puerta, el asesino empujó hasta entrar y volvieron a cerrar.

—Es el directo para la plaza de Tian An Men —dijo D’Anjou—. Tengo el número.

—Hay que encontrar un taxi. ¡Vamos!

—No será tan fácil.

—He perfeccionado una técnica —replicó Bourne, saliendo de la sombra del camión de teléfonos con el Francés a sus talones mientras cruzaba ante ellos el autobús. Se metieron por entre la gente que había frente al hotel del aeropuerto y recorrieron la fila de taxis hasta el final. Acababa de llegar uno y daba la vuelta, dispuesto a ponerse a la cola, cuando Jason salió al centro de la calle y le mostró discretamente las palmas de sus manos. El taxi se detuvo mientras el conductor sacaba la cabeza por la ventanilla.

—*Shemma?*

—*Wei!* —gritó Bourne, corriendo hasta el taxista y enseñándole cincuenta dólares norteamericanos, que representaban incontables yuans—. *Biyao bang zhu* —dijo, informando al hombre de que necesitaba ayuda urgente y pagaría por ella.

—*Hao!* —exclamó el taxista, cogiendo el dinero—. *Bingli ba!* —añadió, justificando su acto en favor de un turista repentinamente enfermo.

Jason y D'Anjou subieron al taxi, y el conductor se quejó de que un segundo viajero hubiese invadido su vehículo por la otra puerta. Bourne dejó caer otros veinte yuans sobre el asiento y el hombre se ablandó. Se apartó de la fila de taxis y deshizo su camino hasta salir del complejo del aeropuerto.

—Allí delante va un autobús —dijo D'Anjou, inclinándose en el asiento para hablar al taxista en un torpe remedo de mandarín—. ¿Me comprende?

—Su lengua es Guangzhou, pero le entiendo.

—Va a la plaza de Tian An Men.

—¿Qué puerta? —preguntó el taxista—. ¿Qué puente?

—No lo sé. Sólo sé el número que lleva delante. Es el siete-cuatro-dos-uno.

—Parada número uno —dijo el taxista—. Puerta de Tian, segundo puente. La entrada a la ciudad imperial.

—¿Hay allí un aparcamiento para los autobuses?

—Habrá una cola de muchos autobuses. Todos están llenos, atestados. Tian An Men está lleno de gente en esta fase del sol.

—Deberíamos adelantar al autobús de que hablo por el camino, lo que es favorable para nosotros porque deseamos estar en Tian An Men antes de que llegue. ¿Puede hacerlo?

—Sin dificultad —respondió el taxista, sonriente—. Los autobuses son viejos y a menudo se averían. Podemos estar allí varios días antes de que llegue a la celestial puerta norte.

—Espero que no hable en serio —le interrumpió Bourne.

—Oh, no, generoso turista. Todos los conductores de autobús son mecánicos superiores... cuando tienen la suerte de encontrar el motor.

El taxista se echó a reír con desprecio y apretó el acelerador.

Tres minutos después adelantaban al «vehículo autobús» que llevaba al asesino, y cuarenta y seis más tarde cruzaron el puente de marmol blanco que salvaba las caudalosas aguas del foso artificial que daba frente a la maciza Puerta de la Paz Celestial, desde cuya amplia plataforma superior se exhibían los líderes de China aprobando los instrumentos de guerra y muerte que desfilaban ante ellos. Dentro de la mal bautizada puerta está uno de los más extraordinarios logros humanos, la plaza de Tian An Men, el electrizante vórtice de Beijing.

Lo primero que atrae la atención del visitante es la majestad que ofrece ya su sola amplitud, y después, a la derecha, la inmensidad arquitectónica de la Gran Sala del Pueblo, cuyos vestíbulos acomodan hasta a tres mil personas. Sólo la sala de banquetes tiene sitio para más de cinco mil, y la mayor «sala de congresos» para diez mil y sobra espacio. Al otro lado de la Puerta se alza hacia las nubes una aguja de piedra de cuatro lados, un obelisco montado sobre una terraza de dos plantas con balaustrada de mármol, reluciente al sol, mientras que en las sombras de abajo, sobre la enorme base de la edificación, están esculpidas las luchas y triunfos de la revolución de Mao. Es el monumento a los Héroes del Pueblo, y Mao el primero en el panteón. Hay otros edificios, otras estructuras, monumentos conmemorativos, museos, puertas y bibliotecas, hasta donde alcanza la vista, pero lo que más impresiona es la enorme amplitud de los espacios abiertos. Espacio y gente, y para el oído algo más, totalmente inesperado. Una docena de los grandes estadios del mundo, a cuyo lado el Coliseo de Roma es una maqueta, podría caber en la plaza de Tian An Men sin agotar su extensión; cientos de miles de personas pueden vagar por las zonas abiertas y aún queda sitio para otros centenares de miles. Pero falta un elemento que nunca hubiéramos echado de menos en el sangriento circo romano, y mucho menos tolerado en los grandes estadios contemporáneos: el sonido. Aquí apenas lo hay, sólo unos decibelios por encima del silencio, interrumpido por las notas saltarinas de los timbres de las bicicletas. Es como si hubiesen abatido una cúpula geodésica, enorme y transparente, sobre más de cuarenta hectáreas mientras una orden no expresa, pero comprendida, de un reino infernal informa repetidamente a los que están debajo de que se hallan en una catedral. Es algo antinatural, irreal, y sin embargo no hay hostilidad hacia esa voz no oída, sólo aceptación, lo que asusta todavía más. Sobre todo porque también los niños callan.

Jason observó todas esas cosas rápida y desapasionadamente, pagó al taxista una

suma basada en la lectura del contador y pasó a concentrarse en el objetivo y los problemas a los que se enfrentaban D'Anjou y él. Por alguna razón, ya fuera que le había llegado una llamada telefónica o que había optado por las instrucciones de recambio, el comando estaba camino de la plaza de Tian An Men. Con su llegada comenzaría la pavana, los pasos de la cautelosa danza que había de llevar al asesino más y más cerca del representante de su cliente, pues se suponía que éste permanecería fuera de la vista. Pero no habría contacto hasta que el impostor se convenciese de que la cita no ofrecía peligro. Por tanto el «sacerdote» montaría su propia vigilancia, daría vueltas en torno a las coordenadas que definían el lugar de encuentro, tratando de descubrir secuaces armados. Cogería a uno, quizás a dos, y los presionaría con la punta de un cuchillo o metiéndoles una pistola con silenciador por las costillas para obtener la información que necesitaba. Una mirada falsa bastaría para indicarle que la reunión era sólo un preludio a la ejecución. Por último, si el panorama parecía despejado, obligaría a uno de esos secuaces a acercarse al representante de su cliente y darle su ultimátum: el cliente debía dejarse ver y compartir la suerte del asesino. Cualquier otra cosa era inaceptable; la figura capital, el cliente, tenía que servir de mortal contrapeso. Se fijaría un segundo lugar de encuentro. El cliente llegaría primero, y al menor indicio de engaño sería liquidado. Así actuaba Jason Bourne. Y así actuaría el comando si tenía la mitad de cerebro que él.

El autobús número 7421 vino letárgicamente a situarse al final de la cola de vehículos que descargaban turistas. Apareció el asesino de hábito eclesiástico, que ayudó a una mujer mayor a bajar a la acera, acariciándole la mano mientras la despedía con amables movimientos de cabeza. Se separó, fue rápidamente hasta la trasera del autobús y desapareció al otro lado.

—Quédate unos treinta pies detrás y obsérvame —dijo Jason—. Haz lo que yo hago. Si me paro, te paras, y si me doy la vuelta te la das. Mantén-te entre la gente; vete de un grupo a otro, pero asegúrate de que tienes siempre gente alrededor.

—Ten cuidado, Delta. No es ningún aficionado.

—Yo tampoco.

Bourne corrió hasta el final del autobús, se detuvo y se abrió camino en torno a las rejillas de ventilación del motor, calientes y apestosas. Su clérigo estaba a unos cuarenta y cinco metros, y su ropaje negro era como un oscuro faro bajo el sol. Con gente o sin ella, era fácil seguirlo. El disfraz del comando era aceptable, y el empleo que hacía de él aún mejor; pero, como la mayoría de los disfraces, tenía un inconveniente, más ignorado cuanto más patente. Era la posibilidad de limitar tales inconvenientes lo que distinguía a los mejores de los simplemente buenos.

Profesionalmente, a Jason le parecía bien el estado clerical, pero no aquel color. Un cura católico podía estar casado con lo negro, pero no un vicario anglicano. Un gris era perfectamente aceptable bajo el alzacuello, y se difuminaba a la luz del sol.

De pronto el asesino se separó de la gente y echó a andar detrás de un soldado chino que tomaba fotos, con la cámara al nivel de los ojos y moviendo constantemente la cabeza. Bourne comprendió. No se trataba de un insignificante recluta de permiso en Beijing; era demasiado maduro, y su uniforme excesivamente bien cortado, como ya había observado D'Anjou en el oficial del ejército que estaba en la furgoneta. La cámara era un artilugio transparente para observar; el lugar del primer encuentro no estaba lejos. El comando, representando ahora su papel máximo, plantó una diestra paternal sobre el hombro izquierdo del soldado. Su mano izquierda quedaba fuera de la vista, pero la negra chaqueta llenaba el espacio entre ambos hombres; acababa de hundir un arma en las costillas del oficial. El soldado quedó inmóvil, con expresión estoica incluso en medio de su pánico. Se movía con el asesino, que ahora lo llevaba agarrado del brazo y daba órdenes. De pronto el soldado se inclinó en postura nada característica, agarrándose el costado izquierdo, pero se recuperó rápidamente y sacudió la cabeza; otra vez tenía el arma clavada en la caja torácica. Seguiría las órdenes o moriría en la plaza de Tian An Men. No había término medio.

Bourne giró en redondo, se agachó y se puso a atarse un cordón de zapato perfectamente atado, disculpándose con quienes estaban detrás. El asesino comprobaba su flanco trasero; se imponía un movimiento evasivo. Jason se incorporó. ¿Dónde estaba el impostor? ¡Allí! Bourne quedó desconcertado: ¡el comando había dejado marchar al militar! ¿Por qué? De pronto el oficial corrió por entre la gente, gritando, haciendo gestos espasmódicos, y al fin se derrumbó y gente que hablaba muy excitada rodeó su cuerpo inconsciente.

¡Diversión! No lo pierdas de vista. Jason avanzó a la carrera, sintiendo que había llegado el momento. No había sido un arma, sino una aguja. El asesino había eliminado a uno de los protectores. Buscaría a otro, y tal vez a otro más. El guión que había predicho Bourne estaba siendo puesto en acción, y, dado que la atención del asesino se hallaba fija únicamente en la búsqueda de su próxima víctima, era la ocasión. ¡Ahora! Jason sabía que podía dejar fuera de combate a cualquiera con un golpe paralizante a los riñones, y mucho más a un hombre cuya última preocupación era un ataque contra él, pues la presa era el atacante y su concentración absoluta. Bourne acortó su distancia del impostor, veinte metros, quince, diez... Pasaba de un grupo de gente a otro. El «clérigo» vestido de negro estaba a su alcance. ¡Podía

atraparlo! *¡Marie!*

Un soldado. ¡Otro! Pero ahora, en vez de un asalto, lo que hubo fue comunicación. El militar hizo un gesto hacia su izquierda y Jason miró allí, sorprendido. Un chino bajo, vestido de paisano y con una cartera oficial, estaba al pie de la amplia escalera de piedra que conducía a la entrada de un inmenso edificio con columnas de granito por todas partes que sostenían dobles tejados de pagoda. Se hallaba inmediatamente detrás del monumento a los héroes, y la caligrafía esculpida sobre las enormes puertas proclamaba que era el edificio conmemorativo del presidente Mao. Por la escalinata ascendían dos hileras de personas, y los guardias iban separando a los diversos grupos. El chino de paisano estaba entre ambas colas, y con la cartera como símbolo de autoridad nadie lo molestaba. De repente, sin el menor indicio de un movimiento así, el asesino agarró por el brazo al militar, a quien sacaba la cabeza, y lo empujó delante de él. La espalda del oficial se arqueó y sus hombros se pusieron rígidos; acababan de plantarle un arma en la espina dorsal, algo específico de los comandos.

Mientras crecía la excitación, y la gente y la policía seguían corriendo hacia el primer militar caído, el asesino y su cautivo se encaminaron con paso firme hacia el paisano que estaba en la escalinata del monumento a Mao. El hombre temía moverse, y de nuevo Bourne comprendió. Esos hombres eran conocidos del asesino; pertenecían al círculo cerrado y elitista que conducía a su cliente, y ese cliente no andaba lejos. No eran simples secuaces; cuando ellos aparecían las figuras menores perdían importancia, porque esos hombres rara vez se dejaban ver. El movimiento de diversión, ahora reducido a un pequeño revuelo mientras la policía se apresuraba a controlar a la gente y se llevaba el cadáver, había dado al impostor los segundos que necesitaba para controlar la cadena que conducía hasta su cliente. El militar al que tenía sujeto era hombre muerto si desobedecía, y con un solo disparo cualquier tirador medianamente diestro podía matar al hombre de la escalinata. La reunión era en dos etapas, y mientras el asesino controlase la segunda estaba dispuesto a continuar. El cliente era sin duda alguien del interior del amplio mausoleo y no podía saber lo que ocurría fuera, y un simple secuaz no se atrevería a seguir a sus superiores a la zona de reunión.

No quedaba ya tiempo para análisis. Jason lo sabía. Tenía que actuar rápidamente, que penetrar en el monumento a Mao Zedong y observar, que esperar a que acabase la reunión de un modo u otro, y la repugnante posibilidad de tener que proteger al asesino cruzó por su mente. Sin embargo, aquello estaba dentro de la esfera de la realidad, y la única ventaja para él era que el impostor había seguido un guión que

podía haber escrito el propio Jason Bourne. Y, si la reunión era pacífica, sería simplemente cuestión de seguir al asesino —para entonces inevitablemente alentado por el éxito de su táctica, así como por lo que le hubiese dado su cliente— y hacerse con un gran ególatra desprevenido en plena plaza de Tian An Men.

Bourne se volvió, buscando a D'Anjou. El Francés estaba pegado a un controlado grupo de turistas e hizo un gesto de asentimiento, como si hubiese leído los pensamientos de Delta. Señaló al suelo que tenía debajo y después hizo un círculo con el índice. Era una señal silenciosa de sus tiempos en Medusa. Significaba que iba a quedarse donde estaba, pero que si tenía que desplazarse permanecería donde pudiera ser visto desde ese sitio. Era suficiente. Jason, detrás del asesino y su prisionero, caminó en diagonal por entre la gente y salvó rápidamente el espacio abierto hasta llegar a la cola que ascendía por la parte derecha de la escalera. Se acercó al guardia que lo ordenaba y le habló en un mandarín cortés aunque suplicante.

—¡Alto oficial, estoy en un apuro! Me atrajo tanto la caligrafía del Monumento del Pueblo que me perdí de mi grupo, que pasó por aquí sólo hace unos minutos.

—Habla usted muy bien nuestro idioma —dijo el asombrado guardia, al parecer acostumbrado a los extraños acentos de lenguas que ni entendía ni le importaban—. Es usted muy cortés.

—Soy simplemente un mal pagado profesor occidental que siente un amor perdurable por su gran nación, alto oficial.

El guardia se echó a reír.

—Yo no soy tan alto, pero nuestra nación es grande. Mi hija usa vaqueros por la calle.

—¿Cómo dice?

—No es nada. ¿Dónde está su identificación de grupo turístico?

—¿Mi qué?

—La etiqueta con el nombre para llevar en la ropa.

—Se me caía cada poco —dijo Bourne, sacudiendo la cabeza con gesto de impotencia—. No había modo de sujetarla. Debo de haberla perdido.

—Cuando los encuentre, hable con su guía y que le dé otra. Adelante. Póngase a la cola. Está ocurriendo algo. El siguiente grupo puede tener que esperar. Se perderán la visita.

—¿Hay algún problema?

—No lo sé. El funcionario de la cartera es quien nos da órdenes. Creo que cuenta los yuans que podrían recaudarse aquí, pensando que este lugar sagrado debería ser como el metro de Beijing.

—Ha sido usted muy amable.

—Dese prisa, señor.

Bourne se precipitó escaleras arriba, se agachó detrás de la gente y volvió a atarse un imaginario cordón de zapato con la cabeza vuelta para vigilar el avance del asesino. El impostor habló en voz baja con el paisano llevando todavía sujeto al soldado, pero había algo extraño. El chino bajo del traje oscuro hizo gestos de asentimiento, pero sus ojos no miraban al impostor; estaban fijos más allá, a su espalda. El ángulo de visión de Jason no era el mejor, pero no importaba. Estaban siguiendo el guión, y el contacto con el cliente se hacía en las condiciones fijadas por el asesino.

Cruzó las puertas y penetró en la semioscuridad, tan impresionado como cuantos iban delante de él por la súbita aparición de la enorme estatua sedente en mármol blanco de Mao, tan alta y tan majestuosa que uno se quedaba casi boquiabierto en su presencia. Tampoco faltaba teatralidad. Los haces de luz que caían sobre el exquisito mármol, de aspecto traslúcido, producían un efecto etéreo que aislaba a la gigantesca figura de la tapicería de terciopelo que tenía detrás y de las tinieblas que la rodeaban. La maciza estatua, de ojos inquisitivos, parecía viva y consciente.

Jason arrancó sus ojos de ella y buscó puertas y pasillos. No los había. Aquello era un mausoleo, una sala dedicada al santo patrón de la nación. Pero había columnas, fustes de mármol anchos y altos que proporcionaban zonas de aislamiento. En las sombras que había detrás de cada una de ellas podía estar el lugar de encuentro. Esperaría. Se quedaría en otras sombras y vigilaría.

El grupo entró en el segundo gran espacio, aún más electrizante que el primero. Frente a ellos había un ataúd de cristal que encerraba el cuerpo del presidente Mao Zedong, envuelto en la bandera roja; un cadáver de cera en pacífico reposo, pero cuyos ojos cerrados parecían prestos a abrirse en cualquier momento y mirar con fiera desaprobación. El sarcófago elevado estaba rodeado de flores, y a lo largo de las paredes opuestas había dos filas de pinos verde oscuro en enormes tiestos de cerámica. También aquí haces de luz interpretaban una dramática sinfonía de color, con los huecos de oscuridad atravesados por rayos entrecruzados que caían sobre los brillantes amarillos, rojos y azules de los macizos de flores.

Una conmoción en algún lugar de la primera sala irrumpió brevemente en el respetuoso silencio de la multitud, pero terminó tan rápidamente como había empezado. Como último turista de la fila, Bourne se separó sin que los demás lo notasen. Se deslizó detrás de una columna, oculto por las sombras, y atisbo en torno al reluciente mármol blanco.

Lo que vio lo dejó paralizado, mientras una docena de ideas chocaban en su

cabeza, presididas por la palabra *trampa*. ¡Ningún grupo seguía al suyo! Era el último admitido —él era la última persona admitida— antes de que las pesadas puertas se cerrasen. Ése era el rumor que había oído, el cierre de las puertas y los murmullos de desilusión de quienes esperaban para entrar.

Está ocurriendo algo... El siguiente grupo puede tener que esperar... Un amable guardia en la escalinata.

¡Dios mío! ¡Desde el comienzo, aquello era una trampa! ¡Cada movimiento, cada aparición habían sido calculados! ¡Desde el principio! La información por la que había pagado en una isla empapada de lluvia, los casi inobtenibles billetes de avión, la primera visión del asesino en el aeropuerto, de un asesino profesional capaz de un disfraz mucho mejor, con su pelo demasiado obvio y unas ropas inadecuadas para cubrir su humanidad. Después la complicación con un viejo, un general de brigada retirado de los Reales Ingenieros... ¡Tan ilógicamente lógico! ¡Tan preciso el hedor del engaño, tan irresistible! ¡Un soldado en la ventanilla de un camión, no buscándolo a él sino a ellos! Las negras ropas de clérigo —un oscuro faro bajo el sol, pagado por el creador del impostor—, tan fáciles de descubrir, de seguir. ¡Sí, desde el principio! Y por último, el guión representado en la inmensa plaza, un guión que podía haber escrito el propio Bourne, y una vez más irresistible para el perseguidor. Una trampa al revés: ¡caza al cazador mientras acecha a su presa!

Jason miró frenéticamente a su alrededor. Allá enfrente, a lo lejos, había una gran mancha de sol. Las puertas de salida estaban al otro extremo del mausoleo. Las vigilarían, estudiarían a cada turista al salir.

Pasos. Hacia su hombro derecho. Bourne giró a la izquierda y sacó de su cinturón el abrecartas metálico. Una figura con un traje Mao gris y el pelo cortado a cepillo, pasaba cautelosamente junto a la ancha columna, en la penumbra que rodeaba a los pinos. No estaba a más de cinco metros. Llevaba un arma en la mano, y el abultado cilindro sujeto al cañón era la garantía de que cualquier detonación quedaría reducida al ruido de un escupitajo. Jason hizo sus cálculos mortíferos de un modo que David Webb no comprendería nunca. Había que clavar la hoja de manera que provocase la muerte instantánea. Ni un rumor podía salir de la boca de su enemigo mientras arrastraba su cuerpo hacia la oscuridad.

Jason se lanzó, y los dedos rígidos de su mano izquierda se aplastaron sobre la cara del hombre a modo de mordaza mientras hundía el abrecartas en su cuello y la hoja penetraba en el tendón y el frágil cartílago, seccionando la tráquea. Con un solo movimiento, Bourne dejó caer su mano izquierda, agarró la gran arma todavía en la mano de su enemigo y tiró del cadáver, cayendo con él bajo las ramas de los pinos

alineados a lo largo de la pared derecha. Deslizó el cuerpo fuera de la vista, en las oscuras sombras que arrojaban dos grandes tiestos de cerámica que sostenían las raíces de sendos árboles. Se arrastró sobre el cadáver, con el arma por delante, y volvió pegado a la pared hacia la primera sala, hacia donde pudiera ver sin ser visto.

Un segundo hombre uniformado cruzó el haz de luz que iluminaba las tinieblas de la entrada a la segunda sala. Se detuvo frente al ataúd de cristal de Mao, como flotando en los misteriosos rayos, y miró a su alrededor. Levantó una pequeña radio hasta su cara, habló y escuchó. Cinco segundos después su expresión cambió, se hizo preocupada. Echó a andar rápidamente hacia su derecha, recorriendo el camino asignado al primer hombre. Jason retrocedió arrastrándose hacia el cadáver, golpeando silenciosamente con manos y rodillas el suelo de mármol, y se apostó al borde de las ramas que colgaban más bajas.

El soldado se acercaba, ya más despacio, estudiando a la última persona de la cola que tenía delante. ¡*Ahora!* Bourne saltó mientras pasaba y le echó una llave al cuello que ahogó todo sonido mientras lo arrastraba bajo las ramas, con la pistola clavada en su estómago. Apretó el gatillo. El disparo sofocado fue como una ráfaga de aire, no más. El hombre interrumpió una última y violenta inspiración y quedó flácido.

¡Tenía que salir! Si era atrapado y muerto en el imponente silencio del mausoleo el asesino quedaría libre y la muerte de Marie era segura. Sus enemigos iban cerrando la trampa inversa. ¡Tenía que invertir esa inversión y sobrevivir de algún modo! *La fuga más segura es la que se hace por etapas, utilizando cualquier confusión que exista o pueda ser creada.*

Las etapas primera y segunda estaban consumadas, y existía ya cierta confusión si había otros hombres susurrando por sus radios. Lo que había que provocar ahora era un punto focal de desorganización tan violento e inesperado que quienes le daban caza en las sombras se convirtiesen en sujetos de una búsqueda repentina e histérica.

Sólo había un medio, y Jason no respondía a oscuros y heroicos sentimientos de «puedo morir intentándolo». Simplemente, tenía que hacerlo. Tenía que conseguir que aquello funcionase. Por razones que iban más allá de él, la supervivencia era esencial. El profesional estaba en su apogeo, lleno de calma y deliberación.

Bourne se incorporó y caminó por entre las ramas, salvando el espacio abierto hasta la columna que tenía enfrente. Una vez allí corrió hasta la que había detrás, y después hasta la siguiente, la primera de la segunda sala, a diez metros del sarcófago tan teatralmente iluminado. Se deslizó alrededor del mármol y esperó, con los ojos clavados en las puertas de entrada.

Y ocurrió. El militar «cautivo» del asesino apareció con el paisano de la cartera. El

primero llevaba una radio al costado, que levantó para hablar y escuchar. Después sacudió la cabeza, se puso la radio en el bolsillo derecho y desenfundó la pistola. El paisano hizo un movimiento afirmativo con la cabeza, metió la mano bajo la chaqueta y sacó un revólver de cañón corto. Ambos avanzaron hacia el ataúd de cristal que contenía los restos de Mao Zedong, se miraron y empezaron a separarse, uno hacia la izquierda, otro hacia la derecha.

¡Ahora! Jason levantó su arma, apuntó rápidamente y disparó. ¡Uno! Un poco a la derecha. ¡Dos! Los disparos fueron como toses en las sombras, y ambos hombres cayeron en el sarcófago. Valiéndose del borde de la chaqueta, Bourne agarró el caliente cilindro unido al cañón de su pistola y lo desenroscó. Quedaban cinco balas. Apretó el gatillo en rápida sucesión. Las explosiones llenaron el mausoleo, resonaron en las paredes de mármol e hicieron saltar el cristal del ataúd, mientras las balas iban a clavarse entre sacudidas espasmódicas en el cadáver de Mao Zedong. Una penetró en la frente sin sangre, otro le saltó un ojo.

Aullaron sirenas y estallaron timbres en un clamoreo ensordecedor, mientras los soldados que llegaban de todas partes corrían llenos de pánico hacia el escenario del tremendo ultraje. Prendió la histeria en la doble fila de turistas al sentirse atrapados en la luz fantasmal de la casa de la muerte, y la gente se precipitó en masa hacia las puertas y el sol, pisoteando a quienes encontraba en su camino. Jason Bourne se unió a ellos, tras instalarse a empujones en el centro de una de las columnas que avanzaban. Alcanzó la luz cegadora de la plaza de Tian An Men y echó a correr escaleras abajo.

¡D'Anjou! Jason corrió hacia la derecha, dobló la esquina pétrea y descendió por el costado del edificio de columnas hasta llegar al frente. Los guardias hacían cuanto podían por calmar a la agitada multitud, mientras trataban de averiguar lo que había ocurrido. Iba formándose un tumulto.

Bourne estudió el lugar donde había visto por última vez a D'Anjou y después miró hacia una zona rodeada de una verja, dentro de la que podría lógicamente ver al Francés. Nada; nadie ni siquiera vagamente parecido a él.

De repente hubo un chirrido de cubiertas más lejos, en una calle a la izquierda de Jason. Se volvió y miró. Una furgoneta con las ventanillas oscuras había circundado la acera acotada y se dirigía a toda velocidad hacia la puerta sur de la plaza de Tian An Men.

Habían cogido a D'Anjou. Eco se había ido.

Capítulo 24

—*Qu'est-ce qu'il y a?*

—*Des coups de feu! Les gardes sont paniqués!*

Bourne oyó los gritos y, a la carrera, se unió al grupo de turistas franceses conducidos por una guía, atentos al caos que había invadido la escalinata del mausoleo. Se abotonó la chaqueta, ocultando el arma que llevaba al cinto, y se echó el silenciador perforado al bolsillo. Tras mirar a su alrededor, volvió rápidamente atrás por entre la gente hasta situarse junto a un hombre más alto que él, un tipo bien vestido y de expresión desdeñosa. Jason agradeció que hubiese otros varios de casi la misma estatura enfrente de ellos; con un poco de suerte y en medio de la excitación podría pasar inadvertido. Habían entreabierto las puertas del mausoleo y hombres uniformados corrían arriba y abajo por la escalinata. Era evidente que no había ya quien los mandase y Bourne sabía por qué. Sus jefes habían huido, simplemente habían desaparecido, no queriendo tomar parte en sucesos tan terribles. Lo único que ahora importaba a Jason era el asesino. ¿Saldría? ¿O había encontrado a D'Anjou, capturado a su creador, y se había ido con Eco en la furgoneta, convencido de que el verdadero Jason Bourne estaba atrapado, era un segundo e improbable cadáver en el mausoleo profanado?

—*Qu'est-ce que c'est?* —preguntó Jason, dirigiéndose al francés alto y bien vestido que tenía al lado.

—Otro maldito retraso, sin duda —replicó el hombre, con un acento parisino un tanto afeminado—. ¡Este sitio es un manicomio y mi paciencia está acabándose! Me vuelvo al hotel.

—¿Puede hacerlo? —Bourne mejoró su francés, lo hizo ascender de clase media a un decente *université*. Era algo muy importante para un parisino—. Quiero decir que si se nos permite abandonar el *tour*. Nos dicen constantemente que debemos permanecer juntos.

—Soy un hombre de negocios, no un turista. Este *tour*, como usted lo llama, no forma parte de mi agenda. La verdad es que tenía la tarde libre, porque esta gente rumia interminablemente sus decisiones, y pensé que podía visitar algunos sitios, pero no había disponible ningún chófer que hablase francés. El conserje me asignó, figúrese, me *asignó*, a este grupo. La guía estudia literatura francesa y habla como si hubiera nacido en el siglo XVII. No tengo ni idea de en qué consiste el tal *tour*.

—Es la excursión de cinco horas —le explicó con toda precisión Jason mientras leía los caracteres chinos impresos en la etiqueta de identificación que le colgaba al

francés de la solapa—. Después de la plaza de Tian An Men visitamos las tumbas Ming, y luego iremos a ver la puesta de sol desde la Gran Muralla.

—¡Pero si yo ya he visto la Gran Muralla! Dios mío, fue el primer sitio al que me llevaron los doce burócratas de la Comisión de Comercio, mientras no dejaban de repetirme por medio del intérprete que aquello era un símbolo de su permanencia. ¡Mierda! Si el trabajo no fuese tan increíblemente barato y las ganancias tan extraordinarias...

—También yo vengo por negocios, pero soy a la vez turista por unos días. Me dedico a la importación de mimbre. ¿Y usted, si no es indiscreción?

—Tejidos, ¿qué si no? A menos que a uno le interese la electrónica, o el petróleo, o el carbón, o los perfumes... incluso el mimbre. —El hombre de negocios se permitió una sonrisa de superioridad, pero a la vez cómplice—. Le digo que esta gente está sentada sobre las mayores riquezas del mundo y no tiene ni idea de qué hacer con ellas.

Bourne miró con atención al francés. Pensó en Eco de Medusa y en un aforismo galo que proclamaba que cuanto más cambiaban las cosas más igual seguían. *Las oportunidades se presentarán solas. Reconócelas y aprovéchalas.*

—Como le decía —continuó Jason mientras contemplaba el caos de la escalinata—, también yo soy un hombre de negocios que se toma un breve permiso, cortesía de los incentivos fiscales con que nuestro gobierno premia a quienes aramos campos extranjeros, pero he viajado mucho por China y he aprendido bastante del idioma.

—El mimbre ha subido mucho en todo el mundo —dijo sardónicamente el parisiense.

—Nuestro producto, de alta calidad, es un artículo esmaltado en blanco Costa Azul. La familia Grimaldi ha sido cliente nuestra durante años.

Bourne no quitaba ojo a la escalinata.

—Admito la corrección, mi querido compañero de negocios... en los campos extranjeros.

Por primera vez el francés miró realmente a Jason.

—Y puedo decir ahora —siguió Bourne— que no se permitirán más visitas a la tumba de Mao, y que los grupos que estén cerca serán acordonados y posiblemente detenidos.

—¡Dios mío! ¿Por qué?

—Al parecer ha ocurrido dentro algo terrible y los guardias gritan no sé qué de gángsters extranjeros. ¿Me dijo usted que le asignaron a este *tour* pero en realidad no forma parte de él?

—En resumen, así es.

—Eso dará pie como mínimo a especulaciones, ¿no le parece? y casi con certeza a su detención.

—¡Inconcebible!

—Estamos en China...

—¡No puede ser! ¡Hay millones de francos en juego! Yo sólo estoy aquí, en este horrible *tour*, porque...

—Amigo mío, le sugiero que se vaya. Diga que ha salido a dar un paseo. Deme su placa de identificación y yo me desharé de ella por usted.

—¿Se refiere a esto?

—Figuran en ella su país de origen y el número de su pasaporte. Así es como controlan sus movimientos cuando va en una visita guiada.

—¡Estaré siempre en deuda con usted! —exclamó el francés arrancándose la etiqueta de plástico de la solapa—. Si alguna vez va a París...

—Paso la mayor parte del tiempo con el príncipe y su familia en...

—¡Claro, por supuesto! ¡Le repito las gracias!

El francés, tan diferente y sin embargo tan parecido a Eco, se alejó a toda prisa. Su bien vestida figura destacaba bajo el sol amarillo grisáceo mientras se encaminaba hacia la Puerta Celestial, tan patente como la falsa presa que había llevado a un cazador a una trampa.

Bourne prendió la etiqueta de plástico en su solapa y se convirtió así en parte de un *tour* oficial; era su pase para salir de la plaza de Tian An Men. Una vez que el grupo hubo sido apartado a toda prisa del mausoleo y embarcado, el autobús cruzó la puerta septentrional, y Jason pudo ver por la ventanilla cómo el apoplético hombre de negocios francés rogaba a la policía de Beijing que le dejase pasar. Ya habían reunido los fragmentos de informes del ultraje. Corría la voz: un occidental blanco había profanado el ataúd y el santo cuerpo del presidente Mao; un terrorista blanco de un *tour*, sin la debida identificación en la solapa. Uno de los guardias de la escalinata había dado incluso la estatura de ese hombre.

—Rememoro —dijo la guía del *tour* en un francés obsoleto. Estaba de pie junto a la estatua de un león furioso en esa extraordinaria avenida de los Animales en la que enormes réplicas en piedra de grandes felinos, caballos, elefantes y feroces bestias míticas guardaban el último tramo del camino que llevaba a las tumbas de la dinastía Ming—. Pero me flaquea la memoria cuando su uso de nuestra lengua atañe a mis reflexiones inmediatas. Y creo sin dudas razonables que fue usted quien incurrió en esa irregularidad.

Una estudiante de literatura francesa que habla como si estuviese en el siglo XVII. Un hombre de negocios indignado, ahora sin duda mucho más.

—No lo hice antes —replicó Bourne en mandarín— porque estaba usted con otros y no quería llamar la atención, pero hablemos ahora en su lengua.

—La habla usted muy bien.

—Muchas gracias. Entonces ¿recuerda que me añadieron a su *tour* en el último minuto?

—En realidad el gerente del hotel Beijing habló con mi superior; pero sí, lo recuerdo. —La mujer sonrió y se encogió de hombros—. La verdad es que, como se trata de un grupo tan grande, sólo recuerdo que vi a un hombre alto con su emblema, y que ahora lo tengo delante. Tendrá que pagar más yuans en la cuenta de su hotel. Lo siento, pero usted no forma parte del programa turístico.

—No; soy un hombre de negocios que trata con su gobierno.

—Pues que tenga suerte —dijo la guía con una picante sonrisa—. Unos la tienen, otros no.

—Mi problema es que mi suerte está en peligro —dijo Jason, devolviéndole la sonrisa—. Mi chino hablado es mucho mejor que el leído, y hace unos minutos conseguí encajar unas cuantas palabras y me di cuenta de que tengo que estar en el hotel Beijing antes de media hora para una reunión. ¿Qué puedo hacer?

—Es sólo cuestión de encontrar transporte. Le escribiré lo que necesita y puede enseñárselo a los guardias de la Dahongmen...

—¿La Gran Puerta Roja? —le interrumpió Bourne—. ¿La de los arcos?

—Sí. Hay vehículos-autobuses que le llevarán de vuelta a Beijing. Quizá llegue tarde, pero también la gente del gobierno acostumbra a llegar tarde.

Sacó un cuadernito del bolsillo de su chaqueta Mao y después un bolígrafo que parecía una caña.

—¿No me impedirán el paso?

—Si lo hacen, diga a quienes lo detengan que llamen a los del gobierno —dijo la guía, que después de escribir unas instrucciones en chino arrancó la hoja.

—Éste no es su grupo —ladró el conductor del autobús en un mandarín de clase baja, sacudiendo la cabeza y clavando el dedo en la solapa de Jason.

Evidentemente, el hombre no esperaba que sus palabras tuviesen el menor efecto en el turista, por lo que lo compensaba con gestos exagerados y una voz estridente. Se notaba también que tenía la esperanza de que alguno de sus superiores, de los que estaban bajo los arcos de la Gran Puerta Roja, se diese cuenta de lo bien que cumplía. Y uno de ellos lo hizo.

—¿Cuál es el problema? —preguntó un militar de correcta dicción que se acercó rápidamente a la puerta del autobús y se abrió camino por entre los turistas que estaban detrás de Bourne.

Las oportunidades se presentarán solas...

—No hay ningún problema —dijo Jason en tono cortante, arrogante incluso, mientras retiraba la nota de la guía y la ponía en manos del joven oficial—, a menos que quiera usted ser el responsable de que yo falte a una reunión urgente con una delegación de la Comisión de Comercio cuyo jefe de suministros militares es el general Liang no sé cuantos.

—Habla usted el chino...

Sorprendido, el militar apartó los ojos de la nota.

—Yo diría que es algo obvio. También el general Liang.

—No comprendo su enfado.

—Tal vez entienda el del general Liang —le interrumpió Bourne.

—No conozco a ningún general Liang, señor, pero hay tantos generales... ¿Está disgustado con el *tour*?

—¡Lo estoy con los estúpidos que me dijeron que era una excursión de tres horas cuando resulta que es de cinco! Si no asisto a esa reunión a causa de la incompetencia de algunos serán muchos los disgustados, y entre ellos un poderoso general del Ejército Popular que está ansioso por concluir ciertas operaciones con Francia. — Jason hizo una pausa, levantó la mano y continuó rápidamente en tono más suave—. En cambio, si llego a tiempo recomendaré, citando su nombre, a quien pueda ayudarme.

—¡Yo le ayudaré, señor! —dijo el joven oficial, todo altruismo—. Esta especie de ballena enferma podría llevarlo en bastante más de una hora, y eso sólo si su miserable conductor no se sale de la carretera. Tengo a mi disposición un vehículo mucho más rápido y un buen conductor que le acompañará. Lo haría yo mismo, pero no estaría bien abandonar mi puesto.

—Mencionaré también su sentido del deber al general.

—Es mi instinto natural, señor. Me llamo...

—Sí, dígame su nombre. Escríbalo en ese trozo de papel.

Bourne estaba sentado en el bullicioso vestíbulo del ala este del hotel Beijing, con la cara cubierta por un periódico doblado por la mitad y el borde izquierdo algo levantado para poder ver la fila de puertas de la entrada. Esperaba, atento a la aparición de Jean Louis Ardisson, de París. No le había sido difícil averiguar su nombre. Veinte minutos antes se había acercado al mostrador de viajes turísticos con

guía y había dicho a la empleada, en su mejor mandarín:

—Lamento molestarla, pero soy primer intérprete de las delegaciones francesas que tienen negocios con las empresas públicas y me temo que he perdido a una de mis despistadas ovejas.

—Debe de ser usted un buen intérprete. Habla un chino excelente. ¿Qué le ha ocurrido a su... despistada oveja?

La mujer se permitió acompañar la frase con una breve risita.

—No estoy seguro. Estábamos tomando café en la cafetería, a punto de repasar su agenda, cuando miró el reloj y me dijo que me llamaría más tarde. Se iba a una de esas visitas de cinco horas y al parecer se le había hecho tarde. Eso era un problema para mí, pero sé lo que ocurre con quienes llegan por primera vez a Pekín: no dan abasto.

—Así es —asintió la empleada—. Pero ¿que podemos hacer por usted?

—Necesito saber cómo se escribe exactamente su apellido, y si tiene más de un nombre de pila, los datos que deben figurar en los documentos oficiales que voy a llenar para él.

—Pero ¿cómo podemos ayudarle nosotros?

—Se dejó esto en la cafetería. —Jason mostró la placa de identificación del hombre de negocios francés—. Ni siquiera sé cómo pudo incorporarse al *tour*.

La mujer rió mientras alcanzaba bajo el mostrador el registro diario de las visitas y excursiones.

—Sabía de dónde salía el *tour* y la guía comprendió. Llevan todas una lista. Estas cosas pasan continuamente, y sin duda le dio un billete temporal. —La empleada tomó la placa y empezó a pasar páginas mientras seguía hablando—. Le aseguro que los idiotas que hacen eso no merecen el pequeño yuan que les pagan. Tenemos unas regulaciones tan precisas, unas normas tan estrictas, y nos hacen parecer tontos desde el principio. ¿Quién es...? —La mujer se detuvo y señaló con el dedo una de las anotaciones—. Oh, espíritus de la mala suerte —dijo por lo bajo, mirando a Bourne—. No sé si su oveja está despistada, pero sí puedo decirle que bala mucho. Se cree muy grande y sólo es muy desagradable. Cuando le dijeron que no había ningún chófer que hablase francés, lo tomó como un insulto al honor de su nación y al suyo propio, cosa mucho más importante para él. Aquí tiene el nombre. Soy incapaz de pronunciarlo.

—Se lo agradezco mucho —dijo Jason leyendo.

Después fue al teléfono donde ponía «Inglés» y preguntó por la habitación de mister Ardisson.

—Puede marcar, señor —dijo la telefonista en tono de triunfalismo tecnológico—. Es la uno-siete-cuatro-tres. Muy bonita habitación. Tiene una vista preciosa sobre la Ciudad Prohibida.

—Gracias.

Bourne había marcado, pero no hubo respuesta. Monsieur Ardisson no había regresado aún, y dadas las circunstancias podía no hacerlo en un buen rato. Además, una oveja conocida por lo mucho que balaba no se callaría si afrentaban a su dignidad o veía su negocio en peligro. Jason decidió esperar. Se le iban presentando las grandes líneas de un plan. Era una estrategia desesperada basada en las probabilidades, pero era lo único que le quedaba. Compró una revista francesa de hacía un mes en el puesto de periódicos y se sentó, sintiéndose de pronto agotado e impotente.

El rostro de Marie irrumpió en la pantalla interior de David y después el sonido de su voz llenó el aire cargado que le rodeaba, retumbó en sus oídos, suspendió sus pensamientos y le provocó un dolor terrible en medio de la frente. Jason Bourne eliminó la intrusión con la fuerza de un martillo pilón. La pantalla se oscureció, y sus últimos parpadeos fueron rechazados por órdenes tajantes dichas con helada autoridad. *¡Déjalo! No hay tiempo. Concéntrate en aquello en lo que debemos pensar. ¡En nada más!*

Los ojos de Jason se distraían a intervalos, por un instante, pero volvían en seguida a la entrada. La clientela del vestíbulo del ala este era internacional, una mezcla de lenguas y atuendos de la Quinta y Madison, de Savile Row, St. Honoré y la via Condotti, sin que faltasen indumentarias más oscuras de Alemania y los países escandinavos. Los huéspedes vagaban, entrando y saliendo de tiendas brillantemente iluminadas, divertidos e intrigados por la farmacia que vendía únicamente medicinas chinas, y se amontonaban en la tienda de artesanía cercana a un gran mapamundi en relieve que había en la pared. De vez en cuando alguien cruzaba las puertas seguido por su séquito mientras intérpretes obsequiosos hacían reverencias y traducían entre funcionarios del gobierno uniformados que trataban de parecer despreocupados y cansados ejecutivos del otro lado del mundo con los ojos nublados por el *jet lag* y la falta de sueño, cuando no por el whisky. Aquello podía ser la China roja, pero las negociaciones eran más antiguas que el propio capitalismo, y los capitalistas, conscientes de su fatiga, no hablarían de negocios hasta que pudiesen pensar por derecho. Bravo por Adam Smith y David Hume.

¡Allí estaba! Jean Louis Ardisson entraba escoltado por no menos de cuatro burócratas chinos, que hacían cuanto podían por ablandarlo. Uno se precipitó hacia la tienda de licores del vestíbulo mientras los demás lo detenían junto al ascensor, sin

dejar de hablarle por medio del intérprete. El comprador volvió con una bolsa de plástico cuyo fondo aparecía tenso y hundido bajo el peso de varias botellas. Hubo sonrisas e inclinaciones mientras se abrían las puertas del ascensor. Jean Louis Ardisson aceptó el botín, entró e hizo una inclinación de cabeza mientras las puertas se cerraban.

Bourne permaneció sentado observando las luces. *Quince, dieciséis, diecisiete.* Había llegado al último piso, el de Ardisson. Se levantó y volvió a los teléfonos. Miró el segundero de su reloj. Un hombre en estado de agitación no iría despacio a su habitación una vez saliese del ascensor. La habitación suponía la paz, incluso el alivio de la soledad tras varias horas de tensión y pánico. Ser retenido para ser interrogado por la policía en un país extranjero asustaba a cualquiera, pero se convertía en aterrador cuando una lengua incomprensible y caras radicalmente diferentes se añadían al hecho de saber que el detenido estaba en un país donde con frecuencia la gente desaparecía sin la menor explicación. Después de una prueba así, un hombre entraría en su habitación y, por este u otro orden, se dejaría caer, temblando de miedo y agotamiento; encendería un cigarrillo tras otro, olvidando dónde había dejado el último; tomaría varios tragos de algo fuerte, deprisa para mayor efecto, y cogería el teléfono para comunicar a alguien su terrible experiencia, con la esperanza inconsciente de minimizar las consecuencias de su terror al compartirlo. Bourne podía permitir que Ardisson se derrumbase y que bebiese tanto vino o licor como pudiera soportar, pero no que hablase por teléfono. Nada de compartir, de disminuir el terror. Por el contrario, había que extenderlo, que amplificarlo hasta que quedase paralizado, temiendo por su vida si salía de la habitación. Habían transcurrido cuarenta y siete segundos; era el momento de llamar.

—¿Diga?

La voz era tensa, jadeante.

—Hablaré rápidamente —dijo Jason en voz baja y en francés—. Quédese donde está y no utilice el teléfono. Dentro de ocho minutos, exactamente, llamaré a su puerta; dos toques rápidos y después uno sólo. Déjeme entrar, pero a nadie más antes que a mí, y mucho menos a la camarera o al ama de llaves.

—¿Quién es usted?

—Un compatriota que debe hablarle. Por su propia seguridad. Ocho minutos.

Bourne colgó, volvió a su asiento y contó los minutos, calculando el tiempo que tardaba en ir de una planta a la siguiente un ascensor con el número de pasajeros acostumbrado. Una vez en el piso, hacían falta treinta segundos para llegar a la habitación. Transcurrieron seis minutos y Jason se levantó, saludó con la cabeza a un

extraño que tenía al lado y fue hasta uno de los ascensores, cuyos números iluminados indicaban que sería el próximo en llegar al vestíbulo. Ocho minutos eran lo ideal para preparar a un sujeto. Cinco era demasiado poco, no lo bastante para el grado de tensión requerido. Seis era mejor, pero pasaban demasiado rápidamente. En cambio ocho, sin dejar de ser un plazo de tiempo urgente, proporcionaba esos momentos de ansiedad adicionales que minaban la resistencia de un sujeto. Bourne no tenía todavía claro el plan en su mente. En cambio el objetivo había cristalizado, era ya algo absoluto. No le quedaba nada más, y todos los instintos de su cuerpo medusiano le decían que fuese tras ello. Delta Uno conocía la mente oriental, que en un aspecto no había cambiado en siglos: el secreto valía por diez mil tigres, si no por un reino.

Se detuvo a la puerta del 1743 mirando el reloj. Ocho minutos exactos. Llamó dos veces, hizo una pausa y volvió a llamar. Se abrió la puerta y un sorprendido Ardisson se le quedó mirando.

—*C'est vous!* —exclamó el hombre de negocios, llevándose la mano a los labios.

—*Soyez tranquille* —dijo Jason, entrando y cerrando la puerta—. Tenemos que hablar —continuó en francés—. Necesito saber lo que paso.

—¡Usted! Estaba junto a mí en aquel horrible lugar, hablamos, ¡se quedó con mi identificación! ¡Fue el causante de todo!

—¿Les habló de mí?

—No me atreví. Daría la impresión de que había hecho algo ilegal, al dar mi pase a otra persona. ¿Quién es usted? ¿Por qué está aquí? ¡Ya me ha causado suficientes problemas para un día! Creo que debería marcharse, monsieur.

—No hasta que me cuente exactamente lo que ocurrió. —Bourne cruzó la habitación y fue a sentarse en un sillón, junto a una mesa lacada en rojo—. Es urgente que yo lo sepa.

—Pero no que yo se lo diga. No tiene derecho a entrar aquí, ponerse cómodo y darme órdenes.

—Me temo que sí. Nuestro *tour* era privado y usted se entrometió.

—¡Me asignaron a él!

—¿Por orden de quién?

—Del conserje, o como llamen a ese idiota de abajo.

—Él no; alguien por encima. ¿Quién fue?

—¿Cómo voy a saberlo? No tengo ni la más vaga idea de qué me está hablando.

—Usted se marchó.

—¡Dios mío! Fue usted quien me dijo que me fuese.

—Estaba probándolo.

—¿Probándome? ¡Es increíble!

—Pues créalo. Si está diciendo la verdad, no sufrirá ningún daño.

—¿Daño?

—No matamos inocentes, sólo al enemigo.

—¿Que matan... al enemigo?

Bourne metió la mano bajo su chaqueta, sacó la pistola y la puso sobre la mesa.

—Ahora, convéncame de que no es usted el enemigo. ¿Qué pasó después de que usted nos abandonase?

Ardisson, pasmado, retrocedió hacia la pared, con sus ojos muy abiertos y asustados clavados en el arma.

—Le juro por todos los santos que se equivoca de persona —susurró.

—Convéncame.

—¿De qué?

—De su inocencia. ¿Qué pasó?

—Yo... allí en la plaza —empezó el aterrado hombre de negocios—, pensé en lo que usted me había dicho, que había ocurrido algo terrible dentro de la tumba de Mao y que los guardias chinos gritaban algo de gángsters extranjeros, y que iban a acordonar a la gente y detenerla, en especial a alguien como yo, que no formaba realmente parte del grupo, de modo que eché a correr. ¡No podía permitir verme en tal situación! ¡Están implicados millones de francos, el valor de medio Singapur, beneficios en una escala insólita para la industria de la alta costura! ¡No soy un simple negociador; represento a un consorcio!

—De modo que usted echó a correr y ellos lo detuvieron —le interrumpió Jason, deseoso de eliminar detalles no esenciales.

—¡Sí! Hablaban tan deprisa que yo no entendía una palabra, y pasó una hora antes de que encontrasen a un funcionario que hablase francés.

—¿Por qué no les dijo simplemente la verdad, que estaba usted con nuestro *tour*?

—¡Porque me cogieron escapando a la carrera de ese maldito *tour* y le había dado a usted mi tarjeta de identificación! ¿Qué iban a pensar de eso unos bárbaros que ven a un criminal fascista en cada cara blanca?

—Los chinos no son bárbaros, monsieur —dijo suavemente Bourne, y de pronto alzó la voz—: ¡Es sólo la filosofía política de su gobierno la que es bárbara! ¡Sin la gracia de Dios Todopoderoso, con sólo la bendición de Satán!

—¿Cómo dice?

—Más tarde, quizá —replicó Jason, de nuevo con voz tranquila—. De modo que apareció un oficial que hablaba francés. ¿Qué pasó después?

—Le dije que había salido a dar un paseo; lo que usted me sugirió, monsieur, y que había recordado de pronto que estaba esperando una llamada de París y volvía a toda prisa al hotel, lo que explicaba que fuese corriendo.

—Muy verosímil.

—No para el oficial, monsieur. Empezó a denigrarme, haciendo las observaciones más insultantes e insinuando las cosas más terribles. Me pregunto qué, en nombre de Dios, ocurrió en esa tumba.

—Fue un trabajo precioso, monsieur —respondió Bourne como en trance.

—*Pardon?*

—Quizá más tarde. ¿De modo que el oficial estuvo insultante?

—Por completo. ¡Pero fue demasiado lejos cuando atacó a la moda de París como una decadente industria burguesa! Me refiero a que, después de todo el dinero que les estamos pagando por sus malditos tejidos... Bueno, más vale que no sepan los márgenes.

—¿Entonces qué dijo usted?

—Llevo conmigo una lista de las personas con las que estoy negociando; algunas son bastante importantes, creo, cosa natural considerando el dinero que hay de por medio. Insistí en que el oficial se pusiese en contacto con ellos y me negué, sí, me negué, a responder a más preguntas hasta que llegase alguno. Bueno, al cabo de otras dos horas llegaron, y permítame decirle que eso cambió las cosas. Me trajeron aquí en la versión china de una limusina, demasiado pequeña para un hombre de mi tamaño y cuatro acompañantes. Y, lo que es mucho peor, me dijeron que nuestra reunión final ha vuelto a posponerse. No tendrá lugar mañana por la mañana, sino por la noche. ¿Qué clase de hora es ésa para hacer negocios? —Ardisson se separó a duras penas de la pared, respirando fuerte, y su mirada se volvió suplicante—. Es cuanto puedo decirle, monsieur. Realmente se ha equivocado de persona. No soy yo quien está implicado en nada aquí, sino mi consorcio.

—¿Pues debería estarlo! —exclamó Jason en tono acusador, volviendo a alzar la voz—. ¡Hacer negocios con los ateos es degradar la obra del Señor!

—¿Cómo dice?

—Me ha satisfecho —dijo el Camaleón—. Es usted un simple error.

—¿Un qué?

—Le diré lo que ocurrió dentro de la tumba de Mao Zedong. Lo hicimos nosotros. ¡Disparamos contra el ataúd de cristal y contra el cuerpo del infame incrédulo!

—¿Que ustedes *qué*?

—¡Y continuaremos destruyendo a los enemigos de Cristo dondequiera que los

encontremos! ¡Llevaremos otra vez Su Mensaje de amor al mundo aunque tengamos que matar a todas las bestias enfermas que piensen de otro modo! ¡Será un mundo cristiano o no habrá mundo!

—Seguramente hay posibilidades de negociación. Piense en el dinero, en las aportaciones...

—¡No de Satán! —Bourne se levantó, cogió la pistola y se la metió en la cintura. Después se abotonó la chaqueta y tiró de los faldones como si fuesen los de una guerrera. Se acercó al enloquecido hombre de negocios—. No es usted el enemigo, pero está cerca, monsieur. Su cartera, por favor, y sus documentos comerciales, incluidos los nombres de aquellos con quienes negocia.

—¿Dinero...?

—No aceptamos donativos. No los necesitamos.

—Entonces ¿por qué?

—Para su protección, y para la nuestra. Nuestras células de aquí deben comprobar a esos individuos para ver si está siendo usted utilizado. Hay pruebas de que podemos haber sufrido infiltraciones. Le será devuelto todo mañana.

—Realmente, debo protestar...

—No lo haga —le interrumpió el Camaleón, metiendo la mano bajo la chaqueta y dejándola allí—. ¿Me preguntó quién era, no? Baste decir que lo mismo que nuestros enemigos utilizan los servicios de gentes como la OLP y las «fracciones del ejército rojo», los fanáticos del Ayatolah y la Baader Meinhof, nosotros hemos montado nuestras propias brigadas. Ni pedimos ni damos cuartel. Es una lucha a muerte.

—¡Dios mío!

—En Su nombre luchamos. No salga de aquí. Pida las comidas al servicio de habitaciones. No llame a sus colegas ni a sus homólogos aquí en Beijing. En otras palabras, no se deje ver y rece para que ocurra lo mejor. Debo decirle que si me han seguido y llegan a saber que he venido a su habitación, usted simplemente desaparecerá.

—¡Es increíble...!

A Ardisson se le extravió la vista y le acometió un temblor de pies a cabeza.

—Su cartera y sus documentos, por favor.

Enseñando toda la serie de papeles de Ardisson, incluida la lista de negociadores del gobierno, Jason alquiló un coche a nombre del consorcio. Explicó a un aliviado expedidor del China International Travel Service, de la calle Chaoyangmen, que leía y hablaba mandarín, que como el coche alquilado iba a ser conducido por uno de los funcionarios chinos no necesitaba chófer. El expedidor le dijo que el coche estaría en

el hotel a las siete de la tarde. Si todo iba bien, tendría veinticuatro horas para moverse tan libremente como un occidental puede hacerlo en Beijing, y algunas más. Las primeras diez le dirían si una estrategia concebida en la desesperación iba a sacarlo de las tinieblas o arrojaría tanto a Marie como a David Webb a un abismo. Pero Delta Uno conocía la mente oriental. Durante muchos siglos no había variado en un aspecto: el secreto valía por diez mil tigres, si no por un reino.

Bourne volvió andando al hotel y se detuvo en el concurrido barrio comercial de Wang Fu Jing, muy cerca del ala este del hotel. En el número 225 estaban las principales galerías comerciales, donde compró lo que necesitaba de ropa y equipo. En el 261 encontró un establecimiento llamado Tuzhang Menshibu, lo que podría traducirse por Tienda de Estampación de Sellos, donde eligió el papel y los sobres de aspecto más oficial que pudo encontrar. (Para su asombro y delicia, la lista de Ardisson incluía no uno sino dos generales. ¿Y por qué no? Los franceses producían el Exocet, y aunque no era precisamente alta costura, sí figuraba en un puesto estelar en la lista de la alta tecnología militar.) Por último, en la tienda de las Artes, que hacía el número 265 de la Wang Fu Jing, compró una pluma caligráfica y un plano de Beijing y sus alrededores, así como un segundo mapa que mostraba las carreteras que iban desde Beijing a las ciudades del sur.

Tras volver con sus compras al hotel, fue a una mesa del vestíbulo y empezó sus preparativos. Primero escribió una nota en chino relevando al conductor del coche alquilado de toda responsabilidad por entregar el automóvil a un extranjero. Estaba firmada por un general y equivalía a una orden. Después desplegó el plano y trazó un círculo alrededor de una pequeña zona verde en las afueras de Beijing, al noroeste.

El refugio para aves de Jing Shan.

El secreto valía diez mil tigres, si no un reino.

Capítulo 25

Marie saltó del asiento ante el estridente ruido metálico del timbre del teléfono. Atravesó, jadeante y con una mueca de dolor, la habitación y lo cogió.

—¿Sí?

—Mrs. Austin, supongo.

—¿Mo?... ¡Mo Panov! Gracias a Dios —Marie cerró los ojos con gratitud y alivio.

Habían transcurrido casi treinta horas desde su conversación con Alexander Conklin, y la espera y la tensión, pero sobre todo el desamparo, la habían llevado al borde del pánico—. Alex dijo que iba a pedirte que vinieses con él. Pensaba que lo harías.

—¿Pensabas? ¿Es que había alguna duda? ¿Cómo te sientes, Marie? y no espero una respuesta a lo Pollyanna.

—Estoy volviéndome loca, Mo. Trato de evitarlo, ¡pero me voy a volver loca!

—Mientras no hayas completado el viaje, yo diría que estás bien, y lo acredita el modo como estás peleando cada paso del camino. Pero no necesitas cursos de psicología barata. Sólo era una excusa para volver a oír tu voz.

—Para comprobar si me había convertido en una ruina balbuciente.

—Hemos pasado demasiado juntos para recurrir a un subterfugio de tercera categoría. Nunca me ha valido una cosa así contigo, y tampoco ahora.

—¿Dónde está Alex?

—A mi lado, hablando por el teléfono público; me pidió que te llamase. Al parecer quiere hablar contigo mientras el que está hablando con él, que no sé quién es, sigue al teléfono... Un segundo. Me está haciendo señas. La próxima voz que oigas... etcétera, etcétera.

—¡Marie!

—¿Alex? Gracias, gracias por haber venido...

—Como diría tu marido: «No por esta vez.» ¿Qué llevabas puesto la última vez que te vieron?

—¿Puesto?

—Cuando escapaste de ellos.

—Escapé dos veces. La segunda fue en Tuen Mun...

—Entonces no —le interrumpió Conklin—. El destacamento era pequeño y había demasiada confusión, si no recuerdo mal lo que me contaste. En realidad, sólo te vieron dos marines. *Aquí*, aquí en Hong Kong. Ésa sería la descripción con la que empezaron, la que seguirán teniendo en la cabeza. ¿Qué llevabas entonces?

—Déjame pensar. En el hospital...

—Más tarde —interrumpió Alex—. Me dijiste algo de cambiar ropa y comprar algunas cosas. El consulado de Canadá, el apartamento de Staples. ¿Lo recuerdas?

—Dios mío, ¿cómo puedes recordarlos tú?

—No es ningún misterio; tomo notas. Es una de las consecuencias del alcohol. Date prisa, Marie. Así, en general, ¿qué llevabas?

—Una falda plisada... Sí, una falda plisada gris, eso era. Y una especie de blusa azulada de cuello alto...

—Eso probablemente tendrás que cambiártelo.

—¿Cómo?

—No importa. ¿Qué más?

—Pues un sombrero, un sombrero de ala bastante ancha para taparme la cara.

—¡Estupendo!

—Y un bolso Gucci falso que compré en la calle. Ah, y sandalias para estar más baja.

—Me hace falta estatura. Seguiremos con los tacones. Está bien; es cuanto necesitaba.

—¿Para qué, Alex? ¿Qué estás haciendo?

—Jugar a Simón Dice. Sé de sobra que las computadoras de pasaportes del Departamento de Estado me han detectado y, con mis andares suaves y atléticos, incluso los jabalíes verrugosos de Estado podrían descubrirme en la aduana. No sabrán maldita la cosa; pero alguien les está dando órdenes y quiero saber quién más aparece.

—No sé si te entiendo.

—Ya te lo explicaré. Quédate donde estás. Iremos ahí tan pronto como podamos desenfilarnos. Pero tiene que ser algo muy limpio, esterilizado, de modo que puede llevarnos cosa de una hora.

—¿Y qué hay de Mo?

—Tiene que quedarse conmigo. Si nos separamos ahora, cuando menos le seguirán, y en el peor de los casos lo cogerán.

—¿Y tú?

—No van a tocarme; se limitarán a una estrecha vigilancia.

—Estás confiado.

—Estoy furioso. No pueden saber lo que he dejado atrás ni a quién, ni cuáles son mis instrucciones para el caso de que falte a ciertas llamadas telefónicas previamente convenidas. Para ellos, en este momento soy una megabomba andante, bueno, renqueante, que podría hacer estallar su operación, la que diablos sea.

—Ya sé que no hay tiempo, Alex, pero tengo que decirte algo. No sé muy bien por qué, pero tengo que hacerlo. Creo que una de las cosas de ti que más hirió y enfadó a David fue que pensaba que eras el mejor en lo tuyo. De vez en cuando, si había tomado unas copas o su mente se extraviaba, abriéndole alguna puerta más, movía tristemente la cabeza o daba un puñetazo con rabia y se preguntaba por qué. «¿Por qué?», decía, «Él valía más que eso... era el mejor.»

—Yo no era enemigo para Delta. Nadie lo fue jamás.

—Qué bien me suena eso.

—Porque no vuelvo del frío; me voy. Y por mejores motivos de los que he tenido nunca en mi vida.

—Ten cuidado, Alex.

—Eso díselo a ellos.

Conklin colgó el teléfono y Marie sintió cómo le corrían lentamente las lágrimas por las mejillas.

Morris Panov y Alex salieron de la tienda de regalos de la estación de ferrocarril de Kowloon y se encaminaron hacia la escalera mecánica que conducía al nivel más bajo, vías 5 y 6. Mo, el amigo, estaba dispuesto a seguir las instrucciones de su antiguo paciente; pero Panov, el psiquiatra, no pudo resistirse a ofrecer su opinión profesional.

—No me extraña que todos ustedes estén mochales —dijo, con un panda relleno bajo el brazo y una revista de vivos colores en la mano—. Vamos a ver si nos aclaramos. Cuando lleguemos abajo, yo me voy a la derecha, que es la vía 6, y después a la izquierda, hacia la trasera del tren, que suponemos va a llegar dentro de pocos minutos. ¿Voy bien hasta ahora?

—Muy bien —dijo Conklin mientras cojeaba junto al médico con la frente perlada de sudor.

—Después espero junto a la última columna, con este animal relleno y maloliente bajo el brazo y ojeando esta revista de lo más pornográfico, hasta que se me acerque una mujer.

—Bien también —dijo Alex, mientras bajaban en la escalera mecánica—. El panda es un regalo perfectamente normal, el favorito de los occidentales; piense en él como en un regalo para su hijo. La revista porno simplemente completa las señas para ser reconocido. Pandas y fotos de mujeres desnudas no suelen ir juntos.

—Por el contrario, sería una combinación de lo más freudiano.

—Apúntese una para el hospital psiquiátrico. Límitese a hacer lo que le digo.

—¿Decir? No me ha dicho ni lo que tengo que decir a la mujer.

—Pruebe con «Encantado de conocerla», o «¿Cómo está el niño?» No importa. Dele el panda y vuelva a esta escalera lo más deprisa que pueda sin correr.

Llegaron al andén de abajo y Conklin tocó a Panov en el codo, dirigiéndolo hacia la derecha.

—Haga lo que le digo y vuelva aquí. Todo va a salir bien.

—Eso se dice más fácilmente desde donde yo suelo sentarme.

Panov fue hasta el final del andén mientras el tren de Lo Wu entraba atronando la estación. Se quedó junto a la última columna, y mientras salían por las puertas pasajeros a centenares sostuvo torpemente el panda blanquinegro bajo el brazo y levantó la revista frente a su cara. Cuando ocurrió, estuvo a punto de caerse.

—¡Tú debes de ser Harold! —exclamó la voz en falsete, mientras una figura alta y muy maquillada, con un sombrero blando de ala ancha y una falda plisada gris, le palmeaba el hombro—. ¡Te conocería en cualquier parte, querido!

—Encantado de verte. ¿Cómo está el pequeño?

Morris apenas podía hablar.

—¿Cómo está Alex? —replicó por lo bajo una voz masculina—. Me gusta pagar mis deudas, pero esto es una locura. ¿Tiene todavía los dos remos en el agua?

—No estoy seguro de que ninguno de ustedes los tenga —dijo el asombrado psiquiatra.

—¡Rápido! —le apremió el extraño personaje—. Se están acercando. Deme el panda. Y cuando yo eche a correr, desaparezca entre la gente y salga de aquí. ¡Démelo!

Panov hizo lo que le decía, y se dio cuenta de que varios hombres cruzaban por entre los grupos de viajeros rezagados y convergían sobre ellos. De pronto, el hombre pintarrajeado y con ropas de mujer corrió hasta perderse detrás de la gruesa columna y reapareció por el otro lado. Se deshizo de sus zapatos de tacón alto de sendas patadas, volvió a dar la vuelta a la columna y, como un jugador de rugby que se ha hecho con el balón, corrió hasta perderse entre la gente más cercana al tren, pasando junto a un chino que trató de agarrarlo, sorteando cuerpos empujados y caras sorprendidas. Detrás de él, otros hombres emprendieron la caza, obstaculizados por la creciente hostilidad de los viajeros, que empezaron a utilizar maletas y mochilas para defenderse de tan desconcertantes asaltos. En medio de aquel conato de tumulto, el panda fue a parar a manos de una alta mujer occidental que sostenía un horario de trenes desplegado. En seguida la agarraron dos chinos bien vestidos. Gritó, la miraron, se chillaron uno al otro y se fueron corriendo.

Morris Panov volvió a hacer lo que le habían indicado: se mezcló rápidamente con

la gente que esperaba para tomar el tren al lado opuesto del andén y caminó rápidamente a lo largo del borde de la vía 5, de vuelta a la escalera mecánica, donde había cola. ¡Cola sí, pero no Alex Conklin! Tratando de dominar su pánico, acortó el paso pero siguió adelante, mirando a su alrededor, escudriñando a la gente del andén y a quienes subían en la escalera. ¿Qué había ocurrido? ¿Dónde estaba el hombre de la CIA?

—¡Mo!

Panov gritó a la izquierda, y el grito cortado fue para él a la vez un alivio y una advertencia. Conklin estaba detrás de una columna, diez metros más allá de la escalera mecánica, y con gestos rápidos le hizo comprender que tenía que seguir allí y Mo debía ir a su encuentro, pero lenta, cautelosamente. Panov adoptó el aire de alguien a quien las colas fastidiaban y estaba dispuesto a esperar a que aquello se despejase antes de ponerse en la escalera mecánica. Ojalá fuese fumador o al menos no hubiese tirado abajo, en las vías, la revista pornográfica; cualquiera de las dos cosas le hubiese dado algo que hacer. Tuvo que conformarse con poner las manos a la espalda y caminar como quien no quiere la cosa a lo largo de la zona desierta del andén, mirando de vez en cuando hacia la cola. Llegó a la columna, se deslizó detrás y se quedó con la boca abierta.

A los pies de Conklin yacía un asombrado hombre de mediana edad en impermeable y con el pie zopo del hombre de la CIA en medio de su espalda.

—Quiero que conozca a Matthew Richards, doctor. Matt es un antiguo peón de Extremo Oriente que vuelve a los tiempos de Saigón, cuando nos conocimos. Claro que entonces era más joven y mucho más ágil. Pero entonces lo éramos todos, ¿no?

—¡Por el amor de Dios, Alex, déjame levantarme! —rogó el llamado Richards, sacudiendo la cabeza lo mejor que podía dada su posición supina. ¡Me duele un montón la cabeza! ¿Con qué me diste, con una palanqueta?

—No, Matt; con el zapato del pie que no tengo. ¿Pesado, no? Debe serlo, con lo que tiene que soportar. En cuanto a dejarte levantar, ya sabes que no puedo hacerlo hasta que contestes a mis preguntas.

—¡Maldita sea, ya las he contestado! Soy un simple agente, no el jefe de *estación*. Te seguimos por una orden de Washington que decía que te sometiésemos a vigilancia. Después intervino Estado con otra orden que no vi.

—Ya te dije que me cuesta trabajo creerlo. Aquí estáis muy unidos; todo el mundo ve todo. Sé razonable, Matt, nos conocemos desde hace mucho tiempo. ¿Qué decían las instrucciones de Estado?

—No lo sé. ¡Eran sólo para el JE!

—Quiere decir «jefe de *estación*», doctor —explicó Conklin a Panov—. Es el truco más viejo que tenemos. Lo usamos continuamente cuando hay problemas con otros organismos oficiales. «¿Y yo qué sé? pregunte al JE.» De ese modo nos los quitamos de encima, porque nadie quiere líos con un jefe de estación. Tiene línea directa con Langley, y, según quien ocupe el despacho oval, Langley puede tenerla con la Casa Blanca. Está todo muy politizado y tiene muy poco que ver con reunir información.

—Muy ilustrativo —dijo Panov, mirando al hombre en decúbito supino y sin saber qué más decir, a la vez que daba gracias a que el andén estuviese ahora prácticamente desierto y la columna apartada y en sombras.

—¡No es ningún truco! —chilló Richards, forcejeando bajo la presión de la bota de Conklin—. ¡Te digo la verdad! ¡Me retiro en febrero! ¿Por qué iba a querer tener problemas contigo ni con cualquier otro del cuartel general?

—Pobre Matt; nunca fuiste el mejor ni el más inteligente. Saboreas ya esa pensión, lo mismo que yo, y no quieres que nadie haga olitas. Me alistan como sospechoso, para «estrecha vigilancia», y no quieres echar a perder una orden que te afecta. Está bien, compadre; voy a mandar un informe de evaluación que hará que te trasladen a demoliciones en América Central hasta que te jubilen... si duras hasta entonces.

—¡Cállate!

—Te imaginas, ser atrapado detrás de una columna en medio de una estación llena de gente y por un pobre inválido. Probablemente te destinarán a minar puertos.

—¡Yo no sé nada!

—¿Quiénes son los chicos?

—Yo no...

—No son la policía; de modo que ¿quiénes son?

—Del gobierno.

—¿Qué rama? Tuvieron que decírtelo, el JE tuvo que decírtelo. No podían esperar que trabajases a ciegas.

—¡Precisamente eso es lo que ocurre, que estamos trabajando a ciegas! Lo único que nos dijo fue que tenían autorización de Washington, de muy arriba. ¡Nos juró que era cuánto sabía! ¿Qué diablos íbamos a hacer? ¿Pedirles el permiso de conducir?

—De modo que nadie es responsable porque nadie sabe nada. Tendría gracia que fuesen comunistas chinos cazando a un desertor, ¿no te parece?

—El JE es de fiar. Él responde.

—Cuánta moralidad. «Nos limitamos a cumplir órdenes, *Herr General*» —Conklin empleó la *G* alemana fuerte para el grado—. Y, naturalmente, *Herr General*

tampoco sabe nada porque también él cumple órdenes. —Alex hizo una pausa, pensativo—. Había un hombre, un tipo grandote, una especie de Paul Bunyan chino... —Conklin se detuvo. Había visto una crispación en Richard—. ¿Quién es, Matt?

—No lo sé... seguro.

—¿Quién?

—Lo he visto, eso es todo. Es difícil no verlo.

—Eso no es todo. Dado que es difícil pasarlo por alto y considerando los sitios donde lo has visto, hiciste preguntas. ¿Qué averiguaste?

—¡Vamos, Alex! Es sólo cotilleo, nada concreto.

—Me encanta el cotilleo. Cotillea, Matt, o esta cosa tan fea de mi pierna puede tener que darte en la cara. Fíjate que no puedo controlarla; piensa por su cuenta, no como tú, y a veces se pone incluso en contra mía.

Con esfuerzo, Conklin levantó de repente su pie zopo y lo dejó caer entre los omoplatos de Richards.

—¡Cristo! ¡Me estás rompiendo la espalda!

—No, creo que lo que quiere romperte es la cara. ¿Quién es, Matt?

De nuevo, haciendo una mueca, Alex levantó el falso pie y volvió a bajarlo, ahora sobre la base del cráneo del agente de la CIA.

—¡Está bien! Como yo te dije, no es el Evangelio, pero he oído que es un tipo importante en la CI de la Corona.

—La CI de la Corona —explicó Conklin a Morris Panov— es la Contrainteligencia británica, su contraespionaje aquí, en Hong Kong, lo que quiere decir una rama del MI-Seis, que a su vez significa que reciben las órdenes de Londres.

—Muy ilustrativo —dijo el psiquiatra, tan desconcertado como espantado.

—Mucho —asintió Alex—. ¿Quiere darme su corbata, doctor? —continuó, mientras empezaba a quitarse la suya—. La reemplazaré con los fondos para imprevistos, porque ahora tenemos un nuevo truco. Resulta que estoy trabajando oficialmente. Al parecer, Langley está subvencionando, mediante el salario y el tiempo de Matthew, algo en lo que están implicados los servicios de Inteligencia de un aliado. Como funcionario del ramo, debería arrimar el hombro. Necesito también tu corbata, Matt.

Dos minutos después, el agente Richards yacía detrás de la columna atado de pies y manos y amordazado, todo ello con tres corbatas.

—Estamos limpios —dijo Alex, estudiando los restos de público que quedaban más allá de la columna—. Se han ido todos detrás de nuestro cimbel, que a estas horas estará probablemente camino de Malasia.

—¿Quién era ella... digo él? Me refiero a que, desde luego, no era una mujer.

—No quiero ser sexista, pero probablemente una mujer no hubiera podido salir de aquí. Él salió, y llevándoselos consigo... bueno, detrás. Saltó la barandilla de la escalera mecánica y se abrió paso. Vámonos. El camino está despejado.

—Pero ¿quién és? —presionó Panov mientras contorneaban la columna camino de la escalera mecánica y los pocos rezagados que formaban todavía una pequeña cola.

—Lo hemos utilizado aquí en ocasiones, sobre todo para espiar instalaciones fronterizas apartadas, de las que sabe algo, pues tiene que pasar junto a ellas con su mercancía.

—¿Drogas?

—Ni tocarlas; es un muchacho de primera. Trafica en oro y joyas robadas, y opera entre Hong Kong, Macao y Singapur. Creo que tiene algo que ver con lo que le ocurrió hace unos años. Le quitaron las medallas por conducta indecorosa. Posó para unas fotos obscenas cuando estaba en la Universidad y necesitaba dinero. Más tarde, gracias a los buenos oficios de un periodista con la ética de un gato callejero, salieron a relucir y se vio arruinado.

—¡La revista que yo llevaba! —exclamó Mo mientras subían en la escalera mecánica.

—Algo parecido, supongo.

—¿Qué medallas?

—De la Olimpiada de 1976. Atletismo. Su especialidad eran las vallas altas.

Panov, sin hablar, miró a Alexander Conklin mientras ascendían por la escalera mecánica, aproximándose a la entrada del terminal. Por la escalera opuesta, camino del andén, acababa de aparecer un pelotón de barrenderos con escobones al hombro. Alex los señaló con la cabeza, chasqueó los dedos y, con el pulgar extendido, hizo un movimiento repetido en dirección de las puertas de salida del terminal, arriba. El mensaje era claro. Dentro de unos momentos iban a encontrar a un agente de la CIA atado detrás de una columna.

—Ése será el que llaman el mayor —dijo Marie, sentándose frente a Conklin mientras Morris Panov se arrodillaba a su lado para examinarle el pie izquierdo—. ¡Ay! —exclamó, retirando la pierna—. Perdona, Mo.

—No hay por qué —dijo el médico—. Tienes una fuerte contusión en los metatarsianos. Debes haberte llevado una buena caída.

—Varias. ¿Entiendes de pies?

—En este momento me siento más seguro en la quiropodia que en la psiquiatría.

Vivís en un mundo que haría volver mi profesión a la Edad Media. Y no es que la mayoría de nosotros no estemos todavía en ella; sólo han mejorado las palabras. —Panov levantó los ojos hacia Marie y los posó en su pelo, con mechaz grises y austeramente peinado—. Tuviste un buen tratamiento médico, ex pelirroja oscura. Excepto el pelo. Está atroz.

—Está muy bien —corrigió Conklin.

—¿Y usted qué sabe? Fue paciente mía. —Mo volvió al pie—. Se están curando tanto los cortes como las ampollas; la contusión llevará más tiempo. Después recogeré algunas cosas y cambiaré el vendaje.

Panov se incorporó y cogió una silla de junto al pequeño escritorio.

—Entonces ¿te alojas aquí? —preguntó Marie.

—Al final del pasillo. No pude conseguir ninguna de las dos habitaciones contiguas.

—¿Cómo conseguiste siquiera ésta?

—Con dinero. Esto es Hong Kong, y las reservas de quien no está presente se pierden con frecuencia. Pero volvamos al mayor.

—Se llama Lin Wenzu. Catherine Staples me dijo que pertenecía a la Inteligencia británica; habla inglés con acento del Reino Unido.

—¿Estaba segura?

—Del todo. Decía que se le consideraba el mejor oficial de Inteligencia y que eso incluía a todos, desde la KGB hasta la CIA.

—No es difícil de entender. Se llama Wenzu, no Ivanovich o Joe Smith. Mandan a un nativo con talento a Inglaterra, lo educan, lo entrenan y lo traen para ocupar un puesto de responsabilidad en el gobierno. Política colonial normal, especialmente en el terreno del orden público y la seguridad del territorio.

—Se explica desde un punto de vista psicológico —añadió Panov, sentándose—. De ese modo hay muchos menos resentimientos y se tiende un puente más hacia la comunidad extranjera sometida.

—Eso lo entiendo —dijo Alex, aprobando con la cabeza—, pero echo de menos algo; las piezas no encajan. Una cosa es que Londres dé luz verde a una operación encubierta de Washington, pues de eso se trata por todo lo que sabemos, aunque sea más extraña que la mayoría, y otra que el MI-Seis nos preste a su gente en una colonia todavía gobernada por el Reino Unido.

—¿Por qué? —preguntó Panov.

—Por varias razones. La primera, que no confían en nosotros. No es que desconfíen de nuestras intenciones; sólo de nuestros cerebros. En algunos aspectos

tienen razón, en otros se equivocan por completo, pero eso es lo que piensan. Y en segundo lugar, ¿por qué arriesgarse a quemar a su personal en aras de decisiones tomadas por un burócrata norteamericano sin la menor experiencia en operaciones de campo ultrasecretas? Ese es el gran inconveniente, y Londres lo rechazaría de antemano.

—Supongo que te refieres a McAllister —dijo Marie.

—Hasta que las vacas vuelvan solas a casa de un alfalfar nuevo. —Conklin sacudió la cabeza y dio un resoplido—. He investigado, y puedo decirte que él es el factor más fuerte, o el más débil, en todo este condenado guión. Sospecho que lo segundo. Ese tipo es puro y frío cerebro, como McNamara antes de su conversión a la duda.

—Déjese de bobadas —dijo Mo Panov—. ¿Qué quiere decir hablando por derecho, sin camelos? Ésos déjemelos a mí.

—Quiero decir, doctor, que Edward Newington McAllister es un conejo. Sus orejas se ponen tiesas a la primera señal de conflicto o de que algo se ha ido de las manos, y echa a correr. Es un analista, y uno de los mejores, pero no está calificado para operar como agente, y no digamos como jefe de estación, y ni siquiera se piensa que pueda ser el estratega de una importante operación secreta. Lo echarían de al» a carcajadas, créame.

—Estuvo terriblemente convincente con David y conmigo —interrumpió Marie.

—Le habían dado el libreto. «Prepare al sujeto», le dijeron. Debía atenerse a una complicada historia que iría haciéndose más clara para el sujeto una vez que empezase a actuar, lo que no podía por menos de hacer, ya que te tenían en su poder.

—¿Quién escribió ese libreto? —inquirió Panov.

—Ojalá lo supiese. Ninguno de los que hablaron conmigo en Washington tenía ni idea, y eso incluye a personas que deberían tenerla. No mentían; al cabo de tantos años sé cuando alguien traga saliva. Esto es algo tan condenadamente hondo y lleno de contradicciones que hace que Treadstone 71 parezca cosa de aficionados... lo que no era.

—Catherine me dijo una cosa —le interrumpió Marie—. No sé si servirá de algo, pero se me quedó grabada. Dijo que un hombre voló a Hong Kong, un «estadista», lo llamó, alguien que era «mucho más que un diplomático», o algo parecido. Pensaba que podía tener relación con todo lo que ha ocurrido.

—¿Cómo se llamaba?

—No me lo dijo. Más tarde, cuando vi a McAllister abajo en la calle, con ella, supuse que se trataba de él. Pero tal vez no. El analista que acabas de describir y el

tipo nervioso que habló con David y conmigo tiene poco de diplomático, y mucho menos de «estadista». Tenía que ser algún otro.

—¿Cuándo te dijo eso? —preguntó Conklin.

—Hace tres días, mientras me tenía escondida en su apartamento de Hong Kong.

—¿Antes de llevarte a Tuen Mun?

—Sí.

—¿Y no volvió a mencionarlo?

—No; y cuando le pregunté, dijo que no valía la pena que ninguna de las dos concibiésemos demasiadas esperanzas. Tenía que averiguar más, fue lo que me dijo.

—¿Y te contentaste con eso?

—Sí, porque entonces creía comprender. No tenía motivos para dudar de ella. Estaba corriendo un riesgo personal y profesional al ayudarme, al aceptar mi palabra sin recurrir al consulado, como hubiesen hecho otros simplemente para protegerse. Mencionaste la palabra «extraño», Alex. Pues bien, no nos engañemos, lo que yo le conté era tan extraño que resultaba hasta ofensivo, incluida una sarta de mentiras del Departamento de Estado norteamericano, escoltas de la Agencia Central de Inteligencia que desaparecen y sospechas que conducen hasta los más altos niveles de vuestro gobierno. Otra en su lugar se hubiera echado para atrás y hubiese tratado de cubrirse las espaldas.

—Gratitud aparte —dijo Conklin—, estaba ocultándote información que tenías derecho a conocer. Después de todo lo que David y tú habíais pasado...

—Te equivocas, Alex. Te dije que creía entenderla, pero no terminé. Lo más cruel que puedes hacerle a una persona dominada por el pánico es ofrecerle una esperanza que resulte ser falsa. El golpe resulta insoportable. Créeme, he pasado más de un año con un hombre que buscaba desesperadamente explicaciones, soluciones, respuestas. Encontró algunas, pero las que persiguió sólo para descubrir que eran erróneas estuvieron a punto de acabar con él. Las esperanzas defraudadas no son ninguna broma para el que espera.

—Tiene razón —dijo Panov, asintiendo con la cabeza y mirando a Conklin—. Y creo que usted lo sabe, ¿no es cierto?

—Ocurrió —replicó sencillamente Alex, encogiéndose de hombros y mirando el reloj—. En cualquier caso, ya es tiempo de que aparezca Catherine Staples.

—¡Estará vigilada! —Ahora fue Marie la que se echó adelante en su silla, con aire preocupado y mirada interrogante—. Supondrán que ustedes dos vinieron aquí por mí, y que me encontraron y yo les hablé de ella. Esperarán que vayan tras ella; estarán esperándolos. ¡Si fueron capaces de hacer todo lo que han hecho hasta ahora, podrían

matarlos!

—No, no podrán —dijo Conklin, levantándose y cojeando hacia el teléfono de la mesilla de noche—. No son lo bastante buenos.

—¡Eres un maldito lisiado! —susurró Matthew Richards al volante de un pequeño coche aparcado enfrente del apartamento de Catherine Staples.

—No eres muy agradecido, Matt —dijo Alex, sentado en la sombra junto al agente de la CIA—. No sólo no envié ese informe de evaluación, sino que permití que volvieses a tenerme sometido a vigilancia. Dame las gracias en vez de insultarme.

—¡Mierda!

—¿Qué dijiste en la oficina?

—¿Qué iba a decirles? Que fui atacado.

—¿Por cuántos?

—Al menos cinco *punks* jóvenes. *Zhongguo ren*.

—Y si te defendías, haciendo un montón de ruido, yo podía haberte descubierto.

—Ése es el *story board* —asintió Richards.

—Y cuando te llamé, naturalmente fue uno de esos tipos de la calle que has cultivado quien vio a un blanco que cojea.

—Bingo.

—Incluso pueden ascenderte.

—Sólo quiero verme fuera de esto.

—Lo conseguirás.

—No de este modo.

—De manera que fue el viejo Havilland en persona quien vino.

—¡No lo has sabido por mí! Salió en los periódicos.

—La casa franca de Victoria Peak no salió en los periódicos, Matt.

—¡Eh, vamos, hicimos un trato! Si te portas bien conmigo, yo me porto bien contigo. Nada de informe sobre cómo me dieron una paliza con un zapato sin pie y consigues una dirección. De todos modos, lo negaría. La conseguiste de Garden Road. Lo sabe todo el consulado, gracias a un marine furioso.

—Havilland —pensó Alex en alta voz—. Encaja. Es uña y carne de los británicos; incluso habla como ellos... ¡Debería haber reconocido su voz!

—¿Su voz? —preguntó un Richards perplejo.

—Por teléfono. Otra página del guión. ¡Era Havilland! ¡Cómo iba a permitir que ningún otro lo hiciese! «La hemos perdido» ¡Y me metieron de cabeza!

—¿En qué?

—Olvidalo.

—Encantado.

Un automóvil redujo la marcha y se detuvo al otro lado de la calle, frente al edificio de apartamentos. Se apeó una mujer por la puerta trasera del lado del bordillo, y al verla al resplandor de las farolas Conklin supo quién era: Catherine Staples. La mujer hizo una seña con la cabeza al conductor, se dio la vuelta y cruzó la acera hasta las gruesas puertas de cristal de la entrada.

De repente, un motor rugiendo a toda potencia llenó la tranquila calle cercana al parque. Un largo sedán negro salió de algún lugar detrás de ellos y se detuvo rechinando junto al coche de Staples. Tronaron explosiones entrecortadas y saltaron cristales en la calle y al otro lado de la acera. Las ventanillas del automóvil aparcado volaron, junto con la cabeza del conductor, y las puertas de la casa de apartamentos parecieron arrugarse y cayeron en fragmentos ensangrentados, mientras el cuerpo de Catherine Staples era cosido al marco por la lluvia de balas.

Volvieron a girar las cubiertas y el sedán negro se alejó por la oscura calle, dejando detrás una auténtica carnicería, sangre y carne desgarrada por todas partes.

—¡Por Jesucristo! —rugió el agente de la CIA.

—Sal de aquí —ordenó Conklin.

—¿A dónde, por Dios, a dónde?

—A Victoria Peak.

—¿Te has vuelto loco?

—Yo no, pero sí alguien que yo me sé. Un hijo de zorra de sangre azul está cogido; ha caído en el garlito. Y por quien primero va a saberlo va a ser por mí... ¡Muévete!

Capítulo 26

Bourne detuvo el negro sedán Shangai en el oscuro y desierto tramo de carretera bordeado de árboles. Según el mapa, había pasado la Puerta Oriental del Palacio de Verano, en realidad una serie de antiguas villas reales levantadas sobre hectáreas de un paisaje dominado por un lago conocido por Kuming. Había seguido la costa hacia el norte hasta que las luces de colores del amplio parque de recreo de los antiguos emperadores desaparecieron, dando paso a las tinieblas de la carretera rural. Apagó los faros, se apeó y llevó sus compras, ahora juntas en una mochila impermeable, hasta el muro de árboles que bordeaba la carretera. Clavó el tacón en el suelo. La tierra era blanda, lo que hacía más fácil su tarea, porque la posibilidad de que pudiesen buscar su coche alquilado era real. Metió la mano en la mochila y sacó un par de guantes de obrero y un cuchillo de caza de larga hoja. Se arrodilló y cavó un hoyo lo bastante profundo para ocultar la mochila. Dejó la tapa de ésta abierta, cogió el cuchillo e hizo una muesca en el tronco del árbol más cercano para dejar al descubierto la madera blanca que había bajo la corteza. Volvió a poner cuchillo y guantes en la mochila, la metió en el hoyo y echó tierra encima. Regresó al coche, comprobó el contador y puso el motor en marcha. Si el mapa era tan preciso en las distancias como lo era en detallar las zonas de Beijing y sus alrededores donde estaba prohibido circular en coche, la entrada al refugio de aves de Jin Shan no estaría a más de tres cuartos de milla, pasada la curva que se veía enfrente.

En efecto, el mapa era preciso. Los faros convergieron en la alta puerta metálica pintada de verde que coronaban enormes paneles con aves de brillantes colores. Estaba cerrada. En una pequeña cabina metálica situada a la derecha se veía a un solo guarda sentado. Al ver acercarse los faros de Jason se levantó de un salto y salió corriendo. Era difícil saber si la chaqueta y los pantalones que llevaba eran de uniforme. Tampoco parecía portar armas.

Bourne llevó el coche hasta pocos metros de distancia de la puerta, se apeó y se acercó al chino que estaba detrás de ella. Le sorprendió ver que tendría unos sesenta años.

—*Bei tong, bei tong!* —empezó Jason antes de que pudiese hablar el guarda, disculpándose por molestarlo—. Lo he pasado terriblemente mal —continuó sin pausa, sacando de su bolsillo interior la lista de los negocios asignados a los franceses—. Tenía que estar aquí hace tres horas y media, pero no llegó el coche y no pude hablar con el ministro —tomó de la lista el nombre de un ministro de industrias textiles—... Wang Xu. ¡Estoy seguro de que él está tan disgustado como yo!

—Habla nuestro idioma —dijo el sorprendido guarda—. Tiene un coche sin conductor.

—El ministro lo autorizó. He estado muchas veces en Beijing. Íbamos a cenar juntos.

—Esto está cerrado, y aquí no hay restaurante.

—¿Tal vez dejó una nota para mí?

—Aquí no deja nadie más que objetos perdidos. Tengo estupendos prismáticos japoneses que puedo venderle baratos.

Y ocurrió. Más allá de la puerta, a unos treinta metros por el camino de tierra, Bourne vio a un hombre entre la sombra de un gran árbol, un hombre con una larga guerrera de cuatro botones, un oficial. Llevaba un cinturón con un arma.

—Lo siento, no necesito prismáticos.

—¿Un regalo, tal vez?

—Tengo pocos amigos y mis hijos son unos ladrones.

—Es usted un hombre triste. En esta vida no hay nada más que los hijos y los amigos... y los espíritus, claro.

—La verdad es que ahora sólo quiero encontrar al ministro. ¡Estamos tratando *renminbi* de millones!

—Los prismáticos sólo cuestan unos cuantos yuans.

—¡Está bien! ¿Cuánto?

—Cincuenta.

—Démelos —dijo impaciente el Camaleón, llevándose la mano al bolsillo y dejando vagar despreocupadamente la mirada más allá de la cerca verde mientras el guarda volvía precipitadamente a su garita.

El oficial chino se había retirado aún más entre las sombras, pero seguía vigilando la puerta. Jason volvía a sentir un golpeteo como de tambores en el pecho, como tantas veces en los tiempos de Medusa. Había descubierto un truco, desvelado una estrategia. Delta conocía la mente oriental. *Secreto*. Por supuesto, la figura solitaria no lo confirmaba, pero tampoco lo negaba.

—¡Mire qué grandes son! —exclamó el guarda, volviendo a la carrera a la puerta y enseñándole los prismáticos—. Cien yuans.

—¡Dijo cincuenta!

—No me había fijado en las lentes. Son superiores. Deme el dinero y se los echaré por encima de la puerta.

—Muy bien —dijo Bourne, a punto de empujar el dinero a través de la tela metálica—. Pero con una condición, ladrón. Si por casualidad le preguntan por mí, no

quiero líos.

—¿Me preguntan? Qué tontería. Aquí no hay nadie más que yo.

Delta tenía razón.

—Pero, en caso de que le pregunten, ¡insisto en que diga la verdad! Soy un hombre de negocios francés que busca con urgencia a ese ministro de textiles porque mi coche se retrasó imperdonablemente. ¡No quiero líos!

—Como prefiera. El dinero, por favor.

Jason empujó los billetes a través de la cerca; el guarda los cogió y lanzó los prismáticos por encima de la puerta. Bourne miró suplicante al chino.

—¿Tiene idea de adonde puede haber ido el ministro?

—Sí, y estaba a punto de decírselo sin que me pague más. Los hombres tan grandes como usted y como él irán sin duda a la casa de comidas llamada Ting Li Guan. Es la favorita de los extranjeros ricos y de los hombres poderosos de nuestro celestial gobierno.

—¿Dónde está?

—En el Palacio de Verano. Pasó por ella al venir. Retroceda unos quince o veinte kilómetros y verá la gran puerta de Dong An Men. Entre y los guías le indicarán, pero enseñe su documentación. Viaja usted de un modo muy poco corriente.

—¡Gracias! —gritó Jason, corriendo hacia el coche—. *Vive la France!*

—¡Qué hermoso! —dijo el guarda, encogiéndose de hombros, mientras volvía a su puesto contando el dinero.

El oficial se acercó despacio a la casa y golpeó el cristal. El guarda de noche, asombrado, saltó de su silla y abrió la puerta.

—¡Oh, señor, me sobresaltó! Ya veo que se quedó encerrado. Quizá se durmió en uno de nuestros bellos lugares de descanso. Qué mala suerte. ¡Abriré en seguida la puerta!

—¿Quién era ese hombre? —preguntó con calma el oficial.

—Un extranjero, señor. Un hombre de negocios francés que ha tenido muy mala suerte. Por lo que le entendí, iba a reunirse aquí hace horas con el ministro de textiles para ir después a cenar, pero su automóvil se retrasó. Está muy enojado. No quiere tener líos.

—¿Qué ministro de textiles?

—El ministro Wang Xu, creo que dijo.

—Espere fuera, por favor.

—Desde luego, señor. ¿Y la puerta?

—Dentro de unos minutos. —El militar cogió el teléfono que había sobre el

pequeño mostrador y marcó. Segundos después volvía a hablar—. ¿Puede darme el número de un ministro de textiles llamado Wang Xu?... Gracias. —El oficial apretó la horquilla, la soltó y volvió a marcar—. ¿El ministro Wang Xu, por favor?

—Soy yo —dijo una voz un tanto desagradable al otro extremo de la línea—. ¿Quién habla?

—Un empleado de la oficina del Consejo Comercial, señor. Estamos haciendo una comprobación de rutina sobre un hombre de negocios francés que le tiene a usted en su lista como referencia...

—¡Gran Jesús Cristiano! ¿No será ese idiota de Ardisson? ¿Qué ha hecho ahora?

—¿Lo conoce, señor?

—¡Ojalá no! ¡Todo lo quiere especial! Cree que cuando él defeca hasta las cuadras se llenan de olor a lilas.

—¿Iba a cenar con él esta noche, señor?

—¿Cenar? ¡Hubiese dicho cualquier cosa para mantenerlo tranquilo esta tarde! Por supuesto, sólo oye lo que quiere oír, y su chino es terrible. Por otro lado, es muy posible que utilizase mi nombre para conseguir una reserva si no la tenía. ¡Ya le digo, todo especial! Dele lo que pida. Es un lunático, pero bastante inofensivo. Lo mandaríamos de vuelta a París en el próximo avión si los tontos a quienes representa no pagasen bien un material de tercera... ¡Tiene autorización para las mejores putas ilegales de Beijing! Y no me moleste; tengo visita.

El ministro colgó bruscamente. Ya tranquilo, el oficial dejó el teléfono y salió a hablar con el guarda de noche.

—Tenía usted razón —dijo.

—El extranjero estaba muy agitado, y muy confuso.

—Me han dicho que ambas cosas son normales en él. —El militar se detuvo un instante y añadió—: Ya puede abrir la puerta.

—Desde luego, señor. —El guarda sacó del bolsillo un manojo de llaves y se detuvo, mirando al oficial—. No veo ningún automóvil, señor. Son muchos kilómetros para cualquier transporte. El Palacio de Verano sería el primero...

—He telefoneado pidiendo un coche. Debería estar aquí dentro de diez o quince minutos.

—Me temo que ya no estaré entonces, señor. Veo la luz de la bicicleta de mi relevo por la carretera. Salgo dentro de cinco minutos.

—Quizá espere aquí —dijo el oficial, pasando por alto las palabras del vigilante—. Llegan nubes del norte. Si traen lluvia, podré usar la garita como refugio hasta que llegue mi coche.

—No veo nubes, señor.

—Sus ojos ya no son lo que eran.

—Y que lo diga. —Los repetidos timbrazos de una bicicleta rompieron el silencio que reinaba fuera. El guarda de relevo se aproximó a la cerca mientras el vigilante empezaba a abrir la puerta—. Estos jóvenes se anuncian como si fueran espíritus que bajan del cielo.

—Quiero decirle algo —dijo ásperamente el oficial, haciendo detenerse al vigilante—. Como al extranjero, tampoco yo quiero problemas por una hora del tan necesario sueño en un bello lugar de descanso. ¿Le gusta su trabajo?

—Mucho, señor.

—¿Y la oportunidad de vender cosas tales como prismáticos japoneses confiados a su custodia?

—Señor...

—Mi oído es agudo y su voz muy chillona.

—¡Señor!

—No diga nada de mí y yo tampoco diré nada de sus poco éticas actividades, que sin duda lo mandarían a un campo con una pistola apuntando a su cabeza. Su conducta es de lo más reprensible.

—¡Nunca le he visto, señor! ¡Lo juro por los espíritus de mi alma!

—En el partido rechazamos tales ideas.

—¡Entonces por lo que usted quiera!

—Abra la puerta y váyase de aquí.

—¡Primero mi bicicleta, señor!

El vigilante fue a buscarla, volvió y abrió el cerrojo. Tiró de la puerta, haciendo con la cabeza gestos de alivio mientras arrojaba literalmente al recién llegado el manojo de llaves. Subió al sillín y pedaleó cuanto pudo carretera adelante.

El segundo guarda entró sosteniendo su bicicleta por el guía.

—¿Se imagina? —dijo al oficial—. El hijo de un señor de la guerra del Kuomintang ocupando el sitio de un campesino tonto que hubiera servido en nuestras cocinas.

Bourne descubrió la muesca blanca en el tronco del árbol y sacó el sedán de la carretera hasta situarlo entre dos pinos. Apagó las luces y se apeó. Rápidamente, rompió las ramas para camuflar el coche en la oscuridad. Por instinto, trabajaba deprisa —lo habría hecho así en cualquier caso—, pero le alarmó que a los pocos segundos de haber terminado de ocultar el sedán apareciesen unos faros a lo lejos, por la carretera de Beijing. Se agachó, arrodillándose en el sotobosque, y observó el paso

del automóvil, fascinado al ver que llevaba una bicicleta atada en el techo, y preocupado cuando instantes después se interrumpió bruscamente el ruido del motor. El coche se había detenido pasada la curva que veía enfrente. Por si alguna parte de su coche había sido vista por un hombre experimentado que aparcaría fuera de la vista y volvería a pie, Jason cruzó corriendo la carretera y se introdujo en la espesa maleza que había más allá de los árboles. Corrió hacia su derecha, de pino en pino, hasta el punto medio de la curva, y allí volvió a arrodillarse en el sombrío verdor, a la espera, estudiando cada metro de ambos bordes, atento a cualquier sonido que no perteneciese a los rumores propios de la desierta carretera rural.

Nada. Después, finalmente, sí hubo algo, y cuando lo vio resultó que, simplemente, no tenía sentido. ¿O quizá sí? El hombre de la bicicleta, que llevaba una luz de fricción en el guardabarros delantero, pedaleaba carretera arriba como si su vida dependiese de una velocidad que le era imposible alcanzar. Cuando llegó más cerca, Bourne vio que era el guarda... en bicicleta, y una bicicleta iba en el coche que se había detenido pasada la curva. ¿Sería para él? Por supuesto que no; en ese caso el coche se habría acercado a la puerta. ¿Una segunda bicicleta? ¿Un segundo vigilante, que llegaba en bicicleta? Naturalmente. Si lo que pensaba era cierto, habían cambiado al guarda de la puerta por un conspirador.

Jason esperó hasta que la luz del vigilante era apenas un punto en la lejana oscuridad, y después corrió por la carretera, de vuelta a su coche y al árbol con la muesca en la corteza. Desenterró la mochila y empezó a sacar los instrumentos de su oficio. Se quitó la chaqueta y la camisa blanca y se puso un jersey negro de cuello alto; aseguró la funda del cuchillo de caza al cinturón de sus pantalones oscuros y encajó la automática cargada con una sola bala en el lado contrario. Cogió dos carretes conectados por un trozo de alambre fino de un metro y pensó que el mortífero instrumento era mucho mejor que el que había hecho en Hong Kong. ¿Por qué no? Estaba mucho más cerca de su objetivo, si cuanto había aprendido en aquella lejana Medusa tenía algún valor. Enrolló el alambre por igual en ambos carretes y los introdujo cuidadosamente en el bolsillo posterior derecho del pantalón; después sacó una linterna del tamaño de un bolígrafo y la sujetó al borde del bolsillo delantero derecho. En el bolsillo delantero izquierdo puso una larga doble sarta de enormes petardos chinos, plegada y sujeta por una banda elástica, junto a tres carterillas de fósforos y una pequeña vela de cera. Lo más embarazoso era un cortaalambres manual de mediano calibre, del tamaño de unos alicates. Lo metió cabeza abajo en el bolsillo posterior izquierdo y después liberó el muelle de modo que los dos cortos mangos estuviesen apretados contra la tela, asegurándolo. Por último sacó un montón

de ropa envuelta, tan apretada que no abultaba más que un rodillo de cocina. Lo centró en su espina dorsal, pasó la banda elástica alrededor de su cintura y enganchó los cierres. Quizá no llegase a utilizarlo, pero no podía dejar nada al azar. ¡Estaba demasiado cerca!

¡Lo atraparé, Marie! ¡Te juro que lo atraparé y volveremos a tener nuestra vida! ¡Soy David y te quiero tanto, te necesito tanto!

¡Déjalo! No hay personas, sólo objetivos. No hay emociones, sólo blancos y muertes y hombres a eliminar porque se atraviesan en tu camino. No me sirves de nada, Webb. Eres blando y te desprecio. Escucha a Delta, ¡escucha a Jason Bourne!

El asesino que lo era por necesidad enterró la mochila con su camisa blanca y su chaqueta de *tweed* y se incorporó entre los pinos. Sus pulmones se hincharon al pensar en lo que le esperaba. Una de sus mitades estaba asustada e insegura; la otra furiosa, fría como el hielo.

Jason echó a andar hacia el norte por la curva, yendo de árbol en árbol como había hecho antes. Llegó al coche que había pasado por delante de él con la bicicleta en el techo. Estaba aparcado a un lado de la carretera y tenía un gran letrero en el parabrisas. Se acercó más y leyó los caracteres chinos, sonriendo para sí.

Éste es un vehículo oficial averiado. Andar con cualquier parte del mecanismo constituye un grave delito. El robo de este vehículo se castigará con la inmediata ejecución del culpable.

En la esquina inferior izquierda había una columna en letra menuda:

Imprenta Popular número 72. Shanghai.

Bourne se preguntó cuántos centenares de miles de esos letreros habría hecho la Imprenta 72. Tal vez hacían las veces de garantía, dos por cada vehículo.

Retrocedió hacia las sombras y continuó dando la vuelta a la curva hasta que llegó al espacio abierto que había frente a la puerta iluminada. Sus ojos siguieron la cerca verde. A la izquierda desaparecía en la oscuridad del bosque. A la derecha se extendía unos setenta metros más allá de la entrada, a lo largo de un aparcamiento con zonas numeradas para autobuses turísticos y taxis, y después torcía bruscamente hacia el sur. Como esperaba Jason, un refugio para aves en China estaría cercado, como disuasión para los furtivos. Lo había dicho D'Anjou: «Las aves han sido veneradas en China durante siglos. Se las considera delicia tanto de los ojos como del paladar...» Eco. Se preguntaba si habría sufrido... *No había tiempo.*

¡Voces! Bourne volvió bruscamente la cabeza hacia la puerta mientras se internaba en la espesura más cercana. El oficial del ejército chino y un vigilante nuevo, mucho más joven —no, ahora era claramente un guarda— salieron de detrás de la casa. El

guarda llevaba una bicicleta mientras que el oficial sostenía una pequeña radio pegada a la oreja.

—Empezarán a llegar poco después de las nueve —dijo el militar, bajando la radio y recogiendo la antena—. Siete vehículos a intervalos de tres minutos.

—¿Y el camión?

—Será el último.

El guarda consultó su reloj.

—Entonces quizá debería ir usted por el coche. Si hay un control telefónico, conozco la rutina.

—Buena idea —asintió el oficial, colgando la radio de su cinturón y cogiendo el guía de la bicicleta—. No tengo paciencia con esas hembras burocráticas que ladran como perros.

—Pues tiene que tenerla —dijo el guarda, riendo—. Y debe elegir a las solitarias, a las feas, y hacerlo lo mejor que pueda entre sus piernas. ¿Suponga que dan un mal informe suyo? Podría perder este empleo celestial.

—¿Se refiere a ese tonto de campesino al que revelé?

—No, no —dijo el guarda, soltando la bicicleta—. Eligen a los jóvenes, a los guapos como yo. Por nuestras fotografías, por supuesto. Él es diferente; les paga con los yuan que saca de sus ventas de objetos perdidos. A veces me pregunto si hace negocio.

—Me cuesta trabajo entenderles a ustedes los paisanos.

—Permítame que le corrija, coronel. En la verdadera China soy capitán del Kuomintang.

A Jason le dejó pasmado lo que había dicho el más joven. ¡Lo que había oído era increíble! *En la verdadera China soy capitán del Kuomintang* ¿La verdadera China? ¿Taiwan? ¿Habría empezado la guerra entre las dos Chinas? ¿Era a lo que estaban dedicados esos hombres? ¡Qué locura! ¡Una guerra de exterminio! ¡El Lejano Oriente sería borrado de la faz de la tierra! En su caza a un asesino, ¿habría ido a dar con lo impensable?

Era demasiado para hacerse cargo, demasiado horrible, un verdadero cataclismo. Tenía que actuar rápidamente, dejar a un lado sus pensamientos y concentrarse exclusivamente en la acción. Leyó la esfera iluminada de su reloj. Eran las 8.54, y le quedaba poco tiempo para hacer lo que tenía que hacer. Esperó a que pasase el oficial del ejército en bicicleta y después anduvo cauta, sigilosamente por entre el follaje hasta que vio la cerca. Se acercó a ella y, sacando de su bolsillo la pequeña linterna, la enfocó por dos veces para calcular las dimensiones. Eran extraordinarias. Tenía no

menos de cuatro metros de altura, y la parte superior sobresalía en ángulo a la manera de las cercas interiores de las prisiones, con rollos de alambre de espino tendidos a lo largo de cables de acero paralelos. Se llevó la mano al bolsillo de atrás, apretó los mangos y sacó el cortaalambres. Después tentó con la mano izquierda en la oscuridad, y cuando encontró los alambres entrecruzados más cercanos al suelo colocó la cabeza del cortador en el más bajo.

De no haber estado David Webb desesperado y Jason Bourne furioso la tarea no se hubiera llevado a cabo. La cerca no era una alambrada común. El calibre de los alambres era mucho mayor que el de las defensas que encerraban a los criminales más violentos de la tierra. Cada uno requería toda la fuerza de Jason y le obligaba a manipular el cortaalambres atrás y adelante hasta que el metal saltaba, libre. Y eso ocurría una y otra vez, lo que le hacía perder unos minutos preciosos.

Bourne volvió a consultar la esfera luminosa de su reloj. Las 9.06. Utilizando el hombro, y clavando los pies en la tierra, consiguió doblar hacia dentro el rectángulo vertical de apenas sesenta centímetros. Se arrastró por debajo con el cuerpo empapado en sudor, y quedó tendido en el suelo respirando pesadamente. *No había tiempo. Eran ya las 9.08.*

Se puso de rodillas, vacilante, sacudió la cabeza para aclarársela y echó a andar hacia la puerta, apoyándose en la cerca hasta que llegó a la esquina que daba frente a la zona de aparcamiento. La entrada iluminada estaba unos setenta metros a su izquierda.

De pronto apareció el primer vehículo. Era una limusina Zia rusa, cosecha del sesenta y tantos. Dio la vuelta en el aparcamiento y se colocó la primera a la derecha, junto a la casa del guarda. Se apearon seis hombres, que marcharon con paso marcial hacia lo que era al parecer el camino principal del refugio de aves. Desaparecieron en la oscuridad, mientras los haces de los faros iluminaban su camino. Jason observaba atentamente; tendría que tomar ese rumbo.

Tres minutos después, fiel al horario, cruzó la puerta un segundo coche, que fue a aparcar junto al Zia. Se apearon tres hombres del asiento de atrás, mientras el conductor y el viajero que iba a su lado hablaban. Segundos más tarde aparecieron ambos, y Bourne tuvo que hacer un gran esfuerzo para dominarse cuando su mirada se centró en aquel hombre, en el viajero alto y esbelto que se movía como un felino mientras iba hacia la trasera del automóvil donde ya estaba el conductor. ¡Era el asesino! El caos en el aeropuerto de Kai-tak había exigido la complicada trampa de Beijing. Quienquiera que estuviese acechando a aquel asesino tenía que ser cogido rápidamente y silenciado. Había que filtrar información, que llegase al creador del

asesino; porque ¿quien más era capaz de volver a poner en marcha al otro Jason Bourne? D'Anjou era la clave, y el cliente del impostor lo sabía.

Los instintos de Jason Bourne —hijos de la gradual y penosamente recordada Medusa— eran de fiar. Al fracasar tan desastrosamente la trampa dentro de la tumba de Mao, un sacrilegio que conmovería a la República, el elitista círculo de conspiradores tenía que reagruparse a toda prisa y en secreto, fuera de la mirada de sus iguales. Se hallaban frente a una crisis sin paralelo, y debían decidir sin perder tiempo sus próximos movimientos.

No obstante, lo más importante era el secreto. Dondequiera que se reuniesen, el secreto era su arma crucial. *En la verdadera China soy capitán del Kuomintang*. ¿Era posible?

Secreto. ¿Por un reino perdido? ¿Y dónde mejor podían encontrarlo que en los terrenos vírgenes de los idílicos refugios para aves del gobierno, parques oficiales controlados por poderosos topos del Kuomintang de Taiwan? Una estrategia nacida de la desesperación había llevado a Bourne hasta el corazón de una revelación increíble. *¡No hay tiempo! ¡No es asunto tuyo! ¡Sólo él importa!*

Dieciocho minutos más tarde los seis automóviles estaban en su lugar y sus ocupantes dispersos, reunidos con sus colegas en algún lugar del oscuro bosque del refugio. Por último, veintiún minutos después de la llegada de la limusina rosa, un camión cubierto con una lona entró bamboleante y describió un amplio círculo para ir a aparcar junto al último llegado, a no más de diez metros de Jason. Este vio, sorprendido, cómo hombres atados y amordazados y mujeres con la boca abierta sujeta por tiras de tela salían a empujones del camión e iban cayendo, rodando por el suelo, entre quejidos de protesta y de dolor. Después apareció en la trasera un hombre que forcejeaba y retorció su cuerpo bajo y delgado mientras daba patadas a los dos guardias, que consiguieron sacarlo y acabaron por arrojarlo sobre la gravilla del aparcamiento. Un hombre blanco... Bourne se quedó helado. ¿Era D'Anjou! Al resplandor de los faros lejanos pudo ver que Eco tenía la cara golpeada y los ojos saltones. Cuando el Francés se incorporó, su pierna izquierda siguió torcida y vacilante, pero no estaba dispuesto a ceder ante sus captores; permaneció desafiante sobre sus pies.

¡Muévete! ¡Haz algo! ¿Qué? Medusa. Tentamos señales. ¿Cómo eran, Dios mío, cómo eran? Piedras, romas... ¡Gravilla! Lanzar algo para hacer un ruido, un pequeño ruido que podía ser cualquier cosa... Lejos de la zona, enfrente, lo más lejos posible. Y en seguida repetirlo. ¡En seguida!

Jason se dejó caer de rodillas entre las sombras de la cerca. Alargó la mano, cogió

un puñado de grava y lo lanzó al aire sobre las cabezas de los prisioneros que luchaban por ponerse en pie. El breve ruido sobre los techos de varios coches casi se perdió entre los gritos ahogados de los cautivos. Bourne repitió, ahora con algunas piedras más. El guarda que estaba junto a D'Anjou miró hacia donde había caído la gravilla pero en seguida hizo caso omiso del ruido, pues su atención fue repentinamente atraída por una mujer que había conseguido incorporarse y echar a correr hacia la entrada. Corrió tras ella, la agarró por el pelo y volvió a incorporarla al grupo.

Jason había cogido más piedras, pero se quedó inmóvil. D'Anjou acababa de caer al suelo, con el peso sobre la rodilla derecha y sosteniéndose en la grava con sus manos atadas. Observó al guardián distraído y se volvió lentamente hacia Bourne. Medusa nunca estaba lejos de Eco. Había recordado. Rápidamente, Jason le mostró la palma de la mano, una, dos veces. El oscuro reflejo de la luz en su carne bastó; atrajo la atención del Francés, Bourne adelantó la cabeza entre las sombras. ¡Eco la vio! Los ojos de ambos hicieron contacto. D'Anjou hizo un gesto afirmativo, miró a otro lado y torpe, penosamente, se incorporó mientras volvía el guardia.

Jason contó los prisioneros. Eran dos mujeres y cinco hombres, incluido Eco. Los guardias, dos de los cuales habían sacado pesadas porras de sus cinturones y las utilizaban como agujadas, empezaban a conducir al grupo hacia el camino que salía del aparcamiento. D'Anjou se desplomó. Se derrumbó sobre la pierna izquierda, retorciendo el cuerpo mientras caía. Bourne observaba atentamente; había algo extraño en aquella caída. Después comprendió. Los dedos del Francés, de sus manos atadas juntas frente a él, estaban separados, y disimulaba el movimiento con el cuerpo. Eco agarró dos puñados de grava y mientras se acercaba uno de los guardias y tiraba de él para que se levantara volvió a dirigir una breve mirada a Jason. Era una señal. Dejaría caer las piedrecitas mientras le durasen para que su compañero de Medusa pudiera seguir su rastro.

Llevaron a los prisioneros hacia la derecha, fuera de la zona engravillada, mientras el guarda joven, el «capitán del Koumintang», cerraba la puerta de entrada. Jason corrió desde las sombras de la cerca a las del camión y desenfundó el cuchillo de caza mientras se acurrucaba junto al capó, mirando hacia la casa. El guarda estaba fuera, junto a la puerta, hablando por la radio portátil que lo comunicaba con el lugar de reunión. Habría que suprimir esa radio. Y también al hombre.

Átalo. Usa su ropa para amordazarlo.

¡Mátalo! No puedes correr más riesgos. ¡Hazme caso!

Bourne se dejó caer al suelo, hundió el cuchillo en la cubierta delantera izquierda

del camión y, mientras se desinflaba, corrió a la trasera e hizo lo mismo. Rodeó la trasera del camión y corrió hasta el espacio que había entre él y el automóvil contiguo. Girando atrás y adelante mientras avanzaba, rajó las restantes ruedas del camión y las del lado izquierdo del coche. Repitió la táctica a lo largo de la fila de vehículos hasta pinchar todas las ruedas, excepto las del Zia ruso que estaba a apenas diez metros de la casa. Era el momento de ocuparse del guarda.

Átalo...

¡Mátalo! Has de ocultar cada paso que des, y esos pasos te llevan a tu mujer!

En silencio, Jason abrió la puerta del automóvil ruso, alargó el brazo y soltó el freno de mano. Cerró la puerta tan silenciosamente como la había abierto y calculó la distancia desde el capó hasta la cerca; eran unos dos metros y medio. Agarró el marco de la ventanilla e hizo presión con todo su peso hacia adelante. Su cara se crispó mientras el enorme coche empezaba a rodar. Propinó un último empujón al vehículo y se apresuró a situarse frente al coche cercano al Zia mientras la limusina se estrellaba contra la cerca. Se agachó, ocultándose, y se llevó la mano al bolsillo posterior derecho.

Al oír el golpe, el sorprendido guarda corrió alrededor de la casa, entró en el aparcamiento y miró en todas direcciones, hasta clavar por último los ojos en el Zia. Sacudió la cabeza, como aceptando el inexplicable fallo, y fue hacia la puerta.

Bourne saltó desde la oscuridad, con los carretes en ambas manos y el alambre en arco sobre la cabeza del guarda. Todo acabó en menos de tres segundos, sin más ruido que el de una repugnante expulsión de aire. El garrote era letal; el capitán del Kuomintang estaba muerto.

Jason desprendió la radio del cinturón del hombre y le registró la ropa. Cabía siempre la posibilidad de encontrar algo, algo valioso. ¡Y lo había! Lo primero era un arma, y sorprendentemente, no una automática. Era del mismo calibre de la que había cogido a otro conspirador en la tumba de Mao. Pistolas especiales para personas especiales, un factor más de reconocimiento; hasta el armamento estaba en consonancia. En vez de una bala, Jason tenía ahora las nueve, además del silenciador que evitaba molestar a los venerables muertos de un venerable mausoleo. Lo segundo era una cartera que contenía dinero y un documento oficial que acreditaba a su portador como miembro de las Fuerzas de Seguridad del Pueblo. Los conspiradores tenían colegas en altos lugares. Bourne hizo rodar el cadáver bajo la limusina, Pinchó las ruedas de la izquierda y corrió alrededor del coche para hundir su cuchillo en las de la derecha. El enorme automóvil se asentó en el suelo. El capitán del Kuomintang tenía ahora un lugar de descanso seguro y discreto.

Jason corrió hacia la casa de los guardas, discutiendo consigo mismo si apagar o no los focos de un tiro. Decidió no hacerlo. Si sobrevivía necesitaría ver aquella luz desde lejos. Si... ¿Si? ¡Tenía que sobrevivir! ¡Marie! Entró en la casa y, arrodillado bajo la ventana, sacó los cartuchos de la automática del guarda y los puso en la suya. Después miró a su alrededor buscando horarios o instrucciones. Había un cartel sujeto con chinchetas junto a un manojó de llaves colgado de un clavo. Cogió las llaves.

¡Sonaba un teléfono! Su timbre chillón se oiría fuera de las paredes de cristal de la pequeña casa. *Si hay un control telefónico conozco la rutina. Un capitán del Kuomintang.* Bourne se levantó, cogió el aparato, se agachó y extendió los dedos sobre el micrófono.

—*Jing Shan* —dijo con voz ronca—. ¿Sí?

—Hola, mi inquieta mariposa —respondió una voz femenina en lo que Jason identificó como un mandarín poco cultivado—. ¿Cómo están tus pájaros esta noche?

—Bien, pero yo no.

—No pareces tú. ¿Eres Wo, verdad?

—Con un catarro terrible y vómitos y corriendo al retrete cada dos minutos. No me para nada en ningún sitio.

—¿Estarás bien por la mañana? No quiero contagiarme.

Elige a las solitarias, a las feas...

—No querría perder nuestra cita...

—Estarás demasiado débil. Te llamaré mañana por la noche.

—Mi corazón se marchita como flor moribunda.

—¡Mierda!

La mujer colgó.

Mientras hablaba, los ojos de Jason fueron a posarse en una cadena fuertemente enrollada que había en un rincón, y comprendió. En China, donde tanto fallaban las cosas mecánicas, la cadena sería de repuesto para el caso de que la cerradura de la puerta de entrada se negase a cerrar. Encima de la cadena enrollada había un candado ordinario. Una de las llaves del manojó debería irle bien, pensaba Jason mientras metía varias hasta que el candado se abrió de golpe. Cogió la cadena y empezó a salir, pero se detuvo, se volvió y arrancó el teléfono de la pared. Un caso más de mal funcionamiento.

Ya en las puertas de entrada, desenrolló la cadena y volvió a enrollarla entera alrededor de las dos barras centrales, hasta formar una verdadera masa de acero. Juntó cuatro eslabones hasta que formaban un solo espacio abierto, metió la barra curvada del candado y lo cerró. El rollo entero estaba en tensión, y, en contra de lo que suele

creerse, disparar una bala contra aquella masa de duro metal no la partiría; lo más probable era que la bala rebotada matase al que la había disparado o pusiese en peligro las vidas de cuantos estuviesen cerca. Bourne se volvió y echó a andar por el camino central, sin salir de las sombras del borde.

El camino estaba oscuro. El espeso bosque del refugio para aves bloqueaba el resplandor de las luces de entrada, sólo visible en el cielo. Con la pequeña linterna disimulada en la palma en copa de su mano izquierda y el brazo extendido hacia el suelo, Jason podía ver cada dos o tres metros una piedrecilla. Después de encontrar las dos o tres primeras ya sabía lo que debía buscar: pequeños puntos descoloridos en la tierra oscura, a intervalos relativamente iguales. D'Anjou había frotado las piedras, probablemente entre el pulgar y el índice, lo más fuerte que había podido para quitarles la mugre del aparcamiento y transmitirles algo de la grasa de su carne, de modo que destacasen. El maltrecho Eco no había perdido su presencia de ánimo.

De pronto aparecieron dos piedras separadas por escasos centímetros. Jason levantó la vista y la esforzó, al leve resplandor de la linterna oculta. Aquellas dos piedras no eran un accidente, sino otra señal. El camino principal continuaba recto, pero el que había tomado el rebaño de prisioneros torcía bruscamente a la derecha. Dos piedras significaban un giro.

Después se produjo un cambio en las distancias relativas entre los guijarros. Estaban cada vez más separados, y cuando ya Bourne pensaba que no habría más, los vio. De repente aparecieron dos en el suelo, que indicaban una nueva intersección. D'Anjou sabía que estaba quedándose sin piedras y había iniciado una segunda táctica, que Jason vio en seguida con claridad. Mientras los prisioneros seguían por el mismo camino, no había piedras, pero cuando tomaban otro un par de ellas indicaban la dirección.

Jason pasó junto a una zona pantanosa, se internó en campos y salió de ellos, oyendo en todas partes el súbito batir de alas y los gritos de las aves perturbadas en su sueño que echaban a volar en el cielo iluminado por la luna. Finalmente, quedaba ya sólo una estrecha senda, que conducía a una especie de pequeño valle...

Jason se detuvo y se apresuró a apagar la linterna. Abajo, a unos treinta metros por la estrecha senda, vio el resplandor de un cigarrillo. Se movía lenta y despreocupadamente arriba y abajo. Había un hombre que fumaba tranquilamente, pero ese hombre estaba allí por algo. Jason estudió las tinieblas que tenía enfrente, porque eran diferentes; puntos de luz parpadeaban de vez en cuando a través del espeso bosque en cuesta del valle. Antorchas, tal vez, porque no había la menor fijeza en aquellas luces que apenas alcanzaba a distinguir. Sí, eran antorchas; lo había

encontrado. Abajo, en el lejano valle, más allá de donde fumaba el centinela, estaba el lugar de reunión.

Bourne se internó en la espesura, por la derecha de la senda. Echó a andar pero se encontró con que las sinuosas cañas eran como redes de pescar, tallos entretejidos por años de vientos erráticos. Separarlas o romperlas provocaría sonidos muy distintos a los normales del refugio. Chasquidos y ruidos como de cremallera no se parecían en nada al súbito batir de alas y los gritos de sus habitantes perturbados. Eran obra del hombre y significaban la presencia de un intruso. Empuñó el cuchillo, deseando que la hoja fuese más larga, y comenzó un viaje que de haber seguido por la senda no le hubiese llevado más de treinta segundos. Ahora le costó casi veinte minutos avanzar en silencio hasta donde pudo ver al centinela.

—¡Dios mío!

Jason contuvo el aliento, ahogando el grito que pugnaba por salir de su garganta. Había resbalado, y la criatura deslizante y silbante que tenía debajo del pie izquierdo medía al menos metro y medio de largo. Se le enroscó a la pierna, y en su pánico Jason la agarró por el cuerpo, separándola de su carne, y la cortó en el aire con el cuchillo. La serpiente se debatió violentamente unos segundos y después sus espasmos cesaron. Estaba muerta, y cayó, flácida, a sus pies. Jason cerró los ojos y se estremeció, dejando que pasase el momento. Volvió a agacharse y se arrastró hasta llegar más cerca del centinela, que encendía otro cigarrillo, o trataba de hacerlo raspando una cerilla tras otra que no prendían. El hombre parecía furioso con su caja de fósforos subvencionada por el gobierno.

—*¡Ma de shizi, shizi!* —murmuró, con el cigarrillo en la boca.

Bourne siguió arrastrándose, cortando las últimas marañas de gruesos tallos hasta que estuvo a dos metros del hombre. Enfundó el cuchillo y volvió a llevarse la mano al bolsillo trasero derecho en busca del garrote. No podía haber una cuchillada mal dada que permitiese un grito; sólo el silencio total, apenas roto por una imperceptible expulsión de aire.

¡Es un ser humano! ¡Un hijo, un hermano, un padre!

Es el enemigo, es nuestro blanco. Eso es lo único que debemos saber. Marie es tuya, no de ellos.

Jason Bourne brotó de entre la hierba mientras el centinela daba la primera chupada. El humo le salió de la boca como una pequeña explosión mientras el garrote, ya en su sitio, cortaba la tráquea y el hombre de guardia caía hacia atrás en el sotobosque con su cuerpo flácido ya sin vida.

Tras limpiar el alambre ensangrentado, Jason lo sacudió en la hierba, enrolló los

carretes hasta juntarlos y volvió a metérselos en el bolsillo. Arrastró el cadáver al interior del follaje, lejos de la senda, y procedió a registrarlo. Lo primero que encontró fue algo que al tacto parecía un grueso fajo de papel higiénico doblado, no tan raro en China, donde el suministro de esa clase de papel fallaba continuamente. Encendió la linterna y, protegiéndola con la mano, comprobó su hallazgo, asombrado. El papel estaba doblado y era suave, pero no higiénico. Era *renminbi*, miles de yuans, los ingresos de varios años de la mayoría de los chinos. El guardián de las puertas, el «capitán del Kuomintang», tenía dinero, algo más de lo que Jason consideraba usual, pero ni con mucho una cantidad así. Lo siguiente fue una cartera. Había fotos de niños, que Bourne se apresuró a dejar en su sitio, un permiso de conducir, un certificado de asignación de vivienda y un documento que proclamaba que su portador era... ¡miembro de las Fuerzas de Seguridad del Pueblo! Jason sacó el papel que había cogido de la cartera del guarda y colocó ambos juntos en el suelo. Eran idénticos. Los dobló y se los metió en el bolsillo. Lo último que encontró era tan extraño como interesante. Se trataba de un pase que daba a su portador acceso a las Tiendas de la Amistad, las que surten a los viajeros extranjeros y están casi prohibidas para los chinos, excepto los más altos funcionarios del gobierno. Quienes quiera que fuesen los hombres que estaban allá abajo, pensó Bourne, formaban un grupo extraño y refinado. Simples subordinados llevaban enormes sumas de dinero, disfrutaban de privilegios oficiales que estaban a años luz de sus puestos y portaban documentos que los identificaban como miembros de la policía secreta. Si eran conspiradores —y cuanto había visto y oído desde Shenzen hasta aquella reserva natural, pasando por la plaza de Tian An Men, parecía confirmarlo— la trama alcanzaba a la jerarquía de Beijing. *¡No hay tiempo! ¡No es asunto tuyo!*

El arma sujeta a la cintura del hombre era, como esperaba, parecida a la que ahora llevaba él en el cinturón y a la pistola que había arrojado al bosque en la puerta de Jing Shan. Se trataba de un arma de superior calidad, y las armas eran símbolos. Un arma sofisticada era una señal de *status* lo mismo que un reloj caro, que podía tener imitadores, pero un ojo avezado conocería en seguida si era legítimo. Uno podía mostrarla para confirmar su *status*, o negarlo presentándola como mero suministro de un ejército que se agencia sus armas en todas las fuentes disponibles en el mundo. Era un modo sutil de reconocerse, algo superior destinado sólo a un círculo de élite. *¡No hay tiempo! ¡No es asunto tuyo! ¡Muévete!*

Jason extrajo las balas, se las echó al bolsillo y tiró el arma al bosque. Se arrastró fuera de la senda y empezó a descender lenta y silenciosamente hacia la luz que veía oscilar más allá del muro de altos árboles.

Era, más que un valle, una especie de enorme pozo excavado en tierra prehistórica, una fractura que databa del período glacial y no se había reducido. Revoloteaban aves por encima, con temor y curiosidad, y las lechuzas ululaban en furiosa disonancia. Bourne se quedó al borde del precipicio y miró abajo por entre los árboles, a la reunión. Un palpitante círculo de antorchas iluminaba el lugar del encuentro. David Webb abrió la boca, con ganas de vomitar, pero la fría orden dictó otra cosa: *Basta. Observa; averigua de qué están tratando.*

Colgado de la rama de un árbol por una cuerda atada a sus muñecas, con los brazos estirados sobre la cabeza y los pies a apenas unos centímetros del suelo, un prisionero se retorció lleno de pánico mientras salían gritos ahogados de su garganta y se veían sus ojos extraviados y suplicantes encima de la boca amordazada.

Un hombre delgado de mediana edad, vestido con una chaqueta Mao y pantalones, estaba de pie frente al cuerpo violentamente retorcido. Su mano derecha extendida empuñaba el mango enjovado de una espada de hoja larga y fina, que sostenía en posición vertical con la punta apoyada en tierra. David Webb reconoció el arma, que en realidad no era tal. Se trataba de la espada ceremonial de un señor de la guerra del siglo XIV, un miembro de una clase de implacables militaristas que destruían pueblos, ciudades y comarcas enteras, y eran incluso sospechosos de oponerse a la voluntad de los emperadores Yuan; de mongoles que no dejaban más que fuego, muerte y gritos infantiles a su paso. La espada era utilizada también en ceremonias mucho menos simbólicas, mucho más brutales que los ritos comunes en las cortes de la dinastía. David sintió que le acometía una oleada de náuseas y aprensión al contemplar la escena.

—¡Escuchadme! —gritó el hombre esbelto que estaba frente al prisionero mientras se volvía para dirigirse a su auditorio. Su voz era aguda, pero deliberada, persuasiva. Bourne no lo conocía, pero le iba a ser difícil olvidar su cara, el pelo gris muy corto, los rasgos demacrados y pálidos, y sobre todo la mirada. Jason no podía distinguir claramente sus ojos, pero le bastó ver cómo reflejaban la luz danzante de las antorchas. También ellos ardían.

—¡Comienzan las noches de la gran espada! —gritó de pronto—. ¡Y continuarán noche tras noche hasta que todos los que se atreven a traicionarnos sean enviados al infierno! Todos estos insectos venenosos han cometido crímenes contra nuestra santa causa, crímenes que conocemos, y que podrían conducir al gran crimen que exige la gran espada. —El orador se volvió al prisionero colgado—. ¡Tú! ¡Dinos la verdad y solamente la verdad! ¿Conoces al occidental?

El prisionero volvió a sacudir espasmódicamente la cabeza, lleno de pánico.

—¡Habló contra la verdadera China! —gritó otro—. ¡Lo oí en el parque Hua Gong, entre los jóvenes!

—¡Y en el café del Xidan Bei!

El prisionero se agitaba convulsivamente, con sus ojos llenos de sorpresa clavados en los reunidos. Bourne empezaba a comprender. Aquel hombre oía una mentira tras otra y no sabía por qué, pero Jason sí. Una especie de tribunal de la Star Chamber, la inquisición británica, celebraba sesión, y alguien que causaba problemas, o sobre quien había dudas, iba a ser eliminado en nombre de un crimen mayor, de la mera posibilidad de que pudiese haberlo cometido. *Comienzan las noches de la gran espada. Noche tras noche...* Era un reinado del terror dentro de un pequeño y sangriento reino situado en el interior de un vasto país en el que habían prevalecido durante siglos los sanguinarios señores de la guerra.

—¿Hizo esas cosas? —gritó el orador de la cara demacrada—. ¿Dijo esas cosas?

Un coro frenético de afirmaciones llenó el valle.

—¡En Tian An Men!

—¡Habló con un occidental!

—¡Nos traicionó a todos!

—¡Provocó un tumulto en la odiada tumba de Mao!

—¡Querría vernos muertos y nuestra causa perdida!

—¡Habla contra nuestros jefes y quiere que los maten!

—Oponerse a nuestros jefes —decía ahora el orador, con voz tranquila pero *in crescendo*— equivale a denigrarlos, y con ello descuidar la atención que uno debe prestar a ese precioso don llamado vida. Cuando tal cosa ocurre, ese don debe ser retirado.

El hombre colgado se agitaba aún más furiosamente, mientras sus gritos se hacían más fuertes y competían con los gemidos de los otros prisioneros, obligados a arrodillarse frente al orador a la vista de la inminente ejecución. Sólo uno se negaba, y trataba continuamente de ponerse en pie con una desobediencia y una falta de respeto insólitos, que le valían ser arrojado continuamente de un golpe al suelo por el guardián más cercano. Era Philippe D'Anjou. Eco estaba enviando otro mensaje a Delta, pero Jason Bourne no lograba entenderlo.

—... Este repugnante y desagradecido hipócrita, este maestro de los jóvenes, al que dimos la bienvenida como hermano a nuestras filas porque creímos lo que decía, tan valerosamente, pensábamos, en contra de los atormentadores de nuestra patria, no es más que un traidor. Sus palabras están vacías. ¡Es un compañero jurado de los vientos traidores y ellos lo llevarían a nuestros enemigos, los atormentadores de la

madre China! ¡Que en su muerte halle la purificación!

El orador, ahora con voz chillona, arrancó la espada de la tierra y la alzó sobre su cabeza.

Y que de este modo su semilla no se esparza —recitó para su capote el profesor David Webb, recordando las palabras del antiguo encantamiento y deseando cerrar los ojos, pero incapaz de hacerlo, pues su otro yo le ordenaba que no lo hiciese—. *Destruimos el pozo del que brota la semilla, rogando a los espíritus que destruyan cuanto haya penetrado ya en la tierra.*

La espada cayó verticalmente, cortando la ingle y los genitales del cuerpo que chillaba y se retorció.

Y para que sus ideas no se extiendan, contagiando a los inocentes y a los débiles, rogamos a los espíritus que las destruyan dondequiera que estén, como nosotros destruimos el pozo del que manan.

La espada se movió horizontalmente, seccionando el cuello del prisionero. El cuerpo retorcido cayó al suelo bajo un chorro de sangre de la cabeza cortada, que el hombre de los ojos de fuego siguió trabajando con su arma hasta que no hubo rostro humano reconocible.

El resto de los aterrados prisioneros inundó la hondonada de gemidos, mientras se arrastraban por el suelo suplicando piedad. Excepto uno. D'Anjou se puso en pie y miró fijamente y en silencio al mesiánico hombre de la espada. Se le acercó uno de los guardianes, y el francés se volvió y le escupió en la cara. El guardián, hipnotizado, quizás enfermo por lo que acababa de presenciar, retrocedió. ¿Qué pretendía Eco? ¿Cuál era el mensaje?

Bourne miró al verdugo de la cara demacrada y el pelo gris cortado a cepillo. Estaba limpiando la larga hoja de la espada con un echarpe de seda blanco mientras sus ayudantes retiraban el cuerpo y lo que quedaba de la cabeza del prisionero. Después señaló hacia una mujer guapa y llamativa, a la que dos guardianes arrastraron hacia la cuerda. Su postura era erguida, desafiante. Delta estudió la cara del verdugo. Bajo los ojos de loco, la fina boca se estiraba hasta no ser más que una rendija. Sonreía.

Pero estaba sentenciado. En algún momento, en algún sitio. Quizás esa misma noche. Era un carnicero, un fanático sanguinario y ciego capaz de hundir a Extremo Oriente en una guerra impensable, China contra China, a la que seguiría el resto del mundo.

¡Esa noche!

Capítulo 27

—Esta mujer es un correo, una de esas personas a quienes entregamos nuestra confianza —continuó el orador, en una escalada gradual de su voz que recordaba a la de un ministro fundamentalista, predicador del evangelio del amor mientras su mirada no se aparta de la obra del demonio—. Esa confianza no fue ganada sino otorgada de buena fe, por ser la esposa de uno de los nuestros, de un valiente soldado, del primogénito de una ilustre familia de la verdadera China. Un hombre que mientras yo hablo ahora arriesga su vida infiltrándose entre nuestros enemigos del Sur. También él le otorgó su confianza... ¡y ella la traicionó, traicionó a ese valiente marido, nos traicionó a todos! ¡No es más que una ramera que se acuesta con el enemigo! Y mientras sacia su lujuria, ¿cuántos secretos ha revelado, cuánto más profunda es su traición? ¿Es ella el contacto del occidental aquí en Beijing? ¿Es quien informa sobre nosotros, quien dice a nuestros enemigos lo que deben buscar, lo que pueden esperar? ¿Cómo si no podría haber llegado este terrible día? Nuestros hombres más experimentados y consagrados tendieron a nuestros enemigos un trampa que los hubiese derribado de un tajo, librándonos de los criminales occidentales que sólo piensan en las riquezas y se arrastran ante los torturadores de China. Nos han informado de que estaba en el aeropuerto esta mañana. ¡En el aeropuerto, donde iba a funcionar la trampa! ¿Entregó su cuerpo lascivo a un hombre consagrado, drogándolo tal vez? ¿Le dijo a su amante qué debía hacer, qué debía decir a nuestros enemigos? ¿Qué ha hecho esta ramera?

El escenario estaba dispuesto, pensó Bourne. Un caso de flagrante desprecio por los hechos y de falsa relación entre ellos que incluso en un tribunal de Moscú haría que el fiscal marioneta fuese enviado de nuevo a la escuela. El reinado del terror dentro de la tribu del señor de la guerra continuaba. *Suprimid a los inadaptados. Encontrad a los traidores. Matad a todo el que pueda serlo.*

Un coro ahogado pero furioso de «¡Ramera!» y «¡Traidora!» salió del auditorio, mientras la mujer atada forcejeaba con los guardianes. El orador alzó los brazos reclamando silencio, que fue inmediato.

—Su amante era un despreciable periodista de la agencia de noticias Xinhua, ese mentiroso y desacreditado órgano del despreciable régimen. Y digo «era» porque desde hace una hora esa repugnante criatura está muerta, de un tiro en la cabeza y degollado, para que todos sepan que también él era un traidor. Yo mismo hablé con el marido de la ramera, le concedí ese honor. Me dijo que hiciese lo que exigen nuestros espíritus ancestrales Y no quiere que se haga ninguna excepción con ella.

—*Aiyaaa!* —Con extraordinaria fuerza y furia, la mujer arrancó la mordaza que llevaba fuertemente atada—. ¡Mentiroso! —gritó—. ¡Asesino entre los asesinos! ¡Mataste a un hombre decente y yo no he traicionado a nadie! ¡Soy yo quien ha sido traicionada! ¡No estaba en el aeropuerto y tú lo sabes! ¡Nunca he visto a ese occidental y lo sabes también! ¡No sabía nada de esa trampa para criminales occidentales, y puedes ver la verdad en mi cara! ¿Cómo iba a saberlo?

—¡Puteando con un fiel servidor de la causa y corrompiéndolo, drogándolo! ¡Ofreciéndole tus pechos y tu mal empleado túnel de corrupción para después negárselos, hasta que las hierbas lo volvieron loco!

—¡Tú sí que estás loco! Dices esas cosas, esas mentiras, porque enviaste a mi marido al Sur y viniste a mí durante muchos días, primero con promesas y después con amenazas. Yo estaba para servirte. ¡Era mi deber, decías! Te acostabas conmigo y averiguabas cosas...

—¡Mujer, eres despreciable! ¡Acudí a ti para rogarte que hicieses honor a tu marido, a la causa, que abandonases a tu amante y pidieses perdón!

—¡Mentira! Eras tú quien recibías a taipanes del Sur enviados por mi marido, hombres que no podían ser vistos cerca de vuestros altos despachos. Venían en secreto a las tiendas que había debajo de mi piso, el piso de una supuesta viuda honorable, ¡otra mentira que nos legaste a mí y a mi hija!

—¡Ramera! —chilló con ojos extraviados el hombre de la espada.

—¡Tus mentiras son más profundas que los lagos del Norte! —exclamó la mujer—. ¡Lo mismo que tú, mi marido tiene muchas mujeres y no le importo nada! ¡Me pega y tú me dices que está en su derecho, porque es un gran hijo de la verdadera China! Llevo mensajes de una ciudad a otra, que si me los encontrasen me acarrearían la tortura y la muerte, y a cambio recibo sólo desprecio; nunca me pagan ni los billetes de ferrocarril ni el yuan que dejo de ganar en mi lugar de trabajo, porque tú me dices que es mi deber. ¡Cómo va a comer mi hija, la hija que tu gran hijo de China apenas reconoce, porque sólo quería hijos!

—Los espíritus no han querido concederte hijos, sólo mujeres, trayendo la desgracia a una gran casa china. ¡Tú eres la traidora! ¡Fuiste al aeropuerto y hablaste con nuestros enemigos, permitiendo escapar a un gran criminal! Nos esclavizarías durante mil años...

—¡Y vosotros nos convertiríais en vuestro ganado durante diez mil!

—Mujer, no sabes lo que es la libertad.

—¿Libertad? ¿De tu boca? Me dices, nos dices, que nos devolverás las libertades que tenían nuestros mayores en la verdadera China; pero ¿qué libertades, mentiroso?

¿La libertad que exige una obediencia ciega, que le quita el arroz a mi hija, una hija a quien desprecia un padre que sólo cree en los señores, de la guerra o de la tierra? *Aiya!* —La mujer se volvió hacia los reunidos, dando la espalda al orador—. ¡Vosotros! —gritó—. ¡Todos vosotros! No os he traicionado, ni a nuestra causa, pero sí he aprendido muchas cosas. ¡No era todo como dice este gran mentiroso! ¡Hay mucho dolor y muchas restricciones, como todos sabemos, pero también los había antes! Mi amante no era un hombre malo, no era un ciego seguidor del régimen, sino un hombre instruido, un hombre amable, ¡y creía en la China eterna! ¡Quería las mismas cosas que nosotros! Sólo pedía tiempo para corregir los males de los que se han contagiado los viejos de los comités que nos dirigen. Habrá cambios, me decía; algunos nos están mostrando el camino... ¡Ahora! ¡No permitáis que el mentiroso me haga esto! ¡No permitáis que os lo haga a vosotros!

—¡Ramera! ¡Traidora! —La hoja describió una curva en el aire y decapitó a la mujer. Su cuerpo se derrumbó a la izquierda, su cabeza a la derecha, bajo un doble géiser de sangre. El orador mesiánico bajó la espada y se entretuvo en cortar los restos, pero el silencio que había caído sobre los asistentes era espeso, imponente. Se detuvo; había perdido impulso. Lo recuperó rápidamente—. ¡Que los espíritus ancestrales le concedan la paz y la purificación! —gritó, mientras sus ojos iban deteniéndose a mirar fijamente a cada miembro de la congregación—. Porque no he puesto fin a su vida por odio, sino por compasión a su debilidad. Encontrará paz y perdón. Los espíritus comprenderán, ¡pero nosotros debemos comprender aquí, en la patria! ¡No podemos desviarnos de nuestra causa, hemos de ser fuertes! ¡Debemos...!

Bourne tenía ya suficiente de aquel loco. Era el odio encarnado. Y era hombre muerto. En algún momento, en algún lugar. Tal vez esa noche... ¡Si era posible, esa misma noche!

Delta desenfundó el cuchillo y avanzó hacia la derecha, arrastrándose por entre el espeso bosque medusiano, con el pulso extrañamente tranquilo y un furioso núcleo de certeza creciéndole dentro. David Webb se había evaporado. Había tantas cosas que no podía recordar de aquellos días nebulosos y lejanos... Pero había también muchas que volvían a él. Los detalles eran confusos, pero no sus instintos. Lo dirigían los impulsos, y se sentía al unísono con la autoridad del bosque. La jungla no era un adversario; por el contrario, era su aliada, pues ya lo había protegido otras veces, lo había salvado antes, en aquellos lejanos y desordenados recuerdos. Los árboles, las lianas y el sotobosque eran amigos suyos, y se movía entre ellos y en torno a ellos como un gato salvaje, con pie seguro y sigiloso.

Volvió a la izquierda, por encima del antiguo valle, e inició el descenso sin perder

la vista del árbol donde el asesino tan despreocupadamente se erguía. El orador había vuelto a cambiar de estrategia para tratar con su congregación. Había abandonado algo tan costoso como era tratar de atormentar a otra mujer, un espectáculo que todo hijo de madre encontraba cercano a la locura, con independencia de cualquier causa terrenal. Había que borrar de las mentes los apasionados alegatos de una prisionera muerta y mutilada. El orador, maestro en su oficio —en su arte—, sabía cuándo volver al evangelio del amor, omitiendo momentáneamente a Lucifer. Sus ayudantes habían retirado rápidamente las pruebas de aquella muerte violenta, y la otra mujer fue convocada con un movimiento de la espada ceremonial. No tendría más de dieciocho años, y era una muchacha bonita, que vomitaba entre lágrimas mientras la arrastraban.

—No hace falta que llores ni que te pongas mala —dijo el orador con su voz más paternal—. Siempre fue nuestra intención perdonarte la vida, porque se te pidió que llevases a cabo deberes superiores a tu competencia y a tu edad, y se te dio el privilegio de conocer secretos que excedían a tu comprensión. Muchas veces la juventud habla cuando debería callar. Has sido vista en compañía de dos hermanos de Hong Kong, pero no hermanos tuyos; hombres que trabajan para la ignominiosa Corona inglesa, ese gobierno débil y decadente que vendió la patria a nuestros atormentadores. Ellos te daban chucherías, bonitos dijes y rojo para labios y perfume francés de Kowloon. Veamos, niña, ¿qué les diste tú?

La muchacha, tosiendo histéricamente vomitó por entre la mordaza, sacudió furiosa la cabeza, mientras corrían por su cara las lágrimas.

—¡Su mano estaba debajo de una mesa, entre las piernas de un hombre, en un café del Guangquem! —gritó un acusador.

—¡Era uno de esos cerdos que trabajaban para los británicos! —añadió otro.

—La juventud es propensa a excitarse —dijo el orador, mirando a los que habían hablado con ojos feroces, como ordenándoles silencio—. En nuestros corazones hay perdón para esa exuberancia juvenil, para esa excitación, siempre que no forme parte de ella la traición.

—¡Estaba en la puerta de Qian Men...!

—¡No estaba en Tian An Men! ¡Yo, personalmente, lo he comprobado! —gritó el hombre de la espada—. Vuestra información es errónea. La única pregunta que queda es muy sencilla. ¡Niña! ¿Hablaste de nosotros? ¿Pudieron tus palabras haber sido llevadas a nuestros enemigos de aquí o del Sur?

La muchacha se retorció en el suelo, agitándose frenéticamente atrás y adelante para negar la acusación.

—Acepto tu inocencia como lo haría un padre, pero no tu falta de sentido,

pequeña. Eres demasiado libre en tus relaciones, en tu amor por las chucherías. Cuando eso no está a nuestro servicio, puede ser peligroso.

La muchacha fue puesta bajo la custodia de un miembro de mediana edad del coro, un tipo obeso y pagado de sí mismo, para ser sometida a «instrucción y meditación reflexiva». A juzgar por la expresión de la cara de aquel hombre, era evidente que su mandato iba a comprender muchas cosas más que las prescritas por el orador. Y cuando hubiese acabado con ella, una niña —sirena que había sonsacado secretos para la jerarquía de Beijing cuyos miembros exigían chicas jóvenes creyendo que esas relaciones, como había decretado Mao, prolongaban la vida—, desaparecería.

Dos de los tres chinos restantes fueron realmente sometidos a juicio. La acusación inicial era de traficar con drogas, a lo largo del eje Shanghai-Beijing. Sin embargo su delito no era el de distribuir esas drogas, sino el de apropiarse de parte de los beneficios y depositar enormes sumas de dinero en cuentas personales de diferentes bancos de Hong Kong. Varios de los presentes se adelantaron para corroborar las pruebas condenatorias, afirmando que como distribuidores secundarios habían dado a los dos «patrones» grandes sumas nunca registradas en los libros secretos de la organización. Ésa fue la acusación inicial, pero no la más grave. Ésta llegó con el agudo sonsonete del orador.

—Fuisteis al Sur, a Kowloon, una vez, dos, a menudo tres veces al mes. El aeropuerto de Kai-tak... ¡Tú! —gritó el fanático de la espada señalando al prisionero que tenía a su izquierda—. Volviste en avión esta tarde. Estabas anoche en Kowloon. ¡Anoche! ¡En Kai-tak! ¡Fuimos traicionados anoche en Kai-tak! —El orador avanzó amenazadoramente, saliendo de la luz de las antorchas, hasta los dos hombres arrodillados enfrente—. Vuestra devoción por el dinero supera la que sentís por nuestra causa —entonó como un patriarca apenado pero furioso—. Hermanos de sangre y de latrocinio. Hace ya muchas semanas que sabemos por qué había tanta ansiedad en vuestra codicia. Vuestro dinero tenía que multiplicarse como las ratas en pútridas alcantarillas, de modo que acudisteis a las tríadas criminales de Hong Kong. ¡Qué emprendedores, qué industriosos y qué estúpidos! ¿Pensáis que ciertas tríadas son desconocidas para nosotros o nosotros para ellas? ¿Creéis que no hay zonas en las que nuestros intereses convergen? ¿Creéis que tienen menos desprecio por los traidores que nosotros?

Los dos hermanos atados se arrastraron por el polvo y se alzaron de nuevo de rodillas, implorantes, negando con sacudidas de cabeza. Sus gritos ahogados eran súplicas para ser oídos, para que les dejasen hablar. El orador se acercó al prisionero de la izquierda y tiró de su mordaza hacia abajo, de modo que la cuerda le arañó la

carne.

—¡No hemos traicionado a nadie, gran señor! —exclamó el hombre apenas tuvo la boca libre—. ¡Yo no traicioné a nadie! Estaba en Kai— tak, sí, pero sólo entre la gente. ¡Para observar, señor! ¡Para alegrarme!

—¿Con quién hablaste?

—¡Con nadie, gran señor! Ah, sí, con el empleado. Para confirmar mi vuelo de la mañana siguiente, señor; eso fue todo. Lo juro por los espíritus de nuestros antepasados. De los de mi joven hermano y míos, señor.

—El dinero. ¿Qué hay del dinero que robasteis?

—No lo robamos, gran señor. ¡Lo juro! Creímos en nuestros orgullosos corazones, a los que ha hecho orgullosos nuestra causa, que podríamos utilizar ese dinero en beneficio de la verdadera China. ¡Hasta el último yuan de ganancia iba a ser devuelto a la causa!

Los reunidos gritaron su respuesta. Lanzaron a los prisioneros silbidos burlones y los gritos de traición y robo formaron una doble temática que llenó la hondonada. El orador alzó los brazos reclamando silencio, y los gritos fueron calmándose.

—Que corra la voz —dijo lentamente, con fuerza creciente—. Los de nuestro bando, en constante aumento, que puedan abrigar ideas de traición queden advertidos. No tendremos compasión, porque no la hubo con nosotros. Nuestra causa es recta y pura, y el mero pensamiento de traición resulta abominable. Haced correr la voz. No sabéis dónde estamos ni quiénes somos, si el burócrata de un ministerio o un miembro de la policía de seguridad. Estamos en todas partes y en ninguna. Quienes vacilan y dudan son hombres muertos. El juicio de estos perros venenosos ha terminado. Ahora os toca a vosotros, hijos míos.

El veredicto fue rápido y unánime: culpables de lo primero, y tal vez de lo segundo. La sentencia: uno de los hermanos moriría, y el otro viviría para ser escoltado hasta Hong Kong, a fin de recuperar el dinero. La elección sería decidida mediante el rito secular del *yi zang li*, literalmente «un solo funeral». Se dio a cada hombre un cuchillo idéntico, con hoja de sierra y el filo de una navaja de afeitar. La zona de combate era un círculo de diez pasos de diámetro. Los dos hermanos se situaron frente a frente, y el salvaje ritual dio comienzo cuando uno de ellos se lanzó desesperadamente al ataque y el otro lo esquivó y le marcó la cara con la hoja.

El duelo dentro del círculo mortal y las primitivas reacciones de la audiencia ante él tapaban cualquier ruido que pudiese hacer Bourne en su decisión de actuar rápidamente. Bajó corriendo por entre la maleza, quebrando ramas y cortando las altas hierbas entrelazadas, hasta que estuvo a pocos metros del árbol donde se hallaba su

doble, el asesino. Volvería y se situaría aún más cerca, pero primero era D'Anjou. Eco debía saber que estaba allí.

El Francés y el último de los prisioneros chinos estaban fuera y a la derecha del círculo, flanqueados por sus guardianes.

Jason avanzó arrastrándose mientras los reunidos lanzaban insultos y gritos de ánimo a los gladiadores. Ambos estaban ya cubiertos de sangre, y uno de ellos acababa de lanzar un golpe casi fatal, pero la vida con la que quería terminar no se rendía. Bourne estaba a no más de tres metros de D'Anjou. Palpó el suelo a su alrededor y cogió una rama caída. Aprovechando otro rugido del enloquecido público, la partió por dos sitios. Arrancó las hojas de los tres trozos que tenía en la mano y los convirtió en varas manejables. Apuntó y lanzó la primera, manteniendo baja la trayectoria. Fue a caer cerca de las piernas del Francés. La segunda le golpeó detrás de las rodillas. D'Anjou afirmó dos veces con la cabeza, dándose por enterado de la presencia de Delta. Después hizo algo extraño: empezó a mover lentamente la cabeza atrás y adelante. Trataba de decirle algo. De pronto, la pierna izquierda de D'Anjou se dobló y el Francés cayó al suelo. El guardián que tenía a su derecha le hizo incorporarse con rudeza, pero el hombre tenía fija su atención en el sangriento combate que se desarrollaba dentro del círculo del funeral único.

Eco volvió a sacudir la cabeza lenta, deliberadamente, y después la mantuvo firme y mirando fijamente a su izquierda, con los ojos clavados en el asesino, que se había separado del árbol para observar el combate mortal. Después volvió la cabeza una vez más, ahora mirando al loco de la espada.

D'Anjou volvió a derrumbarse, pero esta vez se esforzó por ponerse en pie antes de que el guardián pudiese tocarlo. Mientras se levantaba, movió sus delgados hombros atrás y adelante. Respirando profundamente, Bourne cerró los ojos, en el único instante de pena que podía permitirse. El mensaje era claro. Eco estaba quitándose de en medio, diciendo a Delta que fuese tras el asesino y, de paso, matase al carnicero evangélico. D'Anjou sabía que estaba demasiado maltratado, demasiado débil para tomar parte en una fuga. Sólo sería un impedimento, y el impostor venía antes, Marie venía antes. La vida de Eco había terminado, pero tendría su recompensa con la muerte del carnicero loco, del fanático que sin duda iba a quitarle la vida a él.

Un grito ensordecedor llenó la hondonada, y después se hizo bruscamente el silencio. Bourne volvió de golpe la cabeza a la izquierda, donde se alcanzaba a ver más allá de la fila de espectadores. Lo que vio era tan repugnante como lo ya visto durante los pasados minutos de violencia. El orador mesiánico había hundido su espada ceremonial en el cuello de uno de los combatientes, y la arrancó mientras el

cuerpo ensangrentado agonizaba entre estertores y quedaba tendido en el suelo. El ministro del crimen alzó la cabeza y habló.

—¡Cirujano!

—¿Sí, señor? —dijo una voz entre la gente.

—Atiende al sobreviviente. Remiéndalo lo mejor que puedas para su inminente viaje al Sur. Si hubiera dejado que esto continuase, acabarían los dos muertos y se esfumaría nuestro dinero. Estas familias tan estrechamente unidas traen años de odio al *yi zang li*. Llévate a su hermano y arrójalo a los pantanos con los demás. Todos ellos serán dulce carroña para las aves que saben apreciarla.

—Sí, señor.

Un hombre con un botiquín negro salió al círculo ahora polvoriento, mientras se llevaban el cuerpo muerto y aparecía una camilla raída desde la oscuridad del extremo más alejado de los espectadores. Todo había sido planeado, considerado. El médico administró una inyección hipodérmica en el brazo al hermano quejumbroso y cubierto de sangre, a quien llevaron fuera del círculo de la muerte fraterna. El orador limpió su espada con un nuevo paño de seda y señaló con la cabeza a los dos prisioneros restantes.

Bourne vio con asombro cómo el chino que estaba junto a D'Anjou se desataba con calma las muñecas, se llevaba la mano a la nuca y soltaba la tira de tela y cuerda que supuestamente mantenía su boca abierta e incapaz de otro sonido que quejidos ahogados. El hombre se acercó al orador y habló en voz alta, dirigiéndose a la vez a su jefe y a la multitud de seguidores.

—No dice nada ni revela nada, pero habla bien el chino y ha tenido muchas oportunidades de hablar conmigo antes de que subiéramos al camión y nos pusieran las mordazas. Incluso entonces me comuniqué con él aflojando la mía y ofreciéndome a hacer otro tanto con la suya. Se negó. Es obstinado y de un valor corrupto, pero estoy seguro de que sabe lo que no quiere decirnos.

—*Tong ku, tong ku!*

Salieron gritos salvajes de los reunidos, pidiendo tortura, a los que se añadían instrucciones para circunscribir la zona y el dolor a infligir a los testículos del occidental.

—Es viejo y frágil y perderá el sentido, como ya le ha ocurrido —advirtió el falso prisionero—. Por tanto sugiero lo siguiente, con el permiso de nuestro jefe.

—Si hay posibilidad de éxito, haz lo que quieras —dijo el orador.

—Le hemos ofrecido la libertad a cambio de esa información, pero no confía en nosotros. Lleva demasiado tiempo tratando con los marxistas. Propongo llevar a

nuestro renuente aliado al aeropuerto de Beijing y utilizar mi puesto para conseguirle pasaje en el primer avión a Kai-tak. Lo pasaré por inmigración, y lo único que tendrá que hacer para subir a ese avión con su billete es darme la información. ¿Hay mayor demostración de confianza? Estaremos en medio de nuestros enemigos, y si su conciencia está tan ofendida, sólo tiene que alzar la voz. Ha visto y oído más que cualquier persona que saliera nunca viva de nuestras manos. Con el tiempo podemos convertirnos en verdaderos aliados, pero primero ha de haber confianza.

El orador estudió la cara del provocador, y después trasladó su mirada a D'Anjou, que, erguido y atisbando con sus ojos hinchados, escuchaba con gesto inexpresivo. Después el hombre de la espada ensangrentada se volvió y se dirigió al asesino, que seguía junto al árbol, hablando de pronto en inglés.

—Hemos ofrecido a este insignificante manipulador perdonarle la vida si nos dice dónde podemos encontrar a su camarada. ¿Estás de acuerdo?

—El Francés os mentirá —dijo el asesino con marcado acento británico, adelantándose.

—¿Con qué fin? —preguntó el orador—. Tiene su vida, su libertad, y siente muy poca o ninguna consideración por los demás. Todo su expediente lo prueba.

—No estoy seguro. Trabajaron juntos en una unidad llamada Medusa. Hablaba de ello continuamente. Tenían normas, claves, puede decirse. Mentirá.

—La infame Medusa se componía de desechos humanos, de hombres capaces de matar a sus hermanos en el campo si con eso salvaban la vida.

El asesino se encogió de hombros.

—Me ha pedido mi opinión —dijo—. Es la que ha oído.

—Preguntemos a aquel a quien estamos dispuestos a ofrecer clemencia. —El orador volvió a hablar en mandarín, dando órdenes, mientras el asesino volvía junto al árbol y encendía un cigarrillo. Trajeron a D'Anjou—. Desatadle las manos; no va a ir a ninguna parte. Y quitadle la cuerda de la boca. Dejémosle que hable. Demostradle que podemos dar... confianza, lo mismo que otros aspectos menos atractivos de nuestro carácter.

D'Anjou sacudió las manos a ambos costados y después levantó la derecha y se frotó la boca.

—Su confianza es tan compasiva y convincente como su trato a los Prisioneros —dijo en inglés.

—Lo olvidé. —El orador alzó las cejas—. Entonces, ¿nos entendió?

—Algo más de lo que piensa —replicó Eco.

—Bien. Prefiero hablar inglés. En cierto sentido, éste es un asunto entre nosotros.

—No hay nada entre nosotros. Nunca he querido tratos con locos. Son tan imprevisibles... —D'Anjou miró al asesino, que seguía junto al árbol—. Por supuesto, he cometido errores. Pero no sé por qué creo que uno de ellos va a ser rectificado.

—Puede vivir —dijo el orador.

—¿Por cuánto tiempo?

—Pasará de esta noche. El resto es cosa suya; depende de su salud y su capacidad.

—No. Todo terminará cuando baje de ese avión en Kai-tak. No fallarán como anoche. No habrá fuerzas de seguridad, ni limusinas a prueba de balas; sólo un hombre que entra o sale de la terminal y otro con una pistola con silenciador o un cuchillo. Como ha dicho mi poco convincente colega «prisionero», he estado aquí esta noche. He visto, he oído, y lo que he visto y oído me señala para la muerte. A propósito: si se pregunta por qué no he confiado en él, dígame que era demasiado obvio, demasiado ansioso. Y esa mordaza que de pronto se afloja... ¡Por favor! Nunca podría ser discípulo mío. Como usted, tiene palabras untuosas, pero es fundamentalmente estúpido.

—¿Como yo?

—Sí, y en su caso no hay excusa. Es usted un hombre culto, viajero por todo el mundo; se nota cuando habla. ¿Dónde se matriculó? ¿Fue en Oxford o en Cambridge?

—En la London School of Economics —dijo Sheng Chou Yang, incapaz de contenerse.

—Bien hecho; *the school tie*, que dicen los ingleses. Pero a pesar de todo está vacío, no es más que un payaso. Usted no es un maestro, ni siquiera un estudiante. Sólo un fanático sin sentido de la realidad. Es usted un bufón.

—¿Se atreve a decirme eso a mí?

—*Fengzi* —dijo Eco, volviéndose a los reunidos—. *Shenjing bing!* —añadió, riéndose, explicándoles que estaba hablando con un tipo que estaba como una regadera.

—¡Cállese!

—*Wei shemme?* —continuó el debilitado Francés, preguntando *¿por qué?* e incluyendo a todos los presentes, pues hablaba en chino—. Está llevando a esa gente a la inconsciencia con sus lunáticas teorías de convertir el plomo en oro ¡o el orín en vino! Pero, como dijo esa desgraciada mujer, ¿el oro de quién, el vino de quién? ¿De usted o de ellos?

D'Anjou señaló a los reunidos.

—¡Se lo advierto! —gritó Sheng en inglés.

—¡Ya lo veis! —exclamó Eco en mandarín—. ¡No quiere hablar conmigo en vuestra lengua! ¡Se oculta de vosotros! Ese hombrecillo de patas larguiruchas, ¿llevará el espadón para sustituir lo que le falta en otro sitio? ¡Corta con él a las mujeres porque no tiene con qué hacerles nada más? ¡Y mirad esa cabeza de globo con la ridícula parte de arriba plana!

—¡Basta!

—... y los ojos de niño feo, chillón y desobediente! Como os digo, no es más que un bufón. ¿Por qué entregarle vuestro tiempo? ¡Él no va a daros a cambio más que meadas, no vino!

—Yo en su lugar me callaría —dijo Sheng, adelantándose con su espada—. Van a matarlo antes de que lo haga yo.

—Lo dudo —respondió D'Anjou en inglés—. La rabia le tapa los oídos, don Charlatán. ¿No ha notado ya un par de risitas disimuladas? Yo sí.

—*¡Gou le!* —rugió Sheng Chou Yang, ordenando a Eco guardar silencio—. Va a darnos la información que necesitamos— continuó, en un chino gritón que era el ladrido de un hombre acostumbrado a ser obedecido—. ¡Se acabaron los juegos y no voy a tolerarlo más! ¿Dónde está el hombre que trajo de Macao?

—Allí —dijo D'Anjou, señalando con la cabeza hacia el asesino.

—¡El no! El que vino antes. ¡Ese loco al que sacó de la tumba para vengarse! ¿Dónde es vuestra cita? ¿Dónde os encontráis? ¿Dónde está vuestra base aquí en Beijing?

—No hay cita —respondió Eco, volviendo al inglés—, ni base de operaciones, ni planes para encontrarnos.

—¡Los había! Ustedes se preocupan siempre de lo contingente, de las emergencias. ¡Gracias a ello sobreviven!

—Sobrevivíamos. Tiempo pasado, me temo.

Sheng alzó su espada.

—O nos lo dice o muere... de una manera desagradable, monsieur.

—Le diré algo. Si él pudiese oír mi voz, le explicaría que es a usted a quien debe matar, porque es el hombre que pondrá a toda Asia de rodillas y hará que millones de personas se ahoguen en la sangre de sus hermanos. Comprendo que tiene que atender a sus propios asuntos, pero yo le diría, con mi último aliento, que usted debe ser parte de esos asuntos. Le diría que actuase. ¡En seguida!

Bourne, hipnotizado por la actuación de D'Anjou, se estremeció como si le hubiesen golpeado. ¡Eco estaba enviándole una última señal! *¡Actúa! ¡Ahora!* Jason se llevó la mano al bolsillo delantero izquierdo y sacó su contenido mientras se

arrastraba rápidamente por el bosque, más allá de la zona donde se escenificaban los salvajes rituales. Encontró una gran piedra que sobresalía varios pies del suelo. Detrás de ella el aire estaba en calma, y el tamaño era más que suficiente para ocultar su trabajo. Cuando lo iniciaba pudo oír la voz de D'Anjou, débil y trémula, pero aún así desafiante. Eco estaba encontrando recursos dentro de sí no sólo para enfrentarse a sus últimos momentos, sino también para proporcionar a Delta los minutos preciosos que necesitaba.

—... ¡No tenga prisa, *mon général* Gengis Khan, o quien sea! Soy un viejo y sus secuaces han hecho bien su trabajo. Como bien ha dicho, no voy a ir a ninguna parte. Tampoco estoy seguro de que me importe a dónde piensa enviarme. No fuimos lo bastante listos para darnos cuenta de la trampa que nos había preparado; de lo contrario no nos habríamos metido en ella. De modo que, ¿por qué piensa que sí lo fuimos para concertar una cita?

—Porque se metieron en ella —dijo con calma Sheng Chou Yang—. Siguieron, *él* siguió, al hombre de Macao hasta el mausoleo. Ese loco esperaba salir, y las contingencias incluirían tanto el caos como el volver a reunirse.

—A primera vista su lógica parece incontestable...

—¿*Dónde?* —exclamó Sheng.

—¿Qué gano a cambio?

—¡Su vida!

—¡Ah, sí, ya me habló de eso!

—Se le acaba el tiempo.

—¡Yo sabré cuándo, monsieur!

Un último mensaje. Delta comprendió.

Bourne encendió una cerilla, ocultando la llama entre las manos, y prendió la fina vela de cera, que tenía la mecha ligeramente hundida en el extremo. Se arrastró rápidamente, internándose más en el bosque, mientras desenrollaba la cuerda atada a los petardos. Cuando llegó al final, volvió hacia el árbol.

—... ¿Qué garantía tengo de mi vida? —persistía Eco, disfrutando perversamente, como un maestro de ajedrez que planease su propia muerte inevitable.

—La verdad —replicó Sheng—. Es cuanto necesita.

—Pero mi ex discípulo le ha dicho que mentiré, como usted ha mentido a lo largo de esta noche. —D'Anjou hizo una pausa y repitió su afirmación en mandarín—. *Li au jie?* —dijo a los presentes, preguntándoles si comprendían.

—¡Cállese!

—Se repite sin parar. Realmente debe aprender a dominarse. Es una costumbre tan

cansada...

—¡Mi paciencia se ha acabado! ¿Dónde está su loco?

—En eso a lo que usted se dedica, *mon general*, la paciencia no es sólo virtud sino necesidad.

—¡Ya está bien! —exclamó el asesino, dando un salto desde las cercanías del árbol que asombró a todos—. ¡Son sólo pretextos! Está jugando con usted. ¡Lo conozco!

—¿Por qué razón? —preguntó Sheng, con la espada preparada.

—No lo sé —dijo el comando británico—. ¡Sólo que no me gusta, y eso es razón suficiente para mí!

A unos tres metros detrás del árbol, Delta miró la esfera de radio de su reloj, concentrándose en la manecilla de los segundos. Había calculado en el coche lo que tardaría la vela en quemarse, y ya era tiempo. Cerrando los ojos, y rogando no sabía a quién, cogió un puñado de tierra y lo lanzó muy alto, haciéndole describir un arco que fue a dar a la derecha de D'Anjou. Al oír las primeras gotas del chaparrón, Eco alzó la voz cuanto pudo.

—¿Tratar con usted? —gritó—. ¡Antes trataría con el arcángel de las tinieblas! Puede que todavía tenga que hacerlo, pero también puede que no, porque un Dios misericordioso sabrá que usted ha cometido pecados muy superiores a cualquiera de los míos, y dejo este mundo sin querer otra cosa que llevármelo conmigo. Aparte su repugnante brutalidad, *mon général*, no es usted más que un pelmazo fatuo y vacío, una broma cruel infligida a su pueblo. ¡Venga a morir conmigo, general Dung!^[3]

Con sus últimas palabras, D'Anjou se lanzó contra Sheng Chou Yang, le clavó las uñas en la cara y escupió en sus ojos de asombro. Sheng dio un salto atrás, esgrimió la espada ceremonial y la dejó caer sobre la cabeza del Francés. Fue todo muy rápido, por suerte para Eco.

En ese momento llenó la hondonada un *staccato* de petardos, que resonó en el bosque y fue creciendo en intensidad ante la sorpresa y el pavor de los reunidos, que se arrojaban al suelo o corrían a esconderse detrás de los árboles y entre la maleza mientras gritaban llenos de pánico, temiendo por su vida.

El asesino se pegó al tronco del árbol y se acurrucó, pistola en mano. Bourne, con el silenciador acoplado a la suya, se acercó, se puso de pie, apuntó, disparó y arrancó el arma al asesino, a quien le brotó sangre entre el pulgar y el índice. El comando giró en redondo, con los ojos tan abiertos como la boca. Jason disparó de nuevo, y le rozó la mejilla.

—¡Date la vuelta! —ordenó Bourne, aplicando el cañón de su arma en el ojo izquierdo del comando—. ¡Ahora, agarra el árbol! ¡Agárralo! Con los dos brazos y bien apretado. ¡Más fuerte!

Jason oprimió el arma contra la nuca del asesino mientras atisbaba en torno suyo. Algunas de las antorchas clavadas en el suelo habían sido arrancadas y apagadas.

Llegó otra serie de explosiones desde más adentro del bosque, y el pánico hizo que los chinos empezasen a disparar sus armas en dirección a los ruidos. ¡La pierna del asesino se movió! ¡Y su mano derecha! Bourne disparó dos veces contra el árbol. Las balas hicieron saltar la corteza a menos de una pulgada del cráneo del comando, que se agarró al tronco con el cuerpo inmóvil, rígido.

—¡Mantén la cabeza hacia la izquierda! —dijo Jason con voz ronca—. ¡Si vuelves a moverte te la vuelo!

¿Dónde estaba el otro, el asesino maníaco de la espada? Delta se lo debía a Eco. ¿Dónde...? ¡Allí! El hombre de ojos de fanático estaba levantándose del suelo. Miraba a todas partes a la vez, sin cesar de dar órdenes a quien tenía más cerca, y pidió un arma. Jason avanzó desde el árbol y alzó la suya. La cabeza del fanático dejó de moverse. Los ojos de ambos se encontraron. Bourne disparó en el preciso momento en que Sheng tiraba de uno de los guardianes y se lo ponía delante. El soldado se arqueó y su cuello se rompió bajo el impacto de las balas. Sheng sostuvo el cuerpo, utilizándolo como escudo, mientras Jason disparaba dos veces más, haciendo estremecerse al cadáver. ¡No podía matarlo! Quienquiera que fuese el loco, estaba protegido por el cuerpo de un soldado muerto. ¡Delta no podía hacer lo que había dicho Eco que hiciese! El general *Dung* sobreviviría. Perdóname, Eco. *¡No hay tiempo para eso! ¡Actúa! Eco ha muerto... ¡Marie!*

El asesino movió la cabeza, tratando de ver. Bourne oprimió el gatillo y hubo un estallido de corteza en la cara de su prisionero, que se frotó los ojos y sacudió la cabeza, parpadeando para recobrar la visión.

—¡Levántate! —ordenó Jason, cogiendo al comando por el cuello y haciéndolo girar hacia la senda que había abierto en la maleza al bajar corriendo hasta la hondonada—. ¡Vas a venir conmigo!

Aún más dentro del bosque estalló, en una rápida sucesión de salvas superpuestas, una tercera serie de petardos. Sheng Chou Yang gritó histéricamente ordenando a sus seguidores ir en dos direcciones, hacia las cercanías del árbol y adonde se oían las detonaciones. Cesaron las explosiones mientras Bourne empujaba a su prisionero hacia la espesura y le ordenaba echarse boca abajo, con su pie sobre la nuca. Jason se agachó, tanteando el terreno, recogió tres piedras y las lanzó al aire una tras otra más

allá de los hombres que registraban la zona en torno al árbol, cada una más lejos que la anterior. La diversión produjo su efecto.

—*Nati!*

—*Shu ner!*

—*Bu! Caodi ner!*

Empezaron a avanzar, con las armas dispuestas, y algunos se precipitaron hacia adelante, internándose en la maleza. Se les unieron otros, mientras estallaba la cuarta y última salva de cohetes. A pesar de la distancia, el ruido era aún más fuerte que en las explosiones anteriores. Era la etapa final, el punto culminante de la exhibición, más largo y retumbante que los estallidos que lo habían precedido.

Delta sabía que en adelante el tiempo iba a medirse en minutos, y si alguna vez un bosque fue su amigo tenía que serlo éste, ahora. Dentro de unos instantes, de segundos quizás, aquellos hombres encontrarían las vainas rotas de los petardos esparcidas por el suelo y la distracción táctica quedaría al descubierto. Seguiría una carrera masiva e histérica hacia la salida.

—*¡Muévete!* —ordenó Bourne, cogiendo al asesino por el pelo para incorporarlo y empujándolo hacia adelante—. Recuerda, bastardo, que no conoces ni un solo truco que yo no haya perfeccionado, y eso compensa la diferencia de edad. Miras a donde no debes, tienes dos agujeros de bala por órbitas. *¡Muévete!*

Mientras corrían por la accidentada senda a través de la espesura, Bourne se llevó la mano al bolsillo y sacó un puñado de balas. El asesino corría delante de él sin aliento, frotándose los ojos y limpiándose la sangre de la mejilla, y Jason tuvo tiempo de sacar el cargador de su automática, llenarlo y volver a encajarlo en su sitio. Al oír el ruido, el comando volvió la cabeza, pero se dio cuenta de que era demasiado tarde; el arma estaba ya dispuesta. Bourne disparó y le rozó la oreja.

—Ya te previne —dijo, respirando fuerte pero con firmeza—. ¿Dónde lo quieres? ¿En medio de la frente?

Y le apuntó con la automática.

—¡Por Cristo, ese carnicero tenía razón! —exclamó el comando británico agarrándose la oreja—. ¡Estás loco!

—Y tú muerto como no te muevas. ¡Más deprisa!

Llegaron a donde estaba el cadáver del centinela que habían apostado en la senda que bajaba a la hondonada.

—¡Vete a la derecha! —ordenó Jason.

—¿A dónde, coño? ¡No veo!

—Hay una senda. Notarás el vacío. *¡Muévete!*

Una vez en la serie de caminos de tierra del refugio para aves, Bourne mantuvo su automática contra la espina dorsal del asesino, obligándole a correr más y más deprisa. Por un momento volvía David Webb, y un Delta agradecido le dio la bienvenida. Webb era corredor, un corredor feroz, por razones que se remontaban en el tiempo y los recuerdos torturados más allá de Jason Bourne, a la infame Medusa. Los pies corriendo, el sudor y el viento en la cara hacían el vivir diario más fácil para David, y ahora Jason Bourne respiraba con fuerza, pero no jadeaba tanto como el asesino, más joven y más fuerte.

Delta vio el resplandor de la luz en el cielo; las puertas estaban al final de un campo, después de tres caminos oscuros y serpenteantes. ¡Apenas media milla! Disparó un tiro entre las piernas del comando.

—¡Quiero que corras más deprisa! —dijo, dominando la voz para que pareciese que el esfuerzo tenía escaso efecto sobre él.

—¡No puedo! ¡Me falta aire!

—Búscalo.

De repente, oyeron a lo lejos, detrás de ellos, los gritos histéricos de unos hombres a quienes el maníaco que tenían por jefe había ordenado volver a las puertas y encontrar y matar a un intruso tan peligroso que sus mismas vidas y sus fortunas dependían de ello. Habían encontrado los restos de papel de los cohetes y habían llamado por radio sin obtener respuesta de la casa del guarda. ¡Buscadlo! ¡Detenedlo! ¡Matadlo!

—¡Si estás pensando algo, mayor, olvídalo! —aulló Bourne.

—¿Mayor? —dijo con voz entrecortada el comando sin dejar de correr?

—Eres para mí un libro abierto, y lo que he leído me da náuseas. Viste morir a D'Anjou degollado como un cerdo y sonreías, bastardo.

—¡Quería morir! ¡Y quiso matarme!

—Yo sí que voy a matarte si te paras. Pero antes voy a cortarte desde los huevos hasta la garganta tan despacio que desearás haber muerto con el hombre que te creó.

—¿Qué elección tengo? ¡Me matarás de todos modos!

—Tal vez no. Considéralo. Quizá te perdone. ¡Piénsalo!

El asesino corrió más deprisa. Recorrieron el último camino oscuro y salieron al espacio abierto donde estaba la entrada iluminada.

—¡El aparcamiento! —gritó Jason—. ¡Al final a la derecha! —Después se detuvo—. ¡Espera!

El desconcertado asesino se detuvo en su carrera. Jason sacó la linterna y apuntó con su automática. Mientras se acercaba por la espalda al asesino, disparó cinco tiros,

fallando uno. Los focos estallaron. La puerta quedó a oscuras y Bourne clavó su arma en la base del cráneo del comando. Volvió la linterna, enfocándola a un lado de la cara del asesino.

—La situación está dominada, mayor —dijo—. La operación continúa. ¡Muévete, hijo de perra!

Mientras atravesaban a la carrera el oscuro aparcamiento, el asesino tropezó y cayó de bruces en la grava. Jason disparó dos veces al resplandor de su diminuta linterna, y las balas rebotaron cerca de la cabeza del comando, que se levantó y continuó corriendo hasta más allá de los coches y el camión, al final del solar.

—¡La cerca! —dijo Bourne en un fuerte susurro—. Vete hacia ella. —Ya en el borde de la gravilla, dio otra orden—: Ponte a gatas. ¡Y mira al frente! Si te vuelves seré yo lo último que veas. Y ahora ¡arrástrate! —El asesino llegó a la abertura de la cerca—. Métete por ella —dijo Jason, buscando una vez más las balas en su bolsillo y sacando sin ruido el cargador de la automática—. *¡Alto!* —susurró cuando el psicótico ex comando estaba a medio camino. Reemplazó las balas gastadas y metió de golpe el cargador en su cámara—. Es por si estabas contando —dijo—. Ahora pasa por ahí y vete un poco más allá de la cerca. *¡Date prisa!*

Mientras el asesino se arrastraba bajo la alambarrera doblada, Bourne se agachó y empezó a cruzar la abertura pocos centímetros detrás de él. El comando, esperando otra cosa, se dio la vuelta y se puso de rodillas, para darse de cara con la luz de la linterna, cuyo resplandor iluminaba el arma apuntada a su cabeza.

—Yo hubiese hecho lo mismo —dijo Jason, poniéndose de pie—, hubiera pensado lo mismo. Ahora vuelve a la cerca, métete debajo y deja esa parte en su sitio. ¡Rápido!

El asesino hizo lo que le decían, y tiró con esfuerzo del grueso alambre hacia abajo. Casi había concluido cuando habló Bourne.

—Es suficiente, levántate y ven hacia aquí con las manos en la nuca. Ve delante de mí; ábrete camino con los hombros. Tendré la luz sobre tus manos. Si las separas te mato. ¿Está claro?

—¿Crees que voy a estrellarte un brazo en la cara?

—Yo lo haría.

Llegaron a la carretera que pasaba frente a la entrada, ahora fantasmal. Se oían ya más claros los gritos lejanos; el grupo de vanguardia estaba más cerca.

—Por la carretera —dijo Jason—. *¡Corre!* —Tres minutos después encendió la linterna—. *¡Alto!* —gritó—. Ese montón de verde que hay allí. ¿Lo ves?

—¿Dónde? —preguntó el asesino, jadeante.

—Le está dando la luz.

—Son ramas de pino.

—*Quítalas. ¡Date prisa!*

El comando empezó a echar las ramas a un lado, y en seguida apareció el sedán Shanghai negro. Era el momento de sacar la mochila.

—Sigue la luz, a la izquierda del capó.

—¿A dónde?

—El árbol que tiene una muesca blanca en el tronco. ¿Lo ves?

—Sí.

—Delante de él, a unas ocho pulgadas, verás tierra suelta. Debajo hay una mochila. Sácala y dámela.

—Estás hecho un puñetero técnico.

—¿Y tú no?

Sin responder, el ceñudo asesino excavó y sacó la mochila. Con las correas en la mano derecha, se adelantó como para entregársela a su captor. Después, súbitamente, la balanceó y la elevó en diagonal hacia el arma y la linterna de Jason, mientras se abalanzaba sobre él con los dedos extendidos como las garras de un gato furioso.

Bourne estaba preparado. Era el momento exacto que él hubiese aprovechado para conseguir alguna ventaja, por fugaz que fuese, porque eso le daría los segundos que necesitaba para huir a la oscuridad. Retrocedió y estrelló la automática en la cabeza del asesino cuando, con el impulso, pasó por su lado.

Clavó la rodilla en la espalda del comando caído y lo agarró por el brazo mientras sostenía la linterna con los dientes.

—Te previne —dijo, levantando al asesino—. Pero también te necesito, de modo que en vez de tu vida será una pequeña operación quirúrgica.

Puso el cañón de su automática contra el músculo del brazo del asesino y apretó el gatillo.

Hubo una exclamación del comando mientras sonaba aquella especie de escupitajo y brotaba la sangre.

—No hay huesos rotos —dijo Delta—. Sólo tejido muscular, pero puedes olvidarte de hacer esfuerzos con ese brazo. Tienes suerte de que yo sea un tipo compasivo. En esa mochila hay gasa, esparadrapo y desinfectante. Repárate tú mismo, mayor. Después vas a conducir. Serás mi chófer en la República Popular. Estaré en el asiento de atrás con la pistola en tu cabeza, y tengo un plano. Yo en tu lugar no haría ni un giro equivocado.

Doce de los hombres de Sheng Chou Yang llegaron corriendo hasta las puertas,

con sólo cuatro antorchas para todos.

—*Wei shemme? Cuo wu!*

—*Mafan! Feng kuang!*

—*You mao bing!*

—*Wei fan!*

A la vista de los focos apagados, se alzó una docena de voces chillonas que echaban la culpa a todo y a todos, desde la ineficacia a la traición. Entraron en la casa. Ni los interruptores eléctricos ni el teléfono funcionaban, y el guarda no aparecía por ninguna parte. Algunos estudiaron la cadena enrollada a la cerradura de la puerta y dieron órdenes a los demás. Puesto que nadie podía salir, razonaban, los culpables tenían que estar en el refugio.

—*Biao!* —gritó el infiltrado que había hecho de falso prisionero con D'Anjou—. *Quan bu zai zheli!* —Decía a los otros que compartiesen las luces y registrasen el aparcamiento, los bosques de alrededor y los pantanos que había más allá. Los cazadores se diseminaron con sus armas dispuestas, y atravesaron a la carrera la zona de aparcamiento en diferentes direcciones. Llegaron otros siete hombres, de los que sólo uno traía antorcha. El falso prisionero se la pidió y procedió a explicar la situación, con el fin de formar otra partida de búsqueda. Le objetaron que una luz para todos era insuficiente en aquella oscuridad. El organizador, decepcionado, lanzó una sarta de tacos mientras atribuía una increíble estupidez a todos menos a él mismo.

Las llamas danzantes de las antorchas fueron haciéndose más numerosas a medida que los últimos conspiradores llegaban del valle, conducidos por Sheng Chou Yang, que avanzaba a grandes zancadas con la espada ceremonial bailando enfundada a su costado. Le enseñaron la cadena enrollada y le pusieron al tanto de las circunstancias de la infiltración.

—No estáis pensando como es debido —dijo Sheng, exasperado—. ¡Veis las cosas de manera errónea! Esa cadena no fue puesta ahí por uno de los nuestros para mantener al criminal o criminales dentro. ¡La pusieron él o los culpables para retrasarnos, para mantenernos aquí!

—Pero hay demasiados obstáculos...

—¡Estudiados y considerados! —exclamó Sheng Chou Yang—. ¿Es que debo repetirme? Esos tipos son supervivientes. ¡Salvaron la vida en aquel batallón criminal llamado Medusa porque no olvidaban nada! ¡Han salido trepando!

—¡Imposible! —protestó el hombre—. El tubo de arriba y el alambre de espino están electrificados, señor. Cualquier peso de más de treinta libras los activa. De ese modo las aves y otros animales no se electrocutan.

—¡Entonces encontraron la fuente de la corriente y la desconectaron!

—Los interruptores están dentro y a no menos de setenta y cinco metros de la entrada, ocultos en la tierra. Ni siquiera yo sé bien dónde.

—Que suba alguien —ordenó Sheng.

El subordinado miró a su alrededor. No lejos de allí había dos hombres hablando rápidamente en voz baja, y era dudoso que hubiesen oído la acalorada conversación.

—¡Tú! —dijo el joven líder, señalando al hombre de la izquierda.

—¿Señor?

—¡Escala la cerca!

—¡Sí, señor!

El subordinado corrió hasta la cerca y empezó a trepar, agarrándose a los huecos de la alambrada, mientras sus pies trabajaban furiosamente más abajo. Llegó al tubo superior y empezó a encaramarse sobre el alambre de espino enrollado.

—*Aiyaaa!*

Una restallante cascada de electricidad estática fue acompañada por los cegadores rayos blanquiazules de otra que abrasaba. Con el cuerpo rígido y el pelo y las cejas quemados hasta las raíces, el que trepaba cayó hacia atrás y golpeó la tierra con el impacto de una pesada losa. Convergieron las luces. El hombre estaba muerto.

—¡El camión! —chilló Sheng—. ¡Esto es una estupidez! ¡Traed el camión y echad las puertas abajo! ¡Haced lo que os digo! ¡En seguida!

Dos hombres se precipitaron hacia el aparcamiento y a los pocos segundos llenó la noche el rugir del poderoso motor del camión. Chillaron los piñones mientras encontraban la marcha atrás. El pesado camión retrocedió con el chasis dando violentas sacudidas hasta que se detuvo súbitamente. Las ruedas desinfladas giraron y subió humo de la goma quemada. Sheng Chou Yang lo contemplaba con aprensión y furia crecientes.

—¡Los otros! —chilló—. ¡Poned en marcha los otros! ¡Todos!

Uno por uno fueron poniendo en marcha los vehículos, y uno tras otro dieron marcha atrás sólo para traquetear, gruñir y hundirse en la grava, incapaces de moverse. Cheng, frenético, corrió hacia la puerta, sacó una pistola y disparó dos veces contra la cadena enrollada. A su derecha un hombre dio un grito, se llevó las manos a la frente ensangrentada y cayó al suelo. Cheng alzó la cara al cielo nocturno y lanzó un primario rugido de protesta. Después sacó de un tirón su espada ceremonial y empezó a estrellarla una y otra vez contra el cierre encadenado de las puertas.

La hoja se rompió.

Capítulo 28

—Es la casa que tiene un gran muro de piedra —dijo el agente de la CIA Matthew Richards mientras conducía el coche colina arriba por Victoria Peak—. Según nuestra información, hay marines por todas partes, y no me hará ningún bien que me vean contigo.

—Deduzco que quieres deberme unos cuantos dólares más —dijo Alex Conklin, echándose hacia delante para atisbar por el parabrisas—. Eso es negociable.

—¡Es sólo que no quiero verme implicado, por todos los diablos! Y dólares no tengo.

—Pobre Matt, triste Matt. Tomas las cosas demasiado al pie de la letra.

—No sé de qué me estás hablando.

—Tampoco yo estoy seguro de saberlo, pero pasa junto a la casa como si fueses a otro sitio. Ya te diré cuándo debes pararte y dejarme.

—¿Lo harás?

—Bajo ciertas condiciones. Ésos son los dólares.

—Bah, mierda.

—No son difíciles de cumplir y puede que ni siquiera te lo pida. Según yo lo veo, por el momento tendré que estar en reserva y fuera de la vista. En otras palabras, necesito a alguien dentro. Te llamaré varias veces al día para preguntarte si nuestra cita para almorzar o cenar sigue vigente, o si te veré en las carreras de Happy Valley...

—Allí no —le interrumpió Richards.

—Está bien, en el museo de cera; lo que se me ocurra, excepto el hipódromo. Si me dices «No, estoy ocupado», sabré que no me están rodeando. Si dices «Sí», me largaré.

—¡Ni siquiera sé dónde diablos vives! Me dijiste que te recogiese en la esquina de Granville y Carnarvon.

—Sospecho que llamarán a tu unidad para mantener las cosas claras y la responsabilidad donde corresponde. Los británicos insistirán en ello. No van a aceptar darse solos el batacazo si Washington lo echa todo a rodar. Éstos son tiempos delicados para ellos aquí, de manera que procurarán cubrirse sus coloniales espaldas.

Pasaban frente a las puertas, y Conklin estudió la amplia entrada victoriana.

—Te juro, Alex, que no sé de qué me estás hablando.

—Así es mejor. ¿De acuerdo? ¿Serás mi gurú dentro?

—Diablos, sí. Puedo arreglármelas sin los marines.

—Estupendo. Para aquí. Me apearé y volveré andando. Por si a alguien le interesa,

tomé el tranvía al Peak, cogí un taxi que me llevó a una casa que no era y volví andando hasta la dirección correcta, sólo un par de cientos de pies carretera abajo. ¿Eres feliz, Matt?

—Estoy en éxtasis —dijo ceñudo el agente, mientras frenaba.

—Que duermas bien. Ha pasado mucho tiempo desde Saigón, y todos necesitamos descansar más a medida que nos hacemos viejos.

—Me dijeron que eras un borrachuzo. ¿No será verdad?

—Oíais lo que queríamos que oyeseis —replicó Conklin; pero esta vez pudo cruzar los dedos de ambas manos antes de apearse torpemente del coche.

Un breve toque y la puerta se abrió de par en par. Havilland, sobresaltado, vio cómo Edward McAllister entraba rápidamente en la habitación con la cara color ceniza.

—Conklin está en la entrada —dijo el subsecretario—. Pide verlo y dice que estará ahí toda la noche si hace falta. Dice también que si se pone frío hará una hoguera en plena carretera para calentarse.

—Tullido o no, sigue tan fanfarrón —dijo el embajador.

—Esto es algo totalmente inesperado —continuó McAllister, frotándose la sien derecha—. No estamos preparados para enfrentarnos a él.

—Parece que no tenemos elección. Eso de ahí fuera es una vía pública, e intervendrán los bomberos de la colonia si nuestros vecinos se alarman.

—No creo que vaya a...

—Claro que va —le interrumpió Havilland—. Déjalo entrar. Esto no es sólo inesperado, sino extraordinario. No ha tenido tiempo de reunir los datos y organizar un ataque que pueda darle ventaja. Deja ver claramente que está implicado, y, dado su historial en operaciones que van desde secretas hasta negras, no haría una cosa así a la ligera. Es un asunto demasiado peligroso. Fue él en persona quien en cierta ocasión dio la orden de «irrecuperable».

—Podemos suponer que está en contacto con la mujer —dijo el subsecretario, yendo hacia el teléfono que había sobre la mesa del embajador—. ¡Eso le da todos los datos que necesita!

—No. Ella no los tiene.

—Y usted —dijo McAllister, con la mano en el teléfono—. ¿Cómo sabe que debe acudir a usted?

Havilland sonrió.

—Le ha bastado saber que estoy en Hong Kong. Además, hablamos, y estoy seguro que ató cabos.

—Pero ¿y esta casa?

—Nunca nos lo dirá. Conklin es un viejo peón de Extremo Oriente, señor subsecretario, y tiene contactos de los que nosotros no podemos presumir. Y tampoco sabremos lo que lo trae aquí a menos que lo dejen entrar.

—No, no lo sabremos. —McAllister cogió el teléfono y marcó tres cifras—. ¿El oficial de guardia? Deje pasar a mister Conklin, cachéelo y acompañelo personalmente al despacho del ala este... ¿Que él qué?... ¡Hágalo entrar rápidamente, y quiten eso de ahí!

—¿Qué ha pasado? —preguntó Havilland mientras el subsecretario colgaba el teléfono.

—Había empezado a hacer una hoguera al otro lado de la carretera.

Alexander Conklin entró cojeando en la decorada habitación victoriana mientras el oficial de marines cerraba la puerta. Havilland se levantó y rodeó la mesa con la mano extendida.

—¿Mister Conklin?

—Guárdese la mano, señor embajador. No quiero contagiarme.

—Comprendo. ¿Acaso el enfado excluye la cortesía?

—No; es realmente que no quiero coger algo. Como dicen por aquí, es usted *rotten joss*, portador de algo, de una enfermedad, creo.

—¿Y qué puede ser?

—Muerte.

—¿Tan melodramático? Vamos, mister Conklin, no esperaba eso de usted.

—Hablo en serio. Hace menos de veinte minutos he visto morir a alguien, segado en la calle con cuarenta o cincuenta balas dentro. La mataron en las puertas de cristal de su casa de apartamentos, y a su chófer lo balearon en el coche. Le aseguro que es un espectáculo, con sangre y cristales por toda la acera...

Los ojos de Havilland se abrieron de par en par, pero fue la voz histérica de McAllister la que detuvo al hombre de la CIA.

—¿La? ¿Era la mujer?

—Una mujer —dijo Conklin, volviéndose hacia el subsecretario, de cuya presencia aún no se había dado por enterado—. ¿Usted es McAllister?

—Sí.

—Tampoco voy a darle la mano. Ella tuvo que ver con ustedes dos.

—¿Que ha muerto la esposa de Webb? —aulló el subsecretario, con todo su cuerpo paralizado.

—No, pero gracias por la confirmación.

—¡Dios santo! —exclamó el curtido embajador de las actividades clandestinas del Departamento de Estado—. Fue Staples. ¡Catherine Staples!

—Dé a este hombre un cigarro explosivo. Y otra vez gracias por esta segunda confirmación. ¿Piensan cenar pronto con el alto comisario del consulado canadiense? Me encantaría estar allí sólo para ver al famoso embajador Havilland en faena. ¡Cielos y cáspita! Apuesto a que los humildes subordinados podríamos aprender una barbaridad.

—¡Cállese, maldito loco! —gritó Havilland, yendo detrás de la mesa y dejándose caer en su asiento. Se recostó, con los ojos cerrados.

—Eso es lo único que no voy a hacer —dijo Conklin, avanzando entre golpes de su pie zopo—. ¡El responsable es usted... señor! —El hombre de la CIA se echó hacia delante, agarrado al borde de la mesa—. ¡Lo mismo que es usted responsable de lo que les ha ocurrido a David y Marie Webb! ¿Quién se cree que es, joder? Y si mi lenguaje le ofende, señor, piense de dónde viene esa palabra en inglés. Procede de un término medieval que significa plantar una semilla en la tierra. ¡En cierto modo ésa es su especialidad! Sólo que en su caso son semillas podridas; cava en tierra limpia y la convierte en basura. Sus semillas son mentiras y engaños. ¡Crecen dentro de las personas y las convierten en títeres furiosos y asustados que bailan al extremo de unos hilos en sus malditos guiones! Se lo repito, aristocrático hijo de perra, ¿quién se cree que es?

Havilland entreabrió los ojos y se echó hacia delante. Su expresión era la de un viejo deseoso de morir, aunque sólo fuese para que cesara el dolor. Pero esos mismos ojos estaban vivos y llenos de rabia fría que veía cosas que otros no podían ver.

—¿Serviría a su argumento que le dijese que Catherine Staples me dijo poco más o menos lo mismo?

—¡Sirve y lo completa!

—Y sin embargo la mataron porque unió sus fuerzas a las nuestras. No le gustaba hacerlo, pero en su opinión no había alternativa.

—¿Otro títere?

—No; un ser humano con una mente de primera y un caudal de experiencia que le hizo comprender a qué nos enfrentábamos. Siendo su pérdida y la clase de muerte que ha sufrido más de lo que puede imaginar.

—¿Es su pérdida, *señor*, o es el hecho de que alguien se haya infiltrado en su sacrosanta operación?

—¿Cómo se atreve...? —Havilland se levantó del sillón y miró fijamente al hombre de la CIA—. Es un poco tarde para que empiece usted a moralizar, mister

Conklin. Sus lapsus en lo que hace al engaño y la ética han sido demasiado patentes. Si se hubiera salido con la suya, no existirían ni David Webb ni Jason Bourne. Fue usted quien lo marcó como «irrecuperable», quien planeó su ejecución y estuvo a punto de conseguirlo.

—Ya he pagado por ese lapsus, ¡y cómo!

—Y supongo que sigue pagando o no estaría aquí ahora —dijo el embajador, asintiendo lentamente con la cabeza y abandonando su tono de frialdad—. Baje sus cañones, mister Conklin, y yo haré otro tanto. Catherine Staples comprendió realmente, y si su muerte tiene algún sentido, tratemos de encontrarlo.

—No tengo la menor idea de por dónde empezar a buscar.

—Se la dará el capítulo y el versículo... como se lo dieron a Staples.

—Tal vez yo no debería oírlo.

—No tengo más remedio que insistir en que lo oiga.

—Sospecho que no ha estado escuchándome. ¡Se les han infiltrado! A la tal Staples la mataron porque se suponía que sabía algo que exigía suprimirla. En pocas palabras, el topo que se ha abierto camino hasta aquí la vio en una o más reuniones con ustedes dos. Comprobaron la conexión canadiense, dieron la orden, ¡y ustedes la dejaron andar por ahí sin protección!

—¿Teme usted por su vida? —preguntó el embajador.

—Constantemente —replicó el hombre de la CIA—. Y en este momento me preocupa también la de alguien más.

—¿La de Webb?

Conklin hizo una pausa y estudió el rostro del viejo diplomático.

—Sí, si lo que creo es cierto. No hay nada que yo pueda hacer por Delta que no pueda hacer él mejor por sí solo. Pero sí sé lo que me pediría que hiciese: proteger a Marie. Y eso lo puedo hacer mejor luchando contra usted que escuchándole.

—¿Y cómo se propone luchar contra mí?

—Del único modo que sé, a base de golpes sucios. Haré correr la voz por todos los rincones oscuros de Washington de que esta vez ha ido demasiado lejos, ha perdido garra, tal vez a su edad incluso chochea. Tengo la historia de Marie, la de Mo Panov...

—¿Morris Panov? —interrumpió con cautela Havilland—. ¿El psiquiatra de Webb?

—Se ha ganado otro purito. Y además está mi propia contribución. A propósito, para refrescarle la memoria: soy el único que habló con David antes de que viniese aquí. Todo reunido, incluido el asesinato de una funcionaria del servicio exterior

canadiense, puede resultar una lectura de lo más interesante... en forma de declaraciones juradas puestas cuidadosamente en circulación, por supuesto.

—Si lo hace lo echará todo a perder.

—Ése es su problema.

—Entonces, una vez más, no tendría elección —dijo el embajador, otra vez con hielo en ojos y voz—. Lo mismo que usted dio una orden de «irrecuperable», me vería obligado a hacer otro tanto. No saldría vivo de aquí.

—¡Dios mío! —susurró McAllister desde el otro extremo de la habitación.

—Es la mayor estupidez que podría hacer —dijo Conklin, sin quitar sus ojos de los de Havilland—. No sabe lo que he dejado atrás ni en manos de quién. O lo que se pondrá en marcha si no hago contacto a cierta hora con ciertas personas, etcétera. No me subestime.

—Pensábamos que podía recurrir a ese tipo de tácticas —dijo el diplomático, alejándose del hombre de la CIA, como dejándolo por imposible, y volviendo a su asiento—. Pero dejó algo más tras de sí, mister Conklin. Para decirlo suavemente, y quizá con bastante precisión, se sabía que padecía usted una enfermedad crónica llamada alcoholismo. Debido a su inminente jubilación, y como reconocimiento a servicios ya lejanos, no se tomaron medidas disciplinarias, pero tampoco se le confió ninguna responsabilidad. Simplemente se le toleraba, como a una reliquia inútil a punto de retirarse, un borracho cuyos arrebatos paranoicos eran la comidilla y la preocupación de sus colegas. Cualquiera cosa que pueda aflorar de no importa qué fuente será clasificada y sustanciada como divagaciones incoherentes de un alcohólico tullido y psicopático. —El embajador se echó para atrás en el sillón, descansó el codo derecho en él y se acarició la mejilla con sus largos dedos—. Hay que compadecerlo, mister Conklin, más que censurarlo, y un suicidio podría hacer que aún encajase mejor todo...

—¡Havilland! —exclamó McAllister, pasmado.

—Descanse tranquilo, señor subsecretario —dijo el diplomático—. Mister Conklin y yo sabemos de dónde venimos. Los dos hemos estado allí antes.

—Hay una diferencia —objetó Conklin, sin apartar ni por un momento la mirada de los ojos de Havilland—. A mí nunca me gustó este juego.

—¿Y cree que a mí sí? —Sonó el teléfono. Havilland se precipitó a cogerlo—. ¿Sí? —El embajador escuchó, frunciendo el entrecejo, con la mirada fija en el ya oscuro ventanal—. Si no parezco sorprendido, mayor, es porque me llegó la noticia hace unos minutos... No; no el policía, sino un hombre a quien quiero que conozca esta noche. Pongamos dentro de dos horas. ¿Le viene bien?... Sí, es uno de los

nuestros ahora. —Havilland alzó los ojos hacia Conklin—. Hay quienes dicen que es mejor que la mayoría de nosotros, y me atrevería a decir que su hoja de servicios pasada lo respalda... Sí; es él... Sí; se lo diré... ¿Qué? ¿Qué ha dicho? —El diplomático volvió a mirar hacia el ventanal y su frente se arrugó de nuevo—. Se apresuraron a cubrirse, claro. Dentro de dos horas, mayor.

Havilland colgó el teléfono y juntó las manos con ambos codos apoyados en la mesa. Aspiró profundamente, y era la viva imagen del viejo agotado que reúne sus ideas antes de hablar.

—Se llama Lin Wenzu —dijo Conklin, sobresaltando tanto a Havilland como a McAllister—. Es CI de la Corona, lo que quiere decir MI-Seis, probablemente Rama Especial. Es chino y educado en el Reino Unido, y se le considera probablemente el mejor funcionario de Inteligencia del territorio. Sólo le perjudica su tamaño. Se le ve en seguida.

—¿Dónde...?

McAllister dio un paso hacia el hombre de la CIA.

—Un pajarito —dijo Conklin.

—Un cardenal de cabeza roja, supongo —dijo el diplomático.

—En realidad, ya no —replicó Alex.

—Comprendo. —Havilland separó las manos y dejó los brazos sobre la mesa—. También él sabe quién es usted.

—Debería saberlo. Andaba por la estación de Kowloon.

—Me dijo que le felicitase, que le dijese que su olímpico fue mas rápido que ellos. Consiguió marcharse.

—Es muy listo.

—Sabe dónde encontrarlo, pero no malgastará el tiempo.

—Más listo todavía. Un desperdicio es siempre un desperdicio. También le dijo algo más; y, puesto que escuché su halagador juicio sobre mi pasado, ¿le importaría decirme de qué se trata?

—¿Me escuchará después?

—O me sacarán en una caja. ¿O tendrán que ser varias? ¿Dónde está la elección?

—Sí, muy cierto. Tendría que hacerlo, usted lo sabe.

—Sé que usted lo sabe, *Herr General*.

—Eso es ofensivo.

—También lo es usted. ¿Qué le dijo el mayor?

—Un *tong*^[4] terrorista de Macao telefoneó a la agencia de noticias South China

atribuyéndose las muertes. Sólo que dijeron que lo de la mujer fue un accidente, que el blanco era el conductor. Como miembro nativo de la odiada policía secreta británica, había matado a tiros a uno de sus jefes en el muelle de Wanchai hace dos semanas. La información es cierta. Fue a él a quien le encomendamos la protección de Catherine Staples.

—¡Es mentira! —exclamó Conklin—. ¡El blanco era ella!

—Lin dice que es una pérdida de tiempo perseguir una falsa fuente.

—Entonces ¿lo sabe?

—¿Que tenemos una infiltración?

—¿Qué diablos si no? —dijo exasperado el hombre de la CIA.

—Es un orgulloso *Zhongguo ren* y tiene una mente brillante. No le gusta el fracaso en ninguna de sus formas, y menos ahora. Sospecho que ya ha empezado la caza. Siéntese, mister Conklin. Tenemos cosas de que hablar.

—¡Yo no lo creo! —exclamó McAllister con un susurro emocionado—. ¡Hablan de muertos, de blancos, de «irrecuperables»... y de un suicidio fingido cuya víctima está aquí, hablando de su propia muerte, como si estuvieran discutiendo el índice Dow-Jones o el menú de un restaurante! ¿Qué clase de personas son ustedes?

—Ya se lo he dicho, señor subsecretario —dijo Havilland—. Hombres que hacen lo que otros no quieren, no pueden o no deben hacer. No hay mística, ni universidades diabólicas donde se nos prepara, ni un deseo irresistible de destruir. Derivamos hacia estas tareas porque había plazas y escaseaban los candidatos. Todo bastante accidental, supongo. Y con la repetición uno descubre si tiene o no estómago para ello; porque alguien tiene que tenerlo. ¿Está de acuerdo, mister Conklin?

—Todo esto es una pérdida de tiempo.

—No, no lo es —corrigió el diplomático—. Explíqueselo a mister McAllister. Créame, es valioso y lo necesitamos. Tiene que comprendernos.

Conklin miró al subsecretario de Estado con expresión totalmente desprovista de caridad.

—No necesita que yo le dé explicaciones; es un analista. Ve todo tan claramente como nosotros, si no más. Sabe qué diablos ocurre en los túneles, sólo que no quiere admitirlo, y el modo más fácil de echarse fuera es hacerse el sorprendido. Dios nos libre de intelectuales santurrones en cualquier fase de este oficio. Lo que aportan en sesera lo quitan en falsas recriminaciones. Son como el diácono en un burdel recogiendo material para un sermón que escribirá cuando se vaya a casa mientras se la menea.

—Tenía razón antes —dijo McAllister, volviéndose hacia la puerta—. Esto es una

pérdida de tiempo.

—¿Edward? —Havilland, claramente enfadado con el tullido agente de la CIA, interpeló con simpatía al subsecretario—. No siempre podemos escoger las personas con quienes tratamos, como es obviamente el caso ahora.

—Comprendo —dijo fríamente McAllister.

—Estudie a todo el personal de Lin —continuó el embajador—. No puede haber más de diez o doce que lo sepan todo acerca de nosotros. Ayúdelo. Es amigo suyo.

—Sí, lo es —dijo el subsecretario, saliendo.

—¿Era necesario? —estalló Havilland cuando se quedó solo con Conklin.

—Sí, lo era. Si puede convencerme de que lo que ha hecho era lo único que podía hacer, cosa que dudo, o si no consigo proponer una opción que salve la vida de David y Marie, ya que no su cordura, tendré que trabajar con ustedes. La alternativa del «irrecuperable» es inaceptable por varios motivos, casi todos ellos personales, pero también porque estoy en deuda con los Webb. ¿De acuerdo hasta ahora?

—Trabajaremos juntos, de un modo u otro. Jaque mate.

—En vista de la realidad, quiero que ese hijo de perra, el tal McAllister, sepa de dónde vengo. Está tan pringado como cualquiera de nosotros, y sería mejor que esa sesera suya bajase a la basura y volviese con todas las plausibilidades y posibilidades. Quiero saber a quién deberíamos matar, incluso los de importancia marginal, para ahorrarnos pérdidas y sacar con bien a los Webb. Quiero que sepa que el único modo que tiene de salvar su alma es enterrarla en éxitos. Si fracasamos, él fracasa, y no podrá volver a enseñar en la catequesis de los domingos.

—Es usted demasiado duro con él. Se trata de un analista, no de un verdugo.

—¿Dónde cree que encuentran sus colaboradores los verdugos? ¿Dónde los encontramos nosotros? ¿Entre los defensores de la supervisión por el Congreso?

—Jaque mate otra vez. Es usted tan bueno como dicen que era. McAllister ha sugerido las posibles filtraciones. Por eso está aquí.

—Cuéntemelo —dijo Conklin sentándose muy tieso, con su pie zopo en un ángulo extraño—. Quiero oír su historia.

—Primero la mujer. La esposa de Webb. ¿Está bien? ¿Se encuentra a salvo?

—La respuesta a su primera pregunta es tan obvia que no sé por qué me lo hace. No, no está bien; su marido ha desaparecido y no sabe si está vivo o muerto. En cuanto a la segunda, sí, está a salvo. Conmigo, no con ustedes. Podemos movernos por todas partes y se arreglármelas. En cambio usted no puede salir de aquí.

—Estamos desesperados —suplicó el diplomático—. ¡La necesitamos!

—También ustedes tienen infiltraciones; parece que no le entra en la cabeza. No la

expondré a eso.

—¡Esta casa es una fortaleza!

—Basta con un cocinero vendido, un lunático en una escalera.

—¡Escúcheme, Conklin! Lo descubrimos por un control de pasaportes; todo encaja. Es él, lo sabemos. Webb está en Pekín. ¡Ahora! No habría ido si no estuviese detrás del blanco, del único blanco. Si de algún modo, Dios sabe cómo, su Delta consigue salir con la mercancía y su esposa no está donde debe estar, ¡matará a la única conexión que debemos tener! Sin ella estamos perdidos. Todos.

—De modo que ése fue el guión desde un principio. *Reductio ad absurdum*. Jason Bourne da caza a Jason Bourne.

—Sí; penosamente simple, pero sin una escalada de complicaciones a la que él nunca hubiese accedido. Estaría todavía metido entre papeles en su vieja casa de Maine. No tendríamos a nuestro cazador.

—Es usted realmente un bastardo —dijo Conklin lenta, suavemente, y con una cierta admiración en la voz—. ¿Y estaba convencido de que aún podía hacerlo, de que podía manejar esta Asia de hoy como lo hizo hace años, cuando era Delta?

—Pasa chequeos físicos cada tres meses; es parte del plan de protección del gobierno. Se halla en un estado magnífico, que pienso tiene algo que ver con su obsesivo afán de correr.

—Empiece por el principio. —El hombre de la CIA se arrellanó en el sillón—. Quiero oírlo paso a paso, porque creo que los rumores son ciertos: estoy delante del bastardo mayor.

—Nada de eso, mister Conklin. Andamos todos a tientas. Y, por supuesto, necesito sus comentarios.

—Los tendrá. Adelante.

—Está bien. Empezaré con un nombre que estoy seguro le sonará: Sheng Chou Yang. ¿Algún comentario?

—Es un negociador duro, y sospecho que, bajo su exterior benévolo, más tieso que un huso. No obstante, es uno de los hombres más razonables de Pekín. Ojalá hubiese un millar como él.

—Si lo hubiese, las probabilidades de un holocausto en Extremo Oriente serían mil veces mayores.

Lin Wenzu dio un puñetazo en la mesa, haciendo que se estremeciesen las nueve fotografías que tenía delante y que los sumarios de sus *dossiers* unidos a ellas pegasen un salto. ¿Cuál? Todos habían sido confirmados a través de Londres, y sus antecedentes comprobados, recomprobados y vueltos a comprobar; no había

posibilidad de error. No eran simples *Zhongguo ren* seleccionados por eliminación burocrática, sino el producto de una búsqueda intensiva de las mentes más brillantes que era posible reclutar, dentro o fuera de los despachos oficiales, para el más sensible de los servicios. La opinión de Lin había sido que el *Mane*, *Thecel*, *Phares* estaba ya escrito en la pared —en la Gran Muralla, quizás—, y que una fuerza de Inteligencia especial y de gran clase organizada por la propia colonia podía ser su Primera línea de defensa antes de 1997 y, en caso de ocupación, de resistencia coherente después. Los británicos tenían que ceder el liderazgo en el campo de los servicios de información por razones tan claras como difíciles de aceptar para Londres: los occidentales nunca podrían comprender las peculiares sutilezas de la mente oriental, y no estaban los tiempos como para suministrar información engañosa o mal interpretada. Londres —Occidente— tenía que saber cómo estaban exactamente las cosas, por el bien de Hong Kong y de todo Extremo Oriente.

No es que Lin creyese que su creciente destacamento de acopladores de información era esencial para las decisiones políticas; pero sí creía a pie juntillas que si la colonia iba a tener una Rama Especial ésta debería ser formada y dirigida por quienes mejor podían hacer ese trabajo, lo que no incluía a los veteranos, por brillantes que fuesen, de los servicios secretos británicos, tan eurocéntricos. Para empezar, todos parecían iguales y no eran compatibles ni con el entorno ni con el idioma. Por fin, al cabo de años de valioso trabajo, Lin Wenzu había sido llamado a Londres y sometido a interrogatorio durante tres días por auténticos especialistas en Inteligencia de Extremo Oriente. A la mañana del cuarto día aparecieron las sonrisas, junto con la recomendación de que se le diese al mayor el mando de la rama de Hong Kong con amplios poderes. A partir de entonces y durante bastantes años había estado a la altura de la confianza depositada en él, eso lo sabía. También sabía que ahora, en la operación más vital de su vida profesional y personal, había fracasado. Tenía treinta y ocho funcionarios de la Rama Especial bajo su mando y había elegido a nueve, seleccionado con todo cuidado a nueve, para participar en esa extraordinaria y loca operación; loca hasta que oyó la extraordinaria explicación del embajador. Esos nueve eran también los más excepcionales del destacamento, capaces todos ellos de tomar el mando si su jefe quedaba fuera de combate; así lo había escrito en sus informes. Y había fracasado. Uno de los nueve elegidos era un traidor.

De nada valía volver a estudiar los *dossiers*. Aunque encontrase alguna incoherencia llevaría demasiado tiempo ponerla en claro, porque el o los culpables habían eludido sus ojos expertos igual que los de Londres. No quedaba tiempo para análisis complicados, para explorar lenta y trabajosamente nueve vidas. Sólo tenía una

opción: un asalto frontal a cada uno de ellos, y la palabra «frontal» era esencial al plan. Si podía desempeñar el papel de un taipán, también podría hacer el de un traidor. Se daba cuenta de que su plan no carecía de riesgos, unos riesgos que ni Londres ni el norteamericano, Havilland, tolerarían, pero había que correrlos. Si fracasaba, Sheng Chou Yan sería alertado de la guerra secreta contra él, y sus contramaniobras podrían resultar desastrosas; pero Lin Wenzu no pensaba fallar. Si el fracaso estaba escrito en los vientos del norte, ya nada importaría, y menos su vida.

El mayor alcanzó el teléfono. Oprimió el botón de su consola para el radiotelegrafista del Centro de comunicaciones computadorizado del MI-Seis, Rama Especial.

—Sí, señor —dijo la voz desde la blanca habitación estéril.

—¿Quiénes están todavía de servicio en Libélula? —preguntó Lin, nombrando a la unidad de élite de nueve hombres que se comunicaba a través del centro pero nunca daba explicaciones.

—Dos, señor. En los vehículos tres y siete, pero puedo comunicar con el resto en pocos minutos. Cinco están en casa y los otros dos han dejado números. Uno estará en el cine Pagoda hasta las once y media, y después volverá a su piso, pero hasta entonces se puede comunicar con él por zumbador. El otro está en el Yacht Club de Aberdeen con su mujer y la familia de su mujer. Es inglesa, ya sabe.

Lin rió por lo bajo.

—Sin duda piensa cargar la cuenta de su familia británica a nuestro mísero presupuesto de Londres.

—¿Se puede hacer eso, mayor? En ese caso, ¿no le importaría pensar en mí para Libélula, aunque no sé lo que es?

—No seas impertinente.

—Perdone, señor...

—Estaba bromeando, muchacho. La semana próxima te convidaré a una estupenda cena. Haces un trabajo excelente y confío en ti.

—¡Gracias, señor!

—El agradecido soy yo.

—¿Debo contactar con Libélula y dar la alerta?

—Puedes contactar con todos y cada uno, pero nada de alertas. Han tenido un exceso de trabajo, sin un solo día libre en varias semanas. Diles a todos que, por supuesto, quiero que comuniquen cualquier cambio de situación, pero, a menos de que se les informe de lo contrario, estamos seguros durante las próximas veinticuatro horas, y los hombres de los vehículos tres y siete pueden irse con ellos a casa, pero no

de copas a los Territorios. Diles que he dicho que deberían todos echarse un buen sueño, o lo que prefieran para pasar el rato.

—Sí, señor. Lo agradecerán.

—Yo andaré por ahí en el vehículo cuatro. Quizá sepas de mí. No te duermas.

—Desde luego, mayor.

—Te espera una cena, muchacho.

—Si me permite decírselo, señor —dijo el entusiasta radiotelegrafista—, y sé que hablo por todos nosotros, no queríamos trabajar para nadie más que para usted.

—Quizá sean dos cenas.

Aparcado enfrente de una casa de apartamentos de Yun Ping Road, Lin sacó el micrófono de debajo del salpicadero.

—Radio, aquí Libélula Cero.

—¿Sí, señor?

—Cámbiame a una línea directa que tenga *scrambler*. Sabré que estamos en *scrambler* cuando oiga el eco al hablar yo, ¿no es así? —Naturalmente, señor.

Vibró el débil eco en la línea, con la señal para marcar. El mayor pulsó los números. Empezó a oírse el timbre y respondió una voz femenina.

—¿Sí?

—Mister Zhou. *Kuai!* —dijo Lin, hablando apresuradamente y diciendo a la mujer que se diese prisa.

—En seguida —respondió ella en cantonés.

—Aquí Zhou —dijo el hombre.

—*Xun su! Xiao Xi!* —Lin hablaba con un susurro gutural. Era la voz de un hombre desesperado que suplica que le escuchen—. ¡Sheng! ¡Póngase en contacto inmediatamente! ¡Zafiro ha muerto!

—¿Qué? ¿Quién está ahí?

El mayor cortó y apretó un botón que había a la derecha del micrófono. Al instante se oyó la voz del radiotelegrafista.

—¿Libélula, diga?

—Vuelve a ponerme con mi línea privada, también con *scrambler*, y reenvía todas las llamadas aquí. ¡Deprisa! Sigue haciéndolo así hasta que te dé instrucciones en contrario. ¿Comprendido?

—Sí, señor —dijo, sumiso, el radiotelegrafista.

Zumbó el teléfono móvil. Lin lo cogió y habló en tono despreocupado.

—¿Sí? —respondió, fingiendo un bostezo.

—¡Mayor, aquí Zhou! Acabo de tener una llamada muy extraña. Me telefoneó un

hombre que parecía malherido y me dijo que me pusiera en contacto con alguien llamado Sheng. Debía decirle que Zafiro había muerto.

—¿Zafiro? —dijo el mayor, de pronto alerta—. ¡No diga nada a nadie, Zhou! Malditas computadoras... No sé cómo ha ocurrido, pero esa llamada era para mí. Eso está fuera de la competencia de Libélula. Se lo repito, ¡no diga nada a nadie!

—Comprendido, señor.

Lin puso en marcha el coche y condujo a lo largo de varias manzanas hacia el oeste, hasta la calle Tanlung. Repitió la maniobra, y de nuevo le llegó la llamada por su línea privada.

—¿Mayor? —¿Sí?

—¡Acabo de hablar por teléfono con alguien que parecía estar nutriéndose! Quería que yo...

La explicación fue la misma: se había cometido un error peligroso, que escapaba a las competencias de Libélula. No había que decir ni una palabra, y así lo comprendió el que hablaba.

Lin llamó a otros tres números, siempre desde enfrente del apartamento o la pensión del destinatario. Todas las pruebas fueron negativas; uno tras otro, fueron llamándolo inmediatamente después con sus alarmantes noticias, y ninguno salió precipitadamente a un teléfono público. El mayor sólo estaba seguro de una cosa: quienquiera que fuese el infiltrado, no utilizaría el teléfono de su casa para establecer el contacto. Las facturas del teléfono registraban los números marcados, y todas eran sometidas a la auditoría del departamento. Era un procedimiento rutinario que los agentes agradecían, pues a partir de cierta cifra se hacía cargo la Rama Especial como si las llamadas tuviesen que ver con el trabajo.

Los hombres de los vehículos tres y siete, tras ser relevados del servicio, habían comunicado con el cuartel general cuando Li hizo la quinta llamada. Uno de ellos estaba en casa de una amiga, y dejó bien en claro que no tenía intención de moverse de allí durante las próximas veinticuatro horas. Rogó al radiotelegrafista que tomase todas las «llamadas de emergencia de los clientes» y dijese a cuantos trataran de comunicarse con él que sus superiores lo habían enviado a la Antártida. *Negativo. Esas no eran, incluido el humor, las maneras de un agente doble. Ni trataba de despistarse ni le importaba que se supiese dónde y con quién estaba.* El segundo hombre fue, si cabe, más negativo. Informó a comunicaciones del cuartel general que estaba disponible para cualquier problema, grande o pequeño, tuviese o no que ver con Libélula, incluso para contestar a los teléfonos. Su mujer había dado recientemente a luz trillizos, y confesó, con una voz que, según el radiotelegrafista,

bordeaba el pánico, que descansaba mucho más en el trabajo que en casa. *Negativo*.

Iban siete, y los siete negativos. Quedaba un hombre en el cine Pagoda, todavía durante cuarenta minutos, y otro en el Yacht Club de Aberdeen.

Su teléfono móvil zumbó, se diría que enfáticamente. ¿O era su propia ansiedad?

—¿Sí?

—Acabo de recibir un mensaje para usted, señor —dijo el radiotelegrafista—.

«Águila a Libélula Cero. Urgente. Responda.»

—Gracias.

Lin miró el reloj que había en el centro del salpicadero. Pasaban ya treinta minutos de la hora de su cita con Havilland y aquel legendario agente tullido de otros tiempos, Alexander Conklin.

—¿Muchacho? —dijo el mayor volviendo a llevarse el micrófono a los labios.

—¿Sí, señor?

—No tengo tiempo para ese «Águila» con tanta prisa, pero no quiero ofenderla. Cuando vean que no contesto, volverán a llamar, y quiero que les digas que no has conseguido encontrarme. Por supuesto, dame el mensaje inmediatamente.

—Será un placer, mayor.

—¿Cómo dices?

—El «Águila» que llamó estuvo muy desagradable. Gritaba no sé qué de que las citas hay que respetarlas una vez confirmadas, y que...

Lin escuchó la diatriba de segunda mano y tomó nota mentalmente de que si sobrevivía a esa noche hablaría con Edward McAllister sobre la etiqueta telefónica, y en especial sobre las emergencias. El azúcar provocaba expresiones agradables, la sal sólo muecas.

—Sí, sí, lo comprendo, muchacho. Como dirían nuestros antepasados: «Ojalá al águila se le enganche el pico en el extremo contrario» Limítate a hacer lo que te digo; y, entre tanto, dentro de un cuarto de hora levanta a nuestro hombre del cine Pagoda. Cuando llame, dale mi número de cuarto nivel, que no figura en lista, y enchúfalo en esta frecuencia, siguiendo con el *scrambler*, desde luego.

—Desde luego, señor.

Lin se apresuró a ir hacia el este por Hennessy Road y Southorn Park hasta Fleming, donde giró al sur hasta Johnston y de nuevo al este, a Burrows Street y el cine Pagoda. Se metió en el aparcamiento, donde ocupó el lugar reservado para el *assistant manager*. Colocó una tarjeta de la policía en el parabrisas, se apeó y corrió hasta la entrada. Había pocas personas en la taquilla para la sesión de noche de *Lujuria oriental*, una elección extraña para el agente que estaba dentro. No obstante,

para evitar llamar la atención, y como aún le quedaban seis minutos, se puso detrás de los tres hombres que esperaban frente a la ventanilla. Nueve segundos después había pagado y recibía su entrada. Entró, se la dio al portero y ajustó los ojos a la oscuridad y a la película pornográfica de la lejana pantalla. Parecía una diversión extraña para el hombre al que estaba probando, pero se había prometido a sí mismo no caer en prejuicios.

Sin embargo en este caso resultaba difícil. No es que le gustase particularmente el hombre que estaba en algún lugar de aquel oscuro cine, contemplando junto a un auditorio febrilmente atento la gimnasia de los inexpresivos «actores». En realidad no le gustaba aquel hombre; simplemente reconocía que era uno de los mejores de su comando. Era arrogante y desagradable, pero también un alma valiente cuya deserción de Beijing tardó dieciocho meses en consumarse, durante los cuales cada hora pasada en la capital comunista fue una amenaza para su vida. Había sido oficial de alta graduación en las Fuerzas de Seguridad, con acceso a valiosa información de la Inteligencia, y en un gesto de sacrificio conmovedor había dejado a su esposa y a su hija para huir al Sur, protegiéndolas mediante un cadáver chamuscado y cosido a balazos que se aseguró de que fuese identificado como el suyo, aunque en realidad pertenecía a un héroe de China muerto a tiros y después quemado por una banda de hampones en la ola de crímenes que había asolado el Continente. Madre e hija estaban seguras, pensionadas por el gobierno; y él fue sometido como todos los desertores de alto nivel a rigurosos exámenes destinados a desenmascarar a los posibles infiltrados. Aquí su arrogancia le había ayudado. No hizo el menor intento de congraciarse; era lo que era y había hecho lo que había hecho por el bien de la madre China. O lo aceptaban, con todo lo que podía ofrecer, o buscaría en otra parte. Se comprobó todo, excepto el bienestar de su esposa e hija. No estaban siendo atendidas como esperaba el desertor, y en consecuencia se filtró dinero al lugar donde trabajaban sin la menor explicación. A su esposa no se le podía decir nada; la más leve sospecha de que su marido estaba vivo podría hacer que la torturasen para arrancarle una información que no tenía. Un hombre así no parecía responder para nada a las características del agente doble, aparte sus gustos en materia de películas.

Eso no dejaba más que al hombre de Aberdeen, quien era una especie de rompecabezas para Lin. Mayor que los otros, era un hombre menudo, lógico y ex contable, que vestía siempre impecablemente y profesaba a Lin tal lealtad que en una ocasión el mayor había estado punto de hacerlo su confidente, aunque se había contenido cuan estaba a punto de revelarle cosas que no debía revelar. Tal vez porque estaba más cerca de su edad, sentía una mayor afinidad por aquel hombre. Por otro

lado, qué tapadera tan extraordinaria para un topo de Beijing el estar casado con una inglesa y ser nada menos que socio del Yacht Club por vía matrimonial. En su caso todo estaba en su sitio; era la respetabilidad en persona. A Lin le parecía increíble que su hombre de confianza, alguien con una vida personal tan ordenada pero que aun así había querido detener a un pendenciero australiano por hacer que Libélula quedase mal, pudiera haber sido contactado por Sheng Chou Yang y corrompido... ¡No, era imposible! Tal vez, pensó el mayor, debería examinar más a fondo al cómico agente fuera de servicio que quería que dijese a todos sus «clientes» que estaba en la Antártida, o al agotado padre de trillizos que se ofrecía hasta para responder al teléfono con tal de escapar de sus tareas domésticas.

¡Especulaciones que no venían al caso! Lin Wenzu sacudió la cabeza como para librar a su mente de tales pensamientos. *Ahora. Aquí. ¡Concéntrate!* Su repentina decisión de actuar provino de la vista de una escalera. Se acercó a ella y subió hasta el entresuelo; tenía enfrente la cabina de proyección. Llamó a la puerta y entró, rompiendo con el simple peso de su cuerpo el cerrojo, barato y delgado.

—*Ting zhi!* —chilló el proyeccionista, que tenía a una mujer en las rodillas y la mano bajo su falda. La muchacha se alejó de un salto y se volvió contra la pared.

—Policía de la Corona —dijo el mayor, mostrando su documentación—. Y no quiero haceros ningún daño, os lo aseguro.

—¡No debería! —replicó el proyeccionista—. Esto no es ningún lugar de culto.

—Podría discutirse, pero desde luego no es una iglesia.

—Hemos pagado nuestra licencia...

—No lo dudo —le interrumpió Lin—. La Corona necesita un simple favor, y difícilmente podría ir contra sus intereses hacérselo.

—¿De qué se trata? —preguntó el hombre, levantándose y mirando furioso cómo la mujer se escurría por la puerta.

—Detenga la película durante, pongamos, treinta segundos y dé las luces. Dígales que se ha cortado y que lo arreglará en seguida.

El proyeccionista dio un respingo.

—¡Está casi terminando! ¡Se pondrán a chillar!

—Sólo mientras estén dadas las luces. ¡*Hágalo!*

El proyector se detuvo con un zumbido; se encendieron las luces y se hizo el anuncio por el altavoz. El proyeccionista tenía razón. Resonaron los silbidos por todo el edificio, acompañados de agitar de brazos, a menudo con un dedo tieso. Los ojos de Lin escrutaron al público, de atrás adelante, fila por fila.

Allí estaba su hombre... dos hombres. El agente, inclinado hacia delante, hablaba

con alguien a quien Lin Wenzu no conocía. El mayor consultó su reloj y se volvió al proyccionista.

—¿Hay abajo un teléfono público?

—Cuando funciona, lo hay.

—¿Funciona ahora?

—No lo sé.

—¿Dónde está?

—Debajo de la escalera.

—Gracias. Vuelva a empezar dentro de sesenta segundos.

—¡Había dicho treinta!

—He cambiado de parecer. Y usted disfruta de un buen empleo gracias a cierta licencia, ¿no es así?

—¡Los de ahí abajo son unos bestias!

—Ponga una silla contra la puerta —dijo Lin, ya saliendo—. La cerradura se ha roto.

Efectivamente, en el pasillo que había debajo de la escalera el mayor pasó junto a un teléfono público. Sin apenas detenerse, arrancó el cordón en espiral, salió del cine y siguió hasta su coche, pero se detuvo al ver una cabina telefónica al otro lado de la calle. Corrió hasta allí, leyó el número, memorizándolo al instante, y volvió corriendo al coche.

Entró y miró su reloj. Dio marcha atrás, salió a la calzada y aparcó en doble fila bastante más allá de la marquesina del teatro. Apagó los faros y observó la entrada.

Un minuto y quince segundos después apareció el desertor de Beijing, que miró a derecha e izquierda, claramente agitado. Después miró al frente y vio lo que quería ver, lo que Lin esperaba que viese, dado que el teléfono del cine no funcionaba. Era la cabina del otro lado de la calle. Lin marcó mientras su subordinado iba corriendo hacia ella y se introducía en la concha de plástico que daba frente a la calle. Sonó el teléfono antes de que el hombre pudiese meter sus monedas.

—*Xun su! Xiao Xi!* —Lin tosió mientras susurraba—: ¡Sabía que encontraría el teléfono! *Sheng!* ¡Contacte inmediatamente! ¡Zafiro ha muerto!

Volvió a dejar el micrófono, pero conservó la mano sobre él, para volver a cogerlo cuando llegase la llamada del agente por su línea privada.

No llegó. Lin se volvió en su asiento y miró hacia la concha de plástico del teléfono público del otro lado de la calle. El agente había marcado otro número, pero no hablaba con él. No hacía falta ir hasta Aberdeen.

El mayor se apeó sigilosamente, cruzó la calle hasta las sombras de la otra acera y

echó a andar hacia el teléfono. Permanecía en la relativa oscuridad, moviéndose lentamente para llamar lo menos posible la atención hacia él y maldiciendo, como hacía a menudo, a los genes que habían producido aquel cuerpo tan desmesurado. Sin salir de las sombras, se acercó al teléfono. El desertor estaba a pocos pasos de él, de espalda, y hablaba excitado, con exasperación.

—¿Quién es Zafiro? ¿Por qué este teléfono? ¿Por qué se puso en contacto conmigo? ¡No, te digo que utilizó el nombre del jefe! ¡Sí, eso es, su nombre! ¡Nada de clave ni de símbolo! ¡Fue una locura!

Lin Wenzu había oído todo lo que necesitaba oír. Sacó su automática de reglamento y salió rápidamente de la oscuridad.

—¡Se cortó la película y dieron las luces! Mi contacto y yo estábamos...

—¡Cuelgue el teléfono! —ordenó el mayor.

El desertor giró en redondo.

—*¡Usted!* —exclamó.

Lin se lanzó contra él, y su inmenso cuerpo aplastó al agente doble dentro de la concha de plástico mientras agarraba el teléfono y lo estrellaba contra la caja metálica.

—*¡Basta!* —rugió.

De repente sintió que una hoja fría como el hielo penetraba con un ardor helado en su abdomen. El desertor se agachó, con el cuchillo en la mano izquierda, y Lin apretó el gatillo. El ruido de la explosión llenó la tranquila calle, mientras el traidor caía a la acera con el cuello destrozado y la sangre corría por sus ropas e iba a manchar el cemento.

—*Ni made!* —gritó una voz a la izquierda del mayor, maldiciéndolo. Era el otro hombre, el contacto que estaba en el cine hablando con el desertor. Levantó una pistola y disparó mientras el mayor se abalanzaba, y el enorme torso sangrante de Lin cayó sobre él como un muro. Se abrió la carne de la parte superior derecha del pecho, pero el asesino había perdido el equilibrio. El mayor disparó su automática y el hombre cayó agarrándose el ojo derecho. Estaba muerto.

Allá enfrente, la película pornográfica había terminado y el público empezaba a salir a la calle, hosco, malhumorado, insatisfecho. Con lo que le quedaba de su enorme fuerza, el malherido Lin cogió los cuerpos de los dos conspiradores muertos y medio los arrastró medio cargó con ellos de vuelta a su coche. Parte de los espectadores del Pagoda lo contemplaba con mirada vidriosa o desinteresada. Lo que veían era una realidad que los excedía y no podían comprender. Escapaba al estrecho mundo de sus fantasías.

Alex Conklin se levantó y fue cojeando ruidosamente hasta el oscuro ventanal.

—¿Qué diablos quiere que le diga? —preguntó, volviéndose al embajador.

—Que, dadas las circunstancias, tomé el único camino posible, el único capaz de reclutar a Jason Bourne. —Havilland levantó la mano—. Antes de que responda, debería decirle, para ser justo, que Catherine Staples no estaba de acuerdo conmigo. Creía que debía haber apelado a David Webb directamente. Al fin y al cabo, se trataba de un especialista en Extremo Oriente, de un experto que comprendería lo que estaba en juego, la tragedia que podía desencadenarse.

—Qué sabía ella. Webb lo hubiese mandado a paseo.

—Gracias por eso.

—Un momento. Se habría negado, no porque pensase que estaba usted equivocado, sino porque no se creería capaz de hacerlo. Lo que usted consiguió al quitarle a Marie fue hacerlo volver y ser alguien que quería olvidar.

—¿Y...?

—Es usted realmente un hijo de perra.

De pronto brotaron sirenas, que sonaban por toda la enorme casa y los terrenos circundantes, mientras empezaban a girar los reflectores a través de los ventanales. Se oyeron disparos y ruido de metal machacado, mientras fuera chillaban las cubiertas. El embajador y el hombre de la CIA se lanzaron al suelo, pero a los pocos segundos todo había acabado. Ambos hombres se incorporaron mientras se abría de golpe la puerta y entraba Lin Wenzu tambaleándose, con el pecho y el estómago empapados en sangre y dos cuerpos muertos bajo sus brazos.

—Aquí está su traidor, señor —dijo el mayor, dejando caer ambos cadáveres—. Y un colega. Con estos dos, creo que hemos desconectado a Libélula de Sheng...

Los ojos de Wenzu giraron hacia arriba hasta que las órbitas quedaron blancas. Dio una boqueada y se desplomó.

—¡Llamen a una ambulancia! —gritó Havilland a los que se habían reunido en la puerta.

—¡Traigan gasa, esparadrapo, toallas, desinfectante... por Cristo; todo lo que puedan encontrar! —aulló Conklin, mientras se precipitaba cojeando hacia el chino caído—. ¡Contengan la hemorragia!

Capítulo 29

Bourne estaba sentado entre las sombras viajeras del asiento trasero, mientras la luz intermitente de la luna creaba breves explosiones de luz y oscuridad dentro del automóvil. En momentos repentinos, irregulares, inesperados, se echaba hacia adelante y apretaba el cañón de la pistola contra la nuca de su prisionero.

—Intenta salirte de la carretera y tendrás una bala en la cabeza. ¿Me entiendes?

La respuesta era siempre la misma, o una variante, dicha con fuerte acento británico.

—No soy ningún loco. Estás detrás de mí, tienes un arma y no puedo verte.

Jason había arrancado el retrovisor, cuya sujeción se había roto fácilmente en su mano.

—Entonces yo soy tus ojos aquí atrás, recuérdalo. Y también el fin de tu vida.

—Comprendido —repitió inexpresivamente el ex oficial de los Reales Comandos.

Con el mapa extendido sobre las rodillas, la pequeña linterna disimulada en la mano izquierda y la automática en la derecha, Bourne estudió las carreteras que iban hacia el sur. A medida que pasaban las horas y veía los mojones, Jason comprendió que su enemigo era el tiempo. Aunque el brazo derecho del asesino estaba casi inmovilizado, Bourne sabía que no era enemigo para aquel hombre más joven y más fuerte, y todo él puro nervio. La violencia concentrada de los últimos tres días se había cobrado su peaje físico, mental y —quiera o no reconocerlo— emocional, y aunque Jason Bourne no tenía por qué admitirlo, David Webb lo proclamaba con cada fibra de su ser. Había que tener a raya al profesor, que acallar su voz.

Déjame solo! ¡No me sirves de nada!

De vez en cuando Jason sentía el peso muerto de los párpados caer sobre sus ojos. Entonces los abría de golpe y maltrataba alguna parte de su cuerpo, se pellizcaba con fuerza la carne sensible y suave del interior de los muslos o se clavaba las uñas en los labios, para provocar un dolor instantáneo que disipase el agotamiento. Reconocía su estado —sólo un loco suicida no lo haría—, pero no había tiempo ni lugar para remediarlo con el axioma que había robado a Eco de Medusa: *El descanso es un arma, no lo olvides nunca*. Olvidalo, Eco, valiente Eco... No hay tiempo para descansar, ni sitio donde hacerlo.

Y mientras aceptaba su autodiagnóstico, tenía que aceptar también la valoración que hacía de su prisionero. El asesino estaba totalmente alerta. Lo demostraba su habilidad al volante, pues Jason le exigía velocidad por aquellas carreteras extrañas y desconocidas; se notaba por su cabeza, constantemente en movimiento, y en sus ojos

cada vez que Bourne los veía, y era con frecuencia, siempre que indicaba al asesino que aminorase la marcha y buscase una carretera que salía a derecha o izquierda. El impostor se volvía entonces —la visión de sus rasgos, tan familiares, sobresaltaba siempre a Jason— y preguntaba si la carretera a la que estaban a punto de llegar era la que sus «ojos» necesitaban.

La pregunta era superflua, y lo que hacía el ex comando era evaluar con la mayor frecuencia posible el estado físico y mental de su captor. Era un matador entrenado, una máquina letal que sabía que la supervivencia dependía de conseguir ventaja sobre el enemigo. Esperaba y observaba, anticipando el momento en que los párpados de su adversario se cerrasen por un breve instante, o su arma cayese de pronto al suelo, o su cabeza se reclinase un segundo en el alivio del respaldo. Ésos eran los signos por los que esperaba, los lapsus que podría capitalizar para alterar violentamente las circunstancias. En consecuencia, la defensa de Bourne dependía de su mente, de hacer lo inesperado, para que el equilibrio psicológico siguiera siéndole favorable. ¿Cuánto podría durar eso, podría aguantar *él*?

Su enemigo era el tiempo, y el asesino que tenía enfrente sólo un problema secundario. En el pasado —un pasado vagamente recordado— ya había manejado asesinos, los había manipulado, porque no eran más que seres humanos sujetos a las astucias de su imaginación. ¡Qué diablos, si todo se reducía a eso! Era tan sencillo, tan lógico y él estaba tan cansado... Su mente. ¡No le quedaba nada más! Tenía que seguir pensando, que seguir aguijando a su imaginación y obligarle a hacer su trabajo. ¡El equilibrio! ¡Tenía que mantenerlo a su favor! *Piensa. Actúa.* ¡Haz lo inesperado!

Quitó el silenciador de su arma, apuntó a la ventanilla delantera derecha, que estaba cerrada, y apretó el gatillo. La explosión fue ensordecedora, y resonó en el coche cerrado mientras se rompía el cristal, despedido hacia el impetuoso aire nocturno.

—¿Para qué diablos hizo eso? —exclamó el asesino-impostor, aferrándose al volante para corregir una involuntaria pérdida de control.

—Para enseñarte algo sobre el equilibrio. Deberías comprender que estoy desequilibrado, y que el siguiente disparo podría volarte la cabeza.

—¡Eres un jodido lunático, eso es lo que eres!

—Me alegra que lo comprendas.

El mapa. Una de las cosas más civilizadas de los mapas de carreteras de la RPCh —acorde con la calidad de sus vehículos— era la indicación mediante estrellas de los garajes abiertos día y noche a lo largo de las principales carreteras. Bastaba pensar en la que podría armarse con las averías en los transportes militares y oficiales para

comprender su necesidad, que a Bourne le vino como caída del cielo.

—Hay una gasolinera a unas cuatro millas —dijo al asesino; a *Jason Bourne*, pensó—. Para, llena el depósito y no digas una palabra... aunque sería estúpido que lo intentases, porque es evidente que no hablas chino. Tienes que aprenderte de memoria las pocas palabras que necesitas.

—¿Es que tú lo hablas?

—Por eso soy el auténtico y tú el falso.

—¡Lo que tú digas, mister Auténtico!

Jason volvió a disparar y voló el resto de la ventanilla.

—¡El falso! —aulló, alzando la voz sobre el ruido del viento—. ¡Recuérdalo!

Su enemigo era el tiempo.

Hizo un inventario mental de lo que tenía, y no era gran cosa. Su munición más importante era el dinero; tenía más de lo que cien chinos podían ganar en sus cien vidas, pero el dinero en sí mismo no era la solución. Sólo el tiempo lo era. Si había modo de salir del inmenso territorio chino tenía que ser por el aire, no por tierra. No duraría tanto. Volvió a estudiar el mapa. Tardarían de trece a catorce horas en llegar a Shanghai... si aguantaban el coche y él, y si podían atravesar los controles provinciales, donde sabía que estarían sobre aviso de que un occidental, o mejor dicho dos, intentaban pasar. Lo cogerían... los cogerían. E incluso si llegaban a Shanghai, en cuyo aeropuerto había cierta manga ancha, ¿cuántas complicaciones podían surgir?

Había una opción; siempre las había. Era loca, extravagante, pero lo único que le quedaba.

El enemigo es el tiempo. Hazlo. No hay otra posibilidad.

Trazó un círculo alrededor de un pequeño símbolo en las afueras de la ciudad de Jinan. Un aeródromo.

Amanecer. Humedad por todas partes. El suelo, la alta hierba y la cerca de metal relucían con el rocío. La única pista que se veía al otro lado era una brillante franja negra que cortaba el césped, medio verde con la humedad de hoy, medio pardusca del sol abrasador de ayer. El sedán Shanghai estaba lejos de la carretera del aeródromo todo lo lejos que el asesino pudo llevarlo, oculto también ahora por follaje, y el impostor una vez más inmovilizado, esta vez por los pulgares. Poniéndole la pistola en la sien, Jason le había ordenado hacerse un doble nudo corredizo con el sedal alrededor de los pulgares y después había cortado los carretes y enrollado fuertemente los dos trozos de hilo sobrantes a las muñecas del asesino. El comando se dio cuenta de que con la más leve presión, como la de retorcer o separar las manos, el hilo se le

clavaba más y más en la carne.

—Yo en tu lugar —le dijo Bourne— me andaría con cuidado. ¿Te imaginas lo que sería no tener pulgares, o que te cortasen las muñecas?

—¡Puñetero técnico!

—Puedes creértelo.

Al otro lado del aeródromo se veía una luz en un edificio de una sola planta con una fila de pequeñas ventanas al costado. Era una especie de barracón, de línea simple y funcional. Había también otras luces, bombillas desnudas, más bien de adorno. Sin duda un cuartel. Jason alcanzó el rollo de ropa que se había quitado de la espalda, soltó las correas, extendió las prendas sobre la hierba y las separó. Había una gran chaqueta Mao, unos pantalones holgados y arrugados y la gorra de visera de tela que solía llevarse con el resto. Se puso la gorra y la chaqueta, se abotonó ésta sobre su jersey oscuro y después se incorporó y se enfundó los grandes pantalones sobre los suyos. Un cinturón de tela trenzada los sostuvo. Se alisó la chaqueta y se volvió al asesino, que lo observaba con asombro y curiosidad.

—Vete hasta la cerca —dijo Jason, agachándose para buscar algo en su mochila—. Ponte de rodillas y apóyate en ella —continuó, sacando un trozo de metro y medio de fina cuerda de nylon—. Pon la cara contra la malla. ¡Mirando al frente! ¡Date prisa!

El asesino hizo lo que le decían, y, con las manos atadas entre el cuerpo y la cerca, apoyó la cabeza contra la alambrada. Bourne se acercó, pasó rápidamente la cuerda por los agujeros de la cerca a la derecha del cuello del asesino y, metiendo los dedos, la hizo pasar por delante de la cara del comando y la sacó por el otro lado. La tensó y la ató en la base del cráneo de su prisionero. Había trabajado tan rápida e inesperadamente que el ex oficial apenas pudo pronunciar las palabras antes de darse cuenta de lo que ocurría.

—¿Qué diablos estás...?

—Como dijo aquel loco hablando de D'Anjou antes de cortarle la cabeza, no vas a ir a ninguna parte, mayor.

—¿Vas a dejarme aquí? —preguntó el asesino, pasmado.

—No seas estúpido; esto funciona a base de compadreo. Donde yo vaya irás tú. En realidad, vas a ir delante.

—¿A dónde?

—A través de la cerca —dijo Jason, sacando el cortaalambres de la mochila.

Empezó a cortar alrededor del torso del asesino, aliviado al ver que los alambres no eran ni mucho menos tan tupidos como los del refugio para aves. Cuando estuvo completo el dibujo, Bourne se echó para atrás, levantó el pie derecho y lo puso entre

las paletillas del impostor. Dio un empujón y asesino y cerca cayeron sobre la hierba, al otro lado.

El comando dio un grito de dolor.

—Te crees muy divertido, ¿no?

—Ni por lo más remoto. Todo lo que hago es muy serio. Levántate y habla bajo.

—¡Estoy atado a esta maldita cerca!

—Estás libre. Levántate y date la vuelta.

El asesino se puso en pie, tambaleándose, y Bourne contempló su obra. Sí; el recorte de cerca de alambre sujeto a la parte superior del cuerpo del asesino y mantenido en su sitio como por el saliente de la nariz era divertido. Pero la razón para que estuviese allí no lo era en absoluto. Sólo con el asesino seguro delante de sus ojos eliminaba cualquier riesgo. Jason no podría controlar nada que no pudiese ver, y lo que no pudiese ver podía costarle la vida y, lo que era más importante, la vida de la esposa de David Webb... e incluso la del propio David Webb. *¡Aléjate de mí! ¡No te entrometas! ¡Estamos demasiado cerca!*

Bourne alargó la mano, soltó de un tirón el lazo del cuello del comando y se quedó con un extremo de la cuerda agarrado. Cayó el trozo de cerca, y antes de que el asesino pudiese reaccionar Jason le pasó la cuerda alrededor de la cabeza con un movimiento de látigo, levantándola de tal modo que quedó presa en la boca del comando. La apretó hasta que las mandíbulas del asesino formaron un oscuro agujero rodeado de blancos dientes, mientras de su garganta salían ruidos ininteligibles.

—Esto no es invento mío, mayor —dijo Bourne, que anudó la fina cuerda de nylon dejando sueltos los restantes setenta y tantos centímetros—. Vi a D'Anjou y a los otros. No podían hablar, sólo sentir las náuseas de su propio vómito. También tú los viste, y sonreías. ¿Qué se siente, mayor?... Ah, lo olvidé; no puedes contestar. —Empujó al asesino hacia delante y después lo agarró por el hombro y lo envió hacia la izquierda—. Rodearemos el final de la pista —dijo—. *¡Muévete!*

Mientras iban por la hierba, sin salir de la oscuridad de los bordes, Jason estudió el relativamente primitivo aeródromo. Más allá del barracón había un pequeño edificio circular con profusión de cristales pero sin luces encendidas, excepto un resplandor en una pequeña estructura cuadrada que se alzaba en el centro de la terraza. El edificio era la terminal de Jinan, pensó, y el cuadrado apenas iluminado de encima la torre de control. A la izquierda del barracón, a no menos de sesenta metros al oeste, había un hangar de mantenimiento, oscuro, abierto y de alto techo, con enormes escaleras de ruedas cerca de las grandes puertas, qué reflejaban ya las primeras luces. Apparentemente estaba desierto, y el personal todavía en sus alojamientos. Abajo, en el

perímetro meridional del campo, a ambos lados de la pista y apenas distinguibles, había cinco aviones, todos de hélice y de aspecto nada imponente. El aeródromo de Jinan era un campo de aterrizaje de segunda o incluso de tercera categoría, en el que sin duda estaban introduciendo mejoras, como en tantos aeropuertos de China, con vistas a la inversión extranjera, pero todavía muy lejos los niveles internacionales. Ocurría además que los pasillos aéreos eran simples canales en el cielo no sujetos a los caprichos cosméticos o tecnológicos de los aeropuertos. Bastaba entrar en ellos y conservar el rumbo. El cielo no reconocía fronteras; sólo los hombres atajos a la tierra y las máquinas lo hacían, y la combinación de ambas cosas creaba problemas.

—Vamos a ir al hangar —susurró Jason, rozando la espalda del comando—. Recuerda que si haces algún ruido no necesitaré matarte; lo harán ellos. Y tendré mi oportunidad de escapar, porque me la darás tú. No lo dudes. ¡Agáchate!

A treinta metros de allí, un soldado salió de una estructura cavernosa con un fusil al hombro y se estiró mientras hinchaba el pecho. Bourne supo que era el momento de actuar; quizá no se presentase otro mejor. El asesino estaba de bruces, con las manos atadas con alambre debajo de su cuerpo y la boca contra la tierra. Jason agarró la cuerda de nylon suelta, levantó la cabeza del asesino tirándole del pelo y se la rodeó por dos veces alrededor del cuello.

—Si te mueves te ahogas —susurró Bourne, levantándose.

Corrió en silencio hacia la pared del hangar, fue rápidamente hasta la esquina y atisbo al otro lado. El soldado apenas se había movido y Jason comprendió: estaba orinando. Natural y perfecto. Bourne se separó del edificio, hincó el pie derecho en la hierba y se lanzó, por arma la mano derecha rígida precedida por el pie izquierdo, que golpeó al soldado en la base de la espina dorsal. El hombre se derrumbó, inconsciente. Jason lo arrastró hasta la esquina del hangar y después, a campo traviesa, hasta donde yacía el asesino, sin atreverse a hacer el menor movimiento.

—Vas aprendiendo, mayor —dijo Bourne, agarrando otra vez al comando del pelo para quitarle la cuerda de nylon del cuello. El hecho de que en realidad la cuerda no hubiese podido ahogar al impostor más que lo haría una cuerda de tender enrollada floja alrededor del cuello le dijo algo a Delta. Su prisionero era incapaz de pensar geométricamente. Las leyes del esfuerzo no eran uno de los puntos fuertes de su imaginación; sólo entendía las amenazas de muerte expresas. Era algo que no debía olvidar—. Levántate —ordenó Jason. Así lo hizo el asesino, mientras tragaba ansiosamente aire con los ojos llenos de odio—. Piensa en Eco —dijo Bourne, devolviéndole el aborrecimiento con la mirada—. Perdona; me refiero a D’Anjou, al hombre que te restituyó la vida... *una* vida, al menos, que al parecer te gustó. ¡Tu

Pígmalión, muchacho! Ahora escúchame, y escúchame bien. ¿Te gustaría que te quitase la cuerda?

—¡Auggh! —gruñó el asesino afirmando con la cabeza, mientras sus ojos pasaban del odio a la súplica.

—¿Y que te soltase los pulgares?

—¡Auggh, auggh!

—Pareces más un gorila que un guerrillero —dijo Jason, cogiendo la automática de su cinturón—. Bien: como solíamos decir en los viejos tiempos, antes de tu época, muchacho, hay «condiciones». O salimos los dos vivos de aquí o desaparecemos y nuestros restos mortales van a una hoguera china, sin pasado, sin presente y desde luego sin que nadie se moleste en recordar nuestra modesta contribución a la sociedad... Veo que te estoy aburriendo. Lo siento; olvidaré el asunto.

—¡Auggh!

—De acuerdo; si insistes... Naturalmente, no voy a darte un arma, y si te veo tratando de hacerte con ella eres hombre muerto. Pero si te portas bien, podemos, sólo *podemos*, escapar. Lo que en realidad estoy diciéndote, mister Bourne, es que quienquiera que sea tu cliente aquí no puede permitir que sigas vivo más de lo que puede permitir que lo siga yo. ¿Me entiendes? ¿Comprendido? *Capisce?*

—¡Auggh!

—Una cosa más —añadió Jason, tirando de la cuerda caída sobre el hombro del comando—. Esto es nylon, o poliuretano, o como diablos lo llamen. Cuando se quema, se hincha como la arropía; no hay modo de poder soltarlo. Estará atada a tus dos tobillos, con los nudos como cemento. Podrás dar pasos de aproximadamente cinco pies... gracias a que soy un técnico. ¿Me expreso con claridad?

El asesino asintió con la cabeza, y mientras lo hacía Bourne saltó hacia su derecha, pateó el dorso de las rodillas del comando y envió al impostor al suelo, con sus pulgares atados sangrando. Jason se arrodilló, con la pistola en la mano izquierda contra la boca del asesino, y con los dedos de la derecha deshizo el nudo de la nuca del comando.

—¡Dios todopoderoso! —exclamó el asesino cuando cayó la cuerda.

—Me alegra que seas creyente —dijo Bourne, dejando caer el arma. Enlazó rápidamente con la cuerda los tobillos del comando, hizo un nudo rotundo en cada uno, prendió el encendedor y quemó los extremos—. Puedes necesitarlo. —Recogió la pistola, la sostuvo contra la frente del asesino y desenrolló el sedal que le ataba las muñecas—. Quítate el resto —ordenó—. Ten cuidado con los pulgares; han sufrido mucho.

—¡Tampoco mi brazo derecho es una delicia! —dijo el inglés, luchando por soltar los nudos corredizos. Cuando tuvo las manos libres, las sacudió y se chupó la sangre de las heridas—. ¿Tiene su caja mágica, mister Bourne? —preguntó.

—Nunca me abandona, mister *Bourne* —replicó Jason—. ¿Qué necesita?

—Esparadrapo. Me sangran los dedos. Debe de ser la gravedad.

—Eres muy instruido. —Bourne tanteó buscando la mochila, la sacó de debajo de su cuerpo y la dejó caer enfrente del comando, mientras le apuntaba a la cabeza con su pistola—. Busca. Está al principio.

—Lo encontré —dijo el asesino, sacando el esparadrapo y vendándose rápidamente los pulgares—. Es una cabronada hacerle esto a alguien.

—Piensa en D'Anjou.

—¡Quería morir! ¿Qué diablos iba a hacer yo?

—Nada, porque no eres nada.

—Bueno, eso me pone casi a tu nivel, ¿no te parece? ¡Fue él quien me convirtió en ti!

—Te falta talento —dijo Jason Bourne—. No puedes pensar geométricamente.

—¿Qué significa eso?

—Medítalo. —Delta se puso en pie—. Levántate —ordenó.

—Dime —preguntó el asesino, incorporándose y mirando fijamente el arma apuntada a su cabeza—. ¿Por qué yo? ¿Por qué dejaste el oficio?

—Porque nunca estuve en él.

De repente, los reflectores empezaron, uno tras otro, a barrer el campo y se encendieron de golpe las balizas amarillas a lo largo de la pista. Salieron hombres corriendo del barracón, unos hacia el hangar, otros hacia la trasera del edificio, donde empezaron a rugir los motores de vehículos invisibles. Dieron las luces de la terminal, y de pronto todo entró en actividad.

—Quítale la chaqueta y el sombrero —ordenó Bourne, señalando con el arma al soldado inconsciente—. Y pónelos.

—¡No me servirán!

—Pueden reformártelos en Savile Row. ¡Muévete!

El impostor hizo lo que le decían, con tales dificultades para el brazo derecho que Jason tuvo que sostenerle la manga. Con Bourne empujando al comando con la pistola, ambos hombres corrieron hasta la pared del hangar y se acercaron cautelosamente al extremo del edificio.

—¿Estamos de acuerdo? —susurró Bourne mirando a aquella cara tan parecida a la suya de hacía años—. ¿Salimos de aquí o morimos?

—Entendido —respondió el comando—. Ese bastardo gritón de la espada rara no es más que un puñetero lunático. ¡No quiero saber nada!

—No se te notaba en la cara.

—De haberseme notado, el maníaco podía haberse vuelto contra mí.

—¿Quién es?

—No me dieron ningún nombre. Sólo una serie de contactos para llegar hasta él.

El primero fue un tal Soo Jiang, de la guarnición de Guangdong...

—Me suena el nombre. Le llaman el Cerdo.

—Probablemente le va bien; no lo sé.

—¿Y después qué?

—Dejan un número en la mesa cinco del casino de...

—El Kam Pek de Macao —le interrumpió Jason—. ¿Y después?

—Llamo al número y hablo francés. Ese Soo Jiang es uno de los pocos chinos que lo hablan. Fija la hora del encuentro, siempre en el mismo sitio. Cruzo la frontera hasta un campo, arriba en las colinas, llega un helicóptero y alguien me da el nombre del blanco, y la mitad de lo que van a pagarme por... ¡Mira! ¡Ahí viene! Está...

—Tengo la pistola en tu cabeza. —Entendido.

—¿Incluía tu entrenamiento pilotar uno de esos chismes?

—No; sólo saltar de ellos.

—Eso no va a servirnos de nada.

El avión que llegaba, con sus luces rojas parpadeando en las alas, descendió desde un cielo que ya iba aclarando a la pista. Aterrizó suavemente, se dirigió al final del asfalto, torció a la derecha y se encaminó hacia la terminal.

—*Kai guan qi you!* —gritó una voz enfrente del hangar.

El hombre señalaba hacia tres camiones cisterna aparcados, explicando cuál había que utilizar.

—Van a ponerle combustible —dijo Jason—. Volverá a despegar. Subamos a él.

El asesino se volvió, con cara —aquella cara— suplicante.

—¡Por el amor de Dios, dame un cuchillo, algo!

—Nada.

—Puedo ayudar.

—Este espectáculo es mío, mayor. Con un cuchillo podrías rajarme la barriga. No hay nada que hacer, muchacho.

—*Da long xia!* —gritó la misma voz frente al hangar, describiendo a los funcionarios del gobierno como grandes cangrejos—. *Fang song* —continuó, diciendo a todos que se tranquilizasen, que el avión se alejaría de la terminal y el

primero de los tres camiones cisterna debía ir a su encuentro.

Los funcionarios descendieron y el avión describió un círculo y empezó a volver a la pista, mientras la torre daba instrucciones al piloto sobre dónde debía repostar. Llegó el camión, saltaron unos hombres y empezaron a desplegar las mangueras.

—Tardarán unos tres minutos —dijo el asesino—. Es la versión china de un DC-Tres venido a más.

El avión se detuvo y callaron los motores mientras acercaban a las alas escaleras rodantes y subían por ellas varios hombres. Abrieron los depósitos de combustible y encajaron las bocas entre la constante cháchara de los equipos de mantenimiento. De pronto volvió a abrirse la puerta del centro del fuselaje y las escaleras metálicas bajaron hasta el suelo. Salieron dos hombres de uniforme.

—El piloto y su oficial de vuelo —dijo Bourne—, y no van a estirar las piernas. Están comprobando lo que hace esa gente. Vamos a calcular con mucho cuidado, mayor, y cuando yo diga «muévete», te mueves.

—Derecho a la puerta —asintió el asesino—. Cuando el oficial de vuelo llegue al primer escalón.

—Más o menos.

—¿Diversión?

—¿De qué modo?

—La tuya de anoche no estuvo mal. Celebraste por tu cuenta el Cuatro de Julio.

—No serviría. Además, los gasté todos. Un momento: el camión cisterna.

—Si lo vuelas, te cargas el avión. Además, no podrías calcular cuándo vuelven esos tipos a bordo.

—No es ese camión —dijo Jason, negando con la cabeza y mirando fijamente más allá del comando—; es aquel de allí. —Bourne hizo un gesto hacia el más cercano de los dos camiones rojos que tenían frente, a unos cuarenta metros—. Si explota, la primera orden que darán será sacar de ahí el avión.

—Y nosotros estaríamos mucho más cerca que ahora. Vamos a ello.

—No —corrigió Jason—; lo harás tú. Exactamente como yo te diga, y con mi pistola a pocas pulgadas de tu cabeza. ¡Muévete!

Con el asesino delante, salieron corriendo hacia el camión, protegidos por la escasa luz y el ajetreo en torno al avión. El piloto y su oficial de vuelo recorrían los motores con sus linternas y daban órdenes impacientes a los de mantenimiento. Bourne ordenó al comando agacharse mientras se arrodillaba sobre la mochila abierta y sacaba el rollo de gasa. Tomó el cuchillo de caza de su cinturón, quitó una manguera enrollada del soporte, dejándola caer al suelo, y deslizó la mano izquierda hasta la

base por donde se unía al depósito.

—Vigíalos —dijo al comando—. ¿Qué tiempo nos queda? Y muévete despacio, mayor. Te estoy vigilando.

—Te dije que quería desentenderme. ¡No voy a fastidiarlo ahora!

—Claro que quieres salir de esto, pero tengo el pálpito de que preferirías ir solo.

—No se me había ocurrido.

—Entonces no eres mi hombre.

—Muchas gracias.

—No, lo digo en serio. A mí se me hubiese ocurrido. ¿Cuánto tiempo más?

—Entre dos y tres minutos, calculo.

—¿Y calculas bien?

—Veintitantas misiones en Omán, Yemen y más al sur con un avión muy parecido en estructura y mecanismo. Lo sé todo, tío. De dos a tres minutos, no más.

—Bien. Vuelve aquí. —Jason hizo una pequeña incisión en la manguera, lo suficiente para permitir que saliese un chorro continuo de gasolina, pero lo bastante pequeño para que la bomba apenas funcionase. Se puso de pie y apuntó al asesino con su pistola mientras le daba el rollo de gasa—. Saca unos seis pies y empápala en el combustible que se escapa de ahí. —El asesino se arrodilló y siguió las instrucciones de Bourne—. Ahora —continuó Jason—, mete el extremo en el corte de la manguera. Más... *Más...* ¡Usa el pulgar!

—¡Bueno tengo el brazo!

—¡Pero la mano izquierda no! ¡Aprieta más fuerte!

Bourne miró rápidamente hacia el avión. Había acabado de repostar. El cálculo del comando había sido preciso. Los hombres estaban bajándose de las alas y volviendo a enrollar las mangueras en el camión. El piloto y el oficial de vuelo hacían ya su última comprobación. ¡Se dirigirían a la puerta en menos de un minuto! Jason sacó cerillas del bolsillo y las arrojó enfrente del asesino, apuntándole con su arma a la cabeza.

—Enciéndelo. *¡Ahora!*

—¡Explotará como un cartucho de nitroglicerina! ¡Nos va a mandar a los dos al cielo, sobre todo a mí!

—¡No si lo haces bien! Apoya la gasa en la hierba; está húmeda.

—¿Para retardar la llama?

—¡Date prisa!

—¡Hecho! —La llama saltó del extremo de la tira de tela, e inmediatamente retrocedió y comenzó su marcha gradual por la gasa—. Puñetero técnico —dijo para sí el comando mientras se incorporaba.

—Ponte delante de mí —ordenó Bourne mientras se colgaba la mochila del cinturón—. Empieza a caminar derecho. Disminuye tu estatura y encoge los hombros como hiciste en Lo Wu.

—¡Cristo! ¿Estabas...?

—¡Muévete!

El camión cisterna empezó a separarse del avión. Describió un círculo en torno a las escaleras rodantes y se dirigió hacia la izquierda, más allá de donde estaba aparcado el primer camión rojo... para torcer de nuevo, ahora a la derecha, por detrás de ambos camiones estacionados e ir a colocarse junto a aquel en el que la llama se encaminaba hacia el depósito de combustible. Jason tenía los ojos clavados en la gasa encendida. ¡Había brotado ya la llama final! Bastaba con que saltase una chispa a la llave de purga que goteaba y el tanque al explotar enviaría metal ardiente a los vulnerables caparazones de sus hermanos. ¡En cualquier momento!

El piloto hizo un gesto a su oficial de vuelo y marcharon juntos hacia la puerta.

—¡Más deprisa! —aulló Bourne—. ¡Prepárate para correr!

—¿Cuándo?

—Ya lo sabrás. ¡Mantén los hombros bajos! ¡Dobla el espinazo, maldita sea! —Giraron a la derecha, hacia el avión, pasando por entre el personal de mantenimiento que volvía al hangar—. *Gong ju ne?* —gritó Jason, riñendo a un colega por haberse dejado un valioso juego de herramientas junto al avión.

—*Gong ju?* —exclamó un hombre que venía al final, cogiendo a Bourne del brazo mientras sostenía en alto una caja de herramientas. Sus ojos se encontraron y en la cara del hombre de mantenimiento se dibujó el asombro—. *Tian a!* —gritó.

Y ocurrió. El camión cisterna explotó, y envió al cielo erráticas nubes de fuego mientras trozos de metal retorcido perforaban el espacio por encima y a los lados del vehículo en llamas. Los de mantenimiento gritaron y corrieron en todas direcciones, la mayoría en busca de la protección del hangar.

—¡*Corre!* —gritó Jason. El asesino no necesitaba que se lo dijesen. Ambos hombres corrieron hacia la puerta del avión, donde el piloto, que había ya subido, miraba afuera asombrado mientras el oficial de vuelo permanecía paralizado en la escalera—. *Kuai!* —aulló Bourne, manteniendo la cara en las sombras y obligando al comando a bajar la cabeza contra los escalones de metal—. *Jiu feiji...!* —añadió, diciendo al piloto que saliese de la zona del incendio por la seguridad del avión; que él era de mantenimiento y se ocuparía de cerrar la puerta.

Estalló un segundo camión, y la doble muralla de explosivos dio lugar a una verdadera erupción volcánica que escupía fuego y metal.

—¡Tiene razón! —gritó en chino el piloto, agarrando a su copiloto por la camisa y arrastrándolo dentro. Ambos corrieron por el corto pasillo hasta la cabina.

Era el momento, pensó Jason.

—¡Sube! —ordenó al comando mientras el estallido del tercer camión volvía a llenar de fuego la madrugada.

—¡Está bien! —aulló el asesino, levantando la cabeza y enderezando el cuerpo para subir de un salto a la escalerilla. Después, de pronto, mientras tenía lugar otra explosión ensordecedora y rugían ya los motores del avión, el comando giró en redondo en la escalera y su pie derecho se estrelló contra la inglete de Bourne, mientras su mano avanzaba para desviar el arma.

Jason estaba preparado. Golpeó con el cañón el tobillo del asesino y a continuación con un revés como un latigazo lo alcanzó en la sien. Manó la sangre mientras el comando caía hacia atrás, dentro del fuselaje. Bourne subió a saltos las escaleras y a patadas introdujo aún más el cuerpo inconsciente del impostor en el piso metálico. Tiró de la puerta para cerrarla y la aseguró. El avión empezó a moverse y en seguida giró a la izquierda para alejarse del centro llameante del peligro. Jason arrancó la mochila de su cinturón, sacó un segundo trozo de cuerda de nylon y ató las muñecas del asesino a dos brazos de asiento ampliamente separados. No había modo de que el comando pudiese soltarse por sí solo —a Bourne no se le ocurría ninguno—, pero, por si acaso, Jason cortó la cuerda atada a los tobillos del asesino, le separó las piernas y le ató los pies a las sujeciones de sendos asientos separados por el pasillo.

Se incorporó y fue hacia la cabina. El avión iba ya por la pista, y de pronto dejaron de oírse los motores. Estaba deteniéndose frente a la terminal, donde podía verse al grupo de funcionarios del gobierno observando los crecientes incendios que tenían lugar a menos de cuatrocientos metros hacia el norte.

—*Kai ba!* —dijo Bourne, poniendo el cañón de su automática contra la nuca del piloto. El copiloto se dio la vuelta en su asiento, y Jason habló en claro mandarín mientras movía su arma—. Observen sus instrumentos y prepárense para despegar. Después denme los mapas.

—¡No nos autorizarán! —gritó el piloto—. ¡Tenemos que recoger a cinco miembros de una comisión!

—¿Para dónde?

—Para Baoding.

—Eso es al norte —dijo Bourne.

—Al noroeste —corrigió el copiloto.

—Bien. Pongan rumbo sur.

—¡No lo permitirán! —exclamó el piloto.

—Su primer deber es salvar el avión. Usted no sabe lo que está ocurriendo ahí fuera. Puede ser sabotaje, una revuelta, un levantamiento... Haga lo que le digo o los dos son hombres muertos. Sus vidas me tienen sin cuidado.

El piloto volvió la cabeza y miró a Jason.

—¡Usted es un occidental! ¡Habla chino pero es occidental! ¿Qué está haciendo?

—Requisando este avión. Tiene libre mucha pista. ¡Despegue! ¡Hacia el sur! Y deme los mapas.

Volvían los recuerdos, sonidos lejanos, visiones lejanas, truenos lejanos.

—¡Snake Lady, Snake Lady! ¡Conteste! ¿Cuáles son las coordenadas de su sector?

Iban rumbo a Tam Quan y Delta no pensaba romper el silencio. *Él* sabía dónde estaban, y eso era lo único que importaba. El alto mando de Saigón podía irse al infierno; él no estaba dispuesto a dar a los centros de escucha norvietnamitas el menor indicio de adonde iban.

—¡Si no quiere o no puede responder, Snake Lady, permanezca por debajo de los seiscientos pies! ¡Les habla un amigo, so estúpidos! ¡No tienen muchos aquí abajo! Por encima de los seiscientos cincuenta su radar los localizará.

—Lo sé, Saigón, y lo sabe mi piloto, aunque no le guste, y aun así no romperé el silencio.

—¡Snake Lady, los hemos perdido por completo! ¿Sabe alguno de los deficientes mentales de esa misión leer un mapa fotográfico?

—Sí, sé leerlo muy bien, Saigón. ¿Creéis que iba a subir con mi equipo confiando en ninguno de vosotros? ¡Maldito sea, ahí abajo está mi hermano! ¡Yo no soy importante para vosotros, pero él sí lo es!

—¡Está loco, occidental! —aulló el piloto—. ¡En nombre de los espíritus! ¡Éste es un avión muy pesado y estamos apenas sobre las copas de los árboles!

—Mantenga el morro levantado —dijo Bourne, estudiando un mapa—. Déjese caer y vuelva a ganar altura, con eso basta.

—¡Eso es también una locura! —gritó el copiloto—. ¡Una corriente descendente a este nivel y nos vamos al bosque!

—Los informes meteorológicos de su radio dicen que no se prevé ninguna turbulencia.

—¡Eso es arriba —exclamó el piloto—, no aquí abajo! ¡Usted no comprende los riesgos!

—¿Qué decía el último parte de Jinan? —preguntó Jason, sabiéndolo de sobra.

—Han estado tratando de localizar este vuelo rumbo a Baoding —dijo el oficial—. Llevan así tres horas, y ahora están buscando por los montes Hengshui... Grandes espíritus, ¿por qué se lo digo? ¡Usted mismo lo oyó! ¡Habla mejor que mis padres, y eso que eran cultos!

—Dos puntos para las Fuerzas Aéreas de la República. Está bien; haga un giro de ciento sesenta grados en dos minutos y medio y suba a mil pies de altitud. Estaremos sobre el agua.

—¡Donde estaremos será al alcance de los japoneses! ¡Nos derribarán!

—Saque bandera blanca... O, mejor aún, yo hablaré por radio. Ya pensaré algo. Tal vez incluso nos escolten hasta Kowloon.

—¡Kowloon! —chilló el oficial de vuelo—. ¡Nos fusilarán!

—Es muy posible —asintió Bourne—. Pero no a mi lado —añadió—. Bien mirado, tengo que llegar allí sin ustedes. No puedo permitir que me roben la escena.

—¡No está diciendo más que cosas absurdas! —exclamó el piloto, exasperado.

—Usted límitese a hacer un giro de ciento sesenta grados cuando yo se lo diga. — Jason estudió la velocidad aerodinámica, valiéndose del mapa, y calculó la distancia que necesitaba. Abajo, por la ventanilla, veía alejarse la costa de China. Miró su reloj; habían pasado noventa segundos—. Haga ya el giro, capitán.

—¡Lo hubiese hecho de todos modos! —exclamó el piloto—. No pertenezco al viento divino, al kamikaze. No vuelo a mi muerte.

—¿Ni siquiera por su celestial gobierno?

—Menos aún.

—Los tiempos cambian —dijo Bourne, concentrado una vez más en el mapa aéreo—, y las cosas también.

—¡Snake Lady, Snake Lady! ¡Regrese! Si puede oírme, salga de ahí y vuelva al campamento base. ¿Me entiende? ¡Regrese!

—¿Qué hacemos, Delta?

—Seguir volando, mister. Dentro de tres minutos podrá salir de aquí.

—Eso yo. ¿Qué hay de usted y su gente?

—Lo conseguiremos.

—Es usted un suicida, Delta.

—No me diga... Está bien; que todo el mundo compruebe su paracaídas y se prepare para saltar. Que alguien ayude a Eco, que le ponga la mano en la cuerda.

—Dérasonnable!

La velocidad aerodinámica permanecía constante, a unas 370 millas por hora. La ruta elegida por Jason, volando a baja altitud a través del estrecho de Formosa —entre

Longhai y Shantou en la costa de China y Hsinchu y Fegshan en Taiwan—, tenía algo más de 1.435 millas, de modo que el cálculo de cuatro horas, minuto más o menos, parecía razonable. Las islas exteriores situadas al norte de Hong Kong serían visibles en menos de media hora. Durante el vuelo, los habían interceptado dos veces por radio, una desde la guarnición nacionalista de Quemoy y la otra desde un avión que patrullaba frente a Raoping. En ambas ocasiones se encargó Bourne de contestar a la llamada, para explicar en el primer caso que estaban en misión de búsqueda de un barco averiado que traía mercancías taiwanesas al continente, y en el segundo, en tono más amenazador, que como Parte de las Fuerzas de Seguridad del Pueblo exploraban la costa a la caza de embarcaciones contrabandistas que parecían haber pasado desapercibidas para las patrullas de Raoping. Para esta última comunicación no sólo estuvo desagradablemente arrogante, sino que usó el nombre y el número de identificación oficial, altamente secreto, de un conspirador muerto que descansaba bajo una limusina rusa en el refugio de aves de Jing Shan. Si ambos interpelantes se lo creyeron o no carecía, como esperaba, de importancia. Lo cierto es que ninguno de los dos quiso perturbar el *statu quo*. Bastante complicada era ya la vida. *Deja hacer, deja pasar. ¿Qué peligro hay en ello?*

—¿Dónde está su equipo? —preguntó Jason, dirigiéndose al piloto.

—¡Lo estoy pilotando! —replicó el hombre mientras estudiaba sus instrumentos, visiblemente sobresaltado a cada nuevo ruido en la radio, que precedía a la comunicación de algún avión comercial—. Como no sé si sabrá, no tengo plan de vuelo. ¡Podríamos estar a punto de colisionar con una docena de aviones!

—Vamos demasiado bajos y la visibilidad es muy buena. Confiaré en sus ojos para que no se dé contra nadie.

—¡Está usted loco! —exclamó el copiloto.

—Por el contrario, estoy a punto de volver a entrar en la cordura. ¿Dónde está su equipo de emergencia? Tal como construyen ustedes las cosas, no puedo imaginar que no lo lleven.

—¿A qué se refiere? —preguntó el piloto.

—Balsas salvavidas, cohetes de señales... paracaídas.

—¡Grandes espíritus!

—¿Dónde?

—En el compartimiento trasero; la puerta a la derecha de la cocina.

—Es sólo para los funcionarios —añadió en tono severo el copiloto—. Si hay problemas, se les reparte.

—Muy razonable —dijo Bourne—. ¿Quién si no iba a ocuparse de su economía?

—¡Qué locura!

—Me voy a popa, caballeros, pero mi pistola seguirá apuntando hacia aquí. Mantenga el rumbo, capitán. Tengo mucha experiencia y soy muy sensible; puedo notar la más mínima variación en el aire, y si la noto son hombres muertos. ¿Entendido?

—¡Loco!

—No me diga.

Jason se levantó de la cabina y fue hacia la cola por entre el fuselaje, pasando sobre su prisionero atado y despatarrado, que había renunciado a tratar de soltarse y tenía la herida de la sien izquierda cubierta de costras de sangre seca.

—¿Cómo va eso, mayor?

—Cometí un error. ¿Qué más quieres?

—Tu cuerpo serrano en Kowloon; eso es lo que quiero.

—¿Para que algún hijo de perra pueda ponerme frente a un pelotón de fusilamiento?

—Eso es cosa tuya. Pero estoy empezando a atar cabos, y algún hijo de perra podría darte incluso una medalla si juegas tus cartas como es debido.

—Se te dan muy bien los jeroglíficos, Bourne. ¿Qué significa eso?

—Si tienes suerte, ya lo descubrirás.

—¡Muchas gracias!

—No me las des a mí. Fuiste tú quien me dio la idea, muchacho. Te pregunté si durante tu entrenamiento habías aprendido a pilotar uno de estos chismes. ¿Recuerdas lo que me contestaste?

—¿Qué?

—Me dijiste que sólo sabías cómo saltar de ellos.

—¡Mierda!

El comando, con el paracaídas firmemente sujeto a su espalda, estaba muy tieso entre dos asientos, con las piernas atadas a las muñecas y la mano derecha agarrada a la cuerda de lanzamiento.

—Pareces un crucificado, mayor, sólo que deberías tener los brazos extendidos.

—Por Dios santo, ¿quieres hablar con sentido?

—Perdóname. Mi otro yo está siempre tratando de expresarse. ¡No hagas ninguna estupidez, bastardo, o sales por esa puerta! ¿Comprendido?

—Comprendido.

Jason fue a la cabina, se sentó, cogió el mapa y habló al oficial de vuelo.

—¿Cómo vamos? —preguntó.

—En Hong Kong dentro de seis minutos si no nos damos contra nadie.

—Tengo la mayor confianza en usted, pero, deserción aparte, no podemos aterrizar en Kai-tak. Ponga rumbo al norte, hacia los Nuevos Territorios.

—*Aiya!* —chilló el piloto—. ¡Cruzaremos el radar! ¡Los locos gurkas dispararán sobre todo lo que huela aunque sea remotamente a continente!

—No si no lo descubren, capitán. Permanezca por debajo de los seiscientos pies hasta la frontera, y después pase sobre las montañas en Lo Wu. Puede hacer contacto por radio con Shenzen.

—Y, en nombre de los espíritus, ¿qué les digo?

—Que le han secuestrado; eso es todo. Compréndalo. No puedo permitir que vengan conmigo. No podemos aterrizar en la colonia. Atraerían la atención hacia una persona muy tímida... y su acompañante.

Los paracaídas se abrieron de golpe sobre ellos y la cuerda de veinte metros que los conectaba con sus cinturones se tensó al viento, mientras el avión tomaba rumbo norte, hacia Shenzen.

Aterrizaron en aguas de una piscifactoría, al sur de Lok Ma Chau. Bourne tiró de la cuerda, atrayendo hacia sí al asesino atado, mientras los propietarios del vivero gritaban desde los bordes de su estanque cuadrado. Jason alzó una mano en la que mostraba más dinero del que marido y mujer podían ganar en un año.

—¡Somos desertores! —gritó—. ¡Desertores ricos! ¿A quién le importa?

No le importaba a nadie, y mucho menos a los propietarios del criadero.

—*Mgoi! Mgoissaai!* —repetían, dando gracias a las extrañas criaturas rosa caídas del cielo, mientras Bourne arrastraba al asesino fuera del agua.

Ya sin sus ropas chinas, y con las muñecas del comando atadas a su espalda, Bourne y su cautivo alcanzaron la carretera que iba al sur, hacia Kowloon. Sus ropas mojadas iban secándose rápidamente bajo el calor del sol, pero su aspecto no atraería a los pocos vehículos que pasaban por la carretera y menos aún a los que podían querer recoger a unos autoestopistas. Era un problema que había que resolver, que resolverlo de forma rápida y precisa. Jason estaban agotado; apenas podía andar y su concentración iba desvaneciéndose. Un paso en falso y podría perder... ¡Pero no! ¡Ahora no!

Los campesinos, en su mayoría mujeres viejas, se arrastraban a lo largo de las cunetas, con sus rostros arrugados por el sol ocultos por los enormes sombreros negros de ala ancha y los hombros cansados soportando los balancines de los que colgaban cestos llenos. Algunos miraban con curiosidad a los desaliñados occidentales, pero sólo de pasada; su mundo no era amigo de sorpresas. Ya era

bastante con sobrevivir, les decían sus recuerdos.

Recuerdos... Estudíalo todo. Encontrarás algo que puedas utilizar.

—Túmbate —dijo Bourne al asesino—. Al borde de la carretera.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque si no lo haces no vas a seguir viendo la luz ni tres segundos más.

—¡Pensé que querías mi cuerpo serrano en Kowloon!

—Si es preciso lo llevaré frío. ¡Abajo! ¡De espaldas! A propósito, puedes gritar todo lo que quieras; nadie va a entenderte. Incluso podrías estar ayudándome.

—¡Cristo! ¿Por qué?

—Estás en pleno trauma.

—¿Qué?

—¡Túmbate! ¡Ahora!

El asesino se echó al suelo, rodó sobre la espalda y se quedó mirando al sol, jadeante.

—Oí al piloto —dijo—. ¡Eres un jodido maníaco!

—Cada uno lo interpreta como quiere, mayor.

De pronto Jason salió a la carretera y empezó a gritar a los campesinos.

—Jiu ming! Qing bangmang!

Rogaba a los viejos supervivientes que ayudasen a su compañero herido, que tenía la espalda rota o las costillas aplastadas. Buscó en la mochila y sacó dinero, explicándoles que cada minuto contaba, que necesitaba asistencia médica lo antes posible. Si podían ayudarles, les pagaría bien por su amabilidad.

Los campesinos se precipitaron como un solo hombre, con ojos no en el paciente sino en el dinero, olvidando los balancines en el suelo y sin volver a recoger los sombreros que se llevaba el viento.

—*Na gunzi lai!* —aulló Bourne, pidiendo unas tablillas o unos simples palos que sostuviesen rígido al lisiado.

Las mujeres corrieron a los campos y volvieron con largos tallos de bambú, de los que desprendieron fibras que podían servir además de mullida cama al pobre hombre. Tras culminar su tarea entre vociferantes expresiones de simpatía, y a pesar de las protestas en inglés del paciente, aceptaron el dinero de Bourne y siguieron su camino.

Excepto una. Ésa divisó un vehículo que llegaba del norte.

—*Duo shao qian?* —dijo, preguntándole a Jason al oído cuánto pagarían.

—*Ni shuo ne* —respondió Bourne, pidiéndole que dijera ella el precio.

Lo dijo, y Delta aceptó. La mujer salió al medio de la carretera con los brazos extendidos y la camioneta se detuvo. Una segunda negociación con el conductor y

cargaron al asesino boca arriba y atado al bambú. Detrás subió Jason.

—¿Cómo le va, mayor?

—Esta cosa está llena de patos piojosos —gritó el comando, mirando a los montones de jaulas de un olor nauseabundo que había por todas partes.

Ése fue el momento que una de las aves, en su infinita sabiduría, eligió para lanzar un chorro de excremento a la cara del asesino.

—La próxima parada, Kowloon —dijo Jason Bourne cerrando los ojos.

Capítulo 30

Sonó el teléfono. Marie giró en redondo en su asiento, pero la detuvo la mano alzada de Mo Panov. El médico cruzó la habitación del hotel, cogió el aparato de la mesilla y habló.

—¿Sí? —dijo en voz baja. Frunció la frente mientras escuchaba, pero al darse cuenta de que su expresión podía alarmar al paciente miró a Marie y sacudió la cabeza, disipando con un gesto cualquier urgencia que ella hubiese podido atribuir a la llamada—. Está bien. —Y después, al cabo de casi un minuto—: No nos moveremos de aquí hasta que sepamos de usted; pero tengo que preguntarle algo, Alex, y perdone que sea tan directo: ¿Ha estado bebiendo? —Panov se estremeció mientras separaba momentáneamente el teléfono de la oreja—. Mi única respuesta es que me sobran amabilidad y experiencia para especular con sus antecedentes. Hablaré con usted más tarde.

Colgó.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Marie, medio fuera de su asiento.

—Mucho más de lo que podía contarme ahora, pero fue suficiente. —El psiquiatra hizo una pausa, mirando a Marie—. Catherine Staples ha muerto. La abatieron a balazos enfrente de su casa hace unas horas...

—Dios mío...

—Ese enorme oficial de Inteligencia —continuó Panov—; el que vimos en la estación de Kowloon y a quien tú llamabas mayor y Staples identificó como un hombre llamado Lin Wenzu.

—¿Qué pasa con él?

—Está gravemente herido y en situación crítica en el hospital. Es desde allí desde donde llamaba Conklin.

Marie estudió la cara de Panov.

—¿Hay relación entre la muerte de Catherine y Lin Wenzu, verdad?

—Sí. Cuando mataron a Staples, se vio bien claro que se habían infiltrado en la operación...

—¿Qué operación? ¿Quién se ha infiltrado?

—Alex dijo que todo eso vendría después. Sea como sea, las cosas están al rojo vivo y ese Lin puede haber dado su vida para acabar con la infiltración, «neutralizándola», dijo Conklin.

—Por Dios —exclamó Marie, con los ojos muy abiertos y la voz al borde de la histeria—. Operaciones, infiltraciones, neutralizar, Lin, e incluso Catherine, una amiga

que se volvió en contra mía. ¡No me importa nada todo eso! ¿Qué hay de David?

—Dicen que se fue a China.

—¡Dios mío, lo han matado! —exclamó Marie, saltando de su asiento.

Panov se precipitó hacia ella, la tomó por los hombros y la apretó con fuerza hasta conseguir que su cabeza cesase en sus sacudidas espasmódicas, insistiendo en silencio en que lo mirase.

—Déjame decirte lo que me ha dicho Alex... ¡Escúchame!

Poco a poco, jadeando, como tratando de encontrar un momento de claridad en su confusión y su agotamiento, Marie quedó inmóvil mirando fijamente a su amigo.

—¿Qué? —susurró.

—Dijo que en cierto modo se alegraba de que David estuviese allá arriba, allí fuera, porque en su opinión tenía mayores posibilidades de sobrevivir.

—¿Tú lo crees? —exclamó la esposa de David Webb mientras se le inundaban los ojos de lágrimas.

—Tal vez. Conklin dijo que aquí en Hong Kong David podría ser muerto a tiros o apuñalado en una calle concurrida. Las multitudes, dijo, son a la vez un enemigo y un amigo. No me preguntes dónde encuentra esa gente sus metáforas, no lo sé.

—¿Qué diablos estás tratando de decirme?

—Lo que me contó Alex. Dijo que a David le habían hecho volver, le habían obligado a ser alguien que quería olvidar. También dijo que nunca hubo nadie como Delta. David Webb era Delta, Marie. Por mucho que quisiera alejarlo de su mente, fue Delta. Jason Bourne fue sólo una idea posterior, un producto del dolor que tuvo que infligirse a sí mismo, pero sus técnicas las puso a punto siendo Delta. En algunos aspectos conozco a tu marido tan bien como tú.

—En ésos, mucho mejor, estoy segura —dijo Marie, apoyando la cabeza en el pecho de Morris Panov—. Había tantas cosas de las que no quería hablar... Estaba demasiado asustado, o demasiado avergonzado. ¡Por Dios, Mo! ¿Volverá a mí?

—Alex cree que Delta volverá.

Marie se apartó del psiquiatra y le miró a los ojos. A través de las lágrimas, su mirada era rígida.

—¿Y qué hay de David? —preguntó con un susurro lastimero—. ¿Volverá él?

—No puedo responder a eso. Ojalá pudiese.

—Comprendo. —Marie soltó a Panov, fue a uno de los ventanales y miró abajo, a las calles congestionadas y chillonamente iluminadas—. Preguntaste a Alex si había estado bebiendo. ¿Por qué, Mo?

—Lamenté en seguida haber dicho esas palabras.

—¿Porque le ofendiste?

—No; porque sabía que las oirías y querías una explicación, y yo no podría negártela.

—¿Y bien?

—Fue por lo último que me dijo. En realidad fueron dos cosas. Dijo que te equivocabas con Staples...

—¿Que me equivocaba? Estaba allí. Lo vi. ¡Oí sus mentiras!

—Trataba de protegerte sin que te invadiese el pánico.

—¡Más mentiras! ¿Cuál fue la otra?

Panov habló sencillamente, con los ojos clavados en los de Marie.

—Alex dijo que, a pesar de lo absurdo que parecía todo, en realidad no lo era tanto.

—¡Dios mío, está con ellos!

—No del todo. No va a decirles dónde estás, dónde estamos. Me dijo que debíamos estar preparados para irnos a los pocos minutos de su próxima llamada. No puede arriesgarse a volver aquí. Teme que lo sigan.

—De modo que otra vez a correr... sin tener adonde ir más que a un nuevo escondite. Y para colmo nos hemos quedado sin armadura. Resulta que nuestro lisiado san Jorge matadragones se ha pasado al enemigo.

—Eso no es justo, Marie. No es lo que él me dijo, ni lo que yo te dije.

—¡Tonterías, doctor! ¡Mi marido está ahí fuera, o allá arriba! ¡Están utilizándolo, matándolo, sin decirnos por qué! Sí, claro, puede, sólo puede, sobrevivir, porque es terriblemente bueno en lo que hace, en lo que hacía, que casualmente era lo que más despreciaba; pero ¿qué va a quedar del hombre y de su mente? Tú eres el experto, doctor. ¿Qué va a quedar de él cuando vuelvan todos los recuerdos? ¡Y si no vuelven no sobrevivirá!

—Ya te dije que no puedo contestar a eso.

—¡Eres terrible, Mo! Lo tuyo sólo son opiniones cuidadosamente matizadas, pero ni una sola respuesta, ni siquiera proyecciones disimuladas. No haces más que echar balones fuera. ¡Deberías haber sido economista! ¡Equivocaste la vocación!

—Me equivoqué en un montón de cosas, puede que incluso cuando tomé el avión para Hong Kong.

Marie se quedó inmóvil, como si acabase de recibir un golpe, y en seguida, entre una nueva oleada de lágrimas, corrió hacia Panov y lo abrazó.

—¡Lo siento, Mo! ¡Perdóname!

—Soy yo quien debería disculparse —dijo el psiquiatra—. Era un tiro fácil. —

Echó la cabeza de Marie hacia atrás y le acarició suavemente el pelo gris con mechas blancas—. ¡Señor, no puedo soportar esta peluca!

—No es una peluca, doctor.

—Mi licenciatura en Sears Roebuck no incluyó la cosmetología.

—Sólo el cuidado de los pies.

—Son más fáciles que las cabezas, te lo aseguro.

Sonó el teléfono. Marie abrió la boca y Panov contuvo el aliento mientras volvía lentamente la cabeza hacia el odioso timbre.

—¡Vuelve a intentar eso o algo parecido y eres hombre muerto! —rugió Bourne agarrándose al dorso de la mano, cuya carne iba oscureciéndose por la fuerza del golpe. El asesino, que llevaba las muñecas atadas disimuladas bajo las mangas de la chaqueta, se había lanzado contra la puerta del hotelucho y consiguió pillar la mano izquierda de Jason contra el marco.

—¿Qué diablos esperas que haga? —aulló el ex comando británico—. ¿Entrar tranquilamente en la noche sonriendo a mi pelotón de fusilamiento?

—De modo que también eres lector de retrete —dijo Bourne, mientras veía cómo el asesino se agarraba la caja torácica en el sitio donde el pie de Jason le había asestado un golpe—. Tal vez sea el momento de preguntarte por qué estás en el oficio, del que yo nunca formé parte realmente. ¿Por qué, mayor?

—¿De verdad le interesa, mister Auténtico? —gruñó el asesino dejándose caer en un viejo sillón que había contra la pared—. Entonces me toca a mí preguntar por qué.

—Quizá porque nunca me entendí a mí mismo —dijo David Webb—. En eso soy de lo más sensato.

—¡Oh, lo sé todo acerca de ti! Formaba parte del entrenamiento del Francés. ¡El gran Delta estaba loco! A su mujer y sus hijitos los mató un avión en el agua, en un sitio llamado Phnom Penh. El civilizadísimo profesor se volvió loco, nadie podía controlarlo, y a nadie le importaba un comino, porque él y los equipos a los que dirigía hacían más daño que todos los destacamentos de búsqueda y destrucción juntos. Saigón decía que era un suicida, y, desde su punto de vista, cuanto más mejor. Querían que tú y la basura que mandabas recibieseis vuestro merecido. Preferían que no volviesses. ¡Eras un engorro!

Snake Lady, Snake Lady... Habla un amigo, estúpidos. No tenéis muchos aquí abajo... ¡Regrese!

—Lo sé, al menos en parte —dijo Webb—. Te preguntaba por qué tu.

Los ojos del asesino se agrandaron mientras miraba fijamente sus muñecas atadas. Cuando habló, su voz era apenas un susurro, un eco de sí misma, algo irreal.

—¿Porque soy un psicópata, so hijo de perra! Lo sé desde que era un niño. Las ideas repugnantes y oscuras, los cuchillos clavados a animales sólo para ver sus ojos y sus bocas. Violar a la hija de un vecino, la niña de un vicario, porque sabía que no podría decir nada, y después ponerme a su lado en la calle y acompañarla hasta el colegio. Tenía yo once años. Y más tarde, en Oxford, durante las novatadas, tener a un chaval bajo el agua, cerca de la superficie, hasta que casi se ahogaba, para ver sus ojos, su boca, y después volver a clase y destacar en aquellas bobadas al alcance de cualquier pobre tonto. *Allí* fui un chico modelo, como correspondía al hijo de mi padre.

—¿Nunca buscaste ayuda?

—¿Ayuda? ¿Con un nombre como Allcott-Price?

—¿Allcott...? —Bourne, pasmado, miró fijamente a su prisionero—. ¿El general Allcott-Price? ¿El genio precoz de Montgomery en la segunda guerra mundial? ¿«Degollina Allcott», el hombre que mandó el ataque de flanco en Tobruk y más tarde barrió en Italia y Alemania? ¿El Patton inglés?

—Yo no había nacido entonces. Fui un producto de su tercera esposa... quizá de la cuarta, por lo que sé. En eso era muy liberal, me refiero a las mujeres.

—D'Anjou me contó que nunca le habías dicho tu verdadero nombre.

—¿Y estaba en lo cierto! El general, mientras saboreaba su brandy en su club en St. James, había hecho correr la voz: «¡Matadlo! Matad la mala semilla y no divulgáis el nombre. No es parte de mí; esa mujer era una puta.» Pero sí soy parte de él, y lo sabe. Sabe de dónde me vienen esos gustos, el sádico bastardo, y los dos tenemos un montón de menciones por hacer lo que más nos gusta hacer.

—¿Entonces él sabía lo de tu enfermedad?

—Lo sabía... lo sabe. Me mantuvo fuera de Sandhurst, que es nuestro West Point, por si no te suena, porque no me quería cerca de su precioso ejército. Se figuraba que iban a descubrirme y eso podía estropear su preciosa imagen. Casi le da una apoplejía cuando me incorporé. No volverá a dormir tranquilo hasta que le digan en secreto que estoy muerto y no queda ni rastro de mí.

—¿Por qué me dices a mí quién eres?

—Muy sencillo —replicó el ex comando, perforando con sus ojos los de Jason—. Tal como yo lo veo, y vayan como vayan las cosas, sólo uno de nosotros va a conseguir salvarse. Voy a hacer cuanto pueda por ser yo, te lo aseguro; pero puede que no ocurra así, porque no eres ningún patán, y en tal caso tendrás un nombre con el que puedes hacer temblar al mundo, y probablemente ganar mucho dinero en el teatro y con los derechos cinematográficos, ya sabes.

—Entonces el general puede dormir el resto de su vida a pierna suelta.

—¿Dormir? ¡Probablemente se volará los sesos! No me has escuchado. Te dije que se lo dirían en secreto, y no quedaría ni rastro ni se hablaría de nombres. Pero de este modo no habrá tal secreto. Saldrá todo al sol, como las bragas de Maggie, y sin disculpas por mi parte. Sé lo que soy y lo acepto. Algunos somos diferentes. Digamos que somos antisociales. Es un modo de decirlo; otro es violento hasta la médula, y otro, podrido. La única diferencia en mi caso es que soy lo bastante inteligente para saberlo.

—Y aceptarlo.

—¡Y revolcarme en ello! Mirémoslo de este modo: si pierdo y llega a saberse mi historia, ¿a cuántos antisociales practicantes pondrá en acción? ¿Cuántos otros tipos *diferentes* andan por ahí a los que les haría felices ocupar mi lugar, como yo ocupé el tuyo? Este cochino mundo está lleno de Jason Bournes. Dirígelos, dales ideas, y acudirán en tropel a la fuente y se pondrán en marcha. En eso residía el genio del Francés. ¿No lo ves?

—Veo basura, eso es lo único que veo.

—Y no exageras. Eso es lo que verá el general, un reflejo de sí mismo, y tendrá que vivir con ello, que ahogarse en ello.

—Si él no quería ayudarte, deberías haberte ayudado tú mismo, comprometido tú mismo. Eres lo bastante listo para saberlo.

—¿Y acabar con la diversión, con esa especie de borrachera? ¡Impensable, amigo! Uno sigue adelante y busca la unidad más zurrada del ejército, esperando que ocurra el accidente que acabará con todo antes de que te clasifiquen como lo que eres. Yo encontré esa unidad, pero el accidente no llegó nunca. Por desgracia, la competencia saca lo mejor que hay en cada uno de nosotros. Sobrevivimos porque alguien no quiere que sobrevivamos. Y además está el trago. Eso nos da confianza, incluso el valor necesario para hacer las cosas que no estamos seguros de poder hacer.

—No cuando estás trabajando.

—Claro que no, pero los recuerdos siguen ahí, la bravata del whisky que te dice que puedes hacerlo.

—Falso.

—No del todo. Sacas la fuerza de donde puedes.

—Eres dos personas. A una la conoces, a la otra no... o prefieres no conocerla.

—¡Falso! —repitió ahora el comando—. Él no estaría ahí si yo no encontrase placer en ello, no te hagas ilusiones. Y tampoco te engañes a ti mismo, mister Auténtico. Estarías mucho mejor si me metieses una bala en la cabeza, porque pienso

llevarte por delante. Te mataré si puedo.

—Me pides que destruya algo con lo que no puedes vivir.

—¡Corta el rollo, Bourne! ¡No sé tú, pero yo me divierto! ¡No quiero vivir sin eso!

—Me lo has vuelto a pedir.

—¡Cierra el pico, cabrón!

—Otra vez.

—¡Cállate!

El asesino salió lanzado de su asiento. Jason avanzó dos pasos y volvió a disparar su pie derecho, que golpeó de nuevo las costillas del comando, mandándolo al asiento. Allcott-Price gritó de dolor.

—No pienso matarte, mayor —dijo tranquilamente Bourne—, pero te haré desear estar muerto.

—Concédeme un último deseo —tosió el asesino, sujetándose el pecho con las manos atadas—. Incluso yo he hecho eso por algunos. Puedo soportar una bala inesperada, pero no la guarnición de Hong Kong. Me colgarían bien entrada la noche, cuando no haya nadie por allí sólo para hacerlo de manera oficial, como mandan las ordenanzas. Me pondrían una gruesa cuerda alrededor del cuello y me harían subirme a un estrado. *¡No puedo soportarlo!*

Delta sabía cuándo cambiar de velocidad.

—Ya te lo dije. Puede no ser eso lo que te espera. No tengo tratos con los británicos de Hong Kong.

—¿Que no tienes *qué*?

—Lo diste por supuesto, pero yo nunca lo dije.

—¡Estás mintiendo!

—Me parece que tienes menos talento del que suponía, que por cierto no era mucho.

—Lo sé. ¡No puedo pensar geométricamente!

—Desde luego que no.

—Entonces eres un *premium man*, lo que vosotros los norteamericanos llamáis un cazador de recompensas, pero trabajas por tu cuenta.

—Sí, en cierto sentido. Y sospecho que el hombre que me mandó tras de ti puede querer contratarte, no matarte.

—Dios mío...

—Y mi precio fue alto. Muy alto.

—Entonces estás en el oficio.

—Sólo por esta vez. No podía rehusar la recompensa. Sigue acostado.

—¿Qué?

—Ya me has oído.

—Tengo que ir al retrete.

—Te invito —replicó Jason, yendo hasta la puerta del cuarto de baño y abriéndola

—. No es uno de mis deportes favoritos, pero estaré observándote. —El asesino se alivió con la pistola de Bourne apuntándolo. Al acabar, volvió a la pequeña y pobre habitación de aquel hotel barato del sur del Mongkok—. A la cama —dijo otra vez Bourne, haciéndole señas con su arma—. Échate boca abajo y separa las piernas.

—A ese marica que está detrás del mostrador de abajo le encantaría oír esta conversación.

—Puedes telefonarle más tarde, fuera de las horas de trabajo. Échate. ¡*Rápido!*

—Siempre tienes prisa...

—Más de la que nunca entenderás.

Jason levantó la mochila del suelo, la puso sobre la cama y sacó las cuerdas de nylon, mientras el asesino se arrastraba hasta encima de la sucia colcha. Noventa segundos después los tobillos del comando estaban atados a los muelles metálicos traseros de la cama, y su cuello rodeado por la fina cuerda blanca, anudada a los muelles de enfrente. Por último Bourne sacó el almohadón y lo ató alrededor de la cabeza del mayor, tapándole ojos y oídos y dejándole sólo la boca libre. Con las muñecas atadas bajo su cuerpo, el asesino volvía a estar inmovilizado. Pero ahora su cabeza empezó a moverse en súbitas sacudidas y su boca se tensaba con cada espasmo. Una extremada ansiedad había invadido al ex mayor Allcott-Price. Jason reconoció los síntomas con total imparcialidad.

El hotel que había conseguido encontrar no tenía refinamientos tales como un teléfono. La única comunicación con el mundo exterior era un golpe en la puerta, que podía significar la policía o un cansino recepcionista que informaba al huésped de que si la habitación seguía ocupada una hora más tendría que pagar otro día completo. Bourne fue hasta la puerta, salió sin hacer ruido al sórdido pasillo y se encaminó al teléfono de monedas, que le habían dicho estaba al final.

Había confiado el número a la memoria, esperando —rezando para que así ocurriese— que llegaría el momento de marcarlo. Lo hizo ahora, tras meter una moneda, con el aliento entrecortado y la sangre afluyendo precipitadamente a su cabeza.

—*Snake Lady!* —dijo, estirando las dos palabras con un áspero y rotundo subrayado—. *Snake Lady, Snake...!*

—*Quing, quing* —interrumpió una voz impersonal, hablando rápidamente en chino—. Ha habido una interrupción temporal del servicio en muchos teléfonos de esta central. El servicio será reanudado muy pronto. Esto es una grabación... *Quing, quing*...

Jason colgó. Mil ideas fragmentadas, como espejos rotos, chocaban en su cabeza. Volvió rápidamente por el mal alumbrado corredor, pasando junto a una puta que contaba dinero en un umbral. La mujer le sonrió, llevándose las manos a la blusa, y Jason negó con la cabeza y corrió a su habitación. Esperó quince minutos, inmóvil junto a la ventana, escuchando los sonidos guturales que salían de la garganta de su prisionero. Volvió a la puerta y salió otra vez sin hacer ruido. Fue hasta el teléfono, echó una moneda y marcó.

—*Quing*... —Volvio a colgar de golpe el teléfono, con las manos pendientes a las costados y los músculos de su mandíbula trabajando furiosamente mientras pensaba en la maltrecha «mercancía» que había traído para intercambiar por su mujer. Descolgó el teléfono por tercera vez y, utilizando su última moneda, marcó la *O*—. Telefonista —empezó en chino—, ¡es una emergencia! Es muy urgente que hable con el siguiente número. —Se lo dio, mientras su voz se alzaba con un pánico apenas dominado—. He oído la grabación que explica que hay dificultades en la línea, pero se trata de una emergencia.

—Un minuto, por favor. Intentaré ayudarle.

Siguió un silencio, con cada segundo lleno de un eco creciente en su pecho, que resonaba como un redoblar de tambores que iba acelerándose. Sentía punzadas en las sienes, y tenía la boca seca y la garganta ardiente, mientras le invadía una nueva fiebre.

—La línea está temporalmente fuera de servicio —dijo una segunda voz femenina.

—¿La línea? ¿Esa línea?

—Sí, señor.

—¿No hay «muchos teléfonos» en la central?

—Usted pidió a la telefonista un número concreto; no sé nada de otros números. Si los tiene, con mucho gusto los comprobare.

—¿La grabación decía claramente *muchos* teléfonos, y sin embargo usted me dice que se trata de una línea! ¿Está diciéndome que no puede confirmar una... avería múltiple?

—¿Una qué?

—¿Si hay un montón de teléfonos estropeados tienen computadoras que señalan los puntos averiados! ¡Ya le dije a la otra telefonista que se trata de una emergencia!

—Si es médico, con mucho gusto llamaré a una ambulancia. Si quiere darme su dirección...

—¡Quiero saber si hay un montón de teléfonos estropeados o es sólo uno! ¡Necesito saberlo!

—Me llevará algún tiempo reunir esa información, señor. Son más de las nueve de la noche y los talleres de reparaciones tienen un personal reducido...

—¡Pero pueden decirme si hay un problema de zona, maldita sea!

—Por favor, señor, no me pagan para que me traten así.

—¡Lo siento, lo siento mucho!... ¿Dirección? ¡Sí, la dirección! ¿Qué dirección tiene el número que le di?

—No es pública, señor.

—¡Pero usted la tiene!

—En realidad no, señor. En Hong Kong las normas de confidencialidad son de lo más estricto. En mi pantalla sólo aparecen las palabras «no público».

—¡Se lo repito! ¡Se trata realmente de un asunto de vida o muerte!

—Entonces deje que llame a un hospital. Ah, señor, espere por favor. Tenía usted razón. En mi pantalla veo ahora que los últimos dígitos del número que me dio están entrecruzándose, de modo que averías está intentando corregir el problema.

—¿Hacia dónde cae ese número?

—El prefijo es «cinco», de modo que está en la isla de Hong Kong.

—¡Más concreto! ¿En qué parte de la isla?

—Los dígitos de los números telefónicos no tienen nada que ver con calles o lugares concretos. Me temo que no puedo ayudarle más, a no ser que quiera darme su dirección para poder enviarle una ambulancia.

—¿Mi dirección? —dijo Jason desconcertado, agotado, al borde del pánico—. No, creo que no voy a dársela.

Edward Newington McAllister se inclinó sobre la mesa mientras la mujer volvía a colgar el teléfono. Estaba visiblemente afectada, y su rostro oriental pálido por la tensión de la llamada. El subsecretario de Estado colgó también su teléfono al otro lado del escritorio. Tenía un lápiz en la mano derecha y una dirección escrita en un bloc ante él.

—Ha estado usted maravillosa —dijo, acariciando el brazo de la mujer—. Lo tenemos. Lo hemos cogido. Lo entretuvo el tiempo suficiente, mucho más del que él hubiese permitido en otras épocas, y la localización está confirmada. Al menos el edificio, y con eso basta. Es un hotel.

—Habla muy bien el chino. El dialecto es más bien del Norte, pero se ajusta al

Guangdong hua. Tampoco confiaba en mí.

—No importa. Pondremos gente alrededor del hotel, en todas las entradas y salidas. Está en la calle llamada Shek Lung.

—Debajo del Mongkok, en el Yau Ma Tei, concretamente —dijo la intérprete—. Probablemente no hay más que una entrada, por la que sacan la basura todas las mañanas.

—Tengo que llamar a Havilland al hospital. ¡No debería haber ido allí!

—Parecía muy ansioso.

—Son las últimas declaraciones —dijo McAllister, marcando—. Información vital de un moribundo. Está permitido.

—No entiendo a ninguno de ustedes. —La mujer se levantó mientras el subsecretario daba la vuelta y se sentaba en su silla—. Puedo seguir sus instrucciones, pero no les comprendo.

—Dios mío, me olvidé. Tiene que irse. Lo que voy a tratar es muy secreto. Se lo agradecemos mucho y puedo asegurarle que tiene nuestra gratitud y, estoy seguro, una gratificación, pero me temo que debo pedirle que se vaya.

—Encantada, señor —dijo la intérprete—. Y puede olvidarse de la gratitud, pero, por favor, incluya la gratificación. Fue lo más importante que aprendí en Economía Ocho de la Universidad de Arizona.

La mujer salió.

—*¡Emergencia!* ¡Servicios de la policía! —McAllister casi gritó por el teléfono—. El embajador, por favor. ¡Es urgente! No, no hacen falta nombres, gracias, y llévelo a un teléfono donde podamos hablar en privado.

El subsecretario se masajeó la sien izquierda, penetrando más y más en el cuero cabelludo hasta que Havilland se puso al teléfono.

—¿Sí, Edward?

—Ha llamado. La cosa funcionó. ¡Sabemos dónde está! Un hotel en el Yau Ma Tei.

—Rodéelo, pero no haga ningún movimiento. Conklin tiene que comprender. Si se huele lo que cree es un cebo envenenado, dará marcha atrás, y si no tenemos a la esposa no tenemos a nuestro asesino. ¡Por el amor de Dios, no lo estropee, Edward! ¡Todo debe ser secreto... y muy, muy delicado! La próxima orden podría muy bien ser «irrecuperable».

—¡No estoy acostumbrado a esas palabras, señor embajador!

Hubo una pausa, y cuando Havilland habló lo hizo con frialdad.

—Sí, sí lo está, Edward. Protesta usted demasiado, en eso tenía razón Conklin. Podía haber dicho que no al comienzo, allá en Sangre de Cristo, en Colorado. Pudo

haberse marchado, pero no lo hizo; era incapaz. En ciertos aspectos es usted igual que yo... sin mis ventajas coyunturales, por supuesto. Pensamos más y mejor que otros, y nos sustentamos de nuestras manipulaciones. Nos llenamos de orgullo a cada progreso en nuestro juego de ajedrez humano, en el que cada jugada puede tener consecuencias terribles para otros, porque creemos en algo. La cosa acaba convirtiéndose en una droga, y los cantos de sirena son en realidad una llamada a nuestro amor propio. Tenemos nuestros pequeños poderes gracias a nuestros grandes intelectos. Admítalo, Edward..., yo lo admito. Y si le hace sentirse algo mejor, diré que yo lo dije antes. Alguien tiene que hacerlo.

—Me molestan las conferencias fuera de contexto.

—Será la última. Límitese a hacer lo que le digo. Cubra todas las salidas de ese hotel, pero informe a sus hombres de que no hay que hacer movimientos visibles. Su Bourne va a alguna parte, y hay que seguirlo discretamente, sin tocarlo bajo ninguna circunstancia. Tenemos que tener a la mujer antes de hacer contacto.

Morris Panov descolgó el teléfono.

—¿Sí?

—Ha ocurrido algo. —Conklin hablaba deprisa y en voz baja—. Havilland salió de la sala de espera para atender una llamada urgente. ¿Pasa algo ahí?

—No, nada. Sólo hemos estado charlando.

—Estoy preocupado. Los hombres de Havilland podrían haberlos encontrado.

—¡Dios mío! ¿Cómo?

—Recorriendo todos los hoteles de la colonia en busca de un hombre blanco que cojea, así de sencillo.

—Pagó usted al empleado para que no dijese nada a nadie. Le dijo que era una reunión de negocios confidencial, perfectamente normal.

—Ellos pueden pagar también y decir que es un asunto confidencial del gobierno que puede acarrearles generosas recompensas o que les hagan la vida imposible ¿Adivina quién tendrá preferencia?

—Creo que exagera —protestó el psiquiatra.

—No me importa lo que usted crea, doctor; sólo salgan de ahí. Ahora mismo. Olvide el equipaje de Marie... si es que tiene alguno. Váyanse tan deprisa como puedan.

—¿Y a dónde?

—Donde haya mucha gente, pero donde yo pueda encontrarlos.

—¿Un restaurante?

—Llevo muchos años fuera y aquí cambian de nombre cada veinte minutos. Los

hoteles también están descartados; se vigilan con demasiada facilidad.

—Si es verdad lo que cree, Alex, está tardando demasiado...

—¡Estoy pensando!... Está bien. Cojan un taxi hasta el pie de Nathan Road, en Salisbury. ¿Lo ha entendido? *Nathan y Salisbury*. Allí verán el hotel Península, pero no entren. A la calle que va hacia el norte la llaman la Milla de Oro. Paseen por el lado derecho, el lado este, sin pasar de las cuatro primeras manzanas. Los buscaré allí tan pronto como pueda.

—Está bien. Nathan y Salisbury, las primeras cuatro manzanas hacia el norte, por la derecha... Alex, ¿está seguro de que es lo que usted dice, verdad?

—Por dos motivos. Para empezar, Havilland no me pidió que fuese con él para saber de qué «emergencia» se trataba, y eso no era lo convenido. Y si la emergencia no son usted y Marie, quiere decir que Webb ha hecho contacto. En tal caso, no voy a quedarme sin lo único que tengo para negociar, que es Marie. No sin garantías a la vista, y mucho menos con el embajador Raymond Havilland. ¡Y ahora, salgan de ahí!

¿Algo va mal! ¿Qué era? Bourne había vuelto al sucio cuarto del hotel y estaba a los pies de la cama observando a su prisionero, cuyo tic era ahora más pronunciado y cuyo cuerpo en tensión reaccionaba espasmódicamente a cada movimiento nervioso. ¿Qué era? ¿Por qué le preocupaba tanto la conversación con la telefonista de Hong Kong? Había estado educada y solícita; incluso toleró sus malos modos. Entonces ¿qué ocurría? Y de pronto le llegaron palabras de un pasado largo tiempo olvidado, palabras dichas hacía años a una desconocida telefonista sin rostro, sólo con una voz irritada.

Le he pedido el número del consulado de Irán.

Está en la guía. Nuestras centralitas están llenas y no tenemos tiempo para ese tipo de consultas. *Clic. Se acabó.*

¡Eso era! Las telefonistas de Hong Kong tenían fama de ser, justificadamente, las más perentorias del mundo. No perdían el tiempo, por mucho que insistiera el cliente. La sobrecarga de trabajo de aquella congestionada y frenética megalópolis financiera no lo permitía. Y sin embargo la segunda telefonista había sido la tolerancia en persona... *No sé nada de otros números. Si los tiene, con mucho gusto los comprobaré... Si quiere darme su dirección... A no ser que quiera darme su dirección...* ¡La dirección! Y, sin considerar realmente el asunto, había respondido instintivamente. *No, creo que no voy a dársela.* De lo profundo de su ser había brotado la alarma.

¡Localización! Habían jugado con él, manteniéndolo en la línea el tiempo suficiente para aplicar un localizador electrónico a su llamada. Los teléfonos públicos

eran los más difíciles de localizar. Primero se determina el barrio, después la casa y por último el aparato en concreto, pero entre el primer paso y el último transcurrían sólo minutos o fracciones de minuto. ¡Habría estado hablando el tiempo suficiente!, y, en tal caso, ¿hasta dónde habrían llegado? ¿Al barrio, al hotel, al propio teléfono de pago? Jason trató de reconstruir su conversación con la telefonista, con la segunda telefonista, que era cuando habría empezado la localización. A una marcha enloquecedora, frenética, pero con toda la precisión de que pudo echar mano, trató de recordar el ritmo de las palabras, de las voces, y se dio cuenta de que cuando él aceleraba ella ralentizaba. *Me llevará algún tiempo... En realidad, no, señor. Las normas de confidencialidad son de lo más estricto en Hong Kong...* ¡Toda una conferencia! *Ah, señor, espere por favor. Tenía usted razón... En mi pantalla veo ahora...* Una explicación apaciguadora, para ganar tiempo. ¡*Tiempo!* ¿Cómo pudo permitirlo? ¿Cuánto...?

Noventa segundos, dos minutos como máximo. La medida del tiempo era para él un instinto, un simple recordar ritmos. Pongamos dos minutos. Suficientes para determinar un barrio, e incluso para localizar un sitio, pero, dados los centenares de miles de kilómetros de líneas interurbanas, probablemente insuficientes para dar con un teléfono concreto. Por alguna razón que se le escapaba acudieron a él imágenes de París, y después perfiles borrosos de cabinas telefónicas mientras Marie y él corrían de una a otra por las deslumbrantes calles parisinas, haciendo llamadas ciegas, ilocalizables, con la esperanza de desenmarañar el enigma que era Jason Bourne. *Cuatro minutos. ¡Se tarda ese tiempo, pero tenemos que salir de la zona! ¡Ya lo tendrán!*

—Los hombres del taipán —si es que, para empezar, *existía* un enorme y obeso taipán— podían haber localizado el hotel, pero era improbable que hubiesen hecho otro tanto con el teléfono público o con el piso. Y había otro espacio de tiempo a considerar, que podía trabajar para él si a su vez él trabajaba deprisa. Si habían conseguido la localización y descubierto el hotel, a los cazadores les llevaría algún tiempo llegar al Mongkok, suponiendo que estuviesen en Hong Kong, como indicaba el prefijo telefónico. En ese momento la clave era la velocidad. ¡*Rápido!*

—La venda se queda, mayor, pero tú te vas —dijo al asesino mientras soltaba rápidamente la mordaza y los nudos de los muelles del somier, enrollaba las tres cuerdas de nylon y las metía en la chaqueta del comando.

—¿Qué? ¿Qué has dicho?

Bourne alzó la voz.

—Levántate. Vamos a dar un paseo. —Jason cogió la mochila, abrió la puerta y

observó el pasillo. Un borracho entró tambaleándose en una de las habitaciones de la izquierda y cerró de un portazo. A la derecha el corredor estaba libre, hasta el teléfono y la salida de incendios que había más allá—. Muévete —ordenó Bourne empujando a su prisionero.

La salida de incendios habría sido rechazada por los inspectores a la primera ojeada. El metal estaba corroído y las barandillas se doblaban al hacer presión. Si uno tenía que escapar de un incendio habría sido preferible una caja de escalera llena de humo. Aun así, si permitía descender en la oscuridad sin desplomarse eso era lo que importaba. Jason agarró al comando por la solapa y lo llevó por los crujientes escalones de metal hasta que llegaron al primer descanso. Más allá había una escalera suspendida sobre un callejón. La caída hasta la acera no tenía más de dos metros, fácilmente salvables para bajar y, cosa más importante, para volver a subir.

—Que duermas bien —dijo Bourne, apuntando en medio de la penumbra y estrellando sus nudillos en la base del cráneo del comando.

El asesino se derrumbó sobre la escalera, y Bourne sacó las cuerdas y lo ató a los peldaños y a la barandilla. Después tiró hacia abajo del almohadón, cubrió la boca del impostor y la ató más fuerte. Los ruidos nocturnos del Yau Ma Tei de Hong Kong y del cercano Mongkok sofocarían fácilmente los gritos que consiguiese dar Allcott-Price... si se despertaba antes de que lo despertase Jason, lo que era dudoso.

Bourne se descolgó por la escalera, y fue a caer en el estrecho callejón sólo segundos antes de que apareciesen tres hombres jóvenes que doblaron la esquina viniendo a la carrera de la concurrida calle Sin aliento, se incrustaron en las sombras de un quicio mientras Jason permanecía de rodillas, confiaba en que fuera de su vista. Más allá de la entrada del callejón pasaron gritando los perseguidores otro grupo de jóvenes. Los tres primeros salieron del oscuro quicio y se fueron corriendo en dirección contraria. Bourne se incorporó fue a toda prisa a la entrada del callejón y se volvió a mirar la salida de incendios. No se veía al asesino.

Después tropezó simultáneamente con dos cuerpos que corrían. Mientras salía rebotado contra la pared, sólo pudo suponer que formaban parte del grupo que perseguía a los que se habían ocultado allí; pero uno de ellos sostenía amenazadoramente un cuchillo en la mano. Jason no necesitaba aquel enfrentamiento, ¡no podía permitírselo! Antes de que el muchacho se diese cuenta de lo que ocurría, Bourne lo agarró por la muñeca y se la retorció hasta que le obligó a soltar el cuchillo con un grito de dolor.

—¡Fuera de aquí! —gritó Jason en cantonés—. ¡Vuestra banda no es enemigo para quienes son vuestros mayores de edad, dignidad y gobierno! Si volvemos a

veros por aquí, vuestras madres no tendrán más recompensa por sus trabajos que un cadáver. ¡Fuera!

—*Aiya!* ¡Buscamos ladrones! ¡Espías del Norte! Roban...

—¡Fuera!

Los muchachos huyeron del callejón y desaparecieron entre la gente. Bourne sacudió la mano, la que el asesino había tratado de aplastar con la puerta del hotel. En su ansiedad se había olvidado del dolor. Era el mejor modo de soportarlo.

Levantó la vista hacia el ruido... hacia los ruidos. Dos sedanes oscuros llegaron a toda velocidad por la calle Shek Lung y se detuvieron enfrente del hotel. Se veía a la legua que eran oficiales. Jason observó angustiado mientras se apeaban unos hombres, dos del primero, tres del que iba detrás.

¡Dios mío, Marie! ¡Vamos a perder! ¡Moriremos por mi culpa!

Esperaba que los cinco hombres se precipitasen dentro del hotel, interrogasen al recepcionista, tomasen posiciones e iniciaran sus maniobras. Se enterarían de que a los ocupantes de la habitación 301 no se les había visto salir; por tanto, era de suponer que siguiesen arriba. Antes de un minuto irrumpirían en la habitación y segundos más tarde descubrirían la salida de incendios. ¿Podría hacerlo? ¿Podría volver a trepar, soltar al asesino, bajarlo hasta el callejón y huir? ¡Tenía que hacerlo! Echó una última ojeada antes de volver corriendo hasta la escalera.

Se detuvo. Algo ocurría, algo inesperado, totalmente inesperado. El primer hombre que se había apeado del coche delantero se había quitado la chaqueta —la etiqueta oficial— y aflojado la corbata. Se pasó la mano por el pelo, despeinándose, y marchó —¿con paso inseguro?— hacia la entrada del hotel. Sus cuatro compañeros iban dispersándose, mirando hacia las ventanas, dos a la derecha, dos a la izquierda, hacia el callejón... hacia él. ¿Qué estaba ocurriendo? Esos hombres no actuaban como podía esperarse de ellos. Se comportaban como delincuentes, como mafiosos disponiéndose a llevar a cabo un asesinato en el que no querían verse mezclados, a tender una trampa ideada por otros. Santo Dios, ¿se habría equivocado Alex Conklin allá en el aeropuerto Dulles, en Washington?

Interpreta el guión. ¡Puedes hacerlo, Delta!

No había tiempo. No quedaba tiempo para seguir pensando. No había preciosos instantes que perder pensando en la existencia o la no existencia de un enorme y obseso taipán, demasiado de opereta para ser real. Los dos hombres que se dirigían hacia él habían descubierto el callejón y echaron a correr hacia allí, hacia la «mercancía», hacia la destrucción y la muerte de cuanto a Jason le era más caro en este podrido mundo que de buena gana dejaría si no fuese por Marie.

Los segundos se fraccionaron en milisegundos de violencia premeditada, a la vez aceptada y denostada. David Webb fue reducido al silencio mientras Jason Bourne volvía a asumir el mando. *¡Apártate de mí! ¡Ya no nos queda más que esto!*

El primer hombre cayó, doliéndose de la caja torácica y sin voz a causa de un golpe en el cuello. Al segundo le concedió un trato preferente. Era vital que estuviese consciente, alerta incluso, para lo que siguió. Arrastró a ambos hasta las sombras más profundas del callejón, les rasgó la ropa con el cuchillo, les ató pies y manos y los amordazó con tiras de su propio atuendo.

Mientras le sujetaba los brazos bajo sus rodillas y le pegaba el cuchillo a la órbita del ojo, Bourne dio un ultimátum al segundo hombre.

—¡Mi mujer! ¿Dónde está? ¡Dímelo ahora mismo o perderás el ojo, y después el otro! ¡Te los voy a sacar, *Zhongguo ren*, créeme!

Le arrancó la mordaza.

—¡Nosotros no somos tus enemigos, *Zhangfu*! —gritó el oriental en inglés, utilizando la palabra cantonesa que significa marido—. ¡Hemos estado tratando de encontrarla! ¡Estamos por todas partes!

Jason miró al hombre que tenía a sus pies, con el cuchillo temblándole en la mano, latidos en las sienes y su galaxia personal a punto de explotar y llover de los cielos más fuego y más dolor del que podía imaginar.

—*Marie*! ¿Qué habéis hecho con ella? ¡Me dieron una garantía! ¡Traía la mercancía e iban a devolverme a mi mujer! ¡Iba a oír su voz por teléfono, pero el teléfono no funciona! ¡Por el contrario, me localizaron y de pronto estáis aquí, pero mi mujer no! ¿Dónde está?

—Si lo supiese, estaría aquí con nosotros.

—¡Mentiroso! —exclamó Bourne, subrayando la palabra.

—No le miento, señor, ni debería matarme por no mentirle. Se escapó del hospital.

—¿Del hospital?

—Estaba enferma y el médico insistió. ¡Yo estaba allí, frente a su habitación, vigilándola! Estaba débil, pero se fue...

—¿Enferma? ¿Débil? ¿Sola en Hong Kong? ¡Dios mío!, ¿la habéis matado?

—¡No, señor! Nuestras órdenes eran atenderla en todo...

—Nuestras órdenes... Pero no las de vuestro taipán. Él seguía otras, las que ya habían dado antes en Zurich, y en París, y en la calle 71 de Nueva York. Estuve allí... estuvimos allí. Y ahora la habéis matado. Me utilizasteis, como la otra vez, y cuando pensasteis que todo había acabado, me la quitasteis. ¿Qué importa la «muerte de una hija más»? Lo que importa es el secreto. —De pronto Jason agarró la cara del hombre

con la mano izquierda y levantó el cuchillo en la derecha—. ¿Quién es el gordo? ¡Dímelo o te lo clavo! ¿Quién es el taipán?

—¡No es un taipán! Se ha educado y entrenado con los británicos; es un oficial muy respetado en el territorio. Trabaja con sus paisanos los norteamericanos. Está en el servicio de Inteligencia.

—Seguro que sí... Siempre ocurre lo mismo. Sólo que esta vez no era el Chacal sino yo. Me movieron por el tablero de ajedrez hasta que no tuve más opción que darme caza a mí mismo... a una extensión de mí mismo, a un hombre llamado Bourne. Cuando lo traiga, matadlo. Y a ella. Saben demasiado.

—¡No! —exclamó el oriental, sudando y con los ojos muy abiertos clavados en la hoja que hacía presión sobre su carne—. ¡Nos dicen muy poco, pero no he oído nada de eso!

—¿Entonces qué estás haciendo aquí?

—¡Vigilar, lo juro! ¡Sólo eso!

—¿Hasta que lleguen los de las pistolas? —dijo heladamente Bourne—. Así vuestros trajes de tres piezas pueden seguir limpios; no habrá sangre en vuestras camisas, ni rastros que lleven hasta las personas sin nombre y sin cara para las que trabajáis.

—¡Se equivoca! ¡Nosotros no somos así, nuestros superiores no son así!

—Te lo digo yo, que he estado allí. Sois así, créeme. Y ahora vas a decirme algo. Sea esto lo que sea, es algo bajo, sucio y totalmente seguro. Nadie monta una operación como ésta sin una base camuflada. ¿Dónde está?

—No le entiendo.

—El cuartel general, o el Campamento Base Uno, o una casa franca, o un centro de mando en clave... como diablos quieras llamarlo. ¿Dónde está?

—Por favor, no puedo...

—Puedes. Y lo harás. Si no, considérate ciego. ¡Venga!

—¡Tengo mujer e hijos!

—También yo los tenía. Estoy perdiendo la paciencia. —Jason se detuvo y redujo levemente la presión del cuchillo—. Además, si estas tan seguro de tener razón, de que tus superiores no son lo que yo digo que son, ¿qué hay de malo? Podemos llegar a un arreglo.

—¡Sí! —aulló asustado el hombre—. ¡Arréglenlo! Son buena gente. ¡No le harán daño!

—No tendrán ocasión —susurró Bourne.

—¿Qué, señor?

—Nada. ¿Dónde está? ¿Dónde está ese cuartel general? ¡En seguida!

—¡En Victoria Peak! La duodécima casa bajando a la derecha, que tiene un muro alto...

Bourne escuchó la descripción de una casa franca, de una mansión tranquila y bien guardada como tantas de un barrio elegante. Oyó lo que tenía que oír; no necesitaba más. Estrelló el pesado mango de hueso del cuchillo en el cráneo de aquel hombre, volvió a ponerle la mordaza y se incorporó. Miró hacia lo alto, hacia la salida de incendios, al casi invisible contorno del cuerpo del asesino.

Quería a Jason Bourne y estaban dispuestos a matar por él. Pues bien, iban a tener dos Jason Bourne y a morir por sus mentiras.

Capítulo 31

El embajador Havilland se enfrentó a Conklin en el pasillo del hospital, frente a la sala de emergencias de la policía. La decisión del diplomático de hablar con el hombre de la CIA en el corredor de blancas paredes se basaba en lo concurrido que estaba. Enfermeras y ayudantes, médicos e internos vagaban por los pasillos consultándose y respondiendo a teléfonos que parecían sonar continuamente, y no era probable que Conklin entablase una discusión acalorada y a voces. La conversación podía ser tensa pero sería tranquila, y el embajador podría exponer mejor sus razones.

—Bourne ha hecho contacto —dijo Havilland.

—Vámonos.

—No podemos. Lin puede morir en cualquier momento, o quizá podamos hablarle. No podemos perder esta oportunidad y el médico sabe que estamos aquí.

—Entonces volvamos a entrar.

—Hay otras cinco personas en la sala, y ni usted ni yo queremos que nos oigan.

—Lo principal es salvar la cara, ¿verdad?

—Tengo que pensar en todos nosotros. No en uno, en dos o en tres, sino en todos.

—¿Qué quiere de mí?

—La mujer, por supuesto. Lo sabe de sobra.

—Lo sé. ¿Qué está dispuesto a ofrecer?

—¡Dios mío! ¡A Jason Bourne!

—Quiero a David Webb, al marido de Marie. Quiero saber que se encuentra vivo y bien en Hong Kong. Quiero verlo con mis propios ojos.

—Eso es imposible.

—Entonces será mejor que me diga por qué.

—Antes de dejarse ver, espera hablar con su esposa inmediatamente después de hacer el contacto. Ése es el acuerdo.

—¡Pero acaba de decirme que ya hizo el contacto!

—Lo hizo, pero nosotros no. No podíamos permitirnoslo sin tener a Marie Webb junto al teléfono.

—¡No entiendo nada! —dijo Conklin enfadado.

—Él había puesto sus condiciones, no muy diferentes de las de usted, lo que es comprensible. Los dos fueron...

—¿Qué condiciones eran ésas? —le interrumpió el hombre de la CIA.

—Si hacia la llamada, significaba que tenía al impostor; ése fue el acuerdo bilateral.

—¡Jesús! ¿«Bilateral»?

—Ambas partes lo aceptaron.

—¡Sé lo que significa!

—Baje la voz. Su condición fue que si no oía a su mujer antes de treinta segundos, quien estuviese al teléfono escucharía un disparo, lo que significaba que el asesino había muerto, que Bourne lo había matado.

—El bueno de Delta... —Los labios de Conklin se contrajeron en una semisonrisa—. No olvidó ni un truco. Y sospecho que había una continuación.

—Sí —dijo fríamente Havilland—. El punto de intercambio ha de ser fijado de mutuo acuerdo...

—¿No bilateralmente?

—¡Cállese! Tiene que poder ver a su esposa andando sola, sin nadie cerca. Cuando esté satisfecho, aparecerá con su prisionero —a punta de pistola, supongo— y se hará el intercambio. Desde el contacto inicial hasta el intercambio deben transcurrir sólo unos minutos; no más de media hora, desde luego.

—Paso ligero que no dé tiempo a montar maniobras extrañas —Conklin asintió con la cabeza—. Pero si ustedes no respondieron, ¿cómo sabe él que ha hecho el contacto?

—Lin puso en ese número un relé que pasaba la comunicación a Victoria Peak. A Bourne se le dijo que la línea está temporalmente fuera de servicio, y cuando trató de conseguir una comprobación, lo que, dadas las circunstancias, tenía que hacer, le pusieron con el Peak. Lo entretuvimos el tiempo suficiente para localizar el teléfono público que usaba. Sabemos dónde está. Nuestra gente va camino de allí con órdenes de no dejarse ver. Si Bourne huele algo, o lo ve, matará a nuestro hombre.

—¿Localizado? —Alex estudió la cara del diplomático, con mirada no amable—. ¿Qué fue lo que les permitió tenerlo al teléfono el tiempo suficiente para eso?

—Se encuentra en un estado de gran ansiedad. Contábamos con ello.

—Webb, tal vez —dijo Conklin—; Delta no, en cuanto piense en ello.

—Seguirá llamando —insistió Havilland—. No tiene elección.

—Puede que sí y puede que no. ¿Cuánto hace de su última llamada?

—Doce minutos.

—¿Y de la primera?

—Una media hora.

—¿Y cada vez que llama ustedes lo saben?

—Sí. La información va a McAllister.

—Telefonéele y vea si Bourne ha vuelto a intentarlo.

—¿Por qué?

—Porque, como usted bien dice, se encuentra en un estado de gran ansiedad y seguirá llamando; no puede evitarlo.

—¿Qué trata de decirme?

—Que pueden haber cometido un error.

—¿Dónde? ¿Cómo?

—No lo sé, pero conozco a Delta.

—¿Qué podría hacer sin ponerse en contacto con nosotros?

—Matar —dijo sencillamente Alex.

Havilland se volvió, miró a lo largo del concurrido pasillo y echó a andar hacia el mostrador de recepción de la planta. Habló brevemente con una enfermera, que asintió con la cabeza, y cogió el teléfono. Habló un momento, colgó y volvió hacia Conklin con el ceño fruncido.

—Es extraño —dijo—. McAllister piensa como usted. Creía que Bourne llamaría cada cinco minutos, si es que esperaba tanto.

—¿Por qué?

—Se le hizo creer que el servicio podía reanudarse en cualquier momento. —El embajador sacudió la cabeza, como rechazando lo improbable—. Estamos todos demasiado tensos. Podría haber muchas explicaciones, desde la falta de monedas para el teléfono a que le hubiera sentado mal algo.

Se abrió la puerta de la sala de emergencias y apareció el médico británico.

—¿Señor embajador?

—¿Lin?

—Un hombre notable. Lo que ha pasado mataría a un caballo, pero son aproximadamente del mismo tamaño y un caballo no puede manifestar deseos de vivir.

—¿Podemos verlo?

—No serviría de nada; sigue inconsciente, removiéndose de vez en cuando pero sin decir nada coherente. Cada minuto que descanse sin empeorar es esperanzador.

—Supongo que comprende lo urgente que es que hablemos con él.

—Sí, mister Havilland, lo comprendo; tal vez más de lo que usted cree. ¿Sabe que yo tuve la culpa de que la mujer se escapase...?

—Lo sé. Me dijeron que si pudo engañarle a usted probablemente sería capaz de engañar al mejor internista de la clínica Mayo.

—Lo dudo, pero me gusta pensar que soy competente. Ahora en cambio me siento como un idiota. Haré cuanto pueda por ayudarles, a usted y a mi buen amigo el mayor

Lin. El juicio fue médico, y el error exclusivamente mío. Si aguanta una hora más, creo que tiene posibilidades de vivir. Si es así, lo reanimaré y podrá interrogarlo, siempre que las preguntas sean breves y sencillas. Si creo que ha empeorado gravemente y está muriéndose también le avisaré.

—Muy amable, doctor. Gracias.

—No podría hacer menos. Es lo que Lin querría. Y ahora volveré con él.

Comenzó la espera. Havilland y Alex Conklin llegaron también a un acuerdo bilateral. La próxima vez que Bourne intentase comunicar con el número de Snake Lady, le dirían que la línea estaría disponible dentro de veinte minutos. Durante ese tiempo trasladarían a Conklin a la casa franca de Victoria Peak, dispuesto para contestar a la llamada. Sería él quien organizase el intercambio, diciendo a David que Marie estaba a salvo y con Morris Panov. Ambos hombres volvieron a la sala de emergencia de la policía y se sentaron frente a frente, y ahora cada minuto en silencio aumentaba la tensión.

Los minutos se hicieron cuartos de hora, y éstos más de una hora. Tres veces llamó el embajador al Peak para preguntar si se sabía algo de Jason Bourne. Nada. El médico británico salió dos veces a informar sobre el estado de Lin. No había cambiado, lo que aumentaba la esperanza. En una ocasión sonó el teléfono de la sala de emergencias y tanto Havilland como Conklin volvieron de golpe la cabeza hacia él, con los ojos clavados en la enfermera que contestaba calmamente. La llamada no era para el embajador. Iba aumentando la tensión entre los dos hombres a medida que se miraban de vez en cuando con un mismo mensaje en sus ojos. *Algo* no marchaba. Algo se les había ido de las manos. Salió un médico chino, se acercó a dos personas que había al final de la habitación, una joven y un sacerdote, y habló con ellos en voz baja. La mujer dio un grito, y después estalló en sollozos y cayó en los brazos acogedores del clérigo. Una nueva viuda de policía. Se la llevaron a decir el último adiós a su marido.

Silencio.

Sonó de nuevo el teléfono, y otra vez el diplomático y el hombre de la CIA clavaron sus ojos en él.

—Señor embajador —dijo la enfermera—, es para usted. El caballero dice que es muy urgente.

Havilland se levantó y fue precipitadamente hacia la mesa, dando las gracias con un gesto mientras cogía el aparato.

Fuera lo que fuese, había ocurrido. Conklin observaba, y nunca pensó que vería lo que ahora veía. La cara del consumado diplomático se puso repentinamente color

ceniza; sus labios finos y usualmente apretados estaban ahora entreabiertos, sus oscuras cejas arqueadas, sus ojos muy abiertos y vacíos. Se volvió y habló a Alex con voz apenas audible; era el susurro del miedo.

—Bourne se ha ido. El impostor se ha ido. Dos de nuestros hombres fueron encontrados atados y con heridas de importancia. —Volvió al teléfono, y sus ojos fueron estrechándose mientras escuchaba—. ¡Oh, Dios mío! —exclamó, volviéndose a Conklin.

Pero el hombre de la CIA ya no estaba allí.

David Webb había desaparecido; sólo quedaba Jason Bourne. Pero éste era a la vez ni más ni menos que el cazador de Carlos el Chacal. Era Delta el depredador, el animal ansioso de venganza por una parte inestimable de su vida que le habían vuelto a arrebatarse. Y, como un depredador vengativo, llevaba a cabo sus movimientos —su logística instintiva— en un estado como de trance, que hacía sus decisiones precisas, sus maniobras letales. Su mirada estaba fija en la presa, y su cerebro humano se había hecho animal.

Vagaba por las sórdidas calles del Yau Ma Tei arrastrando a su prisionero, con las muñecas todavía atadas, buscando lo que necesitaba, pagando miles de dólares por cosas que valían una fracción de esa cantidad. Por el Mongkok corrió la voz acerca del hombre extraño y de su aún más extraño y silencioso compañero, que iba atado y temía por su vida. Se cerraron puertas, pero otras se abrieron para él, puertas reservadas para quienes se dedicaban al contrabando —drogas, putas importadas, joyas, oro y materiales de destrucción, engaño y muerte—, y advertencias exageradas acompañaban a lo que se decía de aquel hombre obseso que llevaba miles de dólares encima.

Está loco y es blanco y no tardará en matar. Se dice que ya ha cortado el cuello a dos que no se portaron bien con él. Se rumorea que un Zhongguo ren fue muerto a tiros porque le engañó en un trato. Está loco; dale lo que quiera. Paga a tocateja. ¿Y a quién le importa? No es asunto nuestro. Déjalo que vaya y que venga; límitate a coger el dinero.

A media noche Delta tenía ya las herramientas de su mortífero oficio, y el éxito ocupaba el primer plano en la mente del medusiano. Tenía que conseguirlo. Matar lo era todo.

¿Dónde estaba Eco? Necesitaba a Eco. ¡El viejo Eco era su talismán de la buena suerte!

Eco había muerto, degollado por un loco con una espada ceremonial en un apacible bosque, lleno de pájaros. Recuerdos.

Eco.

Marie.

¡Los mataré por lo que os hicieron!

Paró un desvencijado taxi en el Mongkok y, enseñando dinero, pidió al taxista que se apease.

—¿Qué pasa, señor? —preguntó el hombre en un inglés chapurreado.

—¿Cuánto vale su coche?

—No comprendo.

—¿Cuánto? ¡Dinero! ¡Por su coche!

—¡*Tú feng kuang!*

—*Bu!* —gritó Delta, diciendo al taxista que no estaba desequilibrado—. ¿Cuánto quiere por su coche? —continuó en chino—. Mañana por la mañana puede decir que se lo han robado. La policía lo encontrará.

—¡Es mi única fuente de ingresos y tengo una familia numerosa! ¡Está usted loco!

—¿Qué le parecen cuatro mil norteamericanos?

—*Aiya!* ¡Cójalo!

—*Quai!* —Jason pedía al taxista que se diese prisa—. Ayúdeme a subir a este enfermo. Tiene el baile de San Vito y debe estar atado para que no se haga daño.

El dueño del taxi, sin apartar los ojos de los grandes billetes que veía en la mano de Bourne, ayudó a Jason a echar al asesino en el asiento trasero, sujetándolo mientras el hombre de Medusa le pasaba las cuerdas de nylon alrededor de los tobillos, las rodillas y los codos y volvía a amordazarlo y a taparle los ojos con las tiras de tela arrancadas de la funda de almohada barata del hotel. Incapaz de comprender lo que gritaban en chino, el prisionero sólo podía ofrecer resistencia pasiva. Lo peor no era el castigo inflingido a sus muñecas con cada movimiento de protesta sino algo que veía mientras miraba fijamente a su captor. Había un cambio en el verdadero Jason Bourne; había entrado en otro mundo, mucho más oscuro. Había muerte en los largos períodos de silencio del medusiano, la había en sus ojos.

Mientras conducía por el congestionado túnel que lleva de Kowloon a la isla de Hong Kong, Delta se preparaba para el asalto, imaginando los obstáculos a los que iba a enfrentarse, evocando las contramedidas que iba a emplear. Todo exagerado y excesivo, preparándose así para lo peor.

Lo mismo había hecho en la jungla de Tam Quan. No había nada que no hubiese considerado, y los había sacado de allí, a todos menos a uno, un trozo de basura, un hombre que no tenía alma sino ansia de oro, un traidor capaz de vender las vidas de sus camaradas por una pequeña ganancia. Era allí donde había empezado todo, en la

jungla de Tam Quan. Delta había ejecutado al trozo de basura, volado su sien con una bala mientras comunicaba por radio su posición al Vietcong. Aquella basura era un miembro de Medusa llamado Jason Bourne, al que dejó pudrirse en la jungla de Tam Quan. El fue el comienzo de la locura. Pero Delta había conseguido sacar a todos los demás, incluido un hermano suyo al que no conseguía recordar. Los había sacado a través de doscientas millas de territorio enemigo porque había estudiado las probabilidades e imaginado las improbabilidades, mucho más importantes para su huida, porque habían ocurrido y su mente estaba preparada para lo inesperado. Ahora era lo mismo. No había nada que una casa franca de Victoria Peak pudiese montar que él no fuera capaz de superar. La muerte sería contestada con la muerte.

Vio el alto muro de la mansión y pasó frente a él conduciendo despacio, despreocupadamente, como lo haría un invitado o un turista no muy seguro del camino que debía tomar por aquella calle señorial. Vio brillar el cristal de los reflectores ocultos y observó el alambre de espino enrollado sobre el muro. Había dos hombres de guardia detrás de las enormes puertas. Estaban entre sombras, pero la tela de su uniforme de campaña de marines reflejaba la luz. Un error. Deberían haberla oscurecido o reemplazado por un atuendo menos militar. El alto muro hacía esquina a la derecha y después la piedra continuaba hasta donde alcanzaba la vista. La casa franca no pasaba desapercibida para un ojo entrenado. Para el inocente era sin duda la residencia de un diplomático importante, quizás un embajador, que necesitaba protección porque corrían malos tiempos. El terrorismo campaba en todas partes; se tomaban rehenes y las operaciones disuasorias estaban a la orden del día. Al atardecer se servían cócteles entre las risas discretas de una élite que movía gobiernos, pero fuera las armas estaban dispuestas, disimuladas en la oscuridad, listas para disparar. Delta comprendió. Por eso traía consigo su abultada mochila.

Dejó el viejo coche a un lado de la carretera. No necesitaba esconderlo; no pensaba volver. ¿Para qué? Marie había muerto y todo había acabado. Cuantas vidas había vivido habían terminado. David Webb, Delta, Jason Bourne eran el pasado. Sólo quería paz. El dolor había superado los límites de su resistencia. Paz. Pero primero debía matar. A sus enemigos, a los de Marie, a todos los enemigos de los hombres y las mujeres que en todas partes eran manipulados por personas sin nombre ni rostro. Había que darles una lección. Pequeña, desde luego, porque los expertos darían explicaciones asépticas, hechas plausibles gracias a palabras complicadas y medias verdades distorsionadas. Mentiras. *Evitar las dudas, acallar las preguntas, fingirse tan ultrajados como las propias víctimas y marchar al son de los tambores del consenso. El objetivo lo es todo, y los insignificantes jugadores sólo números*

necesarios en ecuaciones mortales. Utilizadlos, agotadlos, matadlos si es preciso, pero haced el trabajo porque nosotros lo decimos. Nosotros vemos cosas que otros no pueden ver. No nos discutáis. No tenéis acceso a lo que nosotros sabemos.

Jason se apeó del coche, abrió la puerta trasera y con el cuchillo cortó las cuerdas de los tobillos y las rodillas del asesino. Después le quitó la venda de los ojos, dejando en su sitio la mordaza. Agarró a su prisionero por el hombro y...

¡El golpe fue paralizante! El asesino giró en redondo, estrelló su rodilla derecha contra el riñón izquierdo de Bourne y balanceó sus manos atadas para golpear la garganta de Jason mientras Delta se doblaba. Un segundo rodillazo alcanzó a Bourne en la caja torácica, y mientras caía al suelo el comando se precipitó corriendo hacia la carretera. *¡No, no puede ser! ¡Necesito su arma, su capacidad de fuego! ¡Forma parte de la estrategia!*

Delta se incorporó, con el pecho y el costado ardiendo de dolor, y se lanzó tras la figura que corría. ¡En pocos segundos se la tragarían las sombras! El hombre de Medusa corrió más deprisa, olvidado del dolor, concentrándose sólo en el asesino con la parte de su mente que aún funcionaba. ¡Más deprisa, *más!* De pronto aparecieron al fondo de la colina unos faros que cogieron al asesino entre sus haces de luz. El comando se lanzó a un lado para evitarlos, pero Bourne siguió andando hasta el último instante, sabedor de que estaba ganando unos metros preciosos mientras pasaba el coche a toda velocidad. Con sus brazos inútiles, el asesino tropezó con el suave desnivel de la carretera, se arrastró rápida, torpemente de vuelta al asfalto y, levantándose, echó otra vez a correr. Era demasiado tarde. Delta lanzó su hombro contra la base de la espina dorsal del prisionero y ambos hombres cayeron. Los rugidos guturales del comando eran los de un animal furioso. Jason dio la vuelta al asesino y le clavó brutalmente la rodilla en el estómago.

—¡Escúchame, escoria! —dijo sin aliento, mientras le caía el sudor por la cara—. Me da igual que mueras que no. Dentro de unos minutos ya no me importarás, pero hasta entonces formas parte del plan, ¡de mi plan!, y si después mueres o no será cosa tuya, no mía. Estoy dándote una oportunidad, que es más de lo que tú hiciste nunca por uno de tus «blancos». ¡Y ahora levántate! Haz todo lo que yo te diga o tu única oportunidad volará junto con tu cabeza... que es exactamente lo que les prometí.

Volvieron y se detuvieron junto al coche. Delta cogió la mochila y, sacando la pistola que había capturado en Beijing, se la enseñó al comando.

—Me pediste un arma en el aeropuerto de Jinan, ¿recuerdas? —El asesino asintió con un gesto, con los ojos muy abiertos y la boca estirada bajo la presión de la mordaza de tela—. Es tuya —continuó Jason Bourne con voz monótona, sin la menor

emoción—. Cuando estemos al otro lado de aquel muro, tú delante de mí, te la daré. —El asesino frunció el ceño mientras se contraían sus ojos—. Lo olvidé —dijo Delta—. No pudiste verla. Hay una casa franca a unos quinientos pies calle arriba. Vamos a entrar. Yo resistiré para hacer salir a los más que pueda. En cuanto a ti, tienes nueve balas y te daré una prima, una «burbuja». —El medusiano sacó de la mochila un paquete de plástico explosivo del Mongkok y se lo enseñó al prisionero—. Tal como yo lo veo, no volverás a saltar el muro; te liquidarían; de modo que tu única salida es por las puertas, por algún lugar en diagonal hacia la derecha. Para llegar allí tendrás que abrirte paso matando. La espoleta retardada del plástico puede ser puesta incluso a diez segundos. Manéjalo a tu aire; no me importa. *Capisce?*

El asesino levantó las manos atadas e hizo un gesto señalando la mordaza. Los ruidos de su garganta querían decir que Jason debía soltarle las manos y quitarle el trapo.

—En el muro —dijo Delta—. Cuando esté preparado, cortaré las cuerdas; pero si tratas de quitarte la mordaza antes de que yo te lo diga se acabó tu oportunidad.

El asesino lo miró fijamente e hizo un solo gesto afirmativo.

Jason Bourne y el mortífero simulador caminaron por la carretera de Victoria Peak hacia la casa franca.

Conklin bajó cojeando las escaleras del hospital lo más rápidamente que pudo, agarrado a la barandilla central y buscando frenéticamente con la vista un taxi en el paseo de abajo. No los había; en cambio sí una enfermera uniformada que estaba allí sola leyendo el *South China Times* al resplandor de las luces de la fachada. De vez en cuando miraba hacia la entrada del aparcamiento.

—Discúlpeme, señorita —dijo Alex, jadeante—. ¿Habla inglés?

—Un poco. —La mujer notó en seguida su cojera y su voz agitada—. ¿Tiene algún problema?

—Uno muy grande. Necesito encontrar un taxi. Tengo que hablar en seguida con alguien y no puedo hacerlo por teléfono.

—En recepción le llamarán uno. Lo llaman para mí todas las noches cuando salgo.

—¿Está esperando...?

—Aquí viene —dijo la mujer cuando aparecieron en la entrada del aparcamiento unos faros.

—¡Señorita —gritó Conklin— esto es urgente! ¡Un hombre está moribundo y otro puede morir si no llego hasta él! Por favor, ¿puedo...?

—*Bie zhaoji* —exclamó la enfermera, diciéndole que se calmase—. Usted tiene prisa y yo ninguna. Tome mi taxi. Pediré otro.

—Gracias —dijo Alex, mientras el taxi paraba en el bordillo—. ¡Gracias! —repitió, abriendo la puerta y entrando. La mujer lo agradeció con un gesto y se encogió de hombros mientras se volvía y empezaba a subir las escaleras. Arriba, las puertas de cristales se abrieron de golpe y Conklin pudo ver por el retrovisor cómo la enfermera casi chocaba con dos de los hombres de Lin. Uno de ellos la detuvo y habló con ella; el otro llegó al bordillo y guiñó los ojos, escudriñando fuera de la zona iluminada—. ¡Deprisa! —dijo Alex al conductor mientras cruzaban las puertas—. *Kuai diar*, si es que se dice así.

—No está mal —respondió cansinamente el taxista en buen inglés—, pero «deprisa» es mejor.

El comienzo de Nathan Road era la entrada galáctica al mundo luminiscente de la Milla de Oro. Las deslumbrantes luces de colores, luces que bailaban, parpadeaban y se estremecían, eran las paredes de este valle de humanidad, congestionado y urbano, donde los buscones buscaban y los vendedores se desgañitaban para llamar la atención. Era el bazar de los bazares, y una docena de lenguas y dialectos se disputaban los oídos y los ojos de una multitud siempre cambiante. Fue aquí, en pleno caos comercial, donde Alex Conklin se apeó del taxi. Caminando penosamente, con la cojera cada vez más pronunciada mientras sentía cómo iban hinchándosele las venas de su pierna sin pie, se apresuró por el lado este de la calle, moviendo los ojos como los de un gato salvaje que buscase a su cría en el territorio de las hienas.

Llegó al final de la cuarta manzana, la última. ¿Dónde estarían? ¿Dónde estaban el esbelto y compacto Panov y la alta y llamativa Marie, la del pelo castaño? Sus instrucciones habían sido claras, rotundas. Las primeras cuatro manzanas hacia el norte por el lado derecho, el lado este. Mo Panov se las había recitado... ¡Por Cristo! A una de las personas a las que buscaba podía confundirla por su aspecto físico con otros cientos de hombres en esas cuatro manzanas tan concurridas; pero además había estado buscando a la mujer alta y de pelo castaño rojizo oscuro... ¡que ya no existía! ¡Se lo habían teñido de gris con mechas blancas! Alex volvió a bajar hacia Salisbury Road, con los ojos ya atentos a lo que debía buscar, no a lo que sus penosos recuerdos le habían dicho que encontraría.

¡Y allí estaban! Pegados a la gente que rodeaba a un vendedor callejero, sobre cuyo carro se amontonaban sedas de todas las formas y etiquetas, las sedas relativamente auténticas, las etiquetas tan de imitación como las firmas distorsionadas que en ellas figuraban.

—¡Vengan conmigo! —dijo Conklin con sus manos en los codos de ambos.

—¡Alex! —exclamó Marie.

—¿Está bien? —preguntó Panov.

—No —dijo el hombre de la CIA—. Ninguno de nosotros lo está.

—¿Se trata de David, verdad?

Marie apretó el brazo de Conklin.

—Ahora no. Dense prisa. Tenemos que salir de aquí.

—¿Están ellos?

Marie abrió la boca mientras volvía su cabeza gris a derecha e izquierda, con los ojos llenos de miedo.

—¿Quiénes?

—¡Yo qué sé!

—No, no están aquí —dijo Conklin—. Vámonos. Tengo un taxi esperando junto al Pen.

—¿Qué *pen*? —preguntó Panov.

—Se lo dije. El hotel Península.

—Ah, sí, lo olvidé. —Echaron a andar los tres por Nathan Road, Alex con notoria dificultad—. ¿No podemos ir más despacio? —preguntó el psiquiatra.

—¡No, no podemos!

—Te duele... —dijo Marie.

—¡Cállense los dos! No necesito su compasión.

—¡Entonces dínos lo que ha pasado! —gritó Marie mientras cruzaban una calle llena de carros que había que esquivar y de compradores, vendedores y turistas-mirones que se dirigían hacia la exótica congestión de la Milla de Oro.

—Ahí está el taxi —dijo Conklin cuando se acercaban a Salisbury Road—. Dense prisa. El taxista sabe adonde ir.

Ya dentro del coche, Panov entre Alex y Marie, ésta volvió a agarrar a Conklin por el brazo.

—¿Es David, verdad?

—Sí. Ha vuelto. Está aquí, en Hong Kong.

—¡Gracias a Dios!

—Ojalá puedas dárselas, podamos.

—¿Qué quiere decir? —inquirió el psiquiatra.

—Algo ha ido mal. El guión se les ha escapado de las manos.

—¡Por los clavos de Cristo! —estalló Panov—. ¿Quiere hablar inglés?

—Quiere decir —le explicó Marie mirando fijamente al hombre de la CIA— que o David hizo algo que no esperaban que hiciese o no hizo algo que esperaban que hiciese.

—Eso es, más o menos. —Los ojos de Conklin derivaron hacia las luces de Victoria Harbor y más allá, a la isla de Hong Kong—. Yo solía ser capaz de adivinar los movimientos de Delta. Más tarde, cuando ya era Bourne, podía dar con su pista cuando otros no podían, porque comprendía sus opciones y sabía por cuáles se decidiría. Eso fue hasta que le ocurrieron cosas y ya nadie pudo predecir nada porque había perdido el contacto con el Delta que llevaba dentro. Pero ahora Delta ha vuelto, y como tantas veces hace tanto tiempo, sus enemigos lo han subestimado. Espero equivocarme... ¡Dios mío, espero equivocarme!

Con la pistola contra la nuca del asesino, Delta se movía sigilosamente por entre la maleza, frente al muro de la casa franca. El asesino se plantó; estaban a menos de diez metros de la oscura entrada. Delta clavó el arma en la carne del comando y susurró:

—No hay luces con disparador ni en el muro ni en el suelo. Las harían funcionar seis ratas por minuto. ¡Sigue adelante! Ya te diré yo cuándo debes pararte.

Se lo dijo a metro y medio de la entrada. Delta agarró a su prisionero por el cuello y lo hizo girar en redondo, con el cañón de la pistola todavía tocando su garganta. Después el hombre de Medusa se llevó la mano al bolsillo, sacó un glóbulo de plástico, extendió el brazo cuanto pudo en dirección a la puerta y oprimió contra ella el lado adhesivo del paquete. Previamente había graduado la pequeña espoleta de relojería digital que había en el centro del explosivo para siete minutos, número elegido a la vez porque traía suerte y para que le diese tiempo a situarse junto con el asesino a muchos metros de allí.

—¡Muévete! —susurró.

Volvieron la esquina del muro y marcharon a lo largo de él hasta el punto medio, desde donde era visible el final de la piedra a la luz de la luna.

—Espera aquí —dijo Delta mientras buscaba en su mochila, que llevaba en bandolera, con la bolsa al costado derecho. Sacó una caja negra cuadrada de unos doce centímetros de ancho, siete de alto y cinco de fondo. Llevaba enrollados al costado varios metros de fino cable negro con envoltura de plástico. Era un altavoz amplificado a pilas. Lo situó en lo alto de la pared y accionó el conmutador que tenía detrás; se encendió una luz roja. Desenrolló el cable mientras empujaba al asesino hacia delante—. Otros ocho o diez metros —dijo. Llegaron al lugar aceptable para el medusiano. Las ramas de un sauce caían en cascada por encima del muro. Un escondite—. ¡Aquí! —susurró, y detuvo al comando agarrándolo por el hombro. Sacó el cortaalambres de la mochila y empujó al asesino contra la pared. Quedaron uno frente al otro—. Voy a dejarte suelto, pero no libre. ¿Me entiendes? —El comando asintió, y Delta cortó las cuerdas que sujetaban las muñecas y los codos de

su prisionero sin dejar de apuntarle a la cabeza. Dio un paso atrás y flexionó la pierna derecha frente al asesino mientras le entregaba el cortaalambres—. Súbete a mi pierna y corta los alambres. Puedes alcanzarlos si saltas un poco y metes la mano por debajo. No intentes nada. Aún no tienes un arma, pero yo sí, y como estoy seguro de que has comprendido no te digo más.

El prisionero hizo lo que le ordenaban. El salto desde la pierna de Delta fue mínimo. El brazo izquierdo del asesino se deslizó expertamente entre los rollos de alambre y su mano agarró el lado opuesto del coronamiento del muro. Después cortó el alambre sin hacer ruido, manteniendo uno de los lados del cortador contra el metal para reducir el ruido al romperse. Quedó un espacio abierto de metro y medio de anchura.

—Súbete ahí —dijo Delta.

Así lo hizo el asesino, y mientras su pierna izquierda pasaba sobre el muro Delta saltó, se agarró a los pantalones del asesino, trepó apoyándose en la piedra y echó también su pierna izquierda al otro lado. Se puso a horcajadas sobre la pared a la vez que el comando.

—Muy bien hecho, mayor Allcott-Price —dijo, con un pequeño micrófono circular en la mano y su arma otra vez apuntando a la cabeza del asesino—. Ya falta poco. Yo en tu lugar estudiaría el terreno.

Apremiado por los ruegos de Conklin al chófer, el taxi subió a toda velocidad la carretera que iba a Victoria Peak. Pasaron junto a un viejo coche que había a un lado. Parecía fuera de lugar en un barrio tan elegante, y Alex tragó saliva al verlo, preguntándose si de verdad se habría estropeado.

—¡Ahí está la casa! —gritó el hombre de la CIA—. ¡Por el amor de Dios, desprisa! Suba hasta el...

No terminó; no pudo terminar. Allá enfrente, una explosión llenó con su estruendo la carretera y la noche. Volaron fuego y tierra en todas direcciones, mientras al principio se derrumbaba buena parte del muro y después las enormes puertas de hierro caían hacia delante con un lento movimiento fantasmal como de huida de las llamas.

—Dios mío, tenía yo razón —dijo Alexander Conklin para sí—. Delta ha vuelto. Quiere morir y morirá.

Capítulo 32

—*¡Todavía no!* —rugió Jason Bourne mientras volaba en pedazos la pared más allá de los señoriales jardines llenos de hileras de lilas y rosas—. Yo te diré cuándo —añadió en voz baja, mientras sostenía con su mano libre el pequeño micrófono circular.

El asesino gruñó. Se habían despertado sus instintos más primarios y su deseo de matar igualaba al de sobrevivir, dependiente del otro. Estaba al borde de la locura; sólo el cañón del arma de Delta le impedía lanzarse a un asalto insensato. Todavía era humano, y era preferible tratar de vivir que aceptar pasivamente la muerte. Pero, ¿cuándo, *cuándo*? Volvió a la cara de Allcott-Price el tic nervioso; su labio inferior se crispó mientras llenaban los jardines gritos, exclamaciones y el rumor de hombres que corrían. Las manos del asesino temblaban cuando miró fijamente a Delta a la luz incierta y movediza de las llamas lejanas.

—Ni lo pienses —dijo el hombre de Medusa—. Si haces un solo movimiento eres hombre muerto. Me has estudiado, de modo que sabes que no hay indulto. Eres tú quien te lo has ganado. Pasa la pierna al otro lado y estate preparado para saltar cuando yo te diga. Antes no.

Bourne se llevó repentinamente el micrófono a los labios y accionó el interruptor. Cuando habló, sus palabras amplificadas retumbaron espectralmente por los terrenos de la mansión, con un sonido obsesivo y reverberante que competía con el trueno de la explosión y hacía más amenazadora su tranquila simplicidad, su frigidez.

—Atención, marines. Poneos a cubierto y no os metáis en esto. No es asunto vuestro. No muráis por los hombres que os han traído aquí. Para ellos sois basura, puro material, como lo fui yo. Aquí no hay legitimidad ni territorio que defender, ni está en juego el honor de vuestro país. Estáis aquí con el solo fin de proteger a unos asesinos. La única diferencia entre vosotros y yo es que ellos también me utilizaron, pero ahora quieren matarme porque sé lo que han hecho. No muráis por esos hombres; no lo merecen. Os doy mi palabra de que no dispararé contra vosotros a menos que disparéis contra mí, en cuyo caso no tendré elección; pero hay aquí otra persona que no va a hacer ningún trato...

Brotó una descarga que barrió el lugar de donde salía el sonido, haciendo saltar al invisible altavoz del muro. Delta estaba preparado; tenía que ocurrir. Uno de los manipuladores sin rostro ni nombre había dado una orden y ellos la cumplían. Buscó en su mochila y sacó un lanzador de gas lacrimógeno ya montado, con el bote en su sitio. Podía romper cristal grueso a cincuenta metros. Apuntó y apretó el gatillo. A

unos treinta metros de jallí saltó un ventanal hecho añicos y el gas invadió la habitación como una niebla! Pudo ver siluetas corriendo. Se apagaron lámparas y arañas, sustituidas por un sorprendente dispositivo de focos situados en los aleros de la gran casa y en los troncos de los árboles circundantes. De pronto inundó los terrenos una cegadora luz blanca. Las ramas colgantes del sauce serían un imán para ojos avizores y armas dispuestas, y comprendió que ningún llamamiento suyo iba a contrarrestar las órdenes. Lo había hecho tanto a modo de honrada advertencia como de bálsamo para la conciencia que aún le quedaba a un robot vengador que apenas pensaba ni sentía. En medio de las sombras de su mente, no quería arrebatarse las vidas de muchachos llamados a servir al ego paranoico de unos manipuladores; ya había visto demasiado de eso en Saigón hacía años. Sólo quería las vidas de los que estaban dentro de la casa franca, y pensaba tenerlas. No iban a jugar más con Jason Bourne. Le habían quitado todo, pero su cuenta personal estaba a punto de ser saldada. Para el hombre de Medusa la decisión estaba tomada; era una marioneta pendiente de los hilos de su propia rabia, de la única vida que le quedaba.

—*¡Salta!* —susurró Delta, pasando la pierna derecha sobre la pared y empujando al asesino al suelo. Lo siguió mientras iba todavía por el aire y lo agarró por el hombro cuando, con los brazos extendidos sobre las rodillas, aterrizó en la hierba. Lo arrastró fuera de la vista, junto a un árbol cubierto de buganvillas hasta casi dos metros de altura—. Aquí tienes tu arma, mayor —dijo el auténtico Jason Bourne—. La mía está apuntándote, no lo olvides.

El asesino cogió la pistola y a la vez se arrancó el trapo de la boca, tosiendo y escupiendo, mientras una salvaje lluvia de balas arrancaba hojas y ramas a todo lo largo del muro.

—Parece que tu pequeña conferencia no dio resultado.

—Tampoco lo esperaba. La verdad es que te quieren a ti, no a mí. Compréndelo, ahora ya no les sirvo. Ese era su plan desde el principio. Te saco y me matan, y a mi mujer también. Sabemos demasiado; ella porque se enteró de quiénes eran; no había más remedio, era el cebo; yo porque sabían que echaría mis cuentas en Pekín. Estás metido en un baño de sangre, mayor, una megabomba que puede hacer estallar todo Extremo Oriente, y lo hará si cabezas más cuerdas no aislan y destruyen en Taiwan a esos lunáticos clientes tuyos. Sólo que a mi me tiene ya sin cuidado. Jugad vuestros malditos juegos y así voléis todos. Yo sólo quiero entrar en esa casa.

Llegó una escuadra de marines al asalto del muro, y corrieron a lo largo de la piedra con los fusiles en posición, listos para disparar. Delta sacó de la mochila un segundo plástico, graduó a diez segundos la espoleta digital miniaturizada y arrojó el

paquete hacia la pared posterior del jardín, lejos de los soldados.

—¡Vamos! —ordenó al comando, plantándole su arma en la espina dorsal—. ¡Tú delante! Por ese camino. Acércate más a la casa.

—¡Dame uno de éstos! ¡Dame un plástico!

—De eso nada.

—¡Me diste tu palabra!

—Entonces o mentí o he cambiado de opinión.

—¿Por qué? ¿A ti qué más te da?

—Me da. No sabía que hubiese tantos de estos chicos. Demasiados. Podrías liquidar a diez de ellos con una sola de éstas, y dejar inútiles a muchos más.

—¡Es un poco tarde para venir haciéndote el cristiano!

—No es un club tan exclusivo; nunca lo fue. Sé lo que quiero y lo que no quiero, y no quiero ver a esos chavales con pijama de pino. Quiero a los hombres que hay dentro de esa...

Sobrevino la explosión a unos cuarenta metros de allí, en la parte de atrás de los terrenos. Árboles y tierra, arbustos y arriates de flores enteros saltaron por los aires, poniendo un panorama de verdes, pardos y motas más alegres en la monotonía del humo gris iluminado por el blanco de los focos.

—¡Muévete! —susurró Delta—. Hasta donde acaban las plantas. Queda a unos veinte metros de la casa y veo un par de puertas...

Bourne cerró los ojos, furioso, mientras una serie de disparos, al parecer interminables, llenaban la parte de atrás de los jardines. *Eran niños. Disparaban a ciegas de puro miedo, contra demonios imaginarios. Y no le escucharían.*

Otro grupo de marines, éstos sin duda con un oficial experimentado al frente, tomaban posiciones equidistantes alrededor de la gran casa, con las piernas flexionadas y los pies bien clavados en tierra para resistir el retroceso del fusil. Los manipuladores habían llamado a su guardia pretoriana. Amén. Delta volvió a buscar en su mochila, palpó su arsenal y sacó una de las dos bombas incendiarias que había comprado en el Mongkok. Su parte superior era parecida a la de las granadas de mano, circular pero cubierta con un escudo de grueso plástico. En cambio la base era un largo mango que permitía lanzar el explosivo más lejos y con mayor precisión. El truco estaba en la precisión del lanzamiento y el cálculo del tiempo, porque una vez quitado el plástico la propia bomba se pegaba a cualquier superficie mediante un adhesivo instantáneo activado por el aire, y al explotar la sustancia química que contenía se expandía en todas direcciones, prolongaba las llamas y se empotraba en las superficies porosas, filtrándose y quemando. Desde que se quitaba la cubierta de

plástico hasta la explosión transcurrían quince segundos. Los costados de la gran casa, de la casa franca, presentaban la acostumbrada tablilla victoriana sobre un imponente borde inferior de piedra. Delta empujó al asesino al interior de un macizo de rosas, arrancó el plástico y lanzó la bomba contra la tablilla, muy por encima y a la izquierda de las puertaventanas. Se pegó a la madera, y ya sólo quedaba esperar a que pasasen los segundos mientras el fuego de fusil, ya vacilante, cesaba del todo.

La pared de la casa voló, y el gran agujero dejó al descubierto un clásico dormitorio Victoriano, con su lecho de baldaquino y su delicado mobiliario inglés. Las llamas se extendieron al instante, irradiando de un eje central para extenderse por las tablas solapadas e invadir la casa.

Hubo una orden, y de nuevo estalló el fuego de fusilería, cuyas balas rociaron los macizos de flores lejos de la pared posterior del jardín y de los marines que habían corrido hacia la explosión anterior. Siguió ordenes y contraórdenes llenas de rabia y frustración mientras aparecían dos oficiales, pistola en mano. Uno de ellos recorrió el círculo de ángeles guardianes comprobando sus posiciones y sus armas, para lo que iba colocándose frente a cada uno. El otro fue hasta la parte lateral del muro y empezó a repetir el camino de la primera escuadra, sin dejar de mirar hacia su flanco interno, hacia las sucesivas hileras de arbustos en flor. Se detuvo debajo del sauce y estudió la pared, y después la hierba. Levantó la cabeza, miró hacia el árbol de las buganvillas y, con la pistola al frente sujeta con ambas manos, echó a andar hacia él.

Delta observaba al soldado por entre los arbustos, con su arma clavada todavía en la espalda del comando. Sacó otro plástico, graduó la espoleta y lo lanzó por encima de los arbustos, lejos, hacia la pared lateral.

—¡Métete ahí! —ordenó al asesino, agarrándolo por el hombro y enviándolo entre los arbustos de la izquierda.

Jason se lanzó tras él y le dio con el cañón de su automática en la cabeza, deteniéndolo cuando ya alargaba el brazo hacia la mochila.

—Sólo unos minutos más, mayor; después será ya por tu cuenta.

La cuarta explosión se llevó dos metros del muro lateral, y, como si esperasen ver entrar por allí a tropas enemigas, los marines abrieron fuego sobre la piedra que se derrumbaba. A lo lejos, por las calles de Victoria Peak, aullaban sirenas de dos tonos haciendo el contrapunto al estruendo de matanza que se oía dentro de los terrenos de la casa franca. Delta sacó su penúltimo paquete de plástico, graduó la espoleta a noventa segundos y lo lanzó hacia la esquina de la pared posterior, donde no había nadie. Era la última maniobra de diversión; el resto serían ya frías matemáticas. Sacó el lanzador de gas lacrimógeno, puso un bote y habló al comando.

—Date la vuelta. —Así lo hizo el asesino, con el cañón de la pistola de Bourne frente a sus ojos—. Toma esto —dijo Delta—. Puedes sostenerlo con una sola mano. Cuando yo te diga, dispara hacia la piedra que hay a la derecha de las puertaventanas. El gas se extenderá y cegará a la mayoría de esos chicos. No podrán disparar, de modo que no malgastes balas; no tienes demasiadas.

Al principio el asesino no replicó. Levantó en silencio su arma al nivel de la de Bourne y apuntó a la cabeza de Jason.

—Ahora somos uno contra uno, mister Auténtico —dijo el comando—. Te dije que podía soportar recibir una bala en la cabeza. Llevo años esperándola. Pero, no sé por qué, no creo que tú puedas soportar la idea de no entrar en esa casa. —Hubo un súbito vocerío y después nuevas descargas, mientras una escuadra de marines acudía precipitadamente a donde se había derrumbado la pared lateral. Delta observaba, esperando el instante en que la concentración del asesino se quebrase durante una décima de segundo. Pero ese instante no llegó. Por el contrario, el comando continuó tranquilo, con voz tensa pero controlada, mientras miraba fijamente a Jason Bourne—. Esos memos deben de estar esperando una invasión. Si tienes dudas, ataca, siempre que tengas cubiertos los flancos. ¿No es así, mister Auténtico? Vacía tu saco de trucos, Delta. ¿Era «Delta», no?

—Ya no me queda ninguno.

Bourne amartilló su automática, y el asesino hizo lo mismo.

—Habrá que comprobarlo —dijo el comando. Alargó lentamente la mano izquierda y tocó con suavidad la mochila apoyada en la cadera de Delta, sin dejar de mirarle a los ojos. Tentó la lona en varios sitios y, también despacio, retiró la mano—. Con todas las prohibiciones del maldito gran Libro, ninguna habla de la mentira. Sólo del falso testimonio, que no es lo mismo. Sospecho que te has tomado muy a pecho ese olvido. Ahí dentro hay una automática de repetición y dos o tres cargadores, a juzgar por las curvas, con no menos de cincuenta tiros cada uno.

—Cuarenta, para ser exactos.

—Eso es toda una señora potencia de fuego. Esa pequeña bestia podría sacarme de aquí. Dámela, o uno de nosotros terminó.

La explosión del quinto plástico sacudió el suelo, y el asesino, sobresaltado, pestañeó. Fue suficiente. La mano de Bourne se disparó hacia arriba, desvió la pistola de su adversario y estrelló su pesada automática contra la sien izquierda del comando con la fuerza de un martillo.

—¡Hijo de puta! —exclamó roncamente el asesino mientras caía con la rodilla de Jason sobre su muñeca, lo que le obligó a soltar el arma.

—Estabas pidiendo una defunción rápida, mayor —dijo Bourne mientras el pandemónium alcanzaba su cima dentro de los terrenos de la casa franca victoriana. A la escuadra de marines que había cargado contra el muro lateral derrumbado le habían ordenado asaltar la parte posterior de los jardines—. La verdad es que no te aprecias mucho. Pero has tenido una buena idea. Vaciaré mi saco de trucos. Ya es casi el momento.

Bourne se quitó la mochila, la abrió y la volcó. Su contenido cayó en la hierba, iluminado por el fuego que cada vez se extendía más en la segunda planta de la casa franca. Quedaban una bomba incendiaria y un plástico, y, como muy bien había dicho el asesino, una pistola ametralladora MAC-10 de repetición que sólo necesitaba para disparar ponerle la culata y meterle un cargador. La armó, puso uno de los cuatro peines y se metió los tres restantes en el cinturón. Después soltó el muelle del lanzador, puso el bote en su sitio y reajustó el mecanismo. Estaba dispuesto para lanzar, *para salvar las vidas de aquellos chavales, llevados a morir por los viejos egos de los manipuladores*. Quedaba la bomba incendiaria. Sabía bien qué hacer con ella. La cogió, arrancó el protector y la arrojó con toda su fuerza hacia el vértice en forma de A que coronaba las puertaventanas. Allí quedó, agarrada a la madera. Era el momento. Oprimió el gatillo del lanzador y envió el bote de gas contra la piedra, a la derecha de las puertaventanas. Explotó al rebotar en la pared y caer al suelo, y al instante se difundieron los vapores, las nubes de su creciente periferia. Los marines seguían empuñando sus armas, pero con las manos libres se frotaban los ojos hinchados y llorosos y se tapaban las inflamadas ventanas de la nariz.

Estalló la segunda bomba incendiaria, que desgarró la elegante fachada victoriana encima de las puertaventanas, destrozó los cristales y mandó trozos enteros de la pared al vestíbulo embaldosado que había más allá. Las llamas subieron hacia los aleros y penetraron en la casa, incendiando cortinajes y tapicerías. Los marines escapaban como podían de la explosión y las llamas para ir a dar a las nubes de gas lacrimógeno. Algunos dejaron caer sus fusiles mientras escapaban en todas direcciones chocando entre sí y trataban de huir de la humareda entre toses y arcadas.

Delta se incorporó y quedó agazapado con la pistola ametralladora en la mano, mientras tiraba del asesino para ponerlo a su lado. Era el momento; el caos era ya completo. El gas que se elevaba en volutas frente a las maltrechas puertaventanas estaba siendo atraído hacia el interior por el calor de las llamas, pero se disiparía lo suficiente para que pudiese pasar. Una vez dentro, la búsqueda sería rápida, terminaría en un momento. Los directores de una operación encubierta que requería una casa franca en territorio extranjero se mantendrían dentro de sus límites protectores por dos

razones. La primera, que el tamaño y disposición de la fuerza atacante no podía ser estimado con precisión y en el exterior el peligro de captura o muerte era demasiado grande. La segunda era de índole más práctica: los papeles tenían que ser destruidos, quemados; no bastaba con romperlos, como bien habían aprendido en Teherán. Directrices, *dossiers*, informes sobre el progreso de las operaciones, materiales de apoyo, todo tenía que desaparecer. Las sirenas de Victoria Peak iban haciéndose más fuertes y cercanas; la frenética carrera por las empinadas calles había casi terminado.

—Es la hora de la verdad —dijo Bourne, graduando la espoleta del último explosivo de plástico—. No voy a darte esto, pero lo usaré en beneficio tanto tuyo como mío. Treinta segundos, mayor Allcott-Price.

Jason envió el paquete en parábola hacia la derecha de la pared frontera.

—¡Mi arma! ¡Por el amor de Dios, dame el arma!

—Está en el suelo, bajo mis pies.

El asesino se agachó.

—¡Suéltala!

—Cuando quiera... y querré. Pero si tratas de cogerla, la próxima cosa que vas a ver es una celda en la guarnición de Hong Kong y, según tú, un patíbulo, una gruesa cuerda y un verdugo.

El asesino miró hacia arriba, presa del pánico.

—¡Maldito mentiroso! ¡Mentiste!

—Lo hago con frecuencia. ¿Tú no?

—Dijiste...

—Sé muy bien lo que dije. También sé por qué estás aquí, y por qué en vez de nueve balas tienes sólo tres.

—¿Qué?

—Eres mi maniobra de diversión, mayor. Cuando te deje libre con la pistola, te dirigirás a la puerta, o a una de las partes voladas de la pared, a cualquiera; a ti te toca elegir. Tratarán de detenerte, responderás a tiros, naturalmente, y mientras se concentran en ti entraré yo.

—¡Eres un bastardo!

—Hieres mis sentimientos, pero no importa porque ya no los tengo. Simplemente, necesito entrar.

La última explosión lanzó por los aires un árbol de recortada copa, cuyas raíces fueron a dar contra una parte de la pared ya debilitada, descolocando las piedras, lo que la dejó medio derrumbándose, con las piezas descabaladas formando una V en el centro del segundo impacto. Acudieron marines de los que guardaban las puertas.

—¡Ahora! —rugió Delta, alzándose en toda su estatura.

—¡Dame el arma! ¡Suéltala!

De pronto Jason Bourne se quedó inmóvil. No podía moverse, pero alguna clase de instinto le hizo estrellar la rodilla en la garganta del asesino, mandándolo a un lado. Más allá de las maltrechas puertas de cristal del vestíbulo en llamas había aparecido un hombre. Se cubría la cara con un pañuelo, pero no podía ocultar su cojera. ¡Su cojera! Con su pie zopo, la figura que veía en silueta derribó de una patada la parte izquierda de las puertaventanas y bajó torpemente los tres escalones hasta el pequeño patio enlosado que daba frente a los que un día fueran jardines señoriales. Avanzó arrastrándose y gritó tan alto como pudo, ordenando a los marines que podían oírle que dejaran de disparar. No hizo falta que bajase el pañuelo; Delta conocía aquella cara. Era la de su enemigo. *París. Un cementerio en las afueras de París. Alexander Conklin había venido para matarlo. La orden de arriba era «¡Irrecuperable!».*

—¡David! ¡Soy Alex! ¡No lo hagas! ¡Deténte! ¡Soy yo, David! ¡Estoy aquí para ayudarte!

—¡Estás aquí para matarme! ¡Viniste a matarme en París, lo volviste a intentar en Nueva York! *Treadstone 71!* ¡Tienes la memoria muy corta, so bastardo!

—¡Y tú no tienes memoria, maldito seas! ¡Te convertiste en Delta, que era lo que ellos querían! Conozco toda la historia, David. He volado hasta aquí porque supimos lo que ocurría. Marie, Mo Panov y yo. Estamos los tres aquí. ¡Marie está a salvo!

—¡Mentiras! ¡Trucos! ¡La matasteis entre todos! ¡La habrías matado en París, pero no te dejé acercarte a ella! ¡La mantuve lejos de ti!

—¡No está muerta, David! ¡Está viva! ¡Puedo traértela! ¡Ahora!

—¡Más mentiras! —Delta se agachó, apretó el gatillo y roció el patio con balas que rebotaron hasta el vestíbulo en llamas, pero que por razones desconocidas para él no derribaron a aquel hombre—. Quieres hacerme salir para poder dar la orden y acabar conmigo. ¡El «irrecuperable» cumplido! ¡Ni hablar, verdugo! ¡Voy a entrar! ¡Quiero a los hombres callados y secretos que están detrás de ti! ¡Sé que están ahí! —Bourne agarró al asesino caído, lo puso en pie y le dio el arma—. Queríais a un Jason Bourne. ¡Ya es vuestro! Voy a soltarlo entre las rosas. ¡Matadlo mientras yo os mato a vosotros!

Entre superviviente y loco, el comando se alejó de Bourne por entre los arbustos floridos. Corrió primero por el sendero, pero volvió al instante, al ver que los marines estaban en las partes norte y sur del muro. Si aparecía por el este del jardín se vería cogido entre dos fuegos. Si se movía era hombre muerto.

—¡No tengo más tiempo, Conklin! —aulló Bourne.

¿Por qué no podía matar al hombre que lo había traicionado? ¡Aprieta el gatillo! ¡Mata al último de Treadstone 71! Mata. ¡Mata! ¿Qué lo detenía?

El asesino se arrojó sobre los arbustos en flor, agarró el cañón caliente de la metralleta de Bourne, inclinándolo hacia el suelo, levantó su arma y disparó contra Jason. La bala rozó la frente de Bourne, que, furioso, apretó el gatillo. Siguió una ráfaga atronadora dirigida al suelo, cuyas vibraciones, dentro de aquel ruedo pequeño y mortal, hicieron temblar la tierra. Agarró el arma del inglés y la retorció. El brazo derecho mutilado del asesino no era enemigo para el hombre de Medusa. Disparó la pistola mientras Bourne se la hacía soltar, y el impostor cayó de espaldas en la hierba. En sus ojos vidriosos se leía el convencimiento de que había perdido.

—¡David! ¡Por el amor de Dios, escúchame! ¡Tienes que...!

—¡Aquí no hay ningún David! —gritó Jason, con la rodilla clavada en el pecho del asesino—. ¡Mi verdadero nombre es Bourne, hijo de Delta y nieto de Medusa! ¡*Snake Lady*! ¿Recuerdas?

—¡Tenemos que hablar!

—¡Tenemos que morir! ¡*Tú* tienes que morir! ¡Los hombres secretos que están ahí dentro son el blanco de mi contrato conmigo mismo, con Marie, y deben morir! —Bourne agarró al asesino por la solapa y lo puso en pie—. ¡Lo repito! ¡Aquí está vuestro Jason Bourne! ¡Es todo vuestro!

—¡No disparéis! ¡Alto el fuego! —rugió Conklin mientras iban llegando restos desconcertados de los tres grupos de marines y las ensordecedoras sirenas de la policía de Hong Kong daban su último alarido ante las puertas demolidas.

El hombre de Medusa golpeó con el hombro la espalda del comando, empujándolo fuera, a la luz de las llamas rugientes y los focos.

—¡Ahí está! ¡Ésa es la presa que queríais!

Hubo una salva de fusilería mientras el asesino salía tambaleándose, se lanzaba al suelo y rodaba una y otra vez para evitar las balas.

—¡Alto! ¡A él no! ¡Por el amor de Dios, dejad de disparar! ¡No lo matéis! —gritaba Conklin.

—¿A él no? —rugió Jason Bourne—. ¿A él no? ¡Sólo a mí! ¿No es eso, hijo de perra? ¡Pues muere, por Marie, por Eco, por todos nosotros!

Apretó el gatillo de la metralleta, pero tampoco ahora las balas dieron en el blanco.

Giró en redondo y, balanceándose atrás y adelante, apuntó con su mortífera arma a las dos escuadras de marines que convergían. Volvió a disparar varias ráfagas prolongadas, agachándose, lanzándose al suelo, moviéndose de un lugar a otro por entre los rosales. *¡Pero apuntaba por encima de sus cabezas! ¿Por qué? Los*

chavales no podían detenerlo, pero tampoco debían morir por culpa de los manipuladores. ¡Tenía que entrar en la casa franca, ahora! No quedaba más tiempo. ¡Era ahora!

—*¡David!* —Una voz de mujer. ¡Por Cristo, una voz *de mujer!*— ¡David, David, *David!* —Una silueta con una falda flotante salió corriendo de la casa franca, agarró a Alexander Conklin y lo echó a un lado. Quedó de pie, sola en el patio—. ¡Soy yo, David! ¡Estoy aquí! ¡Estoy bien! ¡No pasa nada, cariño!

Otro truco. Otra mentira. ¡Era una vieja con el pelo gris, casi blanco!

—Quítese de mi camino, señora, o la mato. ¡No es usted más que otra mentira, otro truco!

—¡David, soy yo! ¿No me oyes?

—¡La veo! ¡Un truco!

—¡No, David!

—No me llamo David. ¡Ya le dije a esa escoria que tiene por amigo que aquí no hay ningún David!

—*¡No!* —gritó Marie, sacudiendo desesperadamente la cabeza y corriendo a ponerse frente a varios marines que habían salido arrastrándose de la hierba, lejos de las nubes de gas ya en retirada. Estaban rodilla en tierra, y veían claramente a Bourne y le apuntaban con sus fusiles inseguros. Marie se colocó entre los soldados que iban recobrándose y su blanco—. ¿Es que no le habéis hecho ya bastante? ¡Por Dios, que alguien los detenga!

—¿Y que nos vuele la cabeza algún terrorista hijo de puta? —gritó una voz juvenil desde las filas, junto al muro frontero.

—¡Él no es lo que pensáis! ¡Sea lo que sea, fue esa gente de ahí dentro la que lo hizo así! ¡Ya lo habéis oído: no disparará contra vosotros si no disparáis contra él!

—¡Ya ha disparado! —rugió un oficial.

—Usted sigue vivo —respondió Alex Conklin desde el borde del patio—, y eso que ese hombre es mejor tirador y con más clases de armas que cualquiera de los que están aquí! ¿Puede explicarlo? ¡Yo puedo!

—¡No te necesito! —tronó Jason Bourne, mientras volvía a disparar una ráfaga de su metralleta contra la pared en llamas de la casa franca.

De pronto el asesino se puso de pie, se agachó y se lanzó a por el marine más cercano, un jovenzuelo destocado que aún seguía tosiendo a causa del gas. Le dio una patada en la cabeza, le quitó el fusil y disparó contra otro marine, que retrocedió agarrándose el vientre. El asesino giró en redondo, divisó a un oficial con una pistola ametralladora no muy diferente a la de Bourne, le dio un tiro en el cuello y cogió el

arma del cuerpo caído. Se detuvo apenas una fracción de segundo a evaluar sus posibilidades, y en seguida se puso la pistola ametralladora bajo el brazo izquierdo. Delta observaba, sabiendo instintivamente lo que haría el comando; sabiendo también que estaba a punto de empezar su maniobra de diversión.

Y el asesino lo hizo. Volvió a disparar, tiro a tiro, contra las cerradas filas de jóvenes e inexpertos marines que estaban junto a la pared de enfrente, mientras atravesaba corriendo en zigzag el corto trecho de hierba que lo separaba de los macizos de flores altos hasta el hombro que había a la izquierda de Bourne. Era su única vía de escape, la menos iluminada: el muro caído del fondo, a la derecha.

—¡Detenedlo! —gritó Conklin, cojeando frenéticamente por el patio—. ¡Pero no disparéis, no lo matéis! ¡Por Dios, no lo matéis!

—¡Tonterías! —fue la respuesta que llegó de alguien de la escuadra de marines que estaba junto al muro trasero izquierdo. El asesino, zigzagueando, contorneando, agachándose, con su fusil en fuego de repetición, se abrió camino rápidamente hacia el muro roto mientras mantenía a los soldados cuerpo a tierra mediante sus rápidos disparos. La cámara del fusil se quedó vacía. Tiró el arma, empuñó la mortífera pistola ametralladora e inició su última carrera hacia el muro caído, sin dejar de disparar contra los marines tumbados boca abajo. ¡Estaba allí! ¡La oscuridad que había más allá era su liberación!

—¡Cabrón! —Era el grito de un adolescente; una voz inmadura, atormentada, pero que no anunciaba nada bueno—. ¡Mataste a mi amigo! ¡Le volaste la cara! ¡Las vas a pagar, desgraciado!

Un joven marine negro saltó de junto a su compañero blanco muerto y corrió hacia el muro, mientras el asesino daba media vuelta, girando sobre las piedras. Otra ráfaga del comando alcanzó en el hombro al marine, que se lanzó al suelo, rodó hacia su izquierda y disparó una, dos, tres, cuatro veces.

Siguió un agonizante e histérico grito de desafío, y el asesino, con ojos dilatados por el odio, cayó entre los montones de piedras. El mayor Allcott-Price, ex miembro de los Reales Comandos, había muerto.

Bourne empezó a avanzar, con el arma levantada, y Marie corrió hasta el borde del patio, donde la distancia entre ellos era mínima.

—¡No lo hagas, David!

—¡Yo no soy David, señora! Pregunte al canalla de su amigo; nos conocemos desde hace muchos años. ¡Apártese de mi camino!

¿Por qué no podía matarla? ¿Una ráfaga y quedaría libre para hacer lo que tenía que hacer! ¿Por qué?

—¡Está bien! —exclamó Marie, sin moverse de su sitio—. No hay tal David, ¿de acuerdo? ¡Eres Jason Bourne, eres Delta, eres lo que quieras, pero también eres mío! ¡Eres mi marido!

La revelación cayó como un rayo sobre los marines que la oyeron. Los oficiales levantaron la mano —la señal universal de alto el fuego— mientras ellos y sus hombres contemplaban asombrados la escena.

—¡No te conozco!

—Conoces mi voz, Jason.

—¡Un truco! ¡Eres una actriz, una imitadora, una mentira! ¡Ya lo han hecho otras veces!

—¡Si te parezco diferente es por tu culpa, Jason Bourne!

—¡Quítate de mi camino o te mato!

—¡Me enseñaste en París! En la rue de Rivoli, el hotel Meurice, el puesto de periódicos de la esquina, ¿no lo recuerdas? ¡Los periódicos con las noticias de lo de Zurich y mi foto en todas las primeras páginas! ¡Y el pequeño hotel de Montparnasse, cuando nos estábamos registrando y el conserje tenía el periódico con mi foto delante! Estabas tan asustado que me dijiste que saliera corriendo... ¡El taxi! ¿Te acuerdas del taxi? Camino de Issy-les-Moulineaux... Nunca olvidaré ese nombre imposible. «Cámbiate el pelo», me dijiste. «¡Péinatelo para arriba o hacia atrás!» Me dijiste que no te importaba lo que hiciese con tal de que lo cambiase. Me preguntaste si tenía un lápiz de cejas, porque querías que me las pusiera más gruesas y más largas. ¡Son tus palabras, Jason! ¡Huíamos para salvar la vida y querías que yo tuviese otro aspecto, eliminar cualquier parecido con la fotografía que estaba por toda Europa! Debía convertirme en un camaleón porque Jason Bourne lo era. ¡Tenía que enseñar a su amante, a su esposa! ¡Eso es lo único que he hecho, Jason!

—¡No! —exclamó Delta, alargando la palabra hasta convertirla en un grito, mientras las nieblas de la confusión iban envolviéndolo y expulsando a su mente hacia las regiones del pánico. ¡Las imágenes estaban allí, la rue de Rivoli, Montparnasse, el taxi...! Escúchame, soy un camaleón llamado Caín y puedo enseñarte muchas cosas que preferiría no enseñarte, pero debo hacerlo. Puedo cambiar de color para confundirme con el bosque, guiarme por el viento sólo con olerlo, abrirme camino a través de junglas naturales o artificiales... Alfa, Bravo, Charlie, Delta... Delta es Caín... Yo soy Caín... Yo soy Caín, soy la muerte, y debo decírtelo y perderte.

—¡Lo recuerdas! —exclamó la esposa de David Webb.

—¡Un truco! Me drogaron... y lo dije. ¡Y ellos te lo dijeron! ¡Necesitan pararme!

—¡No me dijeron nada! No quiero nada de ellos. ¡Sólo quiero a mi marido! ¡Soy Marie!

—¡Eres una mentira! ¡Ellos la mataron!

Delta apretó el gatillo y la lluvia de balas levantó la tierra a los pies de Marie. Los fusiles volvieron rápidamente a la posición de fuego.

—¡No lo hagáis! —gritó Marie, volviéndose a los marines con los ojos brillantes y un tono conminatorio en la voz—. Está bien, Jason. Si no me conoces, no quiero seguir viviendo. No puedo ser más clara, cariño. Comprendo lo que haces. Estás tirando tu vida porque una parte de ti piensa que he muerto y no quieres vivir sin mí. Lo entiendo muy bien, porque tampoco yo quiero vivir sin ti.

Marie avanzó unos pasos por la hierba y se quedó inmóvil.

Delta alzó la metralleta y centró la mira en el pelo gris con mechas blancas. Su índice se cerró en torno al gatillo. Y de pronto, involuntariamente, su mano derecha empezó a temblar, y después la izquierda. La mortífera arma empezó a oscilar atrás y adelante, al principio lentamente, después más deprisa, describiendo círculos, mientras la cabeza de Bourne se balanceaba de un modo espasmódico. El temblor se extendía, y Jason empezó a perder el control del cuello.

Hubo una conmoción entre la gente reunida en torno a las ruinas humeantes de las puertas y la casa del guarda, a cien metros de allí. Un hombre forcejeaba, sujeto por dos marines.

—¡Suéltenme, malditos estúpidos! ¡Soy médico, su médico!

Con un violento esfuerzo, Morris Panov se soltó y corrió por el césped hacia el resplandor de los focos. Se detuvo a pocos metros de Bourne.

Delta empezó a gemir. El sonido y el ritmo eran bárbaros. Al fin Jason Bourne dejó caer su arma... y David Webb cayó de rodillas, llorando. Marie fue hacia él.

—¡No! —ordenó Panov, con voz tranquilamente enfática, deteniendo a la esposa de Webb—. Debe ser él quien vaya a ti.

—¡Me necesita!

—No de ese modo. Tiene que reconocerte. *David* tiene que reconocerte y decir a su otro yo que lo deje libre. No puedes hacerlo por él. Ha de hacerlo por sí mismo.

Silencio. Focos. Fuego.

Como un niño acobardado y agotado, David Webb alzó la cabeza, con la cara inundada de lágrimas. Lenta, penosamente, se incorporó y corrió a los brazos de su esposa.

Capítulo 33

Estaban en la casa franca, en el centro de comunicaciones de blancas paredes, en la celda antiséptica que se diría perteneciente a algún laboratorio futurista. Computadoras de blanco rostro se alzaban sobre los blancos mostradores de la izquierda, docenas de finas y oscuras bocas rectangulares a las que a veces les salían dientes, dispositivos de indicación digital que formaban números verdes luminiscentes que cambiaban a cada paso. A la derecha había una gran mesa de conferencias blanca sobre el suelo de blanco mosaico. La única desviación del conformismo cromático y la asepsia eran algunos ceniceros negros. Los actores ocupaban sus sitios en torno a la mesa. Habían despedido a los técnicos y dejado en suspenso todos los sistemas. Sólo permanecía activa la ominosa Alerta Roja, un panel de 25 por 7,5 centímetros de la computadora central; y fuera, junto a la puerta cerrada, aguardaba un operador por si aparecían las alarmantes luces rojas. Fuera de aquella habitación sacrosanta y aislada los bomberos de Hong Kong iban apagando los últimos rescoldos humeantes, mientras la policía calmaba a los asustados habitantes de las cercanas residencias de Victoria Peak —muchos de ellos convencidos de que había llegado Armageddon bajo la forma de un violento ataque del Continente— explicándoles que los terribles acontecimientos habían sido obra de un criminal perturbado a quien ya habían dado muerte las unidades de emergencia del gobierno. Los escépticos habitantes del Peak no parecían satisfechos. Los tiempos no estaban de su lado, su mundo no marchaba como debería marchar, y necesitaban pruebas; de modo que el cadáver del asesino muerto desfiló sobre una camilla ante los curiosos, con el cuerpo acribillado y empapado en sangre semidescubierto para que todos lo viesen. Los señoriales residentes regresaron a sus señoriales mansiones, pensando ya en todo tipo de reclamaciones a sus compañías de seguros.

Los «actores» estaban, decimos, sentados en sillas de plástico blancas, como robots vivientes en espera de la señal para empezar, sin que ninguno tuviese el valor o la energía necesarios para abrir la sesión. El agotamiento, mezclado con el temor a una muerte violenta, marcaba sus rostros... con una excepción. Había uno que mostraba las profundas arrugas y las oscuras sombras de la fatiga, más extrema, pero en sus ojos no se veía un miedo vacío, sino tan sólo la aceptación pasiva y desconcertada de cosas que todavía escapaban a su comprensión. Hacía unos minutos, la muerte no le daba ningún miedo; era preferible a vivir. Ahora en medio de su confusión, con su esposa cogiéndole la mano, podía sentir cómo iba creciendo una rabia remota, remota en el sentido de que estaba en lo más recóndito de su mente, y empujaba sin cesar

hacia adelante como el trueno lejano sobre el lago cuando se acerca una tormenta de verano.

—¿Quién nos ha hecho esto? —dijo David Webb, con voz que era apenas un murmullo.

—Fui yo —respondió Havilland desde un extremo de la blanca mesa rectangular. El embajador se echó lentamente hacia adelante y devolvió a Webb su mirada fija y como muerta—. Si estuviese ante un tribunal pidiendo clemencia para un acto ignominioso, podría alegar circunstancias atenuantes.

—¿Cuáles fueron? —preguntó David en tono inexpresivo.

—En primer lugar, está la crisis —dijo el diplomático—. En segundo, usted.

—Explique eso —interrumpió Alex Conklin desde el otro extremo de la mesa. Webb y Marie estaban a su izquierda, dando frente a la blanca pared, y Morris Panov y Edward McAllister al lado contrario—. Y no se deje nada —añadió el astuto oficial de Inteligencia.

—No pretendo hacerlo —dijo el embajador, todavía mirando a David—. La crisis es real, la catástrofe inminente. En Pekín está en marcha una conspiración a cargo de una camarilla de fanáticos conducidos por un hombre tan profundamente instalado en la jerarquía de su gobierno, tan venerado como príncipe-filósofo, que no puede ser denunciado. Nadie lo creería, y quien lo intentase se convertiría en un paria. Peor aún: cualquier intento de denuncia correría el riesgo de provocar una reacción tan grave que Pekín se sentiría insultado y ultrajado y volvería a las suspicacias y la intransigencia. Pero si la conspiración no es abortada, acabará con los acuerdos de Hong Kong y con la propia colonia. El resultado será la inmediata ocupación por la República Popular. No necesito decir lo que eso supondría: caos económico, violencia, derramamiento de sangre y sin duda guerra en Extremo Oriente. ¿Por cuánto tiempo podrían ser limitadas las hostilidades antes de que otras naciones se viesen obligadas a tomar partido? El riesgo es inimaginable.

Silencio. Cruce de miradas.

—Fanáticos del Kuomintang —dijo David con voz fría y monótona—. China contra China. Ha sido el grito de guerra de algunos maníacos durante los últimos cuarenta años.

—Pero sólo un grito, mister Webb. Palabras, pero no maniobras, golpes, estrategias definitivas. —Havilland ahuecó las manos sobre la mesa y respiró hondo—. Ahora las hay. La estrategia está en marcha. Una estrategia tan indirecta y tortuosa, de tan larga preparación, que piensan que no puede fallar. Pero, por supuesto, fallará, y cuando eso ocurra el mundo se enfrentará a una crisis de intolerables proporciones,

que muy bien podría conducir a la crisis final, aquella a la que no podremos sobrevivir. Desde luego, Extremo Oriente no sobrevivirá.

—No está diciéndome nada que no haya visto por mí mismo. Se han infiltrado profundamente en las alturas y probablemente se están extendiendo, pero siguen siendo eso, fanáticos, lunáticos marginales. Y si el loco al que vi y que dirigía el espectáculo se parece a los otros, los colgarán a todos en la plaza de Tian An Men, lo televisarán y aplaudirán hasta los grupos opuestos a la pena de muerte. Era, *es*, un sádico mesiánico, un carnicero, y los carniceros, no son políticos. Nadie los toma en serio.

—A Herr Hitler lo tomaron en serio en 1933 —observó Havilland—, y al ayatollah Jomeini hace sólo unos años. Pero sin duda no sabe usted quién es su verdadero jefe. No se ha dejado ver en ninguna circunstancia en la que usted pudiera ni siquiera remotamente estar presente. Sin embargo, puedo asegurarle que es un hombre de Estado y se le toma muy en serio. Pero su objetivo no es Pekín, sino Hong Kong.

—Vi lo que vi y oí lo que oí, y seguirá conmigo mucho tiempo... ¡Ustedes no me necesitan, nunca me han necesitado! Aíslenlos, hagan correr la voz en el Comité Central, apelen a Taiwan para que los desautoricen... ¡Lo harán! Los tiempos cambian, y hoy no desean esa guerra más que en Pekín.

El embajador estudió al medusiano, sin duda evaluando la información que tenía David y comprendió que Webb había visto en Pekín lo suficiente para sacar sus propias conclusiones, pero no lo bastante para comprender lo que había en el fondo de la conspiración de Hong Kong.

—Es demasiado tarde —dijo el diplomático—. Las fuerzas están ya en movimiento. Traición al más alto nivel en el gobierno chino, y nada menos que por mano de los despreciados nacionalistas, a los que suponen en colusión con los intereses financieros occidentales. Ni los más devotos seguidores de Deng Xiaoping podrían aceptar ese golpe al orgullo de Pekín, esa vergüenza a los ojos del mundo, el papel de cornudos. Tampoco lo aceptaríamos nosotros si llegase a saberse que la General Motors, la IBM y la Bolsa de Nueva York estaban en manos de traidores norteamericanos entrenados por los soviéticos, que desviaban miles de millones para proyectos ajenos al interés de la nación.

—La analogía es buena —interrumpió McAllister, con los dedos en su sien derecha—. Sumadas, eso es lo que Hong Kong representa para la República Popular, eso y cien mil veces más. Pero hay otro elemento, tan alarmante como lo peor de lo que nos hayamos enterado. Me gustaría ponerlo sobre el tapete ahora, desde mi posición como analista, como alguien que debe calcular las reacciones de los

adversarios actuales o potenciales...

—Abrevie —interrumpió Webb—. Habla demasiado, se frota la cabeza demasiado y no me gustan sus ojos. Le irían bien a un pez muerto. Ya habló demasiado en Maine. Es un mentiroso.

—Sí, sí, comprendo lo que dice y por qué lo dice, pero soy un hombre honrado, mister Webb. Creo en la honradez.

—Yo no. Ya no. Continúe. Es todo muy esclarecedor, y si no entiendo maldita la cosa es porque nadie ha dicho nada que tenga sentido. ¿De qué nos va a hablar usted, mentiroso?

—Del factor que representa el crimen organizado. —McAllister había tragado saliva ante el repetido insulto de David, pero aun así dijo la frase como si esperase que todos comprendieran. Al verse ante una serie de miradas inexpresivas, añadió—: ¡Las tríadas!

—Grupos organizados como la Mafia, al estilo oriental —explicó Marie, mirando al subsecretario de Estado—. Hermandades criminales.

McAllister asintió con un gesto.

—Drogas, inmigración ilegal, juego, prostitución, usura... Lo de costumbre.

—Y algo no tan usual —añadió Marie—. Tienen formas de economía, propias. Poseen bancos, aunque de un modo indirecto, por supuesto, en California, en Oregón, en el estado de Washington e incluso en mi país, la Columbia británica. Blanquean millones a diario mediante transferencias internacionales.

—Lo que sólo sirve para agravar la crisis —dijo enfáticamente McAllister.

—¿Por qué? —preguntó David—. ¿De qué se trata?

—Delincuencia, mister Webb. Los líderes de la República Popular están obsesionados con la delincuencia. Los informes indican que durante los últimos tres años han tenido lugar más de cien mil ejecuciones, sin haber mucha distinción entre infracciones y delitos graves. Es algo muy propio del régimen... de los orígenes del régimen. Todas las revoluciones creen ser concebidas sin pecado; la pureza de la causa lo es todo. Pekín hará ajustes ideológicos para beneficiarse de los mercados occidentales, pero no admitirá la menor componenda ni siquiera con los meros indicios del crimen organizado.

—Hace usted que parezcan una colección de paranoicos —intervino Panov.

—Lo son. No pueden permitirse ser otra cosa.

—¿Ideológicamente? —preguntó con escepticismo el psiquiatra.

—Simples números, doctor. La pureza de la revolución es la tapadera, pero lo que nos asusta son los números. Se trata de un país inmenso, enormemente poblado y con

vastos recursos. Si entrase en él el crimen organizado, con mil millones de seres dentro de sus fronteras, y no piense ni por un momento que los antiguos señores feudales no están ya tascando el freno, podrían convertirse en una nación de tríadas. Aldeas, pueblos, ciudades enteras serían divididos en territorios de sendas «familias», que aprovecharían el influjo de los capitales y la tecnología de Occidente. Habría una explosión de exportaciones ilegales que inundarían los mercados del contrabando en el mundo entero. Drogas de incontables montes y campos que es imposible patrullar, armas de empresas filiales abiertas mediante el soborno, textiles de millares de talleres clandestinos que utilizando maquinaria robada y mano de obra campesina paralizarían las industrias de Occidente...

—Ese es un «gran salto adelante» que nadie ha sido capaz de conseguir aquí en los últimos cuarenta años —dijo Conklin.

—¿Quién se atrevería a intentarlo? —preguntó McAllister—. Si pueden ejecutar a una persona por robar cincuenta yuans, ¿quién va a intentar ir a por cien mil? Hace falta protección, organización, gente en las altas esferas. Eso es lo que teme Pekín, y de ahí la paranoia. A sus líderes los aterrorizan los corruptores bien situados. La infraestructura política podría resultar erosionada, perderían el control, y no correrán ese riesgo. Por paranoicos que parezcan sus temores, para ellos son terriblemente reales. Cualquier indicio de que poderosas facciones criminales se han aliado con conspiradores internacionales, y juntos están infiltrándose en su economía, bastaría para que denunciasen los Acuerdos y enviasen sus tropas a Hong Kong.

—Su conclusión es obvia —dijo Marie—, pero ¿dónde está la lógica? ¿Cómo podría ocurrir?

—Está ocurriendo, Mrs. Webb —respondió el embajador Havilland—. Por eso necesitamos a Jason Bourne.

—Será mejor que alguien empiece por el principio —dijo David.

Así lo hizo el diplomático.

—Todo empezó hace más de treinta años, cuando un joven brillante fue enviado a Taiwan a la tierra natal de su padre y se le dio un nuevo nombre, una nueva familia. Se trataba de un plan a muy largo plazo, que tenía sus raíces en el fanatismo y la venganza...

Webb escuchó mientras iba desplegándose ante él la increíble historia de Sheng Chou Yang, cada pieza en su sitio, cada hecho convincentemente real, porque ya no había razón para seguir mintiendo. Veintisiete minutos más tarde, cuando hubo terminado, Havilland cogió una carpeta-archivador de bordes negros, levantó la tapa para dejar al descubierto las setenta y tantas páginas que contenía, la cerró, alargó el

brazo y la colocó ante David.

—Esto es todo lo que sabemos, cuanto hemos averiguado, los detalles de todo lo que le he contado. No pueden salir de esta casa si no es en cenizas, pero puede leerlo. Si tiene alguna duda o preguntas que hacer, le juro que moveré hasta la última fuente del gobierno de Estados Unidos, desde el Despacho Oval hasta el Consejo de Seguridad Nacional, para que quede satisfecho. No podría hacer menos. —El diplomático hizo una pausa, con los ojos fijos en los de Webb—. Tal vez no tengamos derecho a pedírselo, pero necesitamos su ayuda. Necesitamos toda la información que pueda darnos.

—Para poder enviar a alguien que traiga a ese Sheng Chou Yang.

—En esencia, sí; pero es mucho más complejo que eso. Nuestra mano ha de ser invisible. No puede ser vista ni siquiera remotamente sospechada. Sheng se ha cubierto inteligentemente. Pekín lo considera un visionario, un gran patriota que trabaja como un esclavo por la madre China; una especie de santo. Su seguridad es absoluta. La gente que lo rodea, sus ayudantes, sus guardias, son tropas de choque protectoras que le profesan una fidelidad total.

—Por eso querían al impostor —interrumpió Marie—. Era su eslabón con Sheng.

—Sabíamos que había aceptado contratos para él. Sheng tenía, tiene, que eliminar a su oposición, tanto a quienes se oponen a él ideológicamente como a aquellos a quienes pretende excluir de sus actividades.

—A este último grupo —interrumpió McAllister— pertenecen los líderes tríadas rivales en quienes Sheng no confía, en quienes no confían los fanáticos del Kuomintang. Sabe que si rondan lo bastante cerca para darse cuenta de que están siendo explotados y excluidos puede estallar una desestabilizadora guerra entre bandas que Sheng no podría tolerar, como no pueden los británicos teniendo ahí al lado a Pekín. En los últimos dos meses han sido muertos siete jefes de tríada, lo que ha hecho que sus organizaciones queden paralizadas.

—El nuevo Jason Bourne era la perfecta solución para Sheng —continuó el embajador—. Un asesino a sueldo sin lazos políticos ni nacionales, sobre todo para que nunca pudiera encontrarse ninguna relación entre los asesinatos y China.

—Pero él fue a Pekín —objetó Webb—. Fue allí donde lo capturé. Incluso si la cosa empezó fuera, como una trampa para mí, que es lo que era...

—¿Una trampa para usted? —exclamó Havilland—. ¿Es que sabían de usted?

—Me enfrenté con mi sucesor hace dos noches, en el aeropuerto. Ambos sabíamos quién era el otro; era imposible no saberlo. Él no iba a mantenerlo en secreto y cargar con la culpa de un contrato fracasado.

—¿Era usted? —interrumpió McAllister—. ¡Lo sabía!

—También Sheng y su gente. Yo era como el nuevo pistolero que llega al pueblo y había que pararme, que matarme con absoluta prioridad. No podían correr riesgos después de lo que yo había conseguido averiguar. La trampa fue concebida esa noche, tendida esa misma noche.

—¡Dios mío! —exclamó Conklin—. Leí lo de Kai-tak en Washington. La prensa decía que se suponía que eran lunáticos de ultraderecha. «Fuera comunistas del capitalismo.» ¿Y resulta que eras tú?

—Ambos gobiernos necesitaban decir algo a la prensa mundial —añadió el subsecretario—. Lo mismo que nosotros tenemos que decir algo acerca de lo que esta noche...

—Lo que yo digo —intervino David, ignorando a McAllister— es que el tal Sheng llamó al comando, lo utilizó para tenderme una trampa, y al hacerlo lo convirtió en parte de su círculo íntimo. Para un cliente secreto no es ése el mejor modo de guardar las distancias con un asesino a sueldo.

—Lo es si no esperaba que saliera vivo de ese círculo —replicó Havilland, mirando al subsecretario de Estado—. La teoría de Edward, que suscribo, es que cuando hubiese cumplido su último contrato, o cuando considerasen que sabía demasiado y en consecuencia suponía un riesgo, iban a matar al impostor cuando acudiese a cobrar, creyendo, por supuesto, que le iban a dar otro encargo. Todo sin el menor rastro, a pizarra limpia. Sin duda los acontecimientos de Kai-tak firmaron su sentencia de muerte.

—No era lo bastante listo para darse cuenta —dijo Jason Bourne—. No podía pensar geométricamente.

—¿Cómo ha dicho? —preguntó el embajador.

—No es nada. De modo que lo que usted me dijo era en parte verdad y en parte mentira. Hong Kong podía estallar, pero no por las razones que entonces me dio.

—Sólo la verdad podía hacer que nos creyese, que compartiese nuestra enorme preocupación. Las mentiras fueron únicamente para reclutarlo. —Havilland se echó hacia atrás en su asiento—. Y no puedo ser más explícito.

—Bastardos... —murmuró Webb con voz helada.

—Eso se lo concedo —asintió Havilland—. Pero, como ya dije, había circunstancias atenuantes, en especial dos: la crisis y usted.

—¿Y...? —dijo Marie.

—Permítame una pregunta, mister Webb... Mrs. Webb. Si hubiésemos acudido a usted y le hubiésemos expuesto nuestras razones, ¿habría unido sus fuerzas a las

nuestras? ¿Hubiera vuelto a convertirse de buen grado en Jason Bourne?

Silencio. Todos los ojos estaban fijos en David, mientras los suyos vagaban inexpresivos sobre la superficie de la mesa para ir a descansar al fin sobre la carpeta.

—No —dijo suavemente—. No confío en ustedes.

—Lo sabíamos. Pero desde nuestro punto de vista teníamos que reclutarlo. Usted podía hacer lo que nadie más era capaz de hacer, y, en la medida en que lo hizo, sugiero que ese juicio era acertado. El costo fue terrible, nadie lo subestima; pero pensábamos, pensaba yo, que no había elección. El tiempo y las consecuencias estaban, están, en contra nuestra.

—Tanto como antes —dijo Webb—. El comando ha muerto.

—¿El comando?

McAllister se echó hacia adelante.

—Su asesino, el impostor. Todo lo que nos hicieron fue inútil.

—No necesariamente —objetó Havilland—. Dependerá de lo que usted pueda decirnos. Los titulares de mañana hablarán de una muerte aquí arriba, es inevitable, pero Sheng no puede saber quién es el muerto. No se tomaron fotografías, no había prensa aquí en ese momento, y los que han llegado desde entonces han sido acordonados a varios cientos de yardas de aquí por la policía. Para controlar la información nos basta con ser nosotros quienes la facilitemos.

—¿Y qué pasa con el cadáver? —preguntó Panov—. Hay trámites médicos...

—Anulados por el MI-Seis —dijo el embajador—. Esto es todavía territorio británico, y las comunicaciones entre Londres, Washington y la Casa del Gobierno fueron rápidas. La cara del impostor estaba demasiado desfigurada para que cualquiera que la viese pudiera dar su descripción, y sus restos están bajo custodia, nadie puede examinarlos. Fue idea de Edward, y la puso en marcha con una rapidez endiablada.

—Quedan David y Marie —insistió el psiquiatra—. Los ha visto y oído demasiada gente.

—Sólo algunas escuadras de marines estaban lo bastante cerca para ver y oír con claridad —dijo McAllister—. El contingente entero, incluidos dos muertos y siete heridos, regresa en avión a Hawái dentro de una hora. Han abandonado el edificio y están acantonados en el aeropuerto. Hubo mucha confusión y pánico. La policía y los bomberos estaban ocupados en otra parte y no aparecieron por los jardines. Podemos decir lo que queramos.

—Eso parece ser un hábito en usted —comentó Webb.

—Ya ha oído al embajador —dijo el subsecretario, rehuyendo la mirada de David

—. No creíamos tener elección.

—Sea justo consigo mismo, Edward. —Havilland volvió a mirar a Webb mientras se dirigía al subsecretario—. *Yo creía que no había elección. Usted puso muchas objeciones.*

—Estaba equivocado —dijo firmemente McAllister mientras el diplomático le clavaba de golpe los ojos—. Pero eso carece de importancia —se apresuró a continuar el subsecretario—. Tenemos que decidir lo que vamos a decir. El consulado está agobiado por las llamadas de la prensa...

—¿El consulado? —intervino Conklin—: ¡Alguna casa franca!

—No hubo tiempo para alquilar un sitio más adecuado —dijo el embajador—. Se mantuvo lo más disimulado posible y preparamos una historia verosímil. Por lo que sabemos, no hubo preguntas, pero en el informe de la policía tienen que constar el propietario y el arrendatario. ¿Cómo está manejando eso Garden Road, Edward?

—Simplemente diciendo que la situación aún no ha sido aclarada. Esperan por nosotros, pero no pueden andarse con rodeos mucho más tiempo. Es mejor que preparemos algo que dejar campo libre a la especulación.

—Mucho mejor —asintió Havilland—. Sospecho que eso significa que tiene usted algo en la cabeza.

—No es más que un recurso, pero podría servir, si he oído bien a mister Webb.

—¿Acerca de qué?

—Utilizó usted varias veces la palabra «comando», supongo que no como mera figura de dicción. ¿El asesino era un comando?

—Lo fue. Oficial, y lo echaron por desequilibrio mental. Homicidio, por ser exacto.

—¿Consiguió su identidad, supo su nombre?

David miró duramente al analista recordando las palabras de Allcott-Price, dichas con una perversa sensación de triunfo... *Si pierdo y llega a saberse mi historia, ¿a cuántos antisociales practicantes pondrá en acción? ¿Cuántos otros tipos «diferentes» andan por ahí a los que les haría felices ocupar mi lugar, como yo ocupé el tuyo? Ese cochino mundo está lleno de Jason Boumes. Dirígelos, dales ideas, y se pondrán en marcha...*

—No llegué a saber quién era —dijo simplemente Webb.

—Pero no obstante, *era* un comando.

—Efectivamente.

—No *ranger*, ni de las Boinas Verdes, ni de las fuerzas especiales...

—No.

—Entonces supongo que quiere usted decir que era británico.

—Sí.

—En ese caso contaremos una historia que niegue implícitamente esos detalles. Ni es inglés, ni tiene un historial militar... Hay que ir en dirección opuesta.

—Un norteamericano blanco —dijo Conklin suavemente, e incluso con un cierto respeto, mientras miraba al subsecretario de Estado—. Denle el nombre y la historia de un expediente cerrado, preferiblemente basura de cuarta categoría, un psicópata con una obsesión tal que venía a por alguien aquí arriba.

—¿Quién? —preguntó David.

—Yo —replicó McAllister, con los ojos clavados en los de Webb.

—Lo que quiere decir yo. Yo soy ese hombre, ese obseso.

—Su nombre no será utilizado —continuó calmosa y fríamente el subsecretario—. Podríamos inventar un expatriado norteamericano que hace años fue perseguido por las autoridades de todo Extremo Oriente por crímenes que iban desde asesinatos múltiples hasta tráfico de drogas. Diremos que yo cooperé con la policía en Hong Kong, Macao, Singapur, Japón, Malasia, Sumatra y Filipinas. Gracias a mis esfuerzos, sus actividades fueron eficazmente cortadas y perdió millones. Se entera de que he vuelto y estoy destinado aquí, en Victoria Peak, y viene a por mí, a por el hombre que lo arruinó. —McAllister hizo una pausa y se volvió a David—. Dado que estuve algunos años aquí en Hong Kong, no puedo imaginar que a Pekín le pasase por alto. Estoy seguro de que tiene un extenso *dossier* sobre cierto analista que se creó un buen número de enemigos durante su actuación aquí. Porque hice enemigos, mister Webb. Era mi trabajo. Estábamos tratando de aumentar nuestra influencia en esta parte del mundo, y siempre que había norteamericanos implicados en actividades delictivas yo hacía cuanto podía para ayudar a las autoridades a detenerlos, o al menos obligarlos a abandonar Asia. Era el mejor modo de demostrar nuestras buenas relaciones, ir detrás de los nuestros. Fue también la razón por la que Estado me hizo volver a Washington. Y utilizando mi nombre la cosa tendrá visos de autenticidad para Sheng Chou Yang. Nos conocíamos. Especulará con muchas posibilidades, entre ellas la acertada, pero ninguna ni remotamente relacionada con un comando británico.

—Y la especulación acertada —interrumpió tranquilamente Conklin— es el hecho de que por aquí nadie ha sabido nada del primer Jason Bourne desde hace un par de años.

—Exactamente.

—De modo que yo soy el cadáver que está bajo custodia, que nadie puede examinar —dijo Webb.

—Podría ser usted, sí —asintió McAllister—. Ignoramos lo que sabe Sheng, hasta dónde llega su información. Lo único que queremos dejar bien sentado es que el muerto no es un asesino.

—Dejando el camino abierto para que otro impostor vuelva allí y saque a Sheng para matarlo —añadió Conklin, respetuosamente—. Es usted cosa fina, mister Analista. Un hijo de perra, pero cosa fina.

—Ha estado poniéndose en evidencia, Edward —dijo Havilland, con la mirada en el subsecretario—, y yo nunca le pedí tal cosa. Tiene usted enemigos.

—Quiero hacerlo así, señor embajador. Me tiene a su lado para asesorarlo, y en ese caso opino que ésa es la manera más eficaz. Ha de ser una cortina de humo convincente, y mi nombre puede hacer lo que sea... para Sheng. El resto puede envolverse en un lenguaje ambiguo, un lenguaje que todos aquellos a quienes queremos que llegue comprenderán.

—Amén —dijo Webb cerrando de pronto los ojos y oyendo las palabras que Jason Bourne había dicho tan a menudo.

—David...

Marie le tocó la cara.

—Perdóname.

Webb abrió la carpeta que tenía enfrente. En la primera página había una fotografía con un nombre impreso debajo que la identificaba como el rostro de Sheng Chou Yang. Pero era mucho más que eso; era *la cara*. ¡La cara del carnicero! El loco que degollaba a hombres y mujeres con su enjoyada espada ceremonial, que obligaba a dos hermanos a pelear a muerte con cuchillos afilados como navajas de afeitar, que había quitado la vida a un valiente y torturado Eco con un tajo a la cabeza. Bourne contuvo el aliento, rabioso por tan inimaginable crueldad, y se vio invadido por imágenes sangrientas. Mientras contemplaba la fotografía, la visión de Eco dando su vida por salvar a Delta lo llevó de nuevo a aquel claro del bosque. Delta sabía que era la muerte de Eco la que había hecho posible la captura del asesino. Eco había muerto desafiante, había aceptado una ejecución insoportablemente dolorosa, para que un camarada de Medusa pudiera no sólo escapar, sino obedecer a su último gesto, que le decía que el loco de la espada debía morir.

—¿Éste es el hijo de su desconocido taipán? —susurró Jason Bourne.

—Sí —dijo Havilland.

—¿Su venerado príncipe-filósofo, el santo chino a quien nadie puede denunciar?

—Le repito que sí.

—¡Están equivocados! ¡Apareció en público! ¡Yo lo he visto!

El embajador, asombrado, se echó de golpe hacia adelante.

—¿Está seguro?

—No podría estarlo más.

—Deben de haber sido circunstancias extraordinarias —dijo el asombrado McAllister—. Y eso confirma sin lugar a dudas que el impostor no habría salido vivo de allí. ¡Aún así, debe de haberse tratado de algo de importancia fundamental para él!

—Teniendo en cuenta que nadie lo supo fuera de China, lo era. La tumba de Mao se convirtió en una galería de tiro. Formaba parte de la trampa, y perdieron. Perdió Eco.

—¿Quién? —preguntó Marie, todavía aferrada a su mano.

—Un amigo.

—¿La tumba de Mao? —repitió Havilland—. ¡Increíble!

—En absoluto —dijo Bourne—. Una idea brillante. El último lugar de China donde un «blanco» esperaría un ataque. Entra pensando que es él quien sigue a su presa, esperando cogerla fuera, a la salida. Está en la penumbra con la guardia baja. Y resulta que todo el tiempo la presa ha sido él, que lo tienen allí rodeado, aislado, listo para morir. Muy inteligente.

—Y muy peligroso, para los cazadores, para la gente de Sheng —dijo el embajador—. Un paso en falso y podrían haberlos cogido. ¡Qué insensatez!

—No había posibilidad de pasos en falso. Habrían matado a los suyos si no los hubiese matado yo, ahora lo comprendo. Cuando todo se les fue de las manos, simplemente desaparecieron. Con Eco.

—Vuelva a Sheng, por favor, mister Webb. —Havilland estaba obsesionado, y lo miraba con ojos suplicantes—. Díganos lo que vio, lo que sabe.

—Es un monstruo —susurró Jason, con los ojos vidriosos clavados en la fotografía—. Viene del infierno; es un Savonarola que tortura y mata a hombres, mujeres y niños con la sonrisa en los labios. Pronuncia sermones dignos de un profeta hablando a unos niños, pero por debajo es un maníaco que gobierna a su banda de inadaptados por el puro terror. Esas tropas de choque que usted mencionó no son tales tropas, sino terroristas a sueldo, sádicos que han aprendido su oficio del mejor maestro. Ese hombre es Auschwitz, Dachau y Bergen-Belsen todo en una pieza. Dios nos ayude si llega a mandar aquí.

—Puede hacerlo, mister Webb —dijo Havilland, con sus ojos aterrados fijos en Jason Bourne—, y lo hará. Acaba usted de describirnos a un Sheng Chou Yang que el mundo no ha visto nunca y que en este momento es el hombre más poderoso de China. Como Adolfo Hitler entró victoriosamente en el Reichstag, así entrará Sheng

en el Comité Central, convirtiéndolo en un títere suyo. Lo que nos ha contado es mucho más catastrófico que cuanto habíamos pensado. China contra China... ¡y después Armageddon! ¡Dios mío!

—Es una bestia —susurró roncamente Jason—. Necesita matar como un depredador, pero sólo por matar; ése es su único apetito.

—Está hablando de generalidades. —La interrupción de McAllister fue fría pero llena de pasión soterrada—. Tenemos que saber más. ¡Necesito saber más!

—Convocó una reunión... —Bourne hablaba como en sueños, balanceando la cabeza mientras sus ojos volvían a clavarse en la fotografía—. Era el inicio de... las noches de la gran espada, dijo. Aseguró que había un traidor. La reunión era algo que sólo un loco podía organizar, con antorchas por todas partes, y en el campo, a una hora de Pekín, en un refugio para aves. ¿Pueden creerlo? Un refugio para aves, e hizo realmente lo que les he dicho. Mató a un hombre colgado de unas cuerdas, despedazándolo vivo, y después a una mujer que trataba de demostrar su inocencia le cortó la cabeza... ¡Delante de todos! Y a dos hermanos...

—¿Un traidor? —musitó McAllister, siempre en analista—. ¿Encontró a alguno? ¿Confesó alguien? ¿Es que hay descontentos?

—¡Cállese! —exclamó Marie.

—¡No, Mrs. Webb! Está volviendo atrás, está reviviéndolo. Mírelo. ¿No se da cuenta? Está *allí*.

—Me temo que nuestro irritante colega tiene razón, Marie —dijo suavemente Panov, observando a Webb—. Entra y sale, tratando de hallar su propia realidad. Está bien; dejen que la encuentre. Podría ahorrarnos a todos mucho tiempo.

—¡Tonterías!

—Siempre precisa, querida y siempre discutible. Cállate.

—... No hubo ningún traidor, nadie que hablase; sólo la mujer tenía dudas. La mató y se hizo el silencio, un silencio horrendo. Advertía a todos, les decía que ellos, la verdadera China, estaban en todas partes y a la vez eran invisibles. En los ministerios, en la policía de seguridad, en todas partes... Después mató a Eco, pero Eco sabía que tenía que morir. Quería morir rápidamente porque de todos modos ya no podía durar mucho. Desde las torturas se hallaba en un estado lamentable. Pero si conseguía darme tiempo...

—¿Quién es Eco, David? —preguntó Morris Panov—. Dínoslo, por favor.

—Alfa, Bravo, Charlie, Delta, Eco... Foxtrot...

—Medusa —dijo el psiquiatra—. ¿Es Medusa, verdad? Eco estuvo allí.

—Estaba en París, en el Louvre. Trataba de salvarme la vida, pero fui yo quien se

la salvó a él. Eso estuvo bien, él me había salvado la mía antes, hacía años. «El descanso es un arma», me dijo, y puso a los demás a mi alrededor y me obligó a dormir. Después salimos de la jungla.

—«El descanso es un arma»... —dijo Marie en voz baja, y cerró los ojos y apretó la mano de su marido, mientras le caían las lágrimas—. ¡Dios mío!

—... Eco me vio en el bosque. Usamos las viejas señales que usábamos antes, hace años. No las había olvidado. Ninguno de nosotros olvida nunca.

—¿Estamos en el campo, en el refugio para aves, David? —preguntó Panov, agarrando a McAllister por el hombro para impedirle intervenir.

—Sí —dijo Jason Bourne, con la mirada flotante, desenfocada—. Los dos lo sabemos. Va a morir. Tan simple, tan claro... Morir, muerte, nada más. Sólo ganar tiempo, unos minutos preciosos. Entonces tal vez yo pueda hacerlo.

—¿Hacer qué, Delta?

Panov pronunció el nombre con énfasis tranquilo.

—Llevarme al hijo de perra. Llevarme al carnicero. No merece vivir, ¡no tiene derecho a vivir! Mata con demasiada facilidad, con la sonrisa en los labios. Eco lo vio, yo lo vi. Está ocurriendo, todo está ocurriendo a la vez; las explosiones en el bosque, todos corriendo, gritando. ¡Ahora puedo hacerlo! Es una presa fácil... ¡Me ve! ¡Está mirándome! ¡Sabe que soy su enemigo! ¡Soy tu enemigo, carnicero, la última cara que verás!... ¿Qué ocurre? ¡Algo va mal! ¡Se protege, ha puesto a alguien delante de él! ¡Tengo que salir de aquí! ¡No puedo hacerlo!

—¿No puedes o no quieres? —preguntó Panov, acercando su cara a la de David—. ¿Eres Jason Bourne o eres David Webb? ¿Quién eres?

—¡Delta! —gritó la víctima, sobresaltando a cuantos estaban en la mesa con su estallido—. ¡Soy Delta! ¡Soy Bourne! ¡Caín es Delta y Carlos es para Caín!

La víctima, quienquiera que fuese, se desplomó hacia atrás en su silla, con la cabeza hundida en el pecho, y guardó silencio. Nadie habló.

Pasaron varios minutos —nadie supo cuántos, nadie los contó— hasta que el hombre que era incapaz de establecer una identidad ante sí mismo alzó la cabeza. Sus ojos estaban ahora medio libres medio prisioneros de la agonía que experimentaba.

—Perdonen —dijo David Webb—. No sé lo que me ha pasado. Perdonen.

—Nada de disculpas David —dijo Panov—. Volviste al pasado. Es comprensible. Es natural.

—Sí, volví al pasado. Absurdo, ¿verdad?

—En absoluto —dijo el psiquiatra—. Es perfectamente natural.

—Tengo que volver. Eso también es comprensible, ¿no te parece, Mo?

—¿David! —exclamó Marie tendiéndole los brazos.

—Tengo que hacerlo —dijo Jason Bourne tomándole suavemente las muñecas—. Nadie más puede hacerlo; es tan simple como eso. Conozco las claves, conozco el camino... Eco cambió su vida por la mía, creyendo que lo haría, que mataría al carnicero. Entonces fracasé. Ahora no fracasaré.

—¿Y nosotros? —Marie se aferró a él, y su voz sonó en las blancas paredes—. ¿Es que no importamos?

—Regresaré, te lo prometo —dijo David, apartando los brazos de Marie y mirándola a los ojos—. Pero tengo que volver. ¿Es que no lo comprendes?

—¿Por esta gente, por estos mentirosos?

—No, no por ellos. Por alguien que quería vivir sobre todas las cosas. Tú no lo conociste; era un superviviente. Pero supo cuándo su vida no valía mi muerte. Yo tenía que vivir para hacer lo que había que hacer, tenía que vivir y volver a ti; él sabía eso también. Se enfrentó al problema y tomó su decisión. Hay momentos a lo largo de la vida en que todos tenemos que tomar decisiones así. —Bourne se volvió a McAllister—. ¿Hay aquí alguien que pueda hacer una foto a un cadáver?

—¿A un cadáver? —preguntó el subsecretario de Estado.

—Sí, al mío.

Capítulo 34

La fotografía, espantosa, fue tomada sobre la blanca mesa de conferencias por un técnico de la casa franca y bajo la supervisión, más bien reacia, de Morris Panov. Una sábana blanca manchada de sangre cubría el cuerpo de Webb; le llegaba al cuello y dejaba al descubierto una cara veteada de rojo, con los ojos abiertos y los rasgos bien visibles.

—Revele el rollo lo antes posible y tráigame los contactos —dijo Conklin.

—Veinte minutos —calculó el técnico camino de la puerta, mientras entraba McAllister.

—¿Qué está pasando? —preguntó David sentándose en la mesa.

Marie, estremecida, empezó a limpiarle la cara con una toalla caliente y húmeda.

—Los de prensa del consulado llamaron a los medios de información —explicó el subsecretario—. Les dijeron que darían un comunicado dentro de aproximadamente una hora, tan pronto como tuviesen todos los datos. Ahora están pergeñándolo. Les di el guión y permiso para utilizar mi nombre. Lo trabajarán a base de lenguaje diplomático y nos lo leerán antes de hacerlo público.

—¿Qué se sabe de Lin? —preguntó el hombre de la CIA.

—Un mensaje del médico. Sigue en estado crítico pero resistiendo.

—¿Y qué hay de la prensa que está ahí fuera? —preguntó Havilland—. Tendremos que dejarlos entrar antes o después. Cuanto más esperemos, más pensarán que escondemos algo, y no podemos permitirselo...

—Todavía nos queda un poco de cuerda —dijo McAllister—. Les hice saber que la policía, con gran riesgo para ella, está rastreando los terrenos en busca de explosivos sin detonar. En tales condiciones los reporteros pueden ser muy pacientes. A propósito: en el guión que di a los de prensa les decía que subrayasen que el hombre que atacó la casa era sin duda un experto en demoliciones.

Jason Bourne, uno de los mejores especialistas en demoliciones que había salido de Medusa, miró a McAllister. El subsecretario apartó los ojos.

—Tengo que salir de aquí —dijo Jason—. Debo ir a Macao lo más rápidamente posible.

—¡David, por el amor de Dios!

Marie estaba de pie delante de su marido mirándolo fijamente, y su voz era baja e intensa.

—Ojalá no tuviera que ser de este modo —dijo Webb, bajándose de la mesa—. Ojalá no lo fuese —repitió suavemente—, pero lo es. Tengo que estar en mi sitio.

Debo empezar la secuencia para llegar a Sheng antes de que salgan los periódicos de la mañana, antes de que esa fotografía confirme el mensaje que voy a enviarle a través de canales que está convencido nadie conoce. Tiene que creer que soy su asesino, el hombre al que iba a matar, no el Jason Bourne de Medusa que trató de matarlo a él en ese bosque. Tiene que saber de mí, de quien él cree que soy, antes de que reciba cualquier otra información, porque la que voy a enviarle es lo último que querrá oír; todo lo demás le parecerá insignificante.

—Es el cebo —dijo Alex Conklin—. Proporciónale primero la información crítica y la falsa encajará perfectamente, porque está asombrado, preocupado, y aceptará la versión oficial impresa, y sobre todo la foto.

—¿Qué va a decirle? —preguntó el embajador, en un tono que dejaba ver a las claras que le disgustaba la perspectiva de perder el control de aquella la más negra de las operaciones.

—Lo que usted me dijo. Parte verdad, parte mentira.

—Explíquese, mister Webb —dijo Havilland con firmeza—. Le debemos mucho, pero...

—¡Me deben más de lo que pueden pagarme! —estalló Jason Bourne—. A menos que se vuelen la tapa de los sesos aquí mismo, delante de mí.

—Comprendo su enfado, pero aun así debo insistir. Usted no hará nada que pueda poner en peligro las vidas de cinco millones de personas o los intereses vitales del gobierno de Estados Unidos.

—Me alegro de que, por una vez, lo haya dicho en el orden debido. Está bien, señor *embajador*, se lo diré. Es lo que le habría dicho antes si hubiese tenido la decencia de acudir a mí y «exponer sus razones». Me sorprende que no se le ocurriese; más que sorprenderme, me indigna, pero sospecho que no debería ser así. Usted cree en sus refinadas manipulaciones, en los atavíos de su silencioso poder. Probablemente cree merecerlo todo por su gran inteligencia, o algo parecido. Todos ustedes son iguales. Disfrutan con la complejidad y con las explicaciones que dan de ella, de modo que son incapaces de ver cuando el camino más sencillo es el más eficaz.

—Espero sus instrucciones —dijo fríamente Havilland.

—Amén. Escuche con mucha atención su laboriosa explicación. Se tomó un gran trabajo para demostrar por qué nadie podía acercarse oficialmente a Sheng y decirle lo que ustedes sabían. También en eso tenía razón. Se hubiese reído en sus barbas, o le hubiera escupido en un ojo, o le hubiese mandado a tomar vientos... Lo que usted prefiera, pero es seguro que lo habría hecho. Toda la ventaja es suya. Si ustedes prosiguen con sus «ultrajantes» acusaciones, él retira a Pekín de los acuerdos sobre

Hong Kong. Ustedes pierden. No tienen más prueba que las palabras de varios hombres que han muerto degollados, miembros del Kuomintang capaces de decir cualquier cosa con tal de desacreditar a los funcionarios del partido de la República Popular. Él sonríe y, sin decirlo, les da a entender que más les valdría ponerse de acuerdo con él. Ustedes piensan que no pueden hacerlo porque los riesgos son demasiado grandes; si Sheng es denunciado, Extremo Oriente estalla. También en eso tenía razón, más por los motivos que nos dio «Edward» que por los que dio usted. Pekín puede hacer la vista gorda ante una comisión corrompida como concesión temporal a la codicia, pero no permitirá que una Mafia china en expansión se infiltre en su industria, en su fuerza de trabajo o en su gobierno. Como dijo «Edward», podrían perder sus cargos...

—Sigo esperando, mister Webb —dijo el diplomático.

—Está bien. Ustedes me reclutaron, pero olvidaron la lección de Treadstone 71, mandar a un asesino a atrapar a otro asesino.

—Es lo único que no olvidamos —le interrumpió el diplomático, ahora asombrado—. Lo basamos todo en eso.

—Por razones erróneas. Había un modo mejor de llegar hasta Sheng y traerlo para suprimirlo. Yo no era necesario, ¡y mucho menos mi mujer! Pero usted no podía verlo; su cerebro superior necesitaba complicarlo todo.

—¿Qué era lo que yo no podía ver, Webb?

—La posibilidad de atrapar a un conspirador con otro. De manera no oficial... Ya es demasiado tarde, pero es lo que yo le hubiese dicho.

—No estoy seguro de que me hubiese dicho nada.

—Una parte de verdad y otra de mentira... su propia estrategia. Se envía un correo a Sheng, preferentemente un viejo medio senil que ha sido pagado mediante un «ciego» y que ha recibido la información por teléfono. No hay modo de dar con la fuente. Lleva un mensaje verbal, sólo para Sheng; nada escrito. El mensaje contiene la suficiente dosis de verdad para paralizar a Sheng. Digamos que el hombre que lo envía es alguien de Hong Kong que se expone a perder millones si el plan de Sheng fracasa, un hombre lo bastante inteligente y asustado para no dar su nombre. El mensaje podría aludir a filtraciones, o traidores de sala de consejo, o a tríadas excluidas que se están aliando porque las han dejado fuera... Todo lo que está usted seguro que ocurrirá; la verdad. Sheng tiene que ver qué hay de cierto, no puede ignorarlo. Hay contactos y se concierta una entrevista. El conspirador de Hong Kong está tan ansioso por protegerse como Sheng, y no menos receloso, y exige un lugar de encuentro neutral. Se llega a un acuerdo sobre él. Es la trampa. —Bourne hizo una

pausa y miró a McAllister—. Hasta un recluta de demoliciones de los más torpes podría mostrarle cómo hacerlo.

—Muy rápido y muy profesional —dijo el embajador—, pero con un fallo patente. ¿Dónde encontramos a un conspirador así en Hong Kong?

Jason Bourne estudió al maduro hombre de Estado con expresión que bordeaba el desprecio.

—Se lo inventa —dijo—. Ésa es la mentira.

Havilland y Alex Conklin estaban solos en la habitación de blancas paredes, sentados frente a frente a ambos extremos de la mesa de conferencias. McAllister y Morris Panov habían ido al despacho del subsecretario a escuchar por teléfonos diferentes la falsa semblanza de un asesino norteamericano creado por el consulado a beneficio de la prensa. Panov había accedido a proporcionar la adecuada terminología psiquiátrica con los debidos matices washingtonianos. En cuanto a David Webb, había pedido quedarse a solas con su mujer hasta la hora de partir. Los habían llevado a una habitación del piso alto; a nadie se le ocurrió pensar que debería haber sido un dormitorio. Era simplemente una habitación vacía en el lado sur de la vieja casa victoriana, lejos de los hombres empapados y las ruinas del lado norte. McAllister había calculado la partida de Webb para dentro de un cuarto de hora como máximo. Un coche llevaría a Jason Bourne y al subsecretario al aeropuerto de Kai-tak. En interés de la velocidad, y dado que los aerodeslizadores dejaban de funcionar a las 21.00 horas, un helicóptero de sanidad los llevaría a Macao, donde les facilitarían los permisos de inmigración para entregar unos suministros de emergencia al hospital Kiang Wu, de la rua Coelho do Amaral.

—No habría resultado —dijo Havilland, mirando a Conklin.

—¿Qué es lo que no habría resultado? —preguntó el hombre de Langley, a quien la frase del diplomático había interrumpido en sus cavilaciones—. ¿Lo que le dijo David?

—Sheng no hubiera accedido nunca a una reunión con alguien a quien no conocía, que no se identificaba.

—Depende de cómo se le presentase el asunto; ese tipo de cosas siempre depende de ello. Si la información es grave y los hechos auténticos, el sujeto no tiene mucho donde elegir. No puede preguntar al mensajero, porque no sabe nada, de modo que ha de ir en busca de la fuente. Como dijo Webb, no puede permitirse ignorarlo.

—¿Webb? —preguntó al embajador arqueando las cejas.

—Bourne, o Delta, ¿quién diablos sabe? La estrategia es buena.

—Hay demasiadas posibilidades de un error de cálculo, da un paso en falso,

cuando una de las partes se inventa a una persona.

—Dígale eso a Jason Bourne.

—Las circunstancias han cambiado. Treadstone disponía de un agente provocador dispuesto a ir tras el Chacal, un hombre obsesionado que aceptaba los riesgos más extremados porque había sido entrenado para ello y había vivido demasiado tiempo entre la violencia para renunciar a ella. No quería renunciar, no había sitio para él en ninguna otra parte.

—Eso es muy académico —dijo Conklin—, pero no creo que esté usted en situación de discutir con él. Lo envían con todas las probabilidades en contra y él vuelve con el asesino a rastras... y se encuentra con usted. Si dice que podía hacerse de otro modo, probablemente tiene razón, y usted no puede afirmar lo contrario.

—Pero sí que lo que hicimos resultó —dijo Havilland, descansando los antebrazos en la mesa y fijando los ojos en el hombre de la CIA—. Perdimos al asesino, pero ganamos a un provocador dispuesto, e incluso obsesionado. Desde el comienzo fue la elección óptima, pero ni por un momento pensamos que podríamos reclutarlo para hacer el trabajo final voluntariamente y por su cuenta. Ahora no dejará que ningún otro lo haga; va a volver allí alegando su mejor derecho. De modo que, a fin de cuentas, teníamos razón, yo tenía razón. Uno pone las fuerzas en movimiento, en una trayectoria de colisión, sin perderlas de vista, dispuesto siempre a hacer abortar la maniobra, o a matar si es preciso, pero sabiendo que a medida que aumentan las complicaciones y cuanto más cerca están de lanzarse unos al cuello de otros, más cerca está la solución. En última instancia, con sus odios, sus sospechas, sus pasiones, crean su propia violencia, y el trabajo acaba por hacerse. Uno puede perder a su gente, pero tiene que sopesar lo que representa esa pérdida frente a su valor para desorganizar al enemigo, para denunciarlo.

—También corre el riesgo de que se le vea la mano, esa mano que usted insistía en que tenía que permanecer oculta.

—¿Por qué lo dice?

—Porque todavía no es el fin. Supongamos que Webb no lo hace, supongamos que lo capturan, y puede apostar lo que quiera a que la orden será cogerlo vivo. Cuando un hombre como Sheng se da cuenta de que han montado una trampa para matarlo, querrá saber quién está detrás. Si no basta con arrancarle una uña, o diez, y probablemente no bastaría, usarán la aguja y lo llenarán de porquerías hasta descubrir quién lo ha mandado. Ha oído todo lo que usted le ha contado...

—Incluso cosas en las que el gobierno de Estados Unidos no puede verse implicado —interrumpió el diplomático.

—Eso es cierto, y no podrá remediarlo. Las drogas se lo sacarán todo. Saldrá a relucir usted y Washington se verá implicado.

—¿Por quién?

—¿Por quién va a ser? ¡Por Webb! Por Jason Bourne, si lo prefiere.

—¿Por un hombre con un historial de enfermo mental, de agresiones indiscriminadas y autoengaño? ¿Por un esquizofrénico paranoide cuyas llamadas telefónicas registradas muestran a un hombre desintegrándose hasta la demencia y que hace acusaciones insensatas, amenazas salvajes dirigidas a quienes tratan de ayudarlo?

—Havilland hizo una pausa y añadió con calma—: Vamos, mister Conklin; un hombre así no habla por el gobierno de Estados Unidos. ¿Cómo podría hacerlo? Hemos estado buscándolo por todas partes. Es una especie de bomba de relojería caprichosa, irracional, que encuentra conspiraciones donde se lo dicta su mente enferma y torturada. Queremos hacer que regrese para que pueda volver a recibir tratamiento psiquiátrico. También sospechamos que a causa de sus actividades pasadas abandonó el país con un pasaporte ilegal...

—¿Tratamiento? —interrumpió Alex, asombrado por las palabras de Havilland—. ¿Actividades pasadas?

—Pues claro, mister Conklin. Si es necesario, y especialmente por un «teléfono rojo», el de Sheng, estamos dispuestos a admitir que trabajó para el gobierno y ese trabajo le causó daños graves. Pero es imposible que tuviese ningún cometido oficial. ¿Cómo iba a tenerlo? Ese hombre trágico y violento puede haber sido el responsable de la muerte de su esposa, que él asegura desapareció.

—¿Marie? ¿Utilizarían a Marie?

—Tendríamos que hacerlo. Está en los libros, en las declaraciones juradas prestadas voluntariamente por hombres que conocieron a Webb como paciente mental, que trataron de ayudarlo.

—Dios mío —susurró Alex, hipnotizado por el frío y preciso organizador de operaciones encubiertas—. Le contó todo porque tenía las espaldas cubiertas. Aunque lo cogiesen, podía presentar datos oficiales, evaluaciones psiquiátricas... ¡podía desentenderse! ¡Dios, Dios, es usted un bastardo!

—Le conté la verdad porque se hubiese dado cuenta si trataba de mentirle otra vez. McAllister fue aún más lejos, subrayando el factor del crimen organizado, que es muy cierto, pero constituye un problema sensible que yo prefiero no sacar a relucir. Nadie lo saca. Pero tampoco a Edward se lo dije todo. Aún no ha puesto suficiente distancia entre su ética y las exigencias de su trabajo. Cuando lo haga, podrá reunirse conmigo en las alturas, pero no lo creo capaz.

—Usted le dijo todo a David para el caso de que lo atrapasen —continuó Conklin sin hacer caso a Havilland—. Si no logra su objetivo, quiere que lo cojan. Cuenta con las anfetaminas y la escopolamina. Entonces Sheng recibirá el mensaje de que conocemos su conspiración, y lo recibirá de un modo no oficial, no de nuestra mano sino de un desequilibrado del que nadie responde. ¡Es una variante de lo que le dijo Webb!

—De un modo no oficial, dice usted bien —asintió el diplomático—. Se consiguen tantas cosas de esa manera... Suavemente, sin enfrentamientos. Y muy barato. En realidad no cuesta nada.

—¡Sólo la vida de un hombre! —exclamó Alex—. Lo matarán. A todos les interesa que muera.

—Es el precio, mister Conklin, para el caso de que haya que pagarlo.

Alex esperó, como si aguardase a que Havilland terminara su frase; pero no hubo más, sólo aquellos ojos fuertes y tristes mirando a los suyos.

—¿Es todo lo que tiene que decir, que es el precio... si hay que pagarlo?

—Lo que está en juego es mucho más importante de lo que imaginábamos, mucho más. Lo sabe tan bien como yo, de modo que no se haga el sorprendido. —El embajador se recostó en su silla con un gesto un tanto envarado—. Usted ha tomado decisiones así y ha hecho ese tipo de cálculos otras veces.

—No como ésta. ¡Nunca como ésta! Uno se envía allí a sí mismo y conoce los riesgos, pero no manda a un subordinado y le cierra el camino de huida. ¡Estaba mejor cuando creía, sólo *creía* que iba a traer al asesino para recuperar a su mujer!

—El objetivo es diferente, infinitamente más vital.

—Lo sé. ¡Entonces no lo envíe! ¡Hágase con las claves y envíe a otro! ¡Alguien que no esté medio muerto de agotamiento!

—Agotado o no, es el mejor hombre para este trabajo y además se empeña en hacerlo.

—¡Porque no sabe lo que ha hecho usted, la encerrona que le ha preparado, cómo lo ha convertido en el mensajero al que hay que matar!

—No había elección. Como usted dice, me encontré, y tenía que decirle la verdad.

—¡Entonces, se lo repito, envíe a otros! Un equipo de asesinos profesionales reclutado a través de un ciego sin la menor relación con nosotros; simplemente un pago por una muerte, y el blanco Sheng. Webb sabe cómo llegar hasta él, se lo dijo. Yo le convenceré para que le dé las claves, o la secuencia, o lo que diablos sea, y usted contrata al equipo.

—¿Quiere ponernos al nivel de los Gadafi de este mundo?

—Eso es tan pueril que no encuentro palabras para...

—Olvidelo —le interrumpió Havilland—. Si llegasen a relacionarlo con nosotros, y podría ocurrir, tendríamos que lanzarnos contra China antes de que ellos nos dejaran caer algo encima. Impensable.

—¡Lo impensable es lo que va usted a hacer!

—¡Hay prioridades más importantes que la supervivencia de un solo individuo, mister Conklin, y también eso lo sabe usted tan bien como yo! Lleva usted toda una vida dedicado a ello, me perdonará que se lo diga, pero este caso está a un nivel más alto que cuanto usted ha experimentado nunca, digamos que a un nivel geopolítico.

—¡Hijo de una perra!

—Es su sentimiento de culpabilidad el que habla, Alex, si me permite llamarle así, cuando pone en cuestión a mi familia. Yo nunca declararé a Jason Bourne irrecuperable. Mi esperanza más ferviente es que tenga éxito, que esa muerte se produzca. En tal caso, queda libre; Extremo Oriente se deshace de un monstruo y habremos ahorrado al mundo un Sarajevo oriental. En eso consiste mi trabajo, Alex.

—¡Al menos dígaselo! ¡Prevéngalo!

—No puedo. Tampoco usted podría en mi situación. A un *tueur a gages* no se le dice...

—Repita eso, mi elegante amigo.

—Un hombre a quien se envía para matar debe tener confianza en sus convicciones. No puede, ni por un segundo, reflexionar sobre sus motivos o sus razones. No debe tener la menor duda; ninguna. Su obsesión ha de estar intacta. Es su única posibilidad de lograrlo.

—Supongamos que no lo consigue, supongamos que lo matan.

—Entonces volveremos a empezar cuanto antes, poniendo a algún otro en su lugar. McAllister irá con él a Macao y se enterará del modo de llegar hasta Sheng. Bourne está de acuerdo. Si ocurre lo peor, podemos incluso poner a prueba su teoría de un conspirador por otro. Él dice que es demasiado tarde, pero podría estar equivocado. Ya ve que aún soy capaz de aprender.

—Usted es capaz de todo —dijo enfadado Conklin, levantándose de la silla—. Pero se ha olvidado de algo, ha olvidado lo que le dijo a David. Hay un fallo patente.

—¿De qué se trata?

—No voy a dejarle salirse con la suya. —Alex fue cojeando hacia la puerta—. Usted puede exigir a un hombre, pero llega un momento en que basta. Se acabó, mi elegante amigo. A Webb le van a decir la verdad, toda la verdad.

Conklin abrió la puerta y se encontró frente a la espalda de un gigantesco marine,

quien, al oír que abrían, dio una precisa media vuelta con el fusil terciado.

—Quítese de mi camino, soldado —dijo Alex.

—¡Lo siento, señor! —vociferó el marine, mirando al frente con ojos distantes.

Conklin se volvió al diplomático sentado detrás de la mesa. Havilland se encogió de hombros.

—Formalidades —dijo.

—Creí que esta gente se había ido de aquí, que estaban acantonados en el aeropuerto.

—Los que usted vio, sí. Éstos pertenecen al contingente del consulado. Gracias a que Downing Street está forzando ciertas normas, esto es ahora oficialmente territorio norteamericano y tenemos derecho a una presencia militar.

—¡Necesito ver a Webb!

—No puede. Va a salir de viaje.

—¿Quién diablos se cree usted que es?

—Me llamo Raymond Oliver Havilland y soy embajador volante del gobierno de los Estados Unidos de América. En períodos de crisis mis decisiones han de ser llevadas a cabo sin discusión, y éste es un período de crisis. Quítese de ahí, Alex.

Conklin cerró la puerta y volvió torpemente a la silla.

—¿Qué viene ahora, señor *embajador*? ¿Nos meten a los tres una bala en la cabeza o van a hacernos la lobotomía?

—Estoy seguro de que podremos llegar a comprendernos.

Se abrazaron, Marie sabiendo que él estaba allí sólo en parte, era sólo en parte él mismo. Aquello volvía a ser París, cuando conoció a un hombre desesperado llamado Jason Bourne que trataba de seguir vivo sin saber si lo conseguiría, e incluso si debía pretenderlo, y para quien las dudas eran en algunos aspectos tan letales como quienes querían matarle. Pero aquello no era París. Ahora no había falta de fe en sí mismo, ni tácticas improvisadas febrilmente para eludir a los perseguidores, ni carreras para atrapar a los cazadores. Lo que le recordaba a París era la distancia que notaba entre ambos. David trataba de llegar hasta ella —David el generoso, el compasivo—, pero Jason Bourne no le dejaba. Jason era ahora el cazador, no la presa, y eso fortalecía su voluntad. Lo resumía todo una palabra que utilizaba con una regularidad de *staccato*: *¡Muévete!*

—¿Por qué, David? ¿*Por qué*?

—Ya te lo dije. Porque puedo. Porque tengo que hacerlo. Porque hay que hacerlo.

—Eso no es una respuesta, cariño.

—Está bien. —Webb se deshizo suavemente de su esposa, la tomó por los

hombros y le miró a los ojos—. Por nosotros, entonces.

—¿Por nosotros?

—Sí. Vería esas imágenes durante el resto de mi vida; seguirían volviendo y me destrozarían porque sabría lo que dejé allí y no sería capaz de soportarlo. Caería en barrena y te arrastraría conmigo, porque con todo tu cerebro no tienes el sentido suficiente para saltar en paracaídas.

—Y yo preferiría entrar en barrena contigo que sin ti. Quiero decir que prefiero verte vivo.

—Eso no es un argumento.

—A mí me parece importante.

—Yo seré quien diga lo que hay que hacer, no quién lo haga.

—¿Qué demonios quiere decir eso?

—Quiero que traigan a Sheng, eso quiere decir. No merece vivir, pero no seré yo quien lo traiga...

—¡No te sienta bien hacer de Dios! —le interrumpió con brusquedad Marie—. Deja que tomen otros esa decisión. Apártate de ello. Permanece al margen.

—No me escuchas. Estuve allí y lo vi, le oí. No merece vivir. En una de sus diatribas dijo que la vida era un don precioso. Eso puede ser discutible, depende de qué vida, pero es que la vida no significa nada para él. Le gusta matar, tal vez lo necesita, no lo sé, pregunta a Panov; se nota en sus ojos. Es Hitler, Mengele, Gengis Kan... el asesino de la sierra mecánica, quien sea, pero tiene que morir. Y yo tengo que asegurarme de que muera.

—¿Pero por qué? —suplicó Marie—, ¿no me has contestado!

—Sí, pero no me escuchaste. De un modo u otro, lo vería a diario, oiría su voz, estaría viendo cómo juega con personas aterrorizadas antes de matarlas, de hacer con ellas una carnicería. Trata de comprender. Yo lo he intentado y, aunque no soy un experto, he aprendido algunas cosas acerca de mí mismo. Sólo un idiota no lo haría. Son las imágenes, Marie, las malditas visiones que siguen volviendo, abriendo puertas, recuerdos de los que no quiero saber nada pero me veo obligado. La manera más clara y sencilla de decirlo es que no puedo soportarlo más. No puedo aumentar esa colección de malas sorpresas. Quiero mejorar; no curarme del todo, eso puedo aceptarlo, puedo vivir con ello, pero tampoco puedo volver atrás, no quiero. Por el bien de los dos.

—¿Y crees que si organizas la muerte de un hombre te verás libre de esas imágenes?

—Sí, creo que eso me ayudará. Todo es relativo, y yo no estaría aquí si Eco no

hubiese renunciado a su vida para que yo viviese. Hoy no está bien visto decir esto, pero, como la mayoría de las personas, tengo una conciencia, que tal vez se siente culpable porque ha sobrevivido. Simplemente, tengo que hacerlo porque puedo hacerlo.

—¿Te has convencido a ti mismo?

—Sí. Estoy mejor equipado que otros.

—¿Y dices que vas a dirigir los movimientos pero no a hacerlos?

—No lo hubiera aceptado de ningún otro modo. Voy a volver porque deseo una larga vida contigo.

—¿Qué garantía tengo? ¿Quién va a hacerlo?

—La puta que nos metió en esto.

—¿Havilland?

—No, ése es el chulo. La puta es McAllister; siempre lo fue. El hombre que cree en la decencia, que la lleva de emblema, hasta que los muchachos del poder le dicen que se la quite. Probablemente llamará al chulo, y eso está bien. Entre los dos pueden hacerlo.

—¿Pero cómo?

—Hay hombres, y mujeres, dispuestos a matar si el precio es suficientemente alto. Tal vez no tengan el amor propio del mítico Jason Bourne o del muy real Carlos el Chacal, pero están por todas partes en este condenadamente sucio mundo de sombras. Edward, la puta, nos dijo que había hecho enemigos por todo Extremo Oriente, desde Hong Kong hasta Filipinas, de Singapur a Tokio, todo ello en nombre de Washington, que quería tener influencia aquí. Cuando haces enemigos sabes quiénes son, conoces las señales a enviar para llegar hasta ellos, y eso es lo que van a hacer la puta y el chulo. Yo prepararé la muerte, pero algún otro la llevará a cabo, y no me importa cuántos millones les cueste. Vigilaré de lejos para asegurarme de que matan al carnicero, de que se cumplen los deseos de Eco, de que el Lejano Oriente está libre de un monstruo que puede meterlo en una guerra terrible, pero eso es todo lo que haré: vigilar. McAllister no lo sabe, pero va a venir conmigo. Nos toca cobrar nuestra libra de carne.

—¿Quién habla ahora? ¿David o Jason?

El marido hizo una pausa, sumergido en sus silenciosos pensamientos.

—Bourne —dijo al fin—. Tiene que ser Bourne hasta que vuelva.

—¿Lo sabes?

—Lo acepto. No tengo elección.

Hubo unos toques suaves y rápidos en la puerta del dormitorio.

—Mister Webb... Soy McAllister. Es hora de irse.

Capítulo 35

El helicóptero del Servicio Médico de Emergencia rugía cruzando Victoria Harbor frente a las islas exteriores del mar de la China Meridional, rumbo a Macao. Los patrulleros de la República Popular habían sido avisados desde la estación naval de Gongbei, y no dispararían sobre el avión que volaba a baja altura camino de una tarea caritativa. La suerte de McAllister había dispuesto que un funcionario del partido venido de Pekín hubiera sido ingresado en el hospital de Kiang Wu con una úlcera duodenal sangrante. Necesitaba sangre RH negativa, que siempre escaseaba. *Dejadlos que vayan y vengan. Si el funcionario fuese un campesino de los montes de Zhuhai, le hubieran puesto la sangre de una cabra y esperado que ocurriese lo mejor.*

Bourne y el subsecretario de Estado llevaban los monos blancos ceñidos y las gorras del Real Cuerpo Médico, sin ninguna insignia en sus mangas que indicase un grado importante; eran simples subordinados quejosos a quienes se había ordenado llevar sangre a un *Zhongguo ren* perteneciente a un régimen que estaba procediendo a desmantelar aún más el Imperio. Se hacía todo del modo más adecuado y eficiente, dentro del nuevo espíritu de cooperación entre la colonia y quienes pronto iban a ser sus nuevos dueños. *Dejadlos que vayan y vengan. Falta toda una vida para eso y para nosotros no significa nada. No vamos a obtener ningún beneficio; nunca los obtenemos, ni de ellos ni de quienes están por encima.*

El aparcamiento trasero del hospital había sido vaciado de vehículos, y cuatro reflectores iluminaban su contorno. El piloto situó al helicóptero en la vertical e inició el descenso hacia la zona de aterrizaje de cemento. Las luces y el ruido del rugiente helicóptero habían atraído a mucha gente hacia la calle que pasaba ante las puertas del hospital, en la rua Coelho do Amaral. Mejor así, pensó Bourne, mirando abajo desde la puerta abierta. Confiaba que la partida del helicóptero, dentro de unos cinco minutos, atraería aún más curiosos. Las multitudes eran lo mejor que él y McAllister podrían esperar. En la confusión, podrían convertirse en parte de los curiosos mientras otros dos hombres con los monos blancos de los reales médicos paracaidistas ocupaban sus lugares yendo a la carrera hasta el aparato, con el cuerpo inclinado bajo los rotores.

Jason no podía por menos de admirar la habilidad de McAllister para mover sus trebejos. El analista estaba seguro de sus connivencias, sabía qué botones apretar para mover sus peones. En la presente crisis, el peón era un médico del hospital de Kiang Wu que hacía algunos años había distraído fondos del FMI para su clínica privada de la calle Almirante Sergio. Dado que Washington era uno de los patrocinadores del

Fondo Monetario Internacional, y que McAllister había cogido al doctor con las manos en la masa, estaba en condiciones de denunciarlo y le había amenazado con hacerlo. Pero el médico le había convencido. Había preguntado a McAllister cómo pensaba reemplazarlo, dada la escasez de médicos competentes que había en Macao. ¿No sería mejor para los norteamericanos pasar por alto su imprudencia si su clínica servía a los indigentes? El niño de coro que había en McAllister había capitulado, pero sin olvidar la imprudencia del doctor... y su deuda. Esa noche iba a pagarla.

—¡Vamos! —gritó Bourne, levantándose y cogiendo uno de los dos recipientes con sangre—. ¡Muévase!

McAllister estaba agarrado a una barra en la pared del lado opuesto del aparato, mientras el helicóptero caía de golpe sobre el cemento. Estaba pálido, y su rostro paralizado era una máscara de sí mismo.

—Estos chismes son una abominación —farfulló—. Por favor, espera a que nos posemos.

—Nos hemos posado. Fue usted quien fijó el horario. Muévase.

Guiados por la policía, atravesaron corriendo la zona de aparcamiento hasta unas puertas dobles que sostenían abiertas dos enfermeras. Dentro, un médico oriental de chaqueta blanca, con el inevitable estetoscopio colgando del bolsillo, agarró a McAllister del brazo.

—Me alegro de volver a verlo —dijo en un inglés fluido pero con mucho acento—. Aunque sea en circunstancias tan curiosas...

—Así eran las tuyas hace tres años —le interrumpió bruscamente el analista, jadeante, cortando perentoriamente la perorata del doctor—. ¿Adónde vamos?

—Sígueme al laboratorio hematológico. Está al final del pasillo. La enfermera jefe comprobará los precintos y firmará los recibos, y después pasaremos a otra habitación donde esperan los dos hombres que van a ocupar su puesto. Denles los recibos y la ropa y se irán.

—¿Quiénes son? —preguntó Bourne—. ¿Dónde los encontró?

—Internos portugueses, médicos jóvenes sin un cuarto que mandan de Pedroso para completar su residencia.

—¿Explicaciones? —presionó Jason mientras echaban a andar por el pasillo.

—En realidad ninguna. Lo que ustedes llaman *a trade*. Perfectamente legítimo. Dos médicos británicos que quieren pasar una noche aquí y dos internos sobrecargados de trabajo que se merecen una noche en Hong Kong. Regresarán en el aerodeslizador por la mañana. No sabrán nada, no sospecharán nada. Simplemente les complacerá que un médico más viejo se dé cuenta de sus necesidades.

—Encontró usted al hombre ideal, Analista.

—Es un ladrón.

—Y usted una puta.

—¿Cómo dice?

—Nada. Vámonos.

Una vez entregados los recipientes, inspeccionados los precintos y firmados los recibos, Bourne y McAllister siguieron al médico a una habitación contigua cerrada donde había medicinas y que tenía salida al pasillo, también cerrada. Los dos internos portugueses esperaban delante de las vitrinas de cristal; uno de ellos era más alto que el otro. No hubo instrucciones, sólo inclinaciones de cabeza y unas breves palabras del médico, dirigidas al subsecretario de Estado.

—Basándome en sus descripciones, y no es que necesitase la de usted, yo diría que tienen la corpulencia adecuada, ¿no le parece?

—Servirán —replicó McAllister mientras él y Jason empezaban a quitarse los monos blancos—. Les van a estar grandes, pero si corren lo bastante deprisa y mantienen la cabeza agachada no habrá problema. Dígales que dejen la ropa y los recibos al piloto. Va a firmar la entrada por nosotros cuando llegue a Hong Kong. —Bourne y el analista se pusieron unos pantalones oscuros y arrugados y unas chaquetas amplias, y cada uno dio a su doble el mono y la gorra—. Dígales que se den prisa —advirtió McAllister—. La marcha está fijada para dentro de menos de dos minutos.

El doctor habló en un portugués chapurreado y después se volvió al subsecretario.

—El piloto no puede irse sin ellos —dijo.

—Todo está calculado y autorizado oficialmente al minuto —saltó el analista, con visible temor—. No hay que dar lugar a que alguien meta las narices. Tiene que ir todo como un reloj. ¡Deprisa!

Los internos se vistieron; tenían ya las gorras echadas sobre la cara y los recibos de los recipientes de sangre en el bolsillo. El médico dio sus últimas instrucciones a los norteamericanos mientras les entregaba dos pases color naranja del hospital.

—Saldremos juntos; la puerta se cierra automáticamente. Acompañaré a nuestros jóvenes doctores, dándoles en voz bien alta las gracias mientras pasan entre los policías, hasta que puedan ir corriendo al aparato. Ustedes vayan a la derecha y después a la izquierda; verán el vestíbulo y la entrada. Espero, de verdad lo espero, que nuestras relaciones, por agradables que hayan sido, terminen aquí.

—¿Para qué es esto? —preguntó McAllister con el pase del hospital en la mano.

—Probablemente, esperémoslo, para nada. Pero en caso de que los paren explica

su presencia y no les harán preguntas.

—¿Por qué? ¿Qué dicen?

No había un solo hecho, ni un fragmento de dato que el analista dejase pasar inexplicado.

—Sencillamente —dijo el médico, mirando con calma a McAllister—, los describen como expatriados indigentes, totalmente carentes de fondos, a quienes trato generosamente en mi clínica sin cobrarles. De gonorrea, para ser más preciso. Llevan los datos de identificación de costumbre: estatura, peso aproximado, color de pelo y ojos, nacionalidad... Los suyos están más completos, pues a su amigo no lo conocía. Naturalmente, hay duplicados en mi archivo, y nadie podría dudar que se trata de ustedes.

—¿Cómo?

—Una vez en la calle, creo que mi antigua deuda queda cancelada. ¿De acuerdo?

—¿Gonorrea?

—Por favor; como usted dice, debemos darnos prisa. Todo como un reloj.

El médico abrió la puerta, acompañó afuera a los cuatro hombres e inmediatamente fue a la izquierda con los dos internos, hacia la entrada lateral y el helicóptero.

—Vámonos —susurró Bourne, tocando a McAllister en el brazo y echando a andar hacia la derecha.

—¿Ha oído a ese hombre?

—Usted le llamó ladrón.

—Y lo era. *¡Lo es!*

—Hay ocasiones en que uno no debería tomar lo de «quien roba a un ladrón» demasiado literalmente.

—¿Qué quiere decir?

—Simplemente eso —dijo Jason Bourne, mirando al analista que iba a su lado—. Lo tiene cogido por varios motivos: colusión, prácticas corruptas, gonorrea...

—¡Dios mío!

Estuvieron detrás de los curiosos, junto a la alta cerca, viendo cómo el helicóptero ascendía, rugiente, de la zona de aterrizaje y se perdía en el cielo nocturno. Uno tras otro, fueron apagándose los reflectores, y el aparcamiento quedó otra vez suavemente iluminado. La mayor parte de los policías subieron a una furgoneta, y los que se quedaban volvieron andando tranquilamente a sus puestos anteriores mientras algunos encendían cigarrillos, como un anuncio de que las emociones habían terminado. La gente empezó a dispersarse entre preguntas. *¿Quién era? ¿Alguien muy*

importante, no crees? ¿Qué piensas que ha ocurrido? ¿Nos lo dirán alguna vez? ¿A quién le importa? Ya tuvimos nuestro espectáculo, de manera que vamos a echar un trago, ¿no te parece? ¿Ves a aquella mujer? Parece una puta de primera. ¡Es prima carnal mía, so cerdo!

Las emociones habían terminado.

—Vámonos —dijo Jason—. Tenemos que movernos.

—¿Sabe, mister Webb? Hay dos órdenes que utiliza usted con frecuencia irritante:

«Muévase» y «Vámonos».

—Funcionan.

Ambos hombres echaron a andar por la calle Amaral.

—Me doy tanta cuenta como usted de que debemos movernos deprisa, sólo que aún no me ha explicado adonde vamos.

—Lo sé.

—Pues me parece que ya es hora de que lo haga. —Seguían andando, con Bourne marcando el paso—. Me ha llamado puta —continuó el subsecretario.

—Lo es.

—¿Porque consentí en hacer lo que pensaba era acertado, lo que había que hacer?

—Porque lo utilizaron. Los muchachos del poder lo utilizaron y se desharán de usted sin pensarlo dos veces. Vio limusinas y conferencias de alto nivel en su futuro y no pudo resistirse. Estaba dispuesto a disponer de mi vida sin buscar una alternativa, que es para lo que le pagan, y a arriesgar la de mi mujer, porque el tirón era demasiado grande: cenas con el Comité de los Cuarenta, tal vez incluso llegar a ser uno de sus miembros; reuniones tranquilas y confidenciales en el Despacho Oval con el célebre embajador Havilland... Para mí, eso es ser una puta. Sólo que, lo repito, se desharán de usted sin pensarlo dos veces.

Silencio, que duró casi toda una larga manzana de Macao.

—¿Cree que no lo sé, mister Bourne?

—¿Qué?

—Que se desharán de mí.

Jason volvió a mirar al meticuloso burócrata que llevaba al lado.

—¿Usted sabe eso?

—Pues claro que lo sé. No pertenezco a su liga ni me quieren en ella. Tengo, sí, las credenciales y la mente, pero carezco de ese extraordinario sentido escénico que ellos tienen. Carezco de atractivo. Delante de una cámara de televisión me quedo helado, aunque veo a idiotas muy desenvueltos cometer los errores más ridículos. Reconozco mis limitaciones. Y, puesto que no puedo hacer lo que hacen esos hombres, tengo que

hacer lo mejor para ellos y para el país. Tengo que pensar por ellos.

—¿Pensó usted por Havilland? ¡Vino a nuestra casa de Maine y me quitó a mi mujer! ¿No había otras opciones en ese inflado cerebro suyo?

—No pude sugerir ninguna que lo cubriese todo de un modo tan completo como la estrategia de Havilland. El asesino era el enlace inencontrable con Sheng. Si usted podía cazarlo y traerlo, sería el atajo que necesitábamos para atraer a Sheng.

—Tenían mucha más confianza en mí que yo.

—Teníamos confianza en Jason Bourne, en Caín, en el hombre de Medusa llamado Delta. Su motivo era el más fuerte posible: recuperar a su esposa, a la que tanto quiere. Y no habría la menor relación con nuestro gobierno...

—¡Nos olimos un guión encubierto desde el principio! —estalló Bourne—. Me lo olí yo, y también Conklin.

—Oler no es probar —protestó el analista, mientras iban por un oscuro callejón empedrado—. Usted no sabía nada concreto que pudiese divulgar, no conocía a ningún intermediario que apuntase hacia Washington. Estaba obsesionado con encontrar a un asesino que se hacía pasar por usted a fin de que un taipán furioso, un hombre cuya esposa se suponía había sido muerta por el asesino que se llamaba a sí mismo Jason Bourne, le devolviese a su mujer. Al principio pensé que era una locura, pero después comprendí la lógica tortuosa que había en todo ello. Havilland tenía razón. Si había un hombre que podía atraer al asesino, y de ese modo neutralizar a Sheng, era usted. Pero no debía tener la menor conexión con Washington; por lo tanto tenía que ser maniobrado dentro del marco de una mentira extraordinaria. Con menos que eso podía haber reaccionado más normalmente, haber ido a la policía, o recurrido a miembros del gobierno, a personas a las que conoció en el pasado; a las pocas que podía recordar, lo que era también otra ventaja para nosotros.

—Recurrí a personas que conocía de antes.

—Y no averiguó nada, excepto que cuanto más amenazase con romper el silencio más probable sería que el gobierno volviese a ponerlo bajo tratamiento. Al fin y al cabo procedía usted de Medusa y tenía un historial de amnesia, incluso de esquizofrenia.

—Conklin acudió a otros...

—Y al principio se le dijo sólo lo suficiente para poder descubrir lo que sabía, lo que había conseguido averiguar. Parece que ha sido de lo mejor que hemos tenido.

—Lo fue. Y lo es todavía.

—Fue él quien lo declaró irrecuperable.

—Eso es sólo historia; dadas las circunstancias, yo pude haber hecho lo mismo.

Conklin averiguó mucho más que yo en Washington.

—Se le hizo creer exactamente lo que queríamos que creyese. Fue uno de los golpes más brillantes de Havilland, y casi sin previo aviso. Recuerde: Alexander Conklin es un hombre quemado y amargado, que no siente el menor cariño por el mundo en que pasó su vida. Se le dijo que una *posible* operación negra *podía* haberse ido de las manos, que *tal vez* el guión hubiera sido usurpado por elementos hostiles. —McAllister hizo una pausa mientras salían del callejón, volvían una esquina y se mezclaban con la gente que deambulaba por Macao, ya entrada la noche. Había luces de colores por todas partes—. Era otra vez la mentira rotunda, ¿no se da cuenta? Conklin estaba convencido de que alguien más se había infiltrado en el asunto, y que la situación de usted y de su esposa era desesperada, a menos que usted siguiera el nuevo guión impuesto por esos elementos hostiles.

—Eso fue lo que me dijo —asintió Jason, frunciendo el ceño al recordar el aeropuerto Dulles y las lágrimas que entonces acudieron a sus ojos—. Me dijo que representase el guión.

—No tenía opción. —De pronto McAllister agarró el brazo de Bourne y señaló con la cabeza la oscura entrada de un comercio que había enfrente, a la derecha—. Tenemos que hablar.

—Estamos hablando —dijo con brusquedad el hombre de Medusa—. Sé adonde vamos y no hay tiempo que perder.

—Tiene que tomarse ese tiempo —insistió el analista. La desesperación que había en su voz obligó a Bourne a detenerse y mirarlo, y después a seguirlo adonde le indicaba—. Antes de que haga nada, tiene que comprender.

—¿Qué tengo que comprender? ¿Las mentiras?

—No, la verdad.

—Usted no sabe lo que es la verdad.

—Lo sé, tal vez mejor que usted. Como dijo antes, es mi trabajo. La estrategia de Havilland hubiese resultado bien de no ser por su esposa. Se escapó, e hizo que la estrategia fracasara.

—Soy consciente de ello.

—Entonces seguramente lo será también de que, la haya o no identificado, Sheng tiene noticias de ella y comprende su importancia.

—No lo había pensado.

—Piénselo ahora. La unidad de Lin Wenzu sufrió una infiltración cuando estaban buscándola, como todos en Hong Kong. A Catherine Staples la mataron porque estaba relacionada con su esposa y se dieron cuenta de que, a través de esa misteriosa mujer,

había sabido demasiado o estaba acercándose a algunas verdades peligrosas. Las órdenes de Sheng son obviamente eliminar toda oposición, incluso la potencial. Como vio en Pekín, es un fanático, y ve consistencia donde sólo hay sombras, enemigos en cada rincón oscuro.

—¿Qué quiere decir? —preguntó impaciente Bourne.

—Es también brillante, y su gente está por toda la colonia.

—¿Y...?

—Cuando aparezca la noticia en la prensa de la mañana y en la televisión, hará ciertas suposiciones y tendrá vigilados la casa de Victoria Peak y el MI-Seis aunque deba tomar como rehenes a los vecinos de la mansión de al lado e infiltrarse una vez más en la Inteligencia Británica.

—¡Maldita sea! ¿Adónde quiere ir a parar?

—Encontrará a Havilland, y después a su esposa.

—¿Y...?

—Suponga que usted fracasa. Suponga que lo matan. Sheng no parará hasta averiguar cuanto hay que averiguar. La clave es sin duda la mujer que está con Havilland, esa mujer alta que todos andaban buscando. Tiene que serlo, porque es el enigma que hay en el centro del misterio y está relacionada con el embajador. Si algo le ocurre a usted, Havilland se verá obligado a dejarla marchar, y Sheng se hará con ella en Kai-tak, en Honolulu, en Los Ángeles o en Nueva York.

Créame, mister Webb, no parará hasta tenerla. Necesita saber lo que han montado contra él, y ella es la clave. No hay nadie más.

—Dígame de una vez de qué se trata.

—Podría volver a ocurrir todo, con resultados mucho más horribles.

—¿El guión? —preguntó Jason, mientras le asaltaban sangrientas imágenes de la hondonada en el refugio para aves.

—Sí —dijo firmemente el analista—. Sólo que esta vez a su esposa la secuestran de verdad, no sólo como parte de la estrategia para reclutarlo. Sheng se asegurará de ello.

—¡No si está muerto!

—Probablemente no. Sin embargo, existe el riesgo muy real de fracaso, de que siga vivo.

—¡Está tratando de decirme algo pero sin decirlo!

—Está bien, lo diré. Como el asesino, usted es el camino hasta Sheng, el que puede llegar a él, pero yo soy el que puede traerlo.

—¿Usted?

—Por eso dije en la embajada que utilizasen mi nombre en el comunicado de prensa. Sheng me conoce, y escuché atentamente cuando esbozó usted su teoría de atrapar a un conspirador con otro. A Havilland no le gustó, y francamente, a mí tampoco. Sheng no aceptaría una reunión con una persona desconocida, pero sí con alguien a quien conoce.

—¿Por qué con usted?

—Por algo que es medio verdad, medio mentira —dijo el analista, repitiendo las palabras de Bourne.

—Gracias por escuchar tan atentamente. Ahora, explíquemelo.

—Primero la verdad, mister Webb, o Bourne, o como prefiera que lo llamen. Sheng es consciente tanto de lo que he hecho por mi gobierno como de mi evidente falta de progresos. Soy un burócrata brillante pero invisible, desconocido, a quien han ido saltándose porque me faltan las cualidades que podrían hacerme subir, destacar, ocupar puestos lucrativos en el sector privado. En cierto modo, soy como Alexander Conklin, sin sus problemas de bebida pero no sin algo de su amargura. Yo era tan bueno como Sheng, y él lo sabía, pero él lo consiguió y yo no.

—Una confesión conmovedora —dijo Jason, de nuevo impaciente—. Pero ¿por qué iba a reunirse con usted? ¿Cómo podría hacerlo venir... para matarlo, mister Analista, y confío en que sepa lo que eso significa?

—Porque quiero un trozo de ese pastel suyo de Hong Kong. Anoche estuve a punto de que me mataran. Fue la última indignidad; y ahora, después de tantos años, quiero algo para mí, para mi familia. Ésa es la mentira.

—Está en décima base. Lo he perdido de vista.

—Porque no escucha entre líneas. A mí me pagan para eso, ¿recuerda? Me he hartado. Como profesional, estoy al final de la cuerda. Me mandaron aquí para seguir la pista a un rumor salido de Taiwan y analizarlo. Me pareció que ese rumor sobre una conspiración económica en Pekín tenía cuerpo, y, si era cierto, su fuente en Pekín sólo podía ser una: mi antiguo homólogo en las conferencias comerciales chino-norteamericanas, el poder que hay detrás de la nueva política económica de China. Una cosa así era imposible e incluso impensable sin él. De modo que di por supuesto que había al menos carne suficiente para que nos pusiésemos en contacto, no con ánimo de denuncia sino para enterrar oficialmente el rumor a cambio de algo. Podría llegar incluso a decir que no veía nada contrario a los intereses de mi gobierno, ni, desde luego, a los míos. Lo principal es que tendría que reunirse conmigo.

—¿Y después qué?

—Después usted me diría qué debo hacer. Aseguró que hasta un recluta de

demoliciones podría hacerlo, de modo que ¿por qué no yo? Aunque no con explosivos; sería incapaz de manejar una cosa así. Un arma, en cambio...

—Lo matarían.

—Aceptaré el riesgo.

—¿Por qué?

—Porque hay que hacerlo. Havilland tiene razón en eso. Y en el momento en que Sheng vea que no es usted el impostor, sino el asesino auténtico, el que trató de matarlo en ese refugio para aves, sus hombres lo liquidarán.

—Nunca pretendí que él me viese —dijo calmamente Bourne—. Era usted quien iba a ocuparse de ello, pero no de ese modo.

McAllister miró fijamente al medusiano entre las sombras del oscuro comercio.

—¿Va a llevarme con usted, verdad? —preguntó finalmente el analista—. A la fuerza si es necesario.

—Sí.

—Lo pensé; de lo contrario no hubiera accedido tan rápidamente a que viniese con usted a Macao. Pudo haberme dicho cómo llegar hasta Sheng en el aeropuerto, y haberme pedido que le diésemos cierto tiempo antes de actuar. Habríamos respetado el acuerdo; estamos demasiado asustados. Aparte de eso, puede ver que no necesita obligarme. Incluso he traído mi pasaporte diplomático. —McAllister dejó transcurrir un compás y añadió—: Y otro más que saqué del archivo de los técnicos; pertenece a aquel tipo alto que le tomó la foto sobre la mesa.

—¿Qué dice que ha hecho?

—Todo el personal técnico del Departamento de Estado que trabaja en asuntos considerados secretos debe entregar sus pasaportes. Es como medida de seguridad y para su propia protección.

—Tengo tres pasaportes —le interrumpió Jason—. ¿Cómo demonios cree que ando por ahí?

—Sabíamos que tenía al menos dos, basándonos en los antecedentes de Bourne. Utilizó uno de sus pasaportes anteriores para volar a Pekín; el que decía que tenía los ojos castaño, no avellana. ¿Cómo lo consiguió?

—Llevaba gafas con cristal claro. Fue por medio de un amigo que utiliza un nombre muy raro y es mejor que cualquiera de los que tengan ustedes.

—Ah, sí, un negro fotógrafo y especialista en documentos de identidad que se hace llamar Cactus. En realidad trabajó en secreto para Treadstone; pero sin duda lo recuerda, pues solía venir a visitarlo en Virginia. Según sus antecedentes, hubo que prescindir de él porque trata con elementos criminales.

—Si lo tocan, lo corro a usted a tiros de sus tranquilas aguas burocráticas.

—No tenemos intención de hacerlo. Sin embargo, transferiremos una de las tres fotografías, la que mejor coincide con los rasgos que figuran en el pasaporte del técnico.

—Es una pérdida de tiempo.

—En absoluto. Los pasaportes diplomáticos tienen ventajas considerables, especialmente aquí. Eliminan los largos trámites para obtener un visado temporal, y aunque estoy seguro que sabe usted dónde comprarlo, esto es más fácil. China quiere nuestro dinero, mister Bourne, y nuestra tecnología. Nos dejarán pasar rápidamente y Sheng podrá comprobar en inmigración que soy quien digo ser. También nos proporcionarán transporte prioritario si lo necesitamos, y eso puede ser importante, según como vayan nuestras sucesivas conversaciones telefónicas con Sheng y sus ayudantes.

—¿Nuestras sucesivas qué?

—Usted hablará con sus subordinados en el orden que más convenga. Ya le indicaré lo que debe decir, pero cuando den la autorización final seré yo quien hable con Sheng Chou Yang.

—¡Pura filfa! —gritó Jason, tanto hacia el oscuro cristal del comercio como hacia McAllister—. ¡En este tipo de cosas no es usted más que un aficionado!

—En lo que usted hace, sí, desde luego, pero no en lo que yo hago.

—¿Por qué no habló a Havilland de este grandioso proyecto suyo?

—Porque no lo hubiese consentido. Me hubiera puesto bajo arresto domiciliario, porque piensa que no sirvo. Siempre lo pensará. No tengo tablas. Carezco de esas respuestas fáciles que suenan tan sinceras pero sólo esconden una lamentable ignorancia. Sin embargo, esto es diferente, y si las estrellas del espectáculo lo ven tan claro es porque eso forma parte de sus maneras teatrales, planetarias y machistas. Economía aparte, esto es una conspiración para socavar el liderazgo de un régimen suspicaz y autoritario. ¿Y quién está en el fondo de esa conspiración, que necesariamente tiene que fracasar? ¿Quiénes son esos infiltrados a quienes Pekín cree de los suyos? Los mayores enemigos de China, sus hermanos del Kuomintang de Taiwan. Después, y para hablar castizo, cuando la mierda les llegue al abanico, como seguramente les llegará, los grandes astros de todos los bandos subirán a sus podios y clamarán a la traición los unos y a una justificada «rebelión interna» los otros, porque no pueden hacer otra cosa. Nadie sabrá qué hacer, y a escala mundial eso conduce a la violencia masiva.

Ahora le tocó a Bourne mirar fijamente al analista. Mientras lo hacía, recordó las

palabras de Marie, dichas en otro contexto pero no irrelevantes en el caso presente.

—Eso no es una respuesta —dijo—. Es un punto de vista, pero no una respuesta. ¿Por qué usted? Espero que no sea para probar que es una persona decente. Sería estúpido, y muy peligroso.

—¿Le parece extraño? —dijo McAllister, frunciendo el ceño y mirando un momento al suelo—. En lo que respecta a usted y su esposa, en parte es por eso, en una parte menor. —El subsecretario de Estado alzó los ojos y continuó con calma—. Pero la razón básica, mister Bourne, es que estoy cansado de ser Edward Newington McAllister, un analista tal vez brillante pero desde luego insignificante. Soy el cerebro del cuarto de atrás, al que sacan cuando las cosas se complican demasiado para volver a mandarlo allí apenas ha dado su opinión. Podría decirse que me gustaría tener la oportunidad de verme por una vez al sol.

Jason estudió al subsecretario en la penumbra.

—Hace un momento dijo que existía el peligro de que yo fracasase, y eso que yo tengo experiencia. En cambio usted no. ¿Ha considerado las consecuencias de un fracaso suyo?

—Creo que no fracasaré.

—Cree que no fracasará —repitió Bourne en tono monótono—. ¿Puedo preguntarle por qué?

—Lo he pensado bien.

—Eso es estupendo.

—No, lo digo en serio —protestó McAllister—. La estrategia es simple: conseguir que Sheng se quede a solas conmigo. Puedo hacerlo, y en cambio usted no puede hacerlo por mí, no puede conseguir que se quede a solas con usted. Sólo necesito unos segundos... y un arma.

—Si se lo permitiese, no sé qué me daría más miedo, que lo consiguiera o que fracasase. ¿Puedo recordarle que es usted un subsecretario de Estado del gobierno de Estados Unidos? Suponga que lo cogen. Sería el acabóse para todos.

—Llevo pensándolo desde el día en que llegué de nuevo a Hong Kong.

—¿Que ha hecho qué?

—Durante semanas he pensado que ésa podía ser la solución, que *yo* podía ser la solución. El gobierno tiene bien guardadas las espaldas. Está todo escrito en mis papeles, en Victoria Peak, con una copia para Havilland y otra para entregar al consulado chino de Hong Kong dentro de setenta y dos horas. Incluso puede que el embajador haya encontrado ya la suya. De modo que, como ve, no cabe vuelta atrás.

—¿Qué diablos ha hecho?

—Allí hablo de lo que equivale a una deuda de sangre entre Sheng y yo. Dado mi historial y el tiempo que he pasado aquí, así como la bien conocida afición de Sheng por el secreto, resulta muy plausible. Desde luego, sus enemigos en el Comité Central aprovecharán la ocasión. Si me matan o me capturan, se concentrará de tal modo la atención sobre Sheng, le harán tantas preguntas a pesar de sus negativas, que no se atreverá a moverse... si es que sobrevive.

—Dios nos coja confesados —dijo Bourne, estupefacto.

—No es necesario entrar en detalles, pero reconocerá el punto principal de su teoría de cazar a un conspirador con otro. En esencia, lo acuso de volverse atrás de su palabra, de apartarme de sus manipulaciones en Hong Kong tras haber estado muchos años ayudándole en secreto a montar la operación. Prescinde de mí porque ya no me necesita y sabe que no puedo decir nada sin buscarme la ruina. He escrito que incluso temía por mi vida.

—¡Olvídelo! —exclamó Jason—. ¡Olvide todo ese maldito tinglado! ¡Es una locura!

—Da por supuesto que voy a fracasar, o a ser capturado. Yo excluyo ambas cosas... con su ayuda, por supuesto.

Bourne respiró hondo y bajó la voz.

—Admiro su valor, e incluso su latente sentido de la decencia, pero hay un modo mejor y yo puedo proporcionárselo. Ya tendrá su momento al sol, mister Analista, pero no de ese modo.

—¿Entonces de cuál? —preguntó el subsecretario de Estado, ahora desconcertado.

—Le he visto operar, y Conklin tenía razón. Usted puede ser un hijo de perra, pero es cosa fina. Tiene mano en el Foreign Office y sabe quién puede cambiar las normas. Se pasó seis años aquí investigando negocios sucios, persiguiendo a asesinos, ladrones y proxenetas por todo Extremo Oriente en nombre de la política de buena vecindad. Sabe qué botón hay que apretar y dónde están sepultados los cadáveres. Incluso se acordaba de cierto doctor de Macao que le debía un favor, y se lo hizo pagar.

—Todo eso es como una segunda naturaleza. No es fácil olvidar a esa gente.

—Encuéntreme a otros. Encuéntreme asesinos a sueldo. Entre usted y Havilland pueden hacerlo. Va a llamarlo y a decirle que es eso lo que pido. Tiene que transferir un millón, cinco si es necesario, aquí a Macao por la mañana, y a media tarde quiero una unidad de asesinos lista para entrar en China. Yo me ocuparé de todo. Conozco un lugar de cita en las colinas de Guangdong, unos campos a los que se puede llegar fácilmente por helicóptero y donde Sheng o sus lugartenientes solían reunirse con el

comando. Cuando reciba mi mensaje iré allí, le doy mi palabra. Usted límitese a hacer su parte. Busque en esa cabeza suya y dé con tres o cuatro granujas con experiencia. Dígales que el riesgo es mínimo y la paga alta. Es su momento al sol, mister Analista. Resultará irresistible. Tendría un ascendiente sobre Havilland para el resto de su vida. Lo nombraría su ayudante jefe, y probablemente, si usted quiere, secretario de Estado. No puede permitirse menos.

—Imposible —dijo McAllister con voz tranquila y los ojos clavados en los de Jason.

—Bueno, tal vez secretario de Estado sea un poco excesivo...

—Lo que acaba de sugerir es imposible —le interrumpió el subsecretario.

—¿Está diciéndome que no existen tales hombres? Porque, en ese caso, está otra vez mintiendo.

—Estoy seguro de que los hay. Puede que incluso yo conozca algunos, y otros figuran en la lista de nombres que le dio Lin cuando hacía el papel de taipán vestido de blanco en la Ciudad Amurallada. Pero yo no los tocaría. Incluso si me lo ordenase Havilland, me negaría.

—¿Entonces no quiere cazar a Sheng y todo lo que ha dicho era sólo otra mentira! ¡Embustero!

—Se equivoca. Sí quiero a Sheng, pero, para decirlo con sus palabras, no de ese modo.

—¿Por qué no?

—Porque no quiero poner a mi gobierno, a mi país, en una situación tan comprometida. En realidad, pienso que Havilland estaría de acuerdo conmigo. Contratar asesinos es algo demasiado fácil de rastrear, como lo es la transferencia de dinero. Alguien se cabrea, o quiere darse pote, o se emborracha; habla y ya tiene Washington un asesino a sus pies. Yo nunca intervendría en algo así. Le recuerdo los intentos de los Kennedy contra la vida de Castro utilizando a la Mafia. Pura locura. No, mister Bourne; me temo que no va a poder librarse de mí.

—¿Eso lo veremos! Yo puedo llegar hasta Sheng, usted no.

—Los asuntos complicados suelen poder reducirse a ecuaciones sencillas si se tienen en cuenta ciertos hechos.

—¿Qué quiere decir eso?

—Significa que insisto en que hagamos las cosas a mi manera.

—¿Por qué?

—Porque Havilland tiene a su esposa.

—¿Está con Conklin, con Mo Panov! No se atrevería...

—No lo conoce —interrumpió McAllister—. Lo insulta, pero no lo conoce. Es como Sheng Chou Yang. No se detendrá ante nada. Si estoy en lo cierto, y sé que lo estoy, Mrs. Webb, mister Conklin y el doctor Panov van a ser huéspedes de la casa de Victoria Peak mientras dure esta guerra.

—¿Huéspedes?

—El arresto domiciliario a que me referí hace unos minutos.

—¡Hijo de perra! —susurró Jason, mientras le vibraban tensos los músculos de la cara.

—Y ahora, ¿cómo llegamos a Pekín?

Bourne respondió con los ojos cerrados.

—Un tipo de la guarnición de Guangdong llamado Soo Jiang. Hablo con él en francés y deja un mensaje para nosotros aquí en Macao, en una mesa de un casino.

—¡Muévase! —le apremió McAllister.

Capítulo 36

Sonó el teléfono, sobresaltando a la mujer desnuda, que rápidamente se sentó en la cama. El hombre acostado junto a ella se despabiló de pronto; estaba harto de intrusiones, especialmente a media noche, o, más precisamente, a altas horas de la madrugada. Sin embargo, la expresión de su suave y redonda cara oriental demostraba que tales intrusiones no eran raras, aunque resultasen desconcertantes. Alargó el brazo y cogió el teléfono que había sobre la mesilla de noche.

—*Wei?* —dijo en voz baja.

—*Macao lai dianhua* —contestó el telefonista del cuartel general de la guarnición de Guangdong.

—Conécteme con el *scrambler* y quite todo lo de grabar.

—Ya está, coronel Soo.

—Voy a comprobarlo —dijo Soo Jiang, sentándose y alcanzando un pequeño objeto plano y rectangular con un círculo saliente en un extremo.

—No es necesario, señor.

—Por su bien, espero que no. —Soo colocó el círculo sobre el micrófono y apretó un botón. Si hubiese habido una intercepción en la línea, el agudo silbido que brotó de pronto durante un segundo hubiera seguido oyéndose hasta que el artilugio de escucha fuese retirado o el que escuchaba sufriese una perforación de tímpano. Sólo hubo silencio, magnificado por la luna que entraba a raudales por la ventana—. Adelante, Macao —dijo el coronel.

—*Bon soir, mon ami* —dijo la voz desde Macao, en un francés inmediatamente aceptado como del impostor—. *Comment ça va?*

—*Vous?* —balbuceó Soo Jiang, asombrado, sacando sus piernas gordas y cortas de debajo de la sábana y plantándolas en el suelo—. *Atiendez!* —El coronel se volvió a la mujer—. Tú, fuera de aquí —ordenó en cantonés—. Coge tu ropa y vístete en la habitación de enfrente. Deja la puerta abierta para que pueda verte marchar.

—¡Me debes dinero! —dijo con un susurro estridente la mujer—. ¡Me debes lo de dos veces, y el doble por lo que te hice hoy!

—Bastante pagada estás con que haga fusilar a tu marido. ¡Y ahora lárgate! Tienes treinta segundos o seguirás siendo la esposa de un piojoso.

—Te llaman el Cerdo —dijo la mujer, cogiendo su ropa y apresurándose hacia la puerta de la alcoba, donde se volvió y clavó los ojos en Soo—. ¡Cerdo!

—Fuera.

Segundos más tarde, Soo volvió al teléfono y continuó en francés.

—¿Qué ha ocurrido? ¡Los informes de Beijing son increíbles! Y no lo son menos las noticias del aeródromo de Shenzhen. ¡Él lo cogió prisionero!

—Él está muerto —dijo la voz desde Macao.

—¿Muerto?

—Por su propia gente; no tenía menos de cincuenta balas en el cuerpo.

—¿Y usted?

—Aceptaron mi historia. Yo era un inocente rehén cogido en las calles y utilizado como escudo a la vez que como cebo. Me trataron bien y, ante mi insistencia, me defendieron de la prensa. Por supuesto, están tratando de minimizarlo, pero no lo conseguirán. Aquello estaba lleno de periodistas y gente de la televisión; de modo que lo leerá en los periódicos de la mañana.

—Dios mío, ¿dónde ocurrió?

—En una mansión de Victoria Peak. Es parte del consulado y muy secreta. Por eso tengo que hablar con vuestro número uno. He averiguado cosas que él debería saber.

—Dígamelas.

El «asesino» se echó a reír burlonamente.

—Yo vendo esa clase de información, no la regalo. Y menos a cerdos.

—Cuidaremos bien de usted —insistió Soo.

—Pienso que demasiado bien.

—¿Qué quiere decir con «número uno»? —preguntó el coronel, pasando por alto la observación.

—Su jefe, el que manda, el gallo, como quiera llamarlo. Era el que se lo decía a él todo en aquella reserva forestal, ¿no es cierto? El que usaba su espada con tal eficiencia, el de los ojos de loco y el pelo a cepillo, al que traté de prevenir contra las tácticas dilatorias del Francés.

—¿Que usted se atrevió...? ¿Que usted hizo eso?

—Pregúntele. Le dije que pasaba algo, que el Francés estaba dándole largas. ¡Cristo, lo que le costó el no haberme escuchado! ¡Debería haber rajado a ese bastardo francés cuando yo se lo dije! ¡Ahora dígame que necesito hablar con él!

—Ni siquiera yo hablo con él —dijo el coronel—. Sólo me comunico con subordinados por sus nombres en clave. No sé los verdaderos...

—¿Se refiere a los hombres que fueron a las colinas de Guangdong para reunirse conmigo y asignar las misiones? —le interrumpió Bourne.

—Sí.

—¡No hablaré con ninguno de ellos! —estalló Jason, ahora en el papel de su propio impostor—. Quiero hablar con el jefe y será mejor que él quiera hablar

conmigo.

—Hablará antes con otros, pero incluso para eso debe de haber razones muy fuertes. Son siempre ellos quienes convocan, no los demás. Ya debería saberlo.

—Está bien; puede ser usted el correo. Estuve con los norteamericanos durante casi tres horas, montando la mejor coartada que he montado en mi vida. Me interrogaron largo y tendido y les contesté abiertamente. No necesito decirle que tengo apoyos en todo el territorio, hombres y mujeres que jurarán que soy su socio en los negocios, o que estaba con ellos a una hora determinada, no importa quién llame...

—No necesita decírmelo —le cortó Soo—. Por favor, límitese a darme el mensaje que tengo que llevar. Habló usted con los norteamericanos. ¿Y qué?

—También escuché. Los colonialistas tienen la estúpida costumbre de hablar demasiado libremente entre sí en presencia de extraños.

—Una costumbre muy británica, hija del sentimiento de superioridad. A todos nosotros nos es familiar.

—Tiene usted mucha razón. La gente de Oriente Medio no hace eso, y bien sabe Dios que ustedes tampoco.

—Por favor, continúe.

—Él me cogió prisionero, el hombre al que mataron los norteamericanos, era también norteamericano.

—¿Y?

—Yo dejo una firma cuando mato, un nombre con una larga historia, Jason Bourne.

—Lo sabemos. ¿Y?

—¡Él era el auténtico! Era norteamericano, y han estado dándole caza durante casi dos años.

—¿Y...?

—Creen que Beijing dio con él y lo contrató. Alguien de Beijing que necesitaba llevar a cabo la muerte más importante de su vida, matar a un hombre en aquella casa. Bourne se vende a cualquiera, es un *equal-opportunity employee*, como dirían los norteamericanos.

—Habla usted de un modo muy evasivo. Sea más claro, por favor.

—Había otra gente en aquella habitación, con los norteamericanos; chinos de Taiwan que dijeron claramente que se oponen a la mayoría de los jefes de las sociedades secretas aliadas del Kuomintang. Estaban furiosos, y creo que también asustados.

Bourne se detuvo. Silencio.

—¿Sí? —le apremió el coronel, lleno de aprensión.

—Dijeron muchas otras cosas. También mencionaban a cada paso el nombre de alguien llamado Sheng.

—Aiya!

—Ése es el mensaje que va a llevar, y espero una respuesta en el casino antes de tres horas. Mandaré a alguien a recogerla y no intenten ninguna tontería. Tengo allí gente capaz de iniciar un tumulto con la misma facilidad con que sacan un siete. A la menor interferencia sus hombres morirán.

—Recordamos lo de Tsim Sha Tsui hace unas semanas —dijo Soo Jiang—. Cinco de nuestros enemigos muertos en un cuarto trasero mientras el cabaret entero era un campo de batalla. No había interferencias; no somos estúpidos tratándose de usted. A menudo nos hemos preguntado si el verdadero Jason Bourne sería tan eficiente como su sucesor.

—No lo era.

Sugiera la posibilidad de un tumulto en el casino en caso de que la gente de Sheng intente atraparlo. Diga que matarán a sus hombres. No necesita dar explicaciones; lo entenderán... El analista sabía de lo que hablaba.

—Una pregunta —dijo Jason, realmente interesado—. ¿Cuándo decidieron usted y los demás que yo no era el auténtico?

—A primera vista —replicó el coronel—. Los años dejan huella, ¿no es cierto? El cuerpo puede seguir ágil, e incluso mejorar, cuidándolo, pero la cara refleja la edad; es algo ineludible. Su cara no podía ser la del hombre de Medusa. Eso ocurrió hace más de quince años y usted no tiene muchos más de treinta. Los de Medusa no reclutaban niños. Es usted su reencarnación, obra del Francés.

—La palabra clave es «crisis» y tienen tres horas —dijo Bourne colgando el teléfono.

—Esto es una locura.

Jason salió de la cabina de cristal abierta de unas instalaciones telefónicas que funcionaban toda la noche y miró enfadado a McAllister.

—Lo hizo usted muy bien —dijo el analista, escribiendo en un pequeño bloc—. Yo pagaré la cuenta.

El subsecretario fue hacia la plataforma elevada donde los telefonistas cobraban las llamadas internacionales.

—No me entiende —continuó Bourne al lado de McAllister, en voz baja y áspera—. No puede resultar. Es demasiado heterodoxo, demasiado obvio para que alguien se lo trague.

—Si hubiese pedido una entrevista estaría de acuerdo con usted, pero no lo ha hecho. Sólo solicita una conversación por teléfono.

—¡Estoy pidiéndole que reconozca lo que hay en el fondo de su maldito tinglado, que es él quien está detrás!

—Para citarle una vez más —dijo el analista, cogiendo la nota del mostrador y sacando el dinero—, no puede permitirse no responder. Tiene que hacerlo.

—Con condiciones previas que le van a poner los pelos de punta.

—Necesitaré su colaboración, por supuesto.

McAllister recogió la vuelta, dio las gracias con un gesto a la cansada telefonista y fue hacia la puerta, con Jason al lado.

—Puedo no tener nada que ofrecerle.

—Dadas las circunstancias, es usted quien conduce —dijo el analista, mientras salían a la concurrida acera.

—¿Qué?

—Que no es la estrategia lo que le parece mal, mister Bourne, porque en lo básico sigue siendo la suya. Lo que le pone furioso es que sea yo el que la pone en práctica y no usted. Como Havilland, no me cree capaz.

—¡No creo que sea éste el momento o la ocasión para que usted demuestre que es Metralleta Kelly! Si fracasa, su vida es lo que menos me importa. Están antes Extremo Oriente y el Mundo.

—No hay modo de que pueda fracasar. Ya se lo dije: incluso si fracaso, no fracaso. Sheng pierde, viva o no. Dentro de setenta y dos horas el consulado de Hong Kong se ocupará de ello.

—La abnegación premeditada me cae gorda —dijo Jason, mientras echaban a andar por la calle—. Los héroes que se forjan ilusiones se meten siempre por medio y lo estropean todo. Además, lo que usted llama estrategia apesta a trampa. ¡Se darán cuenta!

—Efectivamente, si es usted y no yo quien negocia con Sheng. Heterodoxo, demasiado obvio, maniobras de aficionados, lo que quiera; pero cuando Sheng me oiga al teléfono, todo encajará para él. Soy el funcionario amargado, el hombre que nunca ha estado sobre el terreno, el burócrata de primera fila olvidado por el sistema al que tan bien ha servido. Sé lo que hago, mister Bourne. Usted límitese a darme un arma.

La petición no era difícil de satisfacer. Allá en el Porto Interior de Macao, en la Rua das Lorchas, estaba el piso de D'Anjou, que era un pequeño arsenal, con todas las herramientas del oficio del Francés. Sólo era cuestión de entrar y elegir las más

fáciles de desarmar, a fin de poder cruzar la frontera de Guangdong, relativamente relajada, con pasaportes diplomáticos. Pero les llevó algo más de dos horas, y lo más difícil fue la elección. Jason fue poniendo una pistola tras otra en la mano de McAllister, mientras observaba cómo la empuñaba el analista y la expresión de su cara. Al fin optaron por la más pequeña, la de menor calibre que había en el arsenal de D'Anjou, una Charter Arms 22 con silenciador.

—Apunte a la cabeza y métale al menos tres balas en el cráneo. Cualquier otra cosa sería como una picadura de abeja.

McAllister tragó saliva y se quedó contemplando fijamente la pistola, mientras Jason estudiaba el muestrario para decidir cuál tenía la mayor potencia de fuego con el menor bulto. Se quedó con tres pistolas ametralladoras Interdynamic KG-9, que utilizaban grandes cargadores de treinta tiros.

Con sus armas escondidas bajo la chaqueta, entraron en el casino de Kam Pek, medio lleno, a las 3.35 de la mañana y fueron al final del largo mostrador de caoba. Bourne se dirigió al sitio que había ocupado la vez anterior y el subsecretario se sentó cuatro taburetes más allá. El barman reconoció al cliente dadivoso que hacía menos de una semana le había dado casi el salario de otra y lo saludó como a quien está aureolado por una larga historia de generosidad.

—Nei hou a!

—*Mchoh La Mgoi* —respondió Bourne, diciendo que estaba bien, con buena salud.

—¿El whisky inglés, verdad? —preguntó el barman, seguro de su memoria y esperando que eso tendría un premio.

—He dicho a mis amigos del casino del Lisboa que deberían hablar con usted. Creo que es el mejor hombre que hay en Macao detrás de una barra.

—¿El Lisboa? ¡Ahí sí que hay dinero! Muchas gracias, señor.

El barman se apresuró a servir a Jason una bebida que hubiese dejado inválidas a las legiones de César. Bourne asintió con la cabeza, sin comentarios, y el hombre se volvió de mala gana para servir a McAllister, cuatro asientos más allá. Jason observó que el analista pedía vino blanco, pagaba con precisión y anotaba el importe en su cuadernito. El barman se encogió de hombros, terminó el poco atractivo servicio y fue hasta el centro de la barra, escasamente ocupada, sin quitar ojo a su cliente favorito.

Primera etapa.

¡Allí estaba! El chino bien vestido con el traje oscuro a la medida, el veterano de las artes marciales que no sabía suficientes maniobras sucias, el hombre con el que había peleado en un callejón y que lo había llevado a las colinas de Guangdong. El

coronel Soo Jiang no quería correr riesgos, dadas las circunstancias. Prefería que esa noche trabajasen sólo los enlaces más experimentados. Nada de pobres viejos, ni de ramera.

El hombre anduvo lentamente a lo largo de varias mesas, como estudiando el ambiente; observaba a los jugadores y a los que daban las cartas, como tratando de decidir dónde debía probar suerte. Llegó a la mesa cinco y, tras observar el juego durante unos tres minutos, se sentó con aire despreocupado y sacó un fajo de billetes. Entre ellos, pensó Jason, habría un mensaje marcado *Crisis*.

Veinte minutos más tarde el chino impecablemente vestido sacudió la cabeza, volvió a guardarse el dinero y se levantó de la mesa. ¡Era el atajo hacia Sheng! Podrá bandearse lo mismo en Macao que en la frontera de Guangdong, y Bourne sabía que tenía que contactar con ese hombre, y cuanto antes. Miró primero al barman, que había ido hasta el final de la barra para preparar unas bebidas al camarero que servía en las mesas, y después a McAllister.

—¡Analista! —susurró—. ¡Espere ahí!

—¿Qué va a hacer?

—¡A saludar a mi madre! —Jason bajó del taburete y echó a andar hacia la puerta detrás del enlace. Al pasar junto al barman, dijo en cantonés—: ¡Vuelvo en seguida!

—No es problema, señor.

—Fuera, en la acera, Bourne siguió al hombre bien vestido durante varias manzanas, hasta que se metió por una bocacalle estrecha y mal iluminada y se acercó a un coche vacío aparcado. No iba a encontrarse con nadie; había entregado el mensaje y salía de la zona. Jason apretó el paso, y cuando el enlace abrió la puerta del coche le tocó en el hombro. El enlace giró en redondo, encogiéndose, mientras su experto pie izquierdo se disparaba con la peor intención. Bourne saltó hacia atrás y levantó las manos en gesto de paz.

—No volvamos a las mismas —dijo en inglés, porque recordaba que el hombre lo hablaba, que se lo habían enseñado las monjas portuguesas—. Todavía me duele la tunda que me diste hace una semana.

—*Aiya! ¡Usted!* —El enlace levantó las manos en un gesto parecido de renuncia al combate—. Me hace un honor que no merezco. Me venció aquella noche, y desde entonces he practicado durante seis horas diarias para mejorar. Me venció entonces, pero no ahora.

—Teniendo en cuenta tu edad y la mía, te doy mi palabra de que no fuiste vencido. Me dolían los huesos más que a ti, y no quiero poner a prueba tu nuevo horario de entrenamiento. Te pagaré un montón de dinero, pero no pelearé. Eso se

llama cobardía.

—No en usted, señor —dijo el oriental, bajando las manos y sonriendo—. Es muy bueno.

—Sí en mí, señor —replicó Jason—. Me diste un susto de muerte. Y me hiciste un gran favor.

—Me lo pagó bien, muy bien.

—Te pagaré mejor ahora.

—¿El mensaje era para usted?

—Sí.

—¿Entonces ha ocupado el sitio del Francés?

—Él ha muerto. Lo mataron los que enviaron el mensaje.

El enlace pareció desconcertado, quizá incluso triste.

—¿Por qué? Les sirvió bien y era un viejo, más viejo que usted.

—Muchas gracias.

—¿Traicionó a aquellos a quienes servía?

—No; fue él el traicionado.

—¿Los comunistas?

—El Kuomintang —dijo Bourne, sacudiendo la cabeza.

—*Bong wu!* No son mejores que los comunistas. ¿Qué quiere de mí?

—Si todo va bien, más o menos lo mismo que la otra vez, pero ésta quiero que te quedes conmigo. Quiero contratar un par de ojos.

—¿Va a las colinas de Guangdong?

—Sí.

—Entonces necesita ayuda para cruzar la frontera.

—No si puede encontrar a alguien capaz de cambiar una fotografía de un pasaporte a otro.

—Eso se hace a diario. Un niño podría hacerlo.

—Bien. Entonces no nos queda más que lo de contratar tus ojos. Hay cierto peligro, pero no mucho. Y también hay veinte mil dólares, norteamericanos. La última vez te pagué diez.

—*Aiya!* Una fortuna. —El enlace hizo una pausa y estudió la cara de Bourne—. El riesgo debe de ser muy grande.

—Si hay jaleo, esperaré a que te vayas. Dejaremos el dinero aquí, en Macao, sólo accesible para ti. ¿Quieres el empleo o busco en otra parte?

—Mis ojos son los de un halcón. No busque más.

—Vuelve conmigo al casino. Espera fuera, calle abajo, y recogeré el mensaje.

El barman hizo encantado lo que le pedía Jason. Lo dejó confuso la extraña palabra «crisis» que había que usar, hasta que Bourne le explicó que era el nombre de un caballo de carreras. Llevó una bebida «especial» a un estupefacto jugador de la mesa cinco y volvió con el sobre cerrado debajo de la bandeja. Jason había estado atento a las mesas cercanas, buscando cabezas que se volviesen y ojos alerta entre las espirales de humo, pero no notó nada. La presencia del barman entre los camareros, que usaban también chaquetilla marrón, era algo demasiado común para llamar la atención. Siguiendo las instrucciones, la bandeja fue colocada entre Bourne y McAllister. Jason sacudió el paquete de cigarrillos para sacar uno y empujó un librito de fósforos por la barra hacia el analista, que no fumaba. Antes de que el perplejo subsecretario pudiese comprender, Bourne se apeó de su taburete y fue hacia él.

—¿Tiene fuego, mister?

McAllister miró las cerillas, se apresuró a cogerlas, arrancó una y la encendió, sosteniéndola bajo el cigarrillo. Cuando Jason volvió a su asiento llevaba en la mano el sobre cerrado. Lo abrió, sacó el papel que venía dentro y leyó lo escrito a máquina en inglés: *Teléfono de Macao 32-61-443*.

Buscó con la vista un teléfono de pago, y entonces se dio cuenta de que nunca los había usado en Macao, y aunque tuviesen instrucciones, no estaba familiarizado con las monedas de la colonia portuguesa. Siempre eran las pequeñas cosas las que echaban a perder las grandes. Hizo una seña al barman, que llegó a su lado antes de que hubiese podido bajar la mano.

—¿Sí, señor? ¿Otro whisky, señor?

—Tengo suficiente para una semana —dijo Bourne, poniendo frente a él dinero de Hong Kong—. Debo hacer una llamada telefónica a alguien aquí en Macao. Dígame dónde hay un teléfono público y proporcióneme las monedas adecuadas, ¿quiere, por favor?

—No puedo permitir que un caballero tan fino como usted utilice un teléfono común, señor. Entre nosotros, creo que mucha de esa gente puede estar enferma. —El barman sonrió—. Permítame, señor. Tengo un teléfono en el mostrador para personas muy especiales.

Antes de que Jason pudiese protestar o dar gracias tenía el teléfono delante. Marcó mientras McAllister no le quitaba ojo.

—*We?* —dijo una voz femenina.

—Me dijeron que llamase a este número —contestó Bourne en inglés. El impostor muerto no sabía chino.

—Nos reuniremos.

—No nos reuniremos.

—Insistimos.

—Pues desistan. Me conoce mejor que eso, o debería. Quiero hablar con el jefe, y sólo con él.

—Es usted presuntuoso.

—Y usted menos que un idiota. Y ese predicador flaco del espadón también, si no habla conmigo.

—Se atreve usted...

—Ya he oído eso esta noche —interrumpió bruscamente Jason—. La respuesta es sí, me atrevo. Él tiene mucho más que perder que yo. No es más que un cliente, y mi lista está creciendo. No lo necesito, pero creo que en este momento él sí me necesita a mí.

—Deme una razón que pueda ser confirmada.

—No doy razones a los cabos. Fui mayor, ¿o es que no lo sabe?

—No hace falta insultar.

—Lo que no hace falta es esta conversación. Volveré a llamarles dentro de treinta minutos. Que se ponga el jefe. Y sabré si es él porque pienso hacerle un par de preguntas que sólo él puede contestar, *Ciao*, señora.

Bourne colgó.

—¿Qué está haciendo? —susurró un agitado McAllister cuatro asientos más allá.

—Arreglando lo de su día al sol, y espero que se haya traído la loción. Vamos a salir de aquí. Deme cinco minutos y después sígame. Al salir, tuerza a la derecha y siga andando. Nosotros le recogeremos.

—¿Nosotros?

—Hay alguien a quien quiero que conozca. Un viejo amigo, bueno, no tan viejo, que creo que le gustará. Viste como usted.

—¿Alguien más? ¿Está loco?

—No pierda la calma, Analista. Se supone que no nos conocemos. No, no estoy loco. Sólo he contratado una ayuda para el caso de que sean más listos que yo. Recuerde que quería mi colaboración en esta clase de asuntos.

Las presentaciones fueron breves y no se usaron nombres, pero era evidente que a McAllister le había impresionado aquel chino fornido, de anchos hombros y bien vestido.

—¿Es usted ejecutivo en una de las firmas de aquí? —preguntó el analista mientras caminaban hacia la bocacalle donde estaba aparcado el coche de enlace.

—En cierto modo, sí, señor. Pero la firma es mía. Tengo un servicio de correo

para personas muy importantes.

—Pero ¿cómo lo ha encontrado?

—Lo siento, pero estoy seguro de que comprenderá. Esa información es confidencial.

—Dios mío... —murmuró McAllister, mirando al hombre de Medusa.

—Llévame a un teléfono dentro de veinte minutos —dijo Jason, ya en el asiento delantero.

El desconcertado subsecretario se sentó detrás.

—Entonces, ¿están utilizando teléfonos? —preguntó el enlace—. Lo hicieron muchas veces con el Francés.

—¿Cómo los manejaba él? —preguntó Bourne.

—A base de demoras. Solía decir: «Déjalos que suden.» ¿Puede sugerir una hora?

—Estupendo. ¿Hay por aquí un restaurante?

—Más allá, en la rua Mercadores.

—Necesitamos comer, y el Francés tenía razón, siempre la tenía: déjalos que suden.

—Se portó muy bien conmigo —dijo el enlace.

—Al final era una especie de santo, elocuente aunque perverso.

—No comprendo, señor.

—No hace falta. Pero estoy vivo, y él no porque tomó una decisión.

—¿Cuál?

—Que debía morir para que yo viviese.

—Como en las escrituras cristianas que nos enseñaban las monjas.

—¡Qué va! —dijo Jason, divertido ante la idea—. Si hubiese habido otra salida la hubiéramos aprovechado. Simplemente, aceptó el hecho de que su muerte era mi vía de escape.

—A mí me caía bien —dijo el enlace.

—Llévanos al restaurante.

A Edward McAllister le era difícil contenerse. Lo que no sabía y Bourne no estaba dispuesto a tratar en la mesa estaba consumiéndolo. Por dos veces intentó abordar el tema de los teléfonos y de la situación en que se encontraban y las dos le cortó Jason, reconviniéndolo con la mirada, mientras el enlace, agradecido, se hacía el despistado. Había ciertos hechos que el chino conocía y otros de los que no quería saber nada por su propia seguridad.

—Descanso y comida —musitó Bourne, terminando su *tian-suan rou*—. El Francés decía que eran armas. Por supuesto, tenía razón.

—Sugiero que él necesitaba lo primero más que usted, señor —dijo el enlace.

—Tal vez. De todos modos, había estudiado la historia militar. Aseguraba que se habían perdido más batallas a causa de la fatiga que de una inferior potencia de fuego.

—Todo eso es muy interesante —interrumpió con brusquedad McAllister—, pero llevamos aquí un buen rato y estoy seguro de que hay cosas que deberíamos estar haciendo.

—Las haremos, Edward. Si está usted nervioso, piense lo que estarán pasando ellos. El Francés solía decir también que los nervios del enemigo eran nuestros mejores aliados.

—Estoy empezando a cansarme de su Francés —dijo con malhumor McAllister.

Jason miró al analista y dijo conteniéndose:

—No se le ocurra volver a decirme eso. Usted no estuvo allí. —Consultó su reloj—. Ha pasado más de una hora. Busquemos un teléfono. —Se volvió al enlace—. Necesitaré tu ayuda. Límitate a poner el dinero; yo marcaré.

—¡Dijo que volvería a llamar dentro de treinta minutos! —escupió la mujer al otro extremo de la línea.

—Tenía asuntos que atender. Hay otros clientes, y no me vuelve precisamente loco la actitud de usted. Si esto va a ser una pérdida de tiempo, tengo más cosas que hacer, y tendrá que ser usted la que le diga al *jefe* cuándo va a llegar el tifón.

—¿Cuándo?

—¡Venga, señora! Deme un camión cargado con más dinero del que sabe contar y tal vez se lo diga. Aunque seguramente no. Me gusta que me deban favores personas importantes. Diez segundos y cuelgo.

—*Por favor*. Se encontrará con un hombre que lo llevará a una casa de la colina de Guia donde hay un equipo de comunicaciones altamente sofisticado...

—¡Y donde media docena de sus gorilas me partirán el cráneo y me echarán en una habitación donde un médico me llenará de droga y lo conseguirán todo gratis! —El enfado de Bourne era sólo en parte fingido; eran los secuaces de Sheng los que estaban actuando como aficionados—. Le voy a decir otro equipo sofisticado. Se llama teléfono, y no creo que hubiese comunicaciones entre Macao y la guarnición de Guangdong si no tuviesen *scramblers*. Por supuesto, comprados en Tokio, porque si los fabricasen ustedes probablemente no funcionarían. Utilice uno. Volveré a llamarlos una sola vez, señora. Téngame preparado un número. El del *jefe*.

Jason colgó.

—Eso es interesante —dijo McAllister no lejos del teléfono público, echando una breve mirada al enlace chino, que había vuelto a la mesa—. Utilizó el palo cuando yo

hubiese usado la zanahoria.

—¿Usado la qué?

—Yo hubiese subrayado qué extraordinaria información tenía para revelar. En cambio usted amenazó, como si estuviese despachando a quienquiera que fuese.

—Tranquilo —dijo Bourne, encendiendo un cigarrillo y agradeciendo que no le temblase la mano—. Para su edificación, le diré que hice ambas cosas. La amenaza subraya lo importante de la revelación y el desdén refuerza ambas cosas.

—Se nota su colaboración —dijo el subsecretario de Estado, con un asomo de sonrisa—. Gracias.

El hombre de Medusa miró con dureza al de Washington.

—Si esta maldita cosa funciona, ¿podrá hacerlo, Analista? ¿Podrá sacar la pistola y apretar el gatillo? Porque si no puede los dos somos hombres muertos.

—Puedo hacerlo —dijo con calma McAllister—. Por Extremo Oriente. Por el mundo.

—Y por su día al sol. —Jason echó a andar hacia la mesa—. Salgamos de aquí. No quiero volver a usar este teléfono.

La serenidad de la Montaña de la Torre de Jade se veía desmentida por la frenética actividad que reinaba en la villa de Sheng Chou Yang. El torbellino no lo causaba el número de personas, ya que sólo había cinco, sino la intensidad con que se empleaban. El ministro escuchaba mientras sus ayudantes iban y venían por el jardín trayendo noticias de los últimos acontecimientos y ofrecían tímidamente consejos, que eran retirados a la primera señal de disgusto.

—¡Nuestra gente ha confirmado la información, señor! —exclamó un hombre uniformado de mediana edad que salió precipitadamente de la casa—. Han hablado con los periodistas. Todo ocurrió como dijo el asesino, y distribuyeron una fotografía del muerto a la prensa.

—Consígala —ordenó Sheng—. Haga que la envíen aquí inmediatamente. Todo esto es increíble.

—Está en camino —dijo el militar—. El consulado envió a uno de sus agregados al *South China News*. Debería llegar dentro de pocos minutos.

—Increíble —repitió en voz baja Sheng, mientras sus ojos iban a las hojas de nenúfar del más cercano de los cuatro estanques artificiales—. La simetría es demasiado perfecta, la coordinación también, y eso quiere decir que hay algo imperfecto. Alguien ha impuesto ese orden.

—¿El asesino? —preguntó otro ayudante.

—¿Con qué fin? No tenía la menor idea de que no iba a ser más que un cadáver

antes de que acabase la noche en el refugio. Se creía un privilegiado, pero sólo estábamos utilizándolo para atrapar a su predecesor, descubierto por nuestro hombre de la Rama Especial.

—¿Entonces quién? —preguntó otro.

—Ese es el dilema: ¿quién? Todo es a la vez tentador pero torpe. Resulta demasiado aparente, impropio de un profesional. Si el asesino dice la verdad, debe de creer que no tiene nada que temer de mí; pero aún así amenaza, exponiéndose a perder un cliente muy provechoso. Los profesionales no hacen una cosa así, y eso es lo que me preocupa.

—¿Está sugiriendo un tercer bando, ministro? —preguntó otro de los ayudantes.

—En tal caso —dijo Sheng, ahora con los ojos clavados en una sola hoja de nenúfar—, se trata de alguien sin experiencia o con la inteligencia de un buey. Es todo un dilema.

—¡Aquí está, señor! —exclamó un joven entrando precipitadamente en el jardín con una fotografía enviada por teletipo en la mano.

—Démela. ¡Rápido! —Sheng agarró el papel y lo puso a la luz de un foco—. ¡Es él! ¡Nunca olvidaré esa cara! ¡Den vía libre! Dígale a la mujer de Macao que dé el número a nuestro asesino y retire electrónicamente todas las posibles interceptaciones. El fracaso significa la muerte.

—¡Al instante, ministro!

El técnico en comunicaciones volvió corriendo a la casa.

—Mi mujer y mis hijos —dijo Sheng Chou Yang reflexionando—. Pueden asustarse con todo este tumulto. ¿Quiere por favor uno de ustedes entrar y explicarles qué asuntos de Estado me apartan de su amada presencia?

—Me corresponde ese honor, señor —dijo un ayudante.

—Sufren tanto con las exigencias de mi trabajo... Son unos verdaderos ángeles. Algún día serán recompensados.

Bourne tocó el hombro del enlace y señaló hacia la marquesina encendida de un hotel, al lado derecho de la calle.

—Nos registraremos ahí, y después iremos a una cabina telefónica al otro extremo de la ciudad. ¿De acuerdo?

—Es lo prudente —dijo el chino—. Están infiltrados por toda la compañía telefónica.

—Y tenemos que dormir un poco. El Francés decía continuamente que también el descanso es un arma. ¡Cristo! ¿Por qué no hago más que repetirme?

—Porque está obsesionado —dijo McAllister desde el asiento trasero.

—Hábleme de eso. No, prefiero que no.

Jason marcó el número de Macao que accionó un relé en China que le puso con un teléfono de la Montaña de la Torre de Jade. Mientras lo hacía, miró al analista.

—¿Habla francés Cheng?

—Por supuesto —dijo el subsecretario—. Trata con el Quai d'Orsay y habla las lenguas de todos aquellos con quienes negocia. Es una de sus bazas. Pero ¿por qué no usar el mandarín? Él lo conoce.

—El comando no lo hablaba, y si hablo inglés puede preguntarse qué se ha hecho de mi acento británico. El francés lo disimulará, como con Soo Jiang, y además sabré si es Sheng.

Bourne tapó el micrófono con un pañuelo mientras oía resonar un segundo timbrado a dos mil cuatrocientos kilómetros de allí. Los *scramblers* estaban en su sitio.

—Wei?

—Comme le colonel, je préfère le français.

—*Shemma?* —exclamó la voz, desconcertada.

—*Fawen* —dijo Jason, usando la palabra que en mandarín significa francés.

—*Fawen? Wo buhui!* —replicó el hombre muy excitado, afirmando que no hablaba francés.

Era evidente que esperaban la llamada. Intervino otra voz, al fondo y en tono demasiado bajo para oírla. Pero en seguida se escuchó por la línea.

—Pourquoi vous parlez français?

¿Era Sheng! En cualquier idioma, Bourne no olvidaría nunca el sonsonete del orador. Era el celoso ministro de un Dios inmisericorde que seducía a su auditorio antes de caer sobre él con el fuego y el azufre.

—Digamos que me siento más cómodo.

—Muy bien. ¿Qué increíble historia es esa que usted se trae, esa locura durante la cual fue mencionado un nombre?

—También me dijeron que hablaba usted francés.

Hubo una pausa, durante la que sólo se oyó la firme respiración de Sheng.

—¿Sabe quién soy?

—Sé un nombre que no significa nada para mí, aunque sí para alguien que yo me sé, alguien que lo conoció hace años. Quiere hablar con usted.

—¿Qué? —gritó Sheng—. ¡Traición!

—No es nada de eso, y yo en su caso le escucharía. Fue el único que supo calar en lo que les decía. Los otros no, pero él sí. —Bourne miró a McAllister, que estaba a su

lado, y el analista afirmó con la cabeza, como diciéndole que estaba utilizando de modo convincente los datos que le había dado—. Me miró bien y echó sus cuentas. Pero después al verdadero muchacho del Francés le dieron para el pelo; su cabeza parecía una coliflor ensangrentada.

—¿Qué ha hecho usted?

—Probablemente el mayor favor que le han hecho en su vida, y espero la debida recompensa. Aquí está su amigo. Hablarán inglés.

Bourne pasó el teléfono al analista, que se apresuró a hablar.

—Soy Edward McAllister, Sheng.

—¿Edward...?

El asombrado Sheng Chou Yang no pudo completar el nombre.

—Esta conversación es *off the record*, sin respaldo oficial. Mi paradero no consta en ninguna parte. Hablo sólo para mi bien... y el suyo.

—Me... asombra usted, mi viejo amigo —dijo lentamente el ministro, a quien el temor le hacía difícil recobrar el dominio de sí mismo.

—Lo leerá en la prensa de la mañana, y sin duda está ya en todos los noticiarios que emiten desde Hawai. El consulado quería que yo desapareciera por unos días, porque cuantas menos preguntas mejor, y yo sabía bien a quien quería ir a ver.

—¿Qué ha ocurrido y cómo pudo usted...?

—La semejanza era demasiado obvia para resultar pura coincidencia —le interrumpió el subsecretario de Estado—. Supongo que D'Anjou quería explotar a fondo la leyenda, y para quienes habían visto a Jason Bourne en el pasado eso incluía las características físicas. En medio del pánico que cundió en Victoria Peak, y al tener la cara casi irreconocible, nadie más notó el parecido. Claro que ninguno de los demás conocía a Bourne. Yo sí.

—¿Usted?

—Fui yo quien lo echó de Asia. Es a mí a quien vino a matar, y, de acuerdo con su perverso sentido de la ironía y la venganza, decidió hacerlo dejando el cadáver del impostor, de su asesino, Sheng, en Victoria Peak. Por fortuna para mí, un exceso de amor propio le impidió valorar debidamente la capacidad de ese hombre. Cuando empezó el fuego, nuestro ahora socio mutuo lo dominó y lo echó a los fusiles.

—Edward, la información me está llegando demasiado deprisa; no puedo asimilarla. ¿Quién resucitó a Jason Bourne?

—Sin duda el Francés. Su discípulo y fastuoso medio de vida lo había abandonado. Quería vengarse y sabía dónde encontrar al hombre que podía proporcionarle esa venganza: su colega de Medusa, el verdadero Jason Bourne.

—¡Medusa! —susurró Sheng con odio.

—A pesar de su fama, en ciertas unidades había lealtades muy fuertes. Cuando le salvas la vida a un hombre, no lo olvida.

—Lo que le llevó a usted a la conclusión absurda de que tengo algo que ver con ese hombre al que llama asesino...

—Por favor, Sheng; es demasiado tarde para eso; estamos hablando. Pero responderé a su pregunta. Bastaba ver las características de varios de sus crímenes. Comenzó con un vicepresidente chino y otros cuatro hombres en el Tsim Sha Tsui. Todos eran enemigos de usted. Y en Kai-tak, la otra noche, la bomba iba contra dos de sus críticos más acérrimos, que formaban parte de la delegación de Pekín. Había también rumores; siempre los hay en el hampa. Hablaban de mensajes entre Macao y Guangdong, de hombres poderosos de Beijing, de *un* hombre con un poder inmenso. Y estaba por último el expediente... Los números cuadraban: *usted*.

—¿El expediente? ¿Qué es esto, Edward? —preguntó Sheng, haciéndose el fuerte—. ¿Por qué estamos hablando de esta manera extraoficial, como a escondidas?

—Creo que lo sabe.

—Usted es inteligente y sabe de sobra que si lo supiese no se lo preguntaría. Los dos estamos por encima de tales pavanas.

—Me considera un burócrata brillante al que mantienen en el cuarto trasero, ¿no es así?

—La verdad es que yo esperaba cosas mejores para usted. Fue quien proporcionó casi todo lo que dijeron e hicieron sus sedicentes negociadores durante las conferencias comerciales y todo el mundo sabe que hizo usted un trabajo ejemplar en Hong Kong. Cuando se fue, Washington tenía todas las grandes influencias del territorio en su órbita.

—He decidido retirarme, Sheng. He dado veinte años de mi vida a mi gobierno, pero no quiero darle también mi muerte. No me matarán en una emboscada o con un camión-bomba. No me convertiré en blanco de los terroristas, sea aquí, en Irán o en Beirut. Ya es hora de que consiga algo para mí, para mi familia. Los tiempos cambian, la gente también, y vivir cuesta mucho. Mi pensión y mis perspectivas son muy inferiores a lo que merezco.

—Estoy totalmente de acuerdo, Edward, pero ¿qué tiene eso que ver conmigo? Fuimos adversarios leales, como abogados ante un tribunal, pero no enemigos en el terreno de la violencia. ¿Y qué es, si puede saberse, esa tontería de que mi nombre era mencionado por los chacales del Kuomintang?

—Tranquilícese. —El analista lanzó una mirada a Bourne—. Dijera lo que dijese

nuestro socio mutuo, sólo estaba repitiéndolo que yo le dije. En Victoria Peak no se mencionó nunca su nombre, ni había taiwaneses presentes cuando interrogamos a su asesino. Le dije eso porque sabía que tendría cierta fuerza con usted. En cuanto a su nombre, es para muy pocos. Está en el expediente que mencioné, un *dossier* bien guardado en mi despacho de Hong Kong y marcado como de «ultramáxima seguridad». Hay sólo otro ejemplar, y está encerrado en una caja fuerte de Washington de donde sólo yo puedo sacarlo para utilizarlo o destruirlo. No obstante, si ocurriera algo inesperado, por ejemplo un accidente de aviación, o si desaparezo o me matan, el *dossier* iría a parar al Consejo de Seguridad Nacional. La información que contiene, en manos indebidas, podría resultar catastrófica para todo Extremo Oriente.

—Estoy intrigado, Edward, por esta información tan sincera como incompleta.

—Reúnase conmigo, Sheng, y traiga dinero, mucho dinero, dinero norteamericano. Nuestro socio mutuo me dice que hay en Guangdong unas colinas a las que su gente fue para verse con él. Encuéntrese conmigo allí mañana, de diez a doce de la noche.

—Debo protestar, mi buen amigo y adversario. No me ha proporcionado el menor incentivo.

—Puedo destruir las dos copias de ese expediente. Me enviaron aquí para comprobar una noticia salida de Taiwan y tan perjudicial para nuestros intereses que el menor indicio de su contenido podría poner en marcha una cadena de acontecimientos que a todos nos aterra. Creo que la noticia tiene no poco de verdad, y, si no me equivoco, conduce directamente a mi antiguo colega en las reuniones chino-norteamericanas. No tendría sentido sin él... Es mi última misión, Sheng, y unas palabras mías pueden eliminar ese expediente de la faz de la tierra. Basta con que decida que la información es totalmente falsa y peligrosamente incendiaria, obra de sus enemigos en Taiwan. Los pocos que la conocen prefieren creerlo así, le doy mi palabra. Después, el *dossier* será enviado al triturador, y lo mismo la copia de Washington.

—¡Aún no me ha dicho por qué debo hacerle caso!

—El hijo de un taipán del Kuomintang lo sabría; el jefe de una conspiración en Beijing lo sabría; un hombre que podría caer en desgracia y ser decapitado mañana mismo sin duda lo sabría.

La pausa fue larga, y la respiración que se oía errática. Al fin habló Sheng.

—En las colinas de Guangdong. Él sabe dónde.

—Sólo un helicóptero —dijo McAllister—. Usted y el piloto, nadie más.

Capítulo 37

Oscuridad. La figura vestida con uniforme de marine norteamericano se dejó caer de lo alto del muro a la parte trasera de los terrenos de la casa de Victoria Peak. Se arrastró hacia la izquierda, pasando una cortina de alambre de espino entretejido que llenaba un espacio en el que parte del muro había desaparecido, y avanzó por el borde de la propiedad. Sin salir de las sombras, corrió por el césped hasta la esquina de la casa, y atisbo al otro lado de los ventanales demolidos de lo que había sido un gran despacho Victoriano. Enfrente de los cristales rotos y la profusión de maderas partidas había un marine de guardia, que sostenía por el extremo del cañón un fusil M-16 apoyado descuidadamente en la hierba, y lucía al cinto una automática del 45. El añadido de un fusil al arma corta era señal de máxima alerta. El intruso lo comprendió así, y sonrió al ver que el centinela no creía necesario tener empuñado el M-16. Los marines con sus armas dispuestas eran un mal asunto. Cualquiera podía llevarse un culatazo en la cabeza antes de saber siquiera que lo habían visto. El intruso esperó al momento oportuno, que se presentó cuando el pecho del centinela se hinchó con un largo bostezo y sus ojos se cerraron un instante mientras respiraba a fondo. El intruso volvió corriendo la esquina y saltó pasando el alambre de un garrote sobre la cabeza del centinela. Fue cuestión de segundos. Apenas se oyó nada.

El asesino dejó el cuerpo donde había caído, pues esa zona estaba más oscura que otras. Muchos de los focos de la parte trasera habían sido rotos por las explosiones. Se incorporó y fue sigilosamente hasta la esquina siguiente, donde sacó un cigarrillo y lo encendió ocultando en sus manos la llama de un encendedor de butano. Después salió al resplandor de los focos y caminó tranquilamente volviendo la esquina hacia las enormes puertaventanas chamuscadas, donde un segundo marine hacía guardia sobre los escalones de ladrillo. El intruso sostenía el cigarrillo en la mano izquierda, con la que se tapaba la cara mientras fumaba.

—¿Qué, a echar un pitillo? —preguntó el centinela.

—Sí, no podía dormir —dijo el otro, con un típico acento norteamericano del Suroeste.

—Esos jodidos catres no están hechos para eso. Basta sentarse en uno para darse cuenta... ¡Eh, espera un momento! ¿Quién diablos eres tú?

El marine no tuvo ocasión de usar su fusil. El intruso le hundió el cuchillo en la garganta con mortal precisión, suprimiendo todo ruido, todo asomo de vida. El asesino arrastró rápidamente el cadáver en torno a la esquina del edificio y lo dejó entre las sombras. Limpió el cuchillo en el uniforme del muerto, se lo guardó bajo la

guerrera, volvió a los restos de las contraventanas y entró en la casa.

Avanzó por el largo corredor en penumbra, a cuyo final hacía guardia un tercer marine frente a una gran puerta con molduras. El centinela apuntó el fusil hacia abajo y miró su reloj.

—Llegas muy temprano —dijo—. No tienen que relevarme hasta dentro de una hora y veinte minutos.

—No estoy en tu unidad, muchacho.

—¿Eres de los de Oahu?

—Sí.

—Creí que estabais ya camino de Hawai. Eso decían.

—A unos cuantos nos mandaron quedarnos. Ahora estamos en el consulado. Ese tipo, ¿cómo se llama?, McAllister, ha estado toda la noche tomándonos declaración.

—¡Te digo, chico, que todo esto es de lo más raro!

—Tú lo has dicho, de lo más raro... A propósito, ¿dónde está el despacho de ese marica? Me mandó aquí arriba a buscar su tabaco especial para pipa.

—No te digo... Mézclale un poco de hierba.

—¿Qué despacho es?

—Antes los vi a él y al médico entrar en esa primera puerta de la derecha. Después, antes de irse, él entró aquí.

El centinela volvió la cabeza para indicar la puerta que tenía detrás.

—¿De quién es esto?

—No sé cómo se llama, pero es el mandamás. Lo llaman el embajador.

Los ojos del asesino se entrecerraron.

—¿El embajador?

—Sí. La habitación está deshecha. La mitad la voló ese jodido maníaco, pero la caja está intacta, y por eso estoy yo aquí y otro afuera, en los tulipanes. Debe de haber un par de millones ahí dentro para actividades fuera de programa.

—O quién sabe para qué —dijo suavemente el intruso—. ¿La primera puerta a la derecha, eh? —añadió, volviéndose y buscando algo bajo su guerrera.

—Espera —dijo el marine—. ¿Por qué no me han avisado los de puertas? —Alcanzó la radio que llevaba al cinto—. Lo siento, compañero, pero tengo que comprobarte. Es la norma...

El asesino lanzó su cuchillo, y cuando se hundió en el pecho del centinela se lanzó sobre él con los pulgares apuntando a su garganta. Treinta segundos después abrió la puerta del despacho de Havilland y arrastró dentro al muerto.

Cruzaron la frontera en plena oscuridad, con trajes de hombres de negocios y

corbatas de sus antiguos regimientos en vez de las ropas vulgares y arrugadas que llevaban antes. Completaban su atuendo dos maletines cerrados con cinta adhesiva *diplomatique*, lo que indicaba que contenían documentos oficiales exentos del escrutinio de los controles de inmigración. En realidad los maletines contenían sus armas, así como varias cosas más que Bourne había cogido del piso de D'Anjou al ver que McAllister sacaba a relucir la sacrosanta cinta de plástico, respetada incluso por la República Popular en tanto quisiera ver aplicada esa misma cortesía al personal de su servicio exterior. Al enlace de Macao, que se llamaba Wong —al menos ése fue el nombre que dio—, lo impresionaron mucho los pasaportes diplomáticos; pero en aras de la seguridad, así como de los 20 000 dólares norteamericanos, que decía le creaban una obligación moral, decidió preparar el cruce de la frontera a su modo.

—No es tan difícil como quizá le hice creer antes —explicó a Jason—. Dos de los guardias son primos míos por parte de mi bendita madre, que ojalá descanse con el santo Jesús, y nos ayudamos. Yo hago más por ellos que ellos por mí; claro que estoy en mejor posición. Sus estómagos están más llenos que la mayoría de los de Zhuhai Shi, y los dos tienen televisión.

—Si son primos tuyos —dijo Jason—. ¿Por qué pusiste objeciones al reloj que le di antes a uno de ellos? Dijiste que era demasiado caro.

—Porque lo venderá, y no me gusta que lo mimen. Después esperará demasiado de mí.

De consideraciones de ese pelaje, pensó Bourne, dependían las fronteras más cerradas del mundo. Fuera como fuese, Wong los hizo entrar por la última puerta de la derecha exactamente a las 8.55. Él pasaría sólo unos minutos después. Allí estudiaron sus pasaportes, se los llevaron a un despacho interior, y, entre sonrisas abruptas de uno de los primos, los honorables diplomáticos pudieron pasar sin dilación. Inmediatamente les dio la bienvenida a China el prefecto de la provincia de Zhuhai Shi-Guangdong, que les devolvió sus pasaportes. Era una mujer baja y de anchos hombros, cuyo inglés oscurecía un marcado acento, pero se la entendía.

—¿Tienen asuntos oficiales en Zhuhai Shi? —preguntó, mientras su sonrisa se veía desmentida por unos ojos vagamente hostiles—. ¿La guarnición de Guangdong, tal vez? Puedo proporcionarles transporte en coche.

—*Bu xiexie* —dijo el subsecretario de Estado declinando el ofrecimiento, y en seguida volvió al inglés para mostrar su respeto por la diligencia de su anfitriona en aprenderlo—. Es una reunión de poca importancia; durará sólo unas horas y volveremos a Macao esta noche. Nos recogerán aquí, de modo que vamos a tomar café y a esperar.

—En mi despacho, por favor.

—Gracias, pero no es necesario. Sus compatriotas nos buscarán en el... *kafedian*, en el café.

—Es allí, en la calle. Y bienvenidos de nuevo a la República Popular.

—No olvidaremos su cortesía —dijo McAllister, haciendo una leve reverencia.

—Gracias a ustedes —replicó la fornida mujer, inclinando la cabeza y alejándose a grandes zancadas.

—Para usar sus mismas palabras, Analista, lo ha hecho muy bien. Pero yo diría que ésa no está de nuestra parte.

—Desde luego que no. Le han dado instrucciones de llamar a alguien de la guarnición de aquí o de Beijing confirmando que hemos entrado. El tal llamará a Sheng, y así sabrá que somos usted y yo. Nadie más.

—Ése está ya en el aire —dijo Jason mientras se dirigían despacio hacia el café mal iluminado que había al final de un sucio paso para peatones, de hormigón, que sobresalía de la calle—. Está camino de aquí. A propósito: nos seguirán; ¿lo sabe, no?

—No, no lo sé —replicó McAllister, lanzando una breve mirada a Bourne—. Sheng se andará con cautela. Le he dado la suficiente información para alarmarlo. Si pensase que sólo había un expediente, como es la verdad, quizá se arriesgase, pensando que podría comprármelo y matarme. Pero cree, o debe suponer, que hay una copia en Washington. Ésta es la que quiere ver destruida. No hará nada para alarmarme o meterme el miedo en el cuerpo y que huya. Recuerde que soy un aficionado y me asusto con facilidad. Lo conozco; ahora está atando cabos y probablemente va a traerme más dinero del que nunca pude soñar. Por supuesto, espera recuperarlo una vez que los expedientes estén destruidos y me haya matado. Ya ve que tengo buenas razones para no fracasar... o para no tener éxito fracasando.

El hombre de Medusa volvió a mirar fijamente al de Washington.

—¿Lo tiene bien pensado, verdad?

—De cabo a rabo —respondió McAllister sin dejar de mirar al frente—. Durante semanas. Cada detalle. Francamente, no creí que usted fuese a tomar parte en ello porque pensé que estaría muerto, pero sabía que podía llegar hasta Sheng. De algún modo, y por supuesto extraoficialmente. Cualquier otro camino, incluida una reunión confidencial, entrañaría protocolo, e incluso si conseguía estar con él a solas, sin sus ayudantes, no podría tocarlo. Parecería un asesinato respaldado por mi gobierno. Pensaba llegar a él directamente, recurriendo a los viejos tiempos y utilizando palabras que desencadenasen una respuesta; algo parecido a lo que hice anoche. Como dijo usted a Havilland, los caminos más sencillos suelen ser los mejores. Nosotros

tendemos a complicar las cosas.

—En su defensa, diré que con frecuencia se ven obligados a ello. No pueden dejarse coger con una pistola humeante.

—Qué expresión tan trivial —dijo el analista riendo burlonamente—. ¿Qué significa? ¿Que alguien se ha visto arrastrado a un error sin mayores consecuencias? La política no gira en torno a los apuros de un solo hombre, o no debería hacerlo. Siempre me han asombrado los gritos de la gente pidiendo rectitud cuando no tienen la menor idea, la más mínima noción, de cómo tenemos que negociar.

—Tal vez la gente quiere de vez en cuando una respuesta sincera.

—No se les puede dar porque serían incapaces de entenderla.

Se acercaban a la puerta del café y Bourne se detuvo frente a ella sin abrirla.

—Está usted ciego —dijo, clavando los ojos en los del subsecretario—. Tampoco a mí me dieron una respuesta franca, y mucho menos una explicación. Lleva usted demasiado tiempo en Washington. Debería probar a pasar un par de semanas en Cleveland, o en Bangor (Maine). Tal vez ampliasen su manera de ver las cosas.

—No me sermonee, mister Bourne. Menos del cuarenta y seis por ciento de nuestra población se preocupa de las cosas lo suficiente como para depositar un voto que decida qué dirección hemos de tomar. Nos lo dejan todo a nosotros, los astros de la política y los burócratas profesionales. Somos lo único que ustedes tienen. ¿Podemos entrar, por favor? Su amigo mister Wong dijo que debíamos pasar sólo unos minutos tomando café para que nos viesen y después salir a la calle. Dijo que se reuniría con nosotros allí dentro de exactamente veinticinco minutos, y ya han pasado doce.

—¿Doce? ¿No diez o quince, sino doce?

—Exactamente.

—¿Y qué hacemos si se retrasa dos minutos? ¿Lo matamos?

—Muy divertido —dijo el analista, empujando la puerta.

Salieron del café a la oscura y maltrecha acera de la ruinosa plaza que había enfrente del punto de control de Guangdong. Como era una hora de poco tránsito en la frontera, apenas una docena de personas cruzaban en ese momento la vía pública antes de desaparecer en la oscuridad. De las tres luces visibles en la inmediata vecindad sólo funcionaba una, bastante macilenta. Pasaron los veinticinco minutos, que se alargaron a treinta, y ahora se acercaban ya a los treinta y ocho. Habló Bourne.

—Algo va mal. Ya debería haber hecho contacto.

—¿Dos minutos y lo matamos? —dijo McAllister, para arrepentirse en seguida de su intento de humor—. Quiero decir que había entendido que lo importante era no

perder la calma.

—Por dos minutos, no por cerca de quince —replicó Jason—. Esto no es normal —añadió en voz baja, como para sí mismo—. Por otro lado, podría ser normalmente anormal. Quiere que seamos nosotros quienes hagamos contacto con él.

—No comprendo.

—No tiene por qué. Límitese a andar a mi lado como si estuviésemos paseando, pasando el tiempo hasta que lleguen. Si la luchadora esa de ahí nos ve, no le sorprenderá. Los funcionarios chinos suelen llegar siempre tarde a las reuniones; creen que eso les da ventaja.

—¿«Deja que suden»?

—Exactamente. Sólo que no es con eso con lo que nos enfrentamos ahora. Venga, vayamos hacia la izquierda; está más oscuro. Disimule; hable del tiempo, de lo que sea, diga que sí con la cabeza, sacúdala, encójase de hombros... Haga movimientos suaves y continuos.

Habrían andado unos veinte metros cuando ocurrió.

Kam Pek!

Alguien había susurrado el nombre del casino de Macao, entre las sombras que había más allá de un puesto de periódicos desierto.

—¿Wong?

—¡Quédense donde están y hagan como que conversan, pero escúchenme!

—¿Qué ha pasado?

—Los están siguiendo.

—Dos puntos para un brillante burócrata —dijo Jason—. ¿Algún comentario, señor subsecretario?

—Es inesperado pero no ilógico. Pura precaución, tal vez. Por aquí abundan los falsos pasaportes, como casualmente sabemos.

—Los nuestros los comprobó Queen Kong. Primer *strike*.

—Entonces puede ser para asegurarse de que no nos relacionamos con la clase de personas que usted sugirió anoche —susurró el analista, en voz demasiado baja para que pudiese oírla el chino.

—Es posible. —Bourne alzó levemente la voz para que lo oyese el enlace, sin dejar de mirar a la entrada del paso fronterizo. No había nadie—. ¿Quién nos está siguiendo?

—El Cerdo.

—Soo Jiang?

—Efectivamente, señor. Por eso no puedo dejarme ver.

—¿Alguien más?

—Nadie que yo sepa, pero ignoro quién habrá en la carretera de las colinas.

—Voy a hacerlo salir —dijo el hombre de Medusa llamado Delta.

—¡No! —se opuso McAllister—. Una de las órdenes que ha recibido de Sheng puede ser la de confirmarle que seguimos solos, que no nos reunimos con nadie. Acaba usted de conceder que era posible.

—La única manera en que podría hacerlo sería hablando con él, y su antiguo *amigo* no permitiría una transmisión por radio estando él en un avión o un helicóptero. Alguien podría escucharla.

—Supongo que hay señales, una bengala o una linterna muy potente dirigida hacia arriba, que digan al piloto que todo está en orden.

Jason miró al analista.

—Lo tiene usted todo previsto.

—Hay un modo —dijo Wong desde las sombras—, y es un privilegio que me gustaría reservarme, sin aumento de precio.

—¿Qué privilegio?

—Yo mataré al Cerdo. Se hará de manera que no se comprometa a nadie.

—¿Qué?

Bourne, asombrado, empezó a volver la cabeza.

—¡Por favor, señor, mire al frente!

—Perdón. Pero ¿por qué?

—No respeta a ninguna mujer y las amenaza con dejarlas sin empleo a ellas y a sus maridos, e incluso a sus hermanos y primos. En los últimos cuatro años ha llevado la vergüenza a muchas familias, incluida la mía por parte de mi bendita madre.

—¿Por qué no lo han matado antes?

—Va siempre con escolta armada, incluso en Macao. Pero, a pesar de ello, ha habido varios intentos, por parte de hombres desesperados, que sólo sirvieron para provocar represalias.

—¿Represalias? —preguntó McAllister.

—Eligieron a ciertas personas, como de costumbre indiscriminadamente, y las acusaron de robar suministros y equipos de la guarnición. El castigo para tales delitos es la muerte en los campos.

—Dios... —murmuró Bourne—. No haré más preguntas; tienes razones sobradas. ¿Pero cómo esta noche?

—Sus guardianes no están con él ahora. Pueden estar esperándolo en la carretera de las colinas, pero *ahora* no están con él. Ustedes echan a andar, y si les sigue yo lo

seguiré a él. Si no los sigue, sabré que no van a tener contratiempos en su viaje, y ya los alcanzaré.

—¿Alcanzarnos? —dijo Bourne frunciendo el ceño.

—Cuando haya matado al Cerdo y dejado su cuerpo de cerdo en el lugar más adecuado y, para él, más deshonroso: el servicio de señoras.

—¿Y si nos sigue? —preguntó Jason.

—Llegará mi oportunidad, incluso mientras les sirvo de ojos. Veré a sus guardias, pero ellos no me verán a mí. Haga lo que haga, llegará un momento en que se separe, aunque sólo sea unos metros, en la oscuridad. Será suficiente, y se supondrá que ha cubierto de vergüenza a uno de sus propios hombres.

—Nos pondremos en marcha.

—Ya conoce el camino, señor.

—Como si tuviese un mapa de carreteras.

—Me reuniré con ustedes en la base de la primera colina, más allá de las hierbas altas. ¿Lo recuerda?

—Sería difícil olvidarlo. Allí estuve a punto de comprar sepultura en China.

—Después de siete kilómetros, intérnense en el bosque, hacia los campos.

—Eso pienso hacer, como tú me enseñaste. Buena caza, Wong.

—La tendré, señor. Me sobran motivos.

Los dos norteamericanos atravesaron la destartalada plaza, yendo de la penumbra a la total oscuridad. Una figura obesa con ropas de paisano los observaba desde las sombras del paseo de cemento. Consultó su reloj y asintió con la cabeza, con una media sonrisa de satisfacción. Después, el coronel Soo Jiang se volvió y cruzó otra vez el túnel artificial que conducía al desierto complejo de inmigración, con puertas de hierro, cabinas de madera y alambre de espino a lo lejos, todo ello bañado en una pálida luz grisácea. Lo recibió la prefecto del control de la provincia de Zhuhai Shi-Guangdong, que se dirigió con paso decidido, marcial y entusiasta hacia él.

—Deben de ser personas muy importantes, coronel —dijo, con ojos no del todo hostiles, pues su mirada bordeaba más bien la devoción ciega. Y el temor.

—Sí, lo son, lo son —asintió el coronel.

—Tienen que serlo para que un oficial tan ilustre como tú se asegure de que se les atiende debidamente. Hice la llamada al hombre de Guangzhou, como me pediste, y me dio las gracias, pero no se enteró de mi nombre...

—Me aseguraré de que lo sepa —interrumpió Soo con aire cansado.

—Y yo tendré a mi mejor gente en las puertas para recibirlos cuando vuelvan esta noche a Macao.

Soo miró a la mujer.

—No hará falta. Serán llevados a Beijing para unas reuniones confidenciales del más alto nivel. Tengo orden de borrar todas las huellas de su paso por la frontera de Guangdong.

—¿Tan confidencial es?

—Efectivamente, camarada. Se trata de asuntos de Estado secretos y deben ser mantenidos como tales incluso para nuestras personas más íntimas. Tu despacho, por favor.

—En seguida —dijo la mujer de anchos hombros, volviéndose con precisión militar—. Tengo té o café, e incluso whisky británico de Hong Kong.

—Ah, sí, el whisky británico. ¿Puedo acompañarte, camarada? Ya he terminado mi trabajo.

Los dos personajes, un tanto grotescamente wagnerianos, fueron marcando el paso hacia la puerta de cristales del despacho del prefecto.

—¡Cigarrillos! —susurró Bourne, cogiendo a McAllister por el hombro.

—¿Dónde?

—Allí enfrente, fuera de la carretera a la izquierda. ¡En el bosque!

—No los había visto.

—No estaba mirando. Los disimulan en la mano, pero están ahí. La corteza de los árboles se ilumina un momento y vuelve a oscurecerse, sin ritmo, al azar. Hombres fumando. A veces pienso que en Extremo Oriente gustan más los cigarrillos que el sexo.

—¿Qué hacemos?

—Exactamente lo que estamos haciendo, sólo que más alto.

—¿Qué?

—Siga andando y diga lo primero que se le ocurra. No lo entenderán. Estoy seguro de que sabe «Hiawatha» u «Horacio en el puente», o, de sus tiempos de la universidad, tal vez *Aura Lee*. No lo cante, diga sólo la letra; eso le distraerá.

—Pero, ¿por qué?

—Porque es lo que usted predijo. Sheng está asegurándose de que no nos relacionamos con nadie que pueda ser una amenaza para él. Vamos a darle esa seguridad. ¿De acuerdo?

—¡Dios mío! Suponga que uno de ellos habla inglés.

—Es muy improbable; pero, si lo prefiere, podemos improvisar una conversación.

—No, no se me da bien. Odio las fiestas y las cenas; nunca sé qué decir.

—Por eso le sugerí las aleluyas. Intervendré cada vez que haga una pausa. De

ahora en adelante, hable tranquilamente pero deprisa. Éste no es sitio para chinos cultos que hablen bien el inglés... Han apagado los cigarrillos. ¡Nos han visto! ¡Adelante!

—Oh, Señor... Está bien. Ah... «Sentado en el porche de O'Reilly, contando cuentos de sangre y muerte...»

—¡Eso es muy apropiado! —dijo Jason, mirando a su discípulo.

—«De repente se me ocurrió, por qué no tirarme a la hija de O'Reilly...»

—Vaya, Edward, es usted una continua sorpresa.

—Es una vieja canción de estudiantes —susurró el analista.

—¿Qué? No le oigo, Edward. Hable más alto.

—«Fiddilly-eye-eee, fiddilly-eye-ohh, fiddilly-eye-eee para Reilly Uncojón...»

—¡Eso es tremendo! —interrumpió Bourne cuando pasaban frente a la parte del bosque donde hacía sólo unos segundos fumaban hombres escondidos—. Creo que su amigo apreciará su punto de vista. ¿Alguna otra idea?

—He olvidado la letra.

—Sus ideas, quiere decir. Estoy seguro de que las recordará.

—Era algo del «viejo Reilly»... Ah, sí, ya recuerdo. Primero decía «folla, folla y folla más, hasta que no pudo más», y después venía el viejo Reilly... «con dos pistolas de arzón al cinto, buscando al perro que se tiró a su hija». Ya lo recuerdo.

—Estaría usted que ni pintado en un museo, si Ripley tiene alguno. Pero véalo de este modo: puede investigar el proyecto entero a su vuelta a Macao.

—¿Qué proyecto? Había otra con la que lo pasábamos siempre muy bien. «Cien botellas de cerveza en la pared. Cien botellas de cerveza; una se cayó»... Oh, Señor, hace tanto tiempo... Era una reducción repetitiva: «Noventa y nueve botellas de cerveza en la pared...»

—Olvídelo; ya no nos oyen.

—¿Cómo? ¡Gracias a Dios!

—Estuvo muy bien. Si alguno de esos payasos entiende una palabra de inglés estarán todavía más confusos que yo. Bien hecho, Analista. Vamos, andemos más deprisa.

McAllister miró a Jason.

—¿Lo hizo a propósito, verdad? Me pinchó para que recordase algo, cualquier cosa, sabiendo que si me concentraba en ello no me entraría pánico.

Bourne no contestó; se limitó a decir:

—Otros treinta metros y seguirá por su cuenta.

—¿Cómo? ¿Va a dejarme?

—Durante diez, tal vez quince minutos. Escuche: siga andando y levante el brazo doblado de forma que yo pueda poner mi maletín sobre él y abrirlo.

—¿Adónde va? —preguntó el subsecretario mientras el maletín descansaba sobre su brazo izquierdo. Jason lo abrió, sacó un cuchillo de larga hoja y volvió a cerrarlo—. ¡No puede dejarme solo!

—No le pasará nada. Nadie quiere pararlo... pararnos. Si quisieran, ya lo habrían hecho.

—¿Quiere decir que eso podría haber sido una emboscada?

—Contaba con su mente analítica para que no lo fuese. Tome el maletín.

—¿Pero qué va usted...?

—Tengo que ver lo que hay ahí detrás. Siga andando.

El hombre de Medusa giró a la izquierda y se internó en el bosque en una curva de la carretera. Corriendo rápida y silenciosamente, y, evitando por puro instinto la enmarañada maleza a la primera resistencia, se desplazó hacia su derecha describiendo un amplio semicírculo. Minutos después vio el resplandor de cigarrillos, y, moviéndose como un gato montés, se arrastró hasta que estuvo a menos de tres metros del grupo de hombres. La luz intermitente de la luna, que se filtraba a través de la espesa arboleda, le proporcionaba iluminación suficiente para contarlos. Eran seis, todos armados con una metralleta ligera colgada al hombro. Y había algo más, algo de una incoherencia sorprendente. Todos llevaban los uniformes de cuatro botones y hechos a medida de los altos oficiales del ejército de la República Popular, y, por los retazos de conversación que le llegaban, era evidente que hablaban mandarín, no cantonés, que era el dialecto normal de los soldados, e incluso de los oficiales, de la guarnición de Guangdong. Esos hombres no pertenecían a ella. Sheng había echado mano de su guardia de élite.

De pronto, uno de los oficiales encendió el mechero y consultó su reloj. Bourne estudió la cara que veía sobre la llama. La conocía, y al verlo confirmó su juicio. Era el rostro del hombre que había intentado tender una trampa a Eco en el camión aquella terrible noche haciéndose pasar por prisionero, el oficial al que Sheng trataba con cierta deferencia. Un asesino pensante y de hablar suave.

—*Xian Zai* —dijo el hombre, afirmando que había llegado el momento. Tomó una radio manual y habló—. *¡Da li shi, da li shi!* —dijo, llamando a su gente por el nombre en clave Mármol—. Están solos, no hay nadie más. Vamos a hacer lo que se dijo. Prepárense para la señal.

Los seis oficiales se levantaron al unísono, se ajustaron las armas, apagaron los cigarrillos pisándolos y echaron a andar rápidamente por la apartada carretera rural.

Bourne se arrastró sobre manos y rodillas, se puso de pie y corrió por el bosque. Tenía que alcanzar a McAllister antes de que el destacamento de Sheng lo cercase y viese a través de la esporádica luz lunar que el analista estaba solo. Si aquellos hombres se alarmaban, podían enviar una señal diferente: *Reunión abortada*. Llegó a la curva de la carretera y corrió aún más deprisa, saltando sobre ramas caídas que otros no verían y deslizándose por entre enredaderas y follaje entrelazado a cuyos entresijos otros serían incapaces de anticiparse. En menos de dos minutos surgió silenciosamente del bosque al lado de McAllister.

—¡Dios mío! —boqueó el subsecretario de Estado.

—¡Cállese!

—¡Es usted un loco!

—¡Cuéntemelo todo!

—Me llevaría horas. —Con manos temblorosas, McAllister entregó a Jason su maletín—. Al menos, esto no explotó.

—Debería haberle advertido que no lo dejase caer ni lo zarandease mucho.

—¡Por Dios!... ¿No es ya hora de que salgamos de la carretera? Wong dijo...

—Olvídelo. Estaremos bien visibles hasta que lleguemos al campo de la segunda colina, y después usted lo estará más que yo. Dese prisa. Van a dar no sé qué señal, lo que significa que una vez más tenía usted razón. Van a decir a un piloto que puede aterrizar; no por radio, simplemente una luz.

—Tenemos que reunimos con Wong en alguna parte. Me parece que dijo en la base de la primera colina.

—Le concederemos un par de minutos, pero creo que podemos olvidarnos de él. Verá lo que yo vi, y yo en su lugar me volvería a Macao y a los veinte mil dólares y diría que me perdí.

—¿Qué vio?

—A seis hombres armados con potencia de fuego suficiente para dejar pelada una de estas colinas.

—¡Dios mío, no saldremos de aquí!

—No se rinda todavía. Ésa es una de las cosas en que he estado pensando. —Bourne se volvió a McAllister mientras apresuraba el paso—. Por otro lado —añadió muy serio—, el peligro estuvo siempre en eso en hacer las cosas a su manera.

—Sí, lo sé. No quiero dejarme ganar por el pánico, no me dejaré. —De pronto habían desaparecido los bosques y el camino de tierra atravesaba campos de altas hierbas—. ¿Para qué cree que están aquí esos hombres? —preguntó el analista.

—Como respaldo en caso de una trampa, lo que cualquiera del oficio pensaría que

era. Se lo dije y no quiso creerme. Pero si algo de lo que dijo usted es cierto, y creo que lo es, no se dejarán ver, para evitar que le entre el pánico y eche a correr. En tal caso, esa será nuestra salida.

—¿Cómo?

—Diríjase hacia la derecha, a campo traviesa —dijo Jason sin responder a su pregunta—. Voy a dar a Wong cinco minutos, a menos que veamos una señal en algún sitio u oigamos un avión; pero no más, y eso porque necesito realmente el par de ojos por el que pagué.

—¿Podría andar cerca de esos hombres sin que lo viesen?

—Puede, si no está ya camino de Macao.

Llegaron al final de la pradera de altas hierbas y a la falda de la primera colina, en cuya ladera crecían árboles. Bourne miró su reloj y después a McAllister.

—Vamos a subir ahí, donde no se nos vea —dijo señalando los árboles que tenían por encima—. Yo me quedaré aquí; usted vaya más arriba, pero no salga a la pradera, no se deje ver, permanezca en el borde. Si ve luces u oye un avión, silbe. Supongo que sabrá silbar.

—La verdad es que no muy bien. Cuando los niños eran más pequeños y teníamos un perro, un perdiguero...

—¡No, por favor! Tire piedrecitas, yo las oiré. ¡Vaya!

—Sí, comprendo. «Muévase.»

Delta —porque ahora era Delta— comenzó su vigilancia. La luz de la luna era interceptada constantemente por las nubes bajas que pasaban, y tenía que esforzar continuamente los ojos mientras recorría las altas hierbas de la pradera en busca de una ruptura en la monotonía de juncos que se inclinaban hacia la base de la colina, hacia él. Pasaron tres minutos, y ya había casi decidido que era una pérdida de tiempo cuando de pronto un hombre salió de la hierba a su derecha y se internó en el follaje. Bourne dejó el maletín en el suelo y sacó el largo cuchillo que llevaba al cinto.

—¡Kam Pek! —susurró el hombre.

—¿Wong?

—Sí, señor —dijo el enlace, sorteando los troncos de los árboles para acercarse a Jason.

—¿Se me recibe con un cuchillo?

—Hay alguna otra gente por ahí, y, francamente, no pensé que fueses a aparecer. Te dije que podías largarte si el peligro te parecía demasiado grande. No pensaba que ocurriese tan pronto, pero lo hubiera aceptado. Llevan unas armas impresionantes.

—Pude haberme aprovechado de la situación, pero, además del dinero, me

proporcionó usted un acto enormemente gratificante, y también para otros muchos. Más personas de las que puede imaginar se lo agradecerán.

—¿Soo el Cerdo?

—Sí, señor.

—Un momento —dijo Bourne, alarmado—. ¿Por qué estás tan seguro de que van a pensar que lo hizo uno de esos hombres?

—¿De qué hombres?

—Esa patrulla con metralletas que está allá abajo. No son de Guangdong, ni de la guarnición. ¡Son de Beijing!

—El acto tuvo lugar en Zhuhi Shi, en el paso fronterizo.

—¡Maldito seas! ¡Lo has echado todo a perder! ¡Estaban esperándolo!

—Si era así, señor, no habría llegado.

—¿Qué?

—Estaba emborrachándose con la prefecta. Fue a aliviarse, y allí me enfrenté a él. Ahora está en la puerta de al lado, tumbado sobre un retrete sucio, degollado y sin nada entre las piernas.

—Dios mío... Entonces ¿no nos siguió?

—Ni dio la menor muestra de querer hacerlo.

—Comprendo... No, no comprendo. Lo dejaron fuera de lo de esta noche. Es estrictamente una operación de Beijing. Y sin embargo él era el contacto primario aquí...

—No sé nada de tales asuntos —interrumpió Wong a la defensiva.

—Perdona. No, no lo sabes.

—Aquí tiene lo ojos que contrató, señor. ¿Hacia dónde quiere que mire y qué quiere que haga?

—¿Tuviste algún problema para pasar junto a esa patrulla de la carretera?

—Ninguno. Los vi, pero ellos a mí no. Ahora están sentados en el bosque, al borde de la pradera. Por si le sirve de ayuda, el de la radio dio instrucciones al que hablaba con él de marcharse una vez dada la «señal». No sé qué significa eso, pero supongo que se refiere a un helicóptero.

—¿Lo supones?

—El Francés y yo seguimos al comando inglés aquí una noche. Por eso supe a dónde llevarlo a usted la otra vez. Aterrizó un helicóptero y se apearon unos hombres para encontrarse con el inglés.

—Eso es lo que él me dijo.

—¿Le dijo, señor?

—No importa. Quédate aquí. Si esa patrulla que está al otro lado de la pradera empieza a acercarse, quiero saberlo. Estaré arriba, en el prado que hay antes de la segunda colina, a la derecha. En el mismo campo donde tú y Eco visteis el helicóptero.

—¿Eco?

—El Francés. —Delta hizo una pausa, pensando rápidamente—. No puedes encender cerillas ni llamar la atención...

De pronto oyó el ruido ahogado de objetos que golpeaban contra otros objetos...

¡Árboles! ¡Piedras! ¡McAllister le hacía señales!

—Coge piedras, o trozos de madera, y vete tirándolos al bosque a la derecha; yo los oiré.

—Me llenaré los bolsillos.

—No tengo derecho a preguntártelo —dijo Delta, recogiendo el maletín—, pero, ¿tienes un arma?

—Una magnum calibre tres-cincuenta-siete con un cinturón de munición, cortesía de mi primo por parte de mi madre, que ojalá descanse con el santo Jesús.

—Espero no verte, y en tal caso, adiós, Wong. Otra parte de mí puede no estar de acuerdo contigo, pero eres un tipo estupendo. Y créeme, realmente me ganaste la última vez.

—No, señor, fue usted quien me ganó a mí. Pero me gustaría probar de nuevo.

—¡Olvidalo! —exclamó el hombre de Medusa, corriendo ya colina arriba.

Como un ave gigante, monstruosa, cuya barriga latiese con una luz cegadora, el helicóptero descendió sobre la pradera. Según habían acordado, McAllister estaba bien visible, y, como esperaban, el reflector del helicóptero cayó sobre él. También según lo convenido, Jason Bourne estaba a cuarenta y tantos metros de allí, entre las sombras del bosque, visible, pero no claramente. Los rotores se detuvieron rechinando. Se hizo un silencio enfático. Se abrieron las puertas, bajaron los escalones y descendió por ellos el esbelto y canoso Sheng Chou Yang llevando un maletín.

—Me alegro mucho de verlo al cabo de todos estos años, Edward —dijo el primogénito de un taipán—. ¿Quiere inspeccionar el aparato? Como me pidió, estamos sólo yo y mi piloto de mayor confianza.

—¡No, Sheng, puede hacerlo usted por mí! —gritó McAllister sacando un bote de debajo de su chaqueta y arrojándolo hacia el helicóptero—. Diga al piloto que salga un momento y rocíe la cabina. Si hay alguien más, en seguida lo veremos.

—Esto es impropio de usted, Edward. Los hombres como nosotros saben cuándo confiar uno en el otro. No somos locos.

—¡Hágalo, Sheng!

—Por supuesto. —Siguiendo las órdenes, el piloto se apeó y Sheng Chou Yang recogió el bote y roció con la niebla inmovilizadora el interior del helicóptero. Pasaron varios minutos; no salió nadie—. ¿Está satisfecho o debería mandarlo todo al cuerno, lo que no nos beneficiaría a ninguno? Vamos, amigo mío, los dos estamos más allá de estos juegos. Siempre lo estuvimos.

—Pero usted se convirtió en lo que es y yo seguí siendo lo que era.

—¡Eso puede corregirse, Edward! Puedo exigir su presencia en todas las conferencias, elevarlo a un puesto destacado. Será una estrella en el firmamento del servicio exterior.

—Entonces ¿es verdad? Me refiero a lo que hay en el *dossier*. Han vuelto. El Kuomintang está otra vez en China...

—Hablemos tranquilamente, Edward. —Sheng miró al presunto asesino, que seguía en las sombras, e hizo un gesto hacia su derecha—. Esto es un asunto privado.

Bourne se movió rápidamente; corrió hacia el aparato mientras los dos negociadores estaban de espaldas a él. Cuando el piloto subió y se sentó, el hombre de Medusa estaba ya detrás de él.

—*An jing!* —susurró, ordenando al piloto que guardase silencio, mandato reforzado por su pistola ametralladora KG-9.

Antes de que el asombrado piloto pudiera reaccionar, Bourne le pasó una tira de gruesa tela sobre la cabeza, la sujetó a través de su boca abierta y sorprendida y la apretó bien. Después, sacando una larga y fina cuerda de nylon del bolsillo, lo ató al asiento y le sujetó los brazos. No habría despegue repentino.

Volviendo a poner su arma en el cinturón que llevaba debajo de la chaqueta, Bourne se arrastró fuera del helicóptero. La enorme máquina le impedía ver a McAllister y a Sengh Chou Yang, lo que quería decir que tampoco ellos lo veían. Regresó rápidamente a su posición anterior volviendo constantemente la cabeza, preparado para cambiar de dirección si los dos hombres aparecían por uno de los lados del avión. El helicóptero era su escudo visual. Se detuvo; estaba suficientemente cerca; era el momento de mostrar naturalidad. Sacó un cigarrillo, frotó una cerilla y lo encendió. Después paseó sin rumbo hacia su izquierda, hasta donde podía ver por muy poco a las dos siluetas al otro lado del helicóptero. Se preguntaba qué estarían diciéndose los dos enemigos, y también a qué esperaba McAllister.

Hazlo, analista. ¡Hazlo ahora! Es tu máxima oportunidad. ¡Cada momento que te retrasas pierdes tiempo, y el tiempo trae complicaciones! ¡Maldita sea, hazlo!

Bourne se quedó inmóvil. Oyó cómo golpeaba una piedra contra un árbol, cerca

de donde él había salido a la pradera. Después otra mucho más cerca, e inmediatamente después otra. ¡Era la advertencia de Wong! ¡La patrulla de Sheng estaba cruzando la pradera!

¡Analista, vas a hacer que nos maten! ¡Si me acerco y disparo, el ruido hará que se nos echen encima seis hombres con mayor potencia de fuego de la que podemos resistir! ¡Por Cristo bendito, hazlo!

El hombre de Medusa miraba fijamente a Sheng y a McAllister, mientras la rabia contra sí mismo iba creciendo, próxima a estallar. Nunca debía dejar que las cosas ocurriesen de esta manera: la muerte a manos de un aficionado, de un burócrata amargado que quería tener su momento al sol.

—Kam Pek!

¡Era Wong! Había atravesado el bosque del segundo nivel y estaba detrás de él, oculto entre los árboles.

—Oí las piedras. Dime.

—No va a gustarle lo que oiga, señor.

—¿Qué es?

—La patrulla sube por la colina.

—Es un movimiento de protección —dijo Jason, sin quitar ojo a las dos siluetas de la pradera—. Todavía estamos seguros. No pueden ver gran cosa.

—No sé si eso importa, señor. Están preparándose. Los oí; han montado sus armas.

Bourne tragó saliva, mientras iba invadiéndole una sensación de futilidad. Por razones que no podía comprender, aquello era una trampa a la inversa.

—Será mejor que te vayas de aquí, Wong.

—¿Puedo hacerle una pregunta? ¿Son esos los que mataron al Francés?

—Sí.

—¿Y para quienes el Cerdo, Soo Jiang, ha trabajado estos cuatro años pasados?

—Sí.

—Creo que voy a quedarme, señor.

Sin decir palabra, el hombre de Medusa volvió a donde estaba su maletín, lo cogió y lo arrojó al interior del bosque.

—Ábrelo —dijo—. Si salimos de ésta, podrás pasar tus días en el casino sin recoger mensajes.

—Yo no juego.

—Estás jugando ahora, Wong.

—¿Pensó realmente que nosotros, los grandes señores de la guerra del imperio

más antiguo y culto que ha conocido el mundo, íbamos a dejarlo en manos de campesinos que no se lavan y sus sucios hijos, educados en las desacreditadas teorías del igualitarismo? —Sheng estaba en pie frente a McAllister y sostenía con ambas manos el maletín frente a su pecho—. Deberían ser nuestros esclavos, no nuestros gobernantes.

—Fue esa manera de pensar la que les hizo perder el país; a ustedes los líderes, no al pueblo. Ellos no fueron consultados. De haberlo sido, podría haber habido acuerdos, compromisos, y aún lo tendrían.

—No hay compromiso posible con las bestias marxistas... ni con los mentirosos. Por eso no voy a llegar a ninguno con usted, Edward.

—¿A qué se refiere?

Con su mano izquierda, Sheng abrió de golpe el maletín y sacó el expediente robado de Victoria Peak.

—¿Lo reconoce? —dijo calmosamente.

—¡No lo creo!

—Créalo, mi viejo adversario. Con un poco de ingenio se puede conseguir todo.

—¡Es imposible!

—Está aquí, en mi mano, y la primera página afirma claramente que sólo hay una copia, que ha de ser enviada con escolta militar y ultramáxima seguridad dondequiera que vaya. Muy acertadamente, en mi opinión, porque es verdad lo que me dijo cuando hablamos por teléfono: su contenido inflamaría a Extremo Oriente, haría inevitable la guerra. Los derechistas de Beijing marcharían sobre Hong Kong. Derechistas allí; en su mundo los llamarían izquierdistas. Absurdo, ¿verdad?

—Mandé hacer una copia y la envié a Washington —le interrumpió el subsecretario con voz firme y tranquila.

—No lo creo. Todas las transmisiones diplomáticas, por computadoras telefónicas o por valija, deben ser autorizadas por el funcionario de mayor rango. Ni el famoso embajador Havilland lo hubiese permitido ni el consulado se hubiera atrevido a tocarla sin su autorización.

—¡Envié una copia al consulado chino! —alzó la voz McAllister—. ¡Está usted acabado, Sheng!

—¿De veras? ¿Quién cree que recibe todas las comunicaciones de fuentes exteriores en nuestro consulado de Hong Kong? No se moleste en responder, yo lo haré por usted: uno de los nuestros. —Sheng hizo una pausa, con sus ojos mesiánicos súbitamente en fuego—. ¡Estamos en todas partes, Edward! ¡Recuperaremos nuestra nación, nuestro imperio!

—Está loco. Eso no puede resultar. ¡Provocarán una guerra!

—¡Pero será una guerra justa! Todos los gobiernos del mundo tendrán que elegir: individualismo o estatismo, ¡libertad o tiranía!

—Muy pocos de ustedes concedieron libertad y demasiados fueron tiranos.

—Prevaleceremos... de un modo u otro.

—¡Dios mío, es eso lo que quieren! ¡Pretenden empujar al mundo al borde del abismo, obligarle a elegir entre aniquilación y supervivencia! ¡Es así como creen que van a conseguir lo que desean; están convencidos de que la opción de la supervivencia triunfará! ¡Esa comisión económica, toda su estrategia en Hong Kong, es sólo el comienzo! ¡Quieren esparcir su veneno por todo Extremo Oriente! ¡Es usted un fanático, está ciego! ¿No se da cuenta de qué trágicas consecuencias...?

—¡Nos han robado nuestra nación y la recuperaremos! ¡No pueden pararnos! ¡Estamos en marcha!

—A usted se le puede parar —dijo tranquilamente McAllister, mientras llevaba su mano derecha al faldón de la chaqueta—. Yo lo pararé.

De repente Sheng dejó caer el maletín, descubriendo la pistola que empuñaba. Hizo fuego mientras McAllister se encogía instintivamente, lleno de terror, y se agarraba el hombro.

—¡Al suelo! —rugió Bourne corriendo enfrente del avión, envuelto por el resplandor de sus luces, mientras soltaba una ráfaga de su pistola ametralladora—. ¡Ruede, *ruede*! ¡Si puede moverse, ruede lejos!

—¡Usted! —gritó Sheng. Disparó rápidamente dos veces hacia el caído subsecretario de Estado y acto seguido levantó el arma y apretó repetidamente el gatillo apuntando al hombre de Medusa, que venía corriendo en zigzag hacia él.

—¡Por Eco! —gritó Bourne a voz en cuello—. ¡Por los que degollaste! ¡Por el maestro colgado de una cuerda con el que hiciste una carnicería! ¡Por la mujer a la que no podías hacer callar, y por aquellos dos hermanos, pero sobre todo por Eco, so bastardo!

La pistola ametralladora soltó una breve ráfaga, se detuvo y no hubo presión sobre el gatillo capaz de hacerla volver a disparar. ¡Se había encasquillado! Sheng se dio cuenta y apuntó cuidadosamente su arma mientras Jason tiraba la suya y se lanzaba hacia el matarife. Cuando Sheng disparó, Delta pivotó instintivamente hacia su derecha, giró en el aire mientras sacaba el cuchillo del cinturón, plantó el pie en el suelo, invirtiendo la dirección, y se lanzó bruscamente hacia Sheng. El cuchillo encontró su blanco, y el hombre de Medusa abrió en canal el pecho del fanático. El verdadero asesino de centenares de personas, que había podido serlo de miles de

millones, estaba muerto.

El oído de Bourne había estado en suspenso, y cuando dejó de estarlo la patrulla ya había salido corriendo del bosque y las ráfagas de metralleta llenaban la noche y la pradera. Se oyeron otras más allá del helicóptero; Wong había abierto el maletín y encontrado lo que necesitaba. Dos soldados de la patrulla cayeron, y los restantes se echaron al suelo. Uno se arrastró de nuevo hasta el bosque y allí gritaba. ¡La radio! ¡Estaba llamando a otros hombres, a otros grupos de apoyo! ¿A qué distancia estarían? ¿Cómo de cerca?

¡Prioridades! Bourne fue corriendo hasta detrás del helicóptero y se acercó a Wong, que estaba acurrucado junto aun árbol en la linde del bosque.

—¡Hay otro allí! —susurró—. ¡Dame eso!

—Ahorre munición. No hay mucha.

—Lo sé. Quédate aquí e inmovilízalos lo mejor que puedas, pero dispara siempre bajo.

—¿Adónde va, señor?

—A ganarles la espalda por entre los árboles.

—Es lo que me hubiese mandado hacer el Francés.

—Tenía razón. Siempre la tenía.

Jason se internó aún más en el bosque con el cuchillo ensangrentado en su cinturón. Con los pulmones a punto de estallar y pidiéndoles un esfuerzo más a sus piernas mientras atisbaba en la oscuridad del bosque, se abrió camino por entre el espeso follaje tan deprisa como pudo, haciendo el menor ruido posible.

¡Dos chasquidos! ¡Gruesas ramas rotas en el suelo al pisar sobre ellas! Vio la vaga silueta de alguien que venía hacia él y se ocultó en el tronco de un árbol. Sabía quién era; el oficial de la radio, el asesino serio y de voz dulce del refugio de Beijing, un combatiente con experiencia: movimiento envolvente por los dos flancos. Lo que le faltaba era entrenamiento como guerrillero, y eso iba a costarle la vida. No se pisan ramas gruesas en el bosque.

Pasó el oficial, medio agachado, y Jason saltó, le rodeó el cuello con el brazo izquierdo y con el arma que llevaba en la mano le golpeó la cabeza, tras de lo cual el cuchillo volvió a hacer su trabajo. Bourne se arrodilló junto al cadáver, se puso el arma en el cinturón y cogió la potente metralleta del oficial. Encontró otros dos cargadores. Las fuerzas estaban ya más igualadas; incluso era posible que saliesen vivos de allí. ¿Estaría vivo McAllister, o el momento al sol de un burócrata frustrado habría concluido en tinieblas perpetuas? ¡Prioridades!

Rodeó la linde curva de la pradera hasta el sitio por donde había entrado en ella.

El fuego esporádico de Wong mantenía a los tres hombres de la patrulla de élite de Sheng que quedaban clavados al suelo. De pronto, algo le hizo volverse. Un rumor a lo lejos, un resplandor fugaz... ¡Las dos cosas! El ruido era el de un motor embalado, el resplandor un reflector que exploraba el cielo. Por encima de los árboles en cuesta pudo distinguir un vehículo, un camión, con un reflector montado en la caja y manejado por una mano experta. Salió de la carretera y las altas hierbas lo ocultaron; sólo era visible el haz de luz, que se movía cada vez más deprisa hacia la base de la colina, apenas doscientos metros más abajo. Prioridades. ¡Muévete!

—*¡No disparéis!* —rugió Bourne, y se lanzó inmediatamente a un lado.

Los tres oficiales giraron en redondo en el suelo y sus metralletas entraron en erupción, regando de balas el sitio de donde había salido la voz.

El hombre de Medusa salió a descubierto. Todo terminó en pocos segundos, lo que tardó su poderosa arma en acribillar la tierra y a quienes lo habrían matado.

—¡Wong! —gritó Bourne, internándose a la carrera en el prado—. ¡Ven conmigo! —Segundos después llegaba junto a los cuerpos de McAllister y Sheng, uno de ellos todavía vivo. Jason se inclinó sobre el analista, que movía los brazos con la mano derecha extendida tratando desesperadamente de alcanzar algo—. Mac, ¿puede oírme?

—El expediente —susurró el subsecretario de Estado—. ¡Coja el expediente!

—¿Qué...? —Bourne miró hacia el cuerpo de Sheng Chou Yang y, a la luz de la luna, vio la última cosa en el mundo que pensaba ver. Era el *dossier* orlado de negro de Sheng, uno de los documentos más secretos y explosivos de la tierra—. ¡Diablos! —dijo para sí, alcanzándolo—. ¡Escúcheme, Analista! —alzó la voz mientras se les unía Wong—. ¡Tenemos que moverlo y eso puede doler, pero no hay elección! —Levantó la vista hacia Wong y continuó—: Viene otra patrulla y está acercándose. Es un refuerzo de emergencia y, según mis cálculos, estarán aquí en menos de dos minutos. Apriete los dientes, señor subsecretario. ¡Nos movemos!

Entre Jason y Wong llevaron a McAllister hacia el helicóptero. De pronto Bourne exclamó:

—¡Espera un minuto!... No, sigue... Llévalo tú. ¡Yo tengo que volver!

—¿Por qué? —susurró el subsecretario, que sufría atrozmente.

—¿Qué hace, señor? —exclamó Wong.

—Alimento para el pensamiento revisionista —gritó enigmáticamente Jason mientras volvía corriendo hacia el cuerpo de Sheng Chou Yang. Cuando llegó, se inclinó y deslizó un objeto plano por entre la guerrera del muerto. Se incorporó y volvió corriendo hasta el helicóptero, donde Wong colocaba ya suavemente a McAllister sobre dos de los asientos traseros. Bourne subió de un salto a la cabina,

sacó el cuchillo y cortó la cuerda de nylon que sujetaba al piloto, y después la mordaza. El hombre tuvo un espasmo de toses y jadeos, pero antes de que se le pasase se oyó la voz de Jason:

—*Kai feiji ba!*

—Puede hablar inglés —boqueó el piloto—. Lo domino. Nos lo exigían.

—¡Al aire, hijo de perra! ¡Ya!

El piloto accionó de golpe los interruptores y puso en marcha los rotores mientras un enjambre de soldados, claramente visibles a las luces del helicóptero, irrumpía en la pradera. La nueva patrulla vio al instante a los cinco muertos de la guardia de élite de Sheng y empezó a disparar sobre el aparato que ascendía lentamente.

—¡Salga en seguida de aquí! —rugió Jason.

—El blindaje de este aparato era el orgullo de Sheng —dijo con tranquilidad el piloto—. Incluso el cristal soportará los impactos. ¿Adónde vamos?

—¡A Hong Kong! —gritó Bourne, asombrado al ver que el piloto, que ahora ascendía en una maniobra rápida y potente, se volvía sonriente hacia él.

—Supongo que los generosos norteamericanos y los benévolo británicos me concederán asilo, señor. ¡Es un sueño de los espíritus!

—No tengo ni idea —dijo el hombre de Medusa mientras llegaban a la primera capa de nubes bajas.

—Fue una idea muy eficaz —comentó Wong desde las sombras de la trasera del helicóptero—. ¿Cómo se le ocurrió?

—Ya había resultado otra vez —dijo Jason, encendiendo un cigarrillo—. La historia, incluso la reciente, suele repetirse.

—¿Mister Webb? —susurró McAllister.

—¿Qué pasa, Analista? ¿Cómo se siente?

—Eso no importa. ¿Por qué volvió... a donde estaba Sheng?

—Para hacerle un regalo de despedida. El talonario de una cuenta confidencial en las islas Caimán.

—¿*Qué?*

—Ya no servía para nada. Tiene recortados los nombres y los números de la cuenta. Pero será interesante ver cómo reacciona Pekín ante su existencia, ¿no le parece?

Capítulo 38

Edward Newington McAllister entró cojeando con sus muletas en el un día impresionante despacho de la vieja casa de Victoria Peak, cuyos enormes ventanales estaban ahora cubiertos con un grueso plástico, lo que hacía aún más patente lo sucedido. El embajador Raymond Havilland observó cómo el subsecretario de Estado arrojaba el expediente de Sheng sobre su mesa.

—Creo que esto es algo que usted perdió —jadeó el analista inclinando las muletas y sentándose con dificultad.

—Los médicos me dicen que sus heridas no son graves —dijo el diplomático—. Me alegro.

—¿Que se alegra? ¿Quién diablos es usted para estar tan complacido?

—Es una manera de hablar; quizá suene arrogante, pero lo digo de corazón. Lo que hizo usted fue extraordinario, superior a cuanto pude imaginar.

—De eso estoy seguro. —El subsecretario cambió de postura para descansar su hombro herido en el respaldo—. En realidad no lo hice yo. Fue *él*.

—Usted lo hizo posible, Edward.

—Estaba fuera de mi elemento, de mi territorio, como si dijésemos. Esta gente hace cosas que el resto de nosotros sólo soñamos, o fantaseamos, o vemos en una pantalla, sin creérnoslas del todo porque son solamente inverosímiles.

—No tendríamos tales sueños, o tales fantasías, ni nos fascinaría tanto el cine si no se basasen en la experiencia humana. Ellos son los mejores en lo que hacen lo mismo que nosotros lo somos en lo que hacemos. A cada cual lo suyo, señor subsecretario.

McAllister clavó en Havilland una mirada inflexible.

—¿Cómo ocurrió? ¿Cómo se hicieron con el expediente?

—Otro tipo de territorio. Un profesional. Tres muchachos muertos. Fue horrible. Y abrieron una caja a toda prueba.

—¡Inexcusable!

—De acuerdo —dijo Havilland, echándose hacia adelante y alzando repentinamente la voz—. ¡Lo mismo que lo fueron sus actos! ¿Quién diablos se cree que es para hacer lo que hizo? ¿Qué derecho tenía a tomar tales asuntos en sus manos, manos inexpertas? ¡Ha violado cuántos juramentos ha prestado al servicio de su gobierno! ¡Despedirlo no es suficiente! ¡Treinta años en la cárcel encajarían mejor con sus crímenes! ¿Tiene idea de lo que podía haber ocurrido? ¡Una guerra que pudo convertir a Extremo Oriente, al mundo entero, en un infierno!

—Hice lo que hice porque podía hacerlo. Ésa es la lección que aprendí de Jason

Bourne, de *nuestro* Jason Bourne. Pero, aparte de ello, tiene usted mi dimisión, señor embajador. Irrevocable e inmediata... a menos que piense insistir en sus acusaciones.

—¿Y dejarlo suelto? —Havilland se dejó caer hacia atrás en el sillón—. No sea ridículo. He hablado con el presidente y está de acuerdo. Va a presidir usted el Consejo de Seguridad Nacional.

—¿Presidir...? ¡No podré con ello!

—Con limusina propia y todo lo demás.

—¡No sabré qué decir!

—Sabe pensar, y yo estaré a su lado.

—¡Oh, Dios mío!

—Tranquilo. Límitese a valorar las situaciones y díganos a los que hablamos lo que tenemos que decir. Ahí es donde reside el verdadero poder; no en los que hablan, sino en los que piensan.

—Es todo tan repentino, tan...

—Tan merecido, señor subsecretario —le interrumpió el diplomático—. La mente es una cosa maravillosa. No la subestimemos nunca. A propósito, me dice el médico que Lin Wenzu se recuperará. Le ha quedado inútil el brazo izquierdo, pero vivirá. Estoy seguro de que tendrá usted una recomendación que hacer al MI-Seis de Londres. Seguro que la atienden.

—¿Y mister y Mrs. Webb? ¿Dónde están?

—En Hawai ya. Con el doctor Panov y mister Conklin, por supuesto. Me temo que no me tienen en gran estima.

—No les ha dado muchos motivos para ello, señor embajador.

—Tal vez no, pero no es ése mi trabajo.

—Creo que comprendo. Ahora.

—Espero que su Dios tenga compasión de hombres como usted y yo, Edward. Yo no debería querer conocerlo si Él no quiere.

—Siempre está el perdón.

—¿De veras? Entonces no debería querer conocerlo. Podría resultar que es un impostor.

—¿Por qué?

—Porque soltó sobre el mundo una raza de lobos irreflexivos y sedientos de sangre a los que no les importa un comino la supervivencia de la tribu, sólo la suya. No se puede decir que sea un Dios perfecto, ¿no le parece?

—Él es perfecto. Los imperfectos somos nosotros.

—Entonces para Él sólo se trata de un juego. Coloca a sus criaturas y se divierte

viendo cómo se destruyen, cómo nos destruimos.

—Los explosivos los ponemos nosotros, señor embajador. Tenemos libre albedrío.

—Sin embargo, según las Escrituras, todo se hace con arreglo a su voluntad, ¿no es así? «Hágase Tu voluntad.»

—Se trata de una zona mal definida.

—¡Perfecto! Podría usted llegar realmente a secretario de Estado.

—No lo creo.

—Yo tampoco —asintió Havilland—. Pero entre tanto hacemos nuestro trabajo. Mantenemos los trebejos en su sitio y evitamos que el mundo se destruya a sí mismo. Doy gracias a los espíritus, como dicen aquí en Oriente, por personas como usted y yo, y como Jason Bourne y David Webb. Nosotros aplazamos siempre un día más la hora de Armageddon. ¿Qué ocurrirá cuando no estemos aquí?

El largo pelo castaño rojizo caído sobre su cara, su cuerpo apretado contra el de él, sus labios junto a los suyos. David abrió los ojos y sonrió. Era como si ninguna pesadilla hubiese interrumpido discordantemente sus vidas, como si nadie les hubiera infligido un ultraje que los había llevado al borde de un abismo lleno de horror y muerte. Estaban juntos, y el espléndido consuelo de esta realidad lo llenaba de profunda gratitud. Era, y con eso bastaba, más de lo que nunca había creído posible.

Empezó a reconstruir los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas y su sonrisa se ensanchó hasta que una breve risa escapó de su garganta. Las cosas no eran nunca como deberían ser, como uno esperaba. Él y Mo Panov se habían puesto las botas bebiendo en el vuelo de Hong Kong a Hawai, mientras que Alex Conklin se había conformado con té helado, soda y todo eso con lo que los borrachos recién reformados quieren que los demás sepan que se conforman. Nada de lecturas, sólo silencioso martirio. Marie había sostenido la cabeza del eminente doctor Panov mientras el conocido psiquiatra devolvía en el pequeño y sofocante retrete del avión militar británico, y había cubierto a Mo con una manta cuando se quedó dormido como un tronco. Después había rechazado suave pero firmemente los avances amorosos de su marido, pero sólo para recuperar el tiempo perdido en cuanto ella y su compañero, ya sereno, llegaron al hotel de Kahala. Una espléndida, delirante noche de amor, como esas con las que sueñan los adolescentes, para borrar los terrores de la pesadilla.

¿Alex? Sí, lo recordó; Conklin había tomado el primer vuelo ordinario que salió de Oahu para Los Ángeles y Washington.

—Hay que romper algunas cabezas —explicó—, y pienso romperlas.

Alexander Conklin tenía una nueva misión en su fragmentada vida. Se llamaba responsabilidad.

¿Mo? ¿Morris Panov, azote de psicólogos de tres al cuarto y de los muchos charlatanes de su profesión? Estaba en la habitación de al lado, recuperándose de la peor resaca de su vida.

—Te ríes —susurró Marie con los ojos cerrados, escondiendo el rostro en el cuello de David—. ¿Qué es eso tan divertido?

—Tú, yo, nosotros... Todo.

—Te aseguro que tu sentido del humor se me escapa. Por otra parte, me parece que oigo a un hombre llamado David.

—Es al único que vas a oír de aquí en adelante.

Llamaron a la puerta, no a la del pasillo sino a la que comunicaba con la habitación de al lado. Panov. Webb se levantó, fue rápidamente al cuarto de baño y cogió una toalla, que rodeó a su cintura desnuda.

—¡Un segundo, Mo! —dijo, yendo a abrir la puerta de comunicación.

Apareció Morris Panov, con la cara pálida pero sosegada y una maleta en la mano.

—¿Puedo entrar en el templo de Eros?

—Estás en él, amigo.

—Me lo suponía... Buenas tardes, querida —dijo el psiquiatra a Marie, que seguía en la cama, mientras iba hasta una butaca que había junto a la puerta de cristales que daba a una terraza con vistas a la playa hawaiana—. No te molestes, no prepares comida, y si te levantas no te preocupes, soy médico. Eso creo.

—¿Cómo estás, Mo?

Marie se sentó, tapándose con la sábana.

—Mucho mejor que hace tres horas, pero es inútil que os lo explique; estáis demasiado cuerdos.

—Estabas en tensión; necesitabas desahogarte.

—Aunque cobre cien dólares la hora, encantadora señora, hipotecaré mi casa para que me trate durante cinco años.

—Supongo que nos lo explicarás —dijo David, sonriendo y sentándose frente a Panov—. ¿Por qué la maleta?

—Me marchó. Tengo pacientes esperándome en Washington y me gusta pensar que pueden necesitar me.

Hubo un silencio conmovedor, mientras David y Marie miraban a Morris Panov.

—¿Qué decimos, Mo? —preguntó Webb—. ¿Cómo lo decimos?

—No digáis nada; yo haré el gasto. Marie ha tenido que soportar y sufrir más allá

de la resistencia normal, pero también su aguante excede de lo normal, y puede con ello. Será un abuso, pero hay personas de las que esperamos tanto... Es injusto pero es así.

—Tenía que sobrevivir, Mo —dijo Marie mirando a su marido—. Tenía que recuperarlo. Era así.

—Y tú, David, has pasado una experiencia traumatizante, a la que sólo tú podías enfrentarte, y no necesitas mis monsergas para plantarle cara. Ahora eres tú, no ningún otro. Jason Bourne ha muerto; no puede volver. Construye tu vida como David Webb, concéntrate en Marie y David; es lo único que hay, lo único que debería haber. Y si en algún momento vuelven las ansiedades, lo que probablemente no ocurrirá, pero comprendería que te inventases unas cuantas, llámame y tomaré el primer avión para Maine. Os quiero a los dos, y el estofado de vaca de Marie es cosa seria.

Anohecía, y el brillante círculo anaranjado estaba posado sobre el horizonte occidental e iba desapareciendo lentamente en el Pacífico. Paseaban por la playa, con sus manos fieramente entrelazadas y sus cuerpos tocándose.

—¿Qué haces cuando hay una parte de ti que odias? —dijo Webb.

—La acepto —respondió Marie—. Todos tenemos un lado oscuro, David. Nos gustaría poder negarlo, pero no es posible; está ahí. Tal vez no podamos existir sin él. El tuyo es una leyenda llamada Jason Bourne, pero sólo eso. —Lo odio.

—Fue él quien me trajo otra vez a ti. Eso es lo único que importa.

Notas

[¹] Una de las posibles traducciones de *Snake lady* es «la señora de las serpientes». (*N. del T.*) <<

[2] En español en el original. <<

[3] *Dung* designa en inglés a los excrementos de animales en general. (*N. del T.*) <<

[4] Sociedad secreta china. (*N. del T.*) <<